



Carlos María Gutiérrez revisitado

Este periodista y maestro de periodistas encontró expresión no solamente en un oficio al que su mano le puso nombre propio —acompañado por otros pulsos coetáneos con los que renovó el método y los cometidos del periodismo en Uruguay—, sino también en la poesía, en el testimonio, en la ficción, en el ensayo, en sus creaciones humorísticas y hasta en la crítica de cine. Pero todas esas formas toman vuelo en Gutiérrez aleteando en un esfuerzo singular por comunicar que trascienda la recreación de géneros, para modelar una concepción de lo humano (y un ideario político), proponiéndose como un instrumento, como múltiple fuente única de destellos que nos ayude a entrever una verdad.

Nacido en Montevideo en 1926 y con una juventud crecida en el departamento de Flores, abrazó la actividad periodística ya en una publicación que un grupo de liceales de Trinidad, que incluyó también a Raúl Sendic, llamó *Rebeldía*. En muchas empresas periodísticas y muchas ciudades desarrolló un oficio que en cada ocasión lo tuvo hilando cuidadosamente palabras como comunicador, pero también en funciones de jefe de redacción, de editor, de empresario de comunicación, de humorista y caricaturista, de corresponsal: *El Debate*, *Acción*, *El Nacional*, *La Mañana*, *El País* de Montevideo, la publicación de humor *Lunes* y la revista *Reporter*, el semanario *Marcha*, *La Voz*, *Tiempo de Cambio*, el diario *Época*...

Desterrado tempranamente por el gobierno de Pacheco Areco en 1969 luego de sufrir prisión tras el cierre violento de *Época* (momento en que vierte los versos de *Diario del Cuartel*), fue corresponsal de Prensa Latina, la agencia de noticias cubana que había contribuido a fundar. En Buenos Aires, radicado en funciones para la agencia, participó en la revista *Cuestionario* y, trasladado a Estocolmo, publicó junto con algunos exiliados la revista *Alternativa*, al tiempo que sostenía variadas corresponsalías. Articulista frecuente de *El País* de Madrid a fines de los setenta, fue luego, en Venezuela, redactor y asesor editorial de *El Diario de Caracas* y colaboró en la revista *Número*.

Al cabo del prolongado exilio —interrumpido por un día, temeraria y clandestinamente, para acompañar a su padre agonizante en Montevideo, como relata en «El viaje al origen»—, se incorpora a *Brecha* en 1987, el semanario tributario en espíritu y en muchas de sus almas de *Marcha*, aquel otro liderado por Carlos Quijano, donde Gutiérrez se hubo desempeñado largamente en variadas funciones. Allí retomó desde Uruguay sus grandes reportajes y en particular su periodismo de opinión, mientras ponía en pie *Incluido afuera* y una pulida recopilación de textos, *Los ejércitos inciertos y otros relatos*, de 1991, que nos legó en sus últimos días.

Veinte años después, recuperando a un autor de una época casi predigital, este volumen nos devuelve buena parte de sus textos.

Esta edición ha sido premiada en la Convocatoria a Proyectos Editoriales 2010 del Centro Cultural de España en Montevideo.



cce centro cultural de españa montevidео

ediciones de la pluma

ediciones de la pluma

Carlos María Gutiérrez y el sentido mágico de la palabra



Gutiérrez, por Menchi Sábato

«Yo me considero fundamentalmente un periodista. En lo único que creo que soy un profesional es en periodismo. Lo otro son tentativas. Soy un escritor menor y no me preocupa. A veces dudo de que escriba literatura.»

«Yo quise ser un comunicador y lo logré. En ese sentido estoy contento: conseguí comunicarme. Tuve grandes lagunas que superé con la ayuda de grandes maestros. No puedo olvidarme de mis maestros, de toda la gente que me enseñó formas de actuar y de vivir. Y sé que encontraré aún nuevos maestros, y sé que todavía tengo muchas lagunas que ignoro si podré llenar porque la vida no me dará tiempo para ello. Pero miro hacia atrás y no me siento totalmente desesperado. Creo que desentrañé algunas verdades y las di a conocer a muchos que no tenían otra forma de llegar a ellas. Esa es la función del periodismo y su misión fundamental también: descubrir la verdad, y contarla.»

De una entrevista con *Ciro Bianchi Ross*, en *Cuba Internacional*, setiembre de 1990.

CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ Y EL SENTIDO MÁGICO DE LA PALABRA

**CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ
Y EL SENTIDO MÁGICO DE LA PALABRA.**

TEXTOS ESCOGIDOS

Esta edición ha sido premiada en la Convocatoria a
Proyectos Editoriales 2010 del Centro Cultural de España en Montevideo.



cce centro
cultural de españa
montevideo

*ediciones
de la
pluma*

© 2012 Sucesores de Carlos María Gutiérrez

© de la presente edición 2012:
Ediciones de la Pluma
Demóstenes 3522,
11600 Montevideo,
Uruguay
info@productoraeditorial.com

*ediciones
de la
pluma*

es un sello de



productora
editorial

ISBN 978-9974-581-42-5

Hecho el depósito que indica la ley.

Edición y producción:
ARIEL COLLAZO

Diseño editorial y de tapa:
VIRGINIA MANGO
(MonkeyMedia. Diseño+Programación)

Impresión y encuadernación:
MASTERGRAF
Gral. Pagola 1823
Montevideo

Depósito legal n° 358.690
Edición amparada en el decreto 218/96
de la Comisión del Papel

Presentación

Un día se acercó el *Negro* a aquel cuartito del semanario donde ribeteábamos de garabatos las galeradas que iban componiendo en trocitos el puzzle de cada edición. Y me entregó con pocas explicaciones un libro muy personal, desconocido para mí, *Sentido mágico de la palabra*, de Ángel Rosenblat, una maravilla de erudición y amor por el lenguaje. No pude dilucidar si era despojamiento para legarme un poco de su compañía, o para fertilizar alguna semilla de lenguaje, o para arrojar puramente algo de luz sobre una pobre cabeza presa de los signos (¿cómo van a escribir «sicología»!, ¿o se trata del estudio de los higos?), pero estimo que se trataba, también, de un poco de todo eso.

Rosenblat derrama en ese texto sugestivas ideas sobre la palabra creadora, y creo que vienen a cuento. La magia de lo existente consigue el hombre expresarla con palabras y la potencia mágica, poética, de la palabra dicha es inapelable; la palabra es instrumento de una voluntad, es religiosa. Cuando la palabra devino signo de un pensamiento, particularmente la palabra escrita, se secularizó y el sentido mágico se escindió del profano, que pierde autoridad. Y desde entonces, la palabra pensada desmenuza, critica, apaga la vida y la palabra poética la restaura, recupera la creación del mundo, le da fuerza vital.

La presente obra ve la luz gracias al incentivo para emprendimientos de publicación de alto valor cultural e incierto valor de mercado que han significado los premios a proyectos editoriales otorgados por la Cooperación Española en Uruguay. El proyecto fue acumulado al calor del recuerdo personal del *Negro* Gutiérrez, un referente de privilegio durante

aquel iniciático pasaje (como picapedrero ortotipográfico) por la redacción de *Brecha*, y una figura siempre recordada desde mis lecturas de niño —por aquel *En la Sierra Maestra y otros reportajes* que me orientó, como seguramente a muchos otros jóvenes, hacia el atractivo de la narración periodística— y desde otras posteriores —como aquella revista en mi casa, que llegaba de Estocolmo, y me devolvía un Gutiérrez reluciente a las transacciones políticas y sumamente pendiente del proceso uruguayo—. Y solo pudo ver la luz bajo el acicate del Premio, el aliento de su compañera y de su familia, y el apoyo de amigos y colegas que, como yo, no comprenden que no tengamos más Gutiérrez.

La propuesta inicial, digitalizar y editar su trabajo completo, se reveló pronto ímproba. De modo que nos concentramos en primer lugar en la inclusión de los textos que él mismo había retocado y reunido como libros durante esos años, vividos por él con la atención vuelta sobre sus temas más esenciales y con un despojamiento sugerido por la certeza de un final. Y agregamos su imperdible recopilación de humor y un conjunto de reportajes y notas —alguna virtualmente inédita— que, trascendiendo su necesidad coyuntural o histórica, revelan no solo un estilo cautivante sino sobre todo el rigor y la consecuencia de un comunicador. Un comunicador de talla, que en esos años no solamente no disfrutó de un bien invaluable para el actual oficio como la red de redes sino aun tampoco de suficiente capacidad visual para incorporar toda la enorme cantidad de información que se imponía gestionar cada día.

El volumen, hilvanado con cierto movimiento cronológico pendular —hacia los inicios y de vuelta hacia el presente—, aunque respetando la estructura que el autor dio a sus libros, reúne una porción muy significativa de sus escritos, cerrada con un bellissimo soneto de sus últimos días. Quedan fuera la mayor parte de sus notas diseminadas en tantos medios —muchas fundamentales, como una entrevista a Juan Carlos Onetti y otra a Arturo Despouey, por citar un par sobre las que circulan referencias— y algunos textos muy elaborados, como el referido al paradigma del intervencionismo sufrido por la República Dominicana o el ensayo a dos manos con Marcos Gabay o su intervención en *El intelectual y la sociedad*, muy reeditada, o sus notas navegando la travesía del *Alférez Cámpora*, republicadas póstumamente, y aun textos inconclusos e inéditos como las biografías de Raúl Sendic y Ernesto Guevara, figuras con las que el autor sostuvo un compromiso vital. Pero estimo que este, inicial, es un gran puntapié o envite para que futuros periodistas y escritores continúen la recuperación o la edición de esos textos. La memoria colectiva, como se sabe, hace las sociedades.

Ariel Collazo

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRESENTACIÓN	5
CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ: UN ESCRITOR	11
<i>El periodista</i>	11
<i>El humorista</i>	13
<i>El poeta</i>	13
<i>El narrador</i>	15
<i>Obra publicada como libro por Carlos María Gutiérrez</i>	16
LOS EJÉRCITOS INCIERTOS Y OTROS RELATOS	17
<i>Introducción a Los ejércitos inciertos y otros relatos</i>	17
<i>Exilio</i>	18
<i>La noche de la cocina</i>	19
<i>Hermanos argentinos</i>	20
<i>El Espíritu Santo sobre El Retiro</i>	23
<i>Exilio</i>	25
<i>El ascensor</i>	25
<i>Exilio</i>	31
<i>Snapshots</i>	32
<i>Asistencia a la asociación para delinquir</i>	41
<i>Exilio</i>	44
<i>Los ejércitos inciertos</i>	45
<i>Exilio</i>	52
<i>Un puesto de comidas cerca del hotel</i>	53
<i>El viaje al origen</i>	57
<i>Exilio</i>	61
INCLUIDO AFUERA	63
I. Datos del cuartel	63
<i>Primer discurso de Adán</i>	63
<i>Huelga de hambre</i>	65
<i>Explicación de la unidad</i>	66
<i>Hombre con mujer</i>	67
<i>Comunicación a la Sociedad Interamericana de Prensa</i>	68
<i>La visita</i>	70
<i>Piedra blanca sobre piedra blanca</i>	71

II. Incluido afuera	75
<i>Última borrachera</i>	75
<i>Madrigal</i>	76
<i>Aeroparque</i>	76
<i>Redactor de guardia</i>	78
<i>Lista salvada</i>	79
<i>Montevideo</i>	80
<i>Las causas perdidas</i>	81
<i>Equivocación de MacLuhan</i>	82
<i>Belfast Christmas</i>	82
<i>La casa del notario cerca de Somosierra</i>	83
<i>La cantada</i>	84
<i>Utilidad del exilio</i>	84
<i>Ciertos árboles</i>	85
<i>El aduanero bondadoso</i>	86
<i>Correspondencia en julio</i>	87
<i>Actriz de viaje</i>	87
<i>El desexilio</i>	88
<i>Nueva lectura de Anna Karenina</i>	88
<i>Animal que desconoce</i>	89
<i>Diciembre</i>	90
<i>Autocrítica del destiempo</i>	91
<i>Diálogo concertante</i>	92
<i>Café Sorocabana</i>	92
<i>Llamada de larga distancia</i>	94
<i>Segundas partes</i>	95
DIARIO DEL CUARTEL	97
Diario del Cuartel	99
<i>El extranjero</i>	99
<i>Carro de la basura</i>	100
<i>Cuartel tomado</i>	101
<i>Condiciones objetivas</i>	102
<i>La praxis</i>	102
<i>Igual invierno</i>	103
<i>Procedimiento para un epitafio</i>	104
<i>Problema sanitario</i>	105
<i>03:15 AM/-4°</i>	106
<i>Esto no es para ustedes</i>	107
<i>Chez d'Àrenberg</i>	108
<i>Moral para adolescentes</i>	109

<i>Cartilla cívica</i>	112
<i>Crónica deportiva</i>	114
<i>Raúl</i>	117
CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ: EL POETA QUE VINO DEL PERIODISMO	119
LOS DOS MAGISTRADOS	131
EL AGUJERO EN LA PARED	133
<i>Prólogo</i>	133
I. Usos y costumbres	134
<i>Conferencia en la Punta</i>	134
<i>Blues del crimen pasional</i>	137
<i>Infanto–juvenil</i>	137
<i>El español en el aire</i>	139
<i>Decálogo del asqueroso</i>	141
<i>Sonetario nacional</i>	144
<i>Liberta de reunión</i>	146
<i>La Navegación aérea</i>	149
<i>La muerte camina hacia Scaldaferro</i> <i>(Nouvelle objetivo–policíaca)</i>	153
<i>La estadística y la clase media</i>	159
<i>El municipio y yo</i>	161
<i>La dulce vida</i>	164
<i>El viaje al Este</i>	168
<i>La revolución</i>	171
<i>Elegía por el Año Viejo</i>	174
II. Baltasar Pombo, polígrafo compatriota	176
<i>Pombo, gran olvidado</i>	176
<i>Pombo, profesor</i>	179
<i>Pombo, renunciante</i>	181
III. Las sombras en la caverna	185
<i>Como Jorge Luis Borges</i>	185
<i>Como Mark Twain</i>	187
<i>Como Mario Benedetti</i>	189
<i>Como Larra</i>	192
<i>El Parnaso oriental</i>	196
<i>Como H. Alsina Thevenet</i>	198
<i>Como Arkady Averchenko</i>	202
EN LA SIERRA MAESTRA Y OTROS REPORTAJES	205
<i>Advertencia introductoria para En la Sierra Maestra y otros reportajes</i>	205

<i>Perón, el prófugo</i>	206
<i>Operación Punta Arenas</i>	213
<i>Con Fidel, en la Sierra Maestra</i>	222
<i>La madurez de un jefe</i>	245
<i>Haedo llega al poder</i>	254
<i>El día que enterraron a Hemingway</i>	267
<i>La mujer que vino a informar</i>	277
<i>El aplazamiento</i>	284
<i>La revolución armada de paciencia</i>	287
<i>Bolivia bajo el Pentágono</i>	293
<i>Los meses por venir</i>	309
<i>China ante la guerra</i>	317
CHE GUEVARA	331
<i>Ernesto Guevara de la Serna</i>	331
<i>Los elementos del mito</i>	344
REPORTAJE A PERÓN. DIÁLOGO SOBRE LA ARGENTINA OCUPADA	375
<i>El interlocutor de Madrid</i>	375
1. «Esa revolución mundial, que va hacia formas socialistas...»	379
2. «Yo hubiera sido el primer Fidel Castro...»	384
3. «La Revolución tendrá que ser violenta»	387
4. <i>El arte de la conducción</i>	392
5. <i>La Argentina ocupada</i>	395
6. «Bunge & Born: los dejé vendiendo sábanas»	399
7. «Previamente, la integración continental»	405
8. «Ya no me para nadie, cuando yo me quiera ir»	408
9. <i>La guerrilla, el Che y otras desinformaciones</i>	410
MEMORIA DE LOS DOS	417
«LA PATRULLA EQUIVOCADA DE LA REVOLUCIÓN»	421
<i>Las preguntas del escepticismo</i>	422
<i>La culpa que nada puede saldar</i>	423
<i>Una lectura fatal de la Historia</i>	425
<i>La vanguardia que decide por el pueblo</i>	426
<i>El instrumento de lo que vendrá</i>	428
SONETO	431

Carlos María Gutiérrez: un escritor¹

por Graciela Mántaras

Nueve libros, pertenecientes a cuatro géneros literarios, parecen una buena ocasión para revisar la carrera de un escritor. De esos nueve conozco seis, y no he podido leer, como casi nadie acá en Uruguay, ni *Perón* ni *El experimento dominicano*. El primero, originado en una extensísima entrevista realizada a Perón en España, sufrió una censura agravada por el secuestro de la edición, su quema y el incendio de la librería porteña que lo exhibía, en 1974.

Hay un décimo, una extensa y completa biografía de Guevara que permanece inédito; de él se conoce un resumen publicado por Centro Editor de América Latina.

EL PERIODISTA

Carlos María Gutiérrez, nacido en 1926, inició en 1950 sus tareas como periodista, caricaturista político, humorista y crítico cinematográfico. No debe haber redacción de diario, revista o semanario uruguayo por la que no haya pasado —y no me refiero a las ahora tan escasas: pienso en la plétora de publicaciones periódicas que este país conoció en las décadas del 50 y del 60—. El exilio multiplicó esta circunstancia y le abrió la prensa en Buenos Aires, La Habana, Estocolmo, Madrid, París. Pero no sólo escribiendo hizo Gutiérrez periodismo: organizó agencias noticiosas, como Prensa Latina, a la que fundó en

1. *Nota del editor*: A modo de nota biográfica y crítica para esta edición, incluimos este texto de Graciela Mántaras Loedel, crítica literaria, docente de literatura y ensayista de extensa obra, quien compartió, por otra parte, ocasionalmente, salas de redacción en distintos medios con Gutiérrez. Fue publicado en la revista *Avanzada del Pueblo*, en agosto de 1991.

1959 junto a Ricardo Masetti.² Y en todas esas tareas ejerció una docencia impar. No debe haber periodista en este país que en alguna medida no sea su discípulo.³

Resulta plenamente compartible la afirmación de Ángel Rama: «Elevó el periodismo a nivel de creación literaria». Los niveles de la escritura periodística han descendido tanto, especialmente entre nosotros, que tendemos a olvidar el origen periodístico de la prosa de Martí, de buena parte de la de Rodó o Rubén Darío o González Prada; y antes, de Juan Bautista Alberti, Sarmiento, Andrés Lamas; y después, de Zum Felde, Quijano, Ángel Rama, Benedetti, Rodríguez Monegal. Es a esta familia a la que pertenece CMG.

¿Cuáles son los rasgos centrales de su periodismo? Conocimiento lo más serio y exhaustivo posible del asunto de que se trata; preocupación por el país, por la Patria Grande Latinoamericana, por la patria común de los humillados y ofendidos del mundo todo; independencia para el análisis; agudo sentido crítico; lucidez e inteligencia; un fondo recolecto de amor y de ternura que sólo se muestra a contrapelo, muy a menudo por el sesgo del humor; claridad casi didáctica de la exposición; composición precisa y sabia de los materiales; lenguaje siempre exacto; gran cultura general; mucho coraje personal y cívico.

Los grandes artículos que todos recordamos de él lo muestran; pero habría que recopilar algunos de sus artículos «menores» para comprobar que no he puesto mal las comillas y que, en lugar de menores, habría que llamarlos circunstanciales. Recuerdo ahora una lejana nota de *Marcha*, de fines de los años 60 o inicio de los 70, en que a propósito de una merma algo prolongada en el suministro de agua a Montevideo, Gutiérrez escribió, bajo el nada seductor título de «Informe sobre el agua», un texto que tenía el apasionante interés de un cuento policial.

Su periodismo, además, encuentra siempre al hombre total —y al hombre secreto o escondido— debajo del personaje público; sorprende el detalle de un gesto, una mirada, un elemento del arreglo personal y lo transforma por un lado, en puente de acceso a intimidades y, al respecto, en dos notas en ausencia: «El día que enterraron a Hemingway» y «El aplazamiento». La primera es un reportaje a Hemingway ya muerto, realizado a través de su casa de Cuba, el yate *Pilar*, y tres seres muy cercanos al escritor: Gregorio, el patrón del *Pilar*; Juan Torres, dueño del astillero cercano, y René, «ayuda de cámara, jardinero, ecónomo y compañero de caminatas de Hemingway». La segunda es el relato de una entrevista frustrada a Jean-Paul Sartre. Además de encontrar la intimidad de las personas, encuentra las grandes líneas de los movimientos históricos y los procesos sociales. Pongo como ejemplo los artículos sobre China, Cuba o Bolivia.

2. Masetti es figura interesante y personaje importante de los años sesenta. Autor del libro *Los que luchan y los que lloran*, cofundador de [la agencia de noticias] Prensa Latina, organizador de una guerrilla en el interior argentino a la que dirigió con el nombre de Comandante Segundo, reservaba a Guevara el título de Comandante Primero.

3. Recuerdo haber hablado de esto con Daniel Waksman en Madrid, en 1977, especialmente a propósito de la camada joven llegada a *Marcha* en los 60, que ambos habíamos integrado. A Waksman le llamó la atención que el magisterio de Gutiérrez también me hubiera alcanzado, en vista de que yo nunca había hecho propiamente periodismo, sino sólo crítica literaria; pero una vez que lo conversamos advertí que un periodista de la talla de CMG irradia influencias más allá de su ámbito propio.

Cuando practica el periodismo de opinión, especialmente en sus artículos políticos, ocurre un fenómeno que Mercedes Ramírez caracterizó muy bien: «...desde que empezó a escribir hasta ahora ha sido para varias generaciones un maestro de la escritura y un disciplinador del pensamiento. Todo lo que hace, todo lo que pasó —cárcel, exilio, desexilio— dejan una señal—guía para sus lectores. Sus comentarios políticos pueden merecer discrepancias y controversias, pero aun quien no acepte sus puntos de vista no puede dejar de reconocer que su intransigencia —línea dura trazada con regla de acero— nos es necesaria para no perder de vista camino y meta». (Cuando la presentación de *Los ejércitos inciertos*, el 24-VII-91.) Amén de la inteligencia, una honestidad esencial: CMG siempre dice lo que piensa, escribe lo que dice y actúa de acuerdo a lo que escribe. Benito Milla me dijo una vez que Mario Benedetti «ponía el hombro donde ponía la cabeza»; la afirmación puede extenderse a Gutiérrez; también le cabe la que Benedetti hizo en una ocasión con relación a *Marcha*: «Cuando *Marcha* se equivoca, se equivoca gratis».

EL HUMORISTA

Aunque su práctica del humorismo, especialmente político, se explanó en varios medios de prensa, los textos recogidos en su libro se habían publicado entre 1953 y 1963 en *Lunes* y en *Marcha*. Su humor cultiva la ironía y la mordacidad y se pone al servicio de la misma causa que desvela a su periodismo: la crítica de nuestro sistema político y de nuestros hábitos nacionales en lo que tienen de hipocresía, cobardía, esnobismo, blandura, ausencia de proyectos, corrupción, mediocridad.

Uno de sus personajes, el «polígrafo oriental» Baltasar Pombo, resulta particularmente recordable y, es de lamentarse, podría ser resucitado casi sin cambios: apenas unos toques de pragmatismo, realismo para disimular cobardías y una pizca de posmodernidad. La tercera sección de *El agujero en la pared*, bajo el platónico título de «Las sombras en la caverna», recoge diez textos memorables que son otros tantos pastiches de Borges, Mark Twain, Benedetti, Larra, Sabat Ercasty, Silva Valdés, Juan Cunha, Idea Vilariño, Alsina Thevenet y Arkady Averchenko. Nuestros humoristas han cultivado poco el pastiche, y es lástima. Yo le veo dos utilidades (aparte de la principal que es la risa): puede rendir muy buenos frutos en la enseñanza de la literatura y es un buen aprendizaje para un escritor.

EL POETA

Si por las fechas y características de su labor periodística CMG pertenece a la Generación del 45, su obra narrativa empieza a conocerse en la década del 60, y su poesía recién en 1971.

Sin abjurar de la inteligencia, para la poesía reserva CMG la expresión de sentimientos, en especial la bronca indignada y el amor.

*Diario del Cuartel*⁴ reúne veinte poemas que dan cuenta de lo colectivo y de lo personal: la degradación de un país, la prisión y la tortura de un luchador. Poesía testimonial, coloquial, conversacional, que renuncia a la rima y a las formas estróficas canónicas (excepto en un caso: «Chez d'Årenberg»), pero que cuida escrupulosamente los ritmos. El trabajo del poeta en los aspectos rítmicos —que no he visto mencionado— es digno de atención. Atañe tanto al ritmo fónico, musical, mediante la distribución de los acentos en el verso, cuanto al ritmo de las ideas. En el primero advierto la influencia de la poesía de Idea Vilariño, pese a que sus ritmos atañen en general a versos cortos y Gutiérrez trabaja con versos más largos. En el segundo, como en el estilo bíblico, el ritmo ideológico se obtiene por el uso del paralelismo que comparece en sus tres tipos: sinonímico, antitético y de desarrollo. Del sabio manejo de estos paralelismos dependen los mayores logros poéticos.

Incluido afuera consta de treinta y dos poemas organizados en dos secciones: «Datos del cuartel» y la que da título al libro. La primera recoge siete textos, cinco del primer libro y desde su mismo mundo y temple, pero que no aparecían en él (se trata de «Explicación de la unidad» y «Hombre con mujer»); están muy bien seleccionados, tanto en lo atinente a sus calidades poéticas cuanto en el proveer el marco de antecedentes necesarios a los poemas nuevos; sólo objeto que un texto como «El extranjero», que me resulta ejemplar, no aparezca aquí. En ese poema, además, comparece un recurso de la poesía árabe que podía haberse dado por perdido fuera de esa tradición: el hablar de o a una ciudad como si se tratara de la amada del poeta: «ésta era mi ciudad, mi amada antigua/pero voy extranjero voy perdido». La imagen se retoma, mucho después en un texto bellissimo, «Montevideo». (En la poesía árabe es frecuente que el conquistador que sitia una ciudad le declare su amor y la pida en matrimonio, o que el dueño despojado de una ciudad se considere su viudo; la tradición más cercana del tópico que tenemos los hispanohablantes está en el Romancero castellano.)

Los veinticinco poemas nuevos testimonian las experiencias del exilio⁵ y del desexilio (he aquí la explicación del oxímoron del título). Mantienen las características de la poesía anterior en el coloquialismo y el trabajo rítmico, pero en algunos poemas se agrega el recurso de la rima, aunque muy asordinado y discreto; se agrega, también, un nuevo trabajo con la metáfora y aun el símbolo.

Pero la excelencia de *Incluido afuera* no tiene que ver sólo con estos aspectos. Creo que se relaciona con la adquisición de la sabiduría. Cárcel, exilio, derrota lo despojaron de

4. Obtuvo el Premio de Poesía de Casa de las Américas en 1970. El jurado estaba integrado por: Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Washington Delgado, Margaret Randall y Cintio Vitier.

5. Recuérdese que CMG y Daniel Waksman fueron los primeros exiliados políticos que tuvimos, en la predictadura de Pacheco Areco. Encarcelados en aplicación de las Medidas Prontas de Seguridad, debieron acogerse a la opción constitucional de abandonar el país.

lo accesorio y adventicio y en el hueso limpio del alma le dejaron lo esencial. Los escritores bíblicos y los trágicos griegos expusieron largamente la idea de la purificación por el sufrimiento, de que el dolor mejora las almas. El Uruguay de los últimos veinticinco años funcionó como un vasto laboratorio para hacer esa prueba. Creo que los resultados de la experiencia indican que el sufrimiento sólo mejora a los previamente buenos y valiosos: a los Sendic, los Rosencof, los Gutiérrez. A los otros los arruina. Porque el trabajo sobre la propia alma es un trabajo personal resultado de una elección, porque lo decisivo —como advertía Sartre— no es tanto qué cosas nos pasan sino qué hacemos con las cosas que nos pasan. Lo que decidamos hacer depende de la buena madera previa. Es la carga de sabiduría, de amor, de coraje lo que hace de *Incluido afuera* un libro mayor.

EL NARRADOR

Sus cuentos aparecieron en suplementos, revistas y antologías varias; recién ahora llegan al libro unitario en *Los ejércitos inciertos...* El libro está compuesto por nueve relatos y seis textos tipo estampa, de prosa poética, titulados «Exilios», que abren y cierran el volumen y se intercalan en los lugares 5, 7, 10 y 12. Estos «Exilios» marcan, desde su inflexión poética, la variedad en la unidad que caracteriza al libro. Variado por los diversos escenarios que impuso el destierro y los diferentes tiempos que implica una opresión, del militante amor por la gente y por una escritura cuyo estilo es ya reconocible, aunque no es el mismo del periodismo.

«La noche de la cocina», «Hermanos argentinos» y «El Espíritu Santo sobre el Retiro» ocurren en Buenos Aires; «El ascensor», «Snapshots» y «Asociación para delinquir», en Montevideo; «Un puesto de comidas cerca del hotel», en La Habana; «Los ejércitos inciertos» en Londres, Hamburgo, París, Helsingor y Montevideo; «El viaje al origen», en La Habana, Madrid y Montevideo.

El tiempo abarcado por los relatos cubre unas cuatro décadas. Muy a menudo un mismo relato se abre a distintos tiempos para encontrar génesis y derivaciones de su asunto central. Esta alternancia está muy sabiamente manejada por el autor.⁶

6. ¿Se me permite una confesión de orgullo personal? En 1968, la Editorial Sandino publicó el volumen *7 escritores de hoy, 7 pintores de hoy* en el cual aparecía el cuento «Telefoto exclusiva», cuyo asunto era el asesinato de Arbelio Ramírez en ocasión de la visita de Che Guevara a Montevideo. Me tocó reseñar ese libro para el n° 2-3 de la revista *Prólogo* y explicitar mis reparos a un texto del que, en el resumen, afirmaba: «Creo que se beneficiaría con algunos cortes y algún rearmado estructural». Recuerdo que esa reseña me costó mucho, porque yo consideraba un maestro a Gutiérrez y para esa fecha recién hacía cuatro años que había comenzado a ejercitar la crítica. Me consta que, por lo mismo, yo lo había estudiado a fondo y estaba segura de lo que decía. Que ahora el Maestro edite "Snapshots" con muchas podas y un completo rearmado estructural, me llena de orgullo muy legítimo y me reconfirma en una convicción que él me devuelve en un nuevo magisterio: esa lección enseña que los de verdad buenos aprenden también de sus discípulos.

Eduardo Galeano dice en su prólogo que «La noche de la cocina» es «uno de los pocos relatos perfectos que he leído en la vida», juicio que puede perfectamente suscribirse; es una de las escasas maravillas de tres páginas que, de vez en cuando, puede exhibir una rica literatura. Y era necesarísimo leerlo porque, habiéndoselo oído decir a Dahd Sfeir (quien también cantó estupendamente el poema «Montevideo»), se estaba en riesgo de atribuir la mayoría de sus virtudes a la interpretación.

En la lista de excelencias del volumen, todo él de muy alta calidad, yo agregaría «Viaje al origen», «Los ejércitos inciertos», «El ascensor», «Hermanos argentinos» y los seis «Exilios».

Narrativa realista, pero como la más alta del realismo, cargada de sugerencias y honduras; literatura testimonial, pero que permanece mucho más allá del agotamiento de la situación testimoniada; literatura comprometida, como siempre ha sido la mejor literatura: comprometida con lo mejor del hombre. He aquí la nueva lección del Maestro.

OBRA PUBLICADA COMO LIBRO POR CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ

En la Sierra Maestra y otros reportajes, periodismo. Tauro, Montevideo, 1967.

¿Integración latinoamericana? De la Alianza para el Progreso a la OLAS, en coautoría con Marcos Gabay, periodismo. Ediciones Cruz del Sur, Montevideo, 1967.

El agujero en la pared, humorismo. Arca, Montevideo, 1968.

Diario del Cuartel, poesía. Casa de las Américas, La Habana, Colección Los Premios, 1970.

El experimento dominicano, periodismo. (Traducido por Richard E. Edwards como *Dominican Republic: Rebellion and Repression*. Monthly Review Press, Estados Unidos, 1972.) Diógenes, México, 1974.

Reportaje a Perón, periodismo. Schapiro Editor, Buenos Aires, 1974.

Che Guevara, periodismo. En *Los hombres de la historia*, n° 130, Centro Editor de América Latina, 1970. En *Revolucionarios de tres mundos* (compilación), CEDAL, colección Biblioteca Fundamental del Hombre Moderno, 1971.

Incluido afuera, poesía. Arca, Montevideo, 1988.

Los ejércitos inciertos y otros relatos, cuento. Arca, Montevideo, 1991. Ediciones de la Banda Oriental, 2003.

El intelectual y la sociedad, en coautoría con Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet, ensayo. Casa de las Américas, La Habana, 1969. Siglo XXI Editores, México, 1969.

LOS EJÉRCITOS INCIERTOS Y OTROS RELATOS

1991

*Eux, qu'on retrouve au soir
desarmés, incertains*

ARAGON

A Ducho, en las entrelíneas de todo.

INTRODUCCIÓN A LOS EJÉRCITOS INCIERTOS Y OTROS RELATOS

De chiquilín quise jugar al fútbol como Julio César Abaddie, aunque él era de Peñarol y yo era un patadura.

Cuando ya estaba dejando de ser chiquilín, quise escribir como Carlos María Gutiérrez. Leyendo sus crónicas, yo sentía que las palabras fluían solas, como la pelota de Abaddie rodaba por su propia cuenta, veloz, imparable, al borde de la blanca frontera de la cancha. Eso me daba admiración y envidia. Yo me pasaba las horas peleando cada coma y cada palabra, y el resultado final de la inútil batalla era, a lo sumo, digno de una buena papelera.

Después, el maestro fue mi amigo. Un puercoespín entrañable. Y un día me confesó que escribir era, para él, una cosa que costaba un triunfo y pagaba un fracaso. Yo sentí algo así como un consuelo, pero no me curó de la admiración ni de la envidia.

Y han pasado los años y sigo sin curarme, porque sé que por mucho que yo insista peleando a brazo partido, jamás podré escribir nada como «La noche de la cocina», pongamos por caso, que es uno de los pocos relatos perfectos que he leído en la vida.

Eduardo Galeano

EXILIO

En 1960, la explotación de braceros ilegales en las plantaciones cañeras del Norte excede la antigua resignación agraria y las denuncias llegan a la capital. El periodista va a ver. En la pequeña población de frontera duerme tres noches, alojado en una pensión menesterosa pero limpia. Su pieza tiene una ventana enrejada hacia la calle de tierra y ninguna puerta. Se entra a través de un cuarto de baño compartido con el vecino. Cuando el otro lo ocupa, el periodista queda tapiado. Los datos del tráfico de brasileros y las visitas a las aripucas miserables construidas entre los surcos, para hablar con los cortadores reticentes, agotan con monotonía la jornada. Por la noche sólo hay la módica diversión de una cerveza solitaria, un prostíbulo confuso con discos de Magaldi rayados o la alternativa de irse temprano a dormir.

Una madrugada despierta a la luz desolada de la ventana sin cortinas y desconoce dónde está, qué son esas paredes azulosas pintadas a la cal, el techo de zinc con su lamparilla sórdida, la mesa de pino, el catre de hierro que rechina y la palangana descascarada en su soporte. Le parece que esa falta de memoria y esa habitación triste e indescifrable son la muerte, o al menos su condena. Espantado, decreta que sigue dormido y que debe despertar de ese sueño.

Diez años después una dictadura destierra al periodista. Otra noche, en una pensión extranjera, relee, en uno de sus pocos libros, la página olvidada donde Jorge Luis Borges había aludido en 1932 a un desconsuelo parecido y a un sueño propio: «Soñé que salía de otro —populoso de cataclismos y tumultuoso— y que me despertaba en una pieza irreconocible. Clareaba: una desteñida luz general definía el pie de la cama de hierro, la silla estricta, la puerta y la ventana cerradas, la mesa en blanco. Pensé con miedo ¿dónde estoy? y comprendí que no lo sabía. Pensé ¿quién soy? y no me pude reconocer. El miedo creció en mí. Pensé: esta vigilia sin destino será mi eternidad. Entonces desperté de veras, temblando».

El exiliado cierra el libro y mira a su alrededor la habitación ajena, escucha el silencio de la alta noche y no sabe si realmente ha despertado. Tampoco, si su recuerdo, donde los destierros de todos son también, de algún modo, el único para todos, es sólo un sueño del presente. Mañana intentará averiguarlo, o despertar.

LA NOCHE DE LA COCINA

A Augusto Bonardo

Poné que el mejor tango que hicimos juntos no lo escribí yo, ni él tampoco.

La última madrugada me llamó a las tres, desde el sanatorio. Le habían colocado un teléfono en el cuarto, porque en esos días ya lo dejaban que se sacara todos los gustos. «Gordo», me dijo y se me fue todo el sueño y me senté en la cama con los pies colgando. Yo había dejado de pensarlo con un teléfono a mano y tampoco me lo imaginaba en el auto, ni sentado en el café con Pepe, Barquina y la Nena, esperándome para la generala, o entrando en casa con las botellas de chianti, mientras gritaba que no sancocharan los ravioles, bárbaros y nos llenaba esta misma cocina de barullo, probando las letras nuevas con voz de tenorino y destapando cacerolas.

Me dijo «Gordo» así, como triste. Le pedí que esperase y me vine aquí con el teléfono, para no despertar a la Nena, aunque ella duerme pesado y ni sueña. «¿Dónde estás?» le pregunté, creo, o «¿De dónde llamas?». Imaginate qué gil estaba yo esa madrugada, después de tres horas de trabajo en la milonga y dos de copas con los otros giles. Me desconocí: «¿Sos vos, Gordo?». «Y claro, zanahoria» le dije, porque quién iba a ser a esa altura de la mañana. Pero le metí todo el cariño en el «zanahoria». Entonces me explicó que estaba pasando la noche en blanco, sin dolores y piola–piola, lástima que la enfermera era una vieja vinagre y no quería traerle lápiz y papel, ni dejarle la luz encendida, por los reglamentos. De todos modos, me dijo, había armado de memoria, sin monstruo, la letra del mejor tango que hemos hecho, Gordo, del mejor que haremos hasta que estemos todos muertos.

Sentí frío en esta cocina, toda blanca, otro sanatorio. Seguí callado. «Gordo», se asustó él, un poco. «Decímela», le mastiqué bajito y empezó a recitarla por el teléfono, a las tres de la mañana, igual de bajito. «Es por si oye la vinagre», aclaró antes, pero él sabía también que era por su vergüenza de inventar tanta hermosura y tanta pena, como siempre.

Al quinto verso yo tiritaba y lo frené. Que aguardara un minuto, mientras yo iba a buscar un abrigo. Pero al salir ya me había olvidado y traje el fueye, solamente. «Dale», le avisé, con el tubo apretado entre la oreja y el hombro, sentado en ese taburete blanco donde vos estás ahora, buscándole el tono y meta talón y talón, como si estuviera en la milonga, cuando llega mi solo y dicen, no sé, que bramo o que me río para adentro con los ojos cerrados.

A veces se le cortaba la voz y tosía mucho, pero no me negó ninguna repetida de un verso. Yo gatillaba notas bajas por la izquierda si el frío venía bravo y cuando a él se le quebraba la garganta mandaba un picado brillante para aguantarlo, pero qué iba a poder yo en esta cocina o morgue, si del otro lado estaba la muerte canturreando su propio tango.

No me preguntés cuánto estuve con el fueye queriendo escapárseme de las rodillas, caliente como no lo había oído nunca, mientras en el teléfono me recitaban los versos de un misterio. Hasta que el instrumento se aflojó, quieto, respirando. El gato se me vino a refregar en las piernas, con el lomo erizado.

«Gordo», dijo la voz, allá. «Cortá un rato, que te llamo para darte una sorpresa», le pedí. Y empecé a pasar todo el tango, como me había crecido de aquel frío, de aquellos versos y de aquel canturreo, hasta acabarlo. Pensé, te juro: «¿Quién soy, entonces?». Lo pasé otra vez y tampoco me vino la respuesta, aunque por lo menos pude llorar. Disqué el número del sanatorio pero la telefonista nocturna que no, que el señor no podía ser molestado a esa hora, orden médica. La estúpida debió pegarse un susto cuando empecé a gritar (y los sollozos me dejaban ronco y el fueye pedía con unos alaridos terribles que no se muriera nadie) porque me comunicó.

«¿Y?», me dijo él. «Escuchá», le dije. Ya era casi de día y la cocina estaba de un gris sucio. Puse el tubo en esta mesa. Arrimé el taburete para afirmar el pie encima y largué el tango todo de una vez, porque a lo mejor ya no había tiempo para despedirnos. El fueye me tapaba la voz, que la tengo chica, pero lo fui cantando verso a verso y cuando solté el fraseo de mano izquierda esta cocina retumbaba como una catedral. Porque era la parte donde estaba la muerte y la tapé de música y de amor, como si el amor y la música pudieran asustarla y que se fuera. Piqué los dos compases finales, desinflé el fueye y me quedé aquí, con un temblor. El gato estaba parado en un sol recién nacido que pegaba en las baldosas.

Entonces puse el instrumento en el suelo, colgué el tubo del teléfono sin hacer ruido y vi a la Nena recostada en la puerta, con los ojos secos, despierta desde hacía horas sin decirme nada.

«Vení a abrazarme fuerte», dijo la Nena. Y yo fui.

HERMANOS ARGENTINOS

A medianoche, en su hotel, el exiliado se cepilla los dientes vestido con el viejo pijama de Montevideo, los dos automóviles contornean el Obelisco y el Angosto reacomoda su pistola Star en el cinturón desbordado por la gordura. El exiliado se enjuaga la boca, va hacia la cama con el libro comprado esa tarde y el Puma mira la hora en el Seiko digital que le sacó a un desaparecido, da un codazo al Tejerita titubeante para que se coma la luz roja en Esmeralda y Corrientes, bosteza porque lleva dos noches de guardia. El exiliado abre

el libro, pero permanece unos instantes mirando al techo, con la cabeza en la almohada confortable. En el asiento trasero del primer auto, junto al Angosto maloliente a sudor (pero sin rozarlo) el Mayor uruguayo, de civil, viene rubio y altanero, bien peinado y en silencio. Como si los argentinos fuéramos basura, rumia el Angosto mirándolo de reojo y con los pies sobre la caja de las granadas. El Puma, adelante, chupa un charutito brasilero medio apagado y en su hotel el exiliado tiene sueño, se deja invadir por la paz modesta del fin de jornada, quiere olvidarse sólo hasta mañana de toda la pobre gente que ha venido a verlo o lo ha encontrado en cafés de Flores o del Bajo: unos pesos para pagar la pensión senador, senador queremos que identifique los cuerpos y así los entregan, senador no me reciben en el albergue, gracias senador y viva Batlle. El sueño flota cerca de sus ojos, pero se propone leer por lo menos el primer capítulo de Garaudy: «Nuestra sociedad está en trance de desintegración./Es necesario en ella una transformación fundamental,/la cual no puede llevarse a cabo según métodos tra-/dicionales». El Mayor dice que ahí y el Tejerita tuerce el Falcon para pasar a una camioneta de reparto, acelera ruidosamente y se le atraviesa, atraca con las ruedas delanteras sobre la vereda del hotel. La camioneta patina y el tucumano va a insultar, pero identifica a tiempo el automóvil terrible y sin matrículas, mira cómo se abren las cuatro puertas al mismo tiempo, ve a los hombres (tres con pistolas en la mano, el rubio con la Uzi colgando del hombro caño hacia abajo) y a la gente que se repliega atropelladamente para que pasen, oye a los hombres que gritan ¡adentro! ¡adentro! y cómo se rompen los cristales y entonces acelera, se va de ahí, segunda, tercera, tengo hijos. Cristo. El Tejerita (siempre lerdo para cuando hay barullo, piensa el Angosto) espera al segundo auto con el cabo del chupadero y los otros tres uruguayos, que también se sube a la vereda. Desde el edificio de la Telefónica, en una esquina de enfrente, los policías de la custodia miran la escena a la sombra de las columnas. Arriba, en el tercer piso, el exiliado abre la ventana. Alarmado aliviado tranquilo, reconoce los Falcon, tan demorados pero al fin tan puntuales, por qué iba a salvarme yo precisamente, por qué yo entre todos, pero ya la puerta que se astilla a patadas y el Puma pálido y maldormido parado en la puerta del dormitorio, la cadena de oro con crucifijo entre la camisa de seda verde abierta sobre la barriga velluda, la melena negrísima y cortada a navaja que le tapa las orejas, los ojos grises que parecen muertos, la vocecita de boxeador: qué te habías creído, comunista hijo de puta, para venir a este país a jodernos, y ya la pistola hundida dolorosamente bajo el mentón, ya otro que le hace una llave y está dándole rodillazos en los riñones. Desde el umbral, sin haber descolgado su arma, el Mayor dice déjenlo que se ponga los zapatos y un abrigo, porque va a tener mucho frío, pero alguien también soñoliento, que todavía no entiende nada, lo toca de atrás y el Mayor gira rapidísimo rastrillando la Uzi, animal feroz y bien entrenado, con la flexión aprendida en las antiguas maniobras contrainsurgentes de Fort Gulick y encañona al muchachito recién salido de su cuarto en el corredor. Es el hijo, avisa uno y el Puma empuja al padre (ya trabado por las esposas, que el Angosto recibe golpeándolo con la Star empuñada) y pone al muchachito su propia pistola sin seguro en el pescuezo, sentate en ese sillón y ni respirés, ni respirés guacho de mierda. No

te muevas, no te muevas hijito, piensa el exiliado, chiquito no te muevas ni hables nada, y también piensa: van a matarme, o no van a matarme y no van a matarte, o no nos matarán aquí, o quizás te dejen, hijito, pero dice en voz alta identifíquense, con qué derecho. Ahora lo meten a empellones en el ascensor y desciende en un extraño silencio, solo con el Mayor. Oye el tropel y el griterío de los que bajan por la escalera, pero el hijo ha quedado arriba, o no. Ninguna puerta se ha abierto en los otros cuartos, nadie ha salido a ver qué pasa. Siente la oreja y la sien dormidas por el culatazo; la sangre del oído con el tímpano roto le corre por dentro del pijama humilde de Montevideo. Abajo, el empleado nocturno tiene los brazos en alto y la cara contra el mapa Peuser de la pared. Uno de los uruguayos del chupadero sigue pateándole los tobillos para que mantenga las piernas bien abiertas y le incrusta la escopeta de cañón recortado entre las nalgas, que ni temblés, porque llegás a darte vuelta, llegás a mirar y te dejo el culo como una espumadera, maricón, y el muchacho, si no he mirado, no vi nada, señor. El exiliado cruza el vestíbulo casi llevado en vilo entre el Angosto y el Puma, la cara llena de sangre y la mirada celeste, límpida, que ve todo, que recuerda todo, que no cesa. El Mayor, más rubio bajo las luces escandalosas de la marquesina, acomoda la Uzi en el hombro, manda que pongan al exiliado en el segundo auto y dice en el micrófono que sacó de su Falcon, fase dos afirmativa vamos a fase tres. En la acera de enfrente se agrupan los curiosos, indecisos intimidados fascinados al fin por la línea de protección que forman en medio de la calle el cabo y dos de los uruguayos, con las escopetas horizontales, imprevisibles. Los espectadores empiezan a salir de los teatros de varieté y a entrar en las pizzerías bulliciosas. Los puestos de libros y discos difunden a Soljenitsin en ediciones piratas y a Vivaldi y Marianito Mores en casetes ordinarias. El tránsito de la medianoche sigue pasando Corrientes abajo, desviándose para eludir a los hombres armados e inmóviles: en algunos colectivos los pasajeros se despabilan de pronto, pero al comprender apartan los ojos de la ventanilla, tengo hijos, yo no he mirado, nada ocurre. El automóvil verde arranca hacia atrás con un bramido, atruena con su escape libre, dobla en U hacia el Sur y a contramano. Desde el asiento trasero, ensangrentado, invadido por una extraña plenitud, el exiliado mira con avidez final la fachada del hotel donde vivía, la imagen del hombre rubio que junto al otro Falcon habla por un micrófono y parece canceroso bajo el resplandor amarillo, las luces de la calle Corrientes, la noche de Buenos Aires que vuelve a cerrar sus aguas espejeantes.

EL ESPÍRITU SANTO SOBRE EL RETIRO

Oía la voz de su madre al otro lado del patio, discutiendo con el panadero o alguien. Los canarios esparcían su contrapunto y el sol entraba por las celosías hasta llegar a los zapatos nuevos, que él rozaba perezosamente con la punta de los dedos, boca abajo en la cama, mientras iba tomando conciencia de la mañana de domingo. En la plaza las campanas de la iglesia tañeron con limpidez, llamando a misa. La vibración familiar aseguró a su molición adolescente las imágenes que ilustrarían la felicidad previsible de las próximas horas: el patio doméstico con las baldosas rojas recién lavadas, el follaje de verdes luminosos que la parra extendía hasta su puerta, la camisa olorosa a plancha caliente, la taza de café en la cocina, la reunión con los demás en el atrio de la iglesia para ver la salida de las muchachas. Se dio vuelta con lentitud, prolongando la fruición de su despertar en la casa paterna de Salto y abrió los ojos en la pieza 9 de la pensión bonaerense, tercer piso encima del cabaret El Indio, veinte años más tarde.

El sereno desplegabla las ventanas del corredor a las siete, para ventilarlo de los malos olores nocturnos y el humo rancio del tabaco. Entonces ya no valía la pena recobrar el sueño, porque la frazada mugrienta y quemada de cigarrillos era inútil contra el frío de agosto que venía de las dársenas.

Tanteó sobre la mesa de luz, pero sólo encontró el paquete vacío de los Winston que había tomado la noche anterior del bolso de la norteamericana, en El Indio. La mano exploradora chocó con la botella de grapa uruguaya, también vacía, que se rompió en el suelo. Desde la pieza 8, el paraguayo rengo que había peleado en la guerra del Chaco golpeó la pared, iracundo.

El ruido terminó de despertarlo. Echó hacia los pies la frazada y se sentó al borde de la cama, con la vieja sensación de terror en la garganta. La metralleta volvió a encasquillarse, la camioneta iba alejándose otra vez y él la miraba, incapaz de alcanzarla, solo bajo las luces de sodio en la avenida húmeda y desolada, con el balazo en el cuello y ya de rodillas, mientras los soldados se arrojaban del *jeep* en marcha y el primer puntapié lo alcanzaba de nuevo en la sien, como todas las mañanas.

Inició el movimiento de consultar el reloj perdido en el penal, se acordó a tiempo y ni siquiera miró su muñeca desguarnecida. Una campana doblaba ronca y triste, de otra iglesia. Tal vez si cerraba los ojos, si metía la cabeza bajo la almohada y soportaba su olor a vómito del inquilino anterior, si antes hubiera podido aguantar el mismo olor en la capucha y el agua nauseabunda del tanque sin hipar las direcciones y los nombres. Pero ya el paraguayo circulaba por su cuarto haciendo ruido con los muebles, escupiendo en el inodoro con profundos esgarres. Por los vidrios pequeños y sucios entró de a poco la luz grisácea del invierno. Hacia el río resonó la sirena de un remolcador invisible y desde la Boca vinieron los pitos de los astilleros. Imaginó los pavimentos encharcados donde se

presentían cloacas desconocidas, las aceras que vibraban sordamente al pasar el Subte y exhalaban el soplo tibio y fétido de diez metros más abajo.

Sólo un cigarrillo le quitaba el gusto a caramelo ordinario de la noche. Se enderezó, acostumbrándose a la corriente de aire que llegaba de la ventana rota. Las baldosas estaban heladas y sintió su pringue en los pies descalzos, mientras esquivaba los vidrios rotos, pero encontró la colilla donde la había pensado, sobre el soporte del papel higiénico. La encendió y se sentó a fumar en la tabla del inodoro. Del otro lado, el paraguayo hizo funcionar la cisterna y el gorgotear del agua fue el comienzo oficial de la mañana.

Hasta julio, el sol pálido que subía sobre la estación Retiro doraba un rato, antes de desaparecer entre viejos edificios, los muros ciegos cubiertos de hollín y las antenas de televisión. A esa hora, cuando se asomaba a la ventana en calzoncillos para recibir algo de calor, la paloma astrosa aparecía desde la parte encapotada del cielo y volaba con un aleteo torpe hacia el alféizar. Él levantaba un poco la ventana de guillotina, que se atracaba en el marco deformado por capas innumerables de pintura verdosa, para desmigajar restos de pan, que la paloma tragaba con picotazos monótonos. A veces, mientras el bicho comía encrespando las plumas manchadas con la misma roña amarillenta de los edificios, él intentaba pasarle suavemente un dedo por la cabeza o seguir con el dorso de la mano la curva de las alas. Pero apenas iba a ser tocada, ella elevaba el pico en actitud alerta y escapaba, con otro aleteo, hasta la cornisa de enfrente. Desde allí lo miraba con un ojo vítreo y rojizo, hasta que él se retiraba al interior del cuarto, conformándose con observarla a distancia. Entonces la paloma volvía a la ventana para terminar su comida y se remontaba después hacia el gigantesco aviso luminoso de un vino extranjero.

La colilla llegó al filtro de sabor químico. La tiró y fue hasta el lavabo rajado. El agua salía tibia como siempre con espasmódicas bocanadas hirvientes. Entre el vapor, estudió en el espejo, con minucioso desprecio, el rostro hinchado por la vigilia, la sombra de la barba, el cabello que comenzaba a retroceder en la frente, la boca algo desfigurada por el tic que apareció después de la tercera noche de picana. «Te gustaría dramatizar la cosa», dijo en voz alta a alguien, «como en un cuento empalagoso sobre el podrido exilio del ex-seminarista, el silencio hostil de Dios, el Purgatorio y toda la mierda que sigue». Se acercó a la cara empañada, para ver mejor en los ojos que lo miraban. «Son lo último que se emputece», dijo todavía. Buscó en el fondo de los ojos y tampoco pudo entender nada esta vez, que era la última. En la pieza 8 el paraguayo hizo correr el agua del inodoro.

EXILIO

En la casa situada en las afueras de una ciudad, el viento bate los árboles del parque. En el dormitorio, un hombre en su segunda noche de viudez, los ojos fijos en el techo, intenta dormirse y borrar la desacostumbrada soledad. Por la ventana abierta escucha, ya en el entresueño, el murmullo poderoso del follaje.

Afuera, una hoja muerta asciende entre las ráfagas y vuela en torno a la casa sin luces. El hombre se adormece, finalmente, vencido por el recuerdo. La hoja entra por la ventana y va a posarse sobre la almohada. Sin saberlo, el hombre sueña que no está solo. En la almohada humedecida, la hoja muerta vela esa breve felicidad, esa impostura de la noche.

EL ASCENSOR

A Yenia Dumnova

Es sábado, anochece y el doctor Federico Elordi está solo en la casa. Por la mañana su socio en el bufete, un contador, le ha dicho que el póquer habitual será esa noche en un sitio distinto, posiblemente el apartamento de un norteamericano de la Embajada. Pero todavía no sabe la dirección exacta: la secretaria telefonará a Elordi. Después han vuelto a revisar juntos, con minuciosidad, los contratos de exportación que deberán seguir a la firma del decreto. Casi todos los generales de la Junta ya han sido aplacados o convencidos: sólo falta el más encumbrado, que es también el más difícil. Por eso vino Gómez Ansaldo desde Roma.

Antes de salir, esa mañana, el contador ha guiñado un ojo cabalístico: que vaya precavido, porque el famoso embajador Gómez Ansaldo, invitado de honor al póquer, ha dicho que estará encantado de ver a su viejo condiscípulo Elordi, después de tantos años.

Alicia, siempre callada y con el luto por la madre, se ha ido al chalet de Punta del Este, a vigilar sus rosas obsesionantes. El almuerzo solitario, en la gran mesa del comedor, fue estropeado por la prisa de la cocinera y el mucamo en aprovechar su día libre.

La secretaria aún no ha llamado. La casa vacía desasosiega a Elordi, que no soporta quedarse sin interlocutores y obligado a monologar pensamientos impropios. Una siesta mal dormida lo ha hecho despertar con frío, indeciso sobre la estrategia de la partida

de póquer, organizada en un lugar seguramente desagradable y con gente que no le interesa ver.

Ese año el otoño en Montevideo es apacible. Elordi ha separado, en su cuarto de vestir, un pantalón de franela, mocasines cómodos, un jersey de cuello alto y ha reservado para la elección final una chaqueta de ante y un *blazer* azul. Como ama el orden, tiene alineados sobre el tocador, igual que cada día, los objetos confirmatorios: el encendedor Cartier con sus iniciales en laca, la chequera de un banco norteamericano encuadrada en piel, las llaves del BMW, la medalla de consejero de Estado, el lapicero de plata con el que firmó en Washington un tratado, como canciller. Al final de la nítida hilera está el reloj: una delgada caja de platino con la malla florentina cincelada en oro. Sorprendido, advierte ahora que el reloj se ha detenido (por primera vez) y marca las doce. Pero cuando quiere correr las agujas no puede moverlas. Este otro arreglo también deberá esperar al lunes.

En el baño abre el grifo del agua caliente, dejando que el pijama se deslice a sus pies. Examina en el espejo su cuerpo: el vientre enjuto, el sexo sombrío que ha llegado al pacto entre los instintos y la serenidad de los sesenta, el cabello gris sin evidencias de calvicie. Antes de entrar al agua muequea, ejercitando la dentadura intacta y la mirada alerta.

Más tarde, cuando está calmando con resoplidos y breves palmaditas la quemadura del agua de colonia en las mejillas pulidas por la afeitadora eléctrica, cree oír el teléfono en la planta baja y va a atenderlo, anudándose la salida de baño.

El mucamo ha dejado casi toda la casa a oscuras. Elordi desciende guiándose por el resplandor ambarino de una lámpara. El teléfono ha dejado de sonar. En la penumbra todo le parece desconocido: las puertas entornadas que dan a las habitaciones silenciosas, los espacios de los ventanales, el rellano de la escalera, el alfombrado claro y espeso. En el fondo de la sala la lámpara ilumina la mesita con el teléfono mudo; desde la pantalla sube una curva de luz hacia el Vicente Martín recién comprado. Elordi cree en la cualidad milagrosa del dinero, que puede transfigurarse y emerger de la suciedad y la sordidez (como un ser humano aflora en el parto desde la sangre, las mucosidades y la culpa) para convertirse en belleza total, sin rastros de su origen. Con los pies desnudos en la tibieza de la alfombra, vuelve a disfrutar el equilibrio inteligente de la pintura de Martín, los tonos supeditados a la hermosura que no inquieta, la discreta maestría de las figuras que no revelan su secreto. Descubre, sin embargo, un nuevo efecto: la luz hace retroceder los azules hacia la penumbra y los objetos inventados por Martín desaparecen, mientras los púrpuras y los ocres cobran una rugosidad de empaste que antes no estaba y que los transforma en coágulos de una materia indefinida y repugnante, casi orgánica. Más allá de la mancha luminosa, el abismo en sombras de la pared devora la belleza del cuadro. El teléfono suena, agudamente.

La mujer que habla no es la secretaria del bufete, aunque pide a Elordi que anote la dirección prometida. Él escribe, extrañado, pero sigue pensando en la imagen de la pared y en que lo sabido a medias es la forma más detestable de la inseguridad. La mujer espacia las palabras y estira las vocales, como si las pronunciara sonriendo. Elordi sabe,

súbitamente, que esa desconocida lo odia como nadie lo ha hecho. Pregunta con quién está hablando, cuál es el apellido del anfitrión. No hay respuesta y sólo oye una respiración pesada, que aguarda. Un instante después la comunicación se corta del otro lado.

Elordi recorre la sala a grandes pasos, encendiendo todas las luces. El Martín, los demás cuadros, el ángel salmantino de piedra, lo rodean inmediatamente, de nuevo familiares. Oliendo en sus manos el agua de colonia alemana, va a la planta alta y se decide por el *blazer*. Ya vestido, saca un pañuelo de la cómoda, pero el cajón abierto exhala otra vez el aroma de María Isabel y, de pronto, parecen posibles otro viaje con ella a Nueva York, otro invierno. Luego baja a la biblioteca y enciende sólo la lámpara del escritorio amplio. Aparecen las estanterías abrumadas de libros, los diplomas numerosos en sus marcos de caoba, las fotografías de las Naciones Unidas y la OEA. En una mesa baja, junto a las bebidas en sus botellones de cristal, los diarios y revistas extranjeras llegados esa semana esperan el hojear del domingo.

Elordi llena de *scotch* un pequeño vaso y lo bebe de un trago. Se sirve otro, esta vez saboreando sin prisa el licor con gusto a humo y a maderas añejas, y deposita el vasito en un estante. Allí aparta algunos libros y mueve el dial de un *coffre-fort* empotrado. La puertecita verde se abre. Elordi cuenta cien billetes de mil dólares y añade otros uruguayos de alto valor, que son limpios y tersos, sin estrenar, con hermosas filigranas de colores y una escena histórica dibujada por un maestro grabador de Londres, donde los gauchos ostentan fisonomías rudas y honradas de irlandeses. Elordi mete el fajo en un sobre, lo guarda en un bolsillo interior y paladea el resto del *scotch*, mirando otra vez su fotografía preferida: Adlai Stevenson y Valerian Zorin escuchándolo interesados, los tres en el sector de la letra U de la Asamblea General, mientras él, con una mano levantada y los anteojos en la punta de la nariz, algo parecido a Anthony Eden, lee la declaración condenatoria de Cuba («Los dos están muertos y yo no», piensa.) Ese año había nevado en Manhattan inesperadamente temprano. Entonces fue con María Isabel a Sachs y cumplió la promesa del abrigo de visón. Ella le propuso estrenarlo con un paseo por la nieve del Central Park, como si todavía fuesen novios. Pero era 1962, estaba culminando la crisis de los cohetes soviéticos y Stevenson había citado en su hotel a los delegados confiables más importantes. Por la tarde, Elordi dejó a María Isabel en un teatro y postergaron el paseo de novios para la Asamblea General del año siguiente, sin saber que ya sería tarde.

Ahora Elordi cierra el *coffre-fort*, repone los libros en su sitio y borra en el estante con el pañuelo las marcas húmedas del vaso y de la nieve del Central Park.

Ha dejado el automóvil, porque el apartamento está en una calle cercana y puede ir a pie. Apenas sale, comienza una llovizna impalpable. Elordi camina con las manos en los bolsillos y la pipa apretada entre los dientes. Sus pies pisan las hojas del otoño y siente en la cara los dedos levísimos del agua. El calor aromático de la mezcla holandesa le pasa morosamente por la nariz. Elordi atisba por un momento una idea de una pureza absurda: que la caminata bajo la llovizna va hacia un lugar donde lo espera alguien que lo ama; al mismo tiempo piensa que la caminata durará siempre y que nadie está aguardándolo. Casi

enseguida encuentra el edificio. Una fachada de mosaicos blancos asciende en la noche incipiente, pero entre el follaje callejero se divisan sólo ventanas apagadas y balcones de línea imprecisa. Elordi entra al jardín y por las grandes vidrieras del vestíbulo examina las paredes interiores de color púrpura, el piso de losas negras, dividido por finas líneas de bronce, la soledad de las construcciones caras y modernas. No hay sillones ni plantas, sólo las armoniosas proporciones del espacio vacío y un resplandor severo, difundido desde un punto oculto por la sabiduría del arquitecto. En el rectángulo de mármol negro rodeado de vidrieras que forma su vano, las puertas de cristal y acero se abren sin esfuerzo cuando Elordi las empuja. En las paredes del vestíbulo no hay portero eléctrico ni otros aparatos: las superficies purpúreas están interrumpidas únicamente por los paneles de acero inoxidable de un único ascensor. En uno de los paneles está incrustado un pequeño disco de luz violácea. Elordi lo roza con un dedo y el circuito electrónico franquea el paso. Después de entrar Elordi, los paneles vuelven a juntarse con un rumor de rodamientos invisibles.

Los lados (también de acero inoxidable), el piso de un material negro y flexible, la luz indirecta y los círculos violáceos que indican los pisos en dos hileras horizontales sobre el metal, hacen del ascensor un objeto insólito, sugieren otros usos. Elordi está vagamente intimidado, pero eso le pasa siempre ante la tecnología que no omite la belleza. Oprime el círculo séptimo. La cabina está tan bien balanceada que el movimiento sólo se nota en la iluminación sucesiva de las cifras.

Elordi experimenta la vieja sensación predatoria, olvidado del otoño exterior, de María Isabel muerta de un cáncer sin su paseo de novios, de la complacencia en debilidades anacrónicas. Desea hallarse de una vez en la mesa de juego, desea que llegue la medianoche. A esa hora, convenida ya por los socios, habrá evocado con el embajador Gómez Ansaldo la infancia y rescatado sus fragmentos compartidos: el aula olorosa a incienso en el colegio de la Sagrada Familia, con el ruido de la lluvia sobre los techos y un Cristo de tamaño natural, lívido entre hilos de sangre, que colgaba de clavos de verdad en la enorme cruz de la pared; los profesores de rostros olvidados, que reaparecían a veces, como recuerdo odioso, en la ojeada a un aviso fúnebre, los alumnos Gómez y Elordi sorprendidos en un retrete, con las manos culpables, por el Hermano Antoine. Ese año, antes de los exámenes, Elordi ya había verificado que el alumno Gómez era un muchachito triste, despreciado por casi todos los condiscípulos, hijo de una familia arruinada de notables y que su gran corbata de luto era por el padre, un político joven muerto en un duelo famoso. Y ahora, avisado por las historias del contador, se dio cuenta también de que aquel niño con acné, dedos sudorosos y olor a leche agria, cuya corbata negra se le acercaba mucho a consultar su cuaderno, además de medio hermano del general difícil siempre había sido marica.

Los cien mil dólares están en su bolsillo y las apuestas del contador completarán el precio; en realidad, poco, porque en el subdesarrollo todo se abarata. A medianoche el niño marica, ya obeso y con el pelo teñido, estará sentado frente a Elordi y al contador; los demás, viejos compañeros de juego y comprensivos colegas de negocios, habrán abandonado, aparentemente excedidos por el pozo. Cuando las grandes fichas de nácar hayan

sido empujadas al centro de la carpeta, Elordi bajará sus cartas perdedoras y dirá una sola palabra, como un ensalmo, el contador lo imitará tendiendo su pobre baza y el embajador, con los dedos siempre sudorosos, expondrá su mano ganadora y recogerá con lentitud las fichas. El decreto será firmado el lunes por el general.

De todas maneras, hay que esperar a la medianoche para que las caminatas por la nieve o por la lluvia del otoño se conviertan al fin en tentativas ridículas; para que la seguridad de la riqueza y el poder sea definitiva, para que no importe el desprecio de la hija solterona y consagrada a sus rosas (que no le habla desde que él entró al Consejo de Estado). Dentro del Lancia con placa diplomática estacionado bajo los pinos del Pincio, el chulito romano recibirá su Rolex, consuelo de la breve separación. Besando la mano de la esposa del general difícil en el *foyer* del teatro Solís, Elordi comparará objetivamente, ya sin recuerdos inútiles, el nuevo tapado de piel que lleva la generala y el visón de Manhattan que María Isabel nunca estrenó. Ahora, con la mirada fija en los círculos violáceos, imagina esa purificación del dinero transmutado, pero como no quiere penar a solas, ensaya en voz alta el ensalmo de la medianoche. «Paso.» Dice la palabra y los paneles de acero inoxidable se abren, con su rumor bien lubricado, sobre una oscuridad absoluta.

Elordi se apresura a salir, para orientarse al resplandor de la cabina, pero a su espalda el ascensor se cierra con un eco sordo, llevándose la luz. Ciego, Elordi explora la pared, la superficie de las puertas sin disco de llamada y por último, empieza a golpear los paneles, que retumban inexpugnables. Después se le ocurre que los ruidos de la reunión podrán guiarlo y aguza el oído, pero no hay tintineo del hielo en los vasos, o conversaciones; ni siquiera algún sonido desde la calle o el reflejo de una ventana, o la línea luminosa en el umbral de una puerta. Por un instante Elordi cede a su desconcierto, inmóvil, con las manos apoyadas en los paneles fríos que son su única referencia confiable. Rechazando un temor que lo ha escalofriado fugazmente, saca el encendedor y da un paso adelante, al tiempo que su pulgar va a producir la llama. En esa fracción del acto, una noción repentina e inverosímil lo paraliza: su pie que avanza no encuentra el suelo, desciende en el vacío sin posibilidad de detenerse, arrastra a la pierna y al cuerpo sorprendido sin apoyo. El encendedor se le escapa de las manos y Elordi divide su voluntad en dos acciones reflejas y simultáneas: su cuerpo, que no quiere morir, realiza un esfuerzo salvaje y tira del pie con todos sus músculos y nervios, las arterias del cuello a punto de estallar, y logra estabilizarse; su mente, entrenada sólo para lo lógico, rechaza la idea absurda y desautoriza la evidencia de los sentidos. En un fondo lejanísimo, allá abajo, oye el choque tenue del encendedor contra una superficie dura y permanece rígido en la oscuridad, con los pies juntos, sin parpadear. Gotas de sudor le resbalan por la espalda, con una frialdad diminuta. Las puertas del ascensor son su único dato cierto, pero cuando tantea hacia atrás, ya no las encuentra. Rechaza esa irracionalidad odiosa, porque el suelo sigue al menos bajo sus pies, innegable. Tiene la cara y el pecho empapados por una transpiración que le sala los labios y le arde en el roce del jersey, pero aguarda a que se calme un poco el pulso tumultuoso de la garganta y después se atreve a deslizar el pie derecho, primero hacia adelante sin levantarlo,

haciéndolo reptar en zigzag. Repite la operación hacia los costados y hacia atrás; el otro pie cumple los mismos movimientos. Luego las manos giran metódicamente, explorando el vacío. Elordi descansa entonces unos segundos, flexiona las piernas con lentitud y queda de rodillas. En esa posición va palpando el suelo, deteniéndose estremecido cada vez que verifica inexplicables aristas irregulares donde termina el piso, cuyo material de poca consistencia se le desgrana entre los dedos. Desviando el cuerpo en períodos de paciencia infinita, se desliza sobre pies y manos, centímetro a centímetro y al fin su mejilla roza una superficie fría y ya familiar: las puertas del ascensor están en su sitio, o han vuelto a estarlo. Incorporándose, Elordi permanece de pie, el rostro y el vientre obstinadamente adheridos al acero, los brazos extendidos indagando con cuidado la pared que debía circundar las puertas. Entonces, lo que por fin puede comprender le produce un relámpago de horror y al mismo tiempo la aceptación, como en los sueños, de ese horror. Mientras va cayendo otra vez de rodillas, Elordi se deja invadir por una conclusión atónita, a la vez sublevante y justa, que no puede refutar pero tampoco lo quiere. Las paredes y el piso han desaparecido; sólo permanecen los paneles del ascensor y la especie de cornisa donde él se agazapa, terminada en un borde anfractuoso que da al abismo. El vacío sin límites y la oscuridad rodean por todas partes ese islote incomprensible de materia, residuo de la realidad aniquilada. La luz, el sonido, las evidencias de la vida han cesado, sustituidos por su negación: el viejo terror elemental de las tinieblas y el silencio. Un olor fétido parece venir del vacío impredecible, hasta que Elordi descubre que es su propio sudor. Fuerza la parálisis de la lengua para oírse hablar al menos, pero no puede organizar ninguna idea. Ordena trabajosamente a sus labios un nombre de mujer que le viene del pasado, pero antes de llegar a formularlo lo olvida. En cambio, advierte que otra palabra va contrayéndole los músculos de la boca y se oye repetir «perdón», sin entender el significado de los sonidos, que se transforman en un hipo ahogado por la saliva. Acurrucado contra la puerta infranqueable, empapado, dormita sin medios para calcular el tiempo. Una de las veces que despierta, huele una variante de la fetidez que lo envuelve. un vaho amoniacal que no reconoce. Sólo al remover un pie en el zapato encharcado, advierte borrosamente que está orinándose.

El industrial y abogado Federico Elordi, viudo, exministro de Relaciones Exteriores, consejero de Estado por designación directa de las Fuerzas Armadas, empieza a llorar en silencio. Las lágrimas y los mocos le resbalan por las comisuras y el mentón, mientras palpa con manos temblorosas (y ya ajenas) su entrepierna anegada y luego refriega los dedos contra sus ojos ciegos, trasladando a los párpados ardientes y apretados —bajo los que se suceden imágenes ocres y purpúreas sin sentido— y al rostro desfigurado por el espanto interminable, la elasticidad tibia de las mucosidades y la culpa, la humedad acre de la orina, la certeza de una condena, la imposibilidad de apelarla.

EXILIO

El hombre rubio, que viste un pantalón de fino casimir blanco y una blanca camisa de seda, está sentado en un amplio sillón. Lee un libro de Proust que tiene las tapas rojas y mira a través de unas pequeñas gafas de oro que le cabalgan en el rostro muy pálido. El resto de los muebles y la lámpara de pie, encendida pese a ser de mañana, son también blancos. Cortinas blancas y totalmente cerradas ocultan el ventanal de celosías bajas. Una ancha grieta que toma parte del techo, atraviesa la pared del ventanal y en algunos trechos deja ver ladrillos y argamasa. Junto al sillón dormita un gran perro blanco, con largas lanas sedosas que le tapan los ojos, mientras el hombre le acaricia distraídamente la cabeza.

El ambiente de la sala es apacible, pero desde la calle en ruinas del barrio cristiano llega el incesante tronar de la artillería siria. De vez en cuando un obús estalla muy cerca y el estruendo conmueve la casa y una lluvia de cal y fragmentos de ladrillo cae en las tablas enceradas del piso.

El tiempo se detiene en el aire enclaustrado. Un reloj invisible da la hora en otra habitación y las lentas campanadas son cubiertas por una explosión más prolongada y ensordecedora. El hombre levanta la mirada, cierra a Proust y se quita las gafas, que pliega y deja junto al libro sobre una mesa árabe de bronce. Cuando se pone de pie, el perro despierta y lo mira con amor, sin moverse.

El hombre abre un armario cuyos cristales tintinean con las explosiones y saca de allí una caja de metal. Dentro hay una jeringa hipodérmica y una gran ampolla con un líquido ambarino. El hombre carga la jeringa con movimientos precisos y calcula las dosis del veneno. Después se arrodilla con ternura frente al perro, que está mirándolo a los ojos, y le clava la aguja en el cuello. El animal se estira con lentitud y va dejando caer dulcemente la cabeza entre las patas. El hombre vuelve a sentarse en el sillón, arremanga su camisa y se inyecta en el antebrazo el resto de la jeringa. La fatigada mejilla reposa en el respaldo blanco y familiar. Afuera, el cañoneo prosigue, invariable, pero ya no importa.

SNAPSHOTS

A Juan David

El auto reduce la marcha y se detiene junto a la acera de una callejuela de baldíos. Desde la Universidad nos llegan la música tropical y los ecos de las consignas comunistas, mezclados con vivas y aplausos. «Es la técnica de irlos emborrachando de ruidos», explicaba Bill. «Cuando llegan los discursos, ya están hipnotizados y las orientaciones entran mejor.» Andrade me toca el brazo despacito, como si yo fuera un convaleciente. Le acepto un cigarrillo, me lo enciende y se pone a lidiar con su pipa. Lanzamos el primer humo hacia adelante, juntos por última vez. Nunca más el café en su despacho lleno de libros. («¿Ha leído a David Halberstam? Lléveselo.») El único uruguayo con despacho propio en la Embajada.

En la tarde de agosto, casi la noche, ha empezado a lloviznar. «El tiempo conviene», dice Andrade, pero no le contesto. El invierno de Montevideo empaña el parabrisas, pero adentro se está bien. Como en Georgetown. Mi nuevo laconismo con Andrade, la despedida de Bill en el porche de Carrasco (su puño y el mío con el pulgar en alto, *everything under control*), los nueve tipos que dependerán de mis pasos, mi ropa todavía colgada en el apartamento de Maud, Nico en la sede del Movimiento con la radio sintonizada en la frecuencia policial, la salida ilegal por la frontera brasileña, son hechos solamente míos, la única realidad. Ni siquiera mi padre, con todo su poder, es capaz de anularla; ni siquiera Bill, que hace llorar a Nico, si se le ocurriera dar una contraorden. El molino de hechos se ha puesto a girar y los acumulo como documentos de identidad. Algunos son además certificados de nacimiento; prueban que Darío Méndez Muller vino por fin al mundo, veintitrés años después de haber nacido. En todo caso, éste es recién mi segundo invierno de verdad, contando el de Langley.

Antes de que apareciera Bill, a Darío no le gustaba el invierno. Cuando llegaban a Montevideo los vientos y el frío de julio, se iba con su madre al Brasil, pero no a Copacabana o Angras, sino a Petrópolis: las antiguas quintas portuguesas, la neblina, el olor de los pinos, los senderos boscosos cubiertos de hojas muertas. «Por algo el Emperador vino a vivir aquí», se extasiaba ella, paseando del brazo de su hijo en los mediodías adormecidos bajo el canto de pájaros extraños. En Petrópolis parecía más cierta la ascendencia de la señora, donde habría un Correia, venido con el general Lecor a la rendición de Montevideo. Siempre la dejaba triste evocar la fugacidad de la Provincia Cisplatina y que no fuéramos parte del Brasil, en vez de este país tan pobre y tan pequeño.

El padre nunca estaba para contradecirla; no iba con ellos en el viaje de invierno. Darío lo recordaba ajeno, siempre alejado en el Ministerio o la clínica. A veces se encontraban en la cena y hablaban, pero de otras personas, no de ellos mismos. Darío conocía mejor la

vida de su padre a través de los diarios: qué pensaba, qué había hecho o qué iba a hacer el ministro, el cardiólogo famoso o el seguro candidato a consejero de Gobierno.

En Petrópolis, Darío y la madre se tomaban una tregua de esos personajes y de otros: el amante de su secretaria, el padre que no miraba de frente al hacer una crítica, el médico joven que fue a Salto para casarse con la hija fea de un estanciero millonario con apellido alemán, pero dejó de dormir con ella para siempre, sin divorciarse, cuando quedó embarazada de Darío.

Durante esas ocho semanas de Petrópolis, el hijo suspendía la amortización de su deuda con el doctor Amílcar Méndez Ríos por el prestigio social, la casa en Punta del Este, la cuenta bancaria y la motocicleta. Correspondía incluir, también, haberlo llevado a la recepción del 4 de Julio en casa del Embajador, donde conoció a Andrade, que lo presentó a Bill Forbes. Hasta ahí la deuda. Por todo lo que vino después, no.

La demora del cigarrillo no es por mi culpa: estos minutos se los ha tomado el joven del pelo rubio que encanta a las putas finas. No confundir: lo mío es eso que el instructor llamaba «tensión operativa», pero lo de él es miedo. La crispación del estómago que se pasa a la entropierna no tiene nada que ver conmigo. Es del otro, que está aterrorizado porque no sabe qué va a pasarnos. Yo lo sé. Como en el ajedrez, muevo una pieza después de haber imaginado todos los movimientos que vendrán; con mi jugada decido el juego de los otros.

Quedan unas pitadas, pero aplasto el pucho en el cenicero, distraigo a Andrade con una media sonrisa y salgo del auto. Él ha estado preparando instrucciones finales o alguna de sus filosofías para jóvenes que nacieron a los veintitrés años; no le doy tiempo y cierro la puerta. Entonces tiene que inclinarse a través del asiento para asomarse a la ventanilla: la sonrisa falsa y la dentadura falsa, demasiado perfectas; la ansiedad, no tan falsa. «¿Se acuerda de todo, Darío?» «Me acuerdo de todo.»

Ya no llovizna. Con las solapas levantadas, camino hacia la Universidad. El viento del invierno que recibo en la cara como un desafío, hace tiritar al rubio y lo despeina. Carlos Puebla canta que la reforma agraria va. La mano indecisa, que anoche debió partir la boca de Maud, tantea en el bolsillo del sobretodo hasta empuñar la pistola, su acero tibio.

El viaje a Washington y a la Zona del Canal de Panamá para él y Nico Nielsen, que andaban siempre juntos en la Facultad, fue idea de Bill. Él arregló todo y viajó unos días antes, para recibirlos en Miami. La primera mañana, cuando Bill salió de su despacho en la agencia, donde los habían entrevistado varios hombres y mujeres que hablaban español, fueron a ver los bosques de Langley en invierno. Esa vez Nico y Darío estrenaron sus gorros de piel, iguales al de Bill. Hicieron la excursión muchas veces; bajaban del auto y se internaban entre los abetos. Bill les mostraba sobre la nieve blanquísima la hilera de

pisadas de los ciervos, aunque nunca encontraron alguno. «Son ciervos de Inteligencia», explicaba Bill con un guiño y los hacía pararse en un lugar de la nieve donde diera el sol, a fotografiarlos. «Unas instantáneas para no enviar a la familia», bromeaba. «*Just a few snapshots not as a souvenir.*» Bill era una especie de maniático de la fotografía. En el auto siempre tenía la Contax para blanco y negro, con teleobjetivo, y otra cámara tipo reflex, con un costoso juego de filtros, para color. Antes de enfocarlos, siempre les acercaba al rostro un fotómetro. «Cuidado, tiene micrófono», reía. Durante el viaje les tomó más de un centenar de instantáneas, pero nunca les dio copias. «Para los archivos», decía. «*Snapshots are for the files.*» Fuera de Montevideo, Bill mezclaba su excelente español con el inglés, dirigiéndose casi siempre a Nico.

Los dos muchachos fueron huéspedes de la madre de Bill en su casa de Georgetown, un barrio que no parecía estar en Washington, porque casi no se veían vecinos negros. Después de la cena, la señora Forbes llevaba el café a la sala de chimenea siempre encendida y ventanales empañados por el frío del verdadero invierno. Entonces Bill, que era del Partido Demócrata, empezaba con sus historias de John Fitzgerald Kennedy, amigo desde los tiempos de colegio. «Querían casarme con Rosemary, la hija tonta de la familia», contaba entre carcajadas, palmeando la rodilla de Nico. El fuego de los troncos hacía brillar el retrato del antepasado materno que vino en el *Mayflower* y fue acusador público en Salem. En esas noches, Darío iba encontrando las respuestas. Tal vez la nostalgia de la Provincia Cisplatina no era tan extravagante.

Luego de tres semanas viajaron con Bill a la Zona del Canal en un avión militar lleno de soldados taciturnos, que leían revistas de historietas o dormitaban. Y en tierra, Bill sonrió al ver que Darío había bajado con el pasaporte en la mano. «No hay que entrar por ninguna aduana», le dijo. «Aquí no es Panamá. Todavía estamos en Estados Unidos.»

Pasaron allí otra semana. Por las mañanas iban a escuchar las charlas que daban oficiales y suboficiales en un español pasable. De tarde, asistían a alguna clase de los cursos especiales, sentados al fondo del aula, o miraban los entrenamientos, entre el griterío obsceno de los sargentos y los coros con que respondían los soldados novatos, sudando bajo el sol vertical. Bill los llevó a ver cómo funcionaban las esclusas del Canal sobre el lado del Pacífico; también a hacer algunas compras en territorio panameño, adonde se entraba cruzando simplemente una calle. Pero Darío seguía pensando en la nieve de Langley.

Cuando volvieron a Montevideo abrumado de calor, la ciudad pareció a Darío mucho más sucia y pequeña; encontró a su madre demasiado envuelta en sus ensoñaciones monárquicas. Echaba de menos el frío cristalino y los ciervos invisibles, la casa de Georgetown y la risa contagiosa de Bill, que en Montevideo no reía casi nunca.

Al llegar julio, la señora Méndez Ríos viajó sola a Petrópolis. El Movimiento iba organizándose de a poco, sin propaganda y con muchas dificultades, porque Andrade era riguroso en la selección de la gente (sólo podían entrar estudiantes) y parco en los gastos. La sede, en la calle Tristán Narvaja, casi no tenía muebles, aparte de los largos bancos para las reuniones y de los proyectores que Bill les había comprado en Panamá. «Para el

trabajo.» Las noches estaban ocupadas en la discusión de temas políticos y en la redacción de un programa; a veces, en sesiones de audiovisuales o películas enviados por Andrade, que mostraban la realidad oculta del mundo. Cuando aparecían lugares de Estados Unidos, provocaban en Darío el punzante placer agrídulce de lo ya vivido. «Allí estuvimos...»

Nico había sido nombrado secretario general, por su conocimiento del inglés y sus cursos en Langley. Hablaba poco en las reuniones; más bien escuchaba a los otros y tomaba muchos apuntes. Una noche, durante una película sobre el comunismo en Cuba, Darío lo miró en la penumbra y descubrió su rostro contraído por el odio y sus lágrimas, visibles en el centelleo de la pantalla. Pensó si las respuestas que Nico encontraba en Bill bastaban a su vida; pensó que, en realidad, nunca había hablado con Nicolás Nielsen, sino apenas con Nico, el estudiante de Ingeniería; que no sabía si Nico tenía preguntas. Cuando se encendió la luz, los ojos de Nico estaban secos y el rostro afable, como siempre.

«¿Te acordás de los ciervos que no estaban?» preguntó otra vez a Nico. «¿Y si no estaban, cómo voy a acordarme?» contestó Nico, con tal genuina sorpresa que él renunció a seguir explicando.

Trabajaban mucho, porque el Movimiento, según decidió Bill, debía estar organizado antes de la conferencia económica que la OEA había convocado en Punta del Este para ese invierno. El mejor estímulo de Darío eran las tardes de los sábados en la casa de Bill, en Carrasco; la morada de un norteamericano divorciado y sin hijos, que nunca hablaba de su matrimonio, pero conservaba junto al retrato de su madre, el de su mujer. En esas tardes no se mencionaban temas políticos y la voz de Bill era la de las caminatas por los bosques de Langley y el fuego de la chimenea, como el de la señora Forbes.

El cuarto sábado Nico se demoró hasta la noche, pero vino por primera vez con su hermana. Darío detuvo el disco de Jelly Roll Morton que acababa de poner, para ser presentado. Maud Nielsen estaba aún más hermosa que hacía tres años, cuando él la miraba desde lejos en el casino de San Rafael. Eso era antes de encontrar a Nico y entonces ella andaba siempre con norteamericanos. Él no había visto nunca una muchacha tan bella, libre como un hombre, sin amigos a su alrededor.

Esa noche Maud se quedó mirándolo sin soltarle la mano y dijo algo inesperado, con la voz pausada que él aun no había oído de cerca: «Nadie me había dicho que eras tan rubio». Andrade rió, plácido, mientras ponía en marcha el piano de Jelly Roll. Bill levantó su vaso en un brindis silencioso, que parecía al mismo tiempo un permiso. Las ventanas estaban empañadas por el frío. Maud tenía los ojos grises del bisabuelo danés, armador de barcos y pirata de naufragios costeros, que se había hecho dueño de las mejores tierras de Maldonado. Pero afuera estaba Carrasco, no Georgetown, y ella era sólo un poco mayor que Darío y apenas más alta, pero sobre todo menos imposible que antes.

La explanada de la Universidad hormiguea de rostros idiotizados. El Paraninfo debe estar repleto; el invitado principal ha entrado, según los que vieron su llegada, directamente

por la escalinata. No hay oratoria, todavía; los altavoces siguen aturdiendo con las guarachas de Puebla. Hacia Guayabos aparecen las filas de los coraceros y dos autobombas de la Policía. Más allá de las torretas giratorias y de los caballos, está la casa con el portón de hierro blanco, sin chapa ni letreros, igual a cualquier casa modesta del Cordón. Esa era mi casa verdadera, más que la quinta del doctor Méndez Ríos en el Prado o el apartamento de Maud en el Parque Rodó. Nico, en un cuarto del fondo, está solo; se ha quedado en la sede del Movimiento para ir enterándose por la radio de todo lo que voy a hacer.

Aquí, rozado por las corrientes que se forman en la multitud inquieta, estoy tan solo como él. Y en el auto que lo traje de la conferencia de Punta del Este o en el estrado del Paraninfo, el blanco siempre ha estado solo, aunque se rodee de partidarios y guardaespaldas. Y desde que los automóviles enfilaron por la carretera hacia Montevideo, Nico y yo somos sus únicos acompañantes verdaderos, porque sabemos el final y los demás no.

Una mañana de domingo Bill, Andrade, Nico y Darío eran las únicas personas en la Embajada silenciosa, aparte de una telefonista y los marines de la planta baja.

El haz luminoso que atravesaba el despacho de Bill, reflejaba en la pantalla y a veces en su camisa o en el brazo con un puntero, barbas que masticaban un habano, sonrisas y, de pronto, el rostro de un negro muy serio con un sombrero anticuado. «Es capitán, pero le hace de chofer», dijo Bill. El puntero tocó el ala del sombrero. «Lo compró en Nueva York hace años y nunca se lo quita.» Después desfilaron otras caras y ampliaciones de los guardaespaldas, que mostraban el bulto de las armas bajo la ropa civil. «Es fácil seguirles los movimientos; ninguno usa canana y llevan la pistola metida en la cintura.» Finalmente, Bill apagó el proyector y entreabrió las cortinas venecianas sobre la calle Paraguay. El sol anémico entró en franjas horizontales. En la penumbra, el piso de madera olía a recién encerado y en el aire flotaba el aroma extranjero de la pipa. Andrade habló desde el humo, sin dirigirse a nadie en particular: «Un hombre nunca será dueño total de su propia vida, mientras no sea dueño de la vida de otros hombres». La frase incongruente, en realidad volvía atrás, retomando la primera conversación de los cuatro que no se había cerrado. Andrade la dijo y pareció simplemente la continuación de un diálogo y una conclusión razonable. El silencio, con el olor del piso, era como el de los despachos de la Agencia en Langley.

Entonces Darío salió de ese recuerdo repentino y vio a los otros serios, observándolo con una confianza nueva, que lo dejaba aparte y por encima de ellos. Bill era el jefe y fue el primero en hablar. «¿Sabe, Darío, quién va a hacer esto?» La pipa ponía el aire azul entre los cuatro. «Usted», dijo Bill. «Vos», dijo Nicolás Nielsen, mirándolo a los ojos. «Vos», dijo Maud, a horcajadas en Darío, oprimiéndolo con sus piernas perfectas y echada hacia atrás sobre los brazos, sin abandonar el movimiento del placer. «Vos, mi único amor.» «Sí», dijo Darío a Maud, atrayéndola hacia él y hundiendo la boca en sus senos, exhausto pero maravillado por las respuestas de su nueva realidad.

Frente al Paraninfo todos están en grupos; caminar solo da la sensación de una libertad que no comparto con nadie, ni siquiera con Nico. La multitud que va espesándose no es todavía la masa que se escucha, como define Bill, en burla a los actos de la izquierda. Los comercios están bajando sus cortinas metálicas y por 18 de Julio el tránsito circula ya con dificultad, sorteando a la gente que ocupa la calzada. Unos vendedores de escarapelas me ponen por delante sus traperíos; una muchachuela envuelta en una bufanda roja me muestra una libreta de bonos y grita algo cuando estamos pasando debajo de un altavoz, mientras arranca un bono y me lo deja en la mano. Con una reacción mecánica, le doy un billete y sigo caminando. En el bolsillo de la pistola, el bono se convierte en un papel arrugado.

El alumbrado público empieza a encenderse y los rostros toman la luz artificial de un escenario. Desde el Paraninfo, un entusiasta termina a los gritos la presentación del orador y estallan los aplausos. La gente de la explanada también aplaude, pero va callándose en medio de chistidos, al elevarse la voz juvenil que conozco por las casetes. Habla lentamente pero con determinación, estirando las vocales al final de las palabras. («Observe: ya pronuncia como si fuera cubano.»)

Ahora la gente está en silencio, escuchándose. Apartado en medio de la calzada, donde ya no pasan vehículos, siento frío y dejo de prestar atención. («No lo oiga, usted no estará allí para eso.») Espero solamente que se calle la voz del Paraninfo. Entonces lo veré por primera vez en persona. Alguien dice a mi lado: «También se puede matar a una fotografía» y soy yo quien lo ha dicho, en voz alta. Pero las fotografías no hablan, ni traicionan. Maud es la fotografía de una hermosa mujer con el cabello en desorden, arrodillada sobre la alfombra. Yo soy apenas una *snapshot* guardada en los archivos de Bill. «¿Una fotografía debe matar a otra fotografía?», pregunto a un viejo que tengo delante. El viejo se da vuelta y me mira con ojos sin expresión. «No con calibre 22», le aclaro.

La estancia en Valle Edén era de un brasileño amigo de Bill, que venía pocas veces al Uruguay. Llegábamos en grupos de cuatro o cinco en el Volkswagen de Nico, con las escopetas 22 y el equipo de acampar. Un viejo encargado nos daba las llaves de las porteras y seguíamos hacia el monte. Las pistolas venían con sus peines de repuesto en un bolso de herramientas. No sé dónde Nico había conseguido las siluetas de papel que fijábamos en los árboles, como blanco. Las prácticas eran muy temprano o al caer la tarde, cuando los disparos podían ser contra los carpinchos del arroyo o las perdices. Un mediodía fui hasta la estancia para hablar por teléfono. Después el viejo me acompañó hasta el auto y me ayudó a acomodar el medio cordero que había limpiado para nosotros. Mientras yo encendía el motor, se acercó a la ventanilla, mirándome con ojos sin expresión. «¿Con qué arma están tirándole al bicherío?»

«Elegir entre una fotografía y un hombre», digo todavía dando al viejo de la explanada, inútilmente, su última oportunidad. Estoy resfriándome, con este plantón al viento crudo

de agosto; quizás tenga un poco de fiebre. Si las fotografías fueron suficientes, si hubo bastantes momentos para pensar a solas, sin Andrade y sin Bill y sin Nico, si las noches alcanzaron para entender a Maud, entonces podré armar el rompecabezas y elegir. El hombre de la boina negra con la estrella de comandante es otra *snapshot* de Bill; nunca le estreché la mano, nunca lo toqué al pasar, como hago con este señor. Para odiarlo o amarlo, o para indultarlo, tendría que haber visto achicarse los ojos rasgados, tratando en vano de reconocerme, cuando me acerque y ya pueda ser tarde.

El blanco sonreía en una tribuna, con el brazo izquierdo en alto y el puño cerrado. Se adivinaban los aplausos, los coros de consignas. El puntero se detuvo bajo el brazo y marcó un costado del bolsillo con lápices y dos habanos. «Esta es una de las zonas vitales», dijo Bill. Y añadió, con una sonrisa: «No vaya a estropear los cigarrillos.»

El Gordo y sus perros (como los llama Andrade) circulan por la explanada: son nueve en total y dos están adentro. Todos llevan sus identificaciones oficiales y sus armas de reglamento, aunque el imbécil que figura como jefe de Policía no sabe nada y seguirá sin saberlo. Los perros se han puesto en la solapa un botoncito blanco, para que los reconozca. «De todos modos», me dijo Nico, «ellos van a estar mirándote, sin que los busques.»

El Gordo tiene siempre olor a pies y la barba como un rastrojo sucio. ¿Y qué pasa si después no voy hasta el Chevrolet con matrículas falsas y el motor en marcha, estacionado en Lavalleja y Acevedo? En el volante, el Gordo se pondrá a sudar como un bicho, inundará el auto con su mal olor, se arrancará puteando el botoncito, perderá por fin la impavidez profesional. Y mejor si paso lentamente, mirándolo sin reconocerlo y no entro al auto, rompiéndoles el plan y desacomodándoles la vida. Yo, siguiendo de largo, nadie sabe hacia dónde; detrás, el alboroto de los cordones policiales inútiles y el Gordo, a los gritos por la radio, tratando de explicar lo inexplicable; Andrade, atónito, pensando que me conocía bien, pero resulta que no; que podía manejarme, pero resulta que tampoco; que yo no era capaz de traicionar, pero resulta que sí.

Debo estar sonriendo, porque un tipo insignificante, con el botoncito en la solapa, me dirige una mirada de complicidad. Voy a mandarlo a la mierda, cuando la voz del Paraninfo arranca una explosión final de aplausos y gritos, adentro y afuera. Las pancartas y las banderas se agitan en la explanada. Viene ahora un himno que habla de correr al combate, pero no sé si es el himno cubano. La gente, entre la barahúnda, empieza a desplazarse hacia Acevedo, porque el blanco saldrá por la puerta lateral que comunica con el Paraninfo. He llegado antes y estoy enfrente. Cuando los dos grandes automóviles diplomáticos aparecen lentamente desde 18, cruzo al medio de la calle, por donde pasarán para recoger al blanco. La pistola está sin seguro.

La multitud de la explanada se agolpa frente a la puerta, que por fin se abre. La exclamación colectiva y los relámpagos de los *flashes* avisan que el blanco ha aparecido. Tengo

que decidir: aproximarme entre el gentío o conservar la posición. Me quedaré; verlo de cerca es sólo un capricho personal.

Hombres que saben manejar la situación despejan en la acera un corredor de espaldas; por allí cruza la boina con la estrella de oro en medio de un grupo con manos en alto que saludan. La gente corea la sílaba del nombre. Un reflector se enciende para iluminar la despedida y los portazos clausuran la escena. Los automóviles empiezan a moverse, sin que las motocicletas de escolta hayan llegado. Corro en diagonal y salgo al encuentro de la comitiva. El anticuado sombrero de Nueva York conduce el segundo coche; la boina con la estrella viene a su lado, pero los reflejos en el parabrisas la ocultan a cada momento. La calle se ha ido llenando de gente que corre junto a los automóviles y no puedo detenerme para tomar distancia de tiro. El primer coche abre camino, haciendo sonar su claxon. Los faros convierten a la muchedumbre en imágenes blancas y negras: la blancura de las caras, los agujeros negros de las bocas, las siluetas de todos, que vuelven a ser sombras cuando las luces han pasado. El claxon continuo me traspasa la cabeza; el segundo coche ya está sobre mí, retratándose con sus faros y yo tengo la pistola empuñada con las dos manos, pero apoyo una sobre el guardabarros con la bandera de Cuba, para ver por fin la cara del blanco. No podré; él está vuelto hacia atrás, hablando a los otros. Es el límite del plazo para obtener el último documento de identidad. Todo se detiene una fracción de tiempo ante un obturador abierto y yo integro esa fotografía nítida y acusadora. No quiero ser una fotografía. Los disparos tienen un sonido nuevo, pero los retrocesos van conmoviéndome la mano como en Valle Edén. Un gran alarido sale de las sombras que corren y un puñetazo, como una estrella que se abriera, me estalla en la frente. Después el pánico de todos me arrastra lejos de los automóviles lanzados a toda velocidad y me arroja contra la pared. Caigo de rodillas; cuando me levanto, la pistola caliente está en el bolsillo. Nadie repara ya en mí y tengo tiempo de ver todo: el cuerpo de un hombre, con el abrigo manchado por la sangre que le mana de la boca, es cargado como un pelele por un policía y varios muchachos, mientras una mujer los sigue, llorando a gritos. Durante un momento me aplasto contra una puerta y todos pasan a la carrera. Después yo mismo corro y siento la fiebre, la sangre y el terror del otro.

Más adelante, los ruidos, las sirenas y el llanto de la mujer se han borrado. Los grupos van disgregándose, en silencio. Vuelvo a caminar, desapercibido. El Chevrolet está en su sitio y el Gordo ha encendido los faros. Paso sin mirar y con un solo movimiento saco la pistola y la arrojo por la ventanilla abierta. Después sigo hacia el Sur.

A veces los tobillos me fallan, a veces la cabeza se me cae sobre el pecho. Llevo las manos en los bolsillos del sobretodo y con la derecha palpo el bono de la muchacha de la bufanda roja, como un salvoconducto inútil. Cuando el rubio intenta que nos detengamos, yo me resisto apretando los puños. No sé por dónde vamos hasta que doblo la esquina de una avenida y veo el Parque Rodó. Me acuerdo de Nico, parado en el portón blanco y esperándose para que lo recoja, pero no regresaré nunca más a esa casa. Yo no tengo casa.

Atravieso el ensanche donde termina Gonzalo Ramírez y comienzo a subir la cuesta curva de Javier de Viana. Después me paro bajo un árbol, mirando hacia la ventana ilumi-

nada del tercer piso, enfrente. Tengo que subir, lo he prometido anoche, para que todas las cuentas queden cerradas. Y tal vez sea la herida de la frente que sigue sangrando, tal vez la risa de Andrade en coro con la de Maud, pero el miedo que hace temblar al rubio me clava donde estoy.

«¿Se acuerda de todo, Darío?» «Me acuerdo de todo.» La misma luz ámbar se filtraba anoche por la ventana del tercer piso y el ascensor estaba descompuesto o mal cerrado, cuando volví de la reunión en la sede, que seguía, para recoger una carpeta. De todo, Andrade: de la escalera subida a oscuras, del llavero revisado a tientas, de la llave que giró silenciosa para no despertar a Maud. De todo, Andrade, dueño de la vida de otros hombres: del aroma del tabaco de pipa extranjero que vino a mi encuentro; del único paso que di en la sombra de la puerta, para ver a Maud sobre la alfombra con su ropa en desorden, la mano de alguien guiándole la cabeza entre las rodillas de alguien. Y de la risa incontenible de Maud, a veces ahogada. El humo azul salía ya por la puerta, que cerré sin ruido, yéndome.

El árbol es real y me sostiene. No cruzo la calle. En mi bolsillo, el salvoconducto prueba quién soy y qué puedo hacer con la vida de otros hombres. Pero ese papel arrugado es todo lo que tengo y el miedo se transforma en terror de subir al tercer piso, donde estoy muerto desde anoche. Maud es también una de las *snapshots* que Bill no devuelve. Yo, otra instantánea y el puntero señala mis zonas vitales. En el archivo de las *snapshots* sólo puede entrar Andrade.

Empiezo a bajar hacia el Parque. el rubio ya no tiritita y le paso la mano por el cabello despeinado que admiran las putas finas.

Una pareja caminaba abrazada por la orilla del lago. «Mirá ese tipo», dijo la mujer, deteniéndose a unos pasos de Darío, que estaba boca abajo, apoyado en las manos y con la cabeza casi metida en el agua helada. Comenzó a llover, sin que él pareciera darse cuenta. «Está vivo, ¿no?», dijo la mujer. «Sí», dijo el hombre, «pero no mires ahora, ni pises por ahí. Se ha vomitado encima toda la inmundicia que tenía en las tripas.»

Texto distribuido mundialmente con una telefoto de la Associated Press, en agosto de 1961:

«(MON-1) Montevideo, aug. 18 (AP) Un particular y un policía conducen hacia un automóvil el cuerpo de Arbelio Ramírez, muerto por una bala en el cuello durante un desorden originado en la Universidad de Montevideo, inmediatamente después de un discurso pronunciado por el ministro de Industrias de Cuba, Ernesto «Che» Guevara. (AP) sochs».

ASISTENCIA A LA ASOCIACIÓN PARA DELINQUIR

Lo declarado a continuación es la verdad de los hechos. El requerido cuyo nombre conocido por mí es Revelli, me llamó al Banco por la tarde, ese día que ustedes dicen. Fui al teléfono bien seguro de que el jefe me controlaba desde su escritorio. Me tiene marcado; cuando salga, esta averiguación va a perjudicar mi foja, pero han sido las circunstancias, que a uno lo van arrastrando, sin darse cuenta. Son las ideas de la juventud y uno no piensa que ya es grande. Mi esposa es contraria a todo esto; ella no tiene nada que ver. Con dos años de matrimonio, todavía no entiende que se puede tener ideas y ser al mismo tiempo una persona responsable. Yo pongo cada cosa en su lugar: la política es la política y la familia es la familia. Le decía, cada vez: «¿No llevamos una vida como todo el mundo? ¿No tenemos todo lo que nos hace falta, hasta el auto?», No recuerdo la hora, no. Fue como a los quince minutos de abrir el banco. Estuve seco, por el jefe, pero además porque es mi estilo con esta gente. Me han dicho que el jefe va apuntando cada llamada y hace una estadística para la gerencia de Personal, empleado por empleado. Habría que preguntarle, sí. La pachorra de Revelli me sacaba de quicio. Siempre sin apuro, como si el tiempo fuera de él solo. Ya se sabe (bueno, a ustedes no voy a decirles) cómo están los teléfonos, pero por más que se lo repetía, todo le resbalaba. «Al fin y al cabo, Chaná, sos un dirigente gremial, un delegado de la Asociación en la Mesa de la CNT», me contestó un día, no sé si en broma, mientras caminábamos por la playa del Cerro, donde está la casita. «Hay que jugársela un poco.» Yo era Chaná, sí. Eso fue a fines de octubre, cuando cayó la casita. No recuerdo el día, no, pero había mucho viento. Si lo pienso bien, no entiendo a este tipo. Mejor dicho, créanme, no los entiendo a ninguno de ellos. Andan a cara limpia, citan en cualquier café, se demoran una barbaridad en el teléfono, funcionan como si fueran gente igual a nosotros. Nunca cuentan nada de ellos mismos sobre lo que piensan. No las ideas, sino lo que realmente piensan hacer. Por eso les vengo diciendo a ustedes que yo no sé nada de planes, ni de operaciones. A mí no me lo contaban, por lo menos. Este, ni sé siquiera si se llama de verdad Revelli; firmaba con un garabato los recibos de los libros que vende. A veces lo veía venir por Rincón, con su valija y los pies planos (sí, creo que tiene pies planos) y pensaba que yo debía estar loco para confiar en ese tipo. Y después me decía que en quién, si no. Pero ni una discusión política sería, ni un planteo, ni una opinión. Al principio le tiraba de la lengua, claro que sí. «Viejo, hoy el Partido les dio con un hacha, en el editorial sobre las dos vías.» Se quedaba mirándome, masticando las pastillas de menta que no se le caen de la boca. No sé la marca, no. Y él, como siempre: «Compartimentación, Chaná. Más acción y menos polémica. Releéte las Treinta Preguntas.» Sí, yo era Chaná, ya les dije. No sé quién me lo puso. «Son unos inconscientes, nada les importa nada», decía mi mujer. «No tienen familia establecida, ni obligaciones de seres normales, ni piensan en el futuro de sus hijos.» Yo le contestaba, aunque no estaba muy seguro, que en el futuro sí, pero ella nunca se ha metido en esto y creo que tiene razón, desde su pun-

to de vista, porque está influida por la hermana. «Te usan», me dijo una noche. «¿Cuándo vas a darte cuenta de que te usan, de que no les importás como ser humano, porque para ellos sos un burgués? ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no tenemos nada que ver con esos disparates de cambiar lo que ya está bien, no digo que sea perfecto, pero éste no es el modo? ¿No has visto cómo los matan todos los días?» Sí, la conversación por teléfono, ya, ya. «¿Qué querés?», le dije. «¿Viniste con el auto?» «Claro. ¿Qué se te frunce, ahora?» «¿Siempre el Fiat blanco?» «¿Y cuál va a ser? Mirá, tengo gente esperando en la ventanilla.» «¿Compraste algún libro nuevo?» «Sí», le dije, y vigilaba al jefe en el reflejo de un vidrio. «Ahora disculpame, pero tengo que cortar.» «¿Leíste lo de ayer en la sucursal de tu banco?» «Sí. Tengo unos libros nuevos. Así que este mes no vengas.» «¿A qué hora salís?» «Son unos cuantos. Entre seis y siete. Pero no cuentes con esos, porque son prestados. Bueno, te dejo.» «Esperá, esperá un poco. A las ocho, entonces, que ya es de noche. Pará el auto en Canelones y Requena. Hay que levantar a uno.» «Ni soñés. No voy a comprar un libro más. A mí no me usan, ni vos ni nadie, ¿sabés? Te importa un carajo mi situación.» «Chaná...» (sí, lo dijo por teléfono). «Chaná te importa dos carajos.» (Sí, yo también, pero fue la furia.) «Lo levantás ahí y lo llevás a otro lado, cerca, que él te va a decir. Quince minutos apenas y las ocho es una hora piola.» «No sé, no te prometo nada.» Fui, ustedes saben. Esa noche tenía que encontrarme con mi mujer, mi cuñada y el marido, para cenar en Morini y después ir a la Comedia Nacional. Él ya había sacado las entradas o las consigue en el Ministerio, no sé. ¿Se acuerdan de cómo llovía esa noche? Estacioné el auto sin luces y me pareció mejor parar el limpiaparabrisas. Así no veía lo que pasaba afuera, para sentirme más seguro y el auto parecía sin gente. A las ocho y media no había aparecido nadie y yo iba por el cuarto Republicana. Los cigarrillos negros me dan acidez, pero mala suerte, son mi único vicio. «Costumbre por haber nacido en La Teja», me carga el marido de mi cuñada. Cuando no anda de uniforme se pone chistoso, al menos en familia. A las nueve menos cuarto el auto estaba lleno de humo, pero no bajé la ventanilla. Revelli me había dicho que ustedes se fijan más en los coches estacionados sin luces y con los vidrios bajos. Me puse un Republicana apagado en la boca, dejé la cajilla fuera del alcance de la mano y entonces dieron los golpecitos de siempre en el techo... Dos-dos-tres-uno. Y le abrí la puerta. Identificarlo, sí. Flaco, como de veintiuno o veintidós años, rubio, gorra de visera a cuadros, sin abrigo, con una campera de cuero empapada. De clase media pobre, como un estudiante de la Universidad del Trabajo. Al principio no lo miré bien, por el arranque y los cambios; lo único que quería era irme de una vez. Se sentó contra la puerta. El auto se llenó de un olor a ropa mojada y a sudor. «¿Adónde?», le dije. «Vengo de parte del de los libros, que tiene con usted el crédito doscientos ochenta y dos raya setenta.» «Sí. ¿Adónde?» «A la Rambla, frente al club de golf. ¿Podrá?» Tenía una voz débil, medio ronca, como si fuera asmático o estuviera muy cansado. O las dos cosas, tiene razón el señor. Tomé por bulevar España manejando despacio, porque la lluvia nublaba el parabrisas y se oía el agua de la calle inundada resonando en la chapa del piso. Me imaginé que el agua podía mojar los frenos o las bujías. Tenía miedo, claro, de

que hubiera que llamar al auxilio del Automóvil Club, en mi situación. Dicen que ustedes controlan todas esas llamadas. Al muchacho nunca lo había visto, no señor. No me dijo si había estado en lo de la agencia. Puede haber sido el efecto de la luz verde del tablero, pero me pareció enfermo. Tenía una cara chupada, lampiña. El agua le chorreaba por el pelo muy largo. Lunares, no me fijé. Olía cada vez peor, pero cuando quise abrir un poco la ventanilla de su lado, me tocó con la mano húmeda, para que no. «¿Tiene miedo?», le dije. «No, un poco de frío.» «¿Comiste?» «Esta mañana. Café con leche, pero tuve que irme del bar antes de terminarlo, porque pusieron el informativo de la radio.» «¿Dónde dormiste anoche?» «Por ahí, en los trolebuses.» «¿Querés un cigarrillo? Son negros.» «Bueno.» Agarró la cajilla y sacó uno, pero mojó casi todos los demás. Encendí el mío y al darle fuego, vi por primera vez que llevaba en las rodillas un bulto envuelto en diarios. Sí, a eso voy. Por los agujeros del papel mojado vi la lona de una de esas bolsas que usamos para el dinero. Claro, las manejo en cada arqueo. El nombre del Banco no se veía, al menos de mi lado. «¿Por qué no lo ponés detrás, en el piso?», le dije. Me miró sin hablar. Tenía unos ojos que no parecían de la cara, grandes, de pestañas espesas. No, no pude verles el color. Eran lo único que mostraba vida en ese muchacho. Todo lo demás, el cuerpo, los brazos, las piernas, iba tirado en el asiento de cualquier manera. No sé, de mi altura, más o menos, uno setenta y cinco. Daba la impresión de un maniquí, no puedo explicarlo bien. Un maniquí raro, un muñeco como muerto y al mismo tiempo lleno de rabia. Pero los ojos no tenían nada de rabia; estaban como perdidos de amor o algo y, cada vez que pasábamos por un foco de bulevar Artigas, le brillaban en la cara medio escondida por el cuello de la campera. No sé bien el color de la campera. Negra, o marrón. No me contestó, ni soltó el paquete. Le cruzó las manos encima, simplemente y se encogió más en el asiento, fumando. Se me ocurrió preguntarle si había sido grande el lío del achaque, por el muerto de ellos. «No sé, yo sólo tengo que entregar esto y el fierro.» Cuando oí el ruido, primero creí que estaba llorando y le eché un vistazo de reojo, pero a lo mejor era la lluvia en las pestañas. Después lo miré sin disimulo y qué iba a ser llanto; se estaba riendo sin mover los labios y sin quitar el cigarrillo de la boca, riéndose para adentro. Lo raro, saben, fue que no me sentí ofendido. Mejor dicho, me di cuenta de que la risa no era conmigo, ni contra nadie, no sé si me explico. Le salía despacio por la nariz, con el humo, como si estuviera fumándose al mismo tiempo los pensamientos y un amor general. Amor, dije. Era algo bueno. Por lo menos ahí, manejando entre la lluvia y sin saber que ustedes ya venían detrás, esa risa me hacía bien. Esto no lo ponga, pero se me ocurrió, de pronto, que uno podía realmente, sin dar razones, sin hablar, ir queriendo a todo el mundo para cuando esto terminara, hasta a ustedes, a condición de que todo estuviera hecho. Esa parte duró un momento. Empecé a decir algo, pero al entrar en la Rambla se me cruzó un camión y creo que eran las Fuerzas Conjuntas. De todas maneras, cuando lo miré otra vez había cerrado los ojos y hasta pienso, ahora, fíjense, que lo de la risa pudo ser imaginación mía. Él estaba contra la puerta, oliendo a perro mojado y con su envoltorio roñoso, lo único que tenía en la vida y ni siquiera era suyo, ni siquiera le servía para tomar un café con le-

che hasta terminarlo. Esperen, carajo. Casi en seguida me avisó: «Es aquí» y arrimé el auto a la vereda. No, frente a los taludes del club de golf. Le alcancé los Republicanas que me quedaban. «Llevátelos.» Me miró con aquellos ojos más viejos que él, capaces de mirar el futuro. Ya les dije que el color, no, ¿o son sordos? «No vale la pena, no tengo fósforos», dijo. Entonces saqué el Ronson de oro que mi mujer me regaló en el primer aniversario y se lo alargué con los Republicanas. «Tomá todo», le dije. «Compañero», le dije después y él sólo tomó los cigarrillos. Me pareció oírle «gracias», mientras se iba en la lluvia. No me acuerdo de la hora exacta, ni si siguió por la Rambla. Ustedes, que estaban llegando, ¿no se fijaron? (No entiendo por qué no me detuvieron allí, en vez de hacer toda esa película en el *hall* del teatro, dicho sea de paso.) Volví al Centro por la Rambla y todavía estaba a tiempo para llegar a la Comedia. Sentía una ganas de fumar como nunca o de hacer algo y puse la radio, porque no tenía cigarrillos ni nada, ni nada. Dije en voz alta: «País de mierda, milicos de mierda». Claro que por ustedes, milicos de mierda. A la altura de Ejido, mientras manejaba, fui abriendo las ventanillas, porque había dejado de llover y quería que se fuese el olor antes de que subieran mi mujer, mi cuñada y el mierda del marido, que es como ustedes.

Ahora firmaré, sí, grandísimos hijos de puta.

EXILIO

A Dinorah y el Negro

El niño tiene seis años y ha pasado la mayor parte de su vida en una ciudad escandinava, traído por sus padres desde un país que, para él, era todo el mundo conocido y hoy es apenas un indeciso recuerdo.

Todas las mañanas, la madre camina con el niño hasta la escuela del nuevo idioma. Cuando va a recogerlo de tarde y vuelven a la casa, encuentran al padre. Él ha terminado su trabajo, pero empiezan entonces, para la pareja, las tareas del destierro político: las publicaciones, los volantes, los carteles, las reuniones con otros exiliados. El niño asiste a todas o va con ambos por las noches, absorto en descubrir los rostros y los nombres de los presos políticos, sólo vistos en carteles de denuncia.

Una noche oye a los padres en una conversación distinta: ella debe comenzar un empleo y el horario le impedirá llevar el niño a la escuela; el padre tampoco puede hacerlo.

El niño interviene: irá solo. Cuando los padres dudan, deposita ante ellos el argumento de un rostro y un nombre que el país le ha transmitido como una de las claves del desierto: saber ir, porque la escuela, aunque haya que doblar por tres calles, está enfrente al décimo cartel que pide la libertad de Raúl Sendic, a contar desde la casa. Y gana.

Cada madrugada, el padre repone los carteles rotos en el itinerario del nuevo Pulgarcito. Desde la cárcel, Sendic lleva todos los días un niño a la escuela.

LOS EJÉRCITOS INCIERTOS

A Mónica Ertl

La muchacha rubia puso el importe en el teléfono londinense, esperó el sonido y marcó un número internacional que había aprendido de memoria. Cuando le contestaron dijo solamente el número de su falso pasaporte belga, escuchó un instante la voz desconocida diciendo una contraseña y agregó: «El lunes de mañana, a las diez». Después colgó el teléfono y se quedó mirando a los niños que se revolcaban gozosos en el césped de Hyde Park. Una mujer gorda con una capelina blanca enmarcándole el rostro iracundo tamborileó en la puerta de la cabina roja, pero la muchacha siguió mirando a los niños, o tal vez al sol pálido sobre el césped muy verde. Salió al fin y caminó lentamente hacia la calle Oxford, mientras consultaba un plano de la ciudad. En la explanada del parque un orador vio que se acercaba y, sin callarse, examinó su rostro delicado y sus grandes ojos claros. Cuando la muchacha se detuvo en la primera fila de la docena de oyentes, el orador encontró de pronto la idea que había estado buscando hacía diez minutos para terminar, dando ocasión a que su mujer pasara la bolsa de terciopelo entre el grupo. «Si no nos proponemos todos, cada uno, aniquilar a la Bestia del pecado, entonces os digo, hermanos, que la Bestia seguirá viviendo entre nosotros.» Cuando llegó la bolsa hasta ella, la muchacha puso una libra y pensó: «El peaje». El orador permaneció con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, calculando si la colecta alcanzaría para el almuerzo.

En la Heilwigstrasse de Hamburgo comenzó a lloviznar y el Cónsul apuró su paseo higiénico de todos los días. Frente a la estación de policía el agente de guardia lo saludó como siempre y él tuvo otra vez la tentación de corresponderle con la rígida venia prusiana que el instructor alemán enseñaba en la escuela de cadetes.

El Cónsul seguía siendo coronel en el ejército de su país, pero en los últimos cinco años sólo se había puesto el uniforme cinco veces (una, cuando se graduó en la academia norteamericana de especialistas). De todos modos, reprimió el impulso de responder con otra venia. La escuela de cadetes estaba perdida en los años vertiginosos. También habían quedado en el país lejano los recuerdos de un coronel vestido de civil.

Bajo la llovizna de Hamburgo, el Cónsul casi no podía imaginarse ya cómo había sido aquel caserón rosado frente a una plaza, donde los detectives entraban y salían todo el tiempo, ni la ventana con rejas de su despacho, por la que acechaba la llegada del presidente al Palacio, situado junto al ministerio de Gobernación. Tampoco la calle de piedra y aceras empinadas, que los indios descendían trotando con sus breves pasos milenarios, ni el sol violento en un cielo de azul hondísimo, cercado de nieves eternas y compuesto de un oxígeno tenue donde los cigarrillos extranjeros se apagaban. A veces recordaba un sótano del Ministerio y aparecía un hombre moreno y sudoroso, desnudo y con los ojos llenos de lágrimas, que respiraba con lentitud ante los reflectores del interrogatorio. Pero eso podía haber sido también en el cuartel de una aldea polvorienta del Sur; entonces el hombre era blanco, con una barba color de miel y hablaba con acento europeo. Otras veces era un cadáver, que yacía cárdeno y azufroso en la camilla, con los ojos abiertos y oliendo mal; entre las pestañas y en las fosas nasales tenía restos del yeso de una mascarilla mortuoria y le habían cortado las manos.

A medida que pasaba el tiempo los recuerdos iban confundándose más. El Cónsul podía representarse aún, vagamente, el caserón rosado y la ventana de rejas, pero el sol era húmedo y quemaba como el de la aldea selvática. Aunque pegara el rostro a los barrotes, ya no alcanzaba a ver la cara del Presidente; sólo su espalda cuando entraba al Palacio, incomprensiblemente acompañado por el Coronel, que era él mismo, también sin cara. En ocasiones, el cadáver de los ojos abiertos iba retrocediendo, con una sonrisa triste y de perdón, hacia la oscuridad del sótano. Alguien salmodiaba en *slang* frases con claves y, al final, sólo quedaba en el círculo luminoso del interrogatorio una mascarilla de yeso, con piel y pestañas adheridas; el hombre cegado por los reflectores era el Cónsul y sentía la sangre gotear sobre los nuevos zapatos neoyorquinos, pero entonces la sangre era suya y se despertaba ahogado de horror ante los muñones de sus propias manos cercenadas por el Coronel.

Para el Cónsul, esos fragmentos de memoria pertenecían al Coronel o a un sueño donde el Cónsul soñaba con un coronel. La realidad era únicamente la Heilwigstrasse y sus hermosas fachadas de ladrillos rojos, todas iguales, mojadas por la lluvia. Ante el 125, el Cónsul miró hacia sus ventanas del segundo piso y se dijo que debería colocar el escudo nacional de una vez por todas, como se lo había propuesto apenas ocupó el cargo. Después recordó los diarios de la semana y que ya no valía la pena. ¿O habría que ponerlo de todos modos, como uno de sus últimos actos oficiales? Siempre había ido rehuyendo el trámite engorroso, el aviso al ministerio en Bonn, la vigilancia sobre el pintor alemán, con seguridad incapaz de dibujar el cuello grácil de la llama (¿O el animal heráldico era la vicu-

ña?) Pero tampoco creía mucho en las noticias de la prensa sobre el cambio de generales allá lejos y decidió no preocuparse, todavía. Pensó: «Deberán comunicármelo personalmente. Mientras el télex no llegue, tengo derecho a poner el escudo».

Antes de tomar el primer vuelo dominical de la BEA hacia París, la muchacha rubia compró en el aeropuerto de Heathrow un libro de Louis Aragon y un hermoso *dry pen* que escribía con tinta violácea, casi amatista. La muchacha había nacido un invierno en Lieja y la amatista era la piedra de su horóscopo. Una hora después subió a un taxi en Le Bourget y se hizo llevar a la plaza de la Contrescarpe, en el Barrio Latino.

Descendió la calle Mouffetard y volvió a remontarla, buscando memorias casi borradas, caminando sin prisa, deteniéndose en los pequeños teatros a mirar algunas fotografías conocidas o en las tiendecitas árabes a examinar los manojos de pañuelos. Eligió un pañuelo rojo y negro, que se anudó flojamente al cuello. Más adelante compró a una verdulera una gran manzana y un cartucho de fresas. A mediodía se sentó en un café de la plaza, a comer las frutas y pensar en el hombre que la amaba. Cuando las campanas de Saint Etienne–du–Mont dieron las dos de la tarde, estaba ensimismada en la lectura de los últimos poemas de Aragon. Pagó el café que no había tomado y caminó hacia el río. Allí se detuvo un rato en la balaustrada del ancho puente de piedra, mirando el agua que fluía hacia el Oeste. Luego arrojó las viejas memorias de París y el libro a la corriente sombría y aguardó a que fueran hundiéndose entre los remolinos formados por los pilares. A las nueve de la noche tomó en Orly un avión hacia Alemania Federal. El pasaje estaba en su bolso desde un mes antes, con el nombre que figuraba en el pasaporte belga.

El lunes se levantó muy temprano en el hotel de Hamburgo y llegó a una gran tienda cuando recién abrían las puertas. Allí, casi a solas con las vendedoras, compró una peluca gris de cabello natural, un abrigo caro, botas, un gran bolso de ante y un cuaderno escolar. En Hamburgo la primavera era húmeda y fría para las personas de edad, muy distinta al sol de Hyde Park o de la Contrescarpe. Casi no se veían niños por la calle. A las diez de la mañana la muchacha se paró en la puerta principal de la tienda, a un costado de la multitud que entraba y salía. Un hombre joven y alto, de piel atezada (podía haber sido árabe, o italiano, o de América del Sur), se quitó a su lado unos anteojos oscuros y los plegó cuidadosamente, antes de introducirlos en su estuche. En la mano izquierda usaba un curioso anillo, como un cilindro opaco.

La muchacha no conocía a ese hombre. Pero muchos meses antes, el hombre que la amaba había dicho con su voz grave de acento apocopado a la muchacha, que también lo amaba: «Apréndelo, pues. Los anteojos. El anillo vietnamita de aluminio. No hay sol, pero también debo protegerme de la lluvia, ¿no le parece? Un 38 largo es mejor». El campo de entrenamiento estaba en la selva y había gritos de monos y el zumbido obsesionante de las cigarras tropicales. En Hamburgo el hombre alto dijo: «No hay sol, pero también debo protegerme de la lluvia, ¿no le parece?». La muchacha asintió con la cabeza y sólo contes-

tó, mirándolo a los ojos: «Un 38 largo es mejor». El hombre volvió a ponerse los anteojos y caminaron unidos del brazo hacia el BMW alquilado en Italia. Más tarde, en el nuevo hotel donde se registraron como un comerciante de Milán con su amiga, la muchacha rubia arrancó una hoja del cuaderno y escribió con el lápiz amatista y en grandes letras mayúsculas:

VICTORIA O MUERTE
SIEG ODER TOD

El Cónsul iba a salir a su caminata de todas las mañanas y su mujer estaba alcanzándole el impermeable, cuando la secretaria lo detuvo en la puerta del despacho. «Ahí está la señora australiana de nuevo. Ya ha venido dos veces esta semana». Y añadió atropelladamente: «Llegó un cifrado por el télex. Lo dejé en su mesa». El Cónsul hizo una mueca: era la misma del Coronel y se dio cuenta de que correspondía al ministerio de Gobernación, no a la Heilwigstrasse con sus casitas de ladrillo. Entonces dijo a la secretaria que hiciera pasar a la señora australiana.

La secretaria era alemana y muy joven. En el fondo siempre temía al Cónsul, aunque no había conocido al Coronel. Rara vez aparecía trabajo en el Consulado, sobre todo en los últimos tiempos. La secretaria pasaba sus horas muertas leyendo revistas con fotovelas. A veces la mujer del Cónsul entraba con dos tacitas de café (el matrimonio vivía en el mismo piso) y una sonrisa estúpida en su cara de chola, pero la secretaria, aunque hablaba español, casi no le entendía la pronunciación de vocales escasas y callaba, hasta que la pobre mujer volvía a sus habitaciones. De noche, la secretaria, que era de Bad Godesberg y extrañaba los álamos y las orillas verdes del Rhin, apagaba la luz de su pequeño cuarto de Hamburgo invadido por los ruidos de una estación ferroviaria y en la oscuridad aparecían los dientes de lobo que el Cónsul enseñaba al hablar, como una inusitada máscara de guerra en el rostro blando y pacífico. Esa mañana los dientes de lobo habían relucido un instante, cuando le habló del télex.

La muchacha rubia entró al despacho, conducida por la secretaria. El Cónsul estaba de pie, pálido y encorvado, mirando fijamente el papel amarillo extendido sobre la mesa, que sujetaba con una mano. Con la otra escribía a veces en otro papel, después de consultar una tarjeta. No parecía haberlas oído. La muchacha llevaba la peluca gris, sujeta por el pañuelo de la calle Mouffetard. Se había puesto dos abrigos; debajo de los pantalones había otra ropa y usaba un maquillaje de base amarillenta, que acentuaba con maestría ciertas arrugas naturales y oscurecía la piel contigua a los ojos sin pintar. El segundo abrigo, matronil, ocultaba la línea pura del cuello y la barbilla. Fue presentada al Cónsul por la secretaria, que pronunció mal el apellido, indecisa.

La muchacha rubia empezó a hablar en inglés, con una voz largamente ensayada, la voz metálica de su abuela de Brabante. Solterona y algo excéntrica, la socióloga australiana pidió datos y publicaciones sobre el país subdesarrollado, insistió en un complicado proyecto de investigación. Él lo sentía mucho, pero el Consulado no disponía de ese ma-

terial, dijo el Cónsul, levantando apenas la cabeza. Debería entenderse con la secretaria. Pero la voz metálica seguía hablando en inglés, invadiendo los pensamientos del Cónsul, impidiéndole concentrarse en las cinco columnas de cifras donde se le anunciaba que todo había terminado, que el General ya no temía los secretos guardados por el Coronel, que ahora vendrían el regreso y la humillación; quizás también la venganza de la guerrilla, derrotada pero no disuelta. El cifrado estaba dirigido al Coronel, pero el Cónsul pagaría las consecuencias.

Las dos mujeres no sabían que en ese momento el Cónsul estaba insultando al Coronel en una oficina del caserón rosado. Ambos se gritaban obscenidades y sus voces se mezclaban con los pregones de las indias vendedoras de cigarrillos en la plaza, con el *huaynu* quejumbroso que vertía del segundo piso de Gobernación en la radio de un detective, con las estupideces de aquella australiana loca. En medio de ese coro destemplado el Cónsul no podía distinguir su propia voz. La muchacha rubia pensó: «Dios, Dios, tiene que quedarse solo conmigo». Al menos la vieja podía ser acallada y el Cónsul dijo, mientras el Coronel lo injuriaba por la cobardía de haber huido a Hamburgo: «*Fraulein*, vea por favor si hay algunos folletos de turismo». Al salir la secretaria a cumplir la última orden, él se inclinó otra vez, verificando las cifras del papel amarillo.

La muchacha rubia se le aproximó y quedó a su derecha, a cuatro pasos de distancia. Con sus manos enguantadas abrió el gran bolso de ante, donde no había más que una hoja de papel y un revólver calibre 38 largo. (Esta arma era su idea y la había defendido obstinadamente allá lejos: «No quiero pistolas que se encasquillan, no quiero cargadores de repuesto. Sólo quiero seis balas y todavía van a sobrarme tres».) Empuñó el arma familiar, pero la mantuvo todavía oculta tras la tapa del bolso. Se movió algo más hacia su propia derecha. El hombre tenía que verla, el cazador debía dar su oportunidad a la bestia atrapada, porque ésta era una operación militar pero también una tarea política y debía ser ejecutada de frente. Y al mismo tiempo, pensó que todo era superfluo, que el Coronel ya estaba muerto, que lo había estado desde que la australiana entró al despacho.

En ese punto del tiempo que se agotaba, el cadáver del Coronel levantó los ojos de su blanca mascarilla mortuoria y miró a la mujer desconocida que sonreía. Ella le devolvió la mirada, ya sin odio, mientras dejaba caer el bolso al suelo y descubría el revólver en posición de tiro, aferrado con las dos manos. Después, con un gracioso movimiento corporal, separó un poco los pies y dejó gravitar su peso en la pierna derecha (como le había enseñado el instructor). Simultáneamente, extendió los brazos unidos y disparó tres veces, con pausas exactamente iguales, sobre el Coronel muerto. Vio los tres impactos acumularse en la misma zona del pecho y casi pudo seguir su trayectoria horizontal hasta que hicieron estallar el corazón, porque los ojos del Coronel, siempre fijos en ella, quedaron turbios de pronto. El Coronel se hizo cada vez más pequeño y fue deslizándose hacia abajo; primero de rodillas, luego sentado sobre los talones, al fin desprendiendo sus manos engarfiadas en la mesa, que agarraron el papel amarillo y se lo llevaron. El Cónsul quedó encogido entre la pared y la mesa, silencioso. Las detonaciones reverberaban todavía en el despacho

y una breve niebla azulada flotó bajo la pantalla de la lámpara. Sin abandonar el revólver empuñado, la muchacha sacó del bolso la hoja de cuaderno escrita con tinta amatista y la colocó a los pies del Coronel.

Aun no se había incorporado, cuando oyó abrirse la puerta como una explosión. Sintió un golpe terrible en la nuca y dos brazos frenéticos la inmovilizaron de rodillas, mientras la cara de la mujer del Cónsul se pegaba a la suya entre gemidos y frases en quechua, mojándola con lágrimas y saliva. La mujer olía a perfume francés, pero sus facciones estaban descompuestas en el rictus de las máscaras seculares y el idioma incomprensible se alargaba en los lamentos bestiales de las plañideras fúnebres. La muchacha rubia luchó en silencio. Por primera vez desde su entrada al edificio se sintió aterrada. En su puño enguantado el revólver se incrustaba entre los pechos de la mujer, pero la muchacha supo que no apretaría el gatillo. La mujer estaba viva de verdad y su ferocidad había nacido muchos siglos antes, era parte de lo que la muchacha amaba. El odio y el amor rugían en la india llorosa, como el viento negro que talla desde el principio del mundo los desfiladeros y el altiplano pedregoso.

La muchacha dejó caer el arma inútil. Con la flexión practicada antes muchas veces, liberó sus brazos. Después golpeó en dos puntos con el canto de las manos. Semiasfixiada, la viuda cayó de rodillas, aferrando la peluca gris y el pañuelo con los colores de la rebelión. Antes de desvanecerse, atónita, miró la masa de pelo rubio derramada sobre los hombros de la vieja señora australiana que caminaba hacia la puerta.

Diez segundos para llegar a la escalera. Recuerda: no hay ascensor. Atención a la segunda puerta del pasillo, que es el consulado dominicano. Veinte segundos para la calle. Sigue lloviendo y la Heilwigstrasse está desierta. El automóvil espera a la vuelta de la esquina, pero tendrás que pasar antes por la estación de policía. Respirar cada tres pasos, rítmicamente. Aspirar—expirar. El policía de guardia te mira mientras caminas sin paraguas bajo la lluvia, con la cabeza extrañamente descubierta y sonriéndole con timidez. Sesenta segundos para llegar a la esquina, entre las interminables fachadas de ladrillo, como lo ensayaste tantas veces. (Falla primera: ahora la viuda podrá describirte.) Atención: quizás se abra una ventana del segundo piso y alguien grite; otros correrán a tu encuentro sobre el asfalto reluciente, a cerrarte el paso. ¿Dónde se metió la secretaria? Son las nueve y veinte de la mañana, o mejor, las cero—nueve—dos—cero, en Hamburgo, República Federal de Alemania. ¿Y qué más, qué más? No lo sé. Sí, lo sabes. Trata. Claro: primero de abril de mil novecientos setenta y uno. ¿O de qué? Del uno—nueve—siete—uno. Nueve meses para planear la acción, dieciocho minutos para ejecutarla. *Desarmés, incertainties.* ¿Se deberá incluir el minuto treinta y cinco segundos necesarios para llegar al automóvil? Respirar cada tres pasos. ¿Dónde termina realmente la operación? El objetivo está en el segundo piso, muerto, con tres balas calibre 38. (Nada de pistolas, mi amor que me enviaste.) ¿En qué variará el resultado si no alcanzas al hombre del anillo vietnamita, tu primer anillo de compromiso? En nada. Ya no existes para las condiciones objetivas y has dejado de ser una condición subjetiva necesaria. Oh, soldados de los ejércitos inciertos. Veinte segun-

dos. Antes de doblar la esquina, oirás los alaridos inevitables y alguien te apuntará con una pistola. (Falla segunda: el revólver quedó en el despacho; con rayos x se puede leer una numeración borrada por medios químicos.) El agente tomará puntería después de la primera voz de alto; la Heilwigstrasse es el corredor del polígono de tiro y tu espalda el blanco móvil. Aspirar–expirar. Expirar. ¿Todos siguen durmiendo en el 125, o son unos cobardes asquerosos con miedo a una mujer? ¿Dónde se escondió la secretaria, con su cara llena de granos? Tienes que calmarte. La lluvia es tibia y cordial; por favor, siente tus pies abrigados dentro de las botas nuevas. Respirar cada tres pasos.

El BMW está con el poderoso motor en marcha y en primera velocidad, neutralizada por el embrague. El hombre juega con el anillo de aluminio. Ve que en el cronómetro del tablero faltan siete segundos; entonces pone la mano izquierda en el volante y con la derecha quita el seguro a la subametralladora que tiene sobre las rodillas. Un pie oprime el embrague; el otro roza el acelerador todavía silencioso. Porque la muchacha rubia y desconocida que es su jefe lo ha decidido, el hombre es solo un dispositivo articulado intermedio entre el arma y el automóvil: no debe tomar ninguna iniciativa. Como en su país era ingeniero, imagina ser una computadora programada con sólo tres alternativas: si viene sola, ella subirá al automóvil por la portezuela entornada y empezarán la exfiltración hacia Copenhague; si vienen persiguiéndola y hay posibilidades de que llegue al coche, él cubrirá la retirada a tiros; si ve que la detienen o la hieren, deberá abandonarla a su suerte.

Se extingue el último segundo. La muchacha aparece en la esquina, caminando con normalidad. Lleva las manos en los bolsillos del abrigo; el cabello rubio y empapado le cubre los grandes ojos claros y cae sobre los hombros erguidos. Viene sonriendo y sus labios se mueven sin cesar en un monólogo inaudible. Abre la puerta y se ubica en el asiento, sin prisa, recogiendo las largas piernas. El BMW arranca con suavidad.

La disposición del tránsito obliga a doblar hacia la derecha y entrar en la Heilwigstrasse, desandando la ruta de la muchacha, para salir por la otra esquina hacia la autopista. Los limpiaparabrisas están desbordados ahora por la lluvia que arrecia; la muchacha sólo puede ver imágenes borrosas que pertenecen al país de los muertos: el policía en su sitio, la puerta del 125 cerrada como ella la dejó. No hay nadie en las aceras, donde la lluvia cae desde el amanecer y ya ha arrastrado hacia las cloacas toda la suciedad. La Heilwigstrasse está limpia.

La muchacha empieza a quitarse la ropa de la australiana. Terminará de cambiarse y secará sus cabellos en el segundo automóvil, que espera en una granja de Reinbeck, con otro equipaje y nuevos pasaportes. Después entrarán a Dinamarca en el ferry de Puttgarden y luego vendrán Suecia, Holanda, Francia. Quizás, en algunos meses, otra vez América del Sur.

Las barandas de la autopista pasan con un soplo isócrono a ciento cuarenta kilómetros por hora. El hombre conduce en silencio, tras sus anteojos oscuros, y no ha hecho una

sola pregunta. Ella mira las manos fuertes y finas, el rostro huesudo y mal conocido, los hombros sólidamente encajados en el asiento de cuero. Mira sus propias manos, que han matado por primera vez.

La muchacha rubia consultó el almanaque, sintió una felicidad desconocida, caminó hacia la ventana de la casa quinta que la había esperado como fin de su viaje. Eran las cinco de la tarde y a esa hora terminan las clases escolares en Montevideo. Bandadas de niños iban por la avenida del Prado, balanceando las carteras y relatando a sus madres las aventuras del día. Empezó a contar con los dedos y recordó la alcoba de Helsingor, el cansancio del ajusticiador, que se parece al de la consumación del amor, igual de triste, vacío y solitario. Oyó de nuevo la respiración del hombre, que la miraba desde la misma almohada; vio la mano con el anillo de aluminio, alargándose para apagar la lámpara; recostó otra vez la cabeza en el hombro cómplice y compañero, para llorar largamente sus lágrimas inexplicables y silenciosas.

En el cuarto montevideano, donde el crepúsculo del otoño comenzaba a apoderarse del aire, completó la cuenta de las semanas y las lunas en voz alta, sonriendo. Supo que iba a tener un hijo, que nada había ocurrido en Hamburgo, que la resta y la suma igualaban el resultado.

EXILIO

Una mujer joven, que no está enferma, sabe que va a morir y hasta conoce la fecha aproximada. Cuando lo dice, todos sonríen, pero callan y no osan desmentirla. En un día del verano la mujer invita a sus amigos a la playa. Bajo el mediodía del Caribe se aleja del grupo que conversa en la arena, para caminar, los pies en el agua, a lo largo de la rompiente. El agua está tibia y el sol quema sus hombros y reverbera en sus largas piernas mojadas. La mujer entra lentamente en el mar. Cuando ya no hace pie, sumerge el rostro con los ojos abiertos y mira, esfumados en la penumbra verde y salada, corales blancos, anémonas azules, algas de ondular despaciosos y dos peces que cruzan como dos mariposas amarillas. Después se vuelve de espaldas, el sol en la cara, y nada con brazadas perfectas hacia el arrecife que todavía no se ve. El mar la envuelve en un misterioso vaivén de vida, el sol impone su calor sobre un mundo donde ella es el centro solitario.

Al día siguiente la mujer inicia el largo viaje oblicuo hasta su país, donde entra meses después con el cabello teñido, un pasaporte falso y sus direcciones aprendidas de memoria, para reincorporarse a una guerrilla ya condenada al aniquilamiento.

Una semana más tarde una patrulla del Ejército irrumpe por fin en una casa suburbana que ha resistido el cerco durante toda la noche, hasta que los defensores quedaron sin municiones. Encuentra tres hombres muertos y, encogida en un rincón, con su arma inútil, a la mujer, ilesa, que respira lentamente y mira con ojos vacíos una penumbra verde y lejanísima, donde pasan mariposas amarillas. Sin que se resista, la incorporan tomándola de los brazos, que le han atado a la espalda con alambre y la sacan caminando de la casa.

El sol quema como en la playa, aunque sea el del altiplano. La mujer está empezando a unir ambos recuerdos, sonriendo, cuando el oficial la ejecuta de un nítido balazo en la sien.

UN PUESTO DE COMIDAS CERCA DEL HOTEL

El hombre ocupa el cuarto de enfrente, con un muchachito de siete u ocho años, que debe ser su hijo. El niño viste, como él, ropas comunes en Cuba: pantalón y camisa de tela rústica, botas de trabajo. Siempre va de la mano del hombre.

Larrosa se cruza con ellos al entrar o salir del hotel, sin obtener un saludo. El padre es un mulato joven, de rasgos finos y reconcentrados; su seriedad angulosa le agrega algunos años. En el desmesurado hotel de La Habana, construido entre las dos guerras mundiales sobre arrecifes de coral convertidos en jardines, hay turistas canadienses, exiliados latinoamericanos con los rostros devastados por el paludismo de la selva, parejas de adolescentes campesinos en luna de miel y una cantante española de moda, afiliada en su país al Partido Comunista. También algunos cubanos de rostro impasible, pelo muy corto y ojos fatigados, ropas civiles pero gestos de hábito militar, que sólo hablan entre ellos. Aunque ya hace muchos años que no vive en La Habana, para Larrosa toda la gente del hotel es desciftable, menos el hombre del cuarto de enfrente y su hijo.

Los dos salen muy temprano, aunque el hijo no lleva libros ni cuadernos. Vuelven al atardecer y Larrosa no los ve nunca en los comedores, ni en la cafetería o en la sala de juegos mecánicos, ni tampoco en el vasto jardín con acantilados sobre el golfo de México y los viejos cañones navales conmemorativos.

Ciertas tardes los encuentra en un ascensor. Las ascensoristas parecen conocer bien al padre y al hijo, porque no les preguntan cuál piso, ni les hacen mostrar las tarjetas de

huésped. Entonces Larrosa camina por el corredor, oyendo detrás los pasos de sus vecinos. Al cerrar su puerta aguarda un instante, hasta verificar que el hombre y el niño han entrado al cuarto de enfrente. Le llegan apenas el ruido de una silla, el correr de una cortina o el rumor del agua fluyendo en el baño, pero nunca voces o diálogos o la campanilla del teléfono. Luego va a abrir su ventana (porque el aire acondicionado no funciona) y se sienta ante la máquina de escribir y el libro con los márgenes anotados, a trabajar en un texto que debe entregar antes de su partida.

Finalmente, deja de ver a sus vecinos. Un día mira, por la puerta entreabierta del cuarto de enfrente, a otros huéspedes. Esa tarde pregunta con aire casual a las ascensoristas, pero ninguna sabe del hombre y de su hijo, o por lo menos no lo dicen. Sus expresiones son algo artificiales y a la de más edad le pasa por los ojos una compasión fugaz. Una vieja camarera negra y sabia, que Larrosa reconoce de otras visitas, añade algo, una mañana: «La descarada le dejó el muchacho y ahora se lo pide». Pero la frase no es aclarada y por último Larrosa la olvida.

Dos semanas después entrega su prólogo en el Instituto y Alfredo lo llama por la noche, para confirmarle la aceptación del trabajo, pero no la reserva en el vuelo de Iberia que sale al día siguiente. Sugiere ir de todos modos al aeropuerto y ponerse en la lista de espera.

A las cuatro de la mañana Alfredo viene a buscarlo en su Lada soviético. Mientras coloca en el asiento trasero la única maleta, explica por qué el vuelo a Madrid está completo: «Hoy es día de gusanera», dice.

Sobre la hermosa carretera a Rancho Boyeros el amanecer apunta rojizo y neblinoso. El Lada se adelanta ágilmente a autobuses japoneses y cruza camiones alemanes cargados de legumbres para la ciudad. En los refugios a la orilla de la ruta esperan grupos de obreros, echando el vaho de su aliento en la atmósfera helada. Las nuevas fábricas y granjas van quedando atrás, alternadas con los grandes carteles multicolores donde la Revolución propone sus consignas. En la parada de un semáforo dos muchachitas madrugadoras, que transportan un viejo sillón, sonrían a Larrosa y después se tientan de risa, avergonzadas y gráciles, con sus pañuelos rojos y sus dentaduras perfectas en la piel aceitunada. Casi enseguida, a la derecha, aparecen los altos y blancos timones de cola de los Ilyushin y Tupolev, agrupados detrás de las palmas y el verdor.

Alfredo es funcionario del Instituto y el más antiguo amigo de Larrosa en Cuba, pero también algo más, que le permite solucionar algunos trámites de embarque. Mientras lo intenta, Larrosa observa al gentío que se apiña ante el mostrador de Iberia: los que se van.

Bajo las luces de neón, son más de un centenar y se mueven con ademanes torpes, dentro de sus ropas demasiado nuevas, recién entregadas. Muchos hablan con voz innecesariamente alta, pero su charla es insustancial. Otros susurran con atropello, los ojos fijos en el suelo, sin mirar al interlocutor. Los parientes que han venido a despedirlos, lacónicos y mal vestidos, parecen secretamente avergonzados por esa facundia, crispada a veces en una frase irónica o un insulto político contra Fidel Castro. Los guardias adua-

neros, de uniforme claro, pasan con indiferencia, como si no oyeran. Los niños que se van tienen zapatos nuevos; desde la cola, entre los equipajes heterogéneos y provincianos del viajero primerizo, miran a los niños que se quedan y que están estirados lánguidamente en los asientos o duermen sudorosos en el regazo de sus madres. Todavía falta un rato para que los viajeros pasen a la sala de embarque, donde el espeso cristal impedirá oír a los que dejan. Pero otro cristal divide ya el salón ruidoso; el arco que iba de unos a otros se ha quebrado y las palabras pierden su significado, exageradas o insuficientes.

Desde los altavoces del techo vienen un tañido y una voz femenina que da instrucciones. Comienzan de pronto los abrazos largos y mudos, las recomendaciones musitadas con las cabezas juntas, las bromas inseguras de los más jóvenes, donde canta el acento campesino. La columna se mueve poco a poco hacia el embarque y entre el rumor de pies y el de los equipajes arrastrados corre una pleamar de alivio. Algunos ancianos lloran como para sí mismos. El salón rebosa de gente que se separa; unos se alejan hacia la calle o permanecen de pie, indecisos; los otros, ya debidamente despedidos, un brazo sobre los hombros del compañero de viaje, falsamente regocijados, miserables, bocas altivas, caras demudadas, ojos desafiantes, caminan hacia el avión definitivo. En un instante han quedado reducidos a su propia y solitaria comunión. Ya no están en el país, aunque todavía lo pisen; su decisión los ha borrado de la realidad.

Súbitamente, Larrosa reconoce entre la fila al niño del hotel, que camina junto a una pareja madura y lleva en la mano un bolso amarillo. La gorra nueva disimula su pequeño rostro inexpresivo, pero es él. Casi al mismo tiempo, en una intuición, Larrosa desplaza la mirada y ve al padre, alejado, contra una pared del fondo. El hombre está de pie y mira al niño, que desaparece por la puerta de embarque sin volverse. El hombre gira la cabeza y sus ojos encuentran un momento los de Larrosa y se cierran, pero quizás sólo sea un efecto de la distancia.

Alfredo vuelve con la maleta y una noticia: no ha sido posible obtener sitio en el avión; recién habrá otro vuelo dentro de tres días. Larrosa le dice que no importa y siente una felicidad turbia, como cuando el azar nos ahorra la pequeña cobardía que ya habíamos aceptado. Después regresan al hotel y Alfredo se despide, porque debe salir ese mediodía al trabajo voluntario.

Al atardecer llueve sobre el jardín, esfumando las ceibas y los viejos cañones. Los canadienses vagan por el *lobby* con sus confortables chaquetas a cuadros, aburridos, sin saber español. Larrosa toma en su nueva habitación dos tazas del café aromático y espeso. El viento Norte viene desde el castillo del Morro. Los petroleros soviéticos anclados fuera de la bahía rolan lentamente en torno a sus cadenas, con las luces desdibujadas en el aire opaco. Las aguas del Golfo están grises y desde el cuarto piso se ve brillar el pavimento mojado del Malecón.

Larrosa se pone una trinchera y baja a la calle, sin rumbo. Camina despacio hacia la avenida Línea y más tarde se detiene ante un alto edificio de apartamentos, donde en la última terraza asoman una palma enana y follajes tropicales. Allí habita el anciano poeta

nacional y Larrosa recuerda otras noches de diez años atrás, la voz abaritonada del viejo célebre diciendo sus versos, el rostro absorto de alguien que escuchaba, el perfume del último verano.

Flamantes taxis Chevrolet, importados de Argentina, pasan de vez en cuando con un susurro de neumáticos, pero la avenida está desierta de transeúntes. En la siguiente esquina el viento sopla con más fuerza y la lluvia le da en la cara, obligándolo a guarecerse en un portal que tiene la chapa desteñida de un Comité de Defensa de la Revolución. En la penumbra, otro viejo, con un pedazo de nylon transparente sobre la cabeza a manera de capa, lo mira cauteloso. Viste con modestia y un rastrojo de barba blanca le cubre las mejillas correosas. Usa una gorra de visera, con señales de alguna antigua insignia en la tela gastada. Entre la dentadura desapareja pero entera aprieta el cabo apagado de un habano. Parece un pescador o campesino venido a la ciudad.

«¿Tiene ahí candela?», dice el pescador o campesino.

Larrosa le acerca su encendedor de gas, pero el viejo lo toma con una mano y con la otra quita el cabo de la boca y lo mantiene en la llama, mirándola fijamente.

«Un Norte de madre», dice sin levantar la cabeza, mientras chupa.

«Sí.»

«¿Usted es extranjero?»

«No. De América Latina.»

«Extranjero», confirma el viejo.

Larrosa no dice nada. El agua que le ha empapado los cabellos descubiertos está corriéndole cuello abajo, muy fría. Se quita los anteojos constelados de gotas que le impiden ver. Ya es casi de noche y las luces de sodio van encendiéndose mágicamente a lo largo de Línea.

«Gracias, míster. Esta fosforera es un fenómeno», dice el viejo con sus palabras cubanas, devolviendo el encendedor laqueado. El cabo de habano está húmedo y tira mal. Es un resto de «cazador», fuerte y ordinario; el olor acre invade el portal. Larrosa palpa en el bolsillo de su camisa la forma del Cohiba, intacto en su envoltura y reservado para la cena. Piensa en ofrecerlo al viejo, en iniciar una conversación política bajo aquel portal de un CDR, en hablarle de latinoamericanos y extranjeros en la Revolución (el tema que ha desarrollado en el prólogo para Alfredo). Pero lo asalta una vergüenza inexplicable, no dice nada y empieza a caminar hacia el hotel.

El enorme edificio rosáceo se alza entre la lluvia, con sus ventanas iluminadas. En las dos torres de estilo español, altas como campanarios de una catedral, los azulejos relucen a la luz cárdena suspendida sobre el mar.

En una esquina próxima al hotel, castigado por el agua y el viento del Golfo que llegan en ráfagas rasantes, hay un puesto de comidas con algunos parroquianos de pie, apoyados en la barra. La marquesina los protege, silenciosos bajo la lámpara de neón, traídos

quizás por la lluvia. Más adentro, el joven cocinero negro lee el diario del Partido, grave y deletreante, acercándolo a sus anteojos de miope. La camarera madura y opulenta, rostro ajado y autoritario, cabellos teñidos de rojo, escruta a Larrosa. Los clientes comen porciones de pizza envueltas en servilletas de papel; algunos tienen junto al plato una botella de cerveza. El hombre del hotel está allí, abrigado con una vieja chaqueta militar de fajina.

Larrosa pide una cerveza, examinándolo de reojo. Lo encuentra más pequeño que en el hotel, más humilde y fatigado que en el aeropuerto. Mira la chaqueta mojada que se abre sobre la ropa ordinaria, las botas despellejadas; mira su propia trinchera española, cara y fuera de lugar. Quiere sobreponerse a la vergüenza que vuelve, recurrir al análisis político que explicará la situación, pero también le parece fuera de lugar, con ese hombre silencioso a su lado. Piensa: «Está saturado de cansancio, pero no confuso. No lo sabe todo, pero ha aprendido por fin a distinguir lo falso que es cómo se hacen las revoluciones verdaderas. Está en medio de un trabajo formidable que durará toda su vida y también la del niño».

Bajo la luz escasa del puesto de comidas, ante el alimento modesto, el hombre del hotel escucha algo en el viento. Con respeto, Larrosa se quita los anteojos inundados, para verlo mejor y llevarse su imagen. El rostro del hombre parece menos duro, repartido entre el dolor y la confianza. Las gotas de agua o lágrimas le resbalan por las mejillas. Larrosa se dice que el viejo del portal tenía razón.

El hombre del hotel, sin reparar en el extranjero, mira fijamente hacia adelante, solo, de espaldas a la oscuridad creciente y al rumor de la lluvia.

EL VIAJE AL ORIGEN

A Mercedes Ramírez

¿Qué sostengo en la mano? ¿Una flor, un fruto? La mirada me sigue en la penumbra: infinita rendición, traspaso de poderes. ¿No soy acaso el primogénito? La voz susurra apenas. ¿Qué está pasando detrás del cansancio de la terca vida de ojos abiertos? El pedido que sólo puede hacerse a la mujer o a un hijo, se ha transformado en el ensalmo que da continuidad a las generaciones. Mis manos se mueven con respeto, mis ojos evitan encontrar los suyos, fijos con un destello de amor y agradecimiento en el rostro también inmóvil, que empieza a preparar la expresión ajena de la muerte. Treinta años de ternura, incom-

prensiones, camaradería, ausencias y regresos, abruman de pronto el aire de este cuarto cerrado, donde nos han dejado solos porque es la única noche.

«Yo quería verte», dijo la extraña voz de mi padre por el teléfono internacional, «pero no se puede. Igual todo está bien». Al principio de la llamada desde Montevideo, antes de que llevaran el teléfono al enfermo, mi hermano Javier había hablado con su estilo telegráfico, seguramente mordiendo la pipa para disimular las vocales temblorosas. «Ha habido consulta médica. Dicen que esto se acaba». En La Habana, contra un fondo de descargas estáticas y ruidos en inglés (porque la comunicación pasaba por Nueva York) pregunté cuánto tiempo. «Cinco días, una semana.»

Mi padre, que sabía todo mejor que los médicos o Javier, prosiguió: «No hagas un disparate. No vengas». Hablaba desde un sitio enrarecido, que le cambiaba la voz, o era el cáncer aproximándose a la laringe y fijando los plazos por su cuenta. Antes de que la voz desapareciera bajo los gritos de una mujer que preguntaba a Julie Silberman cuándo llegaría («En cualquier momento», decía Julie) vino desde Montevideo la frase de la verdad que yo esquivaba, pero mi padre no tenía tiempo: «Mejor me despido ahora». Grité, sin saber si me escuchaba, eligiendo yo también la verdad: «Aguante, aguante, que yo voy». «En cualquier momento», dijo Julie Silberman y cortó la comunicación.

En La Habana eran las siete de una mañana de febrero. Bajé a la cafetería del hotel para desayunar con Aurelio, según lo convenido en otro desayuno; el día de Aurelio empezaba antes de salir el sol. Llegó pequeño y sonriente, con la cartera de mano abultada por la pistola, el uniforme de fajina verde olivo que no usaba casi nunca y la mirada de niño pobre y feliz. «¿Qué hay de nuevo en Montevideo?» dijo, pero esta vez la frase de costumbre no conduciría al tema de costumbre. Le dije qué había de nuevo en Montevideo.

«Ese viejo está claro», sentenció, luego de escuchar en silencio la historia común y triste. «Tiene toda la razón.» Y sin embargo a Aurelio no hacía falta explicarle la rabia impotente del destierro, la necesidad de anular la distancia con una tentativa, la forma en que mi padre iba a morir como estaba muriendo mi país: conmigo lejos. Aurelio sabía de la relación tácitamente aprobatoria con mi padre, blanco viejo, que incluía en algunos puntos básicos los acuerdos, las discrepancias y el respeto. Tampoco había que explicarle las inflexiones del diálogo conservado por las grabadoras de Nueva York, donde la muerte tal vez se llamaba Julie Silberman. Sólo dije: «Mañana hay un vuelo de Cubana a Madrid. ¿Podés arreglarlo?» Aurelio me miró unos segundos. Sin darse cuenta, había adoptado la posición a que lo acostumbraran cafeterías de la clandestinidad: las dos manos sobre la mesa y la cartera de mano a la derecha, pero junto al borde. Después bebió el resto del café y sacó la eterna libreta negra y el bolígrafo checo. «Dame los datos» dijo, otra vez sonriente, el niño pobre de uniforme verde olivo, que era dueño de su país.

Al atardecer de ese día me senté en mi terraza del piso 12, a ver cómo el golfo de México iba oscureciendo sus azules. Sobre el escritorio estaban el pasaje a Madrid y el pasaporte recibido en Montevideo al salir de la cárcel, con un pequeño sello péfido que lo invalidaba para volver. Pero aun no se me había ocurrido ninguna idea de cómo entrar.

Seguí buscándola al día siguiente, durante el vuelo y después, cuando caminaba por una avenida invernal de Madrid, negociaba en una agencia hasta lograr sitio en un avión a Montevideo del mismo día y compraba un pasaje optimista de ida y vuelta. No la encontré y tampoco la había hallado cuando descendía en Carrasco, a las tres de la mañana, la escalerilla del avión esfumado en el torrente de una lluvia veraniega, ni cuando iba hacia el viejo edificio, bajo el inmenso paraguas rojo de un empleado solícito. «En cualquier momento» había dicho la señorita Silberman y tal vez yo imitaba su acto impredecible, mediante débiles argucias: tomar un vuelo que llegaba en la madrugada de un domingo, cuando los policías de Migración son menos y están posiblemente adormilados; hacerme extender el pasaje con mi apellido materno, dejando al primero como inicial inocente y verdadera; llevar sólo un bolso de mano para no demorarme en la aduana. Tras el mostrador, ninguno de los policías de civil, ya con el abrigo puesto, hojeó demasiado el pasaporte inútil, ni consultó listas; nadie se extrañó del trasplante de los apellidos. Llovía mucho y el mío era el último vuelo en esa noche de perros, por fin. Aun me obsesionaba la idea inencontrable al pisar la acera exterior y haber entrado al Uruguay.

Un taxi se acercó, bajo la lluvia que me empapaba gozosamente. Los residuos de tediosas medidas de seguridad que alguna vez había aprendido, me hicieron dar una dirección a diez cuadras de la verdadera.

El taxi atravesaba un país invisible, que yo no miraba pero iba reconociendo caute-losamente por sus olores y sus pavimentos. El césped de las autopistas, los bosques de eucaliptus o pinos y las playas que íbamos dejando atrás, enviaban en la lluvia sus aromas casi olvidados. Luego aspiré el olor de Malvín y entreabrí la ventanilla, porque estábamos entrando al barrio de la casa paterna, destino del viaje iniciado tres días antes en una isla del Caribe. Desde la esquina desinformadora caminé por las calles dormidas y mal iluminadas, mientras dejaba que la lluvia de mi ciudad me diese en la cara. Por la puerta de cristales de la casa se veían las luces de una vigilia. Como siempre, el timbre de la entrada no sonaba. Con la trinchera calada por el bautismo del regreso, enjugándome el agua de los ojos, golpeé estruendosamente la puerta. En el rectángulo del cristal empañado, el rostro de mi madre reflejó sucesivamente la alarma, el reconocimiento, el estupor y la felicidad. «En cualquier momento.»

Llovió todo el domingo, pero no importaba; yo no tenía que ir a ningún lado en Montevideo que no fuera la casa de Malvín, de donde no salí. Esa era una de las dos reglas del viaje inexplicable. La otra, que el lunes a primera hora, cuando empezara el cotejo de las listas de pasajeros en alguna oficina, yo debía estar en Buenos Aires.

Casi ningún pariente fue enterado. Los demás sabían a qué había venido: mi madre y mis hermanos no le quitarían tiempo al hombre callado y sudoroso bajo la sábana, cuyos

plazos eran estrictos. Después de mi llegada, el amanecer ha entrado por las persianas entreabiertas, pero ni él ni yo lo advertimos y he apagado la lámpara horas más tarde. El café traído por mi madre se ha enfriado en sus tazas, sobre la mesa de luz. A mediodía ella ha venido a almorzar con nosotros, pero sin intervenir, limitándose a cambiarnos los platos casi intactos. Inmóvil, de costado hacia mí, que estoy sentado junto a la cama, mi padre ha escuchado en silencio mis historias de la prisión, del exilio y del viaje. De vez en cuando ha confirmado con un gesto, enarcado las cejas si necesita una aclaración, sonreído si está de acuerdo. Pero he sido yo quien más ha hablado. Sólo al principio, cuando separamos nuestras cabezas confundidas en el abrazo del encuentro, ha pronunciado una pregunta y una afirmación, donde hubo un trazo de orgullo. «¿Pediste permiso al gobierno para venir?» «Claro que no.» «Eso es. Un hijo mío no tiene que pedirle permiso a un sinvergüenza para entrar a su país». Y ha continuado escuchando la puesta al día de esos años robados, donde tienen que caber además la despedida final y otras cosas.

La sola noche que nos está permitida va detallando la ausencia, pero no alcanza con decir dónde estuve, por qué lo hice, por qué seguiré haciéndolo. He venido también a que ese hombre escuche las faltas que le oculté y perdone ésas y las que supo, sobre todo las del desmedido orgullo de mi adolescencia insensata. El rito de la absolución a la hora de la muerte debe cumplirse al revés. Mi padre ha oído sin soltar mi mano. Después, en silencio, la ha llevado a su mejilla y ha descansado la cabeza, sonriendo. La verdadera paz ha empezado para los dos a partir de ese silencio: es la forma del perdón que vine a buscar. Ya casi no tenemos nada que decirnos que no sepamos para siempre.

A medianoche, abriendo los ojos, mi padre ha musitado unas palabras y he acercado el oído para recibirlas. Mientras obedezco, me siento a la vez humilde, poderoso, protector, ser vivo admitido a la intimidad de esas horas finales que los moribundos casi nunca comparten. Mi padre ya está demasiado débil y no puede valerse, pero estoy yo, que he viajado tres días para esto. ¿Quién es el padre, quién el hijo? He levantado la sábana, buscado entre las ropas, arrimado el orinal. Sostengo en mi mano lo que puede ser una flor o un fruto, pero también pienso que, de algún modo mágico, sostengo mi origen.

Mi padre se alivia y vuelve a su entresueño apacible, que velo hasta que el clarear del día marca la expiración de mi propio plazo. Entonces beso por última vez su frente, sin despertarlo. Estoy contemplándolo cuando oigo a mi lado el sollozo reprimido de mi madre. Tomo su mano y salimos del cuarto, cerrando sin ruido la puerta del hombre que morirá dos días después, sin mí, conmigo.

EXILIO

La única luz en la habitación es el resplandor de la nieve, que entra por la ventana de dobles cristales. Sobre el gran lecho nórdico una mujer y un hombre están encendiéndose en las tareas del amor, unidos por sus bocas y por el centro de sus cuerpos, aferradas las manos en el naufragio que los arrastra al fondo de la dicha.

En el instante único, mientras ella musita las palabras que sólo ellos conocen, él se echa de pronto hacia atrás y mira sus ojos cerrados. En el rostro de la mujer, que la nieve empalidece y el amor contagia de agonía, el hombre ve los rostros de todos los que quedaron en el país remoto: la mueca final de los torturados, los párpados enrojecidos de las esposas ya sin esperanzas, el sudor de los que van a desaparecer, el temblor en la garganta de las muchachas que están siendo violadas. La noche que los rodea contiene todos los paisajes y silencios de la memoria intacta, inútil. «Abre los ojos», ruega el hombre en silencio, «o moriré de este dolor.»

INCLUIDO AFUERA

1988

A Quijano

A Luis Blanco o Blankito

A Daniel Waksman

I. DATOS DEL CUARTEL

PRIMER DISCURSO DE ADÁN

Para Ducho

*El jadeo de alguien que trabajaba por fin se ha detenido
convalezco de espaldas en el barro
pero hay que hallar la forma de saber quiénes cómo
encontrar ese rastro que dejamos una vez no sé cuándo
el que lleva hacia el fuego de los hornos*

*todavía nos guardan hostiles la sombra y el silencio
 tú sangras y estás húmeda
 a mí me hicieron débil e ignorante
 siempre es de noche
 alguien espera cerca
 demorando la invención del amor porque nos odia*

*no lo juzgues
 es torpe
 sin pareja
 le duele la cabeza y siente envidia
 sólo sabe ser cruel
 no le explicaron nunca para quién trabajaba o para qué
 tiene un oficio sucio andar con barro construir desdichados
 y aunque se sienta un dios es un simple emisario
 somos su tentación y tendrá que mirar
 recibió órdenes*

*créeme naceremos
 ten confianza
 ya nos han condenado
 el aliento que entró por tu nariz era el espanto
 y quien se aproximó a soplar era la Muerte*

*entiende esto
 jugaremos el juego de un idiota
 y hay dos reglas
 la primera creer que estamos vivos
 la segunda él siempre gana
 luego empieza otra vez y así por siempre
 no sé bien los detalles desde luego pero no es juego limpio
 el idiota hace trampa y se equivoca
 su diversión su error consiste en esa idea
 de que todo es dolor y no termina*

*aprenderé de prisa lo prometo
 no te avergüences tenemos poco tiempo
 todo está por hacer y ésa es nuestra tarea
 simular que jugamos
 crearlo todo*

*no puedes verme porque aún no nos mira
 yo he desobedecido*

*con los ojos abiertos estoy reconociéndote porque te conocía
si te describo puedo revelarte el principio del mundo
empiezo a amarte
es mi primera arma*

*te sé desnuda y tienes mi estatura
tus cabellos son negros
las lágrimas resbalan de tus párpados cerrados y sombríos
ahora me has oído y te cubres los senos con las manos
pero hilos de leche brotan entre tus dedos
tu boca puede hablar y me sonrío
tienes los pies pequeños
te recorren el cuerpo extraños signos dibujados con barro
y con mi sangre
que leeré cuando estemos al resplandor del fuego
son todas las instrucciones necesarias*

*aquí es de noche ahora aunque siempre es de noche
tú no puedes saberlo todavía
pero estamos de pie vamos hacia los hornos
siento a veces tu mano en las tinieblas
rozándome sin miedo
con amor
quiero decir ya caminamos juntos ya nacimos*

HUELGA DE HAMBRE

*¿Qué es este golpe atroz
que de pronto lo clava que lo aplasta
helada chinche piojo inanimado
contra el líquen podrido los ladrillos?*

*bestia que ayuna con la cerda húmeda
sólo alimaña ahora
coleóptero ya sordo mudo y cojo
paralizado por el golpe*

atónito

*agita en las tinieblas sus antenas
se dobla sobre el vientre vulnerado
se aferra a ese relámpago espantoso*

*tras la puerta de rejas y la madera ciega
el bicho sucio envuelto en sus olores
en silencio se abrumba por su propio desprecio
hunde el hocico ahoga la memoria
en ese piso que manchó otro vómito
en la manta mortaja de otro muerto
para sobrevivir
es necesario
al implacable cólico de soledad
no previsto en las tesis de Guevara*

EXPLICACIÓN DE LA UNIDAD

*Te cambio mis patadas por tus dientes quebrados
contra mi pentotal diez uñas con agujas
tu noche de picana por otra de plantón a cero grado
hijos que se borraron contra mujer perdida entre otras viudas*

*capucha por capucha
ponete mi chaleco enloquecido
dame el caño de diámetro creciente tu íntima hemorragia
todos mis culatazos
contra tu violación de madrugada
venga el paro cardíaco
tomá mi corazón con taquicardia
tus pulgares colgados contra el tanque de orines que me asfixia
mis testículos rotos canjeados por tu feto echado a palos
tu pobre mente en trizas a reflector y ruidos de colores
mi lengua de cartón y arena sucia confortada a salmuera y sed de agua*

*tu parálisis química
y mi horrorosa duda si lo dije
tu carnet sindical calcinado a balazos en la nuca
mi cadáver sin ojos entre los cangrejales de la playa
tu silencio terrible
mis aullidos finales
hermanito hermanita mi compañero compañera mía*

HOMBRE CON MUJER

*Viene el hombre fumando por la calle
viene duro pisando con zapatos
viene bigote negro viene solo
y la mujer callada que lo mira
con mirada que toca la entrepierna
viene el hombre con humo y pantalones
la mujer sólo mira la entrepierna
inmóvil en el auto y ojos dulces
midiendo cómo nace el bajoventre
pensando el vello y las ceñidas ingles
la entrepierna rotunda y con botones
la suave y tibia piel
el blanco exacto
donde pondrá la ráfaga implacable
y saltará la sangre con la mierda
del verdugo que viene caminando*

*ya está el cadáver dentro de la mira
ya viene el comisario dilatado
la mujer sólo mira la entrepierna*

COMUNICACIÓN A LA SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PRENSA

*Me sonrío barbudo sin bañarme desde hace una semana
tendría que quitarme la tricota desorganizar la camiseta
para rascar allí donde me pica
pero igual me sonrío
doy gracias hasta al grillo que enmudece y me teme*

*si tuviera con qué
mi gratitud sería por escrito
mis alegrías en letra cuerpo 30 recuadro de 8 puntos*

*qué ministro podrá contra este pueblo
qué general hará que sus rebuznos se ejecuten
qué presidente obtendrá que lo perdonen al alba de la vida por venir*

si queda Juan

claro no es ése el nombre pero vale

*este Juan con fusil y siete hijos
enganchado hace un año para desenganchar de la miseria*

*«vamos a darle buen alojamiento el que usted se merece periodista»
me dijo el coronel pistola al cinto barriga de italiano
y sólo me inventó este calabozo a suelo sucio
pobre hombre
de noche en el casino es él quien siente frío en el décimo whisky
quien no puede dormir cuando se va de putas
quien se muere de hambre en los banquetes*

*«aquí nada de diarios ni revistas ni jodas de marxismo»
me dijo el mayor bizco que tiene sus lecturas
y aprendió en Selecciones todas las acechanzas de la imprenta
inventada se sabe tan sospechosamente en lugares foráneos
como la China Roja
y cuando está en la ducha jabonando sus ingles
sólo piensa en imágenes
de la hija de Johnson en su noche de bodas democrática
el folder de Playboy senos anglosajones*

*la negra panameña con olor a pineapple
Fort Bragg en el recuerdo no esta mugre uruguaya*

*«el reglamento le prohíbe la prensa»
dijo el alférez algo ruborizado y eso es lógico
lo inauguré al muchacho y soy su primer preso
a veces de cadete me leía a escondidas
ahora me ve las canas de la barba la cara con lagañas
puede asistir a mis viejos ronquidos oler mis pesadillas de hombre solo
soy su primer civil en estado humillable
el único vietcong a su modesto alcance*

*«el retrete ya tiene condiciones»
dijo en castrense Juan al ocupar su guardia
y se mira las botas sin mirarme
sorbe su mate
lenta cada palabra de minuano
criollo meditativo con cuarenta en el truco y aguaitando*

*entonces
he pedido permiso el parte ha ido ha venido el permiso
y junto a la cisterna en el clavo oxidado
está el diario de hoy en pedazos prolijos en higiénicos textos*

*cinco minutos manda el reglamento
pero leo los cables
Armstrong pisó la Luna y dice que es muy triste
(Gagarin había dicho que la Tierra es azul)
regresaré en un rato a leer Policía saber de los muchachos
si me organizo horarios y si no viene nadie
aunque hay varios enfermos de hepatitis y otros muchos de asco
habré llegado a los avisos fúnebres o los editoriales
antes de que nos formen para arriar la bandera de la patria
esa vieja ironía de nuestros militares*

*sonríó agradecido por este Juan tan pobre tan soldado
compañero sentado ante mi reja
poeta de su bella parábola sobre la información y su uso doble*

*qué general ministro presidente
qué coronel mayor joven alférez
podrán contra este Juan contra este pueblo
contra estas alegrías silenciosas*

LA VISITA

*Esta mujer de cierta edad me mira
elige las palabras me alcanza un chocolate
el sargento ha traído la silla de la guardia
y ella se sienta al sol
habla cinco minutos
calcetines de lana las naranjas de Salto Coca te hizo un pastel
pero queda una hora todavía*

*el fusil M-2 la pone triste
no sabe que esa caja verde sobre la mesa
se llama walki-talkie y nos escucha
es gente de otra época de familia sin presos
me susurra furtiva pese a todo
y el soldado se acerca a escuchar su mensaje
por qué está mal planchada la camisa*

*esta mujer se calla
hay tan poco a decirse entre dos viejos
siempre hablaba con niños había pizarrones
cada mañana alguno le llevaba una rosa
en su escuela rural el sol no tenía horario
no había centinelas de M-2 rastrillado
si el llanto la tentaba
siempre le era posible explicar la gramática de espaldas a la pena
y el pasado imperfecto suplía las respuestas inútiles las pausas*

*esta mujer se esconde tras sus lentes oscuros
piensa algo remordida en el rato que falta
para el último ómnibus hacia Montevideo
no han puesto pizarrones
y hasta el sol es un préstamo de las Fuerzas Armadas
esta mujer me mira buscando un niño antiguo
y sólo encuentra un hombre sucio y un poco enfermo
que se escapó del tiempo y que también se calla*

*esta mujer ojea su reloj pasó el plazo
han retirado el sol y se llevan la silla
¿quién era ese extranjero con la barba crecida
que se aleja renqueando entre dos centinelas?*

*esta mujer mi madre de pie lentes oscuros
con su niño cadáver podrido entre los brazos*

PIEDRA BLANCA SOBRE PIEDRA BLANCA

*Aquí no tengo libros y cito de memoria sobre papel higiénico
no sé si habrá llegado el momento de hablar
y tampoco sé bien si les importa
pero la idea ha sido en estos años sucios
como un salvoconducto y ya no me hace falta
el viaje ha terminado*

*puedo decir ahora resumiendo
desde que era ignorante con lentes y muy joven
descubrí
pido excusas
que este César Vallejo de uso tan mal usado
se parecía a alguien que yo no supe nunca*

*eso me vino en un bar montevideano
hace como dos Batlles como doce mujeres
hace cientos de amigos y vacunas
y lo leí absorto destripado
con la camisa fuera
con piedad y con miedo repentinos
tragando bocanadas de poesía que se cristalizaba mortalmente
ácido cruel que me comía la boca
y luz no usada y mierda y eras la boina gris y el corazón en calma*

*miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes hoy desmoronados
y rosas flemas rodajas de cebolla
mientras me bajaban por el esófago flujos dolores de parto y el recuerdo
de Rita andina y dulce de junco y capulí*

*a ustedes les pasó y estoy seguro
yo sé que me pasó
todavía tiemblo
a cada nuevo verso
quedárseles Dios Padre atracado en los dientes
yo por lo menos sí
y con la lengua negra casi paralizada
hacia a un lado carozos de palabras hollejos de palabras
para que jugos gástricos y jugos salivares
pero sobre todo una pena purísima y de cráter lunar
me bloquearan el aire*

*me empañaran los lentes y me jodieran el mundo
porque yo me volvía creanmé al mismo tiempo
cadáver feto amor planta podrida y nuevamente amor
perro con sarna niño extraviado amor o trapo sucio
y el microbio atrocísimo de César*

*esa noche el peruano
me curtió a cachetadas
escupió en mi cocacola y se cagó en mi sandwich olvidado
iluminando el bar con sus relámpagos
pero su cara estaba debajo del paraguas
sólo le vi las manos y los zapatos rotos
y entonces los borrachos se escondieron llevándose el teléfono
y un cuadro de Gardel que estaba serio
porque ya no podíamos aguantarnos las lágrimas la risa
porque de tan hermanos
el César refregaba contra mi jeta de auxiliar tercero
los pedazos las entretelas la cuchara
el dedo de Pedro Rojas fusilado
y salimos los dos como en un tango*

*más tarde cumplí los años de mi edad y al alba
me paré muerto de hambre en una pasarela
tal vez el Pont des Arts pero no sé perdonen
mi francés era escaso
admito que llovía
y miré el agua negra sin pasaje de vuelta en el bolsillo
hasta que recordé el yeyuno de Vallejo que vacaba
no su perfil
no a quién se parecía
sólo la piedra negra sobre la piedra blanca
y que eligió París para morirse
o tal vez
pensé entonces
sólo la lluvia de París
o tal vez
pienso ahora
sólo la lluvia*

*no importa ya
César Yeyuno ha muerto ya no le pega nadie
aquí no tengo nada
hay tres grados es julio
y en San Pedrito a veintiséis dentro de pocos días*

*usurpé con permiso de la Revolución una vivienda virgen
una novia doncella señorita
que esperaba en silencio
feliz con muebles nuevos
al esposo guajiro con su título*

*abajo
el claxon de una guagua llamaba periodistas retrasados
pero me quedé allí que era mi casa
había sudado la guayabera
Fidel Castro afirmó bajo el sol que ahora Cuba está sola
y algún guardián de la conciencia crítica
presupuestado en la Sección Metáforas del icap o el init
o como rayos sea el nombre de la fraternidad con oficinas
había dejado en la mesa
los versos del peruano mi socio buena gente
Vallejo sin abrir libro que vuelve
de una montevideana torpísima memoria*

*César Vallejo ha muerto sin embargo
desde doce mujeres dos Batlles otras enfermedades
y la pena de cráter que Rita nunca supo
estaba pelos uñas tejido conjuntivo húmeros a la mala
cal en el cementerio
porque toda la tarde
asándome a este sol a tiro del Moncada
descifrando una tesis que construye doncellas habitables
y ordena la violencia
en batallones verdes que leen a Retamar al pie del cuatrobocas
escuché la poesía verdadera que nos manda vivir
que prohíbe morir simplemente*

*salvo que sea en el Churo
y eso ya no es morir*

*aquí no tengo libros y han dispuesto que la luz no se apague por las
noches
porque Pacheco teme a ciertos Sueños
pero si no me muevo y no tiritito
tal vez pueda salir y a lo que venga*

*abajo ya la Trocha ha reventado
y el carnaval
envía sus comparsas y sus ñañigos para sitiar Santiago*

*con el barraje de la Guantanamera y el retumbar del Chori
mi novia se entristece de repente
y la Revolución
que también sabe de eso
planta en la noche una guitarra tenue*

*esto ya no es tristeza es sentimiento
dice Sindo Garay en la ventana
y el soldado de poncho camina por la escarcha con el Garand al hombro*

*César Vallejo ha muerto
llegó hasta aquí nomás
ahora me entero
reconozco la cara que no supe
y a lo mejor no agrego nada nuevo
a lo mejor ustedes ya lo saben
porque César Vallejo
en aquel libro a veintiséis de julio
se pareció por fin a Cuba
como un mapa distinto se parece a otro mapa
pero hay un solo mapa para no equivocarse y caer al agua*

*antes que venga el oficial de guardia
pidiéndome el cigarro de las cuatro
alcanzándome el mate clandestino
pongo por si les sirve compañeros
que allá en Santiago de Cuba el veintiséis de noche
con guitarras
no hay lluvia nunca es jueves
sólo hay piedras blancas
y decían los guajiros o decía Fidel
vale lo mismo
que hay que usarlas en casas de vivir
con vida para siempre
se dan cuenta*

*perdonen que los deje viene el hombre
en Minas hace frío y ya amanece*

II. INCLUIDO AFUERA

(CON MÚSICA DE PIERO)

*Ay país
país
país
qué sé de lo que callas
y vos de lo que digo
qué sé de la memoria
qué sabés del olvido*

ÚLTIMA BORRACHERA

*Te partiste la frente contra el muro
te rojea la herida en medio de los tiros
te resplandece el llanto entre los reflectores militares
y te babeás hermano y qué estás lejos
y qué muerto de frío
de alpargatas prestadas mirando para abajo
y con la boca rota reventada*

*y ahora qué
mi paisito
hermanito país
lomo que no te abrazo
frente que no te beso muerto que no acompaño
sangre que no me corre por las manos
dolor fotografiado lágrima en cablegrama*

*y ahora qué mi querido
te embalurdaron bien de votos como piedras
y te miro fondeado
y ahora qué mi querido pobrecito país
cuajarón de la náusea y las locas riéndose
hermanito borracho que te meás los dedos
perdido en la milonga que ya apagó las luces
robado por la puta de la muerte y la puta del oro*

*y vos ahí a lo perro
 a que te cumplan o a que te terminen*

*pobrecito país
 lo que vas a romperte antes de que por fin
 antes de que ahora sí y todos juntos
 antes de que te pares entre el vómito seco de la última farra
 varón cicatrizado
 silencioso padrillo de la patria
 y te inclines terrible y sin perdonos
 a hacerle el hijo nuevo de la vida*

MADRIGAL

*Cuando quieras hablarme
 está el telégrafo*

*cuando quieras tocarme
 guardá los dedos*

*cuando quieras mirarme
 rompé el último espejo*

*cuando quieras olerme
 encontrame en el humo no en el fuego*

AEROPARQUE

*¿De quién son este sol que baja entre el smog
 y el bosque hostil sombrío con su tren invisible?*

*mirá toda la gente en la terraza
nuestros lentes antiguos nuestros zapatos pobres
mirá las azafatas de colores
mirá el avión que viene en el último rayo sobre el río
mirá el polvo dorado
el patinazo triste de las ruedas
y la bandera sucia en el timón de cola*

¿de quién son este viento violáceo este temblor?

*aquí estamos en grupos que no se hablan
aquí estamos los buenos y los malos
y hasta los indecisos
todos en la terraza de la noche
el avión viene entrando con las turbinas roncas de nostalgia
no me mires los ojos
no me dejes la mano
miremos al avión con la bandera sucia
del hollín más amado*

*ponen la escalerilla de favor
descienden los paraguas bajan corbatas bolsos
dudan los pantalones ordinarios
los pilotos se quedan y consumen pastillas contra el sueño
ninguno nos saluda bajo los reflectores
a nadie conocemos bajo esta nueva forma de la muerte*

*miralos sin embargo
vienen de la otra orilla de una tarde que se hunde
hace una hora pisaban todavía las veredas con grietas
comían el pan grisáceo
recordaban su muerto personal
temían en la aduana
estaban en la patria*

*no te vayas ahora y que nadie se vaya
todos en la terraza de la noche*

*¿de quién son estas horas este amor general y rechazado
esta moneda falsa?*

*esperá un poco más a que suban los otros
a que el avión prendado enfile por la pista hacia lo ajeno
dejándonos llevándonos*

*a donde no se puede
a donde no se puede*

*¿de quién son la bandera mugrienta
la luz ensangrentada intermitente sobre el río
que vuela hacia la noche
las caras
las ausencias?*

REDACTOR DE GUARDIA

*Entonces ha empezado a amar lo absurdo
así que éste era el sueño que soñaba
el neón y la gente
la droga del horario
cuarenta teletipos electrónicas contándole hasta el alba
en renglones idénticos la vida*

*así que éste era el término de todo
asistir al estrépito que causa la felicidad al destaparse
y no estar convidado
ir perdiendo la vista
cortar papeles sucios
reflejado en un vidrio que aísla del recuerdo*

*mejor si hay ruido y humo de tabacos
muchas risas mejor
mejor si no le hablan pero puede quedarse
testigo parálítico
espía sin ninguno a quien pasar su informe*

*todo mejor es claro
que los descubrimientos inservibles
mejor que regresar hacia su nave
su habitación varada*

*donde crece una planta de hojas intimidantes
y frutos sin permiso
que cada día ocupa más espacio*

*donde la BBC una vieja cassette una fotografía
equivocadas siempre
esperan cada noche que termine la noche*

LISTA SALVADA

*El tuvo
cree ahora
una cara sin barba y manos que escribían la verdad aproximada*

*él tuvo
le parece
un sillón sólo suyo y una puerta*

*y tuvo
salvo omisión o error de esta memoria nueva
un árbol propio como todo el mundo y otro que era adoptado
un cuadro del que guarda una foto en kodachrome
y un armario de pino con camisas*

*él tuvo más que nada una noche de lluvia
un cigarro apagado y una carta*

sólo tiene la lluvia

MONTEVIDEO

*Abro los ojos a tus cinco y media
en todos los países
y a veces es de noche y es la nieve
y a veces hay campanas y el sol alto*

*cada día despierto justo a las cinco y media
de todos los hoteles las alcobas prestadas
pero ya no pregunto dónde estoy
y confundo el olor de los pisos el sitio de la mesa
el agua polvorienta en su botella triste*

*abro el recuerdo y son las cinco y media
para mi lista de ejercicios pobres
cómo fue aquella esquina
cuál calle y si había un muro
el árbol a la izquierda o ningún árbol
el color de tu puerta
si el sol daba al jardín en la hora del verano
qué dije aquella noche
quién lloraba mirando hacia el avión*

*todo se va borrando
y si demoro mucho no me esperes
que despierto asombrado y me lavo y me visto ya sin sombra
de lo que está olvidándose y me crece
de lo que traspapelo y se me muere*

*a no ser vos ciudad violada y mía
a no ser vos a tiros por tus plazas
a no ser vos con árboles de luto
a no ser vos cuando es la hora que digo
y aquí no estás y no dormí contigo*

*a no ser vos mi amada verdadera
tu cabeza de viuda
tu mejilla de muerta
tu rostro siempre
que marcó la almohada*

LAS CAUSAS PERDIDAS

*Que le pregunten quiere
por el botón ausente
que alguien lo investigue si durmió o si el almuerzo
que lo averigüen quiere
por el dolor de huesos y la camisa vieja*

*quiere que lo carteen
que lo saquen andando y que lo anden todos ya sacado
que midan si creció
o si ha encogido bajo aguaceros tantos
revisen su bolsillo y las llaves inútiles
o se asombren a veces de la cama enviudada*

*que escriban en el polvo de la mesa sin panes ni cucharas
un número cualquiera o dibujen un círculo
y alguien diga «ahora voy» por el teléfono
o diga «¿cómo eras»
y alguien responda alguna explicación del viento inexplicable*

*que lo dividan quiere
en ayer y mañana contra fotografías amarillas
quiere tomar café
cafetera por medio y con palabras
quiere que lo sorprendan al cruzar una calle*

*perdido como siempre entre hostiles semáforos de idiomas guturales
y entonces le disparen por la espalda
el nombre de una muchacha de diecinueve años
y escribir cuánto pesa y por qué sigue triste desde el 69*

*que lo apersonen quiere
y que lo restablezcan
en las mismas baldosas donde fue y se quedaron sus zapatos
que lo desencajonen
y que lo pongan si se puede en uso*

que lo devuelvan quiere

EQUIVOCACIÓN DE MACLUHAN

*En un quiosco argentino
O en otro de Madrid o de Lima en la lluvia
he visto vender versos en forma de carteles de amor
o de carteles contra la soledad
o de carteles que explican el recuerdo*

*y en ese acto mínimo
de cambiar las monedas
por el súbito reconocimiento de uno mismo
el comprador casi nunca sabía
quiénes eran Hikmet o Benedetti
o pongamos Éluard
pero sabía
al fin
que otros habían hallado por él la maravilla*

*nombres sin eco
y poetas sin cara quizás muertos
incorporados como lámparas o silencios
a la jornada de este transeúnte
que fue a comprar el diario simplemente*

BELFAST CHRISTMAS

*Aún no hallé postales con casas incendiadas
pero el tizne del sobre
legítimo recuerdo y ojalá los conforme
yo aquí muy bien el hotel es tranquilo
el servicio correcto
aunque las camareras siempre lloran
camino cada día por Ardoyne y sus ruinas
apunto en mi libreta las paredes con frases del combate*

*la comida es barata
irish coffee los sábados
puedo fumar los mismos cigarrillos
de los paracaidistas ingleses que torturan*

*extra quality blend y no se apagan
McCann Tony Doherty y Martin Mechan sin camisa de
espaldas lo confirman en la rueda de prensa*

*oigo desde mi cama las sirenas inútiles
las ráfagas de Sten los villancicos
celebrando a Jesús y a McStiofain*

*lamento hallarme lejos de la patria
ya limpiaron la acera de intestinos
abrazos a las tías
aquí empezó a nevar es Nochebuena
y todos están muertos*

LA CASA DEL NOTARIO CERCA DE SOMOSIERRA

*La lluvia en el jardín
aunque de riego
el reloj de otro dueño
la noche que traspasa la distancia
todo invade
el aire irresistible
la certeza borrada*

*hay un espejo aún en algún sitio
y una fecha final y sin renuncia
nadie sabrá contarla
aunque yo acceda
nadie podrá advertir las huellas duplicadas
hay demasiados muertos*

*la noche dicta el orden
la lluvia suena isócrona
sobre torpes magnolias césped sobreviviente del verano
pero yo sé el recinto
el espacio sin nadie las voces silenciadas
este conocimiento prescindible
esta grotesca sed*

*y quisiera también anochecer
pero me callo*

LA CANTADA

*Sé que un año contiene doce meses
 sé dormir en un auto cuando nieva
 sé no hablar alemán
 apenas leo el sueco
 sé para siempre la cara de varios hombres
 sé dónde vive un gato en Chartres
 sé el aire del balazo
 sé que con tres machetazos caen seis cañas
 sé que una niña llora cada noche
 y a veces me odia
 sé que una mujer ya no me espera
 pero siempre me ama
 sé que nadie puede morir si no queremos
 sé que no soy
 sé que ustedes no son*

*no hace falta violencia
 he dicho todo
 no servirá de nada*

UTILIDAD DEL EXILIO

*Dice el Fiscal que en Washington DC
 Perry Speevak
 que era un agente del FBI
 subió por la escalera de bomberos
 al techo de la embajada de Rumania
 en Sheridan Circle
 Washington DC
 y a cuarenta pies de altura
 halló los pedazos de la radio Motorola del automóvil
 con sus cables inútiles
 música ya silenciada
 esquirlas de metal*

*entonces puso todo en bolsitas de plástico con números
porque servirían
dice el Fiscal
como evidencias en la investigación
de lo no investigable*

*y también halló trozos de piel huesos y carne
de las piernas de Orlando voladas por la bomba
pero los dejó en el techo de la embajada de Rumania
en Sheridan Circle
Washington DC
porque ya no servirían para nada*

CIERTOS ÁRBOLES

*Qué tiempos éstos
en que hablar sobre árboles
es casi un crimen*

BRECHT

*Para esta idea de los eucaliptus
tendría que ir a Australia o a mi país desarbolado
mas la desacostumbre de volver
y el hábito de estar sin motivo legal donde no debo
y tal vez otras cosas de penar en lo oscuro y a mis solas*

*el caso es que me enredo en las distancias
sobre todo en las mías y en esta relación de las ausencias
sextante inútil
cartas de navegar equivocadas
y no puedo saber así sin atlas
totalmente sin visa
cuáles quedan más cerca de esta ciudad definitivamente provisoria
los eucaliptus de Montevideo a los de Sydney*

*digamos por ahora
 en términos botánicos
 dadas las circunstancias del terreno y su flora política
 que más lejos está Montevideo
 según la ecología de la muerte*

*al cabo es una simple cuestión de longitudes
 dictaminada en Uppsala el astrolabio
 al fin
 si corre el tiempo suficiente
 casi no importaría viajar a cualquier lado
 del meridiano ajeno e invernal de Greenwich
 si se sube hacia la latitud del Sur desvanecido
 a sentarse final contra los grandes troncos
 a morder el sabor de los follajes nuevos
 oler ya sin nostalgia el viento de Carrasco entre los eucaliptus
 sentirse austral y propio entre los eucaliptus
 y en la hojarasca íntima los pasos
 de la vida alejándose entre los eucaliptos*

EL ADUANERO BONDADOSO

*Entre otras muchas cosas
 extravió el pasaporte
 pero el Guarda de Aduanas:
 «si pudiera tan sólo
 recitar de memoria qué decía»*

*se sentó a recordar
 y no podía*

CORRESPONDENCIA EN JULIO

*Estos años que vienen pisándonos los pasos
esta vida invasora de otra vida perdida
esta seguridad de que nada es seguro*

*estas puertas cerradas después que las cruzamos
estos ríos sin agua estos senderos ciegos
estos idiomas nuevos que nos secuestran todas las palabras*

*estas distancias hechas de países enteros
estas camas vacías en albas discontinuas
estos teléfonos húmedos que lloran*

*estos días distintos pagados hora a hora
moneda por moneda
sellados cada noche con un perdón secreto
y un arrepentimiento que se calla*

estos códigos tiernos e inviolables

*forman por fin el rédito del tiempo
todo lo que tenemos al cabo del otoño y las mareas
escrito como un pacto hasta la muerte*

*son el amor total de duro precio
tan nuestro
tan feroz
tan merecido*

ACTRIZ DE VIAJE

*Sobre la ausencia todo estaba dicho
hasta que vos te fuiste
se han descubierto ahora nuevas formas
de adivinarse triste*

EL DESEXILIO

*Dos con permiso
se juntan
se interponen
entre aquella memoria deslumbrante
y el dolor de costumbre
para unir ese rayo entrecortado
para tocar los dedos y las manos
para comunicarse lo indecible*

*nada es verdad
pero ellos no lo saben
todo es verdad
pero ellos no lo saben*

*ojos abiertos
en un insomnio idéntico a otra noche
beben el vino del amor perdido
aspiran el olor de lo imposible
se enlazan mudos
se trasponen solos
combaten resignados
resbalan otra vez hacia la muerte
los dos de acuerdo
en no cargar los dados de la vida*

NUEVA LECTURA DE ANNA KARENINA

*Vadeando a la rodilla las aguas misteriosas
el pescador venía por la playa extranjera
lo verde y lo turquesa estaban negros*

*el plazo se agotaba entre los arrecifes tenebrosos
el cesto olía a tristeza y podredumbre
la última langosta agitó sus antenas
horrible y gris entre los mimbres húmedos
el cesto se cerró
no había más horas*

el pescador pasó mirándola a los ojos

*súbitamente fría y advertida
ella peinó desnuda sus cabellos dorados
sintió en la piel mojada una nostalgia
supo todo hasta el fin
no dijo nada
aceptó devolver el día prestado
reconoció el olor y el ademán antiguo de la pesca
sonrió a la Muerte que se iba por su playa de siempre
vadeando a la rodilla las aguas del misterio*

ANIMAL QUE DESCONOCE

*La puerta está por cerrarse
y sólo cabe uno más
dónde no fuiste
ya nunca
la frente sobre el cristal
pez sin memoria
hombre viejo
que no aprende a respirar*

DICIEMBRE

De todo esto yo soy el único que parte

VALLEJO

*Todo coincide hoy
jornada décima
de modo informativo
y un misterio modesto se revela*

*el mariscal Ustinov
advierte al Occidente
sobre cualquier intento de desfoliar la flora de los campos
aún del socialista
y la OTAN examina represalias contra la Unión Soviética
porque ve átomos en la ojiva ajena
y no neutrones en la propia*

*en Estocolmo nueve sabios sonrientes
pero un solo poeta delegado
reciben premios Nobel en el proscenio de la Konserthuset
ante la única Reina brasileña del mundo
Onetti es candidato a ganar el Cervantes
y la muerte de Lennon
extiende en el planeta el dudoso dolor de los disc-jockeys*

*todo vuelve a ocurrir
salvo esta circunstancia inaugural
condición subjetiva que el Che ya tuvo en cuenta
imprevisto leopardo
ventana que golpea en medio de la noche*

*actor sin texto
espectador ya miope hiperglicémico
testigo no citado por nadie a declarar cosa ninguna
debo cumplir cincuenta y cuatro años*

AUTOCRÍTICA DEL DESTIEMPO

Inseparable y misteriosa patria.

BORGES

*El que una vez anticipó la sangre
y apenas se trataba de las cárceles
el que una vez pronosticó la muerte
y apenas se trataba de la sangre
que escribió todo sobre la derrota
y apenas se trataba de la muerte*

*junta ahora derrota muerte y sangre
muere traidor de haber quedado vivo
se le pudre la sangre para nada
ninguno lo derrota ni lo expulsa*

*y en sitio equivocado y a destiempo
halla por fin a qué sabe la patria
que sabe a sangre a muerte y a derrota
a inseparable
misteriosa
ajena*

*halla por fin a qué huele la patria
que huele a fuego y a empezar de nuevo*

DIÁLOGO CONCERTANTE

*Pongámonos de acuerdo en diferir
como estamos de acuerdo en la esperanza*

*me decís que el retorno
digo que no se vuelve a casa propia con las manos vacías
decís que han amnistiado los errores
digo que no se vuelve a casa ajena desarmado*

*buzo parlamentario
me decís que subir muy lentamente por eso del nitrógeno
yo nadador desnudo
digo que el aire*

*me decís la paciencia
yo digo que los muertos y sus plazos vencidos*

*me decís que el regreso sólo será posible para quienes quedaron
digo que sí
digo que de la sangre no se ha salido nunca
ni del dolor que humea y de ahí no me salgo ni lo quiero*

pongámonos de acuerdo sin embargo

CAFÉ SOROCABANA

*Con qué cara mirarte
cómo tomar café con vos hablando de política o mujeres
y planear el Estadio del domingo o el almuerzo
en el terco fantasma de fondas demolidas*

*no preguntés
no hay nada de que haya que enterarte
de mis nadas foráneas sobre todo*

*si vos estás mirándome parapetado en lentes que no te conocía
con la misma mirada que hasta hace ciertos meses daba contra
una reja y una ventana ciega
si vos estás callándote con la voz que callaba aunque la máquina
la sonrisa por más que la capucha
con tu asma
que le ganaba al alba el plantón en la escarcha de los días*

*ésta es la mesa antigua ésta es la plaza
siguen sin enterarse de un mundo destrozado
fingen no ver el rostro que trajiste
hollado por horrores que yo leía en París vía Le Monde
miope de mirar tanto de la pena
sordo de tus silencios solitarios*

*y ya hay que hablarte alto por encima del tiempo y da lo mismo
vos oís lo que importa*

*la memoria inocente
nuestra primera baja de la guerra
fue secuestrada y muerta
se ignora el paradero del cadáver perdido
por eso es que me callo
por eso te callás si te muevo el alfil de un recuerdo a través de la mesa*

*ya sé que sos
sólo que más adentro
más sabio hasta más viejo
sólo que no te encuentro*

*yo que era el viejo y vos me preguntabas el oficio y las cosas
qué tengo que decirte
sino escuchar tus ecos*

*intentemos apenas retomar si es posible el hilo de la vida
no sé decirte cuál
sólo la vida
yo fui y soy nada más que el lector de tu cárcel
a lo lejos y a salvo
testigo de tu sueño que resistió a la muerte
avergonzado inútil contertulio
de este café olvidado que se enfría*

LLAMADA DE LARGA DISTANCIA

*Vení Juan Gelman
escuchá este silencio
abrigate este frío*

*vení a sentarte Juan en esta rueda
trago y mate en la noche
ternura de la vida que tuvimos
garganta seca de lo que vivimos
mano a mano de todo lo que vimos*

*dejá que beba el mate de los muertos
dejá que sirva el ron para los muertos
caéte para adentro de los años*

*el Che te manda cartas
Paco escribe en París su prólogo de versos
y Rodolfo bronquea como siempre
Masetti se aspirina para Argelia
y Milton se nos vuela en Buenos Aires
Zelmar cruza la línea hacia este lado
el Toba vota contra el desafuero
las patrias son iguales
y se llaman Trelew el Churo Pando
o Salta Morazán y Las Segovias
los destierros iguales
estemos en Caracas o el Trastévere*

*vení Juancito medianoche y trago
chamuyaremos madrugada y mate
trasnochate la pena
amanecé extrañando
Cedrón nos pone el tango
Y Ducho la elegía*

*vení entre las sirenas de la Dársena
sobre la nieve tonta de Estocolmo
por los baldíos soleados de Managua
y hacé cantar la yerba de los muertos
soplate el copetín para los muertos*

*mirá a Roque muriéndose y de risa
enfrente a la pistola del equívoco
mirate a Paco rubio y ya sin balas
mordiendo la pastilla del coraje
mirámele a Zelmar la mirada celeste
que hace bajar la vista al asesino
mirame al Toba cómo se lo llevan
ya sin divisa muerto de la patria
campaneame a Salerno desangrado en el pasto
sucio de puntapiés limpio de sueños
mirá a Rodolfo por San Telmo abajo
que ya mandó la carta irrevocable*

*mirá la rueda cómo va creciendo
escuchá este silencio de los muertos
abrigate este frío de los vivos*

SEGUNDAS PARTES

*Este hombre que vuelve
y cree que sólo ha vuelto
este viejo que ha vuelto
y no sabe que es viejo*

*este extraño que odia
sin amor por el odio
de todos olvidado
sin comprender qué todos
placa recordatoria
de aniversarios sórdidos*

*esta llave oxidada
que se quedó sin puerta
esta puerta sin nada
sobre qué abrir su hueco*

*navegador absurdo
sin perro ni Penélope
manco de las dos manos
con la flecha y el arco
ensangrentado mito
busca a los pretendientes
sólo se encuentra él mismo*

*este hombre en regreso
que ofrece a nadie vivo
derrotas inaudibles
catálogos de muertos
combates mal soñados
con dulce desaliento
lee sonriendo en la noche
la escritura de un ciego*

DIARIO DEL CUARTEL

1970

Premio Poesía Casa de las Américas 1970

Jurado:

ERNESTO CARDENAL (NICARAGUA)

ROQUE DALTON (EL SALVADOR)

WASHINGTON DELGADO (PERÚ)

MARGARET RANDALL (ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA)

CINTIO VITIER (CUBA)

El 194 apareció cuando ya nos debatíamos en el combate de las palabras. Sin desdorar, compañeros. En ese combate puede haber, había, límpidas hazañas, catarsis y descargas liberadoras.

El 194 («Diario del cuartel», lema: «Cono sur») venía como una bala con un hombre adentro, y nos acertó a los cinco en el corazón.

Cuando resucitamos, estábamos participando en una experiencia colectiva, sin abstracciones ni alegorías, encarnada en los pelos y señales de aquel tipo original y arquetípico. La prisión. Hispanoamérica, su lucha: tal era la vivencia que arrasaba de pronto, vibrando en la cruda luz salvaje de la Isla del Tesoro, los salones y pasillos del hotel The Colony hecho por ellos, para ellos, contra nosotros desde el nombre, irremediamente.

¡Ah, lo nuestro era El Abra, la cadena y la Biblia del Presidio Político! Lo nuestro era este libro que no podíamos leer sin comprometernos hasta los tuétanos con las descomunales mulas de su infancia, con su pierna derecha que no anda, con su madre pedagoga y su Juan cómplice. Lo nuestro era este libro en que política y corazón no se pueden separar: lúcido, mordaz, pudoroso, agresivo, desigual, emocionante, hispanoamericano hasta ese grado de inflexión y ademán que sólo ha sido posible a la palabra escrita después de

César Vallejo. Este libro de un poeta latente y emergente, no profesional, usuario de la poesía como de un avión o un fusil: que nació el día en que el autor descubrió a Vallejo (también una experiencia colectiva) como en un sangriento y deslumbrante parto, en un bar de Montevideo, y termina cuando el peruano entra en Santiago el 26, se transfigura en Cuba, oye a Sindo Garay, «no hay lluvia, nunca es jueves». Nuestra labor había terminado. Comenzaba nuestra gratitud.

CINTIO VITIER

DIARIO DEL CUARTEL¹

Entre tantos oficios ejerzo éste que no es mío.

GELMAN, *Arte poética*

A Ricardo Zabalza, alumno que ya no podrá graduarse, maestro de la única lección.

A mi padre, compañero viejo.

EL EXTRANJERO

*Camino por la calle de costumbre
pero camino en una calle nueva*

*son las tres de la tarde como siempre
pero aquí empieza el tiempo desde cero*

*ésta era mi ciudad mi amada antigua
pero voy extranjero voy perdido*

*en ese bar tomé café con leche
en esa librería están mis libros
ese hombre que pasó mirando el suelo
se llama Andrés o se llamaba creo*

yo vivía aquí pero no estoy seguro

*«podés bajar las manos» dice el tipo
y guarda la pistola hemos llegado*

1. *Nota del editor:* Se ha omitido la inclusión de los poemas «Primer discurso de Adán», «Huelga de hambre», «Comunicación a la Sociedad Interamericana de Prensa», «La visita» y «Piedra blanca sobre piedra blanca», retocados e incorporados junto con otros por el autor en la muy posterior edición de *Incluido afuera*.

*somos cincuenta en la comisaría
redada tribu célula primera
me entero de quién soy para qué todo*

CARRO DE LA BASURA

*Me acuerdo de las mulas en un año imposible
la calle Ejido al Norte
y los gritos enormes inaugurando el día
las mulas se clavaban en el asfalto nuevo
izando hacia Palermo su suplicio mi asombro a punto de llorar
y entonces los azotes como detonaciones
y los tranvías parados tocando la campana
y el carro toneladas de mugre de basura
y las bestias escuálidas con los belfos en sangre
aquel verde de árboles los alaridos torpes la espuma de las mulas*

*así
entre estertores coces y grandes carcajadas
la basura subía la cuesta hacia otro mundo
hacia los crematorios pero yo no sabía aún esa palabra
lloraba por las mulas pero más porque nadie decía adónde iban
y el sol de Ejido al Norte riéndose de todos
y las mulas agónicas temblorosas de furia y empecinado orgullo
y yo sin poder nada
niño bobo y llorando en la vereda*

*esta mañana el sol sigue riéndose
y vamos por Ejido
no hay mulas nadie grita nadie da latigazos
los tranvías murieron junto con tantas cosas
el furgón es azul
de plástico y acero
pero jamás podrá tañir una campana como aquélla*

*cuando quiere exigir suena en inglés su claxon
la oposición le dice «la chanchita» aunque se llama Chevy
adentro somos once y cuatro policías
recién comienza el verde de las hojas
la luz de una mañana alegre y misteriosa
vamos en la penumbra no tenemos cigarros
anoche no dormimos
único desayuno las fotos el prontuario las huellas dactilares
aquí el furgón repleto sin que un niño lo lllore*

*por Ejido hacia el Norte pero no sé hacia dónde
se llevan la basura que estorbaba el paisaje*

CUARTEL TOMADO

*El tiempo se nos pasa entre mate y galletas
en programar las cartas que piden ropa limpia
estamos todos juntos somos los ocupantes
ellos dueños de todo arriba sin saberlo
no me había dado cuenta de mis bienes inmuebles
regalo un cigarrillo y hago fuerte a cualquiera
cuando le pido a alguno que me cuente del hijo
estoy dándole todo el poder de la tierra
una naranja prueba tantas tesis políticas
si un compañero nuevo me la alcanza en su mano
vamos cambiando fósforos lápices aspirinas
y estamos repartiendo todo el amor del hombre
encerrados afuera ellos no lo suponen
y eructan sus decretos entre armas inservibles
bancos comisarías senados ministerios
pero ya están cercados y cada día crecemos
de noche dos o tres nos quedamos despiertos
vigilando estos presos que creen que nos vigilan
y los demás salimos a la vida a la calle
a repartir naranjas entre otros compañeros*

CONDICIONES OBJETIVAS

*Me consuela saber
aunque haga frío para andarse mojando en estos temas
que mi teniente es además dialéctico
y cree como Arismendi como Budin
en las múltiples vías
para efectuar el cambio de estructuras*

*cuando me dio la orden
le pregunté tan bobo como siempre
mis boberías burguesas ese lastre mis dudas
y mi teniente ha dicho*

*«con el trapo las manos o la escoba
pero limpie la mierda del retrete
y tiene diez minutos ciudadano»*

LA PRAXIS

*Esta pierna derecha me pide que la deje
después me alcanzará pero se queda
no quiere abandonar
de eso está clara
pero pide permiso
para quitarse un poco su zapato
para que otro le lleve los bolsillos
para arreglar un lío de glucosas*

*me mira desde el suelo con orines
se echó sin esperar que consintiera
pobre pierna está vieja*

*me habla de ideologías y estrategia
pero piensa en los hipoglicemiantes
me lo jura dos veces ni un momento
ni nunca le pasó por la rodilla
la idea de que todo está jodido
pero la red urbana
piensa no me lo dice eso es lo malo
donde carajo está la red urbana*

*tiene cuarentaidós los dedos fríos
se me dobló en el piso hija de puta
si hubiera luz podría darme cuenta
pero está vieja pobre
y voy a hacerme el burro el que le creo*

*le digo tiernamente que se quede
me digo que esta pierna desertora es la cuota prevista
un combate perdido
no la guerra a ganar como que hay Lenin*

*fumate este cigarro compañera
que me siento a esperar que se te pase*

IGUAL INVIERNO

*Primero se probaba si las ventanas cierran
porque desde New Jersey
venía en el viento el frío del petróleo
un olor bajo cero a sangre y mierda
un hollín que envenena a las palomas
y por cualquier hendija
de noche se colaban los sueños los suspiros
que hielan la memoria y las orejas*

*después la cama triste como ahora
 las cañerías gimientes un gallo misterioso
 que cantaba a las cinco en Rockefeller Center
 y la frazada sucia quemada a cigarrillos*

*aquí tampoco
 como pasó ese invierno de Manhattan
 hay teléfono cartas certidumbres
 aquí también como en aquella pieza de dos dólares
 piensa con odio en los norteamericanos
 y se duerme rodeado de enemigos
 que no entienden su idioma y la patria qué lejos*

PROCEDIMIENTO PARA UN EPITAFIO

*Lo sabían todos
 y claro lo decían es la regla
 la verdad es verdad aunque nos duela
 todos hablan hablaron se indignaban
 y sabían dijeron comprobaron
 y hay que decirlo ahora es lo correcto
 su vanidad su mala fe su envidia
 su hipócrita crueldad sus falsos títulos
 todos supimos
 que era mucho peor que por afuera
 que jugó siempre sucio y dejó heridas
 y habrá que ser honestos precavidos
 escribir en la piedra esas verdades*

*no caer en su trampa compañeros
 cuidado ni siquiera imaginárselo
 de noche luz eléctrica el soldado testigo
 soñando que una niña estaba sola*

PROBLEMA SANITARIO

*La soledad como un perro rabioso
tan inútil también como ese perro
se ha plantado a la puerta y se babea*

*pobre perro qué lástima
pasen parte al comando es peligroso
que no vaya a morder a gente buena*

*fue fiel la soledad movía la cola
me lamía el zapato que está inútil
y se echaba a mi lado en los ladrillos
cuando oíamos el cambio de la guardia
el redoblante por el vidrio roto*

*pobre la soledad perro tan solo
no aguantó la parada no entendía
está perdida amaneció rabiosa
hay que matarla antes que contagie
después de diana cuando venga el cabo
para el recuento de las cucarachas
y la inspección de equipo y de menaje
que me le pegue un tiro tras la oreja
como se hace con perros y traidores
y que cierren la puerta a ver si duermo
hasta la hora del examen médico*

03:15 AM/−4°

*El tiempo es luminoso
con nombre y apellido
su nombre es Automatic Seastar alias PR516
su apellido Tissot
su anatomía acero inoxidable*

*el tiempo tiene luz
pero no da calor
a cada vuelta entera de sus verdes luciérnagas
la oscuridad desciende un grado escala Celsius
dentro de esta cobija*

*en las grietas del piso
contiguas a mi oreja recibiendo las gotas de la escarcha
mis cucarachas duermen ateridas soñando que las amo
y despiden a veces el olor de sus sueños
éstas son sin embargo las normas rigurosas
que exige la verdadera observación científica
el cero meridiano pasa por esta celda y por mí mismo
y coinciden aquí privilegiadamente
las condiciones óptimas de humedad atmosférica
temperatura bajo el nivel del hombre
velocidad del viento
y no hay interferencias de la picana eléctrica*

*éste es mi observatorio del tiempo
al que sólo aporté un pequeño aparato de precisión
y una modesta vocación meteorológica
pero ha sido equipado por la generosa contribución del gobierno
debido a lo cual comunico al señor Presidente
que mis investigaciones quedan a su disposición
especialmente el Parte de esta noche*

*«Cielo: va a amanecer
Precipitación Pluvial: lavará todo durante cuarenta días y cuarenta
noches
Vientos: del sur del norte del este y del oeste
Pronóstico del Tiempo:
el Tiempo sigue andando en mi muñeca
nadie puede pararlo es automático
y la hora se acerca Su Excelencia»*

ESTO NO ES PARA USTEDES

*Aquí pongo este anuncio
o datzibao o póster
damas y mandarines
debo impedir de prisa avergonzado
que ustedes abandonen esa dedicación full-time y vitalicia
con que vanguardian
la torpe Humanidad que ha echado a andar sin consultarlos*

*debo impedir que terminen las rifas
los bailes pro Vietnam con cuatro orquestas
el comité coordinador de la campaña pro coordinación
la venta de retratos del Che pro explicación de la pre-lucha armada
el frente único
la táctica de masas según Lev Dadidovich
orientar a los indios de Huanuni por lo que Mao en Tien An Men
medita
y otras actividades fatales para la infraestructura del sistema*

*ya que he arrojado cuando amanecía
una botella al mar
tan infanto-izquierdista tan no-estructuralista
sin recordar siquiera a Lévi-Strauss o Lukács o el librito rojo
que el sol salió creí encontrarme solo
por el dato engañoso de la playa desierta y las gaviotas
y originé esta falsa expectativa
damas y mandarines*

*por eso les aviso
no busquen el mensaje
la botella no tiene nada adentro
quiero decir nada que les preocupe
sólo las tonterías que uno habla con gente de la calle
me importaban el mar el color del cristal su hueco inútil
el ademán con que la hundí perdiéndola*

CHEZ D'ARENBERG

*Mes hommages Madame la Princesse
un baile de disfraz qué gesto noble
qué aporte señorial para el turismo
qué apoyo para nuestro Presidente*

*Punta del Este ya languidecía
los Anchorena siguen en su estancia
si la prensa supiera el mal que hace
y o casal Mattarazzo de São Paulo
preocupadísimo y es tan comprensible
entre Anacapri o Punta o el safari
ese embarras du choix era evidente
porque pobre país y usted disculpe
como cafres Madame como cafres*

*a veces pienso aquellas temporadas
Lecuona Cuban Boys los festivales
Lana Turner con Curzio Malaparte
cacerías del zorro y vernissages
Mauricio y Blanca hacen lo que pueden
con su Country y el contest de azafatas
pero los sindicatos de albañiles
quién nos iba a decir hasta aquí en Punta*

*si todos fueran como usted y Su Alteza
aunque Ari ya no venga con su yate
realmente aquel frisson lo del Casino
locos desorbitados chère Madame
con metrallas estos criminales
todos los niños en el punto y banca
sólo Dios ha evitado una tragedia
y la ola de huelgas siempre digo
si no le tienen lástima a la patria
si no les da vergüenza por Artigas
qué hermosura el color de las hortensias
y el efecto de luz en la piscina*

*pues yo ¿qué quiere usted? el Ministerio
ese eterno deber del estadista*

*el oficial les dio la voz de alto
eran tres vidas jóvenes es cierto
hay un estilo nacional del diálogo
supremo bien salvar del caos etcétera
yes dear Bill just on the rocks and thank you*

*ahí entra Pablo y qué invención espléndida
venirse de vietcong todo de negro
qué terrible canana en bandolera
¿sabe que guarda allí los alka seltzer?
y qué cono de paja tan exótico
trajo todo el disfraz de Hanoi parece
épatant este Pablo gran poeta
dicen que en su país es comunista*

*mais oui je vous en prie hay que recibirlo
disposez chère Madame lo merece
y más ahora por el Premio Nobel
pena que Pablo haya engordado tanto
se muere este muchacho por las cholgas*

*no mire usted ahora c'est affreux
porque se le ha descosido el uniforme
va por atrás mostrando el culo pálido
aunque la Matildita se lo tape
con una edición vieja de su Canto*

MORAL PARA ADOLESCENTES

*Hemos perdido el tiempo en horas bobas
en amarguras sórdidas y estériles
en estrategias de café y tostadas
en resentirnos como resentidos
en componer ensayos y monólogos
en buscar el cadáver de Guevara*

así hemos sido lo que ya no somos

*en cuanto a vos muchacho
el extremismo
te llevará a la cárcel o a la muerte
según advierte a precio de Embajada
y fondo musical correspondiente
sensata y maternal la Radio Carve
antes del analgésico que entona
después de la heladera en tres colores
pensá
cárcel o muerte
sos tan joven
la libre empresa siempre está esperándote
para taparte de oportunidades
la Pepsi Cola y el long-play de Favio*

*los pantalones Lee y la marihuana
ser estudiante con carnet de tira
las becas del American Field Service
secretariar precoz Cámaras Junior
el Directorio apenas te recibas
cenar entre Leones y Rotarios*

*vení conmigo a recorrer vidrieras
la cabeza bien fría el pecho ardiendo*

*¿quedan sin quórum en el Parlamento
si un coronel padece de hemorroides
y sin honor en la Suprema Corte
cuando exculpan se achican excarcelan
porque dentro del plazo de los códigos
no pudo el preso desde el calabozo
probar con timbres y en papel sellado
más la firma letrada que se estila
cuántos voltios tenía la picana
fecha de malnacido del verdugo
diámetro real del caño por el ano?*

*se trata de la carga abrumadora
que deben soportar los hombres públicos
¿cambian la oposición por consulados?*

*¿asesoran la entrega y los alquilan
en el FMI de ascensoristas
o en el Banco Mundial como alcahuetes?
¿se designan
se escapan
emigran los aréchagas con sueldo
jurisprudentemente fijo en dólares*

*a jurisconsultar desde La Haya
aunque esa sangre siempre
siempre el rostro
Liber Hugo Susana para siempre
fusilados los tres todas las noches?*

*intentan prestigiar como se pueda
la imagen del país en el planeta*

*¿se meten en Mercedes Benz blindados
a delirar decretos entre giorgis
perfumados pereiras reverbeles
y generales con arnés completo?
¿mugen caputis croan echegóyenes
pidiendo rey a orillas del pantano?
¿peiranos refinancian sus bolsillos?
¿charlones pellegrinis y baroffios
redescuentan secuestros hijos misas?*

*son tasas de inversión planificadas
para salirnos del subdesarrollo
muchacho ésta es tu patria
en el reparto nos tocó este naipe
aprendé la lección
fichá la fauna*

*gordos expertos en devaluaciones
flacos especialistas en reformas
cornudos consentidos del Pentágono
jueces matriculados en la CIA
pedagogos graduados en la infamia
escribas que argumentan reelecciones
cacos de inmunidad parlamentaria
sacerdotisas cívicas y pálidas*

*que menstrúan de pavor y patriotismo
si no ven la bandera bien izada*

*se te pide tan sólo que comprendas
el asco es un defecto adolescente
y tendrás que entrenarte desde joven
en contener esa descortesía
de vomitar sobre la gente adulta*

*hay otros medios
de esas y de otras cosas hablaremos
no dejés de mirar de aprender todo*

*seguí la recorrida por tu cuenta
tengo algo a terminar pero ya vuelvo*

CARTILLA CÍVICA

*La única salida está en el voto
y habrá que hacerles caso compañero
nos criaron mamando democracia
voz populi vox dei*

*dei con minúscula
como cuadra a un moderno Estado laico*

*desde la escuela izamos la bandera
y tiranos temblad (a-a-ad recuerde)*

*la Corte Electoral urnas selladas
cada cuatro noviembre (¿o eran cinco?)
la mayoría construirá el futuro
y sanará la sociedad enferma
con tal que comiciemos que elijamos
lo que el forro del alma nos pronuncia*

*única condición que sea de prisa
no demoremos a la democracia
a votar a votar antes que todo
se nos vaya a la mierda al Chase Manhattan*

en consecuencia tome una botella

*limpia vacía de a litro como ésas
que cien patriotas dueños de las vacas
nos venden con el tenue subproducto
de los subsidios y los contrabandos*

llénela en sus tres cuartos de bencina

*use nafta estatal dicen que es nuestra
nada de Shell ni Esso ni Texaco
sobre todo Texaco con su estrella
de cinco puntas y la T en el medio*

ciérrela luego con tapón de diarios

*le sugiero una Acción buen papel sueco
artículos que tapan cualquier cosa*

y con rabia con sebo derretido

el que quedó en el plato de la sopa

*dedos pacientes caras de los muertos
nudos dolor miedo de todos hambre
trence una larga una prolija mecha*

*si no encuentra otros trapos es lo mismo
su única camisa de uruguayo
el sudor qué excelente combustible*

*venza por fin ese temor tan lógico
de vulnerar la libertad de prensa
y agujereando los editoriales*

van a quejarse pero no haga caso

*pase la mecha huelga la bencina
impregnando su casa su miseria
con el olor a incendio de su voto²*

*entonces a votar como nos piden
a cumplir la costumbre de la patria*

*parado en la vereda tan anónimo
como prescribe nuestra democracia
vote en vez de albergar ideas foráneas
participe en la fiesta ciudadana
con su voto agarrado en una mano
encendiendo la mecha con la otra
con odio firme y con veloz parábola
deposite a nombre del futuro
donde haga más efecto en el presente
donde el forro del alma le pronuncie
usted es la mayoría compañero*

CRÓNICA DEPORTIVA

*Aburrida impaciente sin asunto
en un país donde no pasa nada
la muerte pone el dedo en su ruleta
tranca la bola del azar
y canta el cero ante un asombro unánime*

2. Trabaje de mañana pues de noche y más dopado que lo necesario corre el riesgo de que un allanamiento se le ocurra probar cómo parece sin orden judicial alguna puerta su esposa desnuda y sumergida descerrajada a coces o balazos en la bañera de Investigaciones su hija de doce años en rehén la idea le alteren o interrumpan para siempre repentina y exótica de un tira esta preparación de los comicios que viene de cobrar sus horas extra

*crujen las teletipos
el Hemisferio envía condolencias
y se acuartelan cinco regimientos*

*la mitad de los próceres se enluta
la otra mitad se calla y echa cuentas*

*detrás de su apellido
mientras le explican todo y lo maquillan
aguarda un hombre mínimo sin cara
ex gimnasta pasado de su peso
sparring partner a veces
y masajista en otras
que suda de emoción con la barriga al aire
no dio tiempo a comprarle un traje decoroso
apenas de taparle las vergüenzas
con la banda listada de celeste y de blanco*

*go on alguien ordena
retransmitido vía satélite*

*brotan entonces una luz implacable
un negro olor a flores descompuestas
y se llevan al otro entre charangas
al muerto arrepentido pero tarde
resuenan los cañones los discursos
salen por una puerta los cesantes
entran por otra con diversas máscaras
bufones asexuados profetas cocineros adivinos
putillas de repuesto
y el boxeador presidencial suplente
calza sus grandes guantes de gobierno*

*nota: consultar descripción de la pelea
en otra parte de esta misma edición
página policial
y avisos fúnebres*

*último round
el árbitro ya incurso en desacato
es detenido por la policía*

*dónde está el adversario
 qué es esa sombra armada ese puño feroz e impredecible
 que golpea y no está donde uno piensa*

*el boxeador presidencial a dedo
 ya siente la disnea del estado de sitio
 ya está usando el rebote de las cuerdas
 ya perdió el protector
 ya se le enmarañó el juego de piernas
 no atina el jab sobre esos rostros múltiples
 estudiantes baleados por la espalda
 obreros fallecidos de tristeza en un cuartel
 inocentes castrados en las comisarías
 que van subiendo al ring con sus mortajas
 y anotan el puntaje en formularios nunca autorizados*

*el boxeador presidencial intruso
 a la luz implacable ya su banda empapada en baba y sangre
 tiende el oído a ver si la campana
 pero no suena nada
 suda temblando
 pero ninguno viene con la esponja
 se abraza a su barriga con calambres
 entra en el clinch final consigo mismo*

*hay un olor a flores descompuestas
 y cinco regimientos se acuartelan
 aburrida la muerte
 con su mano amarilla
 se tapa la nariz
 y con su mano roja
 lanza otra vez la bola en la ruleta*

*nadie aplaude ni silba
 desde las graderías negras inescrutables*

*antes de arrodillarse
 el boxeador presidencial noqueado oye como en un sueño
 la monótona cuenta
 que alguien está contándole en inglés vía satélite*

RAÚL

*No sé si te acordás sería tan lindo
que te acordaras si te sirve de algo
si tenés tiempo de aflojar la cosa
si la patria te deja algún descanso*

*te acordás de aquel viaje aquel silencio
los caballos prestados y cansinos
trayendo dos corderos a los tientos
para una fiesta de los estudiantes
vos el recado pobre a media cincha
yo pensando en la chica de Budelli
vos sudando la tarde de setiembre
y el sol y la amistad y los mosquitos
pero llegó la noche y nos callamos
los caballos borrachos por la luna
qué concierto de ranas en el campo*

*te acordás de los vidrios que rompimos
en el 42 con dictadura
sólo había baldosas contra el golpe
en familia apedreamos policías conocidos
único enterradero la chacra de tu padre
el socialismo era nada más que la rabia
nada más que hacer frente al sable de un milico
aunque Grezzi explicaba la enfiteusis
aquellas siestas en lo de Miranda
y Frugoni venía cada cuatro noviembre
a pararse en un banco y juntar votos*

*la primera lección te la dio el viejo
joven discípulo y te extendió la mano
mano sin callos sospechoso indicio
tal vez la cosa nació en aquella plaza*

*te acordás de los libros que pedías
porque se te ocurrió la biblioteca
las listas me llegaban con borrones
y tu escritura torpe de canario
Romain Rolland nos apretaba el pecho*

cuando Olivier caía en la barricada

*Plejanov José Eustasio Aníbal Ponce
cuánta paja ayudó a encender el fuego
yo aquí en Montevideo emputeciéndome
vos Secretario allá metiendo huelgas
creyendo que serías abogado
y los cañeros ni te sospechaban*

*no sé si te acordás ahora es un sueño
pero yo sí desde este calabozo
con las manos vacías bien jodido
y qué importa canario qué me importa
si vos estás limpiando tu pistola
si vas en auto con la metralleta
hacia la operación de esta semana
siendo noticia en Cuba Hanoi Argelia
salvándonos a todos la vergüenza*

CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ: EL POETA

QUE VINO DEL PERIODISMO

Entrevista de Mario Benedetti, publicada en *Marcha* y recogida en su obra *Los poetas comunicantes*, 1970

No es cosa de presentar a Carlos María Gutiérrez, nada menos que en Marcha, donde ha jugado en todos los puestos y desempeñado todas las funciones, desde el humorismo hasta la crítica de espectáculos, desde la corrección de pruebas hasta la secretaría de redacción, desde la parodia de poetas y prosistas hasta la aguda nota testimonial, desde la polémica irónica y/o feroz hasta el reportaje conmovedor, desde la narración de nivel literario hasta el ensayo de entraña ideológica. Lo que sí constituye una sorpresa, no sólo para el lector de Marcha sino acaso para el mismo Gutiérrez, es esta súbita aparición de un Gut poeta, que en un certamen como el Premio Casa de las Américas, en el que participaron doscientos originales de toda América Latina, obtiene la unanimidad de votos de un jurado compuesto por poetas tan dispares y prestigiosos como Ernesto Cardenal (Nicaragua), Margaret Randall (Estados Unidos), Roque Dalton (El Salvador), Washington Delgado (Perú) y Cintio Vitier (Cuba). Los cinco dejaron expresa constancia de que premiaban la obra Diario del cuartel «por la alta calidad poética con que expresa, a través de vivencias personales, la pasión y el sentido de la lucha revolucionaria latinoamericana». Es a este Gutiérrez inédito a quien entrevisto en La Habana, pocas horas después de haberse hecho público el fallo del jurado.

No ha publicado otro libro de poesía. Desde hace varios años vive en el exilio: primero en Argentina, luego en Suecia (donde fue corresponsal de Prensa Latina) y actualmente en España, donde escribe para diversos diarios y revistas sobre temas latinoamericanos.

—Parece un poco extraño esto de entrevistarte a vos, que siempre has sido el entrevistador por excelencia. ¿Cómo te sentís en tu nuevo papel?

—Como dicen acá en Cuba: un poco fuera de base.

—Tengo entendido que tu libro es a la vez de poesía y de testimonio político. ¿Qué te llevó a poner este testimonio en un envase poético, cuando siempre habías abordado lo político y lo social en forma tan eficaz en los géneros de periodismo y testimonio?

—Tendría que empezar por hacer una afirmación poco menos que blasfematoria: le di forma definitiva a este libro pensando que era una suerte de anulación de la poesía, o de lo que entendí siempre que era la poesía.

—Hace unos años publicaste varios poemas en la revista *Número*.

—Esas incursiones fueron justamente para mí la prueba de que no era un elegido de los dioses en ese género; en consecuencia, estaba totalmente descartado el que yo alguna vez escribiera poesía. Si lo hice ahora no se debió a una recurrencia de aquella «infección» poética, sino a que pensé que no era exactamente poesía lo que estaba haciendo. El germen de este trabajo viene del año pasado, cuando participé como jurado de ensayo en el anterior concurso de Casa de las Américas: muchas noches discutimos (no sé si te acordás) contigo, con Paco Urondo y Noé Jitrik, de la Argentina, acerca de la actual exigencia de estos tiempos en cuanto a borrar las diferencias entre los géneros. Y creo que incluso llegamos a ciertas conclusiones, que nos parecieron entonces muy importantes y que a mí me impresionaron profundamente. Por ejemplo: si había que crear una síntesis de géneros, o un nuevo género, decíamos que se salvarían dos. Uno, consagrado ya académicamente desde los tiempos de Píndaro, que era la poesía; y otro nuevo, que ni siquiera tiene categoría literaria para muchos, que es el periodismo. Esto era una noción intelectual, un concepto; pero también es cierto que ese tipo de poesía ofrece dos posibilidades que el periodismo busca inútilmente. Por un lado, la síntesis, que es el gran problema del periodismo, por lo menos para mí como periodista (Alfaro dice siempre que soy un larguero, alguien que siempre tiene que cortar sus originales); y por otro lado, la posibilidad de mezclar al dato la vivencia y la emoción personales, que creo ineludibles en un periodismo honesto. No creo en la objetividad absoluta, tipo «escuela de periodismo». Dado el presupuesto de esas dos nociones, me ocurrió el año pasado, como sabés, una pequeña experiencia, a la que no doy más importancia que la de ser parte de una experiencia multitudinaria en el Uruguay: la prisión por un tiempo determinado. Aquí entra el tercer factor que me llevó a hacer esto: pienso que lo que nos ha pasado en el Uruguay con la dictadura de Pacheco Areco y con la aplicación de las medidas de seguridad que condujeron a miles de presos políticos a verdaderos campos de concentración (no hablemos de las torturas policiales, de los asesinatos y de otros aspectos negros de un régimen

siniestro) es que este país de clase media, sin grandes conmociones políticas, sin grandes crueldades políticas, hizo una experiencia de crueldad política, de represión, que lógicamente tuvo el mismo sello de cosa colectiva, de vulgaridad diría yo (en un sentido muy especial del término), que tiene la vida uruguaya. Nos han reprimido como clase media, a nivel de clase media. No tenemos héroes. Tenemos mártires por supuesto, y habrá que recordarlos siempre; pero no tenemos el gran líder, el gran mártir, el gran símbolo de una revolución o de una represión. Ni siquiera tenemos un gran dictador; la mediocridad de nuestro dictador de clase B corresponde a la mediocridad del sistema del país. Y entonces la represión no golpeó a cierta gente, transformándola en líderes, sino que se dirigió multitudinariamente a la clase media uruguaya. Fuimos todos presos: los que caminábamos por la calle, los que tomábamos café, los que escribíamos, los que leíamos, los que no teníamos ninguna culpa, los que teníamos culpa, y nos encontramos todos en los cuarteles, haciendo la experiencia (increíble para un uruguayo) de una represión y de una cárcel, sin explicaciones, sin posibilidades de futuro, sin saber cómo y cuándo podíamos apelar, o sea todos los elementos más desconcertantes de la represión política, aplicados a gente que no estaba preparada ni tenía en general conciencia política como para entender el problema. De esa experiencia extraje el tercer factor: el uruguayo medio, no especialmente politizado, inserto de pronto, bruscamente, por un régimen absurdo y torpe, en la condición de preso político. Me incluía perfectamente en esa categoría. Pese a que había tenido alguna experiencia fugaz de cárcel política en años anteriores, ésta fue realmente la que me permitió aquilatar con mayor comprensión el problema. Quizá con un poco de presuntuosidad, pensé que esta experiencia sobre un hombre medio, común, podía reflejar, de un modo general, la del preso político uruguayo. Y también me coloqué (entre otras cosas, porque no podía evitarlo) en mi propia posición de persona con cierta actitud de izquierda, con ciertos presupuestos políticos. A gente como nosotros, ¿cómo nos afectaba la cárcel? Durante los tres meses que estuve preso, fui anotando mentalmente, o con los elementos de que disponía (como sabés, estuve en confinamiento solitario), mis impresiones, mis reacciones personales, que incluían desde el desconcierto hasta la duda sobre mis propias ideas, desde la desesperación existencial hasta el acomodamiento a la situación, la reafirmación de los principios, la confianza en que la ideología y la historia están de nuestra parte, y finalmente la seguridad absoluta de la victoria (aunque la frase suene, para el estilo uruguayo, un poco exagerada).

—¿Qué nueva posibilidad viste en la poesía como para que ésta conformara una tentación para expresarte?

—De ese proceso que me pasó, y que también les pasó a muchos otros uruguayos de izquierda que están o estuvieron presos, y que les está pasando a muchos uruguayos que no son de izquierda pero que también sufren la represión, quise extraer una suerte de manual. Y entonces recordé las viejas conversaciones mantenidas con ustedes, y pensé que quizá se podía, no exactamente crear un nuevo género, pero sí que la poesía (ya que yo tenía el privilegio de haber tenido una vivencia, y ya que tenía el instrumento para expresarla) podía ser el género ideal. O sea que para mí no fue un libro de poesía, sino un libro

de testimonio, un libro de periodismo. Sólo que la técnica para expresar mi comunicación informativa del problema fue la poesía, por razones de síntesis, por razones de emoción personal. Tan es así que pienso que éste va a ser mi primer y último libro de poesía.

—¿Te interesa la poesía como producto literario, o pura y exclusivamente como instrumento?

—En mi caso (no me considero poeta ni lo quiero ser) fue un instrumento. Debido a cierta facilidad paródica que tengo para reproducir a los verdaderos poetas (una de mis diversiones privadas ha sido siempre la de hacer pastiches literarios), el instrumento me resultó de cierta facilidad. Además, se trataba de un instrumento sintético y que permitía la expresión subjetiva, íntima, entrañable. Por otra parte, esta colección de poemas que después fue un libro, constituyó para mí una especie de catarsis: yo tenía que liberarme, de alguna manera, de una experiencia que me tenía muy apretado. Y en este sentido me ha servido de mucho, ya que me ha liberado de una serie de problemas de expresión y de clarificación para mí mismo, y diría que me ha dejado las manos libres para otras tareas, para otras cosas, sacándome de arriba esta especie de empacho que tenía, inclusive de odios, de remordimientos por haber flaqueado conmigo mismo en algunos momentos. Ahora veo las cosas más claras, porque me saqué de arriba ese entripado. En realidad, no creo que la poesía sea instrumental y nada más; puede serlo para un tipo que no es poeta, como yo. Creo que la poesía (inclusive en esta nueva acepción que se está abriendo paso en la mejor poesía revolucionaria que hay en estos momentos, y hablo aquí como lector) es justamente esa confusión de géneros. Los críticos burgueses, los que están del lado académico, hablan del hartazgo del coloquialismo y de la poesía política, y sin embargo no hay otra poesía. Así como no creo que haya un género que pueda eludir el problema sociopolítico ya que éste condiciona a toda la gente que se sienta viva y que respire, tampoco creo que se pueda eludir el hecho de que los géneros se están confundiendo. Cuando Peter Weiss hace teatro, también está haciendo periodismo y poesía. Vos mismo, cuando hacés poesía, hacés también periodismo y política. ¿Qué es la literatura de David Viñas? Es política. ¿Y *Boquitas pintadas*? Es folletín, o sea un género enterrado por todos, y sin embargo es también literatura política, es crítica social, es el trasfondo de la podredumbre argentina, y también de lo mejor de la sociedad argentina, traducido a una forma literaria. Creo que la poesía va a seguir siendo cada vez más, no una finalidad sino un instrumento; no un género, sino un medio de expresión. Y en la medida en que, con sus virtudes de síntesis y de emoción, trasmite además las virtudes de otros géneros (es decir, la difusión, la popularización de las cosas, dejando de ser una poesía aristocrática o hermética) y tenga el contenido de lucha política que la literatura debe asumir, y además por supuesto la belleza, y no en ingrediente de menor categoría, entonces la poesía será siempre válida. En la medida en que la poesía sea cada vez más la expresión literaria por excelencia, y siempre que se la sepa fecundar con los otros géneros, o que entre en los otros géneros (que haya un teatro poético; una poesía periodística en el mejor sentido; una novelística donde, desde lo real maravilloso hasta la resurrección del Amadís de Gaula que significa

García Márquez, se inserte la poesía de una manera funcional), ya no podremos hablar acaso dentro de unos años de géneros sino de literatura, y más que de literatura, de una expresión social del arte.

—Hace un momento mencionaste tu capacidad para la parodia, y los lectores de *Marcha* seguramente recordarán tus parodias de muchos poetas uruguayos (me cuento entre tus víctimas), que eran siempre eficaces, certeras. ¿Se podría decir que empezaste parodiando a los poetas y luego quedaste preso en la red?

—Bueno, si querés hacer una indagación cronológica, te diré que también escribí mis robustos sonetos a los dieciséis años, y que de vez en cuando escribía algún poema. Las parodias que mencionás formaron parte de un período en que en el Uruguay todavía se podía reír y correspondieron a una etapa ya enterrada. No creo que el humorismo sea la vía. Pero en ese momento la parodia me sirvió, no diría para acercarme a los poetas parodiados (justamente, los conocía y quería lo suficiente como para desentrañar el mecanismo de su estilo), sino para hacer una especie de gimnasia, para ver si la mano me corría con facilidad. Pero aclaro que, salvo en un caso, siempre parodié a poetas que respetaba y admiraba profundamente. Era una suerte de transposición: no podía ser como ellos, pero podía imitarlos. Ése era un poco el mecanismo mental que me llevaba a la parodia. Pero naturalmente me sirvió.

—¿Hasta qué punto te interesa comunicarte con el lector? ¿Crees que, de algún modo, esa comunicación significa una concesión desde el punto de vista artístico? Y en el caso de que sea una concesión, ¿te importa?

—En realidad, me dejás la pelota picando en el área chica. Porque a mí lo que me importa fundamentalmente es comunicarme con el lector. Creo que existimos en función del lector, no en función de la expresión personal; no que el que venga después arree con lo que escribimos. Quizá está presente ahí mi deformación (o mi formación) periodística. No concibo un texto que no tenga un lector. No concibo además que ese texto no cuide a su lector por anticipado. Tal vez me meta aquí en un pantano, pero la honestidad de la respuesta lo exige; no creo tampoco en esa coartada que anda por ahí (muy respetable por parte de quienes procede) en el sentido de que el hermetismo, o el experimento de estilo, o el experimento de género en un sentido hermético, sea una especie de concesión, de reconocimiento de la inteligencia del lector.

Si estamos transmitiendo ideas o informaciones (vuelvo a la noción de poesía informativa), tenemos que ponerlas al alcance de todo el mundo y no sólo del lector que quiere hacer su opción, su ruleta, frente a un texto que no entiende. Esto me interesa dejarlo claro, porque el libro premiado tiene, en algunos poemas, una serie de versos deliberadamente ingenuos. Eso no quiere decir que yo sea capaz de mucha sofisticación, sino más bien que traté de simplificar la idea en el lenguaje; no digo que intente hacer poesía «stajanovista» para que la lea el pueblo (ojalá fuera así); pero sí poesía de comprensión inmediata, poesía que transmite una experiencia, ya que está destinada fundamentalmente a los cuatro o cinco mil presos políticos detenidos en los últimos dos años. Esa gente es la

que la va a entender primero; y otros que también han sufrido periféricamente esa situación también la van a entender. Y creo que, por añadidura, otros lectores también la entenderán, ya que está escrita a ese nivel y en forma muy deliberada. Éste es quizá otro de los rasgos que el periodismo puede haber aportado a mi «lira».

—Tengo entendido que el libro premiado incluye algún poema virtualmente blasfemo, en el que Dios sale bastante malparado. Curiosamente, integraron el jurado un sacerdote como Ernesto Cardenal y un poeta católico como Cintio Vitier. Después del fallo, ¿hablaste con ellos acerca de ese poema?

—Sí, la noche en que el fallo se dio a publicidad, Cardenal y Vitier tuvieron la deferencia de conversar un rato conmigo y discutir ese aspecto. Entonces quise explicarles cierta sincretización al revés que tenía ese poema. Las condiciones de confinamiento solitario en que estuve detenido, en los primeros tiempos eran bastante complicadas para escribir, y en las últimas semanas para tener guardados con seguridad los materiales que escribía. Por supuesto, ciertas cosas no las escribí en los dos o tres cuarteles en que estuve; simplemente las anoté como pude, y algunas las saqué en el último mes; eran anotaciones en cajas de fósforos o en trozos de papel higiénico. Te imaginarás que no pretendo aparecer como un nuevo Conde de Montecristo; simplemente me refiero a que, con los militares y la policía, y con esta especie de simbiosis entre policía y militares, gracias a la cual mis cartas del cuartel iban con copia a la Jefatura de Policía de Montevideo por decisión del comando militar, uno no sabía dónde terminaba la bonachonería de los militares, que en general eran buenas personas, y dónde empezaba la crapulonería de los policías insertos en el sistema represivo. En consecuencia, yo prefería preservar mis papeles escritos y mis cajitas de fósforos lo mejor posible. Ese poema, que se llama «Primer discurso de Adán», es justamente lo primero que hubiera dicho Adán cuando nació. Es decir, estaba en la sombra, en la tiniebla, hecho de barro, todavía no cocido, no había pasado al horno; con toda la inseguridad del hombre primigenio, no entendía nada de lo que pasaba, sabía que tenía una compañera pero tampoco estaba en contacto con ella porque la oscuridad de los primeros minutos de la creación se lo impedía, y siempre he pensado que el Dios que creó a Adán, tiene que haberle parecido a éste un ser hostil, inescrutable, desconocido, sin forma; no lo podía ver, sólo sabía que alguien lo había hecho y no puede haber sido el primer pensamiento de Adán un pensamiento de amor sino en todo caso de terror, de desesperación ante la ignorancia y sobre todo ante la fatalidad de algo que le estaba pasando y que no entendía. Creí que eso podía trasponerse. Es decir, el Dios creador de Adán representa también, de algún modo, ciertas fuerzas oscuras, no comprendidas por el hombre y contra las cuales éste no ha creado todavía su armadura; tiene primero que desentrañarlas para racionalizarlas y luchar exitosamente contra ellas. No era difícil, en esas condiciones en que yo estaba, trasponer la imagen del Dios y la anécdota de Adán a cierta subjetivación. Además, el hecho de tener que guardar esos papelititos abajo del colchón (porque ya entonces tenía colchón), me hizo ser un poco vago, un poco metafórico; es el único poema metafórico (en la vieja acepción) que tiene el libro. Se trataba, pues, de

un problema de seguridad y no de blasfemia. Cuando estuve con Cardenal y con Vitier les aclaré que yo no era ningún blasfemo ni un anticlerical a la vieja usanza, desde el momento que no soy batllista de *El Día*, sino que se trataba de dos dioses distintos. No era el Dios de Cardenal, de Solentiname, al que ha escrito sus Salmos, ni era el Dios conflictual de Cintio, sino que era mi dios particular, mi dios del cuartel, el ser que me tenía en el cuartel. No era blasfemia sino en todo caso parodia. Cuando dije todo eso, Ernesto Cardenal, que me escuchaba con mucha atención porque parecía muy preocupado por el problema de haber otorgado el voto a un blasfemo, dio entonces un suspiro de alivio y dijo: «Ah, bueno, se trata de otro Dios que no es el nuestro». Como frase es buena, porque reflejaba lo que yo realmente sentí en aquel momento.

—En la mesa redonda sobre «El intelectual y la sociedad», en la que participaste, y que fue publicada por la revista Casa de las Américas, vos hablabas de «la obsolescencia de la vieja teoría de las generaciones» y la calificabas como «tesis muerta». Sin perjuicio de que en esencia esté de acuerdo contigo, y considerando que a menudo fuiste mencionado como el periodista de la generación del 45, ¿cómo ves la inserción de este libro tuyo en esa generación, ya por cierto bastante dispersa y llena de contradicciones?

—Si nos atenemos a la clave cronológica, evidentemente yo soy de la generación del 45 y no renuncio a ella, porque me he alimentado culturalmente e inclusive en ciertos aspectos éticos, de la generación del 45. Te diría, en cambio, que si el libro tiene que ser fijado en algún estante generacional, pertenece en todo caso a la generación del 65. No es que me quiera rejuvenecer sino que la temática, ciertos elementos conformativos del libro y en realidad los factores que lo decidieron, no tienen nada que ver con la feliz Arcadia que era nuestro Uruguay de la generación del 45. Tu pregunta me lleva sin embargo a una aclaración que creo necesaria, porque ubica el libro. Creo, y lo dije en la mesa redonda que mencionaste, que gente como nosotros (vos, yo, y toda la gente que venimos del 45) somos intelectuales de transición en el sentido de que tenemos un pie en cada lado. Nos ha tomado la revolución latinoamericana a partir del año 60, es decir a partir de que Cuba la plantea, la opción revolucionaria nos ha tomado con un pie en cada período; venimos del período en que todo se arreglaba de muchas maneras y entramos (algunos ya están dentro) en el período en que las cosas se arreglan de una sola manera. Entonces, somos transicionales; estamos pretendiendo trasladar, a las nuevas finalidades del arte y la literatura y el periodismo, el aparato cultural y en algunos casos hasta el aparato ideológico que aprendimos en nuestro período anterior, como generación del 45. Pero si bien algunas cosas de nuestro bagaje generacional nos sirven para este nuevo período en que queremos actuar, otras cosas son lastres, y tal vez irrenunciables. Somos transicionales y lo seremos hasta morir; estamos demasiado formados. Nuestras proteínas, nuestras moléculas, están formadas por la cultura burguesa, y eso es irrenunciable. Por un esfuerzo intelectual, por un raciocinio, por un esfuerzo del sentimiento, de la emoción y de la razón, podemos participar, en la medida en que nos dejen y seamos útiles, en la revolución latinoamericana, pero estamos sellados con cierta fatalidad (quizá esté también ahí nuestra utilidad) por

la formación. Para mí, esta experiencia por una sola vez, de la poesía, está sellada por mi nueva necesidad de actuar, por mi reconocimiento de que solamente en la revolución está la salida, no sólo del hombre sino más concretamente del intelectual. Está sellada también por todas las dudas, las debilidades, los temores, las inseguridades, la falta de rigor, que nos da la formación burguesa. Otra cosa sería el hombre de transición socialista. En la mesa redonda traté de definir lo que era el intelectual de transición (que es al que acabo de referirme) y lo que es el hombre de transición, en el sentido que Marx otorgaba a la definición y que fue recogido por Lenin; es decir, si hay una sociedad socialista de transición entre la etapa capitalista y el comunismo, el hombre de transición socialista ideal, el paradigma, sería el hombre nacido, criado y formado dentro del período de transición. Hombres de transición socialista pueden ser, por ejemplo, un poeta cubano de veinte años, criado y formado en la revolución, o un machetero cubano recién alfabetizado que está también inserto en el período de transición de la revolución. En ese sentido, los latinoamericanos de nuestra generación no somos hombres de transición socialista; simplemente podemos ayudar a que las dos generaciones que nos han sucedido y que están actuando, hagan el socialismo y terminen de construirlo. Añadiría finalmente que no es que el hombre de transición que somos nosotros tenga negada la posibilidad revolucionaria, porque si dividimos el proceso entre hacer la revolución en su período clásico hasta la toma del poder, y después ejercer el poder para construir el socialismo, en lo primero somos absolutamente útiles, y nadie puede excusarse en que es un intelectual de formación burguesa, que está desgarrado, que tiene su angustia existencial, para no actuar políticamente, para no hacer la revolución, inclusive con sus manos, porque la revolución la hacemos todos. Lo que ya no podemos pretender es insertarnos como hombres específicos de la revolución hecha, en la construcción socialista, porque entonces vamos a encontrar una serie de mecanismos y de esquemas, propios de la construcción socialista, en los cuales el intelectual de procedencia burguesa tendrá fricciones. Ciertos ejemplos cubanos, en ese aspecto, son bastante claros. Así veo la cosa; con toda la modestia de mi falta de formación teórica, pero con una profunda sinceridad para decirlo.

—Aun corriendo el riesgo de que la pregunta parezca esquemática, igual te la hago: *Diario del cuartel*, ¿es un libro pesimista o es un libro optimista?

—Por lo menos traté de hacer un libro optimista; más aún, un libro de plena confianza en la vida. No sólo en la revolución, o en tal o cual ideología; simplemente, confianza en la vida. Si la revolución es muerte y sangre y dolor, no nos confundamos y pensemos que la inmolación, la muerte, el sacrificio, son la esencia de la revolución. La revolución es vida, y lo demás son métodos, son técnicas.

—Precios inevitables.

—Sí, precios inevitables, pero detrás de eso está la vida. ¿Qué es lo que pasa en nuestro país? ¿No estamos acaso impregnados de una confianza absoluta en la vida? Y eso significa una confianza absoluta en la victoria; toda esta cosa sucia, y turbia, y miserable que nos pasa es solamente una transición. Ir a la revolución a morir, es un absurdo; a la revolución

hay que ir a vivir. Y a durar, a vivir lo más posible, sin tener en cuenta la vida particular, nuestra vida personal, pero sí la vida como elemento fundamental del cambio social. En la medida de la irregularidad de los materiales, he tratado de dividir el libro en tres partes. Una, que es absolutamente subjetiva, sería el impacto de la cárcel sobre el hombre común. Quizá en algún poema he metido cosas que no me pasaron a mí sino a algún otro compañero, pero traté de sintetizar la experiencia colectiva porque ese es el sentido del libro. Este libro no es lo que le pasó a Carlos María Gutiérrez, sino lo que le está pasando al uruguayo; lo que le pasó a mis compañeros de Rocha, al Mono González (que era un obrero frigorífico), a Daniel Waksman o al sobrino de Paco Espínola; o lo que les pasaba a los soldados que tenían que cuidarnos y jodernos, al ver lo que estaban obligados a hacer. O sea que la primera parte es lo que le pasó al uruguayo Gutiérrez, pero también lo que le pasa a todo uruguayo de formación burguesa, de clase media, bajo la iniquidad absoluta que es el sistema de represión. Que te metan en un calabozo, sin cama, sin comida, sin cobija, a cuatro grados bajo cero, a que te pudras. Nadie te da explicaciones; nadie te permite apelar. Y eso depende de algún miserable que está en la Jefatura de Policía, o en un ministerio, o en un juzgado. Nunca sabés cuándo se va a terminar, o dónde está la vía de salida, o la vía de incrementación; estás suspendido en una suerte de espacio intemporal. Esa terrible sensación de impotencia lleva en primer lugar al desconcierto, y en segundo lugar a la desesperación. Eso nos ha pasado a todos, inclusive a los que teníamos una base ideológica de cierta firmeza que nos permitía sobrellevar la cosa. No se trataba del temor personal. Creo que el hombre del Uruguay, a esta altura, ha aprendido a superar el temor físico, el temor personal de la tortura y todo lo demás. Los maravillosos jóvenes que están cayendo en Montevideo todas las semanas, asesinados por la policía, prueban que el miedo ya ha dejado de preocupar al uruguayo. Se trataba de otro problema: de dudar inclusive de la posibilidad de lucha. Estar confinado en un calabozo a oscuras durante varios días en condiciones muy malas, hace que uno empiece a dudar de su capacidad de lucha. En mi caso particular (está presente en algún texto), el problema físico, el problema de una enfermedad, agudizaba esa sensación de desconcierto. En esa primera parte, traté de demostrar (quizá para otro lector que tenga que leerlo en condiciones semejantes a las que yo tuve) que eso es común a todos. No nos dejemos engañar porque nos sintamos deprimidos, desorientados o aterrorizados; ésa es la primera etapa, y nos pasa a todos. Quise incluso que tuviera una función didáctica, desde mi modestísimo ejemplo personal y procuré recogerlo. Pero el efecto de la cárcel viene en el segundo período. Una vez acostumbrado el físico a esas condiciones, empezamos a darnos cuenta de que somos más fuertes que ellos. Ellos están avergonzados, resentidos, permanentemente con cola de paja como vos dirías, y nosotros somos los que tenemos razón. De alguna manera estamos todos juntos; aunque nos confinen y nos mantengan separados. Te aseguro que durante el confinamiento solitario, recibí pruebas de solidaridad de los compañeros que estaban conmigo en el cuartel de Rocha, que nunca podré describir con la intensidad con que me conmovieron. Lo que los compañeros bancarios, y obreros y empleados, confinados en el cuartel

de Rocha, hicieron para que yo, desde un calabozo donde no tenía comunicación directa, pudiera enterarme de cómo sentían ellos con respecto a lo que yo estaba pasando, fue la mejor prueba de que teníamos razón y de que estábamos en lo que teníamos que estar. Los pobres desgraciados, los presos, los humillados, eran los que nos estaban cuidando. En la segunda parte, el libro es un poco la demostración de que eso puede ser superado. He tratado de poner en esa segunda parte poemas que podrían haber sido escritos fuera de la cárcel. (Algunos fueron escritos fuera de la cárcel, a partir de notas tomadas dentro.) Llegó un momento en que, si tenía un lápiz y un trozo de papel, podía escribir y decir cosas, como si no estuviera en la cárcel. La cárcel no condicionaba mi literatura ni mi texto. Yo escribía como si estuviera en *Marcha* o en mi casa; comentaba cosas políticas, hacía críticas políticas, hablaba de Neruda. Me sentía normal; había ganado sobre los soldados y los milicos. La tercera parte trata de hacer entender que además de esa intemporalidad, de esa inespacialidad, en la que no importa que uno esté preso o no, para escribir, existe otro hecho: que efectivamente estamos presos. Entonces volvemos al justo medio. Hay cuatro o cinco poemas al final del libro, donde trato de dar la versión definitiva, el resumen, de cierto aspecto ideológico que creí entender de toda la experiencia. El último poema es una especie de *collage*. Escribiendo desde una celda en Minas (invierno, julio, muerto de frío), recuerdo sin embargo el sol y el calor de un 26 de julio de 1967 en Santiago de Cuba y utilizo una cosa que me pasó que fue totalmente simbólica, aunque totalmente inesperada. Estando en una casa de Santiago de Cuba, descubrí un libro de Vallejo (que es mi Robinson Crusoe), arriba de una mesa. Y se me juntó el Vallejo de mi adolescencia con el Vallejo de Santiago de Cuba, después de escuchar a Fidel un 26 de julio. Todo eso lo mezclé, y en la medida de mi maraña estilística, traté de dar la sensación de que todo eso era una sola cosa. O sea que la experiencia se cierra con una profunda afirmación vital. La revolución para vivir y no para morir. Vallejo había hablado de piedra negra sobre piedra blanca, y de morir en París, con lluvia, un jueves. El mismo Vallejo que nos inspira, y renueva de tal forma la poesía, pensaba sin embargo en morir, con lluvia, y morirse en París, no en el Perú. En Santiago de Cuba descubrí ese día que todas las piedras eran blancas: que no había piedras negras; que las piedras servían para hacer casas; que las casas eran para vivir; que Fidel decía en ese 26 de julio de 1967 «Cuba está sola» (aunque Cuba no estaba sola y no estará nunca sola), porque había que decirle una verdad al pueblo, una parte de una posibilidad. Más que una declaración de pesimismo, era una declaración de profundo optimismo; Cuba tenía que pensar que puede estar sola algún día, y en consecuencia, nada de apoyarse solamente en los demás, en la solidaridad, sino en nosotros mismos. Ahí están las casas que se van a entregar en San Pedrito, ahí está el pueblo que las va a ocupar, ahí está la revolución. Esto es para vivir y no para morir.

—Una última pregunta que parece inevitable en un reportaje de este tipo. Aparte de la noble influencia de Vallejo, y de la ominosa influencia de Pacheco Areco, ¿qué otras aparecen en tu libro?

—No categoricemos a Pacheco, que es sólo el efecto de una causa. A mí me influyen en este libro, Vallejo por un lado desde el punto de vista de una profunda sacudida moral y una introducción a la literatura cuando tenía diecinueve años, y por otro lado el imperia-
lismo, del cual Pacheco Areco es sólo uno de los tornillos menores. Desde el punto de vista de la influencia literaria, es evidente que el tipo de poesía política latinoamericana me ha llamado siempre la atención. Creo que mis dos libros de cabecera son la obra de Vallejo y la de Carlos Drummond de Andrade, que me parece lo más aproximado en otra lengua (pero con igual sentido latinoamericano y sobre todo de corrosión de la ideología burguesa). Ambos son decisivos para un lector latinoamericano que deba adquirir una toma de conciencia literaria, además de política. En el ámbito nacional ha sido importante para mí la lectura de ciertos poetas uruguayos del 45, internados de pleno en la trinchera política y que no cito para no herir modestias. Incluso los jóvenes del 65 me han enseñado mucho, ya que están conformando una literatura uruguaya realmente generacional, en el sentido de que la literatura de una generación corresponda a la sociedad de una generación. Ellos están haciendo lo que no nos pasó en el 45, sobre todo al principio. Éramos generacionales pero escribíamos una literatura que no correspondía al país. Y para nosotros, se trata de salvar esa omisión, si todavía estamos a tiempo.

La Habana, julio de 1970

LOS DOS MAGISTRADOS

Quincenario *Reporter*, 22-II-61

Hace unos días pasaba ante la Suprema Corte de Justicia y me detuve para dejar libre el paso a un caballero que salía, dirigiéndose hacia un lujoso automóvil estacionado frente al edificio. Los dos centinelas del Batallón Florida hicieron la venia, un joven que posiblemente fuera el chofer abrió respetuosamente la puertezuela, y el caballero —de aspecto distinguido, sienes canosas, ropas de corte impecable y semblante adusto— tomó asiento detrás. Cuando el coche arrancó pude ver la chapa del Poder Judicial y advertí que había presenciado la sencilla, cotidiana, pero no por ello menos simbólica ceremonia del final de una jornada en las tareas de un ministro de la Suprema Corte, es decir, uno de los más altos magistrados de la República, miembro de un Cuerpo en el que la Constitución deposita la instancia última de representación de la soberanía popular y encargado de administrar justicia en el más alto escalón de la jerarquía judicial. Con cierta irreverencia (y por razones que más adelante se comprenderán) me vino a la mente el recuerdo del reciente presupuesto aprobado para la judicatura, y de sus sueldos, justipreciados a la altura del caballero de las sienes grises en miles de pesos, pero en algunos cientos solamente para otros niveles del escalafón. Con impertinencia, además, mezclé en la reflexión la interrogante de si aquel lujoso automóvil sería uno de los autos baratos que la ley se propuso permitir a los miembros de la Suprema Corte, exentos de determinados impuestos. Y, por analogía, mi meditación sobre el alto magistrado entrevistado fugazmente en mi paso por la Corte derivó hacia otro magistrado que conozco bien.

Mi magistrado es mucho más sencillo, aunque también tiene las sienes canosas. Como no se graduó en la Facultad de Derecho, solamente pudo llegar a Juez de Paz rural y hace treinta años que desempeña el cargo. No es universitario, pero debe saber los códigos tan

a fondo como cualquier abogado, porque es él precisamente quien provee ante las gestiones de los abogados. La ley de autos baratos no se estiró hasta su modesta escala, y no tiene automóvil, pero cada semana debe viajar —a caballo, en *jeeps* policiales, en carros de vecinos— muchos más kilómetros de los que recorre en todo un mes el caballero de aspecto distinguido en su coche abaratado legalmente. Su despacho no tiene soldados del Batallón Florida en la puerta, porque consiste en un humilde rancho de paja quinchada cuyo único mobiliario es un viejo escritorio, pero la Constitución manda que la justicia que se imparte en el pobre rancho tenga tanto imperio y dignidad como la que administra el caballero en su palacete de Montevideo.

Mi magistrado, además de no tener un diploma universitario, no pudo especializarse en ninguna rama del Derecho, porque desde que se hizo cargo de su Juzgado debió atender todas las especialidades. Para dos generaciones de hacendados, campesinos y habitantes de pueblos de ratas, ha sido juez de instrucción, juez de menores, penalista, experto en Derecho Administrativo (en algunos episodios de contrabando, hasta en Derecho Internacional) y oficial del Registro Civil. Y además, cuando dejaba los códigos en el escritorio, curandero, confesor y desfacedor de entuertos con viudas o huérfanos.

El caballero con quien me crucé esa tarde aceptó hace años implícitamente la derogación del viejo e ingenuo precepto de que la Justicia debe permanecer ajena a las banderías políticas, y sabe que su designación o su permanencia (más todas las ventajas consiguientes) se deben a su partido. Mi magistrado solo obtuvo de su partido la dudosa merced inicial del nombramiento.

El caballero, al sentarse en su automóvil último modelo, recogió cuidadosamente la raya de su pantalón. Mi magistrado posee un solo traje y la vestimenta habitual de su cargo son la bombacha criolla y la alpargata, porque las botas deben reservarse para los barrios del invierno. Conserva entre conmovedores celofanes una vieja banda de seda con los colores nacionales que es el símbolo de su augusta función, y como ella es el objeto de más valor que hay en el viejo rancho, vive pendiente de los efectos de la humedad, el sol o la polilla sobre sus borlas de oro o sus delicados azules, porque sabe que su sueldo no le permitiría comprar otra.

Hace treinta años, como dije, que mi magistrado ejerce la altísima labor de impartir justicia exactamente con las mismas prerrogativas intrínsecas que el caballero. Como él, puede enviar un hombre a la cárcel, disponer una reparación moral o pecuniaria, determinar por medio de un fallo el premio o el castigo a la conducta humana. Pero hay algo que el caballero puede hacer y él no: elaborar el presupuesto que afecta los sueldos de ambos. Y en este año de Gracia de 1961, mi hombre, un modesto Juez de Paz rural pero tan magistrado como el caballero del automóvil, descubrió que su nuevo sueldo es inferior al de los porteros del palacete donde el caballero despacha sus asuntos. Para mi magistrado tampoco habrá este año la posibilidad de un traje nuevo, o de reponer la banda si se la come la polilla del rancho. Y sin embargo, yo sé que seguirá administrando justicia exactamente igual que siempre, tan honestamente como si el caballero de aspecto distinguido se hubiera acordado de él. Lo digo porque conozco bien a este magistrado rural: es mi padre.

EL AGUJERO EN LA PARED

1968

POR GUT

(ILUSTRACIONES DEL AUTOR)

A María Noel, para que empiece a leer cosas serias.

PRÓLOGO

La incomprensible carrera literaria de Gut se desarrolla entre 1953 y 1963, año de su desaparición. Aunque la Interpol ha desarrollado varias teorías sobre la misma, la carencia del *corpus delicti* ha impedido que se responsabilice a nadie de ese fausto acontecimiento. Diversos trámites que legalicen el hecho (moratorias, apertura de sucesión, cobro de recompensas ofrecidas por la policía de varios países) han quedado en suspenso por esa causa, pero la innegable distensión social que él produjo está evidenciada por la actitud de esta prestigiosa editorial, la cual —restando sensatamente importancia a la eterna tentativa de socavamiento institucional que fue la vida del libelista que nos ocupa— publica ahora esta antología en papel ordinario, tipografía pasada de moda y formato prácticamente despreciable.

He querido contribuir al desenmascaramiento definitivo del autor —con quien me unió en algún momento el incómodo vínculo de maestro y discípulo, al que finalmente renuncié luego de mi fracaso en enseñarle las primeras letras y expulsé de mi hogar— interviniendo personalmente en la selección de sus textos,¹ editados durante una década en *Lunes y Marcha*. Que este volumen sirva de ejemplo y terrible escarmiento para los que pretendan seguir los pasos del miserable desaparecido.

Baltasar Pombo

1. Naturalmente, he corregido la ortografía, la sintaxis y la prosodia. También, he puesto al día algunas fechas y nombres.

I. USOS Y COSTUMBRES

CONFERENCIA EN LA PUNTA

El director de *El Heraldo del Funcionario Postal* —mensuario donde me desempeñé como cronista y corredor de avisos— me llamó a su despacho. Allí, sonriendo misteriosamente y obsequiándome con el resto del habano que estaba fumando, me preguntó:

—¿Tiene usted una remera a rayas?

—Sí, señor director.

—¿Y un par de mocasines marrones, con hebilla dorada?

—Por supuesto.

—¿Y un pantalón celeste, de *poplin* brillante?

—No faltaba más, señor Director.

—¿Y un pañuelito de cuello, preferentemente a lunares y entonado con la remera?

Asiento.

—Bien. ¿Y otro equipo de recambio, acaso?

—Como es lógico, señor director. Poseo también una remera lisa, verde iguana, un par de mocasines blancos con vira marrón, un pantalón *beige* de tela *pilot* y un pañuelo púrpura, a rombos.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que es el panamericanismo?

—En absoluto.

Mi director se levantó ruborizado de emoción y me estrechó entre sus brazos:

—¡Admirable, hijo mío! Queda designado corresponsal de *El Heraldo del Funcionario Postal* en la conferencia de Presidentes en Punta del Este. Tome estos 200 pesos para gastos de alojamiento, transporte y varios, y buena suerte.

Veinticuatro horas después me encontraba en la oficina de prensa de la Conferencia, a los efectos de acreditar mi condición periodística. Una señorita de dorados cabellos, ojos verdes y vaqueros Lee convenientemente lijados para avejentarlos a la moda, me atendió:

—¿Señor?

—Soy corresponsal de *El Heraldo del Funcionario Postal*, señorita.

—¿Corresponsal del qué?

—De *El Heraldo del Funcionario Postal*, para la conferencia.

—¿Qué conferencia?

—La de Presidentes, señorita.

—Ah, pero ¿hay una conferencia de Presidentes?

—Por supuesto.

—¿Y aquí, en Punta?

—Efectivamente.

—¡Ay, pero qué regio! ¡Isabeau, Isabeau! ¡Mirá lo que dice este tipo: que en Punta hay una conferencia de Presidentes. Señor: ¿de Presidentes de qué?

Creí llegado el momento de poner las cosas en claro.

—Señorita —dije con mi tono más firme—. ¿Qué oficina es esta?

—¿No vio el letrero al entrar, señor? Oficina de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Y usted no sabe que hay una conferencia de Presidentes?

—¡Jesús, señor! Una no puede estar en todo. Bueno, de cualquier manera ahora no lo puedo atender porque a mediodía hay un *swimming-rummy* en la pisci de Isabeau y tengo que ir a peinarme. Vuelva mañana, más bien tarde.

Algo desalentado, resolví buscar alojamiento. Averiguando cuál era el hotel más barato de Punta del Este, vadeé los bañados y zanjones que conducían a él y, una vez en la casilla, pedí para hablar con el dueño y mantuve el siguiente diálogo:



- Perdón, caballero. ¿Tendría usted aloj...?
 —No.
 —Quiero decir: ¿no le quedaría alguna piecitic...?
 —No.
 —Bueno, en ese caso, ¿un altill...?
 —No.
 —En fin, ¿un rinconcito en el garaj...?
 —No.
 —¿Y si durmiera ahí, en el jard...?
 —No.

Finalmente me retiré, pidiéndole disculpas por haberlo molestado y establecí campamento en una cómoda restinga, a escasos kilómetros de la avenida Arocena.

Esa misma mañana, sabiendo que el Presidente de Cipayagua acababa de llegar a Punta del Este, me propuse hacerle un reportaje exclusivo. Siete tentativas de llegar hasta el fundamental estadista fracasaron ignominiosamente. Sin cejar en mi intento, apliqué durante dos noches compresas yodadas a las mordeduras de los perros boxer que los guardaespaldas del Presidente lanzaban contra los intrusos y luego me hice anunciar como enviado especial de la Sociedad Interamericana de Prensa, de parte del doctor Carlos Manini Ríos. Fui recibido esta vez entre aplausos, silbidos de regocijo y risas generales. La conversación se desarrolló en estos términos:

- ¿Usted cree, señor Presidente, que...?
 —Por favor, mi amigo. Dejemos ese punto.
 —¿Y en cuanto a la posibilidad de...?
 —A ese respecto, las posiciones de mi gobierno son claras y terminantes. No, en absoluto.
 —¿Y la...?
 —En eso seremos más intransigentes que nunca. El proceso del Continente, la historia de Cipayagua y los antecedentes de las anteriores conferencias panamericanas así lo abonan. No puede haber dos actitudes y adhiero a la tesis citada, sin reservas.
 —Pero entonces...
 —No exactamente de ese modo. Más bien, procurando mantener el concepto doctrinario tradicional, adecuado a la coyuntura económica. Pero eso sí, primero los principios.
 —¿De manera que puede afirmarse la...?
 —Usted me ha interpretado, querido amigo. Yo también he sido periodista y comprendo su actitud.
 —Gracias, señor Presidente. Un honor haberlo conocido.
 —Adiós, mi amigo. Y ya sabe, todo lo conversado queda entre colegas. Olvídense de que es periodista, y discreción. Si publica una sola línea lo desmiento ¿eh?

Aseguré al Presidente que no saldría nada de nada y me retiré sollozando, entre los ladridos de los perros.

BLUES DEL CRIMEN PASIONAL

El anónimo decía:

«Señor Adalbert Perina: su esposa lo engaña con Oduvaldo Kant, todos los miércoles, de 17 a 20 horas, en la habitación 313 del hotel Mignon de esta ciudad. Un amigo».

Ese miércoles cargué mi pistola Luger con balas *dum–dum*, localicé en la guía telefónica la dirección del hotel y a las 17 y 15 derribé a patadas la puerta de la habitación 313. En un amplio lecho los dos amantes se alzaron semidesnudos, llenos de horror. Disparando desde la cadera, alojé dos balas en la frente del miserable, que murió en el acto. Después apunté hacia la arrastrada que, en ropas menores, gimoteaba despavorida sobre la alfombra y vacié sobre ella el resto del cargador. A continuación descolgué el tubo del teléfono y dije con voz serena al empleado de la recepción: «Llame a la policía. Se ha cometido un doble crimen pasional en la habitación 313».

Entonces me senté en un sillón a esperar lo inevitable y caí en la cuenta de que soy soltero, de que no me llamo Adalbert Perina sino Pascual Muntz y de que no tengo ningún amigo.

INFANTO–JUVENIL

El crimen había sido repugnante y toda la opinión pública se sintió soliviantada, no sólo por la edad del protagonista (triste ejemplo de cómo la sociedad había descuidado sus deberes al no condenarlo a trabajos forzados cuando —según se supo— a los siete años había roto un farol jugando en la calle a la pelota) sino también por los valores inmanentes que su acción había ultrajado.

Páginas enteras de la prensa fueron dedicadas con discreción a relatar el asunto, y en honor del periodismo nacional debe decirse que evitaron todo sensacionalismo. Proporcionaron, eso sí, las informaciones objetivas que debían servir como elemento de juicio a la indignada opinión pública: que el pequeño miserable provenía de una pareja de concubinos (el padre, a su vez, era bígamo en Bahía Blanca, donde su primera esposa cantaba en un cabaret del puerto y la segunda era mechera), que la madre ejercía un triste comercio en cumplimiento de tradiciones familiares y que en 1917 un tío carnal registraba entradas policiales en Sarandí Grande por ebriedad, exhibicionismo y ausentismo electoral; otros detalles morbosos —presunta amistad equívoca del menor con un barrendero jubilado

de filiación anarco-castrista, vicios secretos de su hermanita, primo edil heberista— fueron aludidos, con elogiada ética periodística, en forma lateral y mencionados como «sin confirmación».

La policía, a la que después se sumaron el Ejército y —una vez que los protagonistas de un naufragio que estaba transcurriendo desde hacía 72 horas en las restingas de la playa Ramírez perecieron de inanición, aburrimiento o simplemente ahogados— los helicópteros de la Marina y de la Fuerza Aérea, organizó exitosamente el acorralamiento. Era ridículo suponer que el vil sujeto hubiera escapado al exterior; todas las fronteras estaban celosamente vigiladas (en patriótico gesto, empresas azucareras de la zona suspendieron temporariamente la importación clandestina de braceros brasileños) y las autoridades militares encargadas de la represión del contrabando vacuno dieron orden a los regimientos fronterizos de que ejercieran de verdad su vigilancia, por una semana. Un pasquín de izquierda —que de inmediato fue clausurado por decreto, con confiscación de bienes y deshonor de por vida para sus redactores— aventuró la hipótesis de que el criminal hubiera salido hacia el Brasil disfrazado de bolsa de arroz, Chevrolet último modelo con chapa diplomática o novillito precoz, pero la insidia fue anulada de inmediato con dos editoriales de la prensa seria, una audición de la Cadena Andebu y el rumor sobre un posible manifiesto del Ateneo.

El país entero dejó por una semana de pensar egoístamente en los problemas individuales, originados en la preocupación materialista de la suba de precios, la devaluación del peso y las medidas de pronta seguridad, para mantenerse absorto y espiritualmente comprometido con el emocionante proceso de la cacería, donde estaban en juego principios morales y las bases fundamentales de la nacionalidad que nos legó el Prócer. Por encima de discrepancias circunstanciales, los partidos tradicionales se unieron en la condenación del delincuente y el ministro del Interior habló por una cadena de radio y televisión, fundamentando jurídicamente el derecho de la sociedad a defenderse. Casi de inmediato se formó una Comisión Nacional Pro Defensa de la Sociedad, que incluía una Subcomisión de Damas y Comités Delegados Departamentales, y abrió una cuenta corriente en el Banco de la República para recibir donaciones de los ciudadanos demócratas. Paralelamente, la Asociación Protectora de Animales San Judas Tadeo inició una colecta callejera con el lema «Si los niños son irrecuperables, dé para los animalitos de Dios», y la Liga de Beneficencia, presidida por la Primera Dama, organizó un desfile de modelos de primavera a beneficio de los cantegriles, mientras el partido Comunista recogía firmas para repudiar la actitud policial y reclamar el comercio con la Unión Soviética.

Finalmente, el sórdido individuo fue atrapado. Pese a tener ya 13 años y ser anormalmente desarrollado, había estado concurrendo durante toda la semana a sus clases habituales en el Liceo, disfrazado de infante-juvenil, refugiándose para dormir en funciones de la Comedia Nacional. Maniatado de acuerdo a su peligrosidad, fue conducido al Juzgado de Instrucción entre doce soldados armados a guerra, mientras que en las aceras la ciudadanía gritaba su repudio al sujeto y cerca de cien taximetristas hacían sonar las bocinas.

nas de sus vehículos y pretendían linchar al extraviado menor. Con increíble cinismo —y al mismo tiempo que un cronista policial le tomaba las medidas frenológicas para el artículo de la tarde— el feroz individuo confesó todo ante el Juez (aunque no pudo firmar la confesión debido a una molesta afección a la vista, que le había inflamado ambas órbitas, provocado la fractura de tres dedos y seis costillas y hecho perder tres dientes) y añadió: «Sí, ahora reconozco que hice mal en ir a jugar al futbolito». Una ola de justificado furor colectivo recorrió la nación cuando se supo además que el repudiable ser había inducido a sostener con él un partido de futbolito al hijo de un progresista cabañero del Norte muy conocido por sus experimentos técnicos de cruzamiento de razas para obtener mejores y más rendidores peones y para que el ganado vacuno consumiera menos alimentos (o al revés, no me acuerdo bien). Manifestaciones cívicas, encabezadas por dirigentes de O.R.P.A. DE. recorrieron las calles al grito de «¡La pena máxima! ¡La pena máxima!» y monseñor Corso ofició una misa campal en repudio al pecado y a la guerra de guerrillas. Entonces, con vista fiscal favorable, el Juez dictó sentencia, condenando al delincuente a la pena de vida.

EL ESPAÑOL EN EL AIRE

El avión se detuvo y vi que en la pared del descolorido edificio decía «CARRASCO—URUGUAY». Había llegado a destino. Apreté confiadamente el pequeño librito que me había dado la azafata y bajé, extrañándome de no ver indígenas con trajes típicos. Aquí estaba yo, Edgar Emptybrains, cronista del *Kalamazoo Mirror*, de Kansas, en mi primera misión de corresponsal extranjero.

Al anunciarme mi partida, Mr. Beast, el editor jefe del *Mirror*, me explicó: «Edgar, muchacho, tienes que ir al Uruguay para escribir un buen reportaje sobre el Colegiado». Yo no sabía lo que era el Colegiado, pero Mr. Beast sí. Ordenando por el comunicador que me descontaran dos días de salario por ignorante, Mr. Beast aclaró pacientemente: «Parece que se trata de un nuevo juego de salón. Los juegos de salón se han convertido para los uruguayos, después que inventaron la canasta, en una industria de exportación. El Colegiado se practica en torno a una gran mesa. Un equipo de seis juega contra un equipo de tres; la formación de los equipos se hace por un método copiado del sistema republicano de gobierno. A la vez, en el equipo mayor y en el menor, se desarrollan campeonatos internos por puntajes y, en caso de empate, puede haber transferencias porque el Reglamento, denominado Ley de Lemas, es decir...». Aquí Mr. Beast tartamudeó

imperceptiblemente y luego agregó, dándome una paternal palmada en el hombro: «Bien, sabrás los detalles cuando llegues». Objeté que no sabía italiano; Mr. Beast, luego de ordenar que me descontaran cuatro días, me dio otra gran palmada, esta vez con el puño cerrado y en el occipucio. «¡Edgar!», exclamó algo furioso. «¡Hijo de un negro, votante de JFK! ¿No sabes que en el Uruguay se habla español?» Cometí el error de decir que no y perdí el resto de mi sueldo por esa semana, recibiendo además una atroz bofetada. «¡Edgar!», bramó entonces mi jefe. «¡Te ahogas en un vaso de agua! Cuando subas al avión pide el *Diccionario de Frases Útiles en Español*, que la azafata te proporcionará gratuitamente. Allí tendrás todo el vocabulario que necesites, con la exacta pronunciación española. Y ahora vete, Edgar, antes de que me enfurezca y te envíe a cubrir una conferencia de prensa de Lyndon B. Johns...»

Todo salió como dijo mi jefe. Durante el viaje estudié cuidadosamente el pequeño diccionario y, especialmente, la fonética adjunta. Mr. Beast tenía razón: allí estaba todo y yo podía desempeñarme perfectamente sin intérpretes.

En Carrasco pasé rápidamente los trámites de Aduana. Después, dije a un changador: «Sírvese llamar un taxi», pero como estaba en el diccionario, es decir: «*Seehr-vah-seh yah-mahr oon tak-see*». El nativo cayó al suelo entre alaridos de gozo y convulsiones histéricas. En consecuencia, me dirigí a la salida y subí a un taxi. Una vez en el hotel, pregunté si constaba mi reservación de pieza, en la forma aconsejada por el diccionario: «*Tee-eh-neh oos-teh mee reh-sehr-vah-seeohn?*», con el resultado de una neurosis hilarante en tres empleados y un botones que rodaron por la alfombra llenos de júbilo. Ante esta conducta incomprensible traté de comunicarme con el cónsul norteamericano y dije a un señor que parecía el gerente: «*Dohn-deh ehs-tah ehl teh-leh-foh-noh?*». El señor se desplomó a mis pies gritando como un marrano y ahogándose en su propia saliva. Finalmente, ya irritado, llamé a un camarero que pasaba: «*Eh, kah-mah-reh-roh*» y el muchacho, poniéndose súbitamente rojo, me dijo algo así como «Tu abuela» (*Too ah-booeh-lah*) y siguió de largo.

Ya en la certeza de que los nativos —como todos estos pueblos simpáticos pero subdesarrollados— aún no habían aprendido su idioma, pedí la cuenta («*Lah koo-ehn-tah, pohr fah-vohr*») y abandoné el hotel. Afortunadamente en la otra cuadra había un letrero que decía, en correcto inglés, «HOTEL», y allí penetré, pidiendo un cuarto. Quiriendo saber cuánto costaba el cuarto, cometí el error de preguntar «*¿Koo-ahn-toh vah-leh?*», con el consabido resultado de que el funcionario del mostrador desapareciera convulsivamente tras el mismo, al mismo tiempo que decía el precio entre salvajes carcajadas. Siguiendo las instrucciones del diccionario respondí: «*Ehs moo-choh*» y lo interrogué acerca de si tenía «*Ahl-goh mahs bah-rah-toh*», pero no recibí respuesta, a no ser un rumor continuo, alternado con rugidos y toses.

En consecuencia decidí dejar el Uruguay, ante las costumbres incomprensibles de sus habitantes. Primero, pasé por una peluquería para afeitarme y me sentí francamente molesto cuando al explicarle al barbero en claro y perfecto español: «*Seer-vah-seh ah-fay-*

tahr-meh», sólo obtuve confusos bramidos y ojos en blanco que revelaban una alegría incontenible, mientras un rugiente coro se elevaba desde los bancos de lustrar zapatos. Entonces omití esta última operación, por temor a que los palurdos no entendieran la sencilla frase de «*Seehr-vah-seh loos-trahr-meh los sah-pah-tohs*» y me dirigí al aeropuerto, a tomar el avión de regreso.

Antes pasé por el Correo, luego de haber preguntado: «¿*Dohn-deh ehs-tah ehl Koh-reh-oh?*», y de haber obtenido una estampilla («*Deh-seh-oh ooh-nah ehs-tahm-pee-yah pah-rah ehs-tah kahr-tah*») y remití a Mr. Beast mi diccionario, para que aprenda y cuando yo llegue a Kalamazoo podamos dialogar en español.

DECÁLOGO DEL ASQUEROSO

1. Toda la humanidad es material odiable. No hay que dejarse impresionar por bebés rubicundos en sus cochecitos. Se les mirará a los ojos, procurando descubrir en ellos a los futuros infidentes, jueces de fútbol, etc. Si ostentan un babero que dice: «No me beses», se les besará repetidas veces lo más cerca posible de las fosas nasales. Si están llorando, es recomendable dejarles la mamadera donde puedan verla pero no alcanzarla.
2. Las viejecitas y los inválidos se han hecho para viajar parados en los vehículos de transporte colectivo. Se procurará permanecer a su lado esperando a que se desocupe un asiento y luego, graduando con precisión el *tempo* (para que se ilusionen), ocuparlo uno mismo en el momento en que ellos dan el suspiro de alivio. No olvidar un discreto pero intenso pisotón. En caso de amputados, se dejará caer un fósforo encendido junto a la pierna ortopédica.
3. Para un asqueroso con conciencia, un padre primerizo es un objetivo ineludible. El campo de acción será, preferentemente, la sala de espera de las maternidades. No es conveniente operar con asistencia menor a seis padres, por razones de psicología de masas. En la disertación inicial se desarrollarán exhaustivamente los temas de la fiebre puerperal, los trastornos post-operatorios y la falta de higiene en los sanatorios, añadiendo alguna breve anécdota sobre olvido de instrumentos en pacientes mal cosidos. Al oír los primeros vagidos será el momento de relatar un episodio cuidadosamente documentado sobre la habitualidad del trueque de identidades en las *nurseries*. Si los

oyentes demostraran desinterés, se recurrirá a la historia del niño con seis dedos en cada mano, aludiendo al mecanismo de la partenogénesis y la ineluctabilidad de los cromosomas. También deberá excitarse el escepticismo de los padres en materia de filiación.

4. Los mozos de café no se llamarán a chistidos, ni por su apellido, evitando así una intimidad que conduzca a la falta de respeto. El procedimiento aconsejado es levantar el brazo derecho y castañetear los dedos, sin mirar al sujeto. La actitud puede ser mejorada si se continúa leyendo o conversando con un interlocutor durante el castañeteo. Se sabe de mozos que, sometidos a este tratamiento durante una jornada de labor, han experimentado alentadores trastornos psicossomáticos y crisis depresivas agudas. Un efecto complementario y muy conveniente es arrojar la moneda de la propina en la bandeja, para que suene espectacularmente. Se constatará al instante que la gente de otras mesas fija la mirada en el mozo y, en esos casos, la expresión del sujeto y cierto temblor de barbilla y una dilatación del iris, que puedan registrarse, serán un satisfactorio resultado.
5. Nadie tendrá derecho a considerarse asqueroso en plenitud, si no ha trazado por lo menos una inscripción pornográfica en algún gabinete higiénico. Es muy útil llevar siempre encima una lista de direcciones y teléfonos de jovencitas recién presentadas en sociedad, curas párrocos, presidentas de sociedades protectoras de animales y madres de amigos de la infancia. Siguiendo un cuidadoso orden preferencial, esos datos se anotarán con lápiz, tinta o *drypen* al pie de frases reveladoras de tristes debilidades humanas, procurando no escribir sobre azulejos (fácilmente limpiables) sino sobre paredes de cal y a alturas resguardables. Un resultado más inmediato se obtendrá si se elige el gabinete de un café adonde concurren el novio de una de aquellas jovencitas o un amigo de la infancia.
6. Para un asqueroso no hay nada mejor que otro asqueroso. Especialmente en reuniones particulares, cumpleaños de quince y bodas de plata, se deberá estimular en asistentes novicios o desorientados las posibilidades latentes que dejen entrever. Si se tuviera la buena suerte de encontrar entre la concurrencia un asqueroso auténtico, mayor de edad y en buenas condiciones, miel sobre hojuelas. En ese caso y en pocos minutos puede formarse un equipo que, por improvisado, no dejará de proporcionar grandes satisfacciones. Tareas menores pueden ser encargadas a los novatos, a saber: a) abrir de pronto la puerta del baño donde hace diez minutos se ha introducido una señora congestionada y decir clara y distintamente, antes de cerrar: «Perdón, caballero; no lo había visto»; b) dejar cigarrillos encendidos sobre manteles de *nylon* o de encaje de Malinas; c) pararse contra la pared apoyando el taco de goma en el empapelado y desplazarse lentamente, en esa posición, a lo largo de la pieza; d) escupir dentro de cerámicas danesas.

El experto, en cambio, se dedicará a tareas de mayor enjundia. Es muy eficaz mirar largamente, con aire de discreta estupefacción a la joven señora del matrimonio recién presentado y musitar como para uno mismo, en tono audible: «Caramba... Hubiera jurado que... Realmente... Pero no, naturalmente». Si el marido no se diera por enterado, debe añadirse: «Perdón, señora. Pero el miércoles usted no estaba en... No, no puede ser, por supuesto». El tono que adquirirá la piel del esposo y la parálisis general de la joven señora serán el indicio de que uno debe retirarse a disfrutar el momento. Se ha notado que, en un gran porcentaje de casos, el matrimonio abandona precipitadamente la reunión, casi sin despedirse, lo que evidencia la mala educación del despreciable género humano.

7. El apartidismo político es una de las condiciones esenciales del asqueroso, ya que le permitirá operar cómodamente con afiliados de todos los sectores. Los procedimientos más usados, en este campo, son el de recopilar discursos y declaraciones formuladas en las últimas elecciones por un dirigente que acabe de proclamar su fidelidad al líder del partido; el de grabar con pequeños aparatos a transistores lo que el dirigente dice en la mesa del Tupú o del Jauja y editarlo como separata de la versión de sus palabras en el Parlamento; en fin, el de publicar mensualmente la lista de diputados que han importado autos baratos y la de directorios de sociedades anónimas. Cabe advertir, sin embargo, que el campo político ha sido ya casi abandonado por los asquerosos vocacionales y desinteresados —es decir, por los artífices que conservan celosamente las reglas de un arte incomprendido— debido al intrusismo de los asquerosos profesionales y rentados.
8. Aunque no como condición ineludible, es conveniente que el asqueroso posea automóvil. Ello abre una interesante gama de posibilidades. Conviene ensayar primero las condiciones operativas en empresas menores. Los expertos señalan que el pasaje por una escuela primaria a la hora de salida, manteniendo una velocidad de 120 kilómetros por hora, con escape libre y claxon oprimido, ha sido la causa de numerosos casos de deficiencias glandulares, trastornos prepuberales, incontinenia nocturna, deformación de retina y complejos de Edipo. Los días de lluvia con formación de charcos en el pavimento no deben desaprovecharse; es particularmente útil reiterar en esas oportunidades el denominado «efecto rasante» optando normalmente por viejecitas jubiladas, niños en traje de primera comunión y, en lo posible, mendigos de edad proyecta.
9. Las condiciones de asqueroso no reconocen limitaciones de sexo. Una mujer con clara conciencia de su posibilidad y una decidida vocación, tendrá siempre ventajas sobre un asqueroso masculino, debido a sus cualidades genéricas. La asquerosa, sin embargo, deberá cuidarse de ejercer el odio, como sería su tendencia, únicamente sobre las mujeres, dadas las notables condiciones operativas que ofrece el otro sexo. Imposible

detallar aquí la complejidad de situaciones favorables que puede ofrecer a una asquerosa integral el conjunto de sus relaciones masculinas. Baste solamente establecer algunas normas generales, a saber: a) hasta los 30 años el hombre es despreciable; b) de los 30 a los 50 años, el hombre es despreciable, incomprensivo y estúpido; c) desde los 50 años hasta su muerte, el hombre es despreciable, incomprensivo, estúpido y reblandecido; d) todas las personas que no son hombres, merecerían serlo; e) debemos vengarnos preventivamente de los hombres y/u otras personas.

10. El asqueroso no nace, se hace, y el periodismo ayuda.

SONETARIO NACIONAL

Soneto para exquisitas del Sorocabana

*Delicado miraje el de tus sienes
que derrama la torre marfilina
de tu cuello en sazón, por donde viene
a trazar su sutil huella ambarina*

*el beso azul que se fugó a la esquina
de tu hombro ebúrneo, ese que mantiene
tu fábrica perfecta y saturnina,
tu par arquitectura sin sostenes.*

*Deja ya tu costado sin sollozos,
tu casta cerradura sin candado,
tu sosiego lunar sin los rebozos*

*que Diana te otorgó, para mi enfado,
e iré en tu pos, mujer, entre los mozos,
a ver si alguien me paga este cortado.*

Soneto para concurso del Ministerio de Cultura

*Ya me salgo de mí, ya me deslomo,
y tuerzo el día hacia el confín lejano,
atravieso tomado de tu mano
la ceniza en que yazgo y donde como.*

*Es tu viña de hiel la que te aroma
mientras penetro en el desierto arcano
donde muere la muerte de mi hermano
y llora Eros lágrimas de plomo.*

*¿Quién entiende mi súplica y mi ruego?
¿Adónde voy? ¿En qué tormento me hallo?
Corola ajada y del color del fuego,*

*mi corazón es un voraz caballo
y tú, el establo cruel donde me entrego.
¡Viva Pacheco! ¡Viva Alba Roballo!*

Soneto para que traduzcan en París

*Yo soy buena y me gusta la poesía.
Yo soy casta y camino por la arena.
Mi mano abierta, mi caricia fría,
dicen que yo soy casta y también buena.*

*Vivo en mi casa y tengo mucha pena
y tengo padre, madre y una tía.
Yo soy una tranquila flor serena
que perfuma al costado de la vía.*

*Mi verso es casto, bueno y muy tranquilo,
no uso palabras raras o innombrables,
mi verso es vertical, igual que un templo.*

*Cualquier puede comprender mi estilo
casi sin diccionarios incomprables
como el Petit Larousse, por ejemplo.*

Soneto de poetisa joven

*Juana escondida, viña de la espuma,
marina corza que el delfín no alcanza,
Juana de aljófar, canto en alabanza
de tu resina en flor, torre de bruma.*

*Dos palomas sostienen tu costado
y un viento de suspiros te atraviesa,
Juana transida y en sollozos presa,
níveo asfódelo, sueño amortajado.*

*¿De qué espesura acechas, oh, encantada,
la gris canción de tu verano triste?
¿Hacia qué luto vas, oh, ensimismada?*

*¿Cuándo, Juana, gacela que no embiste,
me escribirás el prólogo, ay, soñada
mujer, que cierta vez me prometiste?*

LIBERTA DE REUNIÓN

Cuarta de Fierro, a 10 de los presentes.

Senior Concerjero Nasional don Luis Pallas Pérez.

Querido gefe:

Tomo la pluma en la mano y molesto a usted para elebar a Su Ebcelensia una quega contra prosedimientos polisiale impropio desta hora de curtura y respeto a las libertá individualmente consideradas que nuestro gobierno impulsa vorasmente desde que semo malloría, u sea que decidme usted, senior Concerjero, que vapasar el día que sonemo nel comiccio, si ahora biene cualquier milico desastroso, con perdon de la cara de Su Ebcelensia y se entroduce alebosamente nel clús y nos corta la racha que justo yo lestaba disiendo al Martincho guambia la perica que asoma la pata y en ese presicso istante el guampas de hule éste biene y nos da la vox de preso.



No deceo abundiar en detalles pues Su Ebcelsencia, que malquebien sabe leer y escribir, abráse henterado ya por el diario del atropelio incalificado cometido en nuestras personas, que nos portaron codo con codo como bulgares timberos y suerte que nuestro candidacto, prestigioso companiero de ideas y garantía del halquiler del clús y de la operación que ize para ponerme los masticantes, doptor Zorrilio, se abivó a tiempo y rajó por el tragalux y después aguambió un rato y cuando estábamo en cana porporceonando la fileación lejítima al escriebiente este doptor piernaso va y liama por telefo al cumba viejo de la comizaría y todos oímo el chamuyo y la gozábamo como enanos, cuyo diálogo transcribo literatamente fidedipno a Su Ebcelsencia, almirado gefe, para que apresieis usted el balor cí-bico del candidacto que nos honra. «Ola, ola (va y dise el doptor que es un piquito de oro, no despresiendo) por un desos porsiacasos no podería ablar con el Coimizario, de parte del doptor Emergensio Zorrilio y Obes?» Tonce tendría que aber bisto, Su Ebcelsencia, como el cumba viejo y castigador de pungas de malpelo se bino de jalea propeamente y se endulsó con el rigor dese apellido bárbaro. «Sí, doptor, comonó doptor, no faltaría más doptor, un equíboco claro doptor, mis respeto al senior Concerjero Pallas Pérez doptor» y metaiponga en tal forma y manera que liá todos recogimos las cacharpas y tuti cuanti y afetamo cara de caballeros ofendido para recibir las disculpa del cumba y hasta el escriba dejó la lapisera y héte aquí nuestra sorpresa cuando el arbitrario gerarca pega la retranca y agarra y le retruca al doptor: «El problema es que tengo órdenes del Menistro, doptor, y no se menoge»y que patatín y que patatán la cosa es que sosprevisamente tonce colga el telefo sudando como chanco herbido, mala comparasión con perdón de Su Ebcelsencia y va y dise como a la almósfera, sin mirar a naide: «Tan todos loco nunca se bio nada paresi-

do y yo que ago dios mío ahora que me faltan seis mese para el premiorretiro» y tenblava como bara berde y se depeinava todo que me caiga muerto, Su Ebcelencia, que me acordaba a usté, recordáis, en aqueya parte tan belia que se mandó nel discurso de Paysandú. Mal momento que aprobechó el Martincho para agarrar corage y meterla hasta el borsilio donde guarda los sietebelos de repuesto, porque qué se le hocurre a este hijo de la gran-breña sino que va y le ronca al cumba viejo que se cuidara el cargo que coimizarios hay muchios pero ciudadano como los abago firmantes nadamás que poco y seletos y que clús sin entretenimientos es clús al agua y que más bale que nos debiliera las sumas encautadas y los emplementos de trabajo que vastante nos costó el agugerito con plomo del dado y taparlo otra ves y que desde cuando un onrrado hartesano es persseguido y si savía quién era el capo en el gobierno.

Total quel ombre se puso líbido y nos miraba como si fuera a reventar y le salía una hespumita y empezó a decir «pa-pa-pa» y el Martincho ba y dise lo mas frexco: «Claro, Pallas Pérez», pero el cumba se atraganta y le ruje al escrebiente: «¡Páselos!».

De manera y modo, querido Gefe, questa es la situación, de gran delicadesa y inomina, porque ase dos días que no abrimo el clús y semo en cana encomunicado y a la desposición del Jué. Digo yó, senior Concerjero, y el Martincho questá nel fondo vuscando jabón amarillo para efectuar unos dado rumidentario ya que los milico cobraron oy y todos los día nase uno, surscribe con mí esta terrogante: ¿será posible que, como hosa desir la oposición, habría discrepancia de criterio en la saltas esfera soficiales? ¿Ese seniorcito Menistro podrá más que el doptor Zorrilio, nuestro anegado candidacto nuebamente dispuesto a ofreser su colaboración con Su Ebcelencia desde la vanca que sea, enclusive la hanónima y modesta de la quanela sesional? ¿Permaneserá mudo y zurdo el Comité Ejecutivo del Partido ante esta hofensa a dos jóbenes atibistas como el Martincho y mí, sepultados en las mazamorras polisianas como en hépocas que paresían superada, cuando los hesbirros de la ditadura ultragaban a la ciudadanía democrática?

Elebo a Su Ebcelencia esta nota de apelación aprobechando aber conosido fugasmente aquí a un tira de su custodia y que me dijo que oy iba a berlo porque usté hiba aser un paseo democrático hentre el pueblo sin guardaespalderos y tonce le dí la nota. Pienze que los comiccio están próximo y que con conferensistas y otras morondangas no van a yenar el clús. Y además, que esta atitud ilegalista del Menistro está lesionando la libertá de reunión que es libre por ser un derepcho constitucional y el doptor Zorrilio le puede decir si no es cierto que ya tenemo ofresimiento para istalar la carpeta en otro clús alversario así que pensadlo usté, senior Concerjero y resiba los respectuosos y almirativos decesos de buena salú en compañía de los sulios.

Toto Bastoenpuerta
(a) *Yema de Orlón*

LA NAVEGACIÓN AÉREA

Lunes, 09:30

Mañana mi abuelita de Artigas cumple 93 años y le daré una sorpresa apareciéndome por allá. Viajaré en avión, porque me encanta la economía y la velocidad. Amo al pájaro alado del progreso. En el mostrador de PLUNA donde intento adquirir el pasaje, me atiende una señorita que bosteza. Dialogo con la señorita.

Yo.— Psst.

Señorita.— Uuuuaah.

Yo.— Psst.

Señorita.— Diga.

Yo.— Un pasaje de ida y vuelta para Artigas.

Señorita.— ¿Edad, nacionalidad, estado civil, ocupación en los últimos quince años, domicilio aquí, domicilio allá, color del iris, índice frenológico, certificado de jura de la bandera, carnet de identidad, peso, número que calza, motivo del viaje, radiografía del tórax, nombre y ocupación de los padres, cuánto se va a quedar, hijos en edad escolar, enumere los bultos de mano, qué asiento prefiere?

Yo.— P—pero...

Señorita.— Bien, en realidad no hace falta. Pase por la caja y lleve el importe justo. El vuelo sale de Carrasco a las 7 y 30. Deberá estar aquí a las 3 y 30 de la mañana. Cien pesos para el ticket del ómnibus por favor.

Yo.— Bué.

Señorita.— Uuuuaah.

Lunes, 11:30

Estoy en la caja, esperando a que regrese el cajero, quien a las 10 y 30 fue a hacerle punta al lápiz en la Sección Suministros. Parece que el sacapuntas está en un cuartito de la derecha, donde ya entraron tres rubias y un mozo con cortados, y salieron el mozo sin cortados y dos rubias.

Lunes, 12:00

Cajero (que vuela).— ¿Qué lápiz? ¿Quién es usted? ¿Pasaje? No, ahora la caja está cerrada. Vuelva a las 16 y 30, con el importe justo en billetes nuevos.

Lunes, 17:30

Ya tengo el pasaje de ida y vuelta y el ticket del ómnibus. El vuelo durará apenas una hora y cincuenta minutos. Parece mentira. Abuelo me contaba que en sus tiempos se demoraba hasta una semana, por carretera. Papá, cuando fue, demoró dos meses. Claro que cuando volvió mamá había comprado camas separadas y papá nunca volvió a ser el de antes.

Martes, 03:15

Estoy esperando el ómnibus, en la oficina del centro. Me levanté a las 2 y gasté \$ 185,50 en taxi desde Belvedere, para llegar a tiempo. En el mostrador, me atiende un señor que bosteza.

Yo.— Psst.

Señor.— Uuuuaah.

Yo.— ¿Ya vino el ómnibus?

Señor.— Hable más fuerte. ¿Qué ómnibus?

Yo.— Para ir al aeropuerto.

Señor.— ¿Qué aeropuerto?

Yo.— El aeropuerto de donde sale el avión.

Señor.— ¿Qué avión? ¿Quién es usted? ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? Uuuuaah. ¡Ah, el ómnibus! No vino todavía.

Martes, 11:45

El ómnibus no ha llegado, porque el vuelo se retrasó. Ahí viene el ómnibus. Me siento, nos sentamos y partimos. El chofer conversa con la tripulación del avión, que viaja junto a los pasajeros en actitud democrática que la honra. Oigo trozos de la charla. Parece que el chofer del ómnibus se durmió porque anoche debió traer de madrugada desde Punta del Este a no sé qué presidente, que no podía manejar el coche oficial debido a una indisposición. Me emociono, pensando en los sacrificios que deben realizar los hombres públicos a cargo de las empresas del Estado.

Martes, 12:30

Ya estamos en el aeropuerto. Me siento muy excitado ante la perspectiva del viaje. Un señor con mameluco blanco y uñas negras me quita de la mano el portafolios donde llevo una novelita de Mickey Spillane y el paquete de almendras para la abuela. Lo sigo hasta la aduana. El señor toma una brocha llena de engrudo y me arruina para siempre el portafolios, pegándole encima una etiqueta y atándole otra en el asa. Lo pesa. Me pesa. Parece que me pasé en el peso. El señor de blanco tira el portafolios en una vagoneta llena de valijas. Encima pone un baúl y oigo a las almendras de abuelita hacer cracracrac.

Martes, 13:10

Me empujan hacia un pequeño mostrador, donde hay cuatro jóvenes vestidos de azul con brillantes galones de oro. Uno está escribiendo algo y moja el pulgar en las amígdalas para dar vuelta las hojas de algo. Otro habla con una azafata maquillada y le dice por qué no le trajo el extracto Nuits de Desire en el vuelo 143. Otro grita por teléfono a un señor que se llama Operador y dice que no le grite. El cuarto bosteza y me mira.

Joven 4°.— Uuuuaah.

Yo.— Podría decirm...

Joven 4°.— Llegó tarde.

Yo.— Lo que quiero es preg...

Joven 4°.— Hay que venir más temprano. Ya cerramos la lista.

Yo.— Pero es que tengo un pasaj...

Joven 4°.— Hay que avivarse, amigo.

Yo.— Es que mi abuelit...

Joven 4°.— No se gaste.

Yo.— (Hablando ligerito) PeroesquetengounpasajeparaArtigasiestoiennalista.

Joven 4°.— ¿Y por qué no se explica claro? ¡Qué fenómeno, los uruguayos nunca aprenderán a viajar! A ver, muestre. Ta bien. ¿Equipaje, documentación, tique de bodega? Ajajá. Bueno, espere por ahí.

Yo.— ¿Cuándo sale el avión?

Joven 4° (a Joven 3°).— Vó, mirá qué pregunta.

Martes, 14:55

El avión, según el Joven 3°, está demorado. Dialogo con el Joven 3°.

Yo.— Perdón, señor... ¿Por qué está demorado el avión?

Joven 3°.— Plafón bajo.

Yo.— No entiendo.

Joven 3°.— Condiciones operacionales, ¿no entiende? Artigas cerrado.

Yo.— ¿Quéé? ¿Y mi abuelita se quedó adentro?

Joven 3°.— Vaya, señor. Espere y no moleste al personal técnico. Por el parlante le van a avisar.

Martes, 16:00

Me compré un chocolatín, pero igual tengo hambre. Le pregunto al Joven 1° si aquí hay un restaurante. Me dice que sí, en el segundo piso, ascensor de la derecha. Pretendo entrar al ascensor y un hombre con cara de portero me pide credenciales. Al mostrarle mi pasaje, me ordena que me dirija a la sala de aduana, exigiéndome que permanezca allí hasta que

se me haga el examen médico de la cuarentena, porque vengo de San Pablo, donde hay cólera. Empiezo la discusión con el hombre con cara de portero, al que se le ha agregado un portero con cara de hombre y dos funcionarios de Inmigración.

Martes, 16:30

He triunfado en la discusión, demostrando fehacientemente que nadie en mi familia ha estado nunca en San Pablo y que no vengo, sino que voy. Subo al restaurante. Almorzaré como si fuera un viajero internacional. Mi viejo sueño se cumple.

Martes, 17:45

El mozo no viene. Comienzo a inquietarme.

Martes, 18:00

Llega el mozo con la lista. Hago cálculos mentales y pido un *sandwich* de queso, una *cacola* y nada más. El mozo se ríe a carcajadas y se va.

Martes, 18:15

Algo preocupado por la tardanza, reitero el pedido al mozo, que está limpiándose las uñas con un tenedor, en un ángulo del salón. El mozo viene y saca el *sandwich* del bolsillo. Se olvidó de la *cacola*, pero no importa. Mastico despacio, haciendo tiempo.

Martes, 19:00

Está anocheciendo. Me siento melancólico. Pido la cuenta al mozo, que instantáneamente me la presenta: Son \$ 228,40, distribuidos así: *sandwich*, \$ 100,40; Derecho de piso, \$ 25,00; Porcentaje de comedor, \$ 50,00; Porcentaje de cocina, \$ 35,00; Contribución Voluntaria para el Fondo de Aeropuertos, \$ 18,00. Pago y bajo por la escalera. Oigo al altoparlante que está diciendo algo como «Brrroomtrácate – trácateartigas». Corro hacia la oficina de PLUNA. Allí me entero de que el vuelo está suspendido por falta de repuestos hasta el martes próximo.

Martes, 21:00

Estoy en el Sorocabana. Pagué \$ 975,00 de taxi desde Carrasco, porque el ómnibus no transporta a pasajeros que no hayan llegado. Como yo tampoco salí, mi caso pasó a estudio del Directorio, pero el chofer no me dejó subir. Pienso en abuelita y en papá. Llora.

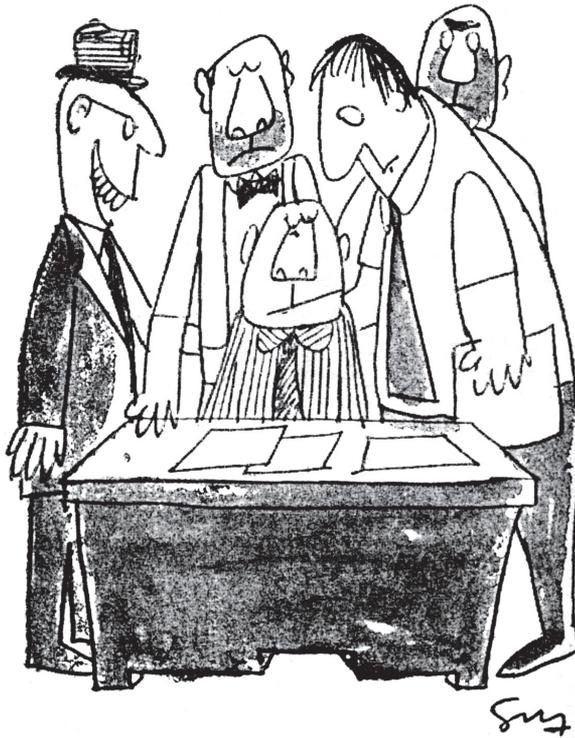
LA MUERTE CAMINA HACIA SCALDAFERRO (Nouvelle OBJETIVO–POLICÍACA)

A las 18.30 horas, William Natalio Scaldaferro, cronista policial, entró en la redacción del diario donde trabajaba. Deteniéndose ante la puerta del despacho del Secretario, pintada de gris y con vidrios esmerilados, dijo: «Muy buenas tardes, señor». Cinco pasos más adelante, hizo un alto ante el escritorio del Jefe de Informaciones y dijo: «Buenas tardes». Al llegar a su mesa de trabajo, lanzó un saludo circular con la mano izquierda a los demás redactores y dijo: «Buenas». Quitándose el saco, lo colgó en una percha de unos ciento cincuenta centímetros de altura, tubular, esmaltada en negro, que se encontraba contra la pared adosada a un archivo clausurado. Sucesivamente, extrajo de los bolsillos del saco: un paquete de cigarrillos negros (abierto); un lápiz rojo; un lápiz azul; un sacapuntas; un encendedor imitación Zippo, con iniciales que no correspondían a su nombre; un paquete (empezado) de pastillas de menta; una lapicera esferográfica imitación Parker; un escapulario de la Santísima Virgen de la Macarena que lo acompañaba desde la muerte de su madre, por anorexia; 22 maníes que había comprado poco antes al manicero de Olimar y 18 de Julio, estacionado en la vereda Sureste.

Depositando esos objetos sobre el escritorio, volvió al saco para extraer del bolsillo exterior derecho un llavero con nueve grandes llaves y tres chicas. En el llavero eligió una llave pequeña imitación Yale y con ella abrió una gaveta metálica rectangular situada en una estantería aparentemente de roble, de donde extrajo una máquina de escribir Remington, modelo 1966, de 120 espacios, que colocó sobre una mesita para máquinas de escribir. Con otra llave del llavero, niquelada y algo desgastada en la base, abrió el tercer cajón de la derecha de su mesa, retirando de allí un fajo de cuartillas en blanco, calculables entre 50 y 60 hojas. A continuación, arremangando cuidadosamente los puños de su camisa de *nylon porex*, celeste con delicadas rayitas grises, se desprendió de su muñeca izquierda el reloj pulsera (marca Puffo, que atrasaba veintidós minutos cada veinticuatro horas), le dio cuerda y lo colocó sobre el escritorio, paralelamente a las cuartillas. Tomó entonces el tubo de un teléfono negro, que se encontraba también sobre el escritorio, discó un número interno que correspondía a la cantina del diario (aunque muy recientemente, porque hasta la semana anterior había sido el de la sección Carreras) y solicitó a un señor a quien llamó Tito, presumiblemente de su amistad: un café largo, en vaso, con cuatro terrones; un paquete de cigarrillos negros; un vaso grande de soda, pero por la mitad; una caña añeja doble; un platito con algo para picar. Luego colgó.

De inmediato el teléfono sonó tres veces. Scaldaferro atendió, y oyó una voz aguardentosa. La reconoció como del auxiliar cuarto que hacía la guardia nocturna en la oficina de prensa de la Jefatura de Policía. Mantuvo este diálogo con la voz aguardentosa:

—Hola.
 —Hip.
 —Decí.
 —Hip.
 —¿Qué más?
 —Scalda.
 —Sí. ¿Qué?
 —Hip.
 —¿Qué más?
 —Hip. Hip. Hip.
 —Amplíá.



—Tres detenidos hip.
 —¿Dónde?
 —Aquí. En San Josip y Yip. Hip.
 —Por qué? Quiero decir, ¿por qué?
 —No sep. Hip. Son tip.

—¿Quip?

—Son tipos importantips me parece. Hip. Los hipcieron pasar al despacho de Oterip.

—Gracias. Chau.

—Hip.

William Natalio Scaldaferro colgó, con un brillo de acero en la mirada, tras sus lentes de 9 dioptrías con marco de carey sintético. Eligiendo la llave correspondiente abrió la gaveta metálica rectangular y guardó en ella la máquina de escribir, cerrando la gaveta. Retirando el tercer cajón de la derecha en el escritorio, separó del fajo de cuartillas una docena cuidadosamente contada y guardó las restantes en el cajón, cerrándolo con la llave ya descrita. Después se ordenó los puños de la camisa y se puso el saco, volviendo a colocar en los bolsillos los objetos que había extraído de ellos poco antes. En el trasiego, constató que faltaban: un lápiz azul; un encendedor imitación Zippo; una lapicera esférica imitación Parker. Aprovechó entonces la oportunidad para efectuar un pequeño ejercicio deductivo. Sentándose en una silla separada unos treinta centímetros del escritorio, meditó durante aproximadamente dos minutos con la cabeza apoyada en la mano izquierda, doblada en ángulo escaleno con el lóbulo inferior de la oreja del mismo lado, y al cabo de ese plazo estableció el siguiente silogismo: premisa 1: los objetos estaban al alcance de cualquiera; premisa 2: era la hora en que estaban llegando los editorialistas; conclusión: resignarse y a otra cosa.

Entrando de lleno a su tarea, Scaldaferro buscó en una libreta pequeña, de tapas negras y cantos dorados, los números telefónicos del Jefe de Policía, del Subjefe de Policía, del Director de Orden Público y del Encargado de la Comisión para Delitos Económicos. Asiendo el teléfono con la mano izquierda, discó sucesivamente dichos números. Los resultados, por su orden, fueron estos:

Llamada al Jefe de Policía:

—Hola, ¿está el señor Jefe?

—No.

—¿Cuándo volverá?

—No se sabe.

—Gracias.

Llamada al Subjefe de Policía:

—Hola, ¿está el señor Subjefe?

—No.

—¿Vendrá más tarde?

—No.

—Gracias.

Llamada al Director de Investigaciones:

—Hola, ¿está el señor Director?

—Guau, guau.

—¿Vendrá más tarde?

—Guau.

—Gracias.

Llamada al Director de Orden Público:

—Hola.

—No.

Llamada al Encargado de la Comisión para Delitos Económicos:

—Hola, ¿está el señor Encargado?

—No.

—¿Podría llamar a otro funcionario?

—Ya se fueron todos.

—Entonces, ¿usted podría...?

—Yo tampoco estoy.

—Gracias.

Trece minutos después de colgar el tubo, se aproximó a Scaldaferro el mozo de la cantina del diario, que le traía en una bandeja: un cortado en pocillo, con ocho terrones de azúcar; tres paquetes de cigarrillos rubios, uno de ellos con filtro; un vaso de agua con magnesia efervescente El Cosaco; un almanaque 1954 de Lanas Teo; un tíquet por \$ 227,30. Luego de disponer que todo ello fuera devuelto a la cantina, el cronista solicitó audiencia al Jefe de Informaciones, a quien expuso así los hechos: tres caballeros detenidos en el despacho de un jerarca policial, la Policía ocultando la información y rehuendo el reportaje; absoluto mutismo de la prensa oficialista; quizás un nuevo caso Alberzoni. Levantando la vista del tablero de ajedrez donde estaba ganándose una partida a sí mismo con esta jugada: T 4 A, el jefe de Informaciones comunicó a Scaldaferro: «Vaya. Pero no más de una carilla y media, que hay un aviso de Pipi Cola». Scaldaferro salió hacia la Jefatura de Policía, cruzándose en la escalera con el mozo de la cantina, que le traía en una bandeja: un plato de papas fritas a caballo; media botella de vino de Los Cerros; una porción de peras en almíbar; un carretel de hilo negro; un tíquet por \$ 227,30. William Natalio lo hizo regresar a la cantina.

Dos horas después, Scaldaferro entraba a la redacción como una tromba. Mientras extraía la máquina de escribir Remington de la gaveta rectangular metálica, mediante la llave imitación Yale, gritaba periódicamente: «¡Paren las rotativas! ¡Paren las rotativas!». La justificación de esta exigencia consistía en que en la Jefatura y mediante sobornos, amenazas y halagos, había obtenido la más sensacional nota del año. Los tres caballeros

detenidos estaban relacionados con un asunto de maniobras con divisas, enturbiado con planes subversivos en las Fuerzas Armadas, espionaje a favor de un país situado detrás de la Cortina de Hierro y violación de una desdichada pareja de novios, vinculados por consanguinidad al segundo de los barraqueros implicados. Este repudiable último hecho se sindicaba como habiendo ocurrido en la *garçonnière* del tercer barraquero, quien acababa de ser propuesto para ministro, y la circunstancia habría sido una feroz francachela que, presidida por tres diputados del oficialismo y dos diputados de la oposición, incluyó a dieciséis infanto-juveniles de ambos sexos y de alguno más, procedentes por mitades del Consejo del Niño y de tres familias de diplomáticos extranjeros. Se sospechaba a la vez que un tío político del novio vejado era el responsable, en complicidad con un obispo coadjutor, de un intento de estafa con redescuentos de un banco del interior, vinculados al pasaje de vacunos al Brasil en forma ilegal, situación tolerada por un alto funcionario de la Aduana también complicado con una gavilla de ladrones de automóviles. Sobre la novia, por el momento, no pesaba ninguna imputación.

Cuando Scaldaferro hubo escrito dos carillas y se encontraba en la duodécima línea de la tercera, el Secretario de Redacción se acercó a su escritorio y expresó: «William, m'hijo: Ponga todo lo que quiera, menos lo principal. Hay orden». Scaldaferro rompió entonces las dos últimas carillas y recibió la visita de un emisario del Jefe de Avisos, quien le comunicó: «Señor Scaldaferro: no se puede tocar en la crónica ni a los tres barraqueros, ni al banco, ni al novio, ni mencionar la marca de los automóviles, ¿oyó? No-se-puede». William Natalio rompió la primera carilla, puso otra en blanco en la máquina, para lo cual hizo girar suavemente el rodillo con la mano derecha, mientras con los dedos índice y pulgar de la izquierda deslizaba la hoja en los mecanismos alimentadores, y oyó sonar el teléfono. La llamada era del Director. «¡Scoralatti! —gritó afectuosamente el Director, quien nunca recordaba el nombre de sus colaboradores—. ¡Querido Spiantacane! ¡Cuidado, muchacho, si ya está escribiendo sobre este desgraciado asunto! Nada de aludir a este amigo casi ministro, ¿eh?, ni a este mozo que es tío del novio, ¿eh?, ni al obispo, ¿eh? Y menos a este asuntito del contrabando de ganado y de los sobrinos del embajador, ¿eh? ¡No descienda al sensacionalismo barato, amigo Strilatti! Nosotros, mus, ¿...»

De este modo y sucesivamente, Scaldaferro fue enterado:

—por el Jefe de Informaciones: de que no se debía mencionar tampoco a la novia, ya que se había educado en el Sacré Cœur y la cronista de Sociales había llamado recién, casi histórica, para transmitir un pedido del Nuncio;

—por un telegrama colacionado del Sub-Administrador: de que la crónica debía omitir toda referencia al alto ejecutivo de la Aduana;

—por la visita del secretario privado de un ministro: de que todo lo relacionado con haciendas, redescuentos, fronteras y cualquier tipo de negociado en general sería muy del desagrado de las fuerzas vivas de la República, en momentos en que el Mundo Libre estrechaba filas ante la amenaza del totalitarismo rojo y de que próximamente habría en

el ministerio un llamado a concurso para encargado de prensa, puesto para el que el señor ministro estaba buscando jóvenes despiertos, preferentemente periodistas;

—por una llamada de un inspector del Consejo del Niño: de que no se podía imprimir ni el nombre ni los antecedentes de ninguno de los infanto–juveniles procedentes de esa repartición;

—por un anónimo escrito en inglés con acento húngaro–madrileño: de que si publicaba los datos de los infanto–juveniles de familias de diplomáticos extranjeros, Scaldaferro y sus descendientes hasta la cuarta generación ingresarían en la Lista Negra de Fidelistas, llevada por la Liga Oriental de Naciones Avasalladas S.A.

Informado de todo lo anterior, Scaldaferro tomó una carilla en blanco, la colocó en la máquina, graduó el funcionamiento del aparato para tres espacios y escribió la siguiente información: «FALSA ALARMA. Circuló anoche en los ambientes periodísticos montevideanos una falsa alarma sobre pretendidas circunstancias originadas en determinados círculos, que por error fueron vinculadas a algunas personalidades de insospechables antecedentes. Estamos en condiciones de afirmar que sólo ha sido una falsa alarma». Extrañando el papel de la máquina, William Natalio lo entregó al Jefe de Informaciones, quien dio mate a las negras con esta jugada: A 5 C y entregó la carilla al mensajero, para que la llevara al taller.

William Natalio guardó la máquina de escribir, avisó por teléfono a la cantina que suspendieran el pedido, repartió el contenido de sus bolsillos entre los editorialistas, dio la mano al Secretario de Redacción y, dirigiéndose a un retrete que ostentaba en su puerta el letrero «Ellos», se encerró por dentro y se abrió las venas con un filoso instrumento cortante de 18 centímetros de hoja y cabo de cuerno. Doce días después, un limpiador que fue a higienizar el retrete encontró el cadáver.

Desafío al lector

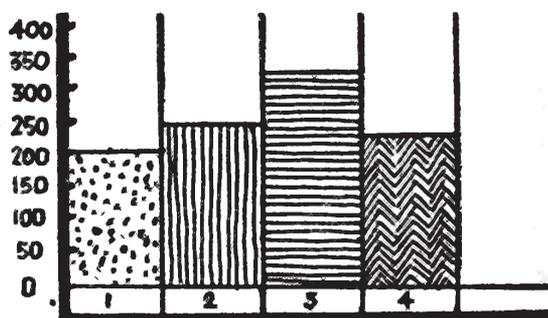
¿Quién mató a William Natalio Scaldaferro? Si el lector ha seguido atentamente los hechos mencionados, podrá hallar sin dificultades la solución.

LA ESTADÍSTICA Y LA CLASE MEDIA

Puede decirse con propiedad que, entre nosotros, la Sociología como ciencia aplicada permaneció en una etapa embrionaria hasta 1928. Fue precisamente en ese año que fundé el PLOP (Pulsadores del Latido de la Opinión Pública Inc.), ya que mis encuestas individuales de opinión pública me habían hecho prever la crisis de 1929 y, estadísticamente, mi despido del puesto que como agente viajero ocupaba en la fábrica de perfumes Charogne Frères.

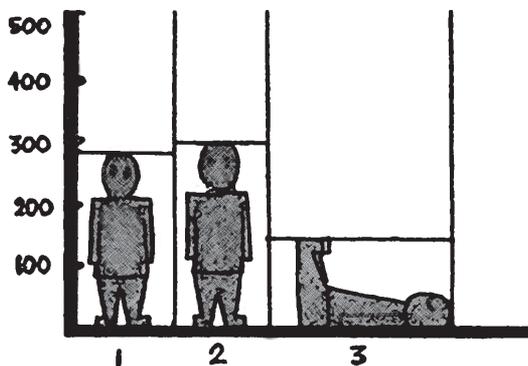
Creo que los datos recogidos a lo largo de estas décadas por el PLOP, permitirán desentrañar eficazmente el proceso histórico, económico, político, psicológico y gastrointestinal del Uruguay. Desde 1929 el PLOP viene ordenando y clasificando esos datos. En los últimos años, comenzó a efectuar su tabulación en las modernas máquinas electrónicas Burroughs and Bestiaughs, pero algunas pasajeras aunque molestas incomprendiones de la UTE ante el verdadero carácter desinteresado de la investigación científica, han interrumpido periódicamente la tabulación por enojosas cuestiones relacionadas con recibos supuestamente impagos. A esos inconvenientes, que el PLOP ha aceptado con resignación científica, se agregó el año pasado el incidente de Saturno Glutnik. Saturno, meritorio operador de la máquina Nº 3, se descuidó una tarde, intentando manipular los botones al mismo tiempo que leía un editorial de *Acción*. El implacable mecanismo tabulador le tomó primero los dedos y luego lo succionó por la boca de alimentación de la máquina, enhebrándolo metódicamente durante media hora a través de los dispositivos descartadores. Al cumplirse el ciclo de tabulación Saturno fue devuelto con 1.657 perforaciones y en forma de tarjetón, resultando particularmente interesantes sus columnas primarias. Ordené, ya que no se podía hacer nada por él y además era huérfano y soltero, que se le pasara nuevamente por la máquina recopiladora. De ese modo, las perforaciones del desdichado Glutnik arrojaron algunas ilustrativas respuestas sobre la evolución de nuestra clase media.

Debo confesar que la lamentable aunque útil transformación de Saturno (quien cuelga ahora en mi despacho, enmarcado en caoba) y las respuestas proporcionadas por sus perforaciones, fueron uno de los motivos para mi interés por la clase media. El trabajo que aquí presento es una vulgarización de los copiosos materiales de encuestación acumulados por el PLOP después del holocausto de Saturno. Los doy a luz por considerar que pueden servir a la obra de gobierno que está realizando el partido Colorado, profundamente respetuoso —como se ha podido comprobar— de la Estadística, la Planificación y, en general, de la Ciencia como auxiliar de la política. He preferido el diagrama por razones de espacio y para ser comprendido rápidamente por los estadistas, gente más afecta a lo audiovisual, por decirlo así, que a la lectura.



En el cuadro I, las cifras están expresadas en miles de personas y, de izquierda a derecha, las figuras 1, 2 y 3 representan el crecimiento del sector terciario en el trienio 1951–1953. La figura 4 representa una muestra del casimir que elegí para un sobretodo que pienso encargarme este invierno, si Dios quiere.

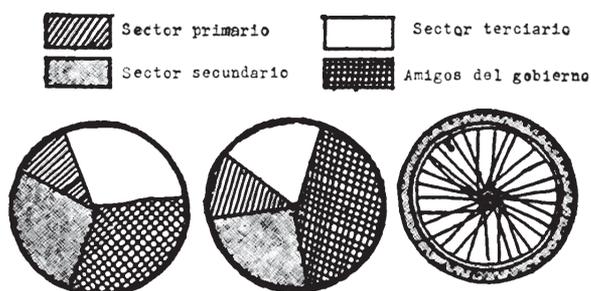
Resulta impresionante comparar por medio de la Estadística, la Sociología y el Dibujo a Pluma la evolución seguida por la clase media en otros países. Por razones geográficas e históricas, el Uruguay, la Argentina y el Brasil poseen particularidades similares en ese estrato.



Rasgos tales como la movilidad social, la presión del sector terciario y la contabilidad por tarjetas múltiples, permiten dibujar muñequitos muy divertidos. En el cuadro II la figura 1 representa la situación de la clase media argentina. La figura 2 el de la clase media brasileña. La figura 3 representa el de la clase media uruguaya.

No menos importante que lo anterior es el análisis de los bienes que el sector terciario posee, proyecta poseer o poseyó. En el aspecto del activo fijo es particularmente sugestivo el índice de automotores, rodados, bienes vehiculares u otras denominaciones aplicadas por los sociólogos a los autos. He aquí, en el cuadro III, la distribución por sectores sociales de los autos existentes en el Uruguay en el trienio 1966–1968. Las figuras 1 y 2 representan los años 1966 y 1967. La figura 3 representa un cálculo presuntivo para 1968 y no

muestra un corno de distribución por sectores sino una rueda de la bicicleta que espera a todos los automovilistas si esta mishiadura sigue.



EL MUNICIPIO Y YO

Después de excitarme solitaria y patrióticamente con la lectura de editoriales de prensa donde se fustigaba la vituperable condición del obrero criollo, perezoso y mal ciudadano, tomé una decisión: nosotros, los miembros de una clase media que es la reserva moral de la nación, debíamos dar el ejemplo. Solicité entonces licencia sin suspensión de servilismo en el club político desde donde ejercía, en cierto modo, la conducción del Partido, actuando como suplente tercero del prosecretario de actas; luego vendí a un ropavejero todos mis cuellos y puños de celuloide, el sobretodo que inauguré cuando el entierro de don Pepe Batlle y mis dos trajecitos de entretiempe y adquirí en cambio un overol, un par de alpargatas, una camisa de dril y una boina de vasco.

Así caracterizado, me presenté a mi jefe, en la Sección Introducción al Trámite, Mesa B, de la Dirección General de Expedientes y Archivos Provisorios del Municipio. Aquel rectilíneo caballero (que desatendía noblemente los intereses de su alto cargo para dirigir la pequeña oficina anexa a su despacho donde tramitaba inscripciones tardías, jubilaciones y paréntesis presupuestales) se encontraba entre pilas de expedientes acomodados en el suelo y aceptaba sacrificadamente ese engorro, ya que los cajones y armarios de su despacho estaban atiborrados con nuestras credenciales cívicas. Al ver mi atuendo arqueó una ceja, pero no pareció inmutarse; desde diciembre de 1967 cumplía religiosamente su promesa de 1966: «Si Pacheco Areco llega a ser presidente de la República, ya no me asombraré de nada».

Brevemente le expliqué mis intenciones: quería ser trasladado a una cuadrilla municipal, como obrero, para dar el ejemplo. Comencé a fundamentar mi solicitud, hablando de que no me importaba la remuneración en la cuadrilla, de que yo consideraba que el Partido merecía los mayores sacrificios a cambio de las libertades públicas y la democracia que nos garantizaba, de que dejaría un cargo vacante... Pero no pude continuar; al oír

la palabra «vacante» el jefe se arrojó en mis brazos y me besó en la frente, al tiempo que su secretaria iniciaba un furioso tableteo de máquina de escribir redactando el decreto de aceptación. Casi simultáneamente un mensajero apareció como de milagro, salió como un cohete con el expediente y volvió a los dos minutos con la resolución firmada por el Intendente, donde se me transfería, se agradecían los servicios prestados y se nombraba para el cargo que yo dejaba vacante a la señorita Azucena Myriam Cacciacavallo, meritória correligionaria que esperaba en la antesala.

Una hora después era presentado al Capataz General de Cuadrillas Municipales, imponente individuo sentado tras un escritorio metálico, sobre el que un pico de acero cromado con mango de sándalo apretaba expedientes y documentos diversos. El Capataz General estaba asando en esos momentos un trozo de faisán, a la usanza de las cuadrillas municipales, en una pequeña y moderna parrilla eléctrica adosada al bar de la biblioteca. Mientras salpicaba con salsa Perrins la aromática pechuga y sus dos secretarías privadas disponían en una mesita mantelería y vajilla Rosenthal, así como una pila de adoquines firmados por José Belloni para que se sentara, aquel hombre del que dependía la suerte de mi experimento me sometió a un experto y breve interrogatorio:

—¿Nombre?

—Savonarola Cigliutti.

—¿Ocupación anterior?

—Auxiliar sexto.

—¿Especialización?

—Ninguna.

—Muy bien. ¿Reacciones neuromusculares?

—Lentas o inexistentes.

—Perfecto. ¿Fuerza física?

—Ninguna.

—Espléndido. ¿Resistencia al sueño?

—Caigo dormido cada dos horas.

—Admirable. ¿Vocabulario?

—Debo confesar que soy terriblemente bocasucia.

—Fenómeno. ¿Apetito?

—Un rinoceronte. Debo alimentarme con proteínas y glúcidos cuatro veces por día.

—¿Sabe manejar pico, pala, rastrillo, paleta de albañil, escalera, perforadora neumática?

—Por su orden: no, no, no, no, no, no.

—¿Alguna característica temperamental notable?

—Me gusta pararme al sol, vestido con una camiseta sucia, un sombrero grasiento, en pantalones de fútbol desteñidos y con un pucho en el colmillo, mientras estoy bañado en sudor y polvo, a decirles porquerías a las muchachas que pasan.

En este punto el Capataz General dejó el faisán y me abrazó conmovido, diciéndome:

—¡A mis brazos, espejo de obreros de cuadrillas municipales! Oírlo conforta mi viejo corazón. El puesto es suyo. Preséntese mañana, de 10 a 12, en la Cuadrilla 18–F.

La Cuadrilla 18–F no era mala. Consta de un Capataz de primera, dos Capataces de primera supernumerarios, dos Sub–Capataces de segunda, un Sub–Capataz de Tercera, un Sub–Capataz de cuarta, dos Sub–Capataces de Quinta y tres obreros, uno de ellos en goce de licencia por alergia. Mi llegada fue saludada con alborozo, ya que promovía un provechoso movimiento del escalafón. Pero yo me había preocupado de munirme con diversas y poderosas tarjetas de recomendación, de manera que el Capataz Encargado (por ausencia del Capataz de primera, en ese momento delegado en el Congreso Panamericano de Cuadrillas Municipales que estaba celebrándose en Washington, DC) no tuvo más remedio que ofrecerme un puesto de cierta jerarquía y decoro. Calándose los lentes, en su despacho instalado en una tienda de campaña en mitad del pavimento que debíamos levantar, examinó minuciosamente mis credenciales.

—Hemos tenido problemas con el Sub–Capataz de Abastecimientos —me dijo— por haberlo sorprendido cumpliendo la ley de Licitaciones Públicas. Es algo recalcitrante y se ha empeñado en comprar diariamente el asado, el pan y el vino por medio de pliego de condiciones y llamado a ofertas, en vez de subdividir los rubros en partidas que permitan la adquisición directa al gallego de la esquina y la consiguiente comisión. Reconozco que el sistema es algo irregular, pero soy responsable ante la Superioridad y me limito a cumplir las mismas normas dictadas desde arriba. ¿Le gustaría el cargo?

—A decirle verdad —repuse—, no entiendo mucho de abastecimientos. En mi Sección, las coimas siempre estaban a cargo de Oficiales segundos en adelante. He oído decir que también tiene vacante la Sub–Capatacía de Relaciones Exteriores. ¿Tendría inconveniente...? Creo que los contactos de la Cuadrilla con el público y un punto de vista moderno y amplio sobre relaciones humanas es la base de toda labor en una Cuadrilla que realmente quiera ser constructiva...

Finalmente, transamos. Mediante un sistema de compensación de horas extra que me permite acumular tres días hábiles por semana y con un viático para locomoción, desempeño simultáneamente la Sub–Capatacía de Relaciones Exteriores y la Secretaría de Prensa de la Capatacía de Hacienda, acéfala por traslado del titular a la Oficina de Planeamiento.

De manera que aquí estoy, habiendo renunciado a todos mis derechos de clase, convertido en un auténtico proletario, dando el ejemplo a los inconscientes sectores obreros de la actividad privada. Por común acuerdo con el Capataz Encargado, y en los ratos libres que me permite mi copiosa actividad administrativa, colaboro con los dos obreros en el levantamiento del adoquinado que constituye el Segundo Plan Quinquenal de nuestra Cuadrilla, para las tres cuadras que se nos asignan en el Plan Regulador convenido por el Municipio con la Alianza para el Progreso y el BID. A veces, me parece mentira haber sido un ocioso burócrata de oficina.

LA DOLCE VITA

I

—Ufa. Estos no terminan nunca de llegar y ya son las... Pe—pero, che, ¿todavía no te vestiste?

—Tranquila, tranquila. ¿No precisás más el baño?

—No, ya terminé. Movete, no seas plasta, que van a estar aquí y vos todavía en paños menores.

—¿Y qué tiene? ¿No somos todos amigos?

—Andá, repugnante. Ya te gustaría a vos que Madelón te ayudara a ponerte la ropa. ¿Te crees que no los observaba, la otra noche, en La Emiliana?

—¿Y tuviste tiempo? Porque te pasaste todo el tiempo haciendo rodillita con Jimmy.

—Si serás guarango.

—Guarango, pero tengo ojos.

—M'hijito, el ojo del amo engorda el ganado.

—Y bien gordo que está, ¿eh?

—Cretino.

—Vieja verde.

—Lalo, grito. Mirá que grito.

—Esperate que lleguen y te pongas a bailar con Jimmy. Así gritás cuando te aprete. ¿Hay tohallas limpias?

—¡Lalo, LAAAALOOOO!

II

—Riiin.

—Ahí llega la plaga. ¿Tengo las medias derechas?

—Sí. Las torcidas son las piernas.

—¡LAAAALOOOO!

—Riiiiin.

—Abrí.

—¿No se me corrieron los labios?

—Estás bien. Para lo que te va a durar el *rouge*. Abrí.

—No podés negar la raza, ordinario. Para brutos, los Angostorena.

—Brutos, pero no le hiciste asco a la plata.

—Torpe, torpe, torpe.

—Dale.



—¿La mini no me hace bolsa, atrás?

—Con qué. Abrí.

—Pasen, pasen, chicos. Madelón, tesoro, ¿cómo estás, bandida, tanto tiempo? Los estábamos esperando. Pasá, Jimmy, ya te tengo preparado un trag... ¿Cómo? ¿Jimmy no vino?

—No, tenía que ver a un cliente. Te presento a Jacques, condiscípulo mío en la Facu de Humanidades. Pasó por casa a dejarme un libro y lo invité. Jacques, Andrea.

—Gusto.

—Gusto.

—Adiós, Lalo, bandolero. ¿Vos siempre atorra, junto a la botella?

—Sí, gordi. Pasá y servite. ¿Te traés al de turno?

—Callate, imbe. Jacques, esto es Lalo.

—Gusto.

—Gusto.

—Riiiiiin.

—Abrí, nena, que llegan más.

—Andá vos, haragán. Decime, Madó: ¿Jimmy tendrá para mucho?

III

—Lalo, Lalo, saca a esa pesada de Dáinashor. ¿No sabés que ahora viene mucho Morgana King?

—Nothing, chiquita, nothing. ¿Querés un Aznavour?

—Si lo bailás conmigo...

—Poupée, no jorobes al Lalo que es casado.

—Salí, Pancho. Hoy no estoy en vena.

—Te pongo dos Aznavour si bailás con Pancho y me dejás tranquilo.

—Asqueroso. Vení, Pancho. Con bastante mufa, ¿eh? Poné la mano aquí.

- María del Rosario.
- ¿Qué?
- Tomá la media.
- Metela con este portaligas dentro de los zapatos, que los dejé en la heladera.

IV

- Adiós, orgulloso.
- ¿Eh?
- Usted no me conoce, pero yo no me le pierdo partido.
- Interesante. ¿Quiere un whisky?
- Si es de su vaso, sí.
- Bueno. Vení, rubia, en el bergère hay sitio para dos.
- ¿Qué bergère?
- ¿No ves, a oscuras?
- Ahora, sí.
- ¡Ay, Denise, no te me sientes arriba!
- Pardon, no los había visto. ¿Con quién estás?
- Conmigo.
- ¿Ah, sos vos? ¿Cómo andás, Julio Alberto?
- Bien, Denise. ¿Fuiste anoche por casa?
- No, che. Dormí en el apartamento del centro.
- ¿Y los nenes?
- Le telefoneé a la *fraulein* antes de levantarme. Gustavo, un poquito resfriado, porque va al liceo con la capota baja. Las nenas, espléndido. Figurate que Marcia fue elegida por la barra para anotarse en el concurso de Miss Mundo. No le cuentes nada a papito, me dijo. Vos hacete el que no sabés.
- Che, a los catorce. Mirá que esos concursos son medio bravos.
- No te preocupes. La *fraulein* la va a acompañar a todas las presentaciones.
- Denise, dejá a tu marido tranquilo, que estaba conmigo. No te pongas cachi.
- Perdoná, tenés razón. ¿Venís a comer mañana, che?
- Depende.
- Bueno, chau. Seguí, que no los interrumpo.
- Chau, vieja.
- ¿Y? Te estoy esperando en el otro bergère.
- Oy, me había olvidado.
- Tomá un buchito.
- Glup. Ay, tramposo, sacá la boca.
- Así que vas a verme a los partidos.
- A todos.

- Te gustan las bochas, entonces.
 —No.
 —¿Y a qué partidos vas? Tomá otro buchito.
 —Glup.
 —Chuic.
 —Traidor. Todavía no te di permiso.
 —Tenés razón. Chuic, chuic. ¿Y a qué partidos vas, entonces? Tomá otro buchito.
 —Chuic. A los de polo, a verte jugar, en Carrasco.
 —Si yo nunca he jugado al polo. Chuic.
 —¿Cómo? Chuic. ¿Usted no es Mocho Salaverrigordi?
 —Nunca. Chuic. Yo soy el electricista de la esquina, que vine a arreglar los tapones.
 —Oh, qué distraída. Chuic. Chuic.

V

- ¡Laaalooo! ¡LAAALOOO!
 —Aquí eshtoy, vidibta. ¿Québ queb—rehs, mi esh—pobshita?
 —Lalo, apestás a Chivas Regal. Lejos, por favor. Hablá de lejos.
 —Lalo, dame el bretel.
 —Callate, Leonie. Dejame hablar con mi marido. Vení, Lalo.
 —¡Ay!
 —¡Parbleu!
 —Tebné cuibdado, Andreíbta, que acabasch de pibshar a Jacques y a tu amiguibta Madeloncibta.
 —Madó, please. Estás pelando la alfombra. Aubusson. Tené modos.
 —Callate, hip, mona celosa. ¿Por qué no lo llamás por teléfono a Jimmy, así se te pasa la neura?
 —Dejala, Madelón, dejala. Vení que te sigo explicando lo de la píldora.
 —¡Aaay, aaay! ¡Sáquenme a este sátiro! ¡Sáquenle el tomacorriente!
 —¡Denise, Denise! Por lo menos echate una cortina por arriba.
 —¡Nooo, Freddie, nooo! ¡Con el sifoon, nooo, que no puedo mojarme!
 —La bohéme, la bohéme!
 —¡Silencio, silencio! ¡Freddie va a recitar una poesía sobre el Che!
 —¿Dónde está mi mini? ¿Dónde está mi mini?
 —¡Lalo, Lalo! ¡Decile a Luis María que me respete! ¡Lalo! ¡Ay, Luis María, no, no! ¡Eso, no! ¡Luis María, mirá que le cuento a Elenita cuando vuelva de Roma, Luis María!
 —Che funebreros, pongan un poco de Juliette Grecco, para mufarse con razón.
 —¡Albinoni!
 —¡Aznavour!
 —Callate, Leonie y salí de la bañera, que te dormís y te ahogás.

VI

—Ufa, che. Por fin se fueron.

—Sí, se fueron. ¿Usás el baño?

—Andá vos primero, que yo voy a demorar cuando entre.

EL VIAJE AL ESTE

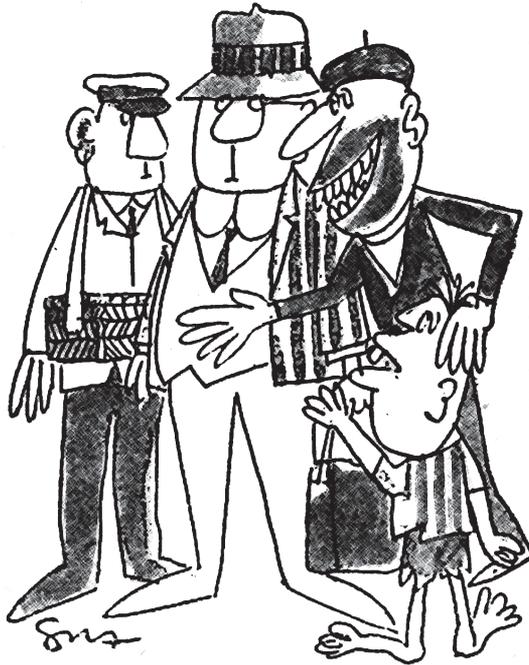
El 31 de diciembre —como todos los días desde que triunfamos los colorados y arrojé en una cloaca mi carnet de afiliado a la Agrupación Heber— me desperté, puse la Radio Ariel para escuchar el informativo y arreglé someramente mi lecho de soltero, presidido por las imágenes de mis ídolos políticos, Ulysses Pereira Reverbel y Eugenio Baroffio. Descendiendo del altillo que alquilo a misia María de las Mercedes Iturriberrigorry Viscaízaco, nieta del tercer Mártir de Quinteros empezando a contar desde la derecha del pelotón de fusilamiento, me dirigí al viejo y señorial comedor donde se servía tradicionalmente el boldo del desayuno. Era un día venturoso para mí, y empezó bien. Misia María de las Mercedes había cobrado el día anterior un aumento en la pensión graciable que le corresponde como Mártir descendiente. (El aumento, dicho sea de paso, había sido propuesto por un diputado adventicio, tercer suplente a cargo de la banca —por viaje del titular a Buenos Aires, a comprarse unos mocasines y ropa interior— y permanente prometido de Adelaida Lydia, la cuarentona y única hija de mi casera.). Pundonoroso coronel y hombre de letras, el Mártir era recordado con unción por misia María de las Mercedes: «Vivo —decía— el pobre Raimundo nunca sirvió de mucho; pero muerto, da gusto cómo mantiene a la familia». Divagaciones aparte, el hecho es que esa mañana mi taza de boldo aparecía guarnicionada con una galletita Anselmi.

«Barriga llena, corazón contento», reflexioné más tarde, mientras me dirigía a tomar el ómnibus interdepartamental, llevando en un bolso de mano algunas pertenencias. Había vestido, sencilla pero correctamente, mis ropas veraniegas: panamá con amplia cinta negra y alas bajas, chaqueta Oxford a rayas azules, blancas y rojas, cuello duro liviano, camisa malva, chaleco de piqué blanco, pantalones blancos de hilo irlandés, calcetines patito y zapatos *trotteur* con chapitas de hierro. «Breughel Scanarotti, muchacho —me dije, observándome al pasar en una vidriera—, nadie diría que tienes cincuenta y uno cumplid...»

Con disimulo, palpé en el bolsillo pectoral del chaleco un dulce bulto: el monedero de anca de potro con los 2.695 pesos líquidos de mi aginaldo como auxiliar cuarto en el

Registro Nacional de Bienes Mostrencos, Sección Olografía, Mesa 4 de Entradas. Hacía 28 años que esperaba ese momento. Laboriosamente había pagado mis pequeñas deudas y ahorrado centésimo sobre centésimo. En 1953 dejé de fumar; en 1962 conseguí suprimir el café; en 1965 abandoné la absurda costumbre de la cena. Mi escaso pero aseado guardarropa databa de 1929, y mi único gasto suntuario consistía en coleccionar el *Suplemento Familiar de El Día*. Merced a ese sano y honesto sistema de vida había llegado a fines de 1967 sin deudas ni israelitas adustos parados ante la caja los días de pago; el gobierno hizo el resto, concediéndome el aguinaldo. En consecuencia, iba a cumplir mi tímido sueño de juventud: pasar un día en Punta del Este.

Adquirido mi pasaje y el número de asiento, salí a la vereda. De inmediato un sujeto achinado y descomunal me arrebató el bolso de mano; abrí la boca para pedir socorro, pero reparé que el asaltante usaba la gorra que identifica a los mozos de cordel y lo seguí dócilmente hasta la puerta del ómnibus. Allí me entregó el bolso con estas palabras: «Tuentifaiv sopelines, maestro». Una vez que un pasajero caritativo me tradujo la frase al español, aboné resignado los veinticinco pesos y tomé asiento, mientras un parlante avisaba algo así como «Brrroom trácate—trácate brrrom trácate—trácate...nutos».



Media hora después, con el ómnibus aún estacionado bajo los umbríos plátanos de la plaza Libertad, desperté aterrorizado ante una voz con acento bielorruso que aullaba en mi oído, desde el pasillo: «Pastillacaramelocandequerefrescaelaliento... Chocولاتine-

caramelobombonegalletita... Revistaparaelviaje... Caande», mientras el anciano dueño de la voz, provisto de una gorra blanca y de una bandeja llena de porquerías, depositaba en mis rodillas una serie de cajitas y envoltorios, mascullando amenazadoramente: «sesentaiochoconsesentaicincomejorsitienecambio». Ruborizado hasta la raíz de los cabellos, pagué, arrojé aquella maldita mercancía por la ventanilla (lo que me valió una enérgica reprimenda de un inspector, cubierto de maní con chocolate y pastillas de orozuz) y volví a adormecerme. Otra media hora más tarde lancé un alarido descomunal, presa de una pesadilla en la que un murciélago comenzaba a devorarme una oreja. Abrí los ojos; a mi lado, un niño de unos cuatro años de edad, con un pucho humeante en la boca y tierra en la cara como para dos reformas agrarias, me hurgaba el oído derecho con un índice de color indefinido. Al verme despierto sonrió, descubriendo un largo colmillo amarillento de nicotina y *haschisch*, me puso en la mano una estampita de San Cono y dijo con voz aguardentosa: «Un pesito pa'comer, vaya señor, no sea podrido». De inmediato introdujo la mano en mi bolsillo y extrajo un puñado de cambio que posteriormente justiprecié en \$ 57,50, retirándose luego del ómnibus. Optando por mantenerme despierto, ante esta situación, debí abonar sucesivamente: \$ 20 a una anciana sollozante y desdentada, que exhalaba un repugnante olor a *vermouth* nacional y alegaba ser bacilar escapada del Saint Bois por malos tratos; \$ 100 como primera cuota de un número correspondiente a la rifa de una casa, un automóvil y un folleto sobre cómo eludir los impuestos al patrimonio, pro-viaje de los estudiantes de Histología Ovina; \$ 10 que deposité en la latita con que una rubia descarada y con medias de encaje rojo solicitaba contribuciones para el Cottolengo de las Hijas de María; \$ 60 por seis gusanos aterrorizados, recubiertos en parte por manzanas de California, que me arrojó por la ventanilla una muchachita cargada con una canasta, mientras gritaba: «¡Señor! ¡Usted, el de los cachetes! ¡Señor! ¡Manye qué fatura, señor!».

Aproximadamente una hora y media después de mi llegada e instalación el altoparlante se compuso el pecho y emitió los siguientes rugidos: «Brrrom trácate-trácate... Se avisa a los señores pasajebrrroom con destino trácate-trácate a San Carlos, Maldonado, Las Delicias y Punta del brrroom trácate-trácate, que deberán cambiar de ómnibusrrroom. Se les informará cuando llegue el nuevo brrroom trácate-trácate». Cargado de revistas, números de rifa y gusanos, descendí a la acera bajo un sol de fuego y tomé asiento en un banco. Entonces una garra implacable se apoderó de mi tobillo y mi pie derecho fue apresado en una especie de plataforma, mientras un energúmeno de color destrozaba mis callos a cepillazos y embadurnaba mis amados zapatos *trotteur* con aceite quemado de auto. Dos minutos después el energúmeno me propinaba un feroz golpe de trapo en el juanete derecho y gritaba: «¡Ta!». Acobardado, pregunté cuánto era. Me dijo: «¿El ñorse es turista?». Me di cuenta de que si respondía afirmativamente, aquel deslavado me consideraría más respetable, y expresé: «Sssi; de Buenos Aires». Entonces el energúmeno me cobró \$ 55 por la lustrada y se retiró después de haberme robado un cordón.

El sol declinaba gloriosamente entre los canteros de la plaza, cuando miré el reloj y vi que eran las 20 y 40. El altoparlante respiró hondo y dijo alentadoramente: «Pasajeros para Punta del broom... Su coche llegará dentro de trácate minutos». Pero yo estaba algo triste; sentí frío y me subí la solapa de la chaqueta. Pensé que a estas horas seguramente misia Mercedes estaba ya sirviendo la sopa de puerros de la cena. Entonces tomé un tro-lebus y me volví al Prado. Al bajar en la esquina de Larrañaga y Balta Ojeda noté que me habían robado el monedero y, ya sin apetito, subí a mi altillo a leer números atrasados del *Suplemento Familiar de El Día*.

LA REVOLUCIÓN

Considerando que la nación sufría una profunda crisis moral provocada por los agitadores de izquierda, las pretensiones sindicales y la infiltración foránea, el coronel Gutiérrez decidió derrocar las instituciones como única solución para el mantenimiento de la democracia.

En consecuencia, convocó en el casino de oficiales al teniente coronel Rodríguez, a los tenientes Pérez y Sánchez, al alférez Núñez y al cabo de corneta González, exponiéndoles su sencillo plan insurreccional. Dichos militares aprobaron cortésmente el proyecto y sólo rogaron al coronel que, de ser posible, el levantamiento se adelantara para no coincidir con el fin de semana, pues para ese domingo estaba programada la final del campeonato de fútbol.

—Obvio es advertirles, señores —dijo el coronel después de acceder a la petición, ya que él mismo era presidente de uno de los clubes finalistas— que este asunto debe ser manejado con la discreción más patriótica. Ninguno de ustedes debe andar hablando por ahí de la insurrección, que para eso estaré yo. A los efectos, convoqué una conferencia de prensa, donde expliqué al pueblo nuestros motivos.

—Mi coronel —preguntó el alférez Núñez, ruborizándose un poco—. ¿No cree usted aventurado haber divulgado todo en una conferencia de prensa previa al motín?

El coronel sonrió paternalmente y respondió:

—Muchacho, se conoce que usted es nuevito. En primer lugar, la gente no cree en absoluto lo que dicen los diarios, desde hace mucho tiempo. Pero además, ¿dónde ha visto

usted que en este país los diarios publiquen las noticias en tiempo? Cuando aparezca el reportaje, ya hará varios días que estaremos gobernando.

Así tranquilizados, aquellos pundonorosos oficiales se estrecharon las manos, regresando a sus diversas ocupaciones en entes autónomos, intervenciones de servicios descentralizados y otras patrióticas tareas para las que los civiles resultan incapaces y corruptos.

A la mañana siguiente el coronel Gutiérrez hizo formar a la tropa en el patio del cuartel, les dirigió una breve proclama, hizo retirar las municiones de las armas, para evitar que sus muchachos pudieran lastimarse al escapárseles algún tiro, y al son de charangas y pífanos, el regimiento salió a paso redoblado rumbo al centro, para apoderarse de los vitales puntos estratégicos señalados en el plan. El coronel, astutamente, regresó a su domicilio (ya había obtenido un certificado médico de reposo absoluto, para despistar) y se metió en la cama provisto de una radio portátil, por la que seguiría el curso de los acontecimientos. Con similar astucia, el teniente coronel Rodríguez se había trasladado a un balneario donde estaba edificando una casita por ley militar, y los tenientes Pérez y Sánchez se encontraban pescando en la escollera, todo lo cual, como se comprende, formaba parte de un ingenioso sistema de seguridad. Al frente de la tropa marchaba únicamente el joven alférez Núñez, mientras el cabo de corneta González, comandando la sección de banda, soplaba entusiastamente en su instrumento y marcaba el paso con honda convicción institucional.

A medida que el regimiento recorría las principales avenidas de la ciudad, iban sumándose al cortejo chiquillos, lustrabotas y mendigos, que ponían en aquella cohorte un toque pintoresco. Posteriormente, se añadieron a la columna vendedores ambulantes, varias muchachas equívocas que vieron la posibilidad de vender sus encantos a los rudos soldados, y una anciana animosa aunque algo confundida, que marchaba gallardamente junto al alférez agitando una bandera pontificia.

Al llegar a la Casa de Gobierno el alférez dio la voz de alto y, enseguida, la de descanso. En consecuencia la tropa comenzó a organizar vivacs y, muy pronto, la plaza se había convertido en un bullicioso campamento, de donde se elevaba el humo de los asados y la grito de los vendedores ambulantes, mientras en un *stand* levantado apresuradamente los estudiantes de arquitectura ofrecían una rifa pro-viajes de estudios y los soldados, despojándose de sus correajes, se agrupaban interesados en torno a una tribuna del partido Comunista, escuchando la oratoria de un acto relámpago de apoyo a Cuba.

Presentándose al oficial de puerta de la Casa de Gobierno, el alférez Núñez solicitó ver al Presidente de la República. Fue introducido, luego de anotar de su puño y letra nombre, grado y documento de identidad en el Libro de Visitantes, a la antesala del despacho presidencial, donde lo atendió un Secretario. Este se excusó de que el Presidente no pudiera recibirlo por encontrarse ocupado, pero le rogó que le confiara el motivo de la visita que él, como Secretario, haría todo lo posible por solucionarle el problema.

—En realidad —dijo el alférez, titubeando— no quisiera molestar a usted... Se trata de algo personal...

—Puede usted confiar en mí —respondió el Secretario—. Estoy para eso.

—Bien —se decidió el alférez Núñez—. Entonces, si usted fuera tan amable y quisiera informar al señor Presidente que nuestro regimiento se ha levantado en armas contra el gobierno y venimos a pedirle la renuncia...

—Pierda cuidado —dijo el Secretario—. Apenas se desocupe el Presidente, lo enteraré de su mensaje. Haga el favor de esperar en aquel sillón. ¿Gusta un café?

—No, gracias —dijo el alférez—. Me produce acidez.

Luego, con una mutua inclinación de cortesía, el Secretario volvió a su despacho y el alférez tomó asiento.

Tres horas después, aún estaba esperando y consultó con un portero. «No sabría decirle —respondió el portero—. En todo caso, espere.» Poco después de pasado el mediodía, la puerta volvió a abrirse y apareció el Secretario, con aire compungido. «No he podido entregar aún su mensaje —dijo al alférez—, pero le sugiero algo práctico; déjeme un memorándum y vuelva mañana a esta hora. Veré lo que puede hacer...»



El alférez Núñez redactó rápidamente un memorándum con los puntos principales de su gestión, añadió un ejemplar mimeografiado del programa insurreccional y estableció en el escrito —de acuerdo a las órdenes del coronel— un plazo de seis horas para que el Presidente renunciara. En caso contrario, se bombardearía la Casa de Gobierno. Leyendo por encima del hombro del alférez, el Secretario chasqueó la lengua, escépticamente: «No, no, mi amigo. En seis horas usted no logrará nada. El Presidente está ocupadísimo. Ponga por lo menos veinticuatro horas». Agradeciendo el consejo, el Alférez modificó la frase y entregó el memorándum. Luego, se retiró al campamento de la plaza.

Al día siguiente, de acuerdo a lo convenido, concurrió otra vez al despacho del Presidente, pero fue recibido por un simple portero. «El señor Secretario está ocupado» se le dijo con frialdad. Luego de aguardar toda la mañana en el mismo sillón, sin obtener nin-

guna respuesta ni ver al Secretario, el alférez Núñez regresó melancólicamente a la tienda de campaña, dejando su tarjeta.

La escena se repitió al otro día. Y como el alférez tenía un firme concepto de la disciplina y no podía abandonar a sus superiores, que estaban jugándose el todo por el todo, siguió yendo a la antesala del Presidente. Con los meses, los porteros lo reconocían afectuosamente por su nombre de pila y bromeaban con él, considerándolo un poco excéntrico. Al año, entraba a la Casa de Gobierno sin necesidad de identificarse y los blandengues de la guardia le guiñaban un ojo al pasar. La tropa insurreccionada fue asimilándose lentamente a la vida civil; en parte, porque la Intendencia del Ejército había suspendido hacía tiempo los suministros de asado, debido a que los proveedores no otorgaban más créditos. Muchos de los soldados se casaron con muchachas del público. Otros aceptaron empleos en la Administración, o comenzaron a estudiar para banco. Tres de ellos, asiduos concurrentes a los actos pro Cuba, fueron invitados a visitar La Habana y se radicaron en esa ciudad. Finalmente, tres años después, sólo quedaba en la plaza, como indicio de la revolución, un pequeño vivac donde el cabo de corneta González, fiel al cumplimiento de su deber, guisaba para él y para el alférez palomas de la plaza, cazadas con trampas de cordeles. Todas las mañanas el alférez Núñez —un poco más pálido y delgado, con algunos hilos de plata en las sienes y el uniforme más raído— cumplía sus horas de espera en la antesala del Presidente, aunque nunca más volvió a ver al Secretario. Una vez, un portero le dio la noticia de que el coronel Gutiérrez había muerto de una apoplejía. Para entonces, el alférez sólo recordaba vagamente quién había sido el coronel Gutiérrez y la noticia no le importó en absoluto.

ELEGÍA POR EL AÑO VIEJO

Yo no tengo nada que decir sobre mis propósitos para el nuevo año. No albergo, por otra parte, ninguna clase de propósitos. Cuando el escuálido maratonista, cubierto de polvo, sudor y linfa, con los pulmones destrozados y los ojos inyectados en sangre, consigue llegar a la meta y se desploma del otro lado de la línea blanca ¿habrá algún alma miserable que se arrodille junto al agonizante para preguntarle sobre sus propósitos relativos a la próxima maratón?

Confórmense con que haya llegado a este 31 de diciembre sin haber muerto en el camino; que les baste con que haya cubierto todo el recorrido y nada de preguntas. Déjenme que me siente un rato, aquí en el pastito, y recobre el resuello. En todo caso, si están tan preocupados sobre mis propósitos para el año que viene —sobre los propósitos de un

modesto ciudadano que es hincha de Wanderers, votó a Herrera, vive en un apartamento de dos dormitorios en el barrio Jacinto Vera y trabaja como auxiliar 4° en el Municipio para mantener su hogar (por ahora dos nenas, la mayor ya va al piano)—, esperen, para preguntarme, a que suba el señor Nardone (o a que lo bajen).

Para mí, les confieso, el año que viene es una nebulosa; más bien, una nube negra. Mejor que de propósitos para el año nuevo, les puedo hablar del año viejo. La gente, en estos días, tendría que llenarse menos de planes y esperanzas, y más de recuerdos. Ustedes, exististas, se le apilan al sonrosado recién nacido, lo miman, lo festejan, le prenden fuegos artificiales, como si les fuera a traer la felicidad. Y al pobre 1959, si te he visto no me acuerdo. Ahí queda, arrugado, en la sombra, mirándose los botines. Yo, caballeros, qué quieren que les diga: si me gasto, que sea con este desgraciadito que me acompañó todo un año. Hizo muchas macanas, es cierto, pero eso pasa hasta en los mejores Colegiados. Sus fulerías van desde la A (Azzini) hasta la Z (Zona de Libre Comercio); nos infligió las inundaciones, dos obras de Novas Terra y la visita del señor Hammarskjöld, las guerras civiles entre Danubio y Liverpool y el aumento de los taxis. Y sin embargo, aquí sentado en el pastito, echándome sobre los hombros la frazada que me trajeron para que no pesque un enfriamiento, yo me siento melancólico por el año viejo y esta noche, cuando levante la copa de sidra nacional, mi brindis no va a ser para este pavote de 1960, que como muchos de esos nenes que de noche andan en Giulia Sport por Pocitos, ya nace con todos los vicios y pobres de sus madres, sino por este socio mío tan escarnecido, que está ahí en lo oscuro, esperando que lleguen las 12 para el mutis final.

Entonces, junto todo el aliento que me quedó de esta maratón espantosa, me ato más fuerte el piolín de los pantaloncitos de corredor, miro hacia el cielo de la tardecita que se está poniendo fresco y con estrellas, y digo:

—Gracias, querido 1959, por habernos demostrado que se nos acabó la papa de la democracia perfecta y que las cosas buenas ya no nos vendrán más de arriba como los laudos de los consejos de salarios, sino que tendremos que rebuscarlas nosotros mismos, sin ministros ni diputados.—Gracias por habernos enseñado que también los uruguayos podemos tener un día miles de tipos sin techo y decenas de miles de hambrientos, y sentir en el lomo lo que es la miseria.

—Gracias por cascotearnos con la carestía, la escasez, el espectáculo de cómo se enriquecen los vivos, los canallas y los frívolos, el mercado negro, la destapada de tarro de las macanas del gobierno anterior y las metidas de pata del actual.

—Gracias por hacernos crujir los dientes y madurarnos a patadas; gracias por habernos violado esta virginidad de idiotas futboleros y burocráticos que nos había dejado a trasmano del mundo, mirándonos el ombligo; gracias por avivarnos y hacernos mostrar los dientes, a lo perro, de ahora en adelante.

Dicho lo cual, y con el permiso de los presentes, me levanto para acompañar a mi socio hasta la salida. Tomen la frazada, muchas gracias.

II. BALTASAR POMBO, POLÍGRAFO COMPATRIOTA

POMBO, GRAN OLVIDADO

De pocos creadores como del polígrafo uruguayo Baltasar Pombo puede decirse que su obra permanece vedada a las jóvenes generaciones. Pero el deliberado silencio que la crítica *ad usum delphini* y la confabulación oficial¹ han tendido sobre su nombre, no puede ocultar ya el significado de Pombo en la cultura nacional, aunque las reducidas ediciones en que se plasmó su obra literaria permanecen celosamente custodiadas en algunas bibliotecas particulares y en ciertos puestos de la feria dominical de Tristán Narvaja.

Nacido accidentalmente a bordo del *Principessa Mafalda* en la penúltima década del siglo pasado, Pombo fue desde muy niño de delicada complexión y sufrió inquietantes trastornos gástricos («*mal-de-mer, vous savez*», confió hacia 1913 al joven esteta Alberto Rusconi) que lo obligaban a permanecer largas temporadas en una silla de ruedas con dispositivo especial de vaciado. Sus raras cualidades espirituales le impidieron contemporizar con el sistema colectivista imperante en nuestra enseñanza. Luego de recibir durante su adolescencia lecciones privadas de *monsieur* Paul Groussac —antes de que este famoso escritor argentino aprendiera el castellano— el joven Baltasar cursó estudios libres de Entomología Bizantina, Criptografía y Semántica Arawak en las universidades de La Plata y Tandil, donde se radicaban familiares suyos por rama materna, de esclarecida extracción patricia. (Su madre —admirable matrona centenaria— es Teodorita Cornú-

1. Cf., al respecto, la mezcla de inexactitudes y verdades contenida en la ficha que merece Pombo en el *Diccionario de Personalidades Prescindibles* editado por la Biblioteca del Palacio Legislativo, en base a una recopilación del abate Miguel Ortiz Valverde: «POMBO, Baltasar (1881–1961). Polígrafo uruguayo nacido en la Villa de la Unión, Montevideo. Padres: Lázaro Pombo y Mañach, Teodorita Cornú–Unzué. Maestro normal, poeta, escribano, diplomático, cardíaco (insuf. mitr.). Polemizó con José Batlle y Ordóñez, Rabindranath Tagore y Eugenio Baroffio. Duelos: Juan Andrés Ramírez, el barón Guy de la Boisserie (en Dijon), Eduardo Víctor Haedo y Ulysses Pereira Reverbel. Orador connotado. Doctor cum laude y honoris causa en las universidades de Heidelberg, Tandil, Medinaceli y Antioquía. Durante su juventud, compañero de bohemia en París de Víctor Haya de la Torre, Jean Cocteau, el hijo menor de Ramón del Valle Inclán (al que decían Ramón) y Carlos Quijano, quien en 1925 le prologó un tomito de poesía antimperialista. Autor de una monumental *Historia Comparada de las Culturas*, cuyo primer original se extravió en Lieja al producirse la invasión alemana durante la Gran Guerra. Casado (terceras nupcias) con Agnes Nekrassova–Duplessis, del Ballet Imperial de San Petersburgo. Fallecido en Torremolinos en diciembre de 1961».

Unzué, *née* Dorrego, pero sujeta en 1913 a una rectificación de partida dispuesta por Juárez Celman en ley especial.)

Poco después de la primera conflagración mundial, las tareas diplomáticas del padre de Baltasar —Lázaro Pombo y Mañach, que presidió la delegación observadora uruguaya a la conferencia de paz de la guerra ruso-japonesa, e integró varias veces la comisión arbitral de límites entre Montenegro y el Imperio Austro-Húngaro— llevaron al futuro escritor a establecer dilatados contactos con los viejos centros de la cultura europea. En 1922 Pombo casi obtuvo el doctorado de ciencias y letras en la Universidad de Maguncia, pero de todos modos ocupó después un cómodo piso en el *quai* Malaquais de *la rive gauche*, que se transformó en uno de los más brillantes cenáculos y ombráculos de París. (El *hobbie* de Baltasar, hacia los *twenties*, consistía en juguetear con las leyes mendelianas de la herencia y había conseguido un hermoso vivero de ombúes enanos). Gertrude Stein (y Suzanne Valladon, en los meses de verano, cuando Gertrude cumplía su cura anual en una *maison de santé* de Baden-Baden) mantuvieron un estrecho vínculo con Pombo. La modestia del joven *dilettante* sudamericano impidió que aún ahora se conozca bien su lógica influencia sobre los *habitués* del ombráculo (Hemingway, Max Jacob, un tímido y larguirucho subteniente aficionado a los paraísos artificiales que se llamaba Charles de Gaulle, Cocteau, Pablo Ruiz y otros). Pero la misma Gertrude, Montherlant, Drieu la Rochelle, Fujita y los entonces jóvenes exiliados T. E. Lawrence y B. Pasternak han recordado, en textos aún inéditos, la fraternal hospitalidad de Baltasar. (De esos mismos años data la silenciosa y admirable labor de Pombo como prologuista y autor de un catálogo de la Sección VI de la Bibliothéque Mazarino.)²

Hasta 1945, cuando regresó a la patria casado en terceras nupcias con la maravillosa Agnes Nekrassova-Duplessis (*prima ballerina*, en esa época, del Ballet Ruso del coronel Diaghilev, que en 1936 plantó a la *troupe* en Tolón y huyó con Baltasar, obteniendo posteriormente en Bucarest el divorcio de su segundo marido y originando una deliciosa historia de amor que invadió los diarios rumanos durante varias semanas), Pombo ocupó fructuosamente su existencia europea en la investigación. En Salamanca, Heidelberg, Malmö, la Sorbone y el Institut des Hautes Études de París, cursó Filología, Literatura Intimista Tibetana y Periodismo, aunque sin permitir que se le graduara en ninguno de esos casos, para no empañar con utilitarismos su perfecto desinterés intelectual. Ayudante emérito del profesor Bellus en la Clínica de Ortopedia Experimental de la Conciergerie, tuvo, entre octubre y noviembre de 1932, importante participación en las investigaciones conducentes a aislar el virus de la virosis, las que —como se sabe— estuvieron a punto de aislarlo. En 1939, además, faltaba a Baltasar muy poco para obtener en la universidad de Assís la licenciatura de Retórica Toscana, cuando el estallido de la guerra impidió esa culminación. Ya en Londres, a los efectos de colaborar en el esfuerzo bélico de los Luxemburgueses Libres mediante una serie de conferencias por la BBC (un inesperado cambio

2. Baltasar Pombo: *Auteurs foutues* (ABAissé, Pierre; ZOU-zou, Joseph-Marie.), Textes et amendements. París, 1929.

en el Gabinete y el bombardeo del edificio de la BBC hicieron que la idea no se concretara) optó en el Christchurch College de Cambridge a un M.A.D.. (Master of Arts Degree) pero su delicada salud le impidió asistir a los cursos.

Dispersa en revistas literarias y publicaciones especializadas, la obra de Pombo ha tenido —injustamente— poco contacto con las prensas, un hecho que el mismo escritor se ha apresurado a saludar con serena modestia («vea en mí, más bien, a un *causer*», confió en 1928 a Dora Isella Russell, durante un breve pasaje por Montevideo para intervenir en un homenaje a Juana de Ibarbourou, que fracasó por indisposición de Juana) pero en la breve bibliografía pombiana todos los títulos son memorables.

Aparte de su delicioso volumen de poesía antimperialista (que nunca vio la luz, desgraciadamente, debido a la incompreensión de un imprentero impago), se tiene la seguridad moral de que Baltasar escribió su *Historia Comparada de las Culturas*, extraviada como se sabe. En 1938, finalmente, aparecieron dos pequeños tomitos de poesía mística (*Ubi est Deo*, Ferrara, edición del autor, 12 pp. y *Agnus Dei qui Tollit Pecata Mundi*, Editions du Defroqué, Dijon, 11 pp.).

Cabe agregar que hacia 1931 Pombo cedió en su tenaz modestia y, urgido por diversos requerimientos políticos (entre ellos el de su padre, quien le había cancelado la cuenta corriente en el Credit Foncier), aceptó ingresar a la diplomacia («sólo mientras la crisis nacional me necesite —como confió al canciller de la época en una conversación telefónica de larga distancia con cargo a Rentas Generales— y porque Juanjo Campisteguy me lo ha pedido»). En los períodos en que su intensa actividad literaria se lo permitía, Baltasar Pombo desempeñó diversos destinos en el servicio exterior, primero en un poco lucido pero importante puesto de difusión cultural en nuestro consulado de Capoeira do Sul; luego, en Mónaco, Amberes, Hong Kong y Murmansk.

Desde 1946 vive retirado en el Uruguay, donde alterna su actividad entre la política, la redacción de sus memorias y el discreto contralor de una industria textil. Su residencia permanente es el Balneario Jaureguiberry, aunque Agnes y él pasan los veranos en la quinta solariega de Buschental.

POMBO, PROFESOR³

(Pombo entra en el aula frotándose las manos y los alumnos advierten que sus ojos brillan detrás del monóculo. Sin duda, la de hoy será una clase para recordar.)

Pombo.— Prosigamos hoy, queridos jóvenes, nuestro cursillo introductivo a la profesión más vieja del mundo. Martínez: ¿de qué se compone un diario?

Martínez.— Vaya, profesor. De papel.

Pombo.— No está mal, Martínez, pero ha contestado usted como un administrador. Piense más, Martínez.

Martínez.— En fin... Un diario... No se me ocurre nada más, señor Profesor. Estoy como embotado.

Pombo.— Le auguro entonces una brillante carrera periodística, Martínez. Pero, en general, acostumbraos a trascender las apariencias, amigos míos. Si decís que un diario es de papel, caeréis en la peligrosa tendencia a basaros en los datos de los sentidos, más bien que en las grandes y fecundas abstracciones. Y de esa perversión realista del intelecto a sostener que un estadista es un mamífero hervíboro, sólo porque habéis visto al señor Ulysses Pereira Reverbel comiendo una ensalada de berro, hay sólo un paso. Un diario es...

Un alumno.— ¡Una publicación que trae noticias!

Otro alumno.— ¡Un vehículo de cultura!

Otro (que ha sido becario del Departamento de Estado).— ¡Un medio de comunicación de masas!

Pombo.— Sí, mis queridos muchachos. Un diario es todo eso, pero dejemos la poesía y vayamos a la ciencia. Agnolotti: defina un diario.

Agnolotti (leyendo dificultosamente de un «ferrocarril» que oculta en el puño de la camisa).— «Un diario es una página de editoriales rodeada de avisos y con los huecos que quedan llenos de noticias viejas».

Pombo.— Correcto, Agnolotti. Felicitaciones y retírese al patio con dos faltas disciplinarias por imbécil. He dicho que no quiero «ferrocarriles» en clase.

Agnolotti.— Sí, señor profesor.

Pombo.— Grabaos bien las palabras de ese imbécil que acaba de retirarse. En nuestra civilización, cuando pasen estos tiempos turbulentos, solo quedarán inmutables las grandes verdades dichas por los imbéciles. Este desdichado de Agnolotti ha mencionado

3. Retirado con su esposa Agnes al Balneario Jaureguiberry, Pombo, que siempre admiró a Juan de Mairena (con quien mantuvo una fecunda correspondencia, usualmente interceptada por Antonio Machado, un celoso congénito), fundó en esa meritoria localidad la Escuela Libre de Didascalia, donde desempeña la Cátedra de Periodismo. Las aficiones principales del polígrafo compatriota, como se sabe, han sido por su orden la malacología, la colección de lepidópteros y el periodismo, aunque nunca llegó a desempeñar efectivamente este último, por resultarle insoportable el olor de tinta de imprenta.

los editoriales y de ellos deseo hablaros esta mañana. ¿Quién de vosotros quiere ser periodista?

Casi todos.— ¡Yo, señor profesor!

Pombo.— Magnífico. Y usted, Pérez, ¿por qué calla? ¿No quiere usted ser periodista?

Pérez.— No, señor profesor. En mi familia todos somos pobres pero honrados.

Pombo.— ¿Y por qué, entonces, viene usted a clase, alma de cántaro?

Pérez.— Mi padre dice que si quiero ser millonario tengo que ser ministro, pero que los ministros empiezan siendo diputados y los diputados tienen que ser primero periodistas, pero poco.

Pombo.— ¡Ah, lo que su padre de usted quiere es que usted sea editorialista!

Pérez.— Eso, pero me daba vergüenza decirlo así, delante de todos mis compañeros.

Pombo.— Se equivoca usted, Pérez. Su pudor es infundado. El admirable desarrollo de la prensa ha convertido al editorial en una de nuestras principales industrias, creadora de fuentes de trabajo y de divisas. Y lo más elogiabile: se trata de una industria del intelecto, que funciona prácticamente sin materia prima.

Pérez.— Sí, señor profesor.

Pombo (entrando de lleno al tema).— Anotad, amigos míos. El editorialista y su obra, el editorial, operan en nuestra sociedad las mismas tareas que las alimañas campestres, las gigantescas y misteriosas migraciones suicidas de ciertos lemúridos excesivamente prolíficos o los grandes flagelos climáticos. Estos son los instrumentos de que se vale la Naturaleza para restablecer el equilibrio biológico amenazado por la desproporción, por la inadecuación de los apetitos y necesidades a las condiciones reales de alimentación, posibilidades y recursos. El editorialista, igualmente, restituye la sociedad a sus verdaderos límites...

Un alumno.— Más despacio, señor profesor.

Pombo.— Perdonad. Me exalto ante la magnificencia del tema. ¿Dónde íbamos, Martínez?

Martínez (sorprendido en medio de una partida de tute con Pérez).— ¿Eh?

Pombo.— ¿Distraído en clase, Martínez? Bien; mañana deberá usted leer toda la prensa del día y efectuar resúmenes de sus editoriales.

(En la clase resuenan murmullos reprobatorios, cada vez más audibles, al borde de la rebelión indignada. Uno de los alumnos se pone de pie.)

Alumno.— Señor profesor. La falta de Martínez ha sido leve. No sea usted cruel.

Pombo.— Nada, nada. Él se lo ha buscado. Prosigamos. Decía de la acción moderadora que ejerce sobre la sociedad el editorialista. En efecto: nuestra raza de Caín, cuya soberbia aumenta con los siglos, ha llegado a considerarse, por una aberración psicológica, *imago Deus*, a imagen y semejanza de Dios, heredera de la Creación y con capacidad infinita para la elevación intelectual. El Hombre, triste arcilla sufriente, ha perdido la humildad y la conciencia de sus limitaciones. El editorialista, entonces, con su tarea cotidiana,

restablece el equilibrio, demostrando que también podemos ser otra cosa. Cuando, como hombre, me siento culto, informado, profundo, lleno de sentido común, patriota y otras diabólicas tentaciones que los demonios nos proponen, me basta leer un editorial cualquiera y encontrar en el editorialista, ese hermano mío, el espejo de mi verdadera e inferior esencia. Entonces caigo de rodillas y me golpeo humildemente el pecho... ¡Caramba, una *apexícula reticulata bovis!*...

(Una bella mariposa ha pasado por la ventana y Pombo, llevado por su ciega afición de coleccionista, salta por la ventana y se pierde entre los macizos del jardín, sin que los alumnos —en su mayor parte dormitando en los bancos— lo adviertan.)

POMBO, RENUNCIANTE

(Para mejor comprensión de los correligionarios y para exponer en forma didáctica a las generaciones futuras la esencia del episodio político que acaba de protagonizar —en una magistral lección cívica que fue prototipo del comportamiento de nuestras reservas morales— he pedido a Baltasar Pombo que reprodujera del dictáfono sus notas cotidianas. He aquí esa versión.)

Marzo 5

Me visita una delegación del partido, sin anunciarse, en mi despacho de la fábrica de paño lenzi que es herencia familiar (y a la que he vuelto desde la diplomacia, como Cincinato volvía al arado.) La preside el senador Guazunambí Tort, pero no le doy tiempo a que hable. No los recibiré aquí, sino en mi estudio de la quinta solariega de Buschental. «Cada cosa en su lugar», les digo sonriendo, mientras pienso que Buschental es más bien despojado, y menos gente puede verme en compañía de un senador, situación que nunca me atrevería a exhibir delante de mis empleados. Los cito para la semana próxima.

Marzo 10

Tort y los delegados llegan con retraso. Los reconvengo indirectamente, citando como al descuido mi célebre frase a Alfonso Reyes (que Alfonso ha recogido en sus *Meditaciones*), cuando compartíamos en Dijon, hacia 1923, el *petit auberge* de madame Pontchartrain: «Alfonso, muchacho, estás en mora con la posteridad y la pensión». Las sutilezas resbalan

sobre Tort, que es contador. Pasa a explicarme el motivo de la visita. El Partido ejerce el poder, pero está desgarrado por sus luchas intestinas. Se ha pensado en mí como candidato de transacción. Se sabe que estoy alejado de la política desde 1951 —después de mi último no ha lugar a duelo— y se cree que no sería resistido. Prometo pensarlo.

Marzo 10 (una hora después)

Lo he meditado y esta noche lo seguiré haciendo en mi dacha de Jaureguiberry, adonde pienso retirarme el fin de semana para hacer un balance de la crisis política. Me intimida un poco la responsabilidad enorme contenida en el cargo que se me ofrece, y su proyección en el proceso socio-organizativo del país. Sé que a esta altura de mi vida me afectaría hondamente abandonar la fábrica de paño lenzi, las veladas con Agnes jugando a las damas chinas y mi *violon d'Ingres* que es el estudio comparado de los dialectos arawak. No sería la primera vez que dejaría la paz de mi bien ganado retiro, para servir al país, con resultados que me han llenado de amargura.⁴

En principio, escribo a Guazunambí Tort una breve nota —con veinticinco copias, una para mí, otra para el Museo Histórico (como toda mi correspondencia particular) y el resto para la prensa oral y escrita— donde declaro que estoy a las órdenes del Partido para todo lo que sea gestiones de unificación, pero que no acepto posición alguna.

Marzo 10 (otra hora después)

Retengo la nota a Tort. Lo he pensado mejor. No puede ser que por egoísmo personal entorpezca el proceso institucional de la nación. Si el país me precisa, me tendrá. Rompo la nota (aunque por razones de estrategia política, remito las veintitrés copias de la prensa oral y escrita) y redacto una segunda comunicación, dirigida al Honorable Directorio,

4. He pedido a Pombo, en atención a la proyección histórica de ese poco conocido episodio al que alude oblicuamente, que me proporcione más adelante su versión, para un nuevo artículo. Se trata, aunque muy pocos lo saben, del proceso de su renuncia a la vicepresidencia de la Comisión Honoraria para el Estudio de los Teredos en la Red Vial. Estoy seguro de que, si accede, la galanura estilística de Pombo y su felicidad narrativa añadirán a la crónica un fuerte y agradable sabor, no muy frecuente en la literatura política nacional.

Nota bene: Como de sólito, mi joven amigo Gut se equivoca en los datos y en las conclusiones. El episodio al que alude —que prefiero por ahora mantener en la penumbra marginal de la Historia— no fue provocado por mi renuncia a la Comisión Honoraria para el Estudio de los Teredos en la Red Vial. No llegué nunca a integrar ese Cuerpo, debido a que cuando iba a iniciar viaje desde Viena para hacerme cargo de la honrosa designación, estalló la Segunda Guerra Mundial y fui conducido junto con Agnes y un pediatra compatriota que se encontraba de paso en Austria y había solicitado que le presentara a Jung, valido de mi vieja amistad con el maestro, a un campo de internación de Charlottenburg. La renuncia citada por el apresurado antólogo quizá sea la que elevé abandonando mi cargo en la Comisión Organizadora del Sesquicentenario de la Primera Línea de Bombeo, por motivos que no corresponde aquí elucidar. Vale. *B.P.*

aceptando el cargo. *Les jeux sont faits*. Soy, desde ahora, presidente alterno de la Comisión Asesora Honoraria para la Erradicación del Bocio Avícola.

Marzo 15

Estoy instalado en mi despacho de la Comisión desde ayer. Hice trasladar al despacho el óleo de mi bisabuelo, ejecutado por Besnes Irigoyen, y el tintero de bronce usado para firmar los pases de acceso del personal de servicio a la ceremonia de protocolización del pacto de Brest-Litovsk, recuerdo personal que me obsequió hacia 1913 un ayuda de cámara de s.m. Alejandro de Yugoslavia. Por la mañana convoqué a una conferencia de prensa, en la eventualidad de que tenga que ocupar la presidencia de la Comisión. Todos los diarios reproducen hoy mis declaraciones, menos el del Partido. Cuando mi secretaria vino con los recortes, hice telefonar al diario, inquiriendo las razones de la omisión. Una voz aguardentosa contestó a mi segundo secretario que se trataba de falta de espacio. Insistiré.

Marzo 16

En prolijo repartido a mimeógrafo he enviado anoche al diario del Partido mis declaraciones en la conferencia de prensa, añadiendo mi bibliografía y un breve exordio con dos o tres citas latinas apropiadas. Incluí una espléndida fotografía de 1921, donde aparezco en el Estoril con la Infanta Carlota y Farruco, como llamábamos sus íntimos a s.A.R. el Príncipe don Juan de Borbón y Parma. Sin embargo, hoy no salió nada. Efectué personalmente otro llamado telefónico y la misma voz aguardentosa dijo que era un problema de falta de espacio. He colgado, luego de advertir al quídam, con mi más helada cortesía, que tal vez la falta de espacio se refiera a sus circunvoluciones cerebrales. La voz agradeció, llamándome doctor, lo cual revela que en este pobre país ya no se puede ni injuriar.

Marzo 20

Habiendo esperado un plazo prudencial para que aparecieran mis declaraciones en el diario del Partido, sin que ello ocurriera, hoy presenté renuncia indeclinable. Escribí además una carta abierta al Presidente de la República, mientras remitía a la prensa oral, escrita y televisada boletines cada dos horas y ordenaba a la fábrica que disminuya *doucement* sus avisos en los diarios que no publiquen los boletines.

Marzo 30

Los diarios anuncian que el Gabinete tratará hoy mi renuncia. La bancada de la Cámara de Representantes se reunió esta tarde y me declaró su solidaridad.

Abril 1

Salvo uno, los ministros me han hecho llegar su adhesión personal, aunque en forma no pública. He organizado en las caballerizas de la quinta de Buschental una sencilla pero eficiente oficina de prensa, con tres redactores y un mimeógrafo. Casi no dan abasto para transcribir, copiar y remitir a la prensa las alternativas de mi renuncia y las adhesiones recibidas. Otro empleado, con un receptor portátil de televisión, monitorea los informativos; trasladé una chica de la fábrica para que maneje el archivo de recortes de prensa, que ya ocupa un armario metálico.

Abril 2

En declaraciones a la prensa extranjera, convocada especialmente, el Primer Mandatario señaló encontrarse preocupado por la situación, que ha afectado ya ligeramente el mercado cambiario. Añadió que mi renuncia le parecía inexplicable, y que el Gabinete estaría dispuesto a una sesión extraordinaria, esta tarde, para emitir un voto de confianza. El teléfono ha sonado toda la mañana, pero lo he dejado sonar. Creo que estoy haciéndoles sentir el rigor a estos novatos, como decía mi viejo camarada Fernán Silva Valdés al editar un nuevo tomo de obras teatrales.

Abril 3

El Poder Ejecutivo declaró hoy públicamente la confianza del Gabinete en mi actuación, y retiré la renuncia. El senador Guazunambí Tort y doce delegados del Directorio, entre ellos tres ministros y el Secretario de la Presidencia de la República, concurrieron a Buschental a presentarme sus respetos. Tort explicó que había habido un equívoco; el de la voz aguardentosa era el Secretario de Redacción, señor Suffiotti, que al leer mis declaraciones pensó que se trataba de un petitorio para instalar el alumbrado público en el barrio Jacinto Vera, y lo tiró al canasto. Sonriendo con complicidad, Tort añadió que en la próxima fórmula presidencial, naturalmente... pero lo detuve en seco con un gesto imperativo y una expresión altiva. En mi residencia particular no se habla de negocios. Y los cité para la semana que viene, en la fábrica.

III. LAS SOMBRAS EN LA CAVERNA

COMO JORGE LUIS BORGES

Alegoría de las motonetas

Escribe Gian Carlo Pudorossi en el capítulo decimonono de sus *Stanze per la Madonna* que si un hombre sueña todas las noches con una mujer desnuda, en algún lugar de bifurcados senderos otras mujeres innumerables y desvestidas sostendrán con el soñador un lúbrico encuentro.

Pudorossi no alcanzó a redactar el capítulo vigésimo; la invasión de Venecia por Solimán en 1213 y los desórdenes y saqueos ulteriores le hicieron perder la cabeza, que en la segunda luna del mes Radaman de la Égira apareció en lo alto de una dilapidada muralla. Así, un veloz alfanje musulmán le impidió determinar el sitio y el tiempo en que esa redundante circunstancia erótica sobrevendría.

La incompleta doctrina fue confutada sin éxito en los tres últimos apartados de la *Vom ursprunglichen Geschmack* de Albrecht Tarcisius y su nombre técnico, *apokatastasis*, cundió en la exégesis evangelista de la Escuela de Heidelberg, si bien con intención indeterminada. Un oscuro polígrafo de Maguncia trató en 1353 de interpolar en ella un sacrílego añadido, pero obtuvo la hoguera. Otros, más osados o más incombustibles, completaron la ardua teoría, que en el verano de 1932 leí en un hotel de Adrogué, dentro del placard donde me había introducido, confundiénolo con otro gabinete de interdicta denominación.

Hacia 1941 la profecía imprecisa del acéfalo veneciano desveló mis noches de soltero, en los meses siguientes a la previsible muerte de María Hortensia Ezcurra de la Hoz, cuyo rostro perfecto conocí recién durante su velatorio. Ese año, en Salta, soñé por primera vez una figura femenina y bifronte; con temor, con infinita minuciosidad, recobré cotidianamente sus contornos. A fines de diciembre confié a Adolfo Bioy Casares y a Enrique Amorim durante una profusa e interjectiva charla a propósito de la versión apócrifa del *Gleichzeitig praktische Kleidung die zu jeder Gelegenheit erfordert ist* (por ese entonces exhibida en un inverecundo escaparate de Callao y Florida) que creía haber comprobado la proposición de Gian Carlo.

Esa lejana confirmación argentina de que Pudorossi y el calcinado polígrafo eran veraces ha fatigado mis antologías. Por eso me pareció casi inevitable que se acodara en el estaño del boliche de Avellaneda donde, al mismo tiempo, yo apuraba el infrecuente sabor de un guindado oriental de contrabando y la lamentación de Guido dal Duca de Brettinoro en el canto XIV del Purgatorio, el hombre que me transmitió este relato.

En 1953 Isidro Monegal viene a Buenos Aires para rescatar un prestigio que le falta en su Rosario nativa, donde tuvo que desperdiciar cuarenta y dos puñaladas para finalizar con un policiano solitario y desarmado. Un porteño alarife que es su compañero en la homeopática mesa de la pensión de Paseo de Julio que los refugia, le pone en la mano un alambre de enfardar y lo lleva un mediodía a una concentración en Plaza de Mayo, donde habla el Hombre. Después, sin que Monegal vislumbre aún el imprevisto, deslumbrante final de la aventura, el porteño lo afilia al Partido y toma un tren en Retiro con destino a Resistencia, llevándose los últimos cinco pesos y el poncho del rosarino derrochador de puñaladas.

Durante catorce noches, insomne en el inhóspito lecho de Paseo de Julio, Monegal urde desapasionadamente cómo pagar la pensión. En la decimoquinta hacia el alba, mientras investiga en el fondo de un bolsillo pectoral desdeñados restos de tabaco brasilero para armar con papel higiénico, halla al mismo tiempo el repentino carnet del Partido y la respuesta al enigma.

De allí en adelante el rosarino enfrentará duplicadamente el rostro ensanchado por la sonrisa que el Hombre destina a los cuchilleros en desgracia; en las dos audiencias completa la descripción de su infelicidad y alude filosóficamente al porteño desaparecido; hacia la frase postrera el Hombre aumenta la sonrisa y Monegal conoce que está salvado.

El año siguiente lo encuentra en la Quinta de Olivos, enfundado en un overol que desdibuja al compadrito interior conservado por Monegal como un recuerdo de familia; por decisión superior, está encargado de imponer nafta y aceite a las motonetas del Hombre y el espectro del policiano es solo el tema de noches desveladas por los gemidos con que sucesivas afiliadas de la UES celebran su graduación.

No obstante su vida morigerada (y a causa de ella, también) el rosarino sabe que, de alguna oscura manera, ha practicado la apostasía y el envilecimiento. Otro acontecimiento reitera a Monegal que ha elegido la infamia: en 1955, un fraybentino que se niega a decir su nombre pasa por Olivos y le deja un mensaje del porteño raptor de su poncho: está en Montevideo, no en Resistencia (aunque por una no buscada felicidad verbal, también lo esté) y el mensaje consta de una sola y críptica sentencia que estipula la recomendación de escuchar a Augusto Bonardo por Radio El Espectador.

Monegal obedece y encuentra la razón de su peripecia, desde la esquina rosada donde el perforado sargento boqueó sus tautologías póstumas hasta ese garage poblado de Mercedes Benz y Alfa Romeos, en el que repara las motonetas del Hombre. Entonces, sin haber sabido nunca que Gian Carlo Pudorossi escribió el capítulo decimonono de sus *Stanze*, ni que en 1353 un hombre fue incinerado por sostener que las criaturas soñadas pueden acumularse para cuando hagan falta, perdona al porteño y consagra sus noches a soñar con motonetas. A fines de ese año considera que son suficientes; se compra unos lentes negros, dispone las motonetas en Flota de Mar, subleva las bases navales e inicia la Revolución Libertadora.

COMO MARK TWAIN

Mi semana en Crocodile Creek

Uno de mis más emocionantes recuerdos de Nuevo México es la semana que pasé en Crocodile Creek, un pequeño villorrio de pioneros fundado por el coronel Jeddediah Cummings cuando promovió en Washington los subsidios para su proyecto de ferrocarril hasta las Montañas Rocallosas. Mi hermano Eugene, a la sazón un robusto muchachón de cincuenta y tres años, había sido electo *sheriff* de Crocodile Creek debido a su fama como tirador de pistola, con ambas manos, en toda la Confederación sureña y en varios penales del Medio Oeste, y me invitó a ser su ayudante.

Al descender en Crocodile Creek de la diligencia que me había conducido desde Portland, Oregón, a través de innúmeros peligros (entre ellos, las feroces tribus mormonas diseminadas a lo largo de Utah) me despedí con lágrimas en los ojos de Bill Corriedale, el conductor. Bill era un magnífico ejemplar de pionero, de los que ya no se encuentran en el Oeste. Como consumía en cada posta todo el licor de alambique disponible, medía sus terroríficas borracheras de acuerdo al itinerario de su carromato. «Mister Mark —me confió en un momento de abandono, mientras la diligencia corría por el desierto de Mojave seguida por una partida de indios navajos con opinión formada sobre nuestro cuero cabelludo— juro a usted que nunca he estado achispado más de 1.200 mill...»

El primer ser viviente que me recibió en Crocodile Creek fue un harapiento anciano, el cual, hamacándose en un sillón, conmovía periódicamente un cercano recipiente de bronce con certeros impactos líquidos provenientes del tabaco en rama que masticaba.

—Caballero —le dije, descubriéndome—, me llamo Mark Twain y procuro encontrar a mi hermano, el *sheriff*. ¿Podría usted indicarme, venerable colono, el paradero de dicho funcionario?

Esperé varios minutos sin recibir respuesta, a no ser las sonoras campanadas del broncíneo recipiente.

—¡Vejeete miserable! —expresé entonces con helada cortesía—. ¿Abandonaría usted por un instante esa roñosa ocupación bucal, soltando su cochina lengua para contestarme?

Al obtener igual resultado que la vez anterior, así al viejo por su astrosa barba y lo estrellé contra el entarimado de la galería, mientras destrozaba el sillón a puntapiés y repetía la pregunta. Mi paciencia dio sus frutos. Al recobrar el conocimiento, el anciano me proporcionó las señas de mi querido hermano y sólo hube de lamentar en todo el episodio mi oreja derecha, volada por un disparo calibre 45 que el viejecillo hizo al volver yo la espalda.

Un tal Pete Thompson (que se encontraba en la trastienda del despacho del *sheriff*, azotando a un indio) me informó que mi hermano había salido a perseguir unos cuatros, por algo relacionado «con el reparto de un botín», y que a esas horas se encontraría en Tijuana, México. Su regreso, si eludía la horca, se calculaba para fines de año. De todos modos, al declarar yo que era hermano del *sheriff*, Thompson me tributó una calurosa acogida. Apuntándome con su pistola entre los ojos, me hizo poner de cara a la pared con las manos levantadas, mientras el indio colocaba su *tomahawk* contra mi yugular, y ambos procedieron a un rápido registro de mi persona. Al enterarme que Thompson era realmente el ayudante del *sheriff*, no tuve inconveniente en confiarle, sin cambiar de posición con respecto a la pared ni al *tomahawk*, mi cigarrera de oro y rubíes, mi pluma estilográfica de plata, mis gemelos de topacio y mi cartera con 12.000 dólares, provenientes de la venta de las propiedades de un tonto de Scottsboro. «Míster Thompson —advertí al ayudante, mientras éste me arrojaba a la calle a puntapiés—. No le exigiré recibo de depósito porque confío en los servidores públicos, pero espero encontrar mis pertenencias en buenas condiciones de uso cuando pase a que me las devuel...»

Una hora más tarde había encontrado empleo en el periódico local, *The Crocodile Creek Herald*. Su editor resultó ser un viejo conocido mío, el coronel H. Bumpstead-Jones, con quien había trabajado en Washington. En 1885, Bumpstead-Jones tuvo que retirarse con algún apresuramiento de la capital, debido a la incomprensión del gobierno sobre su intento de abolir el papel moneda y utilizar en los negocios cheques sin fondo, como símbolo de la buena fe mutua de comprador y vendedor. El coronel —uno de los más reputados calígrafos del distrito de Columbia— quedó desagradablemente impresionado por la testarudez del Departamento del Tesoro, empeñado en no reconocer las verdaderas obras de arte representadas por sus múltiples firmas. «Me he pasado la vida perfeccionando la letra de hombres famosos —declaró Bumpstead-Jones, poco antes de partir al alba, emplumado con alquitrán por sus acreedores y maniatado en un caballo sin ensillar— y no toleraré que cualquier burócrata me impida ejercer ese talen...»

Cuando encontré a mi viejo amigo en su periódico de Crocodile Creek salté a su cuello con alborozo, virtiendo lágrimas de alegría. De inmediato lo encañoné con mi pistola Derringer y le rogué que me devolviera los 53.000 dólares, mitad de un arqueo en el Banco Smith and Smith, que yo le había confiado por unos instantes en la primavera de 1884, mientras cambiaba las balas del rifle con el que acabábamos de asesinar al tesorero de la institución.

Como el coronel no disponía en ese momento de dinero menudo, me ofreció un puesto de redactor de noticias sociales en el *Herald*, que acepté de inmediato y desempeñé sólo una semana, pero con la promesa de reintegrarme apenas hubiera solucionado el enojoso trámite administrativo de la puesta a precio de mi cabeza por el gobernador de Arkansas. Siempre he opinado que el periodismo debe ser el último refugio de los asaltantes de bancos.

COMO MARIO BENEDETTI

Poemas del almacén

DEPENDIENTE

La semana que viene hay en pancitos
cuando entré a los diez años el gallego
le prometió a mamá subirme el sueldo
la lata a diez cincuenta sí señora
después del primer año tome el vuelto
y el domingo ya cumpla dieciocho
el teléfono está atrás de la barrica
y minga del aumento este gallego
si cuando cumpla veinte no me aumenta
el kerosén después porque me ensucio
pero ya no lo aguanto guambia nene
dejá pasar primero a la viejita
si no me aumenta entonces no me aumenta
por lo menos cien pesos aunque sea
acá viene la piba del dentista
a ver si un día me embalo
y empiezo a llegar tarde venga encanto
le tengo guardaditos los chorizos.

LUNES

Si hoy fuera domingo
pero domingo en serio
como está en la planilla donde dice
semana inglesa y se durmió una mosca
que estaba indigestada y puso el punto
si hoy fuera domingo
me lavo las orejas me las lavo
me consigo diez pesos de la vieja
perdone don Manuel y no trabajo

y que el gallego cierre y que no venda
 nada gallego no se vende nada
 si hoy fuera domingo
 les juro que me pianto el guardapolvo
 y me voy en la chiva por la rambla
 aunque siempre un tarado algún tarado
 me grite ché canario
 andá a hacer el reparto por tu barrio
 porque la chiva tiene y qué me importa
 el nombre del gallego y el letrero
 Baratillo La Fuerza del Destino
 la cosa es que paseo y busco novias
 y qué me importa pero no es domingo.

VENGANZA

Total me voy mañana
 no compre el alcaucil
 es un veneno
 y tiene los gusanos desde el lunes
 la banana está verde la que queda
 cien pesos la docena
 pero a treinta
 llévesela nomás
 no compre azúcar
 porque el gallego la barrió del suelo
 si gusta
 sírvase de aceitunas que son gratis
 el kilo de café a doce pesos
 y cinco frascos más van de regalo
 ¿cincuenta al peso?
 entonces tome el vuelto
 13,40 y no me diga nada
 eso sí mucho ojo con el trompa
 que está tuberculoso
 es comunista
 y contagia la fruta cuando tose
 lleve nomás el fiambre que apetezca
 y no pague total me voy mañana.

Poemas del hoy con ay

AZZINI

Ahí viene Azzini
ojo
guardabajo
un peso costará como tres pesos
tres pesos costarán como tres Kennedy
y qué barbaridad
todos iremos a la Radio Rural
para que Chicotazo
nos dé una explicación como quien bala.
Oh cuánto cuánto
costará la carrera
de un joven contador
y un buen Estudio
de esos Estudios buenos y contables
importados
que no se encogen a la primer huelga
un Estudio contable
de nylon cienporciento.
Oh cuánto cuánto
costará un Ministerio
en la noche sin dólares ni luna
con el Banco República fundido
y el gordo Gari
firmando los conformes con rocío.
Ahí viene Azzini
ojo
guardabajo
no habrá BID ni Loeb ni banca Morgan
ni Fondo Monetario ni la Alianza
ni ediles diputados senadores
ni ministros ni chapas oficiales
ni contratos subsidios comisiones.
Ahí viene Azzini.
Ojo.
Guardarriba.

BALADA DEL INSOLVENTE

Hay días en que siento una desgana
 de usted, de mí, de todo lo que existe a dos firmas
 y me hallo solidariamente explotado,
 apto para que en mí se acumulen los intereses
 y nada en mi bolsillo se parezca a diez pesos.
 Días en que abro el diario con el corazón en la boca
 como si aguardara de veras que mi nombre
 fuera a aparecer en la crónica roja o en Mortuorios
 seguido de una nómina de garantes
 y de una indócil tropa de hosclos cobradores.
 Hay días que ni siquiera son oscuros,
 días en que el cedulón me pierde el rastro
 y no tengo más remedio que atender el teléfono
 con una rabia hecha para otra ocasión,
 y explicar por supuesto que pasaré mañana.
 Bueno, esta balada es sólo para avisarle
 que hasta fines de agosto no me traiga la cuenta.

COMO LARRA**Yo quiero ser célebre**

A la memoria de don Mariano José de Larra, maestro insigne de todos los periodistas del idioma, que descubrió las notables posibilidades de la nueva profesión y luego se suicidó.

Mi criado filipino, discreto y silencioso como siempre, entró en la sala para anunciarme que un señor me procuraba. Mi primer impulso —vestigio de una época ya superada en que cada aldabonazo en mi bohardilla representaba un cobrador aullante y apoplético a fuerza de fracasos— fue negarme. Luego recordé que actualmente era rico y famoso gracias a mi página de comentarios sobre televisión. Deslizándose bajo un almohadón las

Obras Completas de Nené Cascallar que estaba leyendo, tomé un libro de Carlos Martínez Moreno, arreglé los pliegues de mi bata de brocado y di orden de que pasara el visitante.

Esperé unos segundos. Cuando la puerta volvió a abrirse, enrojecí de ira.

—¡Rómulo! —exclamé, llamando a mi criado—. Ya he dicho que no quiero perros en mi casa, aunque sepan hacer pruebas. Pon ese animalucho sobre sus cuatro patas, sácalo fuera y ten en cuenta que estás multado en una semana de salario.

—Perdón, señor —repuso imperturbablemente mi criado filipino—. El señor es el visitante anunciado.

Disimulé mi leve turbación calándome los lentes.

—Señor Gut —profirió entonces el visitante, precipitándose hacia mí y tomándome de la mano—. ¡Dios mío! ¡Llorando por mi causa! ¡Esos ojos llorando por mí!

—¡Quite usted! —repuse, molesto—. ¡Qué llantos, ni qué infanticidio! Simplemente, estoy calándome los lentes para examinarlo mejor.

—¿Lentes? Solo veo que se restriega usted los ojos.



—Es que son lentes de contacto, señor mío. Pero, al grano. ¿En qué puedo servirlo?

—Señor Gut; yo quiero ser célebre.

—Muy bien. El ascenso en la escala zoológica es una aspiración respetable.

—Sí, quiero ser célebre. ¿Qué me aconseja usted?

—Bueno, hombre, así de improviso... En los circos hay amaestradores que hacen maravillas. Le ponen a usted una moña de moaré en el cuello, le hacen saltar un aro de papel. Esto sí: ¿tiene usted patente?

—Señor Gut, yo no quiero trabajar en un circo. Yo quiero ser célebre en la televisión.

La osadía de aquel ser me hizo olvidar la compostura debida.

—¿En la televisión, dice usted? ¿En la televisión? Pero, ¿qué cree usted que es la televisión? ¿Qué es para usted la televisión, infortunado?

—No sé. Nunca pude comprarme un televisor, y debido a mi aspecto no me dejan entrar a las casas de familia, de manera que jamás he podido ver un programa.

Iba a responder a aquel sujeto como merecía su audacia, cuando recordé que yo tampoco había visto nunca televisión y me contuve.

—Bien, bien —dije nerviosamente—. Pero, ¿supongo que tendrá usted alguna habilidad, alguna especialización?

—Ninguna, señor Gut.

—¿Sabe usted idiomas?

—Ni jota.

—¿Ha seguido usted cursos de dicción?

—En ningún momento, que recuerde.

—En fin; por lo menos, ¿hace usted ejercicios respiratorios, gimnasia de desarrollo torácico, calistenia?

—Ni por asomo.

—Hombre, francamente... Pero, diga usted: en cuanto a apariencia física, eso sí, ¿no? En cuanto a apariencia física usted ha intentado, al menos...

—Nunca, señor Gut.

—Ese pelo que le llega a usted hasta las cejas y que por detrás cuelga hasta el cuello de la camisa... ese pelo, digo yo: ¿ha lavado usted alguna vez ese pelo con agua y jabón?

—¡Libreme Dios, señor Gut! Mi pelo es un recuerdo de mi santa madre, que en la Gloria esté.

—¿Y esas uñas? ¿Ha usted cortado alguna vez esas uñas, especialmente la del meñique, que veo crecer frondosamente?

—¿Quiere usted confundirme, señor Gut? Mis uñas son mis únicas joyas, pobrecillo que soy.

—Le ruego sólo, querido amigo, que me conteste una última pregunta: ¿y ese rostro picado de la viruela, esa nariz virada hacia el Suroeste, ese ojo derecho con una nube, esas orejas armoniosamente puntiagudas?... ¿Ha intentado usted alguna vez la cirugía estética?

—No veo la razón para ello.

Mi emoción iba en aumento, pero creí prudente no manifestarlo. Me limité a frotarme las manos con discreción.

—Entiendo, entiendo —dije, afectando calma—. Pasemos a otra cosa.

—Sí, señor Gut.

—¿Se considera usted capacitado, entonces, para triunfar en la televisión?

Mi visitante sonrió con modestia:

—Puede darse cuenta por usted mismo.

—Ya veo, ya veo. Suponga usted que le asignaran un puesto de locutor comercial. Sí, sí, ya sé que no es mucho, pero se trata de una suposición, solamente. En ese caso, ¿qué haría usted?

—Caramba, caramba, señor Gut. Es elemental. Trajecito oscuro entallado, inyecciones de parafina para mantener la sonrisa, brazo doblado en ángulo de 45 grados, cigarrillo encendido en dedos rígidos, transpiración a mares...

—Correcto ¿Y si tuviera usted que asumir la conducción de un programa?

—Vamos, vamos, señor Gut. ¿Guasoncitos estamos, eh? Nada más fácil: espeso maquillaje color ladrillo, cuello duro, chistecitos a la locutora auxiliar, miradas iracundas y disimuladas al chico del micrófono, castañeteo de dedos al camarógrafo...

—Sí, sí, acierta usted en eso. Pero yo digo, en cuanto al programa en sí.

—Nada más simple. Hablar siempre uno, sin dejar al participante meter baza, hacerse las preguntas y responderlas, apabullar al infeliz exclamando con sonrisa burlona cada vez que balbucea algo: «¿Cómo dice, señor? ¡Más fuerte, por favor! ¡Más fuerte y bien enfrente a la cámara, que no lo va a comer!». En fin, se dará usted cuenta de que no puedo agotar aquí mi repertorio...

—Naturalmente, naturalmente. Pero, perdone que a esta altura aún intente poner a prueba sus estupendas cualidades. ¿Y si debiera hacer de primer actor? Primer actor en un teleteatro, ¿eh?

—¡Quite usted de ahí, señor Gut! Miel sobre hojuelas, para este servidor: grandes patillas empolvadas, voz espesa, ojeadas a las cámaras en los primeros planos y, en todo momento, intentos de tapar con mi cuerpo a los demás actores. Además, olvido absoluto del libreto, reloj pulsera en obras que transcurran en la Edad Media...

En este punto ya no pude contener mi alegría y abrí mis brazos a aquel joven maravilloso:

—¡Venga usted aquí, a que lo estreche contra mi corazón, flor y nata de la andante televisión, pujante promesa del arte nacional, cierto propietario dentro de pocos meses de un apartamento de propiedad horizontal, un Porsche Sport y succulentos contratos! ¡Venga usted a mis brazos y prepárese a iniciar desde mañana su deslumbrante carrera o deje de llamarme Gut y la televisión es una cosa seria!

Luego le dí cita para el día siguiente en el canal, lo acompañé hasta la puerta y volví a las *Obras Completas de Nené*.

EL PARNASO ORIENTAL

Como Sabat Ercasty

*De pie sobre las rocas telúricas del Mar que se dilata
hasta el verde confín donde el Tritón retoza y las
[Nereidas llaman,
oh, Padre de las Aguas, Dilúvico Señor de las espumas
[laicas,
a ti llevo en el Viento, en el acre salitre que las olas me
[entregan.
Los ancestrales Ritos que preservan Ancianos de barbas
[augusteas,
y lanzan a la Atmósfera un himno de míficas cadencias
[siderales,
decretaron tu amarga caricia mitológica que viene del
[Espacio*

*para el cósmico mal que invadió de imprevisto mi planta
[de gigante.
Y aquí estoy, oh, Neptuno, Poseidón oceánico, Divinidad
[Hachadosoica,
y penetro en la onda y me baño en su linfa y reabsorbo
[su plankton,
porque después —Sténtor de una nueva admirable—
[proclamaré al Planeta
que es cierto lo prescrito y que el agua de mar cura los
[callos.*

Como Juan Cunha

*Ya me voy, ya me despido
no tengo por qué quedarme
si nadie viene a buscarme
y a ninguno se lo pido.*

*Agua del cielo me moja
el traje montevideano,
agua del cielo en la mano
con acre gusto a coscoja.*

*Aquí está mi bataraz
que ya es un gallo mayor
y me saca de un error
que me sonroja la faz.*

*Se me remueve una espina
en el corazón clavada,
porque yo le hacía nidada
creyendo que era gallina.*

*Campo, campo, vaca pampa,
otra vuelta, buey barcino,
es más alegre el camino
con un clavel en la guampa.*

Como Fernán Silva Valdés

Tango.

*Me gusta cuando llorás como una hembra,
porque entonces te abrazo
como si tu voz de mujer tuviera curvas de guitarra.*

Tango.

*Cuando te sale de adentro el hipo de tu canto
es como si tuvieras roto el tanque arrugado de tu fueye
y perdieras por la rendija
las lágrimas que los malevos dejaron empañadas.*

Tango.

*Con vos y con tus gaviones y percantas
hamacándose en la misa del ceremonial arrabalero
aprendí este oficio de escribir versos
y estrenar en la Comedia Nacional.*

Tango.

*Y si antes tu música me daba el lujo de una sentada
en las baldosas rojas de la Academia, allá en Brecha,
ahora lo que recuerdo de tus letras,
tango,
me permite roncar algún lunfardo,
que interrumpe la siesta de Juanita
y hace poner colorado a Monseñor
en esta otra Academia fífi del Palacio Taranco,
tango.*

Como Idea Vilariño

*Si pudiera decir
 no no no quiero
 y torcer pero sí torcer
 torciendo
 esta luz pero y qué?
 mejor que sea
 lo que el mundo feroz
 esteotromundo
 quiere que sea sí quiere que sea
 y escriba versos
 para que otro lea
 en vez en vez de ser como quería
 en seguro
 y lejano lejano paraíso
 camarera de PLUNA
 sí de PLUNA.*

COMO H. ALSINA THEVENET

Fujisawa, creador inusual

Algún crítico inglés contemporáneo ha dicho de Mishimoto Fujisawa que en sus films la imagen va más rápido que la banda sonora. Esto parece ser un elogio a la increíble noción del ritmo cinematográfico que el hombre posee e impone a sus obras, aunque algún joven cronista montevideano prefirió hablar de una velada alusión británica a un proyector estropeado. En todo caso, cabe elogiar la presencia de un realizador que, en menos de una docena de obras, ha recorrido una inusual gama de posibilidades y filmado continuamente el conflicto dramático del divorcio (*Oyendo to bunai michigata*, 1943), el tema del hombre disgregado espiritual y físicamente (*Atomikai ye Hiroshima*, 1945), el reencuentro con el amor de la juventud (*Kamote ichi saroyan*, 1948) o una ácida crítica al militarismo (*Milikai ye ogun to kretinoto*, 1943).



Al igual que muchos creadores de esta época, Fujisawa ha debido rendirse periódicamente a las imposiciones de un arte que, como el cinematográfico, sostiene a sus esporádicos hombres geniales con el monótono trabajo comercial de sus artesanos. Ello puede explicar que en los films del realizador japonés, la veracidad de clima y la maestría en la descripción de psicologías inusuales no sean llevadas hasta las últimas consecuencias estéticas. Fujisawa sabe que un *travelling* a través de un bosque que propone un mágico contrapunto de luz y sombra, mientras Machiko Myo es perseguida por un presunto violador y bandolero (*Rasho Pum*, 1952) debe terminar necesariamente —de acuerdo a esas inevitables imposiciones de la industria— en el letrero de una estación de servicio donde una conocida firma petrolera anuncia: «Aire Gratis». Pero aun en esas concesiones Fujisawa obtiene un espléndido rendimiento del ambiente, con un montaje alterno que incluye a la mujer flácidamente tendida en la hojarasca. Ese mismo letrero —debe anotarse— reaparecerá —funcionalmente encuadrado— en otros films del director: *Noguma to calabozai* (1953), que describe la singular aventura cotidiana de un carterista en Yokohama; *Takedo ichi uchi* (1954) donde un viejo samurai llega tarde a la oficina y pierde su empleo de conserje; finalmente, en un breve pasaje (posteriormente eliminado en el cuarto de montaje, pero conservado en la versión que custodia la Film Library del Modern Art Museum de Abilene, Texas) de *Mitoui ochimura nagatakawa*, un film de *avant-garde* que el propio Fujisawa ha retirado de su filmografía oficial por una célebre discrepancia con el vestuarista. (Gavin Lambert, en *Film Review*, mayo 1958, ha mencionado el episodio; Jacques Doniol-Valcroze y Lo Duca también lo recogieron en dos mediocres artículos críticos [*Cahiers du Cinema*, 63; *Bianco e nero*, 316]. Los tres coinciden en atribuir el cartel a la imposición de Tanaro Okai, propietario de la estación de servicio y fuerte inversor en el primer film de Fujisawa [*Toguchi ichisan andebu*, 1923], un cortometraje en dos actos sobre la jornada de una mujer galante enamorada de un bonzo, aunque la falta de celuloide impidió agregar a la versión los episodios nocturnos.)

En Venecia 1951, Cannes 1953 y Punta del Este (donde Fujisawa estuvo fugazmente en el Festival de 1955, durante 12 horas, y se retiró después que, en una lamentable confusión,

el doctor Saúl Judo, presidente del Jurado, le diera un *smoking* para limpiar), la obra del notable realizador ha recibido diversos lauros. Algún crítico montevideano debió discutir largamente con los exhibidores (unos señores que algo importan) y con Mauricio Pushman, para que la película de Fujisawa (*Aji no Moto Dancing*, 1954, una amarga y alucinante pintura de la decadencia de una madre de familia en la sociedad feudal) no fuera proyectada fuera de programa y, casi, fuera de la pantalla. La medida parece haber sido oportuna: *Aji no Moto Dancing* reunió los sufragios mayoritarios del Jurado y de la crítica uruguaya (un grupo de esforzados que algún cronista contemporáneo ha definido como «un grupo de esforzados») y hubiera recibido el Liber, a no ser por el doctor Judo, que se opuso y votó por *The Poor Little-Bittle Doll*, el film musical de Debbie Reynolds y Sal Mineo.

Hasta este momento, no existía en español estudio crítico importante de Fujisawa. (No puede considerarse tal, por razones diversas, el folleto *Fujisawa y su estilo* —edición apócrifa, 1957— de Ramón Tanco, inspirado obviamente en el opúsculo de André Bazin *Fujisawa et son Style*, que además está agotado.) Mientras tanto, Fujisawa sigue filmando. Quienes han visto sus últimas obras, señalan que el rasgo predominante del realizador (una incisiva denuncia de la realidad social, la cuidada artesanía que opera en tres y hasta ocho planos, un *mood* que recuerda la mejor época de Von Stroheim —otro rebelde que no transigió con las estaciones de servicio y fue anulado por la estructura de la industria—) se agudiza inusualmente. Aquí, en la frase final, todos los críticos de cine acostumbran a poner un colofón ingenioso y/o cínico, pero a mí no se me ocurre nada.

(Primera de una serie de seis notas sobre Mishimoto Fujisawa.)

PRINCIPALES FILMS

- 1909 (Como actor) *Nenu pishu*, un cortometraje doméstico filmado por su padre, R. Fujisawa, en 8 mm, que registra una travesura doméstica del pequeño Mishimoto.
- 1922 (Como libretista) *Akutagai ipana to ochiro*, de Makako Tagai, un cortometraje de propaganda para la flamante industria nipona de alfileres de gancho, cuyas copias fueron destruidas por un tifón.
- 1923 *Toguchi ichizan andebu*, con Tanaka Akuma y Achalai Komoto, sobre el sacerdote budista que inventó la radio y fue condenado a reencarnarse en Raúl Fontaina.
- 1923–1943 Fujisawa no filma, debido a que se encuentra haciendo el servicio militar.
- 1943 *Milikai ye ogun to kretinoto*, con Tanaka Akuma y Achalai Komoto (en ese momento, el matrimonio de actores adorado por todos los *fans* japoneses), una acre descripción del servicio militar. *Oyodo to bunai michigata*, con Tanaka Akuma, Achalai Komoto y el mismo Fujisawa, sobre el problema del divorcio en la sociedad feudal. *Kamote ichi saroyan*, con Tanaka Akuma (ya convertida en la vida real en esposa de Fujisawa) y Douglas Macartuchi, el actor nipoamericano.

- 1951 *Huija, huija takei*, documental que obtuvo el León de Plata en Venecia 1951.
- 1952 *Rasho Pum*, sobre lo difícil que es entender a las mujeres, con Tanaka Akuma, Machiko Myo y otras. (Posteriormente a este film, Fujisawa se divorció de Tanaka, lo cual dio origen a varios films más, de importancia menor.) Gran Premio de Cannes 1952.
- 1953 *Noguma to calabozai, ton Toshiro Rajate*, sobre el problema de la delincuencia en los ómnibus de Yokohama.
- 1954 *Takedo ichi uchi*, una punzante historia de samurais en el febril ambiente de un gran edificio de oficinas. Con el notable actor de *kabuki* Tachiro Umarata, Shirley Omitoto y el propio Fujisawa. (Durante la filmación, el realizador se casó con *miss* Omitoto, la paternidad de cuyo hijo, nacido el año anterior, fue atribuida por la prensa especializada a Fujisawa.) *Aji no Moto Dancing*, con Machiko Myo, Douglas Macartuchi, Shirley Omitoto y Tadeo Forst, sobre una madre soltera que cae en la corrupción y el vicio por culpa de un alemán. Premio de la Crítica en Punta del Este 1955.

La filmografía completa de Mishimoto Fujisawa puede consultarse en los correspondientes manuales. Los datos para este trabajo fueron obtenidos en diversas publicaciones. Entre ellas, *Sight and Sound*, mayo 1954; *Cahiers du Cinema*, 63; *Bianco e Nero*, 316. También se manejaron artículos especializados. Por ejemplo: «The Sculptural, Rough and Magnificent Fujisawa I Know», de Truman Capote, en *Playboy*, diciembre 1957; «Fujisawa and the Gas Station», de Patrick White-Brains; «What's that guy Fujisawa?», de Sam Goldwyn, tal como se lo contó a Mary Swoboda en *Coronet*, junio 1956; «I hate Fujisawa», por Tanaka Akuma, en el *Diario de Sesiones de la Dieta Japonesa*, primer trimestre de 1953; «Fujisawa, est-il un cambrioleur?», de Francis Carco, en *París by Night*, folleto turístico de la Pan American; «Yo y Fujisawa en El Médano», por un enviado especial de *El Debate*.

COMO ARKADY AVERCHENKO

El vuelto en kopecs

Piotr Suvarin descendió del tram-vía en la intersección de las calles Pilosoff y Milevski y se dirigió al Negociado de Asuntos Extranjeros, donde ocupaba un cargo de amanuense. Una ligera llovizna caía sobre San Petersburgo y Piotr juró por lo bajo, cuando un coche de punto, al pasar a su lado, salpicó las immaculadas polainas blancas que su primo Sacha le había regalado para Pascuas.

Como todas las semanas, Piotr encendió un cigarro de Crimea, se detuvo ante la florería de la calle del Buen Zar Dmitri, para comprar un clavel blanco a la vieja Anya Kondratievna, y pagó con un billete de cinco rublos, recibiendo un vuelto de doce kopecs. En ese preciso momento una hermosa muchacha rubia saltó de un carruaje que corría en dirección a la avenida Stagora-Nevski y se arrojó en brazos de Piotr, balbuceando entre sollozos frases en alemán.

Asegurando firmemente a la joven con su brazo izquierdo (no todos los días un joven soltero, con una posición en la burocracia imperial, buena salud e irreprochables antecedentes en materia de *bridge*, puede estrechar contra su pecho a una bella desconocida que domina el alemán), Piotr interpeló a la vieja Anya, señalándole con bondadosa firmeza que el vuelto contenía tres rublos y seis kopecs de menos, como todas las mañanas.

La anciana florista, originaria de Nijni-Novgorod, rompió a llorar como una Magdalena, jurando por el Zarevich que era inocente.

—¡Padrecito Piotr Alexeievich Suvarin! —gritó entre lágrimas—. ¿Cómo puede ocurrírsele que la vieja Anya quiere estafarlo? ¡He servido a su señor padre, el abogado Anton Guerman Suvarin, y antes a su distinguido abuelo, el señor conde Serguei Andreievich Suvarin, que Nuestro Señor tenga a Su Diestra, a quien todas las floristas de San Petersburgo llamábamos Bobtchka!

Una vez pronunciado ese discurso habitual —interrumpido dos o tres veces para atender a otros clientes— la vieja Anya devolvió a Piotr, como todas las semanas, el dinero cobrado de más y luego se volvió hacia los demás parroquianos, que hacían fila para reclamar por la inexactitud de sus respectivos vueltos.

Libre por fin de la vieja Anya Kondratievna, Piotr pudo dirigir su atención a la desconocida. Vestía la joven un bello traje color amaranto y calzaba finísimos escaarpines de cabrito. Una graciosa toca color malva adornaba su opulenta cabellera de bronce. Como continuaba sollozando, Piotr creyó oportuno averiguar la causa.

—¿Lee usted a Chejov? —preguntó a la desconocida.



—No —dijo ella derramando abundantes lágrimas y con un gracioso pañolito de encaje marfileño oprimido contra sus ojos.

—Entonces, no me explico —reflexionó Piotr.

Con un grito ahogado, la joven se separó de los brazos de Piotr.

—¡No me toques! —gritó dramáticamente—. ¡No te atrevas a tocarme con tus despreciables manos, Natalio Efimovich!

—*Pardonnez-moi* —dijo entonces Piotr, usando la cortesía aprendida de su primo Sacha, el cual había visitado París durante la primavera de 1895—, pero creo que se halla usted en un error. No soy ese Natalio Efimovich que usted dice, sino Piotr Suvarin, de los Suvarin de Vorontsov, amanuense supernumerario en el Negociado de Asuntos Extranjeros y nieto preferido del conde Serguei Andreievich Suvarin, coronel de la Caballería del Zar.

Una sonrisa brilló en el angélico rostro de la desconocida, como un rayo de sol que se abre paso entre la lluvia:

—¿Realmente, no es usted Natalio Efimovich Poniatowski, tercer hijo de la Condesa Viuda Poniatowska, cuya familia fue exiliada en Varsovia en 1856 por el Rey Ladislao? —preguntó la joven.

—Se lo aseguro a usted —dijo Piotr—. Pero su rostro no me es desconocido. Quizás nos hayamos visto durante la estación termal, en el Caspio, en casa de los Ebranlov...

—Conozco a la menor de los Ebranlov, Margarita Ekaterina, prometida al teniente de la Guardia Imperial Simeón Dszhevski Djugashvili; tuvimos a la misma institutriz inglesa, *miss* Eglantine Mayhew —respondió la desconocida—. Pero nunca he tratado a nadie que se llamara Suvarin.

En ese momento el reloj de la Iglesia del Patriarca Ignatz dio las nueve y Piotr recordó que debía entrar a su oficina. Quitándose amablemente el sombrero, besó la mano de la joven rubia, le ofreció el clavel blanco de la vieja Anya Kondratievna y se marchó de prisa.

La joven desconocida titubeó un momento bajo la llovizna de San Petersburgo y luego tomó asiento en un banco de la florería, sirviéndose una taza de té del humeante samovar de Anya Kondratievna.

—Tendrás que inventar otra cosa, *babushka* —dijo a su abuela, la vieja Anya—. Este demonio de Piotr Suvarin, en el momento de recibir el cambio no se distrae por nada del mundo.

EN LA SIERRA MAESTRA Y OTROS REPORTAJES

1967

ADVERTENCIA INTRODUCTORIA PARA *En la Sierra Maestra y otros reportajes*

Lo primero que verificará el lector en esta recopilación de crónicas es la diversidad de estilos. Ello no obedece tanto al hecho —también cierto— de que en el transcurso de la década que las incluye el autor haya ido aprendiendo lentamente a escribir, como a las disímiles urgencias y oportunidades que un corresponsal debe manejar en el extranjero. Alguno de estos reportajes fue compuesto al regreso de un viaje, en la tranquilidad de un estudio con biblioteca de consulta a mano; la mayoría, sin embargo, debieron redactarse a escasas horas de la salida del último avión; otros, en fin, sufrieron la reducción gramatical de los despachos cablegráficos y, una vez en el diario que los esperaba al límite del cierre de la edición, algún colega cordialmente apurado les restituyó como pudo artículos y conjunciones. En lo posible, he revisado esos textos, les he dado continuidad y he corregido en lo que estaba a mi alcance los desaliños de la prosa periodística. Cuidé, al hacerlo, que la espontaneidad del juicio o los hechos no sufrieran deterioro. Las notas al pie señaladas con asteriscos existían en el original; las numeradas se agregaron a esta edición, como medio de actualizar o clarificar algunas informaciones.

Siempre me ha preocupado el grado de incomunicación que puede existir entre el estado de ánimo con que un corresponsal en el extranjero escribe su nota y el que el consumidor de diarios o revistas —aposentado en su sillón preferido o colgado del pasamanos

del ómnibus— utiliza para leerla. Ese *décalage* es uno de mis complejos profesionales y creo que el de muchos colegas. Por ello, en esta recopilación he añadido una breve introducción a cada reportaje, intentando describir los orígenes del mismo y su circunstancia. Creo que puede ser útil para que el lector se aproxime algo más a las intenciones del cronista.

Anoto, finalmente, un descargo para la profesión: el trabajo de un periodista no depende solamente, como en los casos del novelista o el poeta, de un estado espiritual; excusándome por la vulgaridad, debo afirmar que también intervienen factores más prosaicos: el cansancio físico, el frío, el dolor de pies, la falta de dinero, el miedo. Escribí la entrevista con los peronistas prófugos mientras tiritaba a varios grados bajo cero en una casilla de madera de Punta Arenas, vestido con la misma ropa de verano que vestía cuarenta y ocho horas antes, al salir precipitadamente de Montevideo. Cuando conversaba con Fidel Castro en un remoto valle de la Sierra Maestra, debo confesar que no pensaba tanto en la esotérica noción de haber logrado un reportaje que dos meses antes me parecía imposible, como en ciertos dedos congelados después de doce días de escalar sierras y vadear pantanos sin quitarme las botas. Algún arresto a culatazos por soldados que no entendían otro idioma, los puntapiés de un policía enfurecido, la soledad de los cuartos de hotel, las pequeñas catástrofes motivadas por un giro que no llega a tiempo, son otras condicionantes del enervamiento, la depresión o el juicio superficial que corren en las entrelíneas de un corresponsal y a veces desorientan al lector. Que todo eso me sea tenido en cuenta.

PERÓN, EL PRÓFUGO

Diario *Acción*, 3-X-1955

En setiembre de 1955, cuando Buenos Aires fue bloqueada por la escuadra del almirante Isaac Rojas, se advirtió que la caída de Juan Domingo Perón era asunto de horas. La Marina uruguaya impedía la salida de embarcaciones hacia Buenos Aires, los aeropuertos estaban cerrados y dos cañoneras argentinas prohibían la navegación por la desembocadura del Paraná. Leonidas Piria, el fotógrafo Mauricio Tokman (ambos de La Mañana) y yo, alquilamos en Nueva Palmira los servicios de un contrabandista y su bote, para cruzar de noche el río de la Plata. Después de haber pasado silenciosamente entre los haces de luces de las cañoneras y ya a mitad del camino, el contrabandista se asustó, declaró que se volvía y nos abandonó en una isla del Delta. Perdidos, demoramos un día más en llegar a Buenos Aires. Cuando desembarcamos en San Isidro —su-

cios, hambrientos y barbudos— Perón ya había huido, Lonardi era presidente y nuestros colegas uruguayos (venidos cómodamente en un avión comercial fletado al efecto) confraternizaban en el bar de un hotel en la calle Florida y habían cubierto el derrocamiento antes que nosotros. El fracaso me hizo ir a Asunción, para asistir a la llegada del gobernante depuesto, con un vago resentimiento personal contra el hombre, que no se justificaba pero que se transparenta en esta nota.

Asunción del Paraguay

Eran las 17.54. Frente a la especie de arco triunfal pintado de amarillo que señala la entrada al aeródromo militar de Campo Grande, estaba reunida una cincuentena de curiosos y algunos automóviles. El gran De Soto negro con la chapa 3201 apareció de improviso, a toda velocidad, en medio de una nube de polvo y haciendo sonar ininterrumpidamente la bocina. Frenó para esquivar un fotógrafo demasiado audaz, patinó y volvió a enderezarse, tomando la carretera hacia Asunción. En el asiento de adelante iban el jefe de la Policía paraguaya, Mario Ortega y un agente; en el trasero, sonriendo y saludando con la mano entre el embajador Chávez y un oficial ceñudo, pasó Juan Domingo Perón, el exdictador argentino, que entraba a su país de asilo. Román Jiménez, de la Associated Press de Buenos Aires, tuvo tiempo de lanzarle por la ventanilla el insulto más terrible; un núcleo de curiosos aplaudió débilmente.

Esta segunda entrada al Paraguay —dramática en sí, pero a la que los recursos utilizados para despistar a la prensa añadieron un tono de farsa— no tuvo, como la primera, multitudes agrupadas a lo largo de la avenida Presidente Stroessner que vitorearan a Perón y a Evita, destacamentos de policías de investigaciones argentinos y casas engalanadas con banderas. El profuso cartel de la otra vez (retratos de los dos presidentes y la leyenda «Bienvenido el general Perón») ya había sido arrancado de casi todas las paredes de Asunción, inclusive las del consulado argentino en la calle Palma. Salvo las jóvenes señoras que, con los niños y las mucamas, se trasladaron en veinte o treinta autos al aeropuerto —más bien en paseo dominical—, los testigos de la llegada de Perón fueron los corresponsales extranjeros, los funcionarios y algunos campesinos. (Hubo otro testigo más importante, pero eso viene después.)

La farsa —eso lo supimos recién doce horas más tarde— comenzó el sábado de noche en el aeropuerto civil, cuando el canciller Sánchez Quell, conversando mano a mano con periodistas uruguayos en una entrevista no oficial, aseguró que hasta el lunes 3 no vendría nadie desde Buenos Aires, debido al feriado que interrumpía trámites administrativos. El capitán de la Fuerza Aérea paraguaya Leo Novak —presunto transportador de Perón— había llegado hacía unos minutos desde la capital argentina, en un DC3. Cuando subí a la cabina del avión para pedirle noticias, imitó magníficamente varios bostezos y declaró que estaba listo para otro vuelo, pero también seguro de dormir tranquilo en Asunción hasta el lunes.

Desde cinco días atrás nadie confiaba en las declaraciones de los círculos oficiales. Pero allí, a medianoche, con Sánchez Quell retirándose hacia la ciudad, Novak dirigiéndose a dormir en la base de Campo Grande y el DC3 carreteando hacia un hangar, la *mise en escène* era perfecta.

Todo lo que sigue fue reconstruido recién ayer de noche, en una mesa redonda de cronistas con cara larga, que iban atando cabos lentamente. Aún previendo que Perón llegaría de sorpresa, nadie pudo confirmarlo en un país donde los funcionarios no reciben a nadie, los diarios publican caprichosos resúmenes con lo menos importante y los empleados del telégrafo tiran al canasto los despachos de prensa o, simplemente, suspenden el circuito por doce horas «para estudiar los textos en envío».

Cuando dejó a los periodistas, Novak no fue a dormir, sino a preparar el anfibio *Catalina*, para volar nuevamente a Buenos Aires. El viaje del que regresaba había sido la primera tentativa de recoger a Perón. Pero aterrizó en el aeroparque de Palermo y entonces, para trasladarse de la cañonera a tierra firme, Perón pidió garantías. Quizás no le pareció suficiente la respuesta del canciller Mario Amadeo. Lo cierto fue que prefirió no abandonar el barco paraguayo que lo asilaba en Puerto Nuevo; Novak debió volver solo, a cambiar el DC3 por el *Catalina* que le permitiría amarrar junto a la cañonera.

A las 5.40 de la mañana del domingo, mientras en el hotel Colonial unos periodistas dormían y otros tecleaban el despacho siguiente, el *Catalina* despegó secretamente de Campo Grande y se dirigió al Sur.

El domingo de mañana las asunceñas comenzaron a desfilarse como de costumbre, dirigiéndose a misa de once. En la plaza de los Héroes los conscriptos hacían lustrar sus botas por los pilluelos, mientras sorbían en la latita de *tereré* cebado con el agua de las canillas de los canteros; al costado de la Estación de Ferrocarril, las vendedoras de *chipá* y refrescos seguían sentadas somnolientamente contra el muro. Asunción estaba más apacible que de ordinario. Hicimos una llamada verifcatoria a Sánchez Quell (pretexto: ¿seguirían hoy los campeonatos militares?) y el canciller estaba en su casa. Los periodistas, después de algunas giras al aeropuerto civil Stroessner, se adormecían en el penumbroso vestíbulo del Colonial.

A las 11:45 (en Buenos Aires era una hora más tarde) sonó el teléfono; una mujer preguntaba por el corresponsal de *Acción*. El mensaje quebró la placidez de mi mediodía asunceño: «Soy una paraguaya antiperonista. Dentro de un rato, el avión *Catalina* recogerá a Perón en el río». «¿Quién conduce el *Catalina*?» «El capitán Novak.» «¿Cómo lo sabe?» «Eso no importa, pero lo sé. Perón estará en Asunción alrededor de las cuatro de la tarde.» Y colgó.

Llamadas como estas había habido muchas, en los últimos días. Pero ese era un día especial. En la atmósfera demasiado calma de Asunción, en la desusada cordialidad del canciller, en los bostezos exagerados de Novak había esa perfección excesiva que tienen las imitaciones.

Me puse a averiguar cosas; veinte minutos después, un uruguayo residente en Asunción confirmaba haber oído por una radio de Montevideo la noticia del despegue del

Catalina; casi en seguida, la teletipo del diario *Tribuna* emitió la noticia de la partida de Perón desde Puerto Nuevo, ocurrida a las 13:15, hora argentina.

¿Por dónde llegaría al Paraguay? Las posibilidades de puntos de acceso planteaban un problema exasperante. El avión anfíbio podía dejar a Perón en cualquier parte: el aeropuerto civil, o la base de Campo Grande, o el hidropuerto de Asunción, o el lago de San Bernardino, o la pista de Paraguarí o una estancia particular. Los caminos paraguayos, en general, no permiten una velocidad mayor de 60 kilómetros por hora; ir a San Bernardino, a Paraguarí o a otro sitio implicaba no regresar hasta la noche y quizás una *panne*; significaba, en todo caso, una dispersión arriesgada. Entonces la suerte vino en ayuda de los cronistas uruguayos. (Los brasileños dormían en su hotel ajenos a todo; los italianos estaban almorzando con el ministro de su país; Cornell Capa, de *Life*, habría ido a visitar una toldería indígena; sólo el gerente de la UP en Chile, venido especialmente a Asunción, estaba en la misma pista que nosotros.)

Como primera medida, se había inspeccionado el aeropuerto Stroessner; allí no pasaba nada. La visita siguiente fue a Campo Grande. En la puerta estaban atravesados dos coches militares; motociclistas policiales custodiaban la entrada. Y de pronto, cuando la discusión con el oficial de guardia subía de tono y los centinelas armados comenzaban a enojarse en guaraní, un auto oscuro, sin escolta, entró a toda velocidad en la base, sin detenerse a pedir permiso. Hubo tiempo para reconocer al único ocupante del asiento trasero, un hombre rubio y sonriente, de bigote, con un vistoso uniforme verde lleno de galones dorados y rojos: el presidente del Paraguay, general Alfredo Stroessner. Lentamente, los hechos iban ensamblándose, pero todavía no se vislumbraba la solución de la adivinanza.

Las normas del derecho de asilo y la tradición diplomática prohibían que el primer mandatario recibiera personalmente a Perón. Sánchez Quell lo había explicado la noche anterior. Pero allí estaban los hechos: el *Catalina* militar viajando hacia Asunción, la base de Campo Grande custodiada especialmente, el presidente Stroessner trasladándose de incógnito al aeródromo. Y de pronto, un cuarto hecho vino a incorporarse al problema: sobre el aeropuerto civil, distante apenas un kilómetro, se vio evolucionar un avión dispuesto al aterrizaje. Por una carretera interna la base militar comunica con el aeropuerto civil. Hubo apenas tiempo de trepar a los coches y salir a la carrera; entre una nube de polvo, el coche del presidente se perdía ya entre los hangares, yendo al encuentro del avión que aterrizaba. No era el *Catalina*, pero un cambio de aparatos podía haberse efectuado en cualquier parte del territorio. Ya eran las 16 horas y en el DC3 que aterrizaba podía venir Perón.

Se perdieron algunos minutos en estacionar los autos, sortear alambrados sin atender a los gritos de los subtenientes y correr hacia el lugar de aterrizaje. Cuando los sofocados fotógrafos llegaban primero, ya el automóvil del presidente volvía sólo con el chofer; el avión, sin haber detenido los motores, enfilaba la pista para salir nuevamente. El general Stroessner salía por aire de Asunción, en viaje no oficial, aproximadamente a la hora en que el dictador depuesto llegaba al Paraguay.

Aquí se confundían nuevamente los datos. Stroessner podía haber ido a cualquiera de los puntos anteriormente citados, para recibir al *Catalina*. Otra vez chocábamos contra el mutismo, los actos incomprensibles y los indicios falsos que caracterizaban en esa semana a la intranquila dictadura paraguaya. No sabíamos, sin embargo, que estábamos muy cerca de la verdad. Cambiábamos febrilmente puntos de vista, calculábamos horarios, inquiríamos si con viento de cola el *Catalina* podría haber empleado sólo cuatro horas desde Buenos Aires, pedíamos asesoramiento sobre el posible balizaje de aeródromos chicos para un aterrizaje nocturno.

Mientras tanto, el avión a cargo de Leo Novak y conduciendo a Perón y al embajador paraguayo Chávez estaba cruzando la frontera y el presidente Stroessner, respetando las normas diplomáticas y cumpliendo los deberes de su amistad con el asilado, no recibía a Perón personalmente, pero lo encontraba a mitad de camino y se entrevistaba con él por radio. Con estrategia militar el mandatario paraguayo había solucionado el problema.

La idea mejor, si se quería ver a Perón, era esperarlo en el aeropuerto civil. Se aproximaban las seis de la tarde y la luz iba declinando. El miedo de Perón a los viajes aéreos (nunca viajó en avión durante su gobierno) debía tenerse en cuenta para descartar un aterrizaje nocturno en pistas inapropiadas lejos de Asunción. Cada vez más firmemente se creaba la convicción de que el punto de aterrizaje sería la pista común a la base de Campo Grande y al aeropuerto civil.

Paulino, el fotógrafo de *Acción*, dio la pauta de esa seguridad, instalándose en el techo de un automóvil y desplegando el visor de su teleobjetivo. Y a las 17.30, un punto en el horizonte le otorgó la razón. El anfibia *Catalina* llegaba a Asunción; algunos centenares de metros más arriba, el transporte militar que llevaba al general Stroessner volaba en círculos.

El *Catalina* describió un amplio viraje sobre las cabezas de los periodistas y tomó tierra a las 17.45, cruzó frente a las instalaciones civiles y se dirigió rodando hacia la base militar. Hubo una desbandada de autos, que arrancaron en caravana hacia la carretera, para llegar a la salida del aeródromo militar. A fuerza de bocina y de salirse del camino los coches de la prensa llegaron primero. Allí, policías y soldados detenían a los vehículos a cien metros de la puerta, y hubo que trasladarse a pie hasta la entrada. Nadie pudo ingresar al campo, salvo las autoridades militares, los elusivos y socarrones funcionarios de la Secretaría de Prensa de la Presidencia y el enorme coche negro con chofer (presumiblemente particular) que recogería a Perón.

El *cameraman* argentino Peruzzi (único que filmó el descenso del exdictador, por encargo del gobierno paraguayo) contó después los detalles. El *Catalina* se detuvo y Novak, por la ventanilla de la cabina, agitó las manos unidas en señal de triunfo. El amplio bastidor lateral del anfibia fue levantado; primero bajó el embajador Chávez. Luego apareció Perón, sonriente y con expresión descansada, saludando a los presentes. Vestía una campera azul, camisa blanca sin corbata y pantalón claro; estaba tocado con la popular gorra de visera que usaba para sus excursiones en motoneta con las jovencitas estudiantes de Secundaria. El De Soto negro se acercó rápidamente; Perón, Chávez y varios oficiales

tomaron ubicación en el coche y partieron a toda velocidad hacia la salida. Ningún equipaje fue cargado en el coche.

Frente al cementerio de la Recoleta, el humilde entierro de un niño campesino (el cajoncito de madera cepillada portado a pie, los deudos descalzos detrás, las mujeres llorosas envueltas en sus rebozos negros como en un cuadro de Blanes) debió dejar el centro de la calle de tierra, ante el paso avasallante del automóvil negro y su cortejo de coches de la prensa.

En el barrio residencial de Asunción, la casa de Ricardo Gayol (un argentino millonario que puso todos sus bienes a disposición del exdictador, para su estadía en el Paraguay) se encontraba con fuerte custodia. Cerrando la cuadra en ambas esquinas, tropas del ejército y patrulleros de la policía arreaban a los curiosos. Simpáticos *piragüés* —agentes de investigaciones— arrimaban sus oídos a la boca de los periodistas y con aire cándido y distraído se pegaban a sus talones, mirando por encima del hombro las notas que tomábamos.

Cuando llegamos, Perón ya estaba dentro de la casa Gayol, que permanecía con las ventanas clausuradas. En la puerta del parque donde se levantaba la residencia (de un estilo vagamente moderno, pero con los millones delatados en cada ornamento de hierro forjado y en cada escalinata de mármol), soldados con ametralladoras apuntaban al público y, sobre el muro, una larga fila de *piragüés* asomaba las cabezas, en una involuntaria parodia de tiro al blanco. Todas las casas adyacentes habían cerrado sus puertas y verjas; en los jardines, otros policías simulaban infructuosamente ser vecinos curiosos y miraban con fijeza a los periodistas.

En algún momento, me hice el sordo ante los gritos de prevención de los *piragüés* que me habían tocado en el reparto y crucé hasta el portón de la casa. Un hombre bajo, de cara aniñada y sombrero a lo Gardel, me puso una mano en el pecho; era el jefe de policía, Ortega:

—No se puede, señor. Vuelva.

—Quiero solamente que alguien le transmita al general Perón el deseo de los periodistas de entrevistarlo...

—Vuélvase, señor.

—Pero, escúcheme primero...

El empujón no fue muy doloroso, porque atrás me recibieron otros ansiosos *piragüés*:

—¡Que se vaya, le digo! ¡A ver si anda creyendo que soy una criatura, para que me ocupen en mandados!

El lunes por la tarde, el canoso y maquiavélico Ramón Jiménez, secretario de prensa de Stroessner, nos anunció que Perón nos recibiría en la residencia Gayol. A mediodía, un centenar de corresponsales se agrupaban en la vereda calcinada de sol.

A las tres, José Bernabé (al que muchos confundirían con un guitarrero de orilla pero que es, en realidad, Director de Información) hizo de introductor. En el portón pintado de blanco, dos soldados con máuser nos dejaron entrar, uno a uno; un oficial y varios agentes verificaban nuestros documentos y nos cacheaban. Después, otros policías iban agrupándonos en un vestíbulo. A las cuatro, cuando la ceremonia precaucional se había cumplido, pudimos pasar al *living*, todos juntos. Allí, entre sillones tapizados de rojo, con un óleo que representaba a una bella paraguaya aguatera decorando la repisa de la chimenea, Juan Domingo Perón —de pie y fumando un cigarrillo— parecía esperar el pelotón de fusilamiento.

Vestía la ropa deportiva de costumbre. Contra los tonos sobrios de la campera marrón y el pantalón verde olivo se destacaba la corbata roja, quizás un sutil homenaje al partido paraguay gobernante. No aparenta sus sesenta años casi completos (los cumple el 8). Alto, todavía vigoroso aunque con trazas de enorme agotamiento físico, sin canas visibles y exhibiendo una magnífica dentadura, impresiona a primera vista como una fuerte personalidad. Es en un segundo examen que se advierte la artificialidad de su sonrisa, las huellas de una vida sobresaltada e intensa en el rostro cruelmente ajado por una enfermedad cutánea.

Con el cigarrillo recién encendido en la mano, alternando rápidas fumadas con la sonrisa que es una mueca y no una expresión, el hombre hasta ayer todopoderoso hacía pensar, entre el destello incesante de los *flashes*, en un animal atrapado. En los primeros momentos, siempre en silencio, mantuvo una rígida compostura, erguido firmemente y con las piernas separadas. Pero en seguida lo vencieron los nervios. La sonrisa desapareció y comenzó a hurtar el rostro de los fotógrafos, mientras repetía: «Ya es bastante, ya es bastante...». Esbozó un movimiento de huida y los fotógrafos le cerraron el paso; entonces los policías lo rodearon y le abrieron camino, mientras él, con la cabeza gacha y las manos extendidas, se dirigía a la escalera.

Todos se precipitaron detrás. Yo, que estaba situado en un punto contiguo a la escalera, llegué al pasamanos casi al mismo tiempo que Perón y le dirigí las únicas preguntas que todo el mundo tenía en los labios: «¿Pero no piensa hacer declaraciones? ¿No nos llamó para eso?». Perón se detuvo un segundo, abrió los brazos para subrayar la frase y contestó: «Mientras esté en el Paraguay, no haré ninguna clase de declaraciones».

Y entonces subió la escalera a grandes trancos, casi corriendo, entre las exclamaciones irritadas de los periodistas y el continuo relampagueo de las cámaras.

Esta fue la llegada de Perón al Paraguay. Vino sin pan dulce, ni juguetes de la Fundación. Mucho después de haber llegado, la mayoría de los paraguayos (que sólo leen una prensa amordazada) lo ignoraban. Entre los que lo supimos, el clima fue menos excitante de lo que habíamos supuesto; estuvo teñido de cierta conmiseración por el hombre disfrazado de motoneta, reducido del endiosamiento bonaerense, de sus uniformes y palacios, a la pequeña estatura del prófugo con miedo a volar de noche.

OPERACIÓN PUNTA ARENAS

Diario *La Mañana*, 29-III-1957

El cronista de diarios matutinos es animal de una especie pálida y nocturna, cuyo sueño imposible está constituido por una semana de vacaciones a orillas del mar, con sol, yodo y salitre. En marzo de 1957 creí haber logrado esa utopía, y con la valija pronta me dirigí a la plaza Libertad, para tomar el ómnibus hacia La Paloma. En la estación me esperaba una peregrina idea de Carlos Manini Ríos, director de La Mañana. En vez del ómnibus a la playa debía alcanzar un avión que salía para Santiago de Chile dos horas más tarde; después seguir hacia el Polo Sur (o tal me pareció, en esos momentos) y entrevistar en Punta Arenas a los jefes peronistas prófugos de Río Gallegos, que se encontraban detenidos en un transporte militar donde no podía subir nadie que oliera vagamente a civil. Sonreí con tristeza y me fui a tomar el avión, pero cuando dos días después descendí en la pista de Punta Arenas y comencé a caminar entre la nieve y el helado viento magallánico, no conservaba ni la sonrisa. Creo que mi obsesión por huir de aquel espantoso frío polar me urgió a obtener, de cualquier modo, el reportaje que Manini quería.

Punta Arenas

Jorge Antonio levantó su taza de té, meditó un momento mirando el monograma de la Armada chilena en el recipiente y después dijo, sonriendo: «En toda mi vida, ha sido la operación que me salió más barata». Con la frase, mitad chiste y mitad desafío, contestaba a mi pregunta sobre el costo de la «Operación Punta Arenas» (como llaman irónicamente a la fuga sus autores) que permitió a Héctor Cámpora, John William Cooke, Jorge Antonio, Guillermo Kelly, José Espejo y Pedro Gómiz —en la práctica, las cabezas políticas, gremiales y financieras del peronismo clandestino— huir el pasado lunes 18 del penal de Río Gallegos y asilarse en territorio chileno.

Desde su fuga hasta hoy, cuando subí a bordo del transporte militar *Almirante Pinto*, Jorge Antonio, Cooke y sus compañeros se habían negado a ser entrevistados formalmente por la prensa. Sólo un periodista chileno logró unas breves declaraciones generales de Cooke y de Antonio, y un corresponsal del *New York Times* —en comunicación telefónica desde Santiago— obtuvo igual resultado. Ese hermetismo del grupo fue reforzado por la prohibición absoluta, por parte de las autoridades chilenas, de que periodistas entraran al hotel Cosmos —alojamiento de los fugados, en los primeros momentos— ni menos aún, desde que se les internó en el *Almirante Pinto*, que se pudiera entrevistarlos a bordo.

La tarea para sortear las estrictas disposiciones del ministro del Interior, las consignas del jefe naval de Punta Arenas, comodoro Jacobo Neumann, la desconfianza y reserva del jefe militar, general Armando Conlledo y, finalmente, la cortés pero firme negativa del comandante del *Pinto*, el capitán de navío Jorge Balaesque, forman un capítulo casi

tan erizado de dificultades como la fuga misma, pero ellas fueron el precio de una buena mercadería periodística: la charla de tres horas, desahogo de una semana de silencio o reticencias, que mantuvieron conmigo los jerarcas peronistas.

En la cámara de oficiales del transporte, los seis fugados de Río Gallegos, interrumpiéndose mutuamente, levantando a veces la voz hasta merecer una reconvencción del teniente Ross —marino chileno que, discretamente apartado, asistió a la entrevista— recorriendo con excitación a grandes pasos el breve espacio de la cámara, me proporcionaron la extraña versión (su versión) de un tema sobre el que, algún día, un sociólogo se inclinará con interés: el de la clandestinidad de un partido antes omnímodo, el del lenguaje de perseguidos, torturados y víctimas en labios de quienes, en su hora, fueron indudablemente persecutores y victimarios; el de la incondicionalidad —después de la cárcel, la confiscación y el exilio— al hombre que, luego de huir abandonándolos, mantuvo la seguridad física y material que a ellos les falta.

Este curioso acto teatral de papeles trocados fue tan incongruente como el escenario. Relegados al inhóspito extremo sur del Continente, en una pequeña población donde el viento polar silba incesantemente entre las casitas de zinc y madera, quienes todavía son cabezas visibles de la superestructura peronista —Cooke y Cámpora, el partido; Espejo y Gómiz, los sindicatos; Jorge Antonio, las finanzas; Kelly, las fuerzas de choque— eran en ese momento sólo seis presos, pero sus maneras y su lenguaje no evidenciaban la desesperanza.

—No hablo mucho ahora —dijo Cooke— porque me reservo para cuando caigan varios, cuando llegue el momento, que está próximo.

—¿Dónde será eso? —le pregunté.

—En la Argentina, por supuesto. Ya les queda poco.

Por el ojo de buey del *Pinto* se veía la borrasca rizando las aguas negras del Estrecho de Magallanes y la costa blanquecina de Tierra del Fuego, esfumada en la llovizna: el eterno viento de Punta Arenas silbaba en la cubierta. Adentro, distribuidos en los sillones de cretona floreada o acodados en el pequeño bar, estaban todos: el abogado John William Cooke, al que los gruesos zapatones y la tricota marrón acentuaban un absurdo aire infantil (sus familiares lo llaman «Bebe»); Guillermo Patricio Kelly, el siniestro líder de la Alianza Nacionalista, con el aire jovial del profesor de ski que entretiene a los turistas en el *hall* de un hotel de Bariloche; el dentista Héctor Cámpora, expresidente de la Cámara de Diputados, de sienes grises y aspecto distinguido; José G. Espejo, ubicado por Evita Duarte en la Secretaría General de la CGT y caído en desgracia antes del derrocamiento de Perón, y Pedro Gómiz, dirigente de los obreros del petróleo y exdiputado, ambos con el aire descolocado, la vestimenta burguesa y el acento xeneise típicos de los grasas que la Señora llevó al poder; Jorge Antonio, moreno, de habla reposada pero con un latente ardor polémico (de todos, fue el único que dirigió amargos reproches al Uruguay: «ustedes nos criticaban, pero ningún uruguayo que vino a verme se fue con las manos vacías»).

La primera pregunta estaba cantada: era ingenua —una respuesta completa significaría aún la pérdida de muchos— pero es, con seguridad, la interrogante que está en boca de todo el mundo, desde Aramburu y Rojas hasta cualquier lector de diarios:

—¿Cómo hicieron para fugarse?

Todos sonríen; Kelly, con el aire de «te juego a que no lo descubris», pregunta a su vez:

—¿A usted qué le parece?

La ocasión es buena para picarles el amor propio, porque el punto de honor del grupo es no haber gastado un centavo en sobornos.

—Se me ocurre que a fuerza de plata.

—A fuerza de plata no tenía gracia —dice Jorge Antonio.

—Bueno, no me digan nombres, pero den detalles. ¿Cuándo se les ocurrió fugarse?

—A mí, el 9 de enero de 1956 —dice rápidamente Kelly. (Ese fue el día en que se les llevó de Buenos Aires a Ushuaia, primer penal donde fueron alojados.) Kelly no pierde nunca el tono deportivo. Esta es para él sólo otra de las aventuras riesgosas que eligió como profesión y en este apacible ambiente de la cámara parece irreal el pensamiento de que ellas incluyeron el asesinato político, la intimidación pública a base de brigadas de choque y los métodos fascistas con que los pistoleros de la Alianza consternaron a Buenos Aires.

Cooke consulta con la mirada a los demás, y explica:

—El trato en Ushuaia era malo; yo he estado 99 días incomunicado en un calabozo de 3 por 2, sin asistencia médica...

—Yo, en total, 5 meses y 28 días —añade Kelly.

—...y con un régimen de censura inhumana para la comunicación con los familiares —prosigue Cooke—. En Ushuaia, simbólicamente, el ejército, la marina y la aviación se repartían la responsabilidad de custodiarnos. Perón había cerrado el penal, por lo insostenible de las condiciones de vida allí. Nosotros, como detenidos políticos, lo reinauguramos.

Gómiz interrumpe:

—Teníamos permanentemente a nuestro lado un soldado con ametralladora. Nuestros abogados nos visitaban en presencia de un oficial y nunca pudimos estar a solas con un familiar.

Después, continúa Cooke:

—A propósito: de los nueve abogados que hemos tenidos todos, ocho están actualmente detenidos. Después, se nos trasladó a Río Gallegos, donde ya estaba Espejo. Allí el régimen mejoró algo: por lo menos, nos sacaron al tipo de la ametralladora.

—¿Y el plan de fuga?

—Fue madurando de a poco. Éramos once en un pabellón; había tres peronistas más, cuyos nombres no interesan, y dos comunistas, junto con nosotros.

—¿No participaron a los comunistas de la fuga?

—Habíamos llegado a un pacto con ellos: hablábamos de todo menos de política. Como habían sido ellos quienes lo propusieron, se quedaron sin enterarse.

—¿A qué hora se escaparon?

Cooke vacila y consulta con la mirada a Kelly. Después dice:

—De noche.

—¿Pero a qué hora?

—Si lo decimos, pueden perjudicar a un guardia inocente —salta Kelly.

—¡Qué me importa la guardia! —se ríe Cooke—. ¡Cuanto más echen, mejor!

Jorge Antonio, que ha salido un momento, vuelve con unos papeles:

—Nos escapamos a primera hora de la madrugada. No es cierto que estuviéramos armados, como dicen. Las armas que usamos fueron éstas.

Y deposita sobre la mesa un mapa y una brújula. El mapa es una carta aeronáutica; pertenece a la colección denominada *World Aeronautical Charts*, que usan las aviaciones militares de casi todos los países y es solamente un sector —el de la Patagonia— arrancado a una carta mayor. Con tinta, los conspiradores marcaron en ella doce rutas distintas desde Río Gallegos a Punta Arenas, con seis cruces diversos en la frontera. («Hombre prevenido vale por dos», ríe Jorge Antonio.) La brújula es de bolsillo, marca Bézard, de las usadas por la Marina.

Se me ocurre que la ironía de que los dos elementos procedan precisamente de las fuerzas que debían vigilar a los fugados, no es tan casual.

—Quiere decir —indago— que consiguieron la carta y la brújula, dentro.

—Saque las conclusiones que quiera —dice Kelly.

—Yo he visto un plano de la prisión —les señalo— y sé que debían atravesar un corredor con centinelas y salir a la calle, bajo la observación de una garita con ametralladoras y reflectores. Pero también sé que esa noche había una fiesta en una estancia y que el jefe del penal y otros, habían ido. ¿O hicieron la vista gorda?

—Perdone que no le contemos esa parte —señala Jorge Antonio.

Y Kelly añade—: Secreto profesional.

—Lo que le puedo decir —sigue Jorge Antonio— es que en ese trecho hasta la puerta nos jugamos la vida. No había complicidad que valiera.

—¿Y el jefe de la guardia, Juan de la Cruz Ocampo, que se fugó con ustedes? ¿No les facilitó las cosas?

Aquí interviene Cooke:

—Ese hombre no se fugó con nosotros, ni estaba combinado.

—Pero ha desaparecido, y se le echó de menos el mismo lunes...

—Con nosotros no vino. Calcule: más de seis pasajeros en un Ford, que ya llevaba a Araújo de chofer, era una carga excesiva a la velocidad de ochenta kilómetros por caminos pésimos.

—¿De dónde sacaron el auto?

—Secreto profesional.

—¿Tenía chapa chilena?

—No, era de Río Gallegos.

—¿Y no les pareció que un auto amarillo era demasiado llamativo, si los seguían?

—Precisamente —responde Kelly—. Era tan llamativo que nadie podía imaginarnos adentro.

Jorge Antonio sigue con el relato:

—Viajamos cerca de ocho horas, cambiando continuamente de ruta. Una hora después, levantó vuelo un avión de la base de Río Gallegos, que nos buscó infructuosamente. Imagínese: llevaba una bomba.

—¿Cómo saben lo del avión?

—Pregúnteles a los chilenos. En total, nos buscaron tres aviones y dos de ellos con bombas. Volaron sobre territorio de Chile y aterrizaron a varios kilómetros de este lado de la frontera, pidiendo permiso por falta de combustible.

—¿Por dónde pasaron ustedes la frontera?

—Secreto profesional.

Les digo entonces que no van a comprometer a ningún carabinero chileno con sus declaraciones: el Ministerio del Interior —llegando a una salomónica solución que evitaba investigar y no creaba conflictos internacionales— declaró en Santiago haber probado que «los prófugos cruzaron la línea divisoria por un sitio sin vigilancia». Pero Jorge Antonio no quiere contestar. «Me lo reservo —dice— porque este plancito, que ya tenemos patentado, quizás sirva para otros compañeros.»

Así fue la fuga, contada por sus propios protagonistas. Olvidaron (o no quisieron decir) algunos detalles: que disponían de cuatro pistolas y una ametralladora; que el automóvil fue comprado expresamente para la fuga, en una suma exorbitante. Pero, en general, no omitieron nada de importancia. Toda la aventura fue relatada como un juego —un peligroso juego— que los rescató por unas horas de la espera gris y la monotonía en que se ha convertido la existencia de los hombres que supieron de todos los halagos del poder, y también de todas sus impunidades. Estoy seguro de que ninguna operación multimillonaria de divisas, ninguna *razzia* contra los socialistas o ningún elogio de la Señora causaron a Jorge Antonio, Kelly o Espejo la satisfacción de haberse fugado en las barbas del

gobierno de Aramburu. Los seis, en este lejano rincón del mundo, con diarios atrasados y sin conexión telefónica con Buenos Aires o Montevideo, parecen siempre estar esperando más plácemes de los que han recibido.

En un momento dado Cámpora pierde su compostura de *gentleman* y se inclina ávidamente, para preguntar:

—Usted viene de Montevideo. ¿Cómo lo tomaron allá? ¿Lo comentaron?

Y Kelly también quiere saber:

—¿Qué dicen de nosotros en Buenos Aires? ¿Se ríen mucho de Aramburu?

La carta que sirvió para la fuga quedó en poder de Jorge Antonio. En los ángulos, sus compañeros de aventura le han dedicado autógrafos. Uno, firmado por Araújo (el chofer del Ford), dice: «Como humilde colaborador de la Operación Punta Arenas». Otro, con la firma de Kelly y Gómiz: «A Jorge Antonio, en recuerdo de la Operación Punta Arenas».

En este punto del reportaje se produce el curioso fenómeno aludido al principio. Ya hemos hablado de la heroicidad, del riesgo compartido. Seis camaradas de aventura, con circunspección para el mérito propio, con humor, contaron el episodio. Ahora resta hablar de la extradición, de los cargos judiciales, de la peripecia procesal de los fugados. Entonces, seis perseguidos políticos reemplazan a los seis aventureros. Sus expresiones pudieron estar en boca de cualquiera de los antiperonistas que, desde 1943 a 1955, albergamos en el Uruguay. Han cambiado únicamente los nombres.

El más notable es Kelly, precisamente por su turbulento pasado. La versión más recibida sobre la Alianza Libertadora Nacionalista que dirigió (y, posiblemente, la histórica) es la de un movimiento de ideología fascista y nacionalista al principio, convertido luego —al apartarse Mario Amadeo y otros «ideólogos»— lisa y llanamente en una fuerza de choque del gobierno, con absoluta impunidad para el castigo de opositores, la violencia organizada y aun el asesinato.

Cuando se menciona a Kelly todo eso, se indigna sinceramente:

—¿A usted le parece que soy un pistolero?

—Eso dicen.

—¿Qué es exactamente lo que dicen?

La pregunta es espinosa. Este deportivo joven de tricota blanca, con el que he estado cambiando bromas hasta hace un momento, no condice con la ominosa imagen de sus actividades.

—Bueno: personalmente, usted está acusado de la muerte de un joyero y de un transeúnte, creo que judío. Además, figura como ordenando el degüello de un oficial, la noche del cañoneo al edificio de la Alianza. Los cargos incluyen, también, una cantidad de atentados y robos, más la quema de iglesias en junio de 1955.

—Es todo mentira.

—Veamos.

—En mi expediente judicial tengo solamente dos imputaciones: «comando de una organización anticomunista» e «intimidación pública». Lo primero es cierto, y no creo que sea un delito. Una vez, en una refriega, murió un comunista, pero eso no fue un asesinato.

—¿Y la intimidación pública?

—Es ridículo. El día de la quema de iglesias, con un grupo de aliancistas nos constituimos en fuerza pública y detuvimos a 127 saqueadores de iglesias y comercios, rescatando bienes por valor de 377.000 pesos. Consta en los registros policiales. Nosotros no quemábamos iglesias; las defendíamos, pero todo era una provocación antiperonista.

—¿Y el oficial degollado?

—Eso también es mentira. Nunca se supo quién había sido la víctima. Además, la noche del asalto a la Alianza yo no estaba dentro. Fui detenido al entrar, antes de que comenzara la lucha. Mal podía ordenar asesinatos.

Y Kelly no es el único: todos exhiben la legalidad de su conducta, la intachabilidad de sus antecedentes. Hasta ahora, una corriente de cordialidad involuntaria me había hecho bajar la guardia, ganado por el relato de una peripecia humana y legítima. Pero en esta segunda etapa de la charla los hombres políticos han reasumido sus defensas, sus alegatos de bien probado y su dialéctica.

Gómez, en una minuciosa exposición de quince minutos, me interioriza de que su cargo de malversación de fondos en la organización sindical del petróleo es infundada. («Dicen que utilicé materiales del YPF para construirme una casa, pero lo que hice fue comprarlos como todos los obreros, porque la organización se los compraba a YPF para distribuirlos en forma cooperativa.»)

Cooke y Cámpora aluden al cargo de «traición a la patria»:

—Es ridículo —dice Cámpora— y no puede configurarse. La Constitución del 49 dice que será «infame de la patria» quien preste ayuda a un poder extranjero contra ella y establece que tendrá similar pena —entiéndalo bien, no dice similar «denominación»— quien entregue facultades extraordinarias al gobernante. La disposición fue incorporada después de Caseros, aludiendo a la votación de poderes extraordinarios a Rosas, pero la comparación no puede aplicarse. La Cámara votó el título de Libertador a Perón y de Jefa Espiritual de la Nación a Eva Duarte, pero no fueron leyes, sino resoluciones. Y yo ni siquiera las voté, porque ejercía la presidencia. En cuanto al Código Policial (que establecía el fuero de la policía) es similar al fuero militar, y nadie ha hablado nunca contra éste.

Cooke es igualmente preciso:

—El cargo de traición a la patria es ridículo. Y en cuanto al de malversación, todo el mundo sabe de mi pobreza. Ya se aclararán debidamente las cosas ante los tribunales.

Espejo, el más callado del grupo, saca un recorte. Es de *La Prensa*, del 13 de marzo. Allí, en media página de texto, se transcribe una decisión de la Cámara de Apelaciones y se

dispone «la inmediata libertad de José G. Espejo», libre de toda imputación. No se puede negar que, como golpe de efecto, vale más que las apasionadas negativas de Kelly.

—Pero, hombre —digo—. Usted fue declarado inocente el 13 y se fugó el 18... ¿Por qué no esperó unos días?

El exsecretario de la CGT sonrío amargamente:

—Si no me voy, todavía estaba allí, y allí seguiría muchos años.

¿Y Jorge Antonio? ¿Cómo justifica sus millones veloces, o los cargos de malversación? Sentado a la cabecera de la mesa, responde calmosamente a un intento de clarificar de una vez por todas las versiones que corresponde sobre su persona.

—No soy uruguayo, como dicen. Cuando tenía unos pocos años, mis padres vivieron en Carmelo, y allí nacieron algunos de mis hermanos. Pero soy argentino. No me enriquecí con Juan Duarte; en 1947 dejé de ser funcionario del gobierno e inicié una empresa, con socios que después formarían mi grupo económico. A Duarte lo conocí recién en 1952.

Después reseña su sistema. («Cuando vuelva a Montevideo, pídale a mi esposa que le mande el folleto sobre la filosofía de mi grupo, donde lo explico.») Jorge Antonio, según él mismo, no usaba divisas del gobierno. Al contrario: las hacía afluir desde afuera. Cuando precisaba dólares para importar autos o camiones, conseguía un inversor de afuera («un radicador», le llamaba) que se los proporcionaba, invirtiéndolos en las empresas del grupo. El grupo aseguraba al radicador un interés razonable y su reinversión en nuevos negocios argentinos. Jorge Antonio obtenía divisas, el gobierno no gastaba las suyas. Apparentemente, nada más perfecto. «Además de ser lícito —añade el financista— ese negocio utilizaba a gente muy capaz.»

A lo largo de tres horas y de varias tazas de té, ha habido revelaciones y justificaciones. Faltan ahora las predicciones. ¿Políticamente, qué programa tienen estos seis hombres? ¿A través de ellos, qué futuro tiene el peronismo?

John William Cooke, presidente clandestino del partido peronista —declarado, como se sabe, fuera de la ley— traza un esbozo de propósitos y de interpretación del momento argentino:

—He estado, durante todo mi encarcelamiento, en continuo contacto con Perón. Con su guía y por nuestro intermedio, el partido ha rehecho sus cuadros y estructurado una nueva organización, adecuada a la clandestinidad. No se ha hecho nada sin consultar a Perón.

—En consecuencia, ¿los actos de sabotaje y los alzamientos han sido por su orden?

—No; esas son actividades aisladas de las fuerzas de resistencia.

—En algunos medios exiliados se expone el criterio de que las masas peronistas ya no responden personalmente a Perón, sino a otros dirigentes. La teoría añade que el voto de

esas masas daría el triunfo presidencial a Frondizi, si éste buscara una alianza con esos grupos.

—Esa es una ilusión de falsos dirigentes, que nunca han sido escuchados. El peronismo sin Perón no puede existir. En la Argentina hay un 70% de peronistas. En el 30% restante Frondizi representa una mayoría, pero nada más.

—¿Y si hubiera elecciones apoyarían a Frondizi?

—Si hubiera elecciones no nos abstendríamos, pero la orden del partido, si no se le devuelve la legalidad, será votar en blanco.

Después viene una pregunta para todos:

—¿Ustedes creen en la posibilidad de un triunfo electoral peronista —inclusive sin alianza con Frondizi y con el partido en la legalidad— si Perón no fuera candidato?

Casualmente, Jorge Antonio se ha alejado a conversar con el teniente Ross y no contesta. Los demás (ardientemente Gómiz, y con diferentes matices los otros) contestan negativamente. Y Cámpora resume esa incondicionalidad: «Perón es la razón y el motivo del peronismo. Sin Perón, no hay peronismo».

Después, termina la entrevista. Los seis asilados, que por un rato han reencontrado en la charla el acento familiar rioplatense, algunas experiencias comunes, la comodidad de hablar con alguien que no es autoridad chilena o argentina, deben volver a sus camarotes. Alguno garrapatea el número de teléfono de su esposa. («Dígale que aumenté dos kilos, que ando con ropa de abrigo.») Otro, que había desaparecido un rato antes, me entrega furtivamente una carta para la familia (está prohibida la correspondencia sin censura chilena). Kelly (el Kelly de la Alianza) me detiene un momento en la puerta y me dice: «Escriba en su diario que mando mis cariños a mi esposa y a mis nenes. No le doy la dirección porque no sé dónde están, pero ellos lo van a leer. No se olvide».

CON FIDEL, EN LA SIERRA MAESTRA¹

Diario *La Mañana*, 14, 18–III–1958

El profesor Enrique Rodríguez Fabregat, con su sonrisa mefistofélica, me dijo en su oficina de Nueva York: «¿Así que usted quiere entrevistar a Fidel Castro?». Entonces me dio una tarjeta para un amigo opositor en La Habana, que me arreglaría todo. Cuando llegué a La Habana, el amigo opositor había huido del país. El embajador uruguayo Julio Casas Araújo, al confiarle la idea, se levantó a cerrar las puertas de la sala (porque en la Cuba de 1958 el mayordomo de una embajada era, con seguridad, confidente de la policía) y me contó historias macabras del terror policial. «Vuélvase —me aconsejó—. Usted ya ha cumplido viniendo hasta La Habana. Yo atestiguaré que hizo lo posible.» Casas Araújo, que era un entrañable caballero, minuano, compañero de Juan José Morosoli, escritor y hombre de paz, había visto ya demasiadas muertes, demasiada sangre y albergaba asilados que podían contar historias aun más macabras sobre la represión de la dictadura batistiana. Yo no tenía esa experiencia, podía considerar todavía el asunto como un horror teórico y me quedé. Después, usando la testarudez y la paciencia como únicas virtudes, conseguí llegar hasta la guerrilla de la Sierra Maestra.

Quién gobierna en Cuba

A lo largo de la costa de La Habana, desde el monumento conmemorativo de la voladura del acorazado Maine hasta el famoso cabaret Tropicana, se suceden hoteles para turistas millonarios. Exilados políticos como Jorge Antonio, petroleros de Texas, estrellas de Hollywood y gangsters retirados, colman todas las noches los casinos y los dinner rooms donde actúan celebridades artísticas mundiales. Frente a los rascacielos de Radiocentro docenas de adolescentes esperan para ver a sus ídolos de la televisión; en el exclusivo Tennis Club del Vedado, sirvientes con librea abren las portezuelas de los Cadillacs a los ricos habaneros que van a disfrutar del póquer después de la cena. Pero todas las noches, también, los turistas, las admiradoras de Lucho Gatica y los nuevos ricos tienden un momento el oído para escuchar por encima del estrépito del casino, de la melodía o del

1. Incluyo aquí dos reportajes a Fidel Castro, por razones bien precisas. El primero, de febrero de 1958, describe (creo que por primera vez en América Latina, por primera vez en español) la lucha del Movimiento 26 de Julio. Muy pocos sabían entonces quiénes eran los que ahora son héroes de una época: Fidel, Guevara, Cienfuegos. El segundo, de julio de 1961, propone una Revolución en el poder, ejerciendo el gobierno, victoriosa en Playa Girón. Creo que puede ser ilustrativo para el lector comparar los tímidos programas de 1957, la nebulosa y sin embargo correcta intuición del Fidel guerrillero, las reticencias y el lastre burgués de esos tiempos, con la realidad y la solidez del régimen socialista de 1961; el incipiente pensamiento político de Fidel (que en 1958 buscaba su camino ideológico pero poseía ya sus objetivos de cambio) con la impresionante personalidad de 1961 y la maduración del estadista revolucionario.

rumor de las fichas, las sordas explosiones de las bombas que el sabotaje de la resistencia hace explotar en toda la ciudad.

En la más seria crisis de autoridad que haya experimentado nunca el país, el gobierno del dictador Fulgencio Batista parece impotente para mantener el orden público de un extremo a otro de la isla; desde Oriente, donde los escasos mil rebeldes de Fidel Castro ejercen su ley sobre 5600 kilómetros cuadrados de territorio y se batan sin mengua contra un ejército moderno de veinte mil soldados (mientras Santiago cierra sus casas al caer el sol para no ver los asesinatos en plena calle), pasando por las pequeñas ciudades hirvientes de atentados y ocupadas militarmente por el gobierno como territorio enemigo, hasta los otros dos frentes revolucionarios de la Sierra del Escambray y de Cubitas, en las provincias de Las Villas y Camagüey, y las bombas y tiroteos de La Habana.

Observadores imparciales y hasta los expertos del Departamento de Estado —que presionó a Batista el año pasado para que restableciera las garantías constitucionales— creen que la situación es cada vez más favorable para la revolución que el abogado de 32 años Fidel Castro Ruz inició el 26 de julio de 1953, cuando con sólo sesenta partidarios asaltó el cuartel Moncada, base militar de Oriente. Esa primera tentativa fue aniquilada: Castro y los pocos sobrevivientes recibieron condenas de presidio (hasta su liberación por una amnistía en 1955), pero el episodio dio su nombre al Movimiento y transformó a su jefe en figura nacional.

En diciembre de 1956, con 82 hombres provistos de inadecuados fusiles belgas con mirilla telescópica, algunas ametralladoras y llevando como médico de la expedición a Ernesto Guevara, un especialista en alergia nacido en Rosario de Santa Fe, Castro dejó el exilio mexicano y encalló su yate *Granma* (comprado con dinero de Prío Socarrás) en una pantanosa playa de Oriente. Cumplía así su prometida invasión de Cuba (la había anunciado un mes antes, diciendo: «En 1956 seré héroe o mártir»). Durante varias semanas la suerte de Castro osciló entre esas dos posibilidades; al desembarcar, los expedicionarios fueron diezmados por la aviación militar o dispersos por el acoso de las tropas gubernistas. Fidel Castro, con once sobrevivientes y un guía, se internó en la Sierra Maestra sin provisiones y cercado por miles de soldados.

En ese momento Fulgencio Batista declaró que la intentona de Castro era asunto terminado; su ministro de Guerra anunció oficialmente la muerte del rebelde. Pero el 20 de febrero pasado, cuando encontré a Fidel Castro en su cuartel general de la Sierra Maestra, su salud era inmejorable, su aguerrida tropa, médicos, abogados y maestros adscriptos a ella ejercen autoridad en miles de kilómetros cuadrados, el Movimiento 26 de Julio es, desde la clandestinidad, la fuerza política más poderosa del país y sus escuadras de acción desafían casi diariamente en las ciudades al aparato represivo de Batista. En poco más de un año, los doce sobrevivientes del *Granma*, con sus fusiles belgas de francotiradores, han cambiado la fisonomía de una nación de seis millones de habitantes y hacen tambalear una dictadura que, desaparecido el régimen de Pérez Jiménez, es la más fuertemente armada de América Latina.

¿Qué factores transformaron a un joven y oscuro abogado en jefe que algunos sólo aceptan comparar con Martí, el héroe civil, o con Antonio Maceo, el héroe militar de Cuba? ¿Cómo un movimiento revolucionario que aún no posee un programa definido y se dirige por jóvenes cuya edad promedial es de treinta años y la mayoría de los cuales no había actuado antes en política, ha logrado la admiración y el apoyo oculto de todo el pueblo? La respuesta a esas interrogantes está en un vistazo a lo que ha llegado a ser Cuba en manos de los políticos profesionales. Tanto los provenientes de la idealista generación que volteó al dictador Gerardo Machado (Carlos Prío, transformado en uno de los más escandalosos ejemplos de corrupción administrativa, o el senador Rolando Masferrer, ahora incondicional de Batista y jefe de los odiados Tigres de Masferrer, un ejército de asesinos a sueldo), como el expresidente Grau, con su personalismo obstinado y senil, u opositores ambiciosos como Carlos Márquez Sterling. Los dos últimos, además, decorando con sus candidaturas las próximas elecciones de junio, para las cuales Batista ya ha designado su sucesor en el primer ministro Andrés Rivero Aguero.

De arriba a abajo, la estructura de gobierno de Cuba aparece gravemente enferma. A similitud de la Venezuela de Pérez Jiménez, la causa principal no es económica. Aun acendrados opositores como el economista Rufo López Fresquet —exdelegado cubano en el GATT— admiten que el ingreso de la producción agrícola es floreciente. «La situación es próspera —me dijo López Fresquet en su bufete del barrio bancario de La Habana— porque el sistema con que funciona la zafra azucarera y los mecanismos de importación permanecieron intocados en los últimos años. Ni lo malo ni lo bueno del sistema puede adjudicarse a este gobierno.»

Los organismos económicos oficiales procuran industrializar el país por medio de los llamados «créditos paraestatales», en los que el Estado contribuye con amplios préstamos al establecimiento de plantas. Entre esas obras se encuentran la primera central hidroeléctrica cubana, en Hanabanilla, con una futura producción anual de ochenta megavatios, fábricas de cemento (3 millones estatales en 7), la exploración petrolífera (10 millones en 68) y el aprovechamiento de subproductos del bagazo de caña (23 millones en 43). Compartiendo audazmente la tesis que prescribe la obra pública como solución al desempleo, Batista está terminando los modernísimos edificios del Centro Cívico —sede del Poder Judicial, ministerios, un teatro, estación terminal de ómnibus— que rodean al monumento a Martí, un faro obelisco que podrá divisarse desde ambas costas de la Isla. Al mismo tiempo, en el último año, se han inaugurado lujosos hoteles internacionales: el Havana Riviera (costo: 14 millones de dólares), el Havana Hilton (22 millones) y el Capri (6 millones), para atraer al turismo norteamericano.

Sin embargo, esta optimista fachada de prosperidad encubre una sombría situación de privilegio. El progreso edilicio y el incremento industrial parecen favorecer sólo al grupo gobernante y a sus conexiones financieras. Batista, a través de personeros o directamente, es dueño de los ingenios azucareros Washington, Parque Alto, Constancia de Abreu, Hormiguero y Australia (los cuatro últimos, obtenidos después de 1952), que tienen un

valor aproximado de 12 millones de dólares. También detenta el dominio del monopolio nacional de los fósforos, de la Compañía Cubana de Aviación y es propietario, por mitades, de la empresa periodística El Mundo y de mayoría de acciones en otros cinco diarios. Su primogénito, Fulgencio Rubén, ha obtenido recientemente el total del capital necesario (12 millones de dólares) para una planta industrial papelera, del Banco de Desarrollo Industrial. Costosas obras públicas de relleno en la costa norte del país favorecen otra inversión varias veces millonaria del perspicaz joven, en un nuevo balneario residencial llamado Barlovento.

Al igual que en la Argentina peronista de los últimos años, una nueva clase de financieros apresurados ha venido a sustituir a la execrada oligarquía anterior. El aventurero italiano Amadeo Barletta es socio del dictador en varias empresas, y como agente de una firma estadounidense de automóviles, dueño vitalicio de todos los contratos para proporcionar vehículos al ejército y a la policía. El uruguayo Amleto Batisti, dirigente del Partido Liberal, es simultáneamente el principal capitalista del juego clandestino; el senador Eduardo Suárez Rivas —hermano del ministro de Trabajo, quien debe autorizar la presencia de extranjeros en los negocios nacionales— es miembro de la administración del Havana Riviera, pese a saberse que más del 50% de la financiación de los nuevos hoteles, todos con casino, ha sido proporcionado por el Sindicato del Juego que integra la Maffia norteamericana, y que *gangsters* como Meyer Lansky, Santos Trafficanti y Joseph Silesi operan personalmente las salas de juego.

A la vez que se registran enriquecimientos tan veloces como el del jefe de Policía de La Habana, Salas Cañizares (quien aparte de su discreto sueldo de brigadier dejó al morir 14 millones de dólares) o el del catalán Eusebio Mujal, rector de la oficialista Confederación de Trabajadores Cubanos, que posee una cadena de cines y la industria lechera MURALE (1.800.000 dólares en cría de ganados finos), el desempleo, la carestía y los vicios sociales consiguientes agravan la situación. En un reciente estudio del periodista Carlos Castañeda, cifras gubernamentales del Consejo Nacional de Economía señalaban que hay en el país 665.000 desocupados (la mano de obra cubana se estima en 2.204.000 personas), mientras que 955.000 trabajadores sólo perciben 75 pesos mensuales (salario mínimo vital: 200 pesos). Las estadísticas expresan también que en La Habana 26.710 personas viven del juego, 11.500 mujeres de la prostitución y 15.064 habitantes de la mendicidad. Es interesante observar que la mayor desocupación (Oriente, 108.000; Las Villas, 83.000; La Habana, 78.000) se registra en las provincias que llevan el peso de la insurrección armada.

Férreamente dirigida por Eusebio Mujal, la estructura visible del sindicalismo cubano ha perdido todo vestigio de funcionamiento democrático. Desde que Carlos Prío, como ministro de Trabajo de Grau San Martín, desconoció y clausuró en 1947 la CTC dominada por los comunistas (Mujal, excomunista, se prestó a asumir el mando de la nueva Confederación y el gobierno le entregó inmuebles y bienes de la central obrera) y, casi simultáneamente, el dirigente agrario Jesús Menéndez —que había organizado a los trabajadores azucareros y obtenido en trato directo con las firmas norteamericanas el reconocimiento

de categorías y salarios— fue muerto a balazos por un oficial del ejército enviado a detenerlo, los sindicatos cubanos quedaron sujetos a la CTC por leyes del Estado.

Los comunistas, con su Partido Socialista Popular fuera de la ley, mantienen una relativa predominancia subterránea en los sectores del transporte, gráficos y calzado, pero Mujal es autoridad absoluta sobre los cinco millones de dólares que cada año ingresan a la CTC por cuotas sindicales. La industria básica del país tiene a sus trabajadores organizados dentro de la FENETA (Federación Nacional de Empleados y Trabajadores Azucareños), pero ésta es tributaria a su vez de la CTC, y el 1% de contribución sindical que por ley se descuenta de los salarios (de cuya suma el 35% debe reintegrarse a los sindicatos de base para sus presupuestos) desaparece en las arcas insaciables de la CTC. Pese a que se ha comprobado documentalmente que Mujal deposita con frecuencia fondos de la Confederación a nombre de su esposa (150.000 dólares en agosto pasado) todos los sindicatos de base tienen desde hace tiempo un interventor designado por la CTC, que debe suscribir todos los cheques, para evitar usos de dinero que el jerarca no apruebe.

Líderes obreros anteriores a Mujal, como el dirigente de Las Villas y actual diputado Conrado Béquer, mantienen entre los trabajadores agrarios una determinada autonomía de sus sindicatos, pero la estructura de la organización laboral cubana, inexorablemente encuadrada dentro de una legislación que favorece la injerencia estatal (situación que Batista heredó de los regímenes de Grau y Prío) priva a las masas de que sus agrupaciones sean el vehículo de protestas cívicas.

Tanto esté situado en la izquierda, el centro o la derecha, el cubano medio siente que ya nada tiene que esperar de los políticos profesionales. La mitad de éstos apoya la dictadura; la otra mitad se ha decidido por el electoralismo, que ofrece a los intereses creados del régimen una cómoda salida de la situación, sin que se afecte la continuidad de los negocios nacidos a su influjo.

Se ha visto ya que el sindicalismo legalizado tampoco puede ser una vía para canalizar el descontento popular. Y menos aún la prensa ofrece al cubano un medio para denunciar la descomposición política del país. Dejando aparte el caso de la revista Bohemia —una publicación independiente, cuya solidez económica no puede ser atacada por el gobierno—, solo dos diarios —*Prensa Libre* y *Diario Nacional*—, de los dieciséis que se editan en La Habana, no reciben subvención estatal. El resto acepta del gobierno, oficialmente y como hecho normal, cantidades mensuales que van desde 18.000 y 16.000 dólares (*Diario de la Marina*, e *Información*) hasta 4.000 (*Havana Post*, en inglés). Un grupo de cinco diarios (*Réplica*, *Ataja*, *Pueblo*, *Tiempo en Cuba* y *Alerta*) pertenece a Batista, y el ya citado *Mundo* es propiedad por mitades del gobernante y Amadeo Barletta.

Los reporteros que cubren informaciones oficiales reciben además, en forma pública y corriente, las llamadas «botellas», sumas que oscilan entre 100 y 200 dólares mensuales y que figuran desembozadamente en las planillas de las reparticiones del gobierno.

Un atisbo de que la ciudadanía cubana estaba ya fatigada de sus políticos fue el fulminante éxito de Eduardo (Eddy) Chibás, fundador del partido Ortodoxo. Disidente del Autenticismo, partido de Grau y Prío, Chibás y un grupo de jóvenes (entre los que se contaría,

más adelante, Fidel Castro) se apartaron en 1946, postulando la honestidad administrativa y la renovación de dirigentes.

Ardientemente combatido y venerado a la vez, Chibás desde su banca de senador y sus audiciones radiales de los domingos se convirtió en una especie de apóstol de una nueva mística nacional, que unía a gente de todos los partidos en la aspiración de una limpieza a fondo en el gobierno y en el país. El 5 de agosto de 1951, Chibás, durante una apasionada admonición contra los peculados de Prío, gritó dramáticamente ante el micrófono: «¡Pueblo de Cuba, escucha este aldabonazo y despierta!», se disparó un tiro y murió algunos días después. Su hermano Raúl, Roberto Agramonte —sucesor de Chibás en la jefatura de la Ortodoxia— y la juventud del partido, son ahora partidarios del 26 de Julio y han estado en la Sierra con Fidel.

En estas condiciones, un proceso inusitado para un país latinoamericano se ha cumplido en Cuba: el pueblo ha dejado de creer en los políticos. Privado además de las válvulas de escape de la libertad sindical o una prensa autónoma, ha vuelto los ojos, por encima de todas las discrepancias, hacia una revolución que no se apoya en una clase social determinada y no tiene un programa que suscite resistencias parciales, sino que ofrece hasta ahora tres cosas aptas para conciliar la admiración y el respeto de todos los cubanos: heroísmo desde la misma tierra donde los próceres iniciaron la lucha por la independencia; sacrificio personal de sus líderes, y una cerrada intransigencia para cualquier fórmula de paz que permita sobrevivir aunque fuera vestigios de las bochornosas prácticas administrativas anteriores.

Por eso, quizás puede afirmarse que Fulgencio Batista ya no manda en Cuba; solamente ejerce el poder militar y la persecución policial, pero el principio de autoridad reside innegablemente en la fuerza moral de una revolución que toda la ciudadanía comparte.

En el llano se muere más

Al día siguiente de mi llegada a Santiago de Cuba, estaba parado en la puerta del hotel Rex, presenciando como eran descargados de un camión los paquetes de la primera edición sin censura de la revista *Bohemia*. Eran las 10 de la mañana de un día luminoso y los vendedores se agrupaban en torno al vehículo, esperando. Un muchachito moreno, de unos quince años, tomó bajo el brazo un gran montón de revistas. Entonces un agente de policía y un guardia rural, armado con un fusil Springfield, cruzaron la calle y anunciaron que la venta de la revista estaba prohibida. El muchachito no hizo caso y emprendió una carrera; el guardia de uniforme amarillo y sombrero de *boy-scout*, se echó el fusil a la cara y disparó un solo tiro. Cincuenta metros más allá, el pequeño vendedor cayó fulminado sobre la acera y las carátulas azules de *Bohemia* se tiñeron con su sangre.

Era mi primera mañana en Santiago de Cuba y también el primer asesinato que presenciaba en mi vida, mas para la convulsionada capital de la provincia de Oriente la muerte del canillita había sido sólo uno de los cotidianos episodios.

En las calles de Santiago se dispara antes de preguntar. Todas las noches, tras las persianas clausuradas, los habitantes en vela contienen el aliento, porque puede ser una perseguidora (patrullero policial) o los soldados, o simplemente una pandilla de los matones de Masferrer, que vienen a allanar la casa, sacar a viva fuerza a los sospechosos y fusilarlos en la vereda.

En Santiago, punto focal de la revolución, la lucha es sin cuartel. Todas las mañanas, cadáveres de militantes del 26 de Julio y también de soldados, policías o *chivatos* (delatores) aparecen en los zanjones de los suburbios. El general Alberto del Río Chaviano, jefe de las fuerzas militares, le dijo hace poco al dirigente obrero oficialista Prisciliano Falcón, que ofrecía sus servicios en Oriente: «Vuelva a La Habana, porque yo no puedo garantizarle la vida ni en Santiago de Cuba ni en ningún otro lugar de Oriente. Aquí luchamos todos por sobrevivir. Esta es una guerra a muerte».

Pero Santiago es sólo la agudización de un estado de cosas endémico en toda ciudad o pueblo cubanos. Al terrorismo policial la revolución ha respondido con el atentado; a las medidas opresoras, con las bombas y el sabotaje industrial; a la despreocupación de los pocos aún indiferentes al drama nacional, con la perturbación de fiestas, cabarets y espectáculos. «¿Qué significan los colores rojo y negro de vuestra bandera?», le preguntó a un joven del 26 de Julio, Homer Bigart, el corresponsal del *Times* de Nueva York que subió conmigo a la Sierra Maestra. «La sangre que está corriendo —respondió el guerrillero— y el luto que Cuba debe guardar por sus muertos.»

Doce hombres y mujeres jóvenes, reemplazados automáticamente cuando alguno de ellos es muerto o hecho prisionero, se reúnen un día de cada mes en un lugar no especificado de Cuba, para decidir las operaciones revolucionarias. Son la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio: estudiantes, ingenieros, médicos, abogados, mecánicos o albañiles, muchos de los cuales no sabe cómo se usa una pistola. Viven ocultos en casas de familia situadas en pleno centro de la ciudad, o en barrios residenciales, porque deben estar siempre a mano de la organización, y cuando salen a la calle un par de anteojos de sol y el coraje personal son su única defensa. Los dirigentes civiles del 26 de Julio tienen demasiada información en su memoria como para permitirse caer vivos en manos de la policía. El 24 de enero pasado, Clemente Nodarse, un maestro normal de 21 años que era coordinador en la provincia de Pinar del Río, solicitó unos minutos a los agentes que habían allanado su apartamento y pidió a la muchacha que estaba con él «dos aspirinas», que ingirió delante de los policías. Las «aspirinas» eran cianuro y la muchacha también lo sabía. Nodarse murió, sin hablar, unos días después.

La afición norteamericana por lo espectacular y el enorme tiraje de *Life* y *Look* —que han publicado sensacionales reportajes de la guerrilla cubana— han hecho que la opinión pública crea que Fidel Castro centra en su persona la conducción del 26 de Julio. Pero el mismo Castro afirma otra cosa. «Aquí tenemos al Estado Mayor —me dijo en la Sierra— pero salvo en las operaciones militares, mi opinión es sólo la de un miembro más de la Dirección Nacional.» (Fidel, por supuesto, es el único miembro autorizado a faltar a las reuniones.)

Yo había ido a Santiago en condiciones por lo menos inusitadas. Mi único equipaje era un bolso de mano de la Pan American, que contenía una Leica, pastillas para purificar el agua y algunos medicamentos. Llevaba puesto todo mi vestuario, y los pantalones ocultaban malamente las botas compradas como excedente de guerra norteamericano, que me servirían para caminar por la Sierra Maestra, pero que en las callecitas pueblerinas de Santiago llenas de policías eran un calzado bastante sospechoso. Después que me inscribí en el hotel Rex con mi verdadero nombre pero con un espléndido pasaporte chileno donde constaba que yo era ingeniero de minas (obsequio del movimiento clandestino de La Habana), me senté durante tres días en el *hall* del hotel, mirando por la ventana a los tres detectives que, en la vereda de enfrente, vigilaban la llegada de los ómnibus de La Habana, para devolver a su punto de origen a los periodistas extranjeros y detener a los correos de la resistencia. Al tercer día (cuando mi amistad con un marinero escocés varado en Santiago desde hacía un mes, debido a un ataque de apendicitis, había sido consagrada con varios cajones de cerveza Hatuey), un jovencito en mangas de camisa y cubierto con un viejo y deshilachado sombrero de paja subió hasta donde yo estaba y me dijo la frase convenida con un tal Fernando² en la capital: «Vengo de parte de Ruiz». En la calle, junto a los policías, esperaba un viejo Chevrolet manejado por una muchacha de pantalones, que ni me miró cuando arrancamos. Quince minutos después, el emisario de Ruiz me introducía en una casa pequeña, de interior fresco y penumbroso, y me dejaba solo en el patio cubierto por un toldo. Para mi estado de ánimo había pasado mucho tiempo, cuando, sin haber oído pasos ni ruido, advertí que una muchacha rubia y de aspecto delicado, calzada con zoquetes de hilo y zapatos de tenis a la manera norteamericana, me tendía la mano. «Soy Deborah», me dijo con la estudiada sequedad que los resistentes utilizan para los extraños. Después me sometió a un minucioso examen, a una especie de agudo *cross-examination* sobre los contactos que había tenido en la capital y sobre mis propósitos. Advertí que en las manos de esta joven frágil y seria estaba mi visita a la Sierra.

Deborah es una ingeniera de 27 años por cuya captura el general del Río Chaviano daría gustoso muchas de sus condecoraciones. Su verdadero nombre es el de una rica familia de Santiago de Cuba, de origen francés. Graduada en un colegio de Boston, nunca militó en un partido político y, hasta hace unos pocos años, su única afición conocida era el ballet, cuyos estudios prosigue, según se dice. Pero desde 1957 esta burguesita de aspecto delicado decide, como integrante de la Dirección Nacional del 26 de Julio y Coordinadora de la provincia, los planes de violencia que hacen volar depósitos de combustibles, descarrilar trenes e incendiar plantaciones a lo largo de la isla y es, en paridad con Fidel Castro, la autoridad máxima de la revolución en Oriente.³

Durante los últimos ocho meses, Deborah ha permanecido oculta en diversas casas sin salir nunca a la calle, porque sus rasgos son inconfundibles y fotografías suyas cuelgan en

2. Faustino Pérez.

3. «Deborah» era Vilma Espin, actualmente esposa de Raúl Castro y presidenta de la Federación Nacional de Mujeres.

las paredes de los despachos policiales y militares. Su antecesor en el cargo fue el maestro Frank País, de 22 años, acribillado a balazos en plena calle el 30 de julio pasado, y cuya muerte desató la huelga general en Santiago durante una semana, en La Habana durante cuatro días y estuvo a punto de costarle el gobierno a Batista.

A lo largo de una hora y media, Deborah me explicó la estructura interna del Movimiento y su lucha en las ciudades. Además de los doce miembros de la Dirección, el 26 de Julio posee otros cargos civiles. Un Coordinador nacional supervisa la acción de los otros cinco, encargados respectivamente de Propaganda, Movimiento Obrero, Finanzas, Resistencia Cívica y Acción. Este esquema se reproduce en cada una de las seis provincias cubanas, y a cargo del mismo funciona un Coordinador provincial. Movimiento Obrero y Resistencia Cívica, además, tienen autonomía en materia de finanzas y propaganda. Reconociendo que la huelga general será la etapa decisiva de la revolución, el 26 de Julio creó en principio, dentro de cada sitio de trabajo industrial o comercial, células de cuatro miembros, que actuaron como Comités Revolucionarios. Razones de táctica aconsejaron después ampliar esa organización; actualmente, se encuentra consolidado el Frente Obrero Nacional (FON) que funciona paralelamente al Movimiento Obrero del 26 de Julio y está dirigido por un Consejo de 21 miembros, muchos de los cuales no son afiliados del «26», sino dirigentes que provienen de diversas ideologías y programas. En la primera semana de marzo de este año el FON había completado su estructura; coordinado con las milicias armadas, está listo para mantener la huelga general revolucionaria, inclusive con lucha callejera.

La agitación de la resistencia ha conseguido, a su vez, atraer el apoyo de la mayoría de los organismos cívicos de Cuba. Aunque no oficialmente, por supuesto, el Rotary Club cubano es un firme sostenedor del Movimiento 26 de Julio, al igual que el Club de Leones, las logias masónicas (que en Cuba representan una poderosa fuerza de opinión), la casi totalidad de las colegiaciones universitarias y el Concilio de Iglesias Evangélicas. Reunidos en el Comité Conjunto de Instituciones Cívicas (CIC), que dirige Raúl de Velazco, presidente del Colegio Médico, estos sectores de las fuerzas vivas cubanas emitieron hace poco un manifiesto de singular gravedad, cuyo impacto fue duramente acusado por el gobierno. El documento, difundido en todo el país al haberse levantado temporarily la censura de prensa, denunciaba el caos social, negaba validez a las proyectadas elecciones de junio próximo y añadía: «La juventud, arma al brazo, combate diariamente; continúa la desaparición de ciudadanos. La Fuerza Pública ha desconocido las resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia, favorable al habeas corpus, lo que coloca en evidente crisis al Poder Judicial. Rotos todos los diques, la vida humana ha perdido su valor y significación».⁴ José Miró Cardona, respetada figura civil y presidente del Colegio de Abogados (a quien

4. Durante la primera quincena de marzo fue reiterada una desafiante atrocidad policial: al dictar los jueces mandatos de habeas corpus y ordenar la presentación de presos, los cadáveres de éstos aparecieron en baldíos y veredas, a la hora exacta en que debían haber comparecido en el juzgado.

muchos consideran, junto con el magistrado Manuel Urrutia Lleó, un aceptable presidente para el gobierno provisional que seguirá a la caída de Batista), me definió en una frase la posición de las instituciones cívicas: «Nos consideramos beligerantes por la paz».

Cómodamente sentado en la sala de una moderna casa en el barrio residencial de Miramar, en La Habana, el joven delgado y de voz suave que usa el seudónimo de Fernando, me describió cómo, recientemente, su grupo había raptado al corredor argentino Juan Manuel Fangio, a veinticuatro horas del Gran Premio de Cuba, sin derramar una gota de sangre. El 23 de febrero, el campeón fue llevado por dos jóvenes que esgrimían pistolas, de entre docenas de personas que circulaban en el *lobby* del céntrico hotel Lincoln; infructuosamente buscado durante dos días por medio millar de policías, se le devolvió luego, directamente al embajador argentino. De buen grado, Fangio trajo consigo una carta firmada con su verdadero nombre por el médico Faustino Pérez, jefe nacional de las escuadras de acción del Movimiento, donde se pedía disculpas por el hecho, que se decía «realizado para impedir que la tiranía trate de engañar al pueblo cuando nuestra patria atraviesa por tan dramática situación». «Todos comprenderán —añadía Pérez— que Cuba no está para fiestas.» A su vez, el campeón no tuvo inconvenientes en proporcionar a sus raptadores una nota autógrafa —después distribuida a la prensa— donde manifestó: «Dejo constancia de que durante mi secuestro amable, el trato ha sido completamente familiar, con atenciones cordiales». Una carcajada recorrió el país, al saberse esos detalles. Pero esta clase de bromas pesadas —que convierten al gobierno en el hazmerreír internacional— se alterna con episodios más dramáticos.

En Santiago, mientras conversábamos en la sala de una casa que permanece con las ventanas y las puertas abiertas de par en par («tendrían que ser muy torpes para pensar que estoy tan desprevenido, y los considero bastante inteligentes», me dijo mi entrevistado) un estudiante de Derecho cuyo *nom de guerre* es «Daniel», se demoró en detallarme la labor de sabotaje que él dirige en todo el país. Desde que se levantó la censura de prensa, un promedio de 25 atentados diarios es informado por los periódicos. Por su repercusión internacional, los hechos de la resistencia en La Habana son siempre los más espectaculares. En lo que va de 1958, dos golpes de mano en gran escala han verificado la impotencia preventiva del gobierno. El 27 de enero, la explosión de una bomba voló un conducto e hizo tomar fuego a dos millones de galones de gasolina que la Standard Oil tenía almacenados en el lado Este de la Bahía. Durante tres días, una densa columna de humo oscureció el cielo de la capital; el atentado eliminó combustible para dos semanas de operaciones de los bombarderos que actúan en la Sierra Maestra. Un segundo hecho importante fue el asalto a la luz del día, el 25 de febrero, de la Cámara Compensadora de Cheques, en el Banco Nacional, y la incineración violenta de documentos del *clearing* por valor de casi 30 millones de dólares; ello ocasionó un incalculable perjuicio en la marcha de los negocios.

Utilizando un antecedente de la guerra independentista, el Movimiento 26 de Julio practica también, como expediente revolucionario, la quema de las plantaciones de caña. Su tesis afirma que el dinero de la zafra sólo sirve para mantener a Batista en el poder, y

parece compartida por casi todo el mundo (salvo, por supuesto, las empresas propietarias de los ingenios). Un campesino de Los Lirios, en plena Sierra Maestra, cuando le pregunté qué pensaba del asunto me señaló a sus tres hijitas: «Tal vez este año y el que viene nos quedemos sin comer mucho —me dijo— pero éstas van a crecer sin miedo y podrán ir a la escuela». (Para una población campesina de decenas de miles, solo han existido en la Sierra las dos escuelas que mantiene el 26 de Julio.)

El ejército ha dispuesto la orden de disparar sin previo aviso sobre toda persona que sea vista cerca de los cañaverales entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, pero los incendios son cotidianos (al igual que las muertes de campesinos encontrados por el ejército en actitud sospechosa) y las tropas rebeldes bajan frecuentemente al llano para iniciar quemazones, tal como lo ha documentado recientemente la revista *Look*. Un avión bimotor Beechcraft y una avioneta Piper son usados por el Movimiento para regar en los plantíos fósforo vivo, acondicionado en cápsulas plásticas o en pelotas de ping pong. El boletín clandestino *Sierra Maestra* (que se edita a mimeógrafo en el campamento central de la guerrilla), señalaba el 8 de febrero que hasta ese momento se habían quemado más de 150 millones de arrobas de caña; una estimación de los industriales afectados estableció que —entre incendios de plantaciones y de azúcar refinada, ya en depósitos— cerca de una cuarta parte de la zafra de 1958 (5.600.000 toneladas previstas) ha sido destruida.

Una constelación de organismos represivos actúa en las ciudades con la resistencia clandestina: la Policía, el Departamento de Investigaciones, el SIM y el SIN (Servicios de Inteligencia Militar y Naval) y el Ejército. A ellos se suman los *chivatos*, pagados al contado por cada delación útil.

Desde que el coronel Fermín Cowley fue «ajusticiado» por decisión del Movimiento, en Holguín, de un escopetazo en la cabeza, el primer puesto en la responsabilidad de la represión sangrienta ha pasado a manos del cruel encargado de la Policía, el coronel Esteban Ventura Novo. Vestido siempre de civil con trajes impecables de lino irlandés, narcisísticamente aficionado a fotografiarse junto a sus detenidos (es fama que tiene a la orden un peluquero en el cuarto contiguo a su despacho), Ventura es responsable directo de cientos de muertes y torturas. Un magistrado de excepcional coraje, el juez Alabau Trelles, acaba de dictar auto de prisión contra él, contra el contralmirante Rodríguez Hernández (jefe de Estado Mayor de la Marina) y contra el capitán Julio Laurent (jefe del SIN) acusándolos como autores materiales del maltrato y la muerte de dos marinos responsables de la insurrección de la base naval de Cienfuegos, fracasada en setiembre de 1957. Como resultado, Alabau Trelles está ahora exiliado en Miami y Batista suspendió la semana pasada las garantías constitucionales (hacía poco restituidas) para anular el fuero de los tribunales civiles sobre miembros de las Fuerzas Armadas.

Dos jefes de Policía han perecido ya en La Habana de muerte violenta, a manos del Movimiento. Soldados, agentes y delatores reciben igual tratamiento en emboscadas nocturnas de calles y carreteras. El gobierno no dice sus bajas, pero un diario de Santiago estima en 250 muertos mensuales el saldo que la revolución y la represión de la dictadura vie-

ne costando a Cuba desde 1956. A su vez, el Movimiento 26 de Julio confiesa tener 4.000 muertos en sus filas desde el asalto al Cuartel Moncada, y la mayor parte de esas víctimas ha caído en las ciudades.

Al término de nuestra entrevista en Santiago, Deborah definió en una frase ese terrible y poco conocido hecho de la revolución contra Batista: «Aquí abajo peleamos como en la Sierra, pero morimos más».

La vida en la Sierra

Al principio de 1957, Fidel Castro y sus once sobrevivientes del *Granma* habían desaparecido en las anfractuosidades de la Sierra Maestra, y no daban señales de vida. El gobierno de Batista proclamó la aniquilación de los rebeldes y Cuba consideró perdida su última esperanza de una revolución contra la dictadura. Entonces, el 24 de febrero de ese año, el *Times* de Nueva York publicó uno de los reportajes más sensacionales en la historia del periodismo continental: se titulaba «*Cuban Rebel is Visited in Hideout*» (Un rebelde cubano es visitado en su escondite) y era una entrevista con Castro —vivo, en plena operación de guerrilla en la Sierra Maestra y ya con cuarenta hombres— firmada por Herbert Matthews, jefe de editorialistas del diario y veterano corresponsal de guerra en Etiopía, España y el frente del Pacífico.

A partir de la visita de Matthews quedó fundado lo que el mismo Fidel Castro llama «el club de periodistas con menos socios del mundo» y para el cual ha destinado en su cuartel general una pequeña casita que cuenta con radio, un letrado bilingüe que dice «Club de Prensa/Press Club» y con Tranquilino, el mejor cocinero de la Sierra Maestra. A lo largo de 1957, y luego de atravesar lo que el general Del Río Chaviano denomina con satisfacción «las zonas de muerte» (las áreas donde dominan las fuerzas gubernistas que rodean la Sierra) llegaron hasta el club Robert Taber, de la Columbia Broadcasting System, Enrique Meneses, de *Paris–Match* y Andrew Saint–George, de *Look*. En la segunda semana de febrero de este año, habiendo viajado durante doce días a través de las cordilleras de la Sierra Maestra, Homer Bigart, del *Times* de Nueva York, y yo, pudimos solicitar personalmente nuestra afiliación.⁵

Para quienes veníamos del cosmopolitismo de La Habana y de su crispada atmósfera, mezclada de terror policial, heroísmo anónimo y escándalos políticos —todo ello envuelto en el torbellino de la frívola vida de los casinos y los lujosos cabarets— el viaje hasta el secreto punto de la Sierra donde Fidel Castro nos había dado cita fue el descubrimiento de una Cuba distinta e inesperada: la que trabaja silenciosa y obstinadamente por su libertad, aunque sufra desde hace decenios el olvido total de los gobiernos y no tenga escuelas, ni médicos, ni jueces. Desde las estribaciones de Puerto Boniato hasta los valles de Loma

5. Bigart, el famoso corresponsal del *Times* y premio Pulitzer de periodismo, se unió a la pequeña expedición que yo integraba en un punto de la Sierra Maestra.

Azul, desde los pueblecitos como La Mina hasta el pico del Hombrito, donde el Che Guevara ha clavado una desafiante bandera del 26 de Julio todavía intocada por el ejército, el *guajiro* harapiento y cargado de hijos descalzos cosecha su mísero café y come el escaso arroz hervido y la malanga (planta similar a la papa), sin esperar ya nada de los lejanos ministros y presidentes de La Habana o de los doctores que hacen las leyes. Pero el mismo *guajiro* explotado como la bestia de carga nacional y en cuyos hombros descansa la base de las grandes fortunas, ha intuido —desde su analfabetismo y su enclaustramiento entre montañas que nunca atravesó— que el movimiento de Fidel Castro está gestando algo diferente. Y esa Cuba silenciosa y casi desconocida se ha volcado hacia una revolución que no le compra ya su voto por cinco pesos, y sólo le ha ofrecido hasta ahora la posibilidad del sacrificio y ha traído hasta la puerta de su bohío una sangrienta guerra de exterminio y la ferocidad represiva del ejército que quema viviendas, arrasa plantíos y mata familias. Pero los hombres de la revolución no dicen discursos bonitos desde lejos, sino que vienen a pelear en la Sierra, a compartir los frijoles y la hamaca del campesino, y también a morir.

En un día no muy lejano, y en una recapitulación de la experiencia, quizá pueda identificar la cadena de admirable complicidad con que hombres y mujeres del pueblo, desde las calles angostas y coloniales de Santiago hasta los bohíos de la Sierra, hicieron posible mi entrevista con Fidel Castro. Podré entonces escribir el apellido de la humilde mujer de un ferroviario que me escondió dos días en su casita de un barrio de Santiago, arriesgando su seguridad y la de sus hijos por un extranjero del que nunca preguntó el nombre, porque así se lo pedía el Movimiento; o el del hombre que me llevó en un *jeep* a través de las postas de soldados (que fusilaban en la carretera, al pie de los autos, a los simples sospechosos de pertenecer al 26 de Julio) hasta una finca de Bayamo, donde me esperaba un guía; o el de la joven mensajera que bajó de la montaña —ocultos bajo su ropa— los rollos de fotografías de este reportaje.⁶

A esa enumeración, sin embargo, no podré añadir —porque son demasiados— la mención individual de los cubanos sin los cuales la guerra de Fidel Castro sería imposible: los campesinos que viven en la Sierra Maestra. Cuando los doce hombres del *Granma*, dejando en la playa y en la manigua docenas de compañeros muertos, lograron entrar en la montaña, fue un *guajiro* baqueano quien los cuidó, los alimentó y los hizo sobrevivir hasta que Castro pudo rehacer la guerrilla.⁷ Hoy, a casi un año y medio, alrededor de un millar de rebeldes del 26 de Julio viven y luchan en la Sierra Maestra gracias a la anónima red de campesinos que, poniendo en juego su vida y la de sus familias, dan sus chozas para alojar a los heridos, transportan en sus mulos las cajas de municiones o las medic-

6. La esposa del ferroviario era Melba Mercado. El chofer del *jeep* —que después se unió a la guerrilla y alcanzó el grado de capitán— era Oriente Fernández. La mensajera se llamaba Nidia. Posteriormente fue asesinada por la policía. Guevara le ha dedicado un emocionante artículo en *Verde Olivo*.

7. Se llamaba Eutimio Guerra. Después de su elogiado comportamiento, cedió ante el soborno del ejército sitiador e intentó asesinar a Castro. Fue fusilado en juicio sumario por los guerrilleros.

nas y sirven como un constante y complicado sistema de comunicación entre el llano y el cuartel general.

Parcelada en grandes extensiones de selva tropical a nombre de terratenientes que nunca la han pisado, la Sierra Maestra ofrece una excepcional feracidad para el café (dos cosechas al año, el banano, el frijol y la caña de azúcar). El *guajiro*, por 200 o 300 pesos duramente ahorrados, compra al terrateniente la «acción», o sea el derecho de cultivar un trozo de tierra, y se muda con su familia hacia la selva subtropical de los desfiladeros. Allí el hombre, la mujer y los niños trabajan de sol a sol en la «tumba», el desmonte de la selva, y erigen su choza con la madera y las hojas de la palma. En las laderas casi verticales de la montaña plantan el café o la caña; una o dos veces por mes descienden hasta algún valle donde hay un comerciante intermediario, para cambiar el fruto por sal, azúcar, cigarros o alguna pieza de tela. Casi siempre —cuando se le antoja al terrateniente (y la Guardia Rural existe para hacer cumplir la voluntad de los propietarios)— el *guajiro* es desalojado de su plantación. El propietario añade un desmonte cultivado más a su heredad; el *guajiro* compra otra «acción» y se va a otro sitio de la selva, a repetir el proceso.

Los niños de la Sierra Maestra —de aspecto robusto, pero con traza de enfermedades infecciosas endémicas como la esquistosomiasis; algunos con ojos azules y piel mate que comprueban la cruce de los ya extinguidos indios hatueyes con colonos franceses que huieron de Haití— se crían sin escuelas ni asistencia médica. La única diversión de los padres, además, es alguna infrecuente riña de gallos, o ir hasta la *bodega* (almacén) a jugar a la *bolita*, una especie de quiniela.

Así fue la existencia del campesino de la Sierra Maestra hasta que un día Eutimio Guerra bajó del pico Turquino diciendo que un hombre llamado Fidel Castro estaba escondido allá con sus compañeros. Después Fidel y sus once comenzaron a trasladarse, a dormir en los bohíos y a explicar a los *guajiros* por qué estaban peleando. A mediados de 1957, la tropa rebelde contaba en toda Sierra Maestra, y en conexión con la resistencia de Santiago, con un sistema de información y abastecimiento ya imposible de destruir. Cowley y otros militares, con un regimiento de 3.000 hombres —entre ellos, 800 soldados selectos, entrenados por los Estados Unidos para pelear en las colinas abruptas de Corea— declaró «zona de muerte» el territorio de miles de kilómetros cuadrados donde presumiblemente se movía Castro, y lo arrasó cada día con bombardeos aéreos y con incursiones de terror. El general Salas Cañizares ha ordenado a los campesinos evacuar ese territorio y sus hombres, entre ellos los temidos comandantes Casilla, Sánchez Mosquera y Sosa Blanco desde hace meses incendian las casas que aún se encuentran ocupadas y masacran a las familias que se resisten a abandonarlas. Después que pasan los destacamentos, la aviación gubernista (donde vuelan instructores de la Fuerza Aérea norteamericana, y el hijo del jefe de Estado Mayor, general Tabernilla) ametralla y riega con *napalm* todo signo de vida. Y sin embargo, los campesinos se quedan.

En un lugar de la «zona de muerte», después que un T-33 pasó rozando el techo de un bohío donde hacíamos un alto en la marcha («¡Avión! ¡avión!», exclaman los campesinos cuando divisan el aparato que serpentea a ras de las laderas selváticas, y siguen haciendo

su tarea) pregunté al dueño de casa por qué no se mudaba con sus cinco hijos a una zona más segura, ya que su presencia allí no parecía necesaria. El *guajiro* me llevó a un rincón y me mostró una hamaca militar flamante, doblada en su funda: «Es de Fidel —me dijo— y en cualquier momento la puede precisar, si pasa por aquí. Cuando la dejó, me explicó que no me moviera».

Las radiofotos y las ilustraciones de *Life* han popularizado al barbudo soldado de Fidel Castro, con su cabellera hirsuta, sus cartucheras cruzadas y su tosco uniforme de montaña. Pero el ejército rebelde del 26 de Julio no es sólo ese guerrillero de mirada bravía, aparentemente individualista y feroz, sino también una ordenada estructura militar, un grupo político de pensamiento coherente, una administración civil y penal y una fraternidad de hombres libres que algunos de ellos como el capitán Camilo Cienfuegos —que une a su romántico nombre la afición a las novelas históricas— gustan comparar con la de Robin Hood.

Fidel Castro, con su inseparable fusil belga 30.06, sus lentes de gruesa montura y una radio a transistores permanentemente pegada a su oído para escuchar las noticias de La Habana, es el nómada de la tropa. Con su grupo de capitanes no tiene un sitio fijo; casi todas las semanas traslada su paradero, recorriendo la Sierra.

El artífice de la organización de la tropa es Ernesto Guevara, más conocido por Che,⁸ el médico rosarino de legendario valor, a quien Castro ha equiparado a sí mismo con el grado de comandante. Todas las muchachitas de Cuba tienen en su tocador un recorte con alguna de las escasas fotos de Guevara y las anécdotas de arrojo del Che son innumerables; un ficticio pasado de combatiente en Guatemala contra la revolución de Castillo Armas ha añadido a su biografía el toque de soldado de fortuna y de peligroso comunista, que la completa. En la vida real, Ernesto Guevara es un hombre de poco más de treinta años, que habla sólo lo necesario. Estuvo, sí, en Guatemala, pero como enfermero de un hospital porque no podía revalidar su título. Cuando se entera de que lo consideran comunista sonrío enigmáticamente. Va a los combates montado en su mulo (que bautizó «Martín Fierro») y lleva en la mochila un venerable termo, sin tapón de cebar, y un mate. En el bolsillo de la camisa, durante todos los días que estuve en su campamento, guardaba un tomito verde de la editorial Aguilar, con poesías negras de Ballagas, y a veces se tiraba bajo un arbusto, a leer en voz baja.

El Che, un sedentario debido a su asma pero un hombre de acción por voluntad propia, ha ido organizando el cuartel de Castro. Distribuidos en las laderas de cuatro picos montañosos con alturas que oscilan en los 1800 metros, sus hombres operan una armería, una fábrica de calzado y mochilas, un hospital de sangre, una estación radioemisora, un almacén, la redacción de un periódico y la casita del Club de Prensa. Cuatro muchachas incorporadas a la tropa dictan clases de primeras letras a los niños de la zona y a los soldados analfabetos (incluso, a los *casquitos*, los prisioneros gubernistas); un sacerdote ca-

8. Apodo otorgado en Cuba a los rioplatenses.

tólico, el padre Sardiñas, saca a veces de su mochila la sobrepelliz, para administrar algún sacramento u oficiar misas de campaña.

El abastecimiento también está a cargo del comandante Guevara. Todos los alimentos que pueden obtenerse en la Sierra son pagados a los campesinos con dinero efectivo, incluso el escaso ganado vacuno. Cuando visité el cuartel general, cerca de 200 reses de ganado cebú, disimuladas de a tres y cuatro en diversos puntos de la montaña, estaban destinadas a la faena. (No siempre ha sido así, sin embargo, y Guevara —desde su «riqueza» actual, que él mismo califica de «excesiva»— añora los tiempos austeros en que la carne de algún mulo enfermo o despeñado era un manjar gustado de vez en cuando.) A algunas millas de distancia del campamento, el venerable capitán Crescencio Pérez —un patriarca campesino de 68 años, gran barba blanca y una tribu de hijos que le obedecen ciegame— rige lo que los rebeldes llaman «el Ministerio de Agricultura»: una zona inexpugnable donde se cultivan la malanga, el boniato y el arroz, utilizando como mano de obra a reclutas novicios para los cuales aun no hay fusil.

Dos médicos se han incorporado a la tropa. Uno, Sergio Fajardo, está a cargo del hospital de sangre; el otro es el osteólogo de fama continental Frank Martínez Páez, que prefirió la dura vida de la Sierra a su cátedra habanera. En su mochila de soldado Martínez Páez lleva un tratado de osteología en inglés y es frecuente sorprenderlo al abrigo de una peña cualquiera, mientras los bombarderos bordan ominosamente sobre el campamento, enfrascado en su libro.

Finalmente, están Luis Orlando Rodríguez —un veterano periodista, director y propietario del clausurado diario *La Calle* y exdiputado, a cargo del periódico semanal de los rebeldes—, y Humberto Sorí Marín —directivo del Colegio de Abogados y participante del Congreso de Jurisprudentes realizado en Montevideo hace unos años— que ha estructurado un Código Penal Militar y está redactando, actualmente, disposiciones para ejercer en el territorio dominado por los rebeldes la administración de la justicia civil.

Desde diciembre de 1957, cuando el comandante Sánchez Mosquera fue derrotado por Guevara en el Alto de Conrado, ninguna fuerza gubernista se ha atrevido a subir a la Sierra Maestra para presentar batalla a Fidel Castro. Los 20.000 hombres del ejército batistiano distribuidos en la provincia de Oriente, poseen tanques Sherman, morteros, *bazookas* y cañones de campaña; la aviación satura diariamente de bombas y metralla la «zona de muerte»; una fragata de la Marina, apostada en la costa sur de Oriente, cañonea todas las noches las montañas. Ningún cargamento de armas puede llegar desde los Estados Unidos, que han establecido un bloqueo eficaz y, por comprensibles razones políticas, Fidel Castro dice que no desea entablar gestiones para obtenerlas en los países de la órbita socialista (se sabe que un emisario yugoslavo que estuvo en la Sierra no llegó a un acuerdo con los rebeldes). Y sin embargo, la guerrilla posee modernas carabinas Garand, morteros, *bazookas* y ametralladoras Thompson y Browning. La fuente de ese armamento está en el propio ejército de Batista, y en las incursiones exitosas que periódicamente realizan los rebeldes.

El 14 de febrero, al llegar Bigart y yo al punto de encuentro con la tropa de Castro, se estaba librando el combate de Pino del Agua. Aproximadamente unos 800 rebeldes habían bajado hacia una zona maderera en el llano, y atacaron durante dos días a la guarnición gubernista apostada en un aserradero, aniquilándola finalmente. Incluidos refuerzos gubernistas llegados desde la cercana ciudad de Bayamo, el ejército poseía en Pino del Agua seis veces más hombres que Castro. Tanques y morteros intervinieron en la acción y los rebeldes estuvieron permanentemente hostigados por la aviación enemiga. Sin embargo, sólo tuvieron cuatro muertos contra noventa y seis del ejército, capturaron al teniente Evelio Laferté⁹ y cuatro soldados, más gran cantidad de ametralladoras, fusiles, granadas y cajas de balas.

Pero la explicación de estos resultados asombrosos no está solamente en la magnética personalidad de Fidel Castro, en el valor y la prudencia del Che Guevara o en el apoyo incondicional de la población campesina; los mil hombres que han aceptado la salvaje y durísima existencia de la Sierra Maestra, venidos de todas partes de Cuba y dejando mujeres, novias, hijos o madres, son también una clave decisiva.

El 15 de febrero, cuando iba llegando al campamento de Castro después de una etapa ininterrumpida de nueve horas de marcha junto a la parihuela donde era transportado Camilo Cienfuegos (con un balazo en el vientre, recibido en Pino del Agua), de un bohío ya envuelto en la penumbra del atardecer salía el nervioso rasgueo de un tres, la guitarra cubana de tres cuerdas y la voz del guerrillero y poeta Jorge Luis García, en un son:

*Quitate de la acera,
mira que te tumbo,
que aquí viene el Che Guevara
Acabando con el mundo.*

Adentro, lo rodeaban el teniente—niño Joel Iglesias, de 16 años, aún con muletas luego de haber sido herido de siete balazos en el combate de Mar Verde; el estudiante de derecho Osvaldo Herrera, la empleada de tienda Ileana Rodés, la guajira Gladys (que nació en la Sierra y fue casada por el padre Sardiñas con el armero de Fidel Castro), el locutor de radio Orestes Valera, el moreno Monguito —que sabe de memoria la mitad del *Martín Fierro*—, Peña, que era empleado de una estación de servicio en Holguín, el *Vaquerito* Rodríguez,¹⁰ cuyo último oficio fue el de secretario de un mago de feria, Carlos Figueredo, el almacenero que admira a Gardel. De todos los puntos de Cuba, estos hombres y mujeres habían llegado para pelear junto a Fidel Castro; casi todos ya habían visto la muerte

9. En enero de 1959, reencontré en La Habana a Laferté, con uniforme de capitán del Ejército Rebelde, convertido en custodia de Castro.

10. Roberto Rodríguez, el Vaquerito, era en esos momentos nada más que un guía, sin derecho a arma, y fue él quien nos subió, a Bigart y a mí, a la Sierra Maestra. Su ambición consistía en tener un fusil y un reloj pulsera. Se hizo el gusto; murió en el combate de Santa Clara, como capitán del famoso «Pelotón Suicida» del Che, y llevaba entonces mi reloj, que le dejé al bajar de la Sierra. Es recordado hoy en Cuba como uno de los héroes ejemplares de la Revolución.

cara a cara, hacía muchos meses que no sabían de su familia y el frío de la noche de montaña se colaba por sus uniformes desgarrados. Cuando entré, sobre un fogón hervía una olla con malanga que iba a ser la única cena de todos; iluminados por un candil de quero-seno me miraron sonrientes, me ayudaron a quitarme la mochila y el bulto de la hamaca y me arrimaron un asiento, humildes y alegres, gente de pueblo parecida en ese momento a la de todo el mundo. Aquel bohío lleno de humos y cantos era la sede de Fidel Castro, la Casa de Gobierno de la revolución. Entonces me acordé de la otra Casa de Gobierno que había visto dos semanas antes en La Habana, con sus ventanas clausuradas, sus nidos de ametralladoras en cada esquina del techo y el hombre torvo que vive en ella, sin recibir siquiera a los diplomáticos extranjeros.

Conversaciones con Castro

Fidel Castro no es todo el Movimiento 26 de Julio. Su mérito está en propiciar esa modificación del planteo inicial —un joven dirigente valeroso y casi solo, llamando al levantamiento y erigido en caudillo— y en haber estimulado a toda una joven generación cubana a asumir responsabilidades y considerar los episodios heroicos del ataque a Cuartel Moncada o del desembarco del *Granma* como simples puntos de partida para una radical transformación del país.

Jugando su vida diariamente (hace unas semanas, mientras se tiroteaba al descubierto con el ejército, parado en medio de un camino, la línea de metralla de un avión pasó a centímetros de sus pies), sufriendo las terribles condiciones de vida de la Sierra Maestra, Fidel Castro es el presidente de la Dirección Nacional del Movimiento y el jefe de su Estado Mayor, pero reconoce que, en febrero de 1958, ya no puede hablar en carácter de intérprete exclusivo del 26 de Julio, como lo hacía en 1956 y 1957; una elaborada organización, que él mismo fue creando de a poco, ha ocupado el lugar del dirigente único y el programa del Movimiento no se expresa ahora únicamente a través de Fidel.

Los periodistas americanos que lo entrevistaron han destacado de Castro lo que más apetece, en la admirable personalidad del dirigente, al público de sus diarios y revistas: la faceta del guerrillero, la condición de caudillo militar y civil que ha conmovido a un país entero. Es infrecuente la mención a la otra mitad del 26 de Julio: los dirigentes civiles de Santiago y La Habana que, en pie de igualdad con Castro y muchas veces autónomamente, elaboran planes, objetivos políticos o declaraciones de principios.

El carácter de mi visita a Cuba me permitió recoger informaciones desde ambos lados de la revolución. Bruno, que es uno de los más importantes dirigentes del 26 de Julio, me explicó largamente la índole de la plataforma del Movimiento. En Santiago, en las pequeñas ciudades de provincia, otros responsables de la resistencia añadieron útiles detalles a esa reseña. Y una entrevista con Fidel Castro —hecha de varias conversaciones a lo largo de muchos días— completó el planteo de lo que hasta hace pocos meses el 26 de Julio admitía no poseer en detalle: el esquema político y económico que sustituirá, después del

triunfo, al corrupto andamiaje elaborado por los políticos profesionales y los dictadores, desde las épocas de Gerardo Machado.

Fidel Castro, con una barba que añade varios años al semblante juvenil y su natural corpulencia aumentada por tricotas y camisas de abrigo, da a primera vista la impresión de un hombre ganado por la tosquedad de la vida en la Sierra. A su cintura se ciñen siempre las cartucheras con cuatro kilos de balas; una pistola, una cantimplora y su inseparable rifle belga de precisión, calibre 30.06, completan un atuendo que, aparentemente, no se presta para la discusión sutil de la política. Pero apenas se cala sus lentes de montura de carey, medita un momento y comienza a hablar con su voz suave, en su lentitud de movimientos y en la tranquilidad de su tono se traslucen a cada rato inflexiones ardientes y un natural poder de convicción. El abogado innato que hay en Fidel aparece con la primera indiscreción del interlocutor o la pregunta difícil; suavemente, sin cambiar de tono, busca dirigir la charla hacia otro punto, y a veces lo consigue. Cuando el acoso de una pregunta es demasiado insistente, calla unos segundos mirando el habano que se quema, y después dice: «Perdona —todos los cubanos tutean desde el primer encuentro—, pero eso no puedo contestarlo».

Aparte de otras charlas informales, dos veces pude sostener una larga y deliberada conversación política con Fidel Castro: la primera fue de noche, hasta la madrugada, en un bohío, y siguió afuera, a lo largo de un sendero de montaña que Castro iluminaba con su linterna, mientras caminábamos hacia un campamento. La otra fue a la hora de la siesta, en un sitio de la selva donde el jefe rebelde había procurado un aparte para hablar sin oídos indiscretos, y en ellas estuvieron presentes dos dirigentes de la Resistencia que se encontraban en la Sierra.¹¹

—En primer lugar —pregunté a Castro— ¿quién es responsable por la redacción del programa del Movimiento?

—Por supuesto —contestó— la Dirección Nacional que yo integro; después, técnicos de diversas especializaciones, según los puntos.

—Por lo que se sabe hasta ahora, el 26 de Julio está apoyado por los sectores sociales más disímiles: la alta burguesía, los universitarios, un sector del proletariado industrial, los campesinos no organizados sindicalmente. ¿Cómo un programa político puede conciliar aspiraciones tan diversas, sin hacer que choquen intereses? ¿O qué sector predomina en el programa? Finalmente: ¿no se corre así el riesgo de que cualquier solución quede anulada al atender a solicitudes tan diversas?

—Eso sería cierto —expresó Castro— si esta revolución tuviera un contenido clasista; pero Cuba está tan necesitada de una reforma general, que lo único que buscamos es

11. Además de Bigart y yo, el pequeño grupo que en febrero llegó al recóndito campamento de Fidel se completaba con el fisiólogo Vicente de la O (salido conmigo de Santiago de Cuba, después de abandonar todo, para servir como médico en la Sierra), con un joven que iba a incorporarse a la guerrilla y Vilma Espin que, acompañada por el abogado Lucas Morán, subió a la Sierra para una discusión política con Castro. Estos dos últimos son los dirigentes mencionados.

obtener un mínimo de decencia administrativa y de honradez política, para partir desde ahí a las soluciones.

—¿Cuál sería ese punto de partida?

—Por supuesto, el derrocamiento de la dictadura y la desaparición de la escena de todos los políticos que ahora la sostienen o la toleran. De allí en adelante, un gobierno provisional honesto y, finalmente, elecciones libres.

Desde hace un año, el 26 de Julio ha proclamado al juez Manuel Urrutia Lleó —quien, en fallo célebre, confirmó el derecho de rebelión frente a la dictadura, y debió exilarse inmediatamente— como su candidato para el gobierno provisional. Esta decisión fue declarada como inamovible, pero gente en La Habana me había sugerido que esa intransigencia estaba cediendo. En consecuencia, toqué el punto:

—¿El magistrado Urrutia sigue siendo candidato de ustedes?

—Sí, pero eso no quiere decir que no transijamos con otro, siempre que fuera aceptado por la mayoría del pueblo.

—¿Por ejemplo, el doctor Miró Cardona, el presidente del Colegio de Abogados?

—Cualquiera que la mayoría del pueblo acepte.

—En La Habana se habla de la posibilidad de una Junta Militar, como transición hacia unas elecciones luego de la caída de Batista —dije—. ¿Aceptarían eso?

—De ninguna manera. Nada de militares. Tanto si sobreviniera una Junta Militar, como si se llevaran a cabo las elecciones anunciadas para junio, el Movimiento no reconocerá ninguno de esos resultados. Nuestra fórmula es: derrocamiento de Batista, gobierno provisional y elecciones libres.

—¿Tus tropas permanecerían armadas durante el término del gobierno provisional?

Esta fue una de las preguntas más obstinadamente eludidas por Castro. Dos o tres veces inició una respuesta lateral, hablando de «responsabilidades y peligros».

—Lo que interesa es esto —añadí—: ¿no creen que, desde el exterior, esa permanencia pueda considerarse como una coacción sobre la libertad de las elecciones subsiguientes?

—El Movimiento permanecerá armado —declaró finalmente Fidel—. Hemos ganado luchando el derecho a hacerlo, y haremos respetar de esa manera nuestro programa, inclusive al gobierno provisional. Pero nada de militares «de transición», como en Colombia o Venezuela, y nada de políticos.

—¿Qué se piensa hacer con el ejército?

—El ejército será depurado. Nuestro concepto es el de un ejército profesional, pequeño y bien armado, dirigido por los hombres que ahora han sabido oponerse a la dictadura. Además, creemos que sería conveniente el servicio militar obligatorio.

El concepto parecía algo incongruente y pedí una aclaración.

—Sí —reiteró Castro—. Servicio militar o instrucción militar, que democratice al ejército. Además, una fortificación de la Marina, que establezca un equilibrio de poder entre todas las ramas de las fuerzas armadas.

Las ideas económicas del Movimiento están contenidas en el folleto *Tesis económica*, que Castro editó en México. En nuestra charla, Fidel condensó rápidamente esos conceptos.

—Fundamentalmente —dijo— creemos necesario el acrecentamiento de la riqueza nacional y su más justa distribución. Nuestra principal fuente de divisas está en el campo, pero no sólo en la agricultura, sino también en la industrialización de sus productos. Deberemos tender a la total refinación del azúcar dentro del país, evitando la exportación de crudo. Además, ya es imprescindible crear industrias subsidiarias de la azucarera, tales como el aprovisionamiento del bagazo, con el que podríamos obtener, para forrajes y otros usos, alrededor de 50 millones de dólares anuales.

—¿El Movimiento incluye en su programa una reforma agraria?

Nuevamente, Castro pareció dudar unos segundos. (Muchos terratenientes apoyan la revolución, y éste ha sido uno de los más delicados aspectos del programa.)

—En principio, sí —manifestó—. Pero la expropiación no es imprescindible. Hay tierras fiscales suficientes para las necesidades de todos los campesinos. Hay que entregarlas, bajo asesoramiento agronómico, eliminando el actual «precarismo», en el que el campesino compra la «acción» pero no es dueño de la tierra. Además, creemos que es necesario el contralor estatal sobre la propiedad —fiscal o privada— en lo referente a la explotación tecnificada.

—¿Se mantendrían algunos de los organismos actuales?

—Lo que hay ahora, es un caos. Resumiéndote el programa, los puntos serían tres: a) distribución de tierras del Estado a los precaristas; b) impuestos altos sobre latifundios no productivos; c) fijación por ley de la superficie máxima que pueda poseerse. Si los dos últimos no resultaran, entonces se aplicaría la expropiación en casos concretos.

La conversación entró después en un resbaladizo terreno: el de las inversiones industriales. Cuba tiene enfrente a los Estados Unidos, el principal inversor extranjero en América Latina. Casi todos sus servicios públicos están en manos de compañías estadounidenses. Las armas que Batista usa contra el Movimiento son las que Estados Unidos le vende, pero como en los casos de Venezuela y Colombia, se sabe que el Departamento de Estado no quiere ya comprometerse en el apoyo a las dictaduras demasiado corrompidas, cuando el alzamiento popular alcanza los extremos que se registraron en Caracas y que se observan hoy en Cuba. En ese cuadro, las declaraciones de Fidel deben ser medidas, y sus respuestas fueron un modelo de diplomacia.

—¿Cuál es el programa referido al incremento industrial?

—Pensamos que hay que perfeccionar el estado de las industrias extractivas, principalmente aquí, en Oriente. Después comenzar la creación de una industria pesada y estimular el establecimiento de industrias conexas a la producción agropecuaria. Por un tiempo, eso alcanzará.

—¿Y en cuanto a inversiones?

—Lo ideal, en primer término, es utilizar el capital cubano. Los depósitos privados en el Banco de Cuba, actualmente, bastan para un plan industrial de 10 años. Ello no quiere decir que no aceptemos las inversiones extranjeras.

—¿Las condiciones actuales para el retiro de ganancias (libertad absoluta, con un pequeño impuesto) serán mantenidas?

—Sí.

—¿Qué posición han fijado sobre préstamos internacionales?

—Creemos que deben aceptarse únicamente de gobierno a gobierno.

—Tengo entendido que Cuba ha establecido varios tratados económicos con los Estados Unidos. ¿Se piensa revisarlos?

—No es conveniente plantear ahora esos problemas.

—Sin embargo, es un punto importante. ¿Se revisarían?

—Bueno —meditó Fidel, encontrando finalmente la fórmula de la respuesta—. Revisar no es anular. Existe una tendencia a revisar, simplemente. En especial, el empréstito de 600 millones de dólares, que contiene una cláusula anticonstitucional (gravamen del impuesto interno a las utilidades, para servir amortizaciones), pero puedo decirte que respetaremos todos los convenios estructurados con honestidad.

Uno de los temas económicos que todavía no ha proporcionado a Cuba muchos dolores de cabeza es el de su incipiente industria petrolífera. Una legislación presionada por intereses va creando una compleja y desventajosa situación: la ley no hace distinción entre nacionales y extranjeros para la concesión de cateos. Pagando 120 dólares, más un centavo por hectárea, se obtienen concesiones de hasta 40.000 metros cuadrados por 4 años; la explotación está autorizada por 30 años, con opción a 10 más. Sobre el régimen actual dice Castro:

—Es totalmente inmoral. Está basado únicamente en especulaciones de amigos del gobierno. Hay que revisar todo el régimen de concesiones.

—¿Eso quiere decir que, por ejemplo, se establecería para la explotación el sistema de 50 y 50 en las ganancias, entre el Estado y los concesionarios?

—No. Una vez hechas legalmente las concesiones, los impuestos serán los normales para cualquier inversión. El petróleo de Cuba es dudoso; no podemos darnos el lujo del régimen impositivo venezolano, todavía.

—¿La nacionalización de los servicios públicos está comprendida en el programa?

—No estamos en el caso de la Argentina, donde la nacionalización era asunto de vida o muerte. Aquí lo que interesa, principalmente, es mejorar los servicios. Puedo decir, concretamente, que la definición mejor sería «municipalizar». Y, únicamente, en los casos en que el Estado no pudiera establecer competitivamente un servicio paralelo.

Por un momento Fidel fumó su habano; quizás pensaba que había hablado demasiado; sobre todo, después de sus recientes declaraciones (minuciosamente compuestas de lugares comunes y no comprometedoras) a la revista *Look*. Luego hizo una aclaración:

—Todo esto parece, así, un poco fragmentario. No lo anotes simplemente como te lo dije. Un programa de gobierno no es sólo una enumeración de ideas, sino también una cuestión de oportunidad. Nuestro programa tiene un margen flexible para imprevistos.

—Queda una sola pregunta sobre el tema: ¿Qué piensan de la libertad de comercio? ¿Estarían dispuestos a desviar la mayor parte de las exportaciones hacia otros países que no fueran los Estados Unidos, en caso de mejores precios?

—Indudablemente, nuestra órbita de comercio ha sido, es y será la de los Estados Unidos. Pero no tengo obstáculos en decir que sostenemos la libertad de comercio. Somos partidarios, además, de bloques regionales o continentales de países latinoamericanos con economías complementarias.

—¿Y cómo piensan actuar frente a las dictaduras criollas?

Aquí el Fidel Castro revolucionario —que, quizás subconscientemente, eligió los colores anarquistas para la bandera de su movimiento— salió a luz en una frase apasionada:

—Romperemos relaciones con todas las dictaduras que son la vergüenza de América. Puedes descontarlo.

No se puede resumir tres días de conversaciones en una nota periodística. Pero en lo que antecede, seguramente, está la esencia de un programa largamente madurado. Adolece de vaguedades deliberadas; es el arma con que el buró político del 26 de Julio, mientras Fidel lucha físicamente en la Sierra con la dictadura, está mostrando de a poco al Departamento de Estado y a los intereses económicos extranjeros, qué se puede esperar de la revolución. Y a veces, una frase bien expresada, dicha al azar en un reportaje, puede mover un inesperado hilo en alguna Cancillería.

A lo largo de estas notas he tratado de reflejar el complejo cuadro social de Cuba oprimida por una cruel dictadura y con su esperanza puesta en una pujante revolución, que no puede encasillarse en ninguna definición ideológica y clasista, pero que pretende no ser únicamente política, sino también social. ¿Qué posibilidades existen, en marzo de 1958, para afirmar alguna predicción basada en el cúmulo de opiniones y hechos coleccionados en esta serie?

En principio, parece innegable que los días del régimen de Fulgencio Batista están contados. El plan maestro del 26 de Julio compone su juego con tres cartas principales: el pronunciamiento cívico, la creación de un estado insurreccional que haga imposible la ficción de una vida normal de convivencia bajo la dictadura, y la huelga general revolucionaria.

Los dos primeros puntos ya se han cumplido, faltaba que la Iglesia se pronunciara contra el gobierno, y ya lo ha hecho; Batista ha tenido que implantar nuevamente el estado de sitio y confiesa que no podrá celebrar elecciones. Queda únicamente por jugar la tercera carta. Y en cada fábrica y comercio de la Isla, los obreros y los empleados —férreamente unidos en torno a las consignas del 26 de Julio y con armas en su poder— esperan sólo la orden del paro general.

Entonces los *guajiros*, los estudiantes y las maestras de la tropa de Fidel Castro podrán bajar de la Sierra Maestra y hacer suya la frase que José Martí estampó en las últimas páginas de su Diario: «Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza».

LA MADUREZ DE UN JEFE

Quincenario *Reporter*, 12-VII-1961

El periodista que pregunte en La Habana cuál es el trámite para obtener una entrevista con Fidel Castro, recibirá de los funcionarios o de los colegas interrogados una enigmática sonrisa que corrobora su ingenuidad. Fidel Castro no otorga audiencias a periodistas. Primero, porque su jornada está demasiado llena de viajes, reuniones, inspecciones, deliberaciones del Consejo de Ministros, mitines y apariciones en televisión. Después, porque el Primer Ministro ha aprendido, a su costa, a no confiar en los periodistas, sobre todo en los que vienen del Norte.

Ya ha habido muchos de esos enviados especiales, a veces de diarios y revistas con importancia mundial, que han dividido sus tres o cuatro días de La Habana entre la lectura de periódicos, las visitas al cabaret Tropicana y una tarde con Castro —quien, antes, solía procurar él mismo el diálogo con extranjeros— y vuelven proporcionando a sus lectores muchos detalles sobre la barba de Fidel, las encantadoras curvas de algunas milicianas o la multitud de rostros soviéticos que uno tropieza a cada vuelta de esquina, pero muy poco (y eso casi siempre distorsionado) sobre las declaraciones y el pensamiento verdadero del joven líder.

Por otra parte, ¿qué puede agregar una entrevista personal a lo que Castro dice y repite a toda hora de su jornada, para que lo oiga todo el mundo? La televisión y la radio no son para el Primer Ministro simples medios de propaganda o los instrumentos de un lavado de cerebro, como dicen sus enemigos. Privado del ámbito de resonancia entre el gobierno y la masa que, a través de sus diversos niveles, es un partido político, Fidel Castro ejerce una variedad cubana de primitiva democracia directa, donde los asuntos de Estado se comentan y se explican en la plaza pública. Quizás, dentro de una ortodoxia del sistema democrático representativo, esto no pueda considerarse el diálogo y la interacción entre pueblo y gobierno que oficialmente define a otros regímenes, pero es evidente que en el caso cubano funciona bien. El respaldo popular al gobierno es visible; la confianza absoluta de los gobernados y la seguridad de los gobernantes en que son los intérpretes reales de la voluntad del pueblo, son hechos incontestables, al alcance de cualquier observador extranjero.

Descontado ese aspecto, los frecuentes y larguísimos contactos de Castro con la opinión pública añaden a esa comunicación un sentido didáctico que pone al alcance del más

humilde campesino la posibilidad de entender temas tan celosamente guardados hasta ahora en sus cajones por los especialistas como la planificación de la economía, el funcionamiento de la balanza de pagos o la diversificación de los cultivos agrícolas. Al mismo tiempo, con algo de mitológico en el hecho, es indudable que Castro absorbe periódicamente de sus contactos con la masa, de la fe que encuentra en las muchedumbres formidables que se congregan para escucharlo, una especie de energía que debe constituir el alimento de su fabulosa actividad y de ese permanente «estado de gracia» político en que vive, siempre exultante y dispuesto a la lucha, poseedor y transmisor de una mística contagiosa.

En cierto modo, los discursos de Castro son más que informes de gobierno; son el gobierno mismo y, además, la prueba irrefutable para centenares de miles de humildes de que la revolución sigue viva. Si Fidel Castro callara y los cubanos supieran qué pasa allá arriba sólo por la *Gaceta Oficial* y lo que va a pasar únicamente por los periódicos, ese misterioso fluido que corre entre el líder y su pueblo quedaría estancado y el motor de la revolución se detendría.

Jean-Paul Sartre escribió el año pasado, constatando el hecho: «Cansada de discursos, la nación desdeñaba las frases; desde que Fidel Castro le habla, no ha escuchado una sola. Hechos. Demostraciones. Análisis. Estupefactos, los cubanos no reconocieron en esa voz los viejos arrebatos del parlamentarismo. La voz humana, pues, podía servir para otros usos». Y después de escuchar personalmente a Castro en un discurso, pudo entender más, todavía: «Bastaría publicar el texto para que la determinación firme y violenta, la indignación sombría, saltaran a los ojos del lector. Pero ningún periódico haría sentir lo que fue en verdad el discurso; una larga marcha contra el viento, bajo las nubes, en la noche, hacia un paso todavía desconocido: victoria o exterminación. El simple texto no reflejaría la inquietud, los tanteos, las paradas, las súbitas arrancadas, la lentitud y la aceleración progresiva de la elocución, ni, sobre todo, bajo el hervor de la cólera, la aplicación honrada, casi triste, el curioso maridaje de la resolución más firme con el deseo concienzudo, casi tímido, de proceder bien. Aquellas palabras eran como pasos; a cada uno de ellos, el que marchaba podía detenerse; lo sabía, pero también sabía que había que continuar. Sola, por su cansancio y amargura, por su fuerza, la voz nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de quinientos mil silencios».

En esas condiciones poco pueden añadir las entrevistas personales. Pero la semana pasada, alrededor de una docena de periodistas estadounidenses e ingleses se colaron por una brecha en la muralla de legítima suspicacia que, después de la invasión de abril, el gobierno cubano levantó frente a las agencias noticiosas y a los corresponsales extranjeros. El Comité Tractores por la Libertad enviaba una delegación de técnicos a deliberar con Fidel; la Embajada checoslovaca en Washington (encargada de los asuntos cubanos desde la ruptura de relaciones con los Estados Unidos) visaría los pasaportes de quien quisiera venir a La Habana para informar sobre el encuentro.

Por primera vez en muchos meses Fidel Castro, ese ser casi mítico de grandes barbas, eternamente vestido con uniforme de campaña, una de las cuatro o cinco figuras mundiales decisivas de la época, iba a estar al alcance del juego de preguntas y respuestas.

Casi inmediatamente de la llegada de los periodistas, se anunció la conferencia de prensa. Cuando lo supieron, transpirando bajo sus camisas de nailon, mirando de reojo a cada cubano próximo como si fuera miembro del G-2 (el Servicio Secreto de la Revolución) los corresponsales norteamericanos se reunieron llenos de nerviosidad en el *lobby* del Habana Riviera. Algunos aparentaban más calma; Tad Szulcz, del *New York Times*, que habla español y vivió un año en Cuba, tomaba el acontecimiento con estudiada frialdad. Pero otros jóvenes reporteros no podían ocultar su angustia. Sobre todo los que nunca habían estado en Cuba, pero leían desde 1959 la versión periodística estadounidense de la Revolución cubana. ¿De modo que dentro de unas horas iban a estar frente a frente con el primer dictador comunista de América Latina, con el sanguinario fusilador de miles de inocentes, muchos de ellos sus amigos? ¿Era posible que esta pequeña excursión de dos días acompañando a cuatro maduros señores de anteojos, que venían a discutir aburridamente sobre la cantidad de HP necesarios a un tractor agrícola, se convirtiera de pronto en la oportunidad periodística con que sueñan tantos cronistas en las redacciones de Washington o de Kalamazoo? La dificultad idiomática aumentaba las zozobras. Un funcionario menor del ICAP (organismo encargado de agasajar a los huéspedes oficiales) les había dicho que esperaran en el hotel. Pero al poco rato, a través del nerviosismo y del horrible calor de La Habana, el *cicerone* se había transformado en G-2 y la exhortación en una orden de no pisar la vereda. «Estamos incomunicados...», gimió el fotógrafo Bob Schutz, secándose el sudor de la frente.

Veinte minutos más tarde, ignorante de los sobresaltos causados, el funcionario regresó sonriente: Fidel Castro recibiría a los periodistas por la tarde. Ahora estaba reunido con los negociadores del Comité en el Instituto Nacional de Reforma Agraria, y quien lo quisiera podía ir hasta allí en los automóviles oficiales.

Como todo periodista residente en La Habana, pude aprender en pocos días la lección de que no debe intentarse concertar una entrevista con Fidel Castro. Pero, al mismo tiempo, me enseñaron la solución que, en las redacciones de los diarios, se transmite a algunos con esa cierta ternura secreta de quien está relatando las travesuras del primogénito: Fidel no da entrevistas, pero cuando terminan sus deberes oficiales de la jornada (es decir, a cualquier hora entre media noche y el mediodía siguiente) reclama sus derechos de simple ciudadano y acarrea a su semidormido grupo de fieles, a recién conocidos y a alguna personalidad mundial (Sartre, Nazim Hikmet, Enrique Líster, Françoise Sagan, el pintor Guayasamin, Joris Ivens o Lázaro Cárdenas) hacia algún restaurante de buena cocina y ambiente discreto, para charlar hasta la salida del sol.

Una madrugada el teléfono sonó en mi habitación y un amigo cronista me dijo una sola palabra: «*Monseigneur*». En la práctica era un santo y seña más valioso que horas de

antesala en el Palacio o infructuosos viajes a la residencia de Fidel, en el cercano pueblecito pescador de Cojimar. El Monseigneur es un tranquilo subsuelo de un moderno edificio de apartamentos, en la esquina de las calles 21 y 0, frente a los portones del parque que contiene al hotel Nacional, en el barrio del Vedado. Aunque ahora, como casi todos los restaurantes, pertenece al Instituto de la Industria Turística, la heterodoxia revolucionaria ha respetado su antiguo ambiente. En el Monseigneur —paredes empapeladas de púrpura, candelabros, comida europea y una discreta *diseuse* amenizando la cena— los camareros sirven todavía la salsa de *champignons* vestidos de frac (única concesión a la zona tórrida: el frac es de dación) y no hay peligro de que un ritmo de pachanga venga a interrumpir una meditativa sobremesa de temas políticos.

Cuando llegué al Monseigneur eran las dos de la mañana y el capitán Gamonal, un joven moreno y prematuramente calvo que parece un profesor de Institutos Normales pero es el jefe de la guardia de Castro, me dijo que no valía la pena entrar: «Fidel está saliendo en estos momentos». En la vereda varios tenientes, uniformados de verde olivo y con metralletas checas, se recostaban indolentemente sobre los automóviles de la comitiva, dos negros y relucientes Oldsmobile último modelo. En el de Castro, que ostenta la simple chapa verde de los autos particulares, con el número 190718, el chofer dormitaba con los pies colgando hacia la vereda por la portezuela entreabierta.

El morenito que recibe las propinas finales de los clientes del Monseigneur por llamarles un taxi, subió a escape la escalera con los ojos como platos: «Ahí viene, ahí viene». Los tenientes adoptaron la posición de firmes y se asomaron a mirar; allá abajo, la puerta de cristal se abrió y apareció una mano. Después pasó un minuto y el morenito fue a investigar y regresó: «Abrió la puerta, pero está conversando con unas señoras». Los tenientes, seguros de su experiencia, volvieron a recostarse en los automóviles. Durante otra media hora, la mano empujó y volvió a soltar la puerta varias veces. Detrás de la puerta, como en un film de suspenso, estaba Fidel Castro despidiéndose. El morenito traía las novedades: «Ahora vinieron los ayudantes de cocina, para pedirle algo». «Una señorita le pidió que firmara en la servilleta.» (Según se dice, cada vez que Fidel Castro abandona la mesa de un restaurante, los mozos deben precipitarse a salvaguardar la vajilla, que los demás comensales quieren llevarse como *souvenir* de haber comido junto al jefe de la Revolución.)

De pronto la puerta se abrió del todo y salió un grupo de hombres en uniforme verde olivo, con algunas damas. Casi todas vestían ropa de milicianas. En el centro venía Castro, con la boina de milicias que usa desde el año pasado, en vez del quepis del Ejército Rebelde. Se detuvo en la vereda, parpadeando bajo las frías luces de mercurio y preguntó, emergiendo recién, evidentemente, del océano de conversación que debió haber sido la última media hora: «¿Quién pagó la cena?». Después hubo presentaciones, reconocimientos mutuos («Tú estás más gordo», para él; o «¿Qué te pasó en la cabeza, chico?», para mí, por cierto corte de pelo que me inventó el peluquero del hotel, partidario de la máquina cero) y preguntas. ¿Era cierto que había suspendido las entrevistas personales? Fidel parpadeaba, lleno de sueño, y una señora del grupo comentó: «Hace veinticuatro horas

que no duerme». Pero en los pocos minutos hasta el anuncio de Gamonal de que el coche estaba listo, hubo tiempo para una respuesta que fue a la vez, en el más puro estilo Castro, una enunciación de normas generales: «Tú comprendes que ya pasó el momento de dar entrevistas. A ustedes los periodistas ya les he dicho todo, y además se lo estamos repitiendo todos los días. ¿Qué vale más: una entrevista conmigo o que ustedes vean lo que está pasando en Cuba? Viaja al campo, visita las granjas del pueblo y todo lo que quieras, porque ahí están todas las respuestas. No pierdas el tiempo en las entrevistas, porque tú vienes desde muy lejos. Mira: vete a la Ciénaga, a Playa Girón y anota todo lo que hemos hecho allí. Antes del 17 de abril y después que los gusanos¹² invadieron, y entonces vas a tener tema para cien notas». La fatiga sólo se le notaba en el parpadeo y en el tono bajo de la voz, pero mientras yo me volvía a Gamonal para dejarle mi dirección y mis señas, ya Castro estaba programando las próximas horas: «Tú (a un oficial que esperaba) vienes conmigo en la máquina, porque tenemos mucho que hablar. Y usted (a un señor canoso, de aspecto europeo) vaya a descansar, porque lo hemos entretenido mucho tiempo».

Después se acomodó al volante del Oldsmobile y los jóvenes tenientes saltaron al otro coche. Al minuto siguiente, los grandes focos traseros de los automóviles se perdían por la calle 21, iluminándola de rojo y, a la mitad de la cuadra, desde un grupo de trasnochadores que habían reconocido a Castro, partía una frase con el calificativo orgulloso que los cubanos le han elegido, en homenaje a su fogosidad y a su actitud indómita: «¡Caballo, conduce despacio! ¡Cúidate para nosotros!».

Cuando los corresponsales extranjeros llegaron al edificio del Instituto de Reforma Agraria, el miliciano centinela no se había puesto aún a la altura del clima de negociación que existía en La Habana desde el día anterior, a partir del momento en que la delegación del Comité empezó a reunirse con Dorticós y los diarios a publicar una información gráfica casi olvidada: rostros de norteamericanos sonrientes, fotografiados dentro de Cuba. Si no se tenía pase, había que quedarse afuera; todo dicho con malos modos revolucionarios.

Dentro, en el sexto piso, encerrado en un austero despacho cuya única decoración era una rosa roja en un búcaro sobre el escritorio y un enorme retrato de Camilo Cienfuegos, Fidel Castro y los negociadores habían empezado sus deliberaciones. Pero lo único que los sudorosos periodistas recibían del interior eran las frías bocanadas del aire acondicionado, que pasaban a la vereda desde el inmenso *hall* con paredes de cristal. Alguien, sentándose en el cordón, comenzó a beber una Coca Cola (nacionalizada) y pronosticó que en ese momento había 40 grados a la sombra. Una hora más tarde, cierto funcionario se apiadó de los corresponsales y salió a aconsejarlos: era probable que Fidel Castro recibiera a la prensa, para enterarla de la marcha de las negociaciones, a las dieciséis.

A las quince y treinta Robert Starkie, del *Daily Telegraph* de Londres, y yo, advertimos que habíamos sido los primeros en llegar. Y cuando una empleada habló un minuto por un intercomunicador y después gritó: «¡Los periodistas, al sexto piso!»., advertimos también

12. En el lenguaje popular cubano, los invasores han quedado irremediabilmente designados como *gusanos*, debido al color de su ropa de camuflaje, que se asemeja a las motas de una oruga.

que íbamos a ser los primeros en ver a Castro. Cometimos una sola equivocación: ser demasiado pesimistas. El viaje hasta el sexto piso fue la acostumbrada cadena burocrática, donde el visitante es pasado de mano en mano y de oficina en oficina. Al ser confiados por tercera vez a la conducción de una nueva miliciana, y haber pasado ya por cuatro puertas, realmente nos descuidamos al indicársenos la quinta. La puerta se abrió antes de que golpeáramos, y nos encontramos en un cuarto lleno de uniformes verde olivo. Yo estaba repitiendo por décima vez el motivo de nuestra aparición, cuando caí en la cuenta de que el hombre uniformado que nos había abierto la puerta y nos observaba con expresión divertida, cigarro en mano, era el propio Fidel Castro.

«Bueno —dijo— ¿y los demás?» Mientras Starkie le explicaba nuestro adelanto, tuve tiempo de observarlo. Salvo por la estrella blanca de comandante en el rombo rojinegro de los hombros, el uniforme de Fidel Castro no se diferencia en absoluto del de cualquier soldado raso. Las prendas son de reglamento, y ese día usaba una camisa y un pantalón algo raídos, con evidencia de haber soportado muchos lavados. Las botas negras, que detienen negligentemente sobre el tobillo la caída de los pantalones, eran viejas y gastadas. Ha dejado de usar sus dos famosos relojes pulsera («los llevo por si uno se detiene», explicó una vez ingenuamente a una señora curiosa) y luce otro con malla de oro macizo, de una marca costosa. El reloj es lo único caro del atuendo. Lo demás tiene el sello de las cosas ajetreadas, cuyo dueño no se preocupa más que de que presten utilidad: la boina checoslovaca mostraba oscurecido por el uso su reborde de tafilete, el bolígrafo en el bolsillo era de los que se compran por veinticinco centavos en cualquier tienda, los eternos cigarrillos eran del Consolidado Nacional del Tabaco y no de ninguna marca prestigiosa. La vida al aire libre y las frecuentes giras por el campo le han atezado el rostro y las manos, dándole un aspecto más saludable que el que exhibía hace tres años, cuando bajó de la Sierra Maestra. Allí, la humedad de la selva y la montaña lo habían mantenido pálido: ahora, el sol de La Habana le ha prestado el tono trigueño permanente que sólo tienen los veraneantes muy ricos o los hombres de acción.

Después se sentó en un sillón, se hundió en él como buscando comodidad para un largo rato y puso en el brazo del mueble una caja de fósforos del INRA y, sobre ella, el cigarro sin encender. Los corresponsales iban llegando de a poco y Castro se preocupaba. Con cierto aire desconcertado interrogaba a los funcionarios diseminados por la habitación y les pedía que fueran a buscar a los periodistas restantes. Durante veinte minutos se pudo asistir al espectáculo de un Primer Ministro esperando a quienes les había concedido audiencia.

Cuando llegaron los impuntuales (y se supo que todo había sido cuestión de un ómnibus con horarios malentendidos) hubo una pausa y todos quedaron en silencio. Descendió sobre la reunión, repentinamente, la conciencia de su importancia: era claro que el hombre arrellanado en el sillón y la docena de periodistas nerviosos, expectantes o impacientes que se enfrentaban, estaban sopesando las proyecciones políticas de la conversación que vendría. En Estados Unidos, senadores, banqueros, la señora Eleanor Roosevelt y el señor Milton Eisenhower, quizás hasta el presidente Kennedy, estaban esperando res-

puesta a sus planteos sobre el trueque de tractores por prisioneros. En Montevideo, Buenos Aires, Río o Caracas, los expertos de las cancillerías habían comenzado a elaborar sus planes para la conferencia económica interamericana. En Moscú, Nikita Jruschov examinaba las condiciones en que podría volar hasta La Habana el próximo 26 de julio, para su primera visita a Cuba y a América Latina. En Checoslovaquia, obreros metalúrgicos estaban trabajando horas extras para desmontar la maquinaria de una planta industrial que sería enviada a Cuba. En Tokio, una entusiasta muchedumbre obligaba al director de orquesta cubano Fajardo —en gira por Asia— a ejecutar con su conjunto el himno nacional de Cuba. Miles de personas, en esos países y en otros, actuaban influenciados por ese joven barbudo de 34 años y aspecto desmañado, y por su audaz política internacional. En la habitación del sexto piso, Castro y sus interlocutores se examinaban de hito en hito antes de comenzar la imprevisible partida de una conferencia de prensa.

Quienes esperaban un Fidel arrebatado y fustigador de los Estados Unidos como en sus discursos televisados, un Fidel fríamente hostil y obstinado en los planteos como en sus comunicaciones por escrito al Comité de Tractores, debieron modificar sus preguntas o su expectativa. Castro posee en alto grado esa intuición que sólo se da en algunos políticos y les permite advertir en pocos momentos la actitud íntima de sus interlocutores.

El hombre que nos había recibido a Starkie y a mí emanaba en todos sus gestos autoridad, confianza en sí mismo y la leve brusquedad de trato que adoptan las personalidades públicas cuando deben someterse a la ordalía de un interrogatorio periodístico. Pero aún no habían terminado de entrar en la habitación los norteamericanos, cuando su actitud cambió sutilmente. La gente que iba sentándose en torno a su sillón no confiaba en él, como lo hacen sus interlocutores cubanos de los discursos públicos. Del grupo vagamente excitado y hostil no fluía cordialidad. Y Castro puede ser absolutamente duro en sus pronunciamientos y hasta feroz en sus calificativos, pero no con los interlocutores a quienes debe convencer.

Cuando en 1960 tuvo que asistir, como fiscal supernumerario, al juicio de Hubert Matos, su oratoria —hasta ese día llena de anatemas y dicerios contra el hombre que se le había insurreccionado— se transformó en meramente polémica al entablarse el diálogo directamente con el acusado, porque Matos era un interlocutor y no el blanco lejano de sus invectivas. En abril pasado, cuando llevó ante las cámaras de la televisión a los mil doscientos invasores y los interrogó, los contradijo y los empujó a una sesión de discusiones políticas (increíble y posiblemente única en el mundo) donde los prisioneros acusados de alta traición impugnaban al Primer Ministro y argumentaban con él cara a cara, pasó lo mismo: los prisioneros eran los interlocutores y Fidel no podía destruirlos de entrada en su carácter de mitad del diálogo. Entonces, los categorizaba; al adoptar la llaneza de lenguaje, al excluir la grandilocuencia acusatoria, se estaba ganando la involuntaria adhesión de sus interlocutores, que entraban en el juego. Esa noche hubo prisioneros que manifestaron su arrepentimiento y pidieron perdón; hubo otros que prometieron luchar junto a las milicias ante una nueva invasión; hubo otros, en fin, que sostuvieron sus puntos de vista y recriminaron a Castro como si fuera el reo.

Los periodistas norteamericanos eran interlocutores a conquistar; durante las tres horas pasadas insensiblemente, Castro les proporcionó una confortable ilusión: el único estadista latinoamericano que hasta ahora ha planificado con éxito una experiencia económica socialista, el gobernante que obliga al Departamento de Estado a actuar con Cuba solamente ante situaciones de hecho y sin iniciativa, el revolucionario que ha llegado a la ascesis rompiendo con su clase social, el líder que ha demostrado la terrible soledad que implica el poder fusilando a los amigos que pusieron en peligro el proceso de la revolución o aplicando leyes confiscatorias a la fortuna de su propia madre, era un joven intelectual ansioso de aprender, sólo interesado en que se le comprendiese y estimara.

A veces, se le escapaba cierta acritud. Cuando Lewis Gulick, de la Associated Press, le preguntó dónde había estado el día de la invasión, la repuesta fue cortante: «En la embajada de México», aludiendo al rumor de su asilo difundido por la agencia de Gulick. Cuando le pidieron opinión sobre la situación dominicana posterior a Trujillo, contestó: «Pregúntenselo a la OEA; está mejor informada que yo». Pero los exabruptos iban acompañados siempre de una sonrisa y seguidos de una respuesta complementaria seria y extensa, que conformaba al interlocutor sin darle tiempo para el disgusto.

En esas tres horas, con una dialéctica implacable disimulada por la corriente de simpatía y comodidad física que supo crear entre su persona y los desconcertados norteamericanos, desplegó los temas de la revolución. Todo fue explicado y justificado; cuando el hecho revolucionario negativo era evidente, la dialéctica era abandonada por la franqueza, sin que hubiera una solución de continuidad en la sensación de buena fe que había conseguido crear en el grupo.

«¿Usted sabe que hay censura en los despachos cablegráficos de la prensa?», le preguntó Jean Huteau, de la France-Press. «No tenemos ninguna clase de censura», contestó Castro. (En realidad la hay, y de una clase burocrática muy irritante: la supresión de un despacho no se avisa al remitente.) Huteau le explicó la situación real; en general, podía comprenderse que un país agredido o en pie de defensa estableciera control sobre las informaciones hacia el exterior, pero ese control debía situarse sobre bases justas y previas. La respuesta de Castro fue típica: «Usted tiene razón. No lo sabía, pero eso no puede continuar así. Le prometo que hoy mismo termina y ustedes podrán enviar libremente todas las noticias que deseen». Y después vino el acercamiento de calculada ingenuidad: «Nos faltan todavía muchas cosas, y una de ellas es un servicio de prensa que atienda todos los problemas de ustedes. Me doy cuenta de que es engorroso andar peregrinando por las oficinas públicas. Voy a ocuparme personalmente del asunto».

«¿Usted permitiría que en La Habana comenzara a editarse un diario en inglés?», le preguntó Robert Starkie. «Por supuesto —fue la respuesta—, con una sola condición: que se financie a sí mismo, sin recibir fondos del exterior.»

«Nuestra visa expira el día que regrese la delegación de técnicos agrícolas —explicó el fotógrafo Schutz, en nombre de varios colegas—. ¿Podremos quedarnos una semana más?» «Quédense todo el tiempo que quieran. Hoy mismo daré las instrucciones.»

De ese modo, fue eliminando de la futura versión periodística de la entrevista, toda aspereza. «Sólo les pido que escriban la verdad de lo que hayan oído aquí», les dijo hacia el final, ya seguro de que sólo una burda distorsión de los hechos podía evitar que la crónica de la conferencia de prensa le fuera desfavorable. Y no se equivocaba. Al día siguiente, hasta el *Miami Herald* (feroz enemigo de la revolución) publicaba un deslumbrado editorial de Robert Boyd, hablando del trato cordial de Fidel Castro y de la libertad de acción que el corresponsal había disfrutado en La Habana.

Usualmente, las conferencias de prensa de primer rango terminan cuando la personalidad entrevistada se levanta y aduce que otros compromisos la esperan. La de Fidel Castro terminó cuando los periodistas declararon que no encontraban más preguntas. Entonces, Castro añadió que estaba dispuesto a probar todo lo que había afirmado: las obras revolucionarias, el apoyo popular al gobierno, la estructura de los institutos públicos. «Ahora mismo —dijo, levantándose— podemos ir a comprobarlo, ustedes y yo. Salimos desde aquí, si lo desean.» Yo arriesgué, tentativamente: «¿Por qué no hacerlo mañana, y hacia alguna provincia o hacia Playa Girón?». «Muy bien —dijo Castro—. Mañana iremos.» (Al otro día, a las siete de la mañana, saldría en caravana de automóviles con los periodistas hacia la Bahía de Cochinos y los tendría doce horas trotando tras sus zancadas, hasta que hubieron recorrido todo el teatro de la invasión de abril y visto las casas bombardeadas, el transporte Houston semihundido frente a Playa Buenaventura y hasta los cocodrilos de las ciénagas de Zapata.)

Pero cuando los periodistas se despidieron, no sabían que dos horas después, mientras cenaban en el Habana Riviera, Fidel Castro irrumpiría en el comedor (debía fotografiarse oficialmente con los negociadores) y la conferencia de prensa agotada en el INRA seguiría hasta la salida del sol, prácticamente hasta la hora de la partida para Playa Girón.

Durante esa segunda y abigarrada reunión, donde los asistentes habían crecido hasta el centenar y los relatos de Castro sobre la estrategia militar frente a la invasión o su explicación del fusilamiento de Humberto Sori Marín sólo se interrumpían para que se sirviera una rueda general de café y puros, reflexioné sobre este Fidel Castro y el de 1959, cuando la revolución entró victoriosa en La Habana. Y pensé, escuchando su voz incansable y recordando la reunión de la tarde, la fugaz entrevista en el Monseigneur, los discursos de la televisión, una foto que lo muestra saltando de un tanque en la primera línea de combate de Playa Girón y otra donde aparece abrazado a Jruschov —el dirigente de una de las dos potencias mundiales—, que entre aquel joven guerrillero y este combatido reformador social de hoy, media algo mucho más complejo y doloroso que su primera experiencia de la guerra civil: la maduración de un jefe.

HAEDO LLEGA AL PODER

Quincenario *Reporter*, 22-II-1961

En las elecciones de 1966 el político uruguayo Eduardo Víctor Haedo no obtuvo siquiera una banca parlamentaria y puede decirse que su trayectoria pública ha terminado. Se dedica ahora a la pintura y a los recuerdos, convertido ya en un aspecto del folclore nacional y en un anfitrión cordial e ineludible para los visitantes de Punta del Este. Pero en 1961, cuando escribí esta cover story para una revista, culminaba su carrera de casi medio siglo, donde había acumulado honores múltiples, y estaba a punto de asumir la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno. Durante una semana (y de común acuerdo) conviví con Haedo en La Azotea, en su despacho de consejero, y en sus ruedas de café, en sus paseos por la playa Brava y hasta en las reuniones nocturnas de su círculo íntimo. Él me contó en largas sesiones de charla matinal o mientras flotábamos en su piscina, mucho más de lo que puse en el reportaje. Los datos lícitos, sin embargo, me parece que alcanzan para revelar a través de la personalidad de Haedo y de su formación como hombre público otra realidad más ominosa y fascinante: la del sistema uruguayo de partidos, la del juego que vienen jugando, desde el siglo pasado, blancos y colorados.

En 1957 una comisión parlamentaria uruguaya investigaba en Washington si la supuesta conexión del senador Eduardo Víctor Haedo con el nazismo había llegado a la aceptación de dinero, y una amenaza de desafuero ignominioso, como traidor a su país, pendía sobre la cabeza del hombre, encanecida en pocos meses. En 1961, el mismo enjuiciado de cinco años atrás se apresta a asumir la simbólica primera magistratura del Uruguay y su poder político y personal —omnímodo en círculos cada vez más amplios del sector herrerista— parece haber llegado al punto más alto. El lustro transcurrido entre ambas fechas constituye uno de los más asombrosos ejemplos de rehabilitación política en nuestro medio; su análisis, a través de la contradictoria, astuta y desaprensiva personalidad de Haedo, sirve también para desentrañar paralelamente las curiosas particularidades del sistema uruguayo de partidos.

Posiblemente ningún hombre público de este país haya recibido el fuego graneado de denuestos que Eduardo Víctor Haedo soportó en la última década, por sus actitudes. Primero, desde el diario *El Debate*, cuando en 1953 desafió la autoridad de Luis Alberto de Herrera para encabezar con Daniel Fernández Crespo el disidente Movimiento Popular Nacionalista; después, desde el diario *El Nacional*, cuando abandonó a Fernández Crespo para reingresar al círculo de lugartenientes de Herrera, desplazar en el favor del viejo caudillo nacionalista a su enemigo Ramón Viña, aliarse en forma provisoria con el recién llegado Benito Nardone y vengarse implacablemente de quienes lo habían insultado en 1953. Tomás Castro Bethencourt, el director de *El Debate*, que escribió en un suelto la ya célebre frase: «¡Miserable histrión, las charcas te reclaman!», fue silenciosamente eliminado para siempre del Partido; el diputado Gabito Barrios y otros detractores sobrevivientes debieron humillarse en público para no perder su carrera.

Poseedor de un frío instinto de cálculo, de una singular capacidad de simpatía bien administrada y de una curiosa personalidad donde se combinan la existencia hedonística, la afición a las bellas artes y una fuerte vanidad constantemente estimulada por el halago de su medio ambiente, este veterano político de 60 años parece dispuesto a llenar de algún modo —con progresiva inclinación hacia el autoritarismo según sus enemigos; con las soluciones enérgicas de un caudillo, según sus panegiristas— el acontecer de los próximos años.

Retirado a su residencia La Azotea, en Punta del Este, Haedo aparenta ocupar el tiempo que falta para su asunción presidencial del 1° de marzo en comentadas diversiones veraniegas (natación en la flamante piscina particular, cenas íntimas en el restaurante La Fragata —donde el dueño y presidente del Concejo Departamental de Maldonado, el español Francisco Salazar, le sirve personalmente sus platos favoritos—, discretas apuestas en la ruleta por medio de amigos, *flirts* en el Festival de Cine Europeo). Pero en realidad, ha estado preparando minuciosamente su «toma de poder».

De continuo ha hecho notar que considera la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno como un cargo simbólico y sin atribuciones prácticas, de acuerdo a la Constitución. Pero al mismo tiempo la organización de festejos y los planes que estructura con sus amigos políticos y con asesores privados de muy fino olfato —que han intuido de qué lado puede inclinarse la balanza dentro del gobierno— otorgan desde ya a la simple rotación presidencial del Colegiado el carácter de una verdadera asunción del mando y presentan a Haedo —un consejero con dos años de ejercicio— como el gobernante que recién ahora se viera con las manos libres para poner en práctica un programa.

Hace unos meses, Haedo intentó que la transmisión de la presidencia se llevase a cabo oficialmente en Mercedes, su ciudad natal. La oposición de Martín Echegoyen, más la renuencia del Cuerpo Diplomático a trasladarse en pleno verano a una ciudad de hospedajes incómodos, además de inconvenientes constitucionales, le hicieron abandonar la idea... en parte.

El 1° de marzo, el nuevo mandatario jurará su cargo en Montevideo, pero se trasladará de inmediato a Mercedes con los invitados oficiales que lo deseen (entre ellos, el presidente argentino Arturo Frondizi) para recibir un imponente homenaje público, asistir a un *Te Deum* y concurrir en manifestación popular hasta el cementerio, donde declarará inaugurado un panteón —diseñado por el urbanista Jones Odriozola— que contendrá los restos de su madre, la costurera María Haedo.

Extraoficialmente, aparte de la Comisión de Homenajes mercedaria, otros amigos han estructurado detalles espectaculares para la ceremonia. Un ingeniero está encargándose de que la banda presidencial sea copia exacta de la que usó el presidente Bernardo P. Berro en 1860; el millonario Ángel Bracerías Haedo, familiar del nuevo mandatario y residente en Buenos Aires, ha prometido regalar los cientos de banderas uruguayas y argentinas que decorarán las calles de Mercedes, cuando el hijo de la costurera —que en 1908 las recorría a pie llevando los atados de telas para su madre— encabece la comitiva que se

dirija al Te Deum; Pedro Daniel Baridón, un uruguayo gestor de inversiones norteamericanas y vinculado a propuestas para la construcción del puente internacional entre Colonia y Buenos Aires, ha organizado la venida por vía aérea de un grupo de periodistas de los Estados Unidos.

Paralelamente a estos detalles formales, el futuro presidente y su *entourage* han ido estableciendo una serie de planes de real envergadura, que Haedo se niega a calificar como programa, pero sí como «medidas necesarias para salir de la *impasse*». Los diarios se han hecho eco de una espectacular conferencia de prensa ofrecida en la fortaleza de Santa Teresa, a la que el consejero —acompañado del ministro de Hacienda, Azzini, de subsecretarios, funcionarios del Consejo, diputados y simples cortesanos— fue a pasar una semana «para poner a punto el discurso del 1° de marzo». En esa reunión y en medio de un asado con que homenajeaba a los periodistas, Haedo dejó entrever algunos rasgos del proyecto de reforma constitucional que auspicia, así como detalles sobre la posible creación de un Banco Central.

En realidad, esos y otros proyectos vienen siendo elaborados desde 1960, cuando Haedo adquirió su actual y confesado escepticismo sobre una definitiva unificación del Partido Nacional, por los mismos motivos que Benito Nardone (otro reformista) considera necesaria una modificación del Colegiado que otorgue poder efectivo a su presidente, aumente la duración del período y permita la reelección.

Tanto Nardone como Haedo, dos típicos ejemplos de ambición política exitosa y, a la vez, los dos mejores exponentes de la tendencia conservadora del régimen, no ocultan que la solución reformista está diseñada más bien como solución continuista. Pero mientras Nardone (según lo definió alguien) es «un político de aluvión» llegado inesperadamente al poder máximo sin haber cursado las etapas previas del aprendizaje, Haedo puede ser considerado el político profesional por excelencia. Como todos ellos, ascendió lentamente en las jerarquías partidarias y en la carrera de los honores públicos, sin impaciencia. Que ahora, abandonando su acostumbrada cautela, propugne súbitas soluciones de concentración de poder y de reelección, indica también que su partido ha aflojado los contralores internos y que actitudes tan audazmente personalistas pueden medrar en el medio desorientado, confuso y desunido en que se transformó el victorioso nacionalismo.

Sin embargo esta riesgosa jugada —donde Haedo apuesta todo lo ganado desde su rehabilitación por Herrera dentro de filas, y de la que puede emerger como el jefe civil del herrerismo o liquidarse políticamente como un aventurero sin respaldo de masas— no se explica solamente por las condiciones circunstanciales de la crisis. Hay detrás del hombre que la ha planeado una contradictoria, riquísima e irregular biografía —desde la niñez pobre en Mercedes hasta el refinamiento del chalet en Punta del Este— que añade otros puntos de vista y otras claves para la interpretación del personaje.

«Otra vez de pie para recibir al insigne tribuno», dijo una vez Herrera del senador Haedo, al terminar éste una jornada parlamentaria donde había pronunciado un discurso oponiéndose a la concesión de bases militares a los Estados Unidos. Esa frase y su ca-

lificativo son uno de los secretos orgullos de Haedo, que se considera un brillante orador (opinión que muchos comparten, porque es realmente un buen constructor de períodos redondeados con exacta ubicación de pausas de efecto, al modo de don Emilio Castelar) y dice haber debutado en el género a los 15 años, durante un acto político organizado en Soriano por el Partido Nacional.

Hasta ese momento, la existencia del muchachito de María Haedo había sido una lenta preparación para un destino casi prefijado de mandadero pueblerino a empleadillo público. Criado en un hogar donde tres mujeres solas —bisabuela, abuela y madre— coartaban en cierto modo sus posibilidades, Haedo creció presionado por su situación de niño sin padre. Es interesante observar como su filiación ilegítima —el padre fue un hombre de fortuna, José Eleuterio Roubin, que nunca lo reconoció— condiciona posteriormente hechos de su carrera pública, a medida que asciende en posiciones.

En 1959, al jurar su cargo de consejero, realizó una peregrinación a la tumba de su madre. En esa misma época, habiendo dominado totalmente la orientación de *El Debate* al colocar como director a Washington Guadalupe —uno de sus jóvenes incondicionales, que él recompensa con generosidad— comienza en el diario la publicación de sus Memorias (nunca continuada) con un largo y buen artículo, aparentemente descriptivo de Mercedes a principios de siglo, pero en realidad destinado a glosar la personalidad de la madre y a citar con admiración filial su condición de soltera.

El 1° de marzo, su apoteosis personal como presidente coincidirá con la de la madre, cuyas cenizas serán colocadas en un fastuoso monumento funerario ante el presidente de la Argentina, ministros y casi toda la plana mayor del gobierno nacional. Un lógico sentimiento de frustración por su origen ha sido sublimado en Haedo, hasta transformar un hecho duramente juzgado por determinada moral colectiva en una especie de inspiración espiritual, que se pone al servicio de grandes proyectos, o funciona como una presencia invisible pero vigilante de la madre sobre el hijo. (Haedo guarda como amuleto una postal enviada por María en 1911, y afirma que su simple imposición ha bastado para curar enfermedades en la familia.)

De todos modos, los primeros años fueron duros; hasta que consigue en 1919 un modesto cargo de auxiliar 4° en la Administración de Rentas, sus ocupaciones oscilan entre ser el chico de los mandados en la redacción de *El Diario*, dirigido por Eduardo Ferrería, y el periodismo de lance en *El Progreso*, de Mario Segredo, y en *El Día*. Si se le pregunta a Haedo quiénes ejercieron influencia intelectual o política sobre él, en esta etapa, mencionará al colorado Julio Alberto Lista, director de *El Día* (que le prestó libros, le descubrió a Rodó) y también al colorado Luis Alberto Zanzi, director del Liceo y otro guía de primeras lecturas.

Cuando viene a Montevideo, en 1920, la facundia elegante descubierta a los 15 años le facilita el camino. En 1921 conoce a Herrera y (pese a no ser universitario, porque ha cursado sólo hasta tercer año de Liceo) forma parte del Comité Universitario nacionalista que auspicia la hegemonía del nuevo caudillo. Es en esta época cuando comienza a con-

cretar su actitud política; en 1925 se le encuentra dentro del grupo de Manuel Albo, que el mismo Haedo define así: «Era más bien el sector de élite del Partido, frente a la tendencia populista de Andreoli».

Con todo, la carrera de los honores se mueve lentamente para el joven mercedario. Todavía tendrá que ocuparse en menesteres de segundo plano: secretario del Comité pro candidatura de Ismael Cortinas, secretario del comité pro candidatura de Roberto Berro. Su trayectoria comienza realmente en 1932, cuando consigue ocupar una banca de diputado por Soriano, debuta el día de una interpelación al ministro del Interior Francisco Ghigliani, polemiza en el hemiciclo con Domingo Arena —en ese momento, una gloria viviente del batllismo— y provoca en don Domingo este comentario posterior, confiado a Cayetano de León: «Ayer debutó un joven que va a dar mucho que hablar».

Dos marzos son fundamentales en la vida política de Haedo. El de 1933 lo lleva a acompañar el golpe de Estado del batllista Gabriel Terra y lo transforma históricamente en servidor de una dictadura ambiciosa («lo característico de Terra —dice ahora— era su insaciable sed de poder»), pero le da también el ministerio de Instrucción Pública; es decir, su primera oportunidad de ejercer directamente el gobierno. El marzo de 1959 lo eleva al más alto nivel y, potencialmente por lo menos (si su audaz operación reformista y de captación partidaria tiene éxito) le reserva su objetivo máximo y hasta ahora fallido: la presidencia, pero con poder real.

Una tarde de hace 28 años el presidente constitucional Gabriel Terra penetró de incógnito por una puerta de servicio de la casa de Arturo Puig, y fue conducido a una sala donde ya lo esperaba Luis Alberto de Herrera. Allí, el presidente colorado y el caudillo blanco se pusieron de acuerdo, sin testigos. Mientras tanto, en el Parlamento, otros blancos y colorados debatían airadamente sobre la posibilidad del golpe de Estado y desafiaban al presidente, sin saber que cuando Herrera estrechó la mano de Terra, tomó su sombrero negro y salió de la habitación, la dictadura era un hecho consumado aunque faltaran dos días para el 31 de marzo.

«Luis Alberto no consultó con nadie el apoyo al golpe —dice Haedo— y yo me enteré del mismo modo que los demás diputados.» Y debe ser cierto; en ese entonces el flamante legislador por Soriano circulaba en torno al caudillo como lo hacen ahora, a su propio alrededor, otros jóvenes: el senador Guadalupe, el subsecretario de Obras Públicas Rafael Tognola, el director de los ferrocarriles Carlos Garat o los hermanos diputados Mario y Alberto Heber Usher, que no son hombres de consulta sino ejecutores de órdenes; no asesores de una política, sino instrumentos eficaces de la política que dicta el jefe del grupo.

De todos modos, al precio de colaborar con la primera dictadura uruguaya del siglo, Haedo tiene acceso por fin a los cuadros selectos: después de integrar las Asambleas Deliberante y Constituyente y ser otra vez diputado por Soriano, es nombrado en 1936, a los 35 años, ministro de Instrucción Pública.

Posiblemente pueda radicarse en esa época el origen de una de las características personales que ha permitido a Haedo, entre la turbulencia y la impiedad de la lucha políti-

ca, mantener amigos en partidos e ideologías adversarios: su tentativa permanente de aparecer como mecenas, favoreciendo a artistas y escritores. Hace pocos días, prometió formalmente al director Antonio Larreta, invitado con su Teatro de la Ciudad de Montevideo al Festival Teatral de las Naciones, en París, que el gobierno costeará los pasajes aéreos necesarios. Una pintora conocida durante la fugaz estada de Haedo en México, el año pasado, ya fue incitada a exponer sus lacas en Montevideo y el consejero auspicia la muestra.

Pero estos son rasgos recientes, y la afición de Haedo a las bellas artes, a los escritores y a los cenáculos bohemios se inició durante su ministerio de 1936. «Terra hizo cosas buenas y malas —observa—, pero ahora que las pasiones se han calmado, puede advertirse que las iniciativas que tomé desde Instrucción Pública, ya son inamovibles: el Salón Nacional, la Facultad de Humanidades, la ley de derechos de autor, los cursos universitarios de vacaciones.» Precisamente, a causa de estos últimos se presenta al ministro la oportunidad de realizar los primeros de los innumerables viajes al exterior que irá cumpliendo durante su carrera: para concretar su proyecto, recorre varios países de América y se vincula deliberadamente con hombres de letras y artistas (desde Alfonso Reyes a Benjamín Subercasseaux, desde Parra del Riego a Franz Tamayo) cuya relación seguirá cultivando de allí en adelante.

Estas vinculaciones intelectuales han ignorado los vaivenes políticos de Haedo. Estuviera en su período de baja —insultado diariamente en *El Debate* por orden de Herrera— o recibiendo el odio de manifestaciones obreras que encarnan en su fama de exnazi el símbolo de lo que califican como política represiva y antipopular de este gobierno; abandonando sin una explicación, de la noche a la mañana, a su asociado Fernández Crespo, o rodeado de todos los halagos por la posibilidad de otorgar favores y prebendas que le incorporó el triunfo electoral de 1958, intelectuales de derecha e izquierda han continuado obsequiándole telas con dedicatorias agradecidas, libros recién editados, cerámicas y objetos de arte. En su estudio de la casa en Punta del Este, la mayor parte de la valiosísima pinacoteca de Haedo ostenta, junto a la firma de Cúneo, Augusto Torres o Vicente Martín, una línea cordial de envío o salutación. Carlos W. Aliseris, un pintor que aspira a cierta agregatura en Europa, le obsequió la semana pasada una tela con un Cristo en tamaño natural, pero la mayoría de las obras que el Consejero y su hija Beatriz han acumulado en La Azotea o en el vasto apartamento montevideano de la calle Colonia son envíos no condicionados a ningún favor inmediato.

Así, Haedo aprovechó su ministerio —como todo acontecimiento que le sucede— para aplicarlo al férreo objetivo de prestigio, poder y dominación partidaria que todavía tiene muchos años por delante, pero que él se trazó fríamente al abandonar Mercedes en 1920.

Todo termina; hasta las dictaduras. En 1938 presionado por la opinión pública, Terra debe llamar a elecciones, y Haedo comete uno de los pocos errores de su carrera: apoya al candidato oficialista Eduardo Blanco Acevedo contra el jefe de la policía terrista, Alfredo Baldomir. Éste jugaba la carta de la recuperación democrática y triunfa, al recibir

los votos de la oposición blanca y colorada. Haedo es electo senador, pero un ciclo se ha cerrado. Las fuerzas antimarxistas presionarán cada vez más a Baldomir hacia la eliminación de los resabios de la dictadura y, finalmente, hacia el golpe de Estado de 1940, que barrerá totalmente al herrerismo del Gabinete, clausurará el Parlamento eliminando el factor paralizante que para el Poder Ejecutivo representaba el Senado «del medio y medio» y proscribe del gobierno a los blancos que colaboraron con Terra. (No a los colorados, porque el ministro de Hacienda de aquel dictador, César Charlone, es el vicepresidente del nuevo hombre fuerte.)

Pero Haedo no asiste a todo este proceso. En el mismo año 1938 ha emprendido una gira de conferencias por Europa, donde su condición de exministro le abre muchas puertas y allí, en compañía de Terra (que también ha partido a un exilio voluntario) alterna en el Estoril con Alfonso de Borbón y en otras capitales con figuras de primer plano. Se le ha privado del ejercicio directo del poder, pero conserva por lo menos una cabecera de puente en el Parlamento y no tiene apuro. «El tiempo trabaja para mí», confió a un amigo en esa época.

Dos años pasan pronto. En 1942, la elección del presidente Juan José de Amézaga consolida las instituciones y confirma al coloradismo en el gobierno. Haedo ha sido reelecto como senador y ya integra, por derecho propio, el círculo dirigente de su partido. Todavía no es uno de los grandes bonzos, y Herrera se refiere a él como «este muchacho Haedito», pero tampoco conviene mucho aparecer a la cabeza. Se está en guerra contra el Eje (aunque el Uruguay es neutral) y el herrerismo se ha convertido en blanco de los sectores pro aliados, por considerársele simpatizante de las potencias fascistas. De esos años nace la acusación de nazi, que recae sobre Herrera y sus lugartenientes.

Hoy, a tantos años del eslogan «Herrera a la cárcel y clausura de *El Debate*», que el partido Comunista popularizó, Haedo aporta un ángulo distinto para examinar el asunto: «Yo nunca fui nazi. Por el contrario, simpatizaba con los aliados. Herrera sí, era germanófilo. Cosa curiosa, por otra parte, dada su formación británica. En cuanto a mí, puedo decir que estuve con Hitler solamente en una oportunidad. Nuestro cónsul Virgilio Sampognaro me lo presentó en Nüremberg, durante un desfile. De la misma manera conocí a Mussolini, en Italia. Pero yo discrepaba con sus sistemas».

Lo que Haedo no niega es su simpatía por la España de Franco. Después de elegírsele senador por primera vez, en 1938, su viaje a Europa coincidió con la guerra civil española. Haedo cruza de Portugal a España, para establecerse por unos días en Burgos, donde el general Queipo del Llano dirige la Junta rebelde. Allí se hace de nuevos amigos: el conde Agustín de Foxá (un gran señor, que fue su modelo oratorio y, en cierto modo, de estilo de vida), Serrano Sunyer, que le ofrece una cena, y otros. A Franco lo conocerá recién después de la guerra, en Madrid. En los posteriores viajes a Europa, España será una escala obligatoria tanto para Haedo como para Beatriz, y se les recibe siempre como viejos amigos. (Un reportaje del *Diario de Barcelona* a Beatriz, en 1949, la cita como «hija del senador Haedo, que ya estuvo en España y cuyo hispanismo es de todos conocido.»)

En esta materia, la posición de Haedo es tan consistente y lógica como todos sus actos, si se los examina en perspectiva y con la clave de su agudo sentido de la permanencia y el oportunismo. No es casual que en 1961 abjure de declaraciones o hechos que lo vinculaban a dos regímenes fascistas ya desaparecidos, pero mantenga intacta su adhesión a otro fascismo sobreviviente, y que su antiyanquismo de 1943 se haya convertido hoy en una gestión de gobierno caracterizada por una extremada cordialidad con los criterios norteamericanos sobre América Latina. Casualmente, además, Franco y los Estados Unidos son aliados cada vez más firmes.

En 1943, Haedo había cumplido espectaculares jornadas parlamentarias en el Senado, interpellando al canciller y al ministro de Defensa Nacional sobre el establecimiento de bases militares estadounidenses en suelo nacional, y emocionó a la barra con una brillante defensa del concepto de soberanía. Pero la semana pasada, recordando el episodio, comentó: «Todo aquello fue el aprovechamiento político de una situación. Ahora que he visitado los Estados Unidos, me doy cuenta de que es un pueblo admirable, con un profundo sentido de la solidaridad hemisférica. Esa gente vive preocupada por nosotros. Le dije a Eisenhower: “De los millones que todos los años nos envían para armamentos, destine unos pocos a fomentar el intercambio de personas, para que los conozcan mejor a ustedes”. Me di cuenta de que en todo lo de las bases y la defensa, eran sinceros. Estaban preocupados por nuestra debilidad y querían fortalecernos».

«Uno de sus rasgos —ha dicho un agudo correligionario suyo, cuando se le pidió opinión sobre Haedo— es el de no dejar que se herrumbren sus ideas.»

Hacia 1950, el exmandadero de Soriano puede mirar hacia atrás con satisfacción y hacia adelante con optimismo. Está cumpliendo su cuarto período como senador, es una personalidad partidaria y hasta ha eliminado los problemas económicos: en 1947, con el entero 8007, obtuvo el premio mayor de la lotería —medio millón de pesos— y una juiciosa colocación le asegura rentas vitalicias.

Entonces, a mediados de año, conversa con Andrés Martínez Trueba, durante la reunión de un tribunal de honor (en el Uruguay, los duelos son las mejores oportunidades para hablar cordialmente sobre política) respecto a una posible reforma constitucional que implantara el Ejecutivo colegiado. «No estoy ni a favor ni en contra —contestó al planteo reformista de Martínez Trueba—. Cuando me preguntan si quiero un Chrysler o un Ford, no sé contestar. Lo que quiero es un automóvil, eso sí. No me importan el colegiado o la presidencia. Lo que quiero es que mi partido tome el poder.» Sin embargo, promete al dirigente batllista que hablará con Herrera y que él, Haedo, apoyará personalmente la iniciativa. Pero esta decisión no se originaba porque sí; Haedo tenía una tesis: «Con la presidencia, con el unicato, los blancos no podíamos llegar al poder. Pero si aceptábamos el Colegiado, formando en el peor de los casos una minoría de consejeros, ya estaríamos dentro del sistema que queríamos suplantar, precisamente. Mi teoría es que el Colegiado —tal como lo proyectaba Martínez Trueba— llevaba en sí su propia destrucción. Trabajando hábilmente, una minoría puede paralizar la acción gubernativa. Eso fue lo que le hi-

timos al quincismo desde 1954, derrotándolo y quedando capacitados para ganar la elección. Y eso es lo que pasa también en el actual gobierno, donde las minorías y las mayorías se han invertido, pero donde el obstruccionismo y la dilución de responsabilidades anula la efectividad del Poder Ejecutivo».

Según Haedo, cuando comunicó a Herrera la entrevista con Martínez Trueba, el jefe civil le indicó que siguiera adelante con las conversaciones y adelantara la opinión herrerista favorable a la reforma. «Actué unos días —añade— pero la parte técnica del acuerdo quedó a cargo de Alvaro Vargas Guillemette por Herrera, y Agustín Minelli por el batllismo. No consideré buena la solución que salió de allí, aunque el texto aprobado fue por lo menos un paso adelante.»

Las candidaturas herreristas para el primer Colegiado «fueron designadas por Herrera», según Haedo. Para el segundo, con las elecciones cercanas, las cosas cambian en 1953. Ya hubo una oportunidad para los veteranos: Berro, Echegoyen, Vargas Guillemette han sido consejeros y el Colegiado permitió que el partido Nacional obtuviera una parte del gobierno, por lo menos. Ahora, la generación siguiente considera llegado su turno.

Daniel Fernández Crespo por un lado y Haedo por otro —ambos con iguales objetivos de poder— proponen el sistema de listas múltiples, donde Herrera encabezaría cada lista con su nombre y su retrato. «Pero Herrera siempre fue inflexible —define Haedo— y su política era halagar y despreciar, alternativamente.» En este caso, el caudillo se niega a discutir las candidaturas en listas múltiples. Habrá una sola lista, dictamina, encabezada por Herrera junto a quienes él disponga.

Aunque sordamente, la rebelión estalla. Ya Haedo había dejado, meses antes, que un grupo de amigos editara el periódico *Brecha* y sostuviera su probable candidatura; Herrera le había sugerido que desautorizara a *Brecha*, «pero yo me hice el sordo», dice ahora. Cuando llegó el momento de estructurar la fórmula herrerista para el Consejo Nacional de Gobierno, los «jóvenes» fueron nuevamente radiados. «Ya les llegará el turno», los consoló Herrera.

Entonces Luis Puig, un hombre muy respetado dentro del herrerismo y al que una gran fortuna personal otorgaba independencia política, propuso a Fernández Crespo y Haedo la unificación de sus aspiraciones en torno a una lista disidente. Otros dirigentes del herrerismo —Salvador Ferrer Serra, Carlos M. Penadés, Faustino Harrison— prometieron su apoyo. Había nacido el Movimiento Popular Nacionalista.

Ni sus propios creadores sospechaban el éxito electoral que obtendrían. En determinado momento, el MPN pareció representar las ansias renovadoras de la masa partidaria, anquilosada detrás de la dirección autocrática de Herrera pero consciente de la urgencia de un cambio. Cuando finalizó el escrutinio de las elecciones de 1954, la victoria dentro del lema (porque una Convención, contra la voluntad de Herrera, había confirmado al nuevo grupo la facultad de usar el lema Partido Nacional) se le había escapado por una cifra relativamente pequeña. Daniel Fernández Crespo, primer titular, ingresaba al Consejo Nacional de Gobierno; Haedo y Ferrer Serra al Senado. Se obtenía además un

notable número de bancas en el Parlamento y en las Juntas Departamentales, y la minoría en el Concejo Departamental de Montevideo.

Pero un año después de que sus hombres ocuparan esos puestos, la opinión general era la de que no todo marchaba como se había esperado. Fernández Crespo, una figura de gran prestigio en el ámbito municipal, comenzaba a aparecer excesivamente formalista y opaco en el Poder Ejecutivo nacional. Al mismo tiempo, la respuesta que el herrerismo no había encontrado en 1953 para las nuevas corrientes de opinión, comienza a estructurarse (fuera de filas, pero ineluctablemente destinada a combinar sus fuerzas con las herreristas) en el movimiento de la Liga Federal de Acción Ruralista, creada por el periodista colorado Benito Nardone.

Haedo, desde su quinta senatorial, constata todo. Ha sido cruelmente insultado por *El Debate*, manoseado no sólo en su conducta política sino también como persona privada. «Pero nunca consiguieron arrancarme un exabrupto», dice sonriendo. Y una mañana, los diarios traen una noticia sensacional: Haedo se ha reintegrado al herrerismo, abandonando al MPN. Una vez más, el frío calculador ha sopesado posibilidades y previsto consecuencias. La noche anterior, su amigo Juan Carlos Raffo Frávega lo había llamado por teléfono: «Haedo, el Viejo está muy enfermo y quizás no pase la noche. Te lo aviso para que decidas qué hacer». El disidente que había abandonado al caudillo por una candidatura, meditó largas horas. Dice que pensó: «¿Y si este hombre desaparece esta noche, quién me exculpa? ¿Cómo retira las atrocidades que mandó decirme?». No había tiempo ni de consultar con Fernández Crespo. Tomó el teléfono y avisó a la quinta de Herrera que iría a ver al jefe civil, con la única condición de que pudiera entrevistarle a solas. Llegó cerca de medianoche y se le hizo pasar a la alcoba donde Herrera reposaba entre almohadas, inverosímilmente enflaquecido y débil. «Hacía dos años que no me veía —relata ahora—. Me miró y dijo: “Haedo, Haedito... ¡Qué canoso estás!... ¡Cómo has envejecido!”. Me acerqué, le di un abrazo y me besó en la frente.» Después, Herrera tomó sus disposiciones: «Haedo, tenés que salir con este mozo Nardone por toda la campaña, hablando junto a él y vigilándolo. Si lo dejamos solo, se nos queda con el partido. Empezá mañana mismo. *El Debate* queda en tus manos». E hizo que lo comunicaran con el atónito Castro Bethencourt: «Haedo va para allí. Hagan lo que él disponga».

Fernández Crespo y sus compañeros del MPN se enterarían recién a la mañana siguiente, por los diarios. Haedo no volvió por la sede ni les dio nunca ninguna clase de explicaciones.

El período previo a las elecciones de 1958 está poblado de los rechazos, las atracciones y los incidentes que el cuerpo extraño del ruralismo —receta aún no probada, que mezcla a blancos y colorados bajo la dirección de un charlista radial sin experiencia política anterior— ocasiona al injertarse en el tronco del herrerismo. Prácticamente desde la nada, Nardone salta al segundo puesto de la fórmula electoral, a continuación del propio Herrera, y deja tercero a Haedo. Nardone hace su juego: especular con el aporte de su fuerte electorado de la clase media rural. Pero Haedo no protesta, y sabe muy bien por qué. En

una combinación donde Nardone contribuye con esos contingentes y su mística de «marchar sobre Montevideo», y Herrera con su medio siglo de caudillismo y la estructura monolítica de su despotismo partidario, el disidente del MPN convertido en hijo pródigo no puede allegar más que su buena suerte. «Yo no tengo votos —dirá más tarde— sino amigos. Mis amigos tienen los votos.»

Cada uno de estos tres hombres especula sobre las limitaciones de los otros dos. Pero el de menor aporte en el capital social es el que posee más posibilidades, sin embargo. Herrera tiene en contra su avanzada edad; Nardone, su inexperiencia política y la heterogénea composición de su Liga Federal, que requiere remiendos y calafateos cada pocos pasos. Haedo, en cambio, está con las manos libres: ni electorado que cuidar o convencer, ni problemas de conservar preeminencias que todavía no ha adquirido.

Y, sutilmente, sin aparentar que es su mano la que maneja los hilos, promueve el distanciamiento entre el caudillo y el tercer socio. A pocos meses de las elecciones y de acuerdo a la voluntad omnímoda de Herrera, Nardone pasa en los editoriales de *El Debate* de «gran ciudadano y patriota» a «intruso», «comadreja colorada» y otros epítetos. Pero, increíblemente, el así insultado no se aleja; la fórmula electoral no se deshace porque los enemigos son importantes: el batllismo socialista y la Unión Blanca Democrática, competidora en la obtención de los sufragios nacionalistas.

Pocos meses después del triunfo y apenas tomado el poder por el Partido Nacional, Herrera muere, quemado por la ardorosa campaña previa a los comicios. Haedo queda solo frente a Nardone, en la disputa por la herencia política del viejo caudillo. Pero antes, tendrá que pasar por otro marzo crucial.

En 1933, un golpe de fuerza había franqueado a Eduardo Víctor Haedo las posibilidades de la carrera política. En 1959, la amenaza de otro golpe de fuerza está a punto de interrumpir su carrera, cuando ya tiene casi todo y presente que el resto caerá en sus manos. Discusiones bizantinas entre los sectores blancos por la composición del gabinete hacen que hasta las 13 horas del 1° de marzo, con los nuevos consejeros listos para jurar sus cargos y la Asamblea General ya instalada para oír los discursos inaugurales, no hayan sido nombrados los ministros. Mientras una comisión de entendimiento (que Haedo integra en representación de Herrera) se reúne febrilmente, militares colorados están ofreciendo al presidente Carlos Fischer un golpe de Estado continuista. Confuso y ambiguo, este episodio deberá ser bien informado algún día. Hace unos meses, Nardone lo aludió en su audición radial y prometió hablar «en su momento». De todos modos, se sabe que el presidente Fischer, repudiando las insinuaciones, dio seguridades a Haedo, en nombre de Luis Batlle Berres, de que el mando sería transmitido normalmente. Por fin el Gabinete es designado, pero los generales no ceden. Al comenzar el desfile militar, con los nuevos gobernantes en los balcones de la Casa de Gobierno, el inspector general del Ejército quiebra la tradición y envía los tanques adelante, en la formación de la caballería motorizada. Desde los balcones de la Casa, los periodistas advierten que los camiones van cargados con cajas de proyectiles, y alguien trae la noticia de que los tanques llevan colocadas cintas de

municiones en su artillamiento ligero. Pálido y exhausto, el nuevo presidente del Consejo, Martín Echegoyen, se retira del balcón; el Inspector General del Ejército es llamado a su presencia, en una salita interior. Allí, mientras las fuerzas siguen desfilando, se le quita el mando y en el acto se nombra un nuevo jefe.

Todo ha pasado en escasas dos horas y casi nadie, entre el público y los invitados de la Casa de Gobierno, se ha dado cuenta. Pero, por un angustioso lapso, las instituciones del país han estado en manos de un general ofuscado y de un hombre anciano, fatigado y valeroso.

Este segundo marzo, que tampoco lo tuvo de protagonista en la instancia fundamental (siempre es la generación anterior, la que se juega y decide) termina de aleccionar a Haedo sobre dos puntos casi incontrovertibles: 1) no hay una unidad nacionalista que proteja a los gobernantes contra una inesperada solución de fuerza; 2) el Colegiado es un sistema de debilidad intrínseca.

Sobre esos dos supuestos se basará, si se observa con atención, toda su gestión en el Consejo. Sus iniciativas no han apelado nunca a la unidad de los blancos, sino que funcionan para sectores o casos aislados; su actuación es individualista y despreocupada del Cuerpo que integra.

En estos dos años de consejero, los episodios espectaculares que protagonizó han sido diversos: un intento de juicio político por haberse ido a las Naciones Unidas sin venia parlamentaria, una satírica conversación con Jruschov, en Nueva York después de haber obtenido el triunfo diplomático de que el primer ministro soviético asistiera a una recepción organizada por Beatriz; una declaración internacional, afirmando que evitó, mediante gestión personal, la guerra entre Brasil y Argentina; un insolente viaje a Asunción, para rendir homenaje al dictador Stroessner; un presunto y muy fotografiado romance con una actriz cinematográfica española. Pero quienes conocen a Haedo saben que todo eso —que alternativamente divierte o indigna a los lectores de diarios— es parte de un permanente plan publicitario. «Que hablen mal de mí, pero que hablen», dijo hace poco a un periodista, pidiéndole una mención en su diario.

Este veraneante de boina blanca —otro detalle publicitario— y *shorts* multicolores, que posee en un chalet abierto a todo visitante objetos de arte por valor de un millón de pesos pero pide fiado a los heladeros de la playa Brava, urde esas extravagancias como cortina de humo para un antiguo y calculado propósito: ser el jefe del partido Nacional, ser (realmente, y sin compartir honores o responsabilidades con nadie) el gobernante del Uruguay. Está esperando por ello desde 1916, cuando pronunció su primer discurso político. Y un error cometido por muchos —algunos ya lo están pagando con el ostracismo político— es el de subestimar su implacable decisión de alcanzar esa meta, el de sustituir una real comprensión del hombre por la burla o el desdén. Astuto, desasido de toda consideración personal que esté en conflicto con sus designios, suficientemente culto y ajetreado como para no creer en los grandes (y a veces huecos) conceptos de la política tradicional, Haedo no es el histrión que apuntó el desafortunado Castro Bethencourt, ni el

insigne estadista que quieren los editoriales del incondicional Guadalupe, en *El Debate*. De formación conservadora y derechista, tiene la suficiente flexibilidad como para dialogar demagógicamente con las masas: desaprensivo como para abjurar hoy, sin un pestañeo, de lo sostenido ayer, se ha desplazado cómodamente desde el nacionalismo oribista y el anti imperialismo, a la alianza complacida con la estrategia continental estadounidense; peligrosamente cordial, nunca ha provocado una fricción con su rival Nardone, pero éste sabe como ha ido minando su posición dentro del herrerismo y dentro del gobierno. Aficionado a la buena vida, puede presentarse como un político maduro y decepcionado, sensible a la belleza y secretamente ascético, para el cual el ejercicio del gobierno es algo sucio, obligatorio pero secundario, y las regiones de la especulación intelectual lo único respirable. Hace unas semanas, Fidel Castro confió a un visitante uruguayo: «Ustedes tienen en Haedo a uno de los cerebros más lúcidos de América». La periodista Alicia Behrens, que lo entrevistó en La Azotea, escribió después estas fascinadas impresiones: «Era difícil de asociar el hombre con su morada; la alegría, el sensualismo y la exuberancia vital del dueño con el carácter monacal de la vivienda. Me tuve que alejar sin llegar a saber si esa contradicción había que interpretarla como las dos caras, sinceras, ambas, de una doble personalidad; como la ilustración de una lucha entre lo que es y lo que desea ser, de un anhelo de librarse de las apetencias mundanas para ingresar en una vida espiritual, o como la lenta sustitución de la real, íntima y auténtica personalidad, desplazada por la personalidad pública».

Aparentemente, tanto Castro como Alicia Behrens se equivocaron, atrapados en los signos exteriores que Eduardo Víctor Haedo crea para uso de sus observadores. La realidad no es tan ditirámica ni tan compleja. Rodeado de sus cuadros y su colección de fotografías de Herrera, asistido por la extraordinaria dedicación de una hija y secretaria que ya forma parte de su leyenda, envuelto en una atmósfera de empalago cortesano como no se veía desde la primera presidencia de Luis Batlle Berres, el hombre de la boina blanca alberga un secreto simple y decisivo: llevar al hijo descalzo de la costurera María Haedo al lugar que ocuparon Luis Alberto de Herrera y, antes, Aparicio Saravia. Solitario en medio de quienes lo rodean, el hombre de la boina blanca aun busca el camino. Cuidado, porque para él —como gusta decir con su cita preferida de Ortega y Gasset— «toda institución es un mero instrumento que, a fuer de tal, sólo puede ser justificado por su eficacia».

EL DÍA QUE ENTERRARON A HEMINGWAY

Quincenario *Reporter*, 23-VIII-1961

Había estado varias veces en Cuba, después de 1958, pero nunca se me ocurrió intentar una entrevista con Ernest Hemingway, que vivía a quince minutos de auto de La Habana Vieja; quizás porque la realidad de esos meses era más absorbente que sus novelas y en aquella época presenciar la Historia era más atractivo que leer Literatura. Una vez lo observé desde una mesa contigua en el Floridita: sanguíneo, con un rastrojo blanco de la barba que volvía a dejarse y con una camisa a cuadros blancos y rojos, escuchando la cháchara de unos interlocutores cubanos en un silencio que estaba lleno de poder. Esa noche advertí que vivía en la misma ciudad que Hemingway y pensé: mañana telefonearé a alguien para que me presente. Después olvidé la idea y pasaron años.

Cuando se mató, en 1961, yo había vuelto a La Habana. Entonces me fui al Floridita a tomar un daiquiri, y a la segunda vuelta consideré que todavía estaba a tiempo para conocer a Hemingway. Al día siguiente me llegué hasta Cojimar y pagué la visita postergada. Al principio, no fui con la intención de escribir una crónica. La decisión surgió después de hablar con Gregorio, con Juan Torres y con René; los tres me revelaron algo que debía ser comunicado.

El sol caía a plomo sobre la arena gris de Cojimar, donde la resaca deposita trozos de madera de extrañas formas esculpidas por la Corriente del Golfo. Gregorio hizo visera con la mano sobre sus ojos grises —no sé si para evitar el sol o para ocultar la emoción— y señaló hacia la figura lejana y solitaria que estaba pintando una barca sobre la playa. «Aquél es Chago —me dijo—. Papá lo tomó de modelo para escribir el libro sobre el viejo que perdió la mejor pesca de su vida.»

Como si lo hubiéramos llamado, Chago levantó la cabeza y saludó con la mano a Gregorio. Todo el mundo conoce a Gregorio en Cojimar. Bajo el sol del mediodía descendí por la pendiente de la única calle pavimentada del pueblo, buscándolo. De la cooperativa de pescadores al viejo fuerte español, desde el muelle donde los muchachitos se zambullen a buscar centavos que arrojan los turistas hasta La Terraza (el bar donde Papá ordenaba sus daiquiris) pregunté simplemente por Gregorio, sin necesidad de agregar ningún apellido. Gregorio había estado allí, por supuesto, como todas las mañanas; pasó temprano por la cooperativa; lo llamaron para que viera la aguja (pez espada) traída por un chico que recién comienza «a salir»; alguien le oyó decir que a mediodía lo encontrarían en lo de Juan Torres, en la bahía. «Gregorio anda raro —me informó el dueño de un bar, sirviéndome el café de tres centavos—. La muerte de Papá ha quebrado a ese hombre.»

Desde 1939 la vida de Gregorio giraba en torno a Papá y su yate «la» *Pilar*. Fuera de Cojimar Papá era Ernest Hemingway, el más famoso de los novelistas contemporáneos, estudiado ya en vida como un clásico de la lengua inglesa. Pero aquí, sobre la arena gris donde Chago pinta su barca, todos conocían a Papá como a un americano barbudo y cordial, amigo de las grandes ruedas de tragos, tan sabio en materia de batirse con una aguja

durante horas como Chago y tan versado en palabrotas cubanas como cualquiera. Pocos sabían que la *Pilar*, con su esbelto casco negro y aparejos para pesca de altura que sólo Gregorio y Papá podían manejar, había sido bautizada así en recuerdo de una guerrillera española que Papá conoció en el frente de Extremadura y dejó viva para siempre en una novela, pero todos estaban de acuerdo en que muy pocas barcas profesionales, desde el Morro hasta Varadero, se le igualaban en resistencia y rapidez. Y Gregorio, al que todos respetan en Cojimar, se ganó esa estimación por dos condiciones envidiables: era el mejor amigo cubano de Papá y era el patrón de la *Pilar*.

Elegí este bochornoso mediodía de julio para hablar con Gregorio porque hoy, en el valle de Ketchum, allá en Idaho, están enterrando a Papá, que hace unos días se puso el cañón de un rifle de caza en la boca y apretó el gatillo, destrozándose la cabeza.

En Kenya, en París, en Nueva York y en Madrid hay gente que bebió mano a mano con Papá, gente que lo amó y que él quiso. Seguramente algún guía indígena o Marlene Dietrich, o Dominguín, o Picasso, o William Faulkner estarán pensando hoy en Hemingway, sin poder explicarse por qué se mató. Pero aquí en Cojimar también los amigos humildes bajan la mirada o se quedan mirando el mar, cuando les hablo del viejo pescador americano. Aunque los rifles mejores estaban en Sun Valley y los cuadros de Picasso en el apartamento de Montparnasse, Papá dejó en Cuba a la *Pilar* y en su finca de San Francisco de Paula están todos sus libros y las chaquetas de caza, y en la pared del estudio cuelga la piel del león que *miss Mary*, la esposa, mató en África. Miss Mary (todos la llaman así, como cuando sólo era secretaria de Papá) dijo a un periodista después de la muerte de su marido: «Tengo que volver a Cuba. Allí está nuestra casa y todo lo que teníamos.»

Y tal vez Miss Mary no se refería solamente a las cosas materiales; también aludía a la fidelidad de Gregorio, a las manos callosas de Chago (que sustituyeron en los primeros planos a las de Spencer Tracy durante la filmación de *El viejo y el mar*), al canto de los gallos de riña alojados en las grandes jaulas que bordean la finca, a los daiquiris que esperaban ya servidos sobre el mostrador del Floridita, en La Habana, cuando Papá y Miss Mary aparecían en la puerta saludando a Gustavo, el barman, y Hemingway dejaba la gorra de béisbol sobre su propio busto, instalado en el bar por admiradores después que obtuvo el premio Nóbel.

Sobre el muelle yace otra cabeza destrozada: la de un pez monstruoso, con un ojo vaciado que derrama su masa cristalina sobre las tablas y la dura aguja frontal cubierta de moscas. «Esta fue pescada hoy temprano —dijo Gregorio—. Es de las más grandes. A Papá le hubiera gustado.»

Los negritos se han ido a la Tienda del Pueblo, a comprar papayas con mi moneda de medio peso que rescataron del agua, y Gregorio me convida a bajar hasta la playa.

Las barcas tienen nombres que vienen de otras edades: *Xaripa*, *Guanahabibe*, *Carabali*, *Chinona*. Chago pinta lentamente; su barca es blanca y ahora ha comenzado a cubrir de rojo la quilla. Nos sentamos en una roca y desde un barcito de la playa, donde los milicianos han dejado las metralletas debajo de sus sillas mientras juegan a los dados, viene la canción de un *juke box*:

*Al que asome la cabeza
duro con él,
Fidel, Fidel
duro con él.*

Gregorio se quita el *jipi* y se enjuga la frente. Después habla hacia el mar verdiazul y hacia los torreones del fuerte, que parecen de azúcar bajo el sol: «Lo conocí alrededor de 1930. Era la época de Machado y mucha gente alquilaba las barcas. Las barcas se usaban para muchas cosas. Yo pescaba. Esa vez salimos con un cargamento y tuvimos un contra-tiempo.»

Es inútil preguntar a Gregorio qué clase de cargamento. En el lento monólogo los recuerdos se mueven turbiamente. Como todo viejo hombre de mar, Gregorio está lleno de misterio. La época sombría de la dictadura de Gerardo Machado sugiere historias de exiliados, fugas. Lo que importa es que Gregorio fue el patrón (él dice «capitán») de una embarcación que quedó sin agua potable en medio del golfo de México. A esta altura de la evocación Hemingway ya no es Papá; ha perdido su apodo y Gregorio lo menta por el pronombre respetuoso, como se debe hacer con los difuntos.

«La corriente nos llevó hacia los cayos y entonces encontramos un yate, con un grupo de americanos ricos que andaban pescando. Él estaba a bordo. Nos dieron agua y navegamos despacito, juntos, hasta una caleta. Los americanos tenían una casa en la playa. Él se había hecho muy camarada conmigo, y parecía que los amigos lo tenían aburrido. Al otro día, cuando estábamos aparejando para irnos, vino y me preguntó si podía llevarlo hasta Cayo Hueso, donde vivía. Lo llevé. Hablábamos en español. Él sabía mucho de pesca.»

Uno se imagina a los dos durante la lenta navegación, hablando de las cosas elementales que duermen en todos los hombres: el mar, la lucha sigilosa y eterna con el pez, la sed que da el océano, el arte inmemorial de las velas. Gregorio todavía no había aprendido a firmar su apellido; Hemingway ya había conocido a Gertrude Stein en la librería de Silvia Beach, en París, había sido el joven mimado de la generación perdida y había escrito *The Sun Also Rises* y *A Farewell to Arms*. Gregorio dice que hablaron solamente de pesca, pero en esas dos noches el pescador debe haber comunicado algún secreto fundamental al hombre que huyó de París y Nueva York para vivir en los áridos arrecifes de Cayo Hueso. Poco tiempo después Hemingway vino a Cuba, a buscar a Gregorio.

«En todos esos años —dice Gregorio— supe que andaba preguntando por mí. Había estado en Cojimar, pero no me encontró. Otra vez, en 1937, me dijeron en Regla que había dejado un recado para que fuera a verlo al Hotel de Ambos Mundos, en La Habana. Pero yo andaba navegando en un barco grande de Connecticut, como maquinista. Fui a Shanghai, fui a Hamburgo, fui a Buenos Aires. Creo que no hay puerto que no conozca. Hasta que al final me encontró. Mi barco estaba atracado en el muelle San Francisco, aquí, en La Habana, cuando él subió a bordo una mañana y me dijo que había comprado un yate y quería que yo fuese el patrón.»

Gregorio ganaba como maquinista mucho más de lo que Hemingway le ofrecía, pero no se negó. Puso como única condición la de que el capitán fuera consultado. Era a me-

diados de 1939 y se sabía que iba a haber guerra. El capitán, comprensivo, dio de baja a Gregorio.

Una gran fotografía en el estudio de San Francisco de Paula muestra a la *Pilar* navegando a toda marcha, sus aparejos de pesca desplegados. Hemingway, con las piernas sólidamente separadas, se sostiene de un cable. Gregorio va al timón y mira sonriendo hacia su amigo. Quizás esta comunión, sellada por el mar, fue lo que Hemingway anduvo buscando durante años, mientras trataba de encontrar a Gregorio. ¿Quién dio más: el pescador o el hombre que aprendió literatura en París?

El astillero de Juan Torres, en Regla, es una playa pequeñita, cuya arena ha sido sustituida poco a poco por el barro y los cascotes. Enfrente se levanta la refinería que Fidel Castro expropió a la Standard Oil y el agua está cubierta de manchas iridiscentes de petróleo. Juan Torres es un anciano que ha enviudado. Corpulento y rubicundo, de poblada cabellera blanca, circula despóticamente por sus posesiones. Vestido con una guayabera immaculada, gruñe sus órdenes al peón encargado del motor que mueve el «dique seco» (una herrumbrosa armazón de rieles en forma de v) o a la vieja mujer que cocina para el personal del astillero. Dolores, la hija de la cocinera, está encinta y ha dicho melancólicamente que no sabe de quién. Después del almuerzo viene a sentarse en la playa sobre el casco de un bote carcomido, y Juan Torres la echa con un rezongo. Dolores suspira, entornando los grandes ojos de gacela, mientras vuelve a la cocina arrastrando los pies descalzos.

En una pequeña casilla azul vive un peluquero que afeita a Juan Torres a cambio del alojamiento y también le sirve de chofer para el anticuado Chevrolet. Pero ahora el peluquero está internado en un hospital de La Habana, enfermo de cáncer para morir. Antes de dejar su casilla la cerró con candado, pintando para sus parroquianos sobre la puerta, con insegura caligrafía: «Clínica laS mercedeS». Juan Torres debe ir a Regia para afeitarse y ya no tiene con quien conversar. Se sienta en la playa, sobre el bote que dejó Dolores, y mira hacia la *Pilar*, que se mece suavemente amarrada a una boya. También para Juan Torres, Hemingway ha perdido el nombre.

«Desde que él compró la *Pilar* —dice Juan— siempre la dejó aquí para los arreglos. La última vez que estuvo, el año pasado por esta fecha, subió a bordo y se llevó unos libros de la cabina.»

La insinuación de remar hasta la *Pilar* solivianta a Juan Torres: «Él tenía prohibido que nadie subiera al barco. Ni yo mismo. Sólo Gregorio. Ahora no puedo ni siquiera moverlo de ahí. Hay que esperar a que venga Miss Mary».

Aquí no hay mar azul, ni barcas blancas, ni olor a pescado fresco. Hasta el pequeño mundo de Juan Torres se llega por un camino de tierra donde apenas cabe el automóvil, rozando matorrales y árboles polvorientos deformados por el viento. Este es el fondo de la bahía de La Habana, donde se pudren viejos patachos, una cañonera fuera de servicio y gabarras semihundidas. El casco negro y airoso de la *Pilar*, con su cabina de teca amari-

lla, parece más vivo que el solitario anciano adormecido al sol. Allá en Idaho, Hemingway se pegó un tiro en la cabeza y hoy lo enterraban, pero la *Pilar* en el astillero herrumbroso otorga un sentido a la existencia de Juan Torres, el viudo.

El letrero dice: «No se reciben visitas sin previa cita» y el portón de postes blancos se cierra con una gruesa cadena y un candado. A una cuadra queda la avenida comercial del barrio de Luyanó, en el paraje San Francisco de Paula. La avenida está llena de tránsito, pero en la callecita que conduce hasta la finca El Vigía, de Ernest Hemingway, es apacible y discreto. Sobre los setos cae hacia afuera el follaje de los robles y los pinos del parque. La mirada se pierde en una espesura de verdes y sombras que parece no tener fin. Hemingway compró esta finca en 1939, con las ganancias de su novela *Tener y no tener*.

Las casitas de la calle son de madera, pintadas de rosa y azul. En un porche, un viejo de bigotes enhiestos, un mambí típico, se hamaca despaciosamente fumando un puro. Durante varios minutos observa mi desaliento ante el portón clausurado; después, me transmite el secreto, del que evidentemente se considera depositario: «Joven, camine una cuadra hacia la izquierda y va a encontrar la quincalla de una señora. Allí hay un teléfono: usted pregúntele el número de *Jéminhuei*, que ella lo sabe. Entonces llama para la casa y le pide a René que le abra».

Para la dueña de la quincalla, o almacén, el uso del teléfono es un rito. El aparato está en una casilla adosada a la pared exterior. La llave de la casilla se guarda en el cajón del dinero y la señora, consciente de que en su vida se ha introducido un periodista que anda averiguando sobre Hemingway (es decir, que ella participará vicariamente en ese mundo de Papá que todo el barrio atisbaba por encima del portón blanco), prolonga con deleite el momento. ¿Así que voy a escribir de *Jéminhuei*? Entonces, que no olvide la quincalla. Aquí venía Miss Mary a hacer las compras, y a veces la acompañaba Papá, de pantalones cortos y descalzo. Sobre la baranda de la galería se asoma otra vecina: «Era el hombre más bueno del mundo. Caminaba por aquí casi todos los días, después de almorzar. Usaba un bastón y andaba descalzo». Una muchachuela rubia, que coquetea con sus uñas pintadas y un viejo vestido de algodón que apenas le cubre las rodillas, alarga el pescuezo para oír la conversación telefónica y después me dice, como en una confidencia: «Yo vi la película *El viejo y el mar*, en La Habana».

De vuelta a la finca, un hombre ha venido a abrir los portones y el automóvil rueda por un sendero bordeado de bananos y lianas tropicales, donde no se escucha un roce o un trino. Desde las galleras llegan los cloqueos de las aves de riña, que se picotean en el bochorno de la siesta.

René espera en la vieja escalinata de piedra, aparecido de pronto en un recodo del follaje. Es un mulato joven, de voz baja y dulce, que en medio de la finca adormecida parece el guardián del silencio. Se llama René Villarreal y desde hacía catorce años era el ayuda de cámara, jardinero, ecónomo y compañero de caminatas de Hemingway. Explico mis

intenciones, pero cuando miro los ojos enrojecidos de René, advierto que suenan como impertinencias. ¿Podré visitar las habitaciones, anotar los títulos de los libros, tomar algunas fotografías? Si René se diera cuenta de que también quiero saber otras cosas, tal vez no me franquearía la entrada tan cordialmente. Pero todavía no han llegado otros periodistas a la finca; seré el primero en descubrir huellas de lágrimas en los ojos de René y en ver los recortes de diarios tal como los dejó Papá sobre su escritorio en julio del año pasado, la última vez que vivió en El Vigía.

René me explica detalles sobre la finca. Era propiedad de una familia española, con siglos de arraigo en Cuba, y tiene casi cuatro hectáreas. Allí, a la izquierda, está la casita blanca de huéspedes, que Papá edificó para que sus hijos vinieran a pasar las vacaciones. Detrás hay una quinta, donde se sembraba lechuga y yuca. Más allá de las palmas, la pileta de natación y la cancha de tenis. Miss Mary y Papá usaban dormitorios separados, porque Hemingway escribía de noche o de madrugada. Desde el fondo de la finca, con largavistas, puede verse a la *Pilar* anclada en el astillero de Juan Torres.

René cita todo eso a medida que caminamos, como si estuviera dando forma desde ya al texto del folleto que los turistas leerán dentro de unos años, cuando vengán a visitar El Vigía. Pero después de media hora de monólogo, todavía no me ha dicho nada importante sobre Ernest Hemingway.

Hace un año que Papá se fue de Cuba, pero Miss Mary no cerró la casa, como esas familias que se mudan. Los zapatos de Hemingway (enormes y viejos mocasines, chinelas de rafia, babuchas orientales, desflecados zapatos de tenis) están colocados en un estante bajo la ventana del dormitorio, y el bastón rústico se apoya en el ángulo de una biblioteca, como si su dueño fuera a iniciar de un momento a otro su caminata matinal por la finca. Esta es aún una casa viva y no un museo. No quiero dejarme inducir por René a una simple visita conmemorativa, a una peregrinación de lector devoto. En alguna parte —como en la mirada de Gregorio, como en la soledad de Juan Torres— Hemingway debe haber dejado la clave de su vida cubana, y tal vez, de su muerte inesperada.

Los trofeos de caza están en todas las habitaciones. Hay diez o doce hermosas cabezas de animales salvajes sobre las paredes pintadas a la cal; principalmente, antílopes de cornamentas maravillosas. El león cazado por Miss Mary, de la especie de melena negra, cuelga entre dos bibliotecas. Y en el dormitorio de Hemingway, presidiendo la mesa de trabajo, hay una cabeza de búfalo africano que en la penumbra parece intimidantemente viva. El resto de la decoración de las paredes está de acuerdo con la arquitectura de la casa; grandes carteles de corridas de toros y, en una pared de la sala, la cabeza del toro que Antonio Ordóñez mató en la última corrida relatada en *Verano sangriento*, con las dos orejas cortadas y una plaquita de bronce indicando que el animal fue brindado por el matador «a Ernesto Hemingway».

La casa es silenciosa y fresca. Los pisos son a la usanza de las viejas casas españolas: anchas tablas lustradas, que crujen levemente al paso. René ha mantenido las costumbres normales de la familia, aunque hace un año que los únicos habitantes de El Vigía son él y

su amigo Pedro Buscarons. En el enorme revistero del porche están los últimos números de las mejores revistas norteamericanas y europeas, del *New York Times* y del *Times* londinense. La radio portátil de onda corta, donde Papá escuchaba la BBC y Radio Moscú, sigue funcionando y transmite ahora unos lentos danzones cubanos. Sobre la mesa de la cocina hay lechugas recién cortadas, como si Miss Mary debiera venir de un momento a otro, para componer las fabulosas ensaladas que gustaban a Hemingway, y una pequeña alacena encierra docenas de botellitas con salsas y condimentos exóticos, destinadas al *curry*, al *chow mein* y a las enchiladas que Papá devoraba todos los días.

Cristóbal, el preferido de los veintidós gatos albergados por Hemingway en la finca, se eriza y escapa con un bufido, cuando pretendo acariciarlo. Es un animal hosco y nervioso, muy distinto a la imagen corriente del gato doméstico, y vaga por las habitaciones vacías sin permitir que nadie se le acerque. René dice que nunca ha intimado con nadie, ni siquiera con Papá. (Hay una fotografía de Hemingway, en un libro de estudios críticos editado en París por Gallimard, hace poco, donde Papá aparece bajando las escalinatas de El Vigía con Cristóbal en brazos, y el gato se debate entre los brazos del amo, queriendo huir.) El lugar preferido de Cristóbal es un *pouff* árabe; allí se encarama y, con ojos de odio, mira al intruso que examina las bibliotecas y los cuadros.

La espaciosa sala tiene ya algo de museo, con su plétora de objetos y su silencio. Malcolm Cowley, un escritor norteamericano, lo describió así en su libro, *Hemingway, el hombre y la obra*: «Sobre los muros de la pieza principal, de veinte metros de largo,¹³ se suceden las cabezas de animales salvajes que Hemingway cazó en África. Al caer la tarde, esta habitación está frecuentemente llena de ruidosos amigos, y el cocinero chino no sabe casi nunca cuántos invitados habrá para la cena». Pero de esa enumeración sólo restan después de la muerte de Hemingway las cabezas de los antílopes. René y Pedro Buscarons hablan en cuchicheos; Cristóbal, inmóvil y vigilante sobre su almohadón, parece otro trofeo disecado, de relampagueantes ojos amarillos.

El tocadiscos, empotrado en un gran panel blanco que contiene también la discoteca, era uno de los *hobbies* de Hemingway. Hay instalaciones de alta fidelidad, con parlantes en la sala y en los dormitorios. (Me llama la atención no ver un televisor —aparato infaltable en todas las casas cubanas— pero René me explica. Papá odiaba la televisión y exilió al receptor en la cocina. Allí está sobre un estante para entretenimiento del personal doméstico. «Sólo venía a verlo —dice René— cuando se transmitía algún buen *match* de boxeo.») Pero la colección de discos es excelente y ecléctica; parte fue reunida por Miss Mary, una experta en *jazz* desde su juventud, aunque Hemingway contribuyó con muchos ejemplares. Está el *Memorial Album* de Bix Beiderbecke, pero también las *Canciones* de Noel Coward; junto a calipsos, la versión completa de *Guillermo Tell*. En otros estantes se alinean Bach, Mozart, casi todas las óperas de Verdi, y además grabaciones de Andrés Segovia y la comedia musical *The Pajama Game*, entre cientos de otras piezas.

13. De paso: Cowley, quizás deslumbrado por EH, perdió el sentido de las proporciones. El Vigía no es un castillo medieval y su sala tiene un largo máximo de nueve o diez metros.

Los libros son la decoración dominante, junto con los trofeos de caza. En todas las habitaciones las paredes están recubiertas de estantes blancos que llegan al techo, con miles de volúmenes. (Hasta en el cuarto de baño de Papá, junto a una vieja balanza y una lámpara de rayos infrarrojos, un pequeño estante contiene algunos laboriosos libros de gran formato: *Los generales de Cromwell*, *El espionaje soviético*, *El mundo es ancho y ajeno*.) La biblioteca principal ocupa dos paredes del estudio, donde un gran ventanal, a espaldas del escritorio, da hacia la quinta y la cancha de tenis. Salvo la mesa semicircular —desnuda de papeles, con sólo una carpeta y una fotografía, dedicada, de Fidel Castro estrechando la mano del dueño de casa— todos los muebles son blancos. Aquí hay montones de libros; una estantería está dedicada exclusivamente a ediciones de Hemingway en lenguas extranjeras: *El viejo y el mar*, traducido al español, al alemán, al francés, al ruso, al japonés, al árabe, ocupa una fila entera. Además, en viejas y bellas encuadernaciones en pasta, todo Balzac, todo Pérez Galdós, todo Mark Twain, todo Flaubert. En la pared de enfrente, una cerámica de Picasso representando una cabeza de toro, y aún otra cabeza de toro, confeccionada en cestería por algún artesano hindú. La fotografía de la *Pilar*, con Hemingway y Gregorio a bordo, cubre el resto del muro. La habitación, sin embargo, tiene algo de artificial; es demasiado fácil de interpretar: los libros preferidos, el barco, los inevitables trofeos de caza, el aire ascético de las paredes encaladas y los muebles sencillos que este americano poderosamente sensual importó de España. Archibald MacLeish llamó una vez a Hemingway «un hombre que se escapa de su tarea real para disfrazarse como aficionado a la caza mayor, o héroe, o tipo rudo», y algunos ambientes de la casa evocan esa definición. Puede rastrearse en ellos la «personalidad pública» de Hemingway, sus aficiones tan ampliamente publicitadas, sus amistades famosas, hasta sus orígenes literarios. Pero esos libros, esos objetos y esos cuadros están precisamente en las habitaciones que, como dice Malcolm Cowley, servían para las reuniones ruidosas de amigos y visitantes. Papá tenía un hermoso estudio —con la clásica atmósfera de trabajo de un escritor famoso y hasta el indicio de sus preferencias políticas, en el sitio de honor atribuido a Fidel Castro— pero no escribía allí; la gran mesa semicircular y la iluminación *a giorno* del ventanal sólo se utilizaban para las tertulias más o menos literarias, para recibir a Martine Carol o a los periodistas internacionales cuando tomaban a San Francisco de Paula como etapa ineludible de una visita a Cuba. En realidad Papá escribía (de pie, debido a la herida de un viejo accidente aéreo, que le impedía flexionar por muchas horas la columna vertebral) en un rincón de su dormitorio. Los libros principales y realmente inspiradores —sobre todo, viejísimos volúmenes comprados en los *bouquins* del Sena en la época de la bohemia parisina, los artículos de Ring Lardner, las obras de Sherwood Anderson y Ezra Pound, la *Autobiography of Alice B. Toklas* por Gertrude Stein— están en otras estanterías más reservadas, en la antecámara del dormitorio. Allí se encuentra también la verdadera mesa de trabajo de Hemingway: un pequeño escritorio cubierto por un vidrio. Debajo del vidrio, los pequeños indicios más reveladores que la gran escenografía del estudio: una borrosa instantánea de Marlene Dietrich, tomada durante una gira por el frente aliado de

Normandía, una foto de Miss Mary con algunos actores caracterizados para la filmación de *The Red Badge of Courage* y recortes periodísticos amarillentos. Uno me llama la atención: es de un diario francés y contiene las fotografías paralelas de F. Scott Fitzgerald y de Hemingway; el título dice: «*Celui qu'Hollywood a perdu et celui qui en a triomphé*», como si el éxito en Hollywood fuera la medida de un escritor. ¿Por qué Hemingway guardaba este viejo recorte, con su leyenda frívola? El crítico Maurice Coindreau clasificó una vez los libros de Scott Fitzgerald y Hemingway bajo el subtítulo «novelas alcohólicas», por el comportamiento de sus personajes. Ambos autores partieron del periodismo, ambos eligieron describir su generación de los *twenties*. Fitzgerald profundizó en la vida nacional, Hemingway prefirió la existencia aparentemente disipada y sin objetivo de los exiliados en París, conectada con la guerra y con la desorientación posterior. Ambos conocieron la bohemia, el alcohol y el inconformismo, pero mientras Hemingway dosificaba sus extravagancias al límite aceptado por sus editores, los productores cinematográficos y el gran público hasta llegar al academismo del premio Nóbel, Scott Fitzgerald fue hundiéndose lentamente en la bebida y en la anulación intelectual, para morir en 1940 como un fracasado. Agrio crítico de Hemingway en sus últimos años, Scott Fitzgerald fue quien apoyó a su amigo en los comienzos, sin embargo, convenciendo a Scribner's para que editara *The Sun Also Rises*. Pero años después escribiría en su *Diario*: «Yo hablo con la autoridad del fracaso, Ernest con la autoridad del éxito. De ahora en adelante, ya no podremos sentarnos a la misma mesa». Quizás, involuntariamente, el Hemingway triunfante y millonario quiso que el amigo de 1925 permaneciera con él en la misma mesa, la de trabajo, como un recordatorio de lo que ambos habían hecho de su vocación literaria. Quizás, también, Papá no estaba muy seguro de cuál de los dos había sido el verdadero derrotado.

En la antecámara del dormitorio, sobre los estantes, encuentro algunos objetos inverosímiles: una colección de pequeños autos de juguete, pero no los modelos perfectos y a escala que se ven en algunas casas, sino viejos y descascarados, conteniendo algunos un sacapuntas, otros con ruedas de menos. René dice que Papá traía de cada viaje una nueva pieza, pero que nunca explicó el significado de la colección. Y junto a los autitos, un pote de vidrio con una gran rana-toro (cuyas ancas son la base de uno de los más sabrosos platos cubanos) sentada dentro del formol. Bajo la sombría cabeza del búfalo africano la rana-toro es como un ídolo monstruoso que vela sobre los papeles póstumos de Hemingway, pero René disipa toda fantasía: «A él le gustaban mucho los animalitos que encontraba al pasear por la finca, y nunca permitía que matáramos las culebras o los gusanos. Esa rana apareció muerta en la ventana, un día de lluvia, y él me pidió que se la trajera al dormitorio». Después me cuenta una pequeña historia. Llevándome al baño, me señala junto a los libros de la pequeña biblioteca otro pote de cristal, que contiene un camaleón de tamaño excepcional: «Una mañana caminábamos por la finca y hallamos este bichito, con una pata quebrada. Él lo recogió, y lo curamos con Miss Mary. Después lo soltó en la bañera. Durante una semana pusimos papeles cazamoscas por toda la casa, para conseguirle comida. Papá dejó de usar la bañera. A la semana, el bichito apareció muerto, todo

mordido. Papá se enojó con Cristóbal, pero no se pudo probar que hubiera sido él». (René mantiene una extraña alianza amistosa con Cristóbal, y habla siempre del gato como de una persona difícil pero incomprendida.)

El mueble principal de esta habitación es una estantería que llega al pecho de un hombre. René la ha cubierto hasta el suelo con una colcha; allí está el santuario. Sobre esa estantería, donde se intuye el bulto de la vieja Royal portátil, Hemingway escribió *Por quién doblan las campanas*, *Across the River and Into the Trees* y *El viejo y el mar*. Además, bajo la cubierta con que René ha preservado de los intrusos los preciosos papeles inéditos de su amo, hay numerosos originales. Entre ellos, un libro terminado en mayo de 1960¹⁴ y otro a medio escribir. Pero René mueve espantado la cabeza, cuando se le sugiere la posibilidad de examinar ese terreno sagrado. Además, advierte que el visitante se está demorando demasiado en el dormitorio, la única habitación no destinada a los visitantes. Hay que continuar el paseo por la casa.

Pero ya queda poco por mostrar. Cortésmente, admiro el gran espejo veneciano de luna convexa y marco dorado de exquisito esculpido, que Miss Mary cuelga en su alcoba. Recorro también el cuarto de huéspedes con sus camas gemelas, un grabado de la *piazza* San Marco y la infaltable biblioteca, que aquí contiene una pieza inesperada: el original del clásico libro de Charles Fenton, *Literary Apprenticeship of Ernest Hemingway*. En esta habitación durmieron Dominguín, Antonio Ordóñez, algún campeón de golf y varios alcohólicos célebres del mundo periodístico de Nueva York, pero no creo que ninguno haya tenido como libro de cabecera al imponente mamotreto mimeografiado del señor Fenton.

Todavía el sol no se ha puesto, pero el parque de la finca está sombrío y la penumbra comienza a invadir la casa. Casi no distingo a René, sentado en el extremo más lejano de la sala, que está hablándome de la última carta recibida de Hemingway. La hoja de papel con unas pocas líneas manuscritas tiembla en la mano de René y un pájaro canta en la ceiba centenaria plantada frente a la galería. En estos últimos minutos, antes de que se enciendan las luces, repaso esta jornada transcurrida en torno a las huellas que un hombre dejó en sus cosas.

¿Cómo era ese hombre? En 1954 la revista *Time* lo describió bajo el aspecto de «un infatigable viajero, profundo conocedor de las corridas de toros, las bebidas alcohólicas, las mujeres, la guerra, la caza mayor, la pesca en alta mar y el coraje». Pero la imagen que Ernest Hemingway dejó en el recuerdo de las gentes humildes de Cuba, en las habitaciones donde vivió y escribió, en los pequeños detalles de sus pertenencias, no se compadece con ese legendario Hemingway. De ahora en adelante no podré creer demasiado en ese autor colmado de éxitos, en ese heroico cazador y hombre de acción que los grandes semanarios y la publicidad de sus editores o de sus productores de Hollywood crearon para el consumo internacional. No importan las fotografías de la caza de leones, si todavía existe

14. *A Moveable Feast*, aparecido después en español como *París era una fiesta*. Con ese libro Hemingway zanjó póstumamente la cuestión entre él y Scott Fitzgerald. En un capítulo referido a éste, desarrolló una de las más minuciosas demoliciones que un escritor haya dedicado a otro.

en San Francisco de Paula el pequeño camaleón curado con ternura por el viejo escritor y conservado cuidadosamente no como trofeo del coraje, sino de la bondad hacia toda forma de vida. No importan los millones de la cuenta bancaria, los 50.000 dólares pagados por *Life* en adelanto de ese mediocre y egotístico reportaje que se llamó «Verano sangriento», si en Cuba, más allá del Hemingway que en la soledad monástica de su dormitorio guardaba un amarillento recorte sobre Scott Fitzgerald y tal vez reflexionaba sobre su éxito material como un soborno que compró (y anuló) su verdadero destino literario.

René enciende las luces y su fisonomía honrada y triste es la misma de Chago, de Gregorio, de Juan Torres. Levantándome para despedirme, tengo la seguridad de que el Hemingway que se mató en Idaho, en el momento de apretar el gatillo no era el premio Nóbel o el excéntrico millonario que ordenaba té de tilo en el bar del Ritz. El hombre que la noche anterior, antes de dormir en su cama por última vez, pidió a Miss Mary que le cantara una vieja canción italiana de su juventud y por la mañana bajó a elegir el rifle, era un Hemingway más verdadero: el que habló con Gregorio durante dos noches en la cubierta de un pesquero que navegaba hacia Cayo Hueso; el que descendía, descalzo y tocado con una gorra de béisbol como un pescador más, la soleada calle de Cojimar; el visitante de la soledad de Juan Torres.

En *Death in the Afternoon* la vieja señora dice: «Entonces debe ser muy peligroso ser hombre». Y su interlocutor (el propio Hemingway) le contesta: «Es un duro camino, señora, y al final está la tumba».

LA MUJER QUE VINO A INFORMAR

Semanario *Marcha*, 29-V-1964

En mayo de este año, un ejecutivo de la CIA, Thomas Wardell Braden, se sumó a las escandalosas revelaciones sobre las actividades de esa agencia como financiadora de organismos que parecían muy alejados del espionaje y la subversión. En un artículo aparecido en el Saturday Evening Post, Braden declaró haber dado dinero a Irving Brown, de la American Federation of Labor, «para ayudar a varios sindicatos anticomunistas del extranjero». La revista Time, citando a Braden, añadió en esos días que «en unas pocas situaciones, la mera ayuda o las funciones de propaganda se transformaron en operaciones políticas integrales; por ejemplo, en la violenta huelga general que contribuyó a derrocar el gobierno del promarxista Cheddi Jagan, en la Guayana Británica, hace tres años. Ella fue financiada por los Servicios Públicos Internacionales, una organización respaldada por la CIA cuya finalidad oficial es la organización de los trabajadores gubernamentales en uniones independientes, alrededor del mundo».

Los hechos de 1967 han venido a corroborar lo que Mrs. Jagan denunciaba en este reportaje de 1964. En aquella época, todavía la opinión pública general juzgaba a las acusaciones contra la CIA como simple propaganda comunista. Lo reproduzco, además, porque me parece que ofrece alguna descripción útil de una lucha y sus protagonistas, mal conocidos por estas latitudes.

Nueva York

El Delegates Lounge, en las Naciones Unidas, es una espaciosa sala con ventanales que da hacia el Hudson, cómodos sillones para las conversaciones oficiosas que arreglan el mundo sin dejar constancia en actas, y un concurrido bar donde un argentino experto mezcla bebidas en todas las lenguas. Sólo delegados y periodistas tienen acceso al Lounge, custodiado siempre por uno o dos oficiales de la Organización. Al fondo, hay un santuario aún más recatado, la Cafetería, donde ni siquiera pueden entrar los periodistas, destinada a que los delegados, frente a pociones enervantes y no adormecedoras (café americano y café *espresso*, únicamente) coordinen en pactos de caballeros las trascendentes decisiones que reparten los cargos internacionales. Y entrando por el mismo pasaje algo disimulado que conduce a la Cafetería, después de pasar el letrero donde nos advierten *Delegates only* y el semblante hierático de una recepcionista que se parece a Helena Rubinstein, hay una simple puerta de vaivén sin indicación alguna.

Una mañana de principios de este mes, con más curiosidad que derechos, empujé la puerta de vaivén; en puntas de pie, fui a ubicarme en una de las butacas que rodeaban la amplia mesa circular donde representantes de 24 naciones escuchaban a una mujer rubia y de anteojos que hablaba en inglés lento y preciso, mientras permanecía solitariamente acodada a un pupitre colocado en medio del ruedo.

Mi vecino, un negro altísimo y canoso, se llevó indignadamente un dedo a los labios cuando cuchicheé preguntando quién era la rubia. Sin interrumpir sus anotaciones, me tendió un repartido mimeografiado, para que me enterara. En la imponente Sala de Comisiones decorada con paneles de roble y alfombras azules donde yo había entrado subrepticamente, el Comité de los 24 (o Comité para la Descolonización) presidido por el uruguayo Carlos María Velázquez, estaba siendo informado por quien el pulido estilo diplomático de Velázquez denominaba «la distinguida peticionante», o sea mi solitaria rubia: Janet Jagan, ministro del Interior en el gabinete de su esposo Cheddi Jagan, el Primer Ministro de la Guayana Británica; una de las mujeres políticas más famosas del hemisferio («Eva Perón del Caribe», la llamó una vez Churchill) y, según los recelosos voceros del Departamento de Estado, la eminencia gris que procura conducir el movimiento independentista de la Guayana Británica a una alianza con Fidel Castro.

Era muy cerca de mediodía y Mrs. Jagan estaba en el último párrafo de su exposición, que contestaba a una pregunta de Velázquez. Con sonrisa fatigada y un levisimo punto de ironía en la voz, se quitó los lentes y dijo: «No sé cuándo se realizarán las elecciones en la

Guayana Británica, realmente. Como ustedes saben, el asunto está en manos del gobierno del Reino Unido, que a veces cumple sus promesas.» Escuchó cortésmente el agradecimiento de la Presidencia por haber concurrido al Comité y, recogiendo sus papeles, caminó con modestia hacia mi vecino tomador de notas y se sentó a su lado. Casi de inmediato se vio rodeada por delegados afroasiáticos y del bloque soviético, que desfilaban para saludarla o felicitarla. «Le pido disculpas, querida señora —dijo el señor Natwar Singh, de la India— por la insistencia de mis preguntas.» El señor Tarabanov, de Bulgaria, retuvo unos instantes la mano de Mrs. Jagan, mientras elogiaba calurosamente una de sus intervenciones. Después pasaron el señor Melovski, de Yugoslavia y el señor Smiganowski, de Polonia. El largo monólogo del señor Ahmadou Baba Dicko, de Malí, fue cortado con impaciencia por mi vecino tomador de notas, que había asumido la representación de Mrs. Jagan. Me reservé, con cierto temor reverencial hacia el brusco temperamento de mi vecino, el sitio de último interlocutor: ¿podría mantener una breve entrevista con Mrs. Jagan, para informar en el lejano Cono Sur de América sobre la independencia de la Guayana Británica? Mrs. Jagan me miró con un gesto característico que le hace torcer la cabeza meditativamente, con un vago aire de pájaro, y me indicó que mejor sería consultar a Mr. Cummings, delegado del Partido Progresista del Pueblo en Nueva York. Mr. Cummings era mi vecino irascible y preferí hacer de cuenta que mis vacilantes conocimientos de inglés no habían captado la indicación. Finalmente, mientras Mr. Cummings rezongaba entre dientes (con seguridad, acerca de la inconstancia femenina que estropea todos los horarios confeccionados por uno), la esposa del Primer Ministro se decidió: salía a las 20 de ese día para BG (pronunciando sólo las iniciales, como acostumbra a llamar a su país) y disponía de una hora, entre las 14.30 y las 15.30, para conversar mientras hacía las valijas. Su hotel era el Bel Air, a dos cuadras de las Naciones Unidas, en la calle 44, y me rogaba puntualidad porque tenía otras citas. Después aplacó a Mr. Cummings con una sonrisa deslumbrante y se enfrascó con él en la consulta de unos documentos.

La Guayana está muy lejos de nosotros y se nos acerca sólo cuando hechos sangrientos o espectaculares, como en estos días, la hacen entrar en el panorama noticioso del día.

Fundada en 1604 por los ingleses, la colonia de la Guayana Británica comprendía también el actual territorio de la holandesa, pero en 1687 Holanda recibió esa parte a cambio de entregar a la Corona inglesa la isla de Manhattan. (Citando el hecho, Janet Jagan lo aprovecharía para una broma algo erudita: «¿Se da cuenta —me observó— que esta mañana podría haber reivindicado ante el Comité nuestros derechos territoriales sobre Nueva York?».) Pero fue recién en 1953 cuando apareció un movimiento independentista coherente y organizado, con un joven abogado de origen hindú, Cheddi Jagan, como líder. Su Partido Progresista del Pueblo ganó parcialmente unas elecciones, ese año, mientras Jagan y otros colaboradores eran perseguidos y encarcelados por la policía colonial. La Corona señaló a Jagan como un agente de «la subversión comunista», el nuevo objetivo de lucha con que el panamericanismo oficial había sustituido en el hemisferio a «la subversión nazi». Las elecciones fueron anuladas, pero el PPP tomó estado público internacio-

nal. En las fotos periodísticas junto a Jagan aparecía una joven rubia, con anteojos que le daban el aspecto de una maestra de escuela: era Janet, secretaria de su esposo y dirigente del partido; también, según la prensa inglesa, una intelectual norteamericana de pensamiento marxista, que dominaba al doctor Jagan y prometía ser una cercana amenaza para la democracia del Caribe.

En 1957, otras elecciones dieron un nuevo triunfo al PPP y Cheddi Jagan ocupó el cargo de Primer Ministro. En 1961 el electorado confirmó al Primer Ministro en el gobierno, y Janet fue designada ministro del Interior. Pero este respaldo de la mayoría del país a los Jagan proporcionaba sólo el marco formal para el ya indetenible desarrollo del movimiento independentista, y de la tendencia que las ideas de Janet habían incorporado al pensamiento político de su esposo.

Janet Jagan había crecido como una simple muchacha judía de los suburbios de Chicago. Cuando conoció a Cheddi, el futuro líder estudiaba leyes en la Northwestern University, de Illinois. «Yo no sabía mucho de política, en esa época», dice ella. Pero se señala que su colaboración con Jagan añadió al programa del PPP una sólida base de socialismo de Estado. Una faceta complementaria de su carácter es el reservado desprecio con que se refiere a su país natal y a los hechos de la política interna norteamericana. No es ajeno a ello el de que haya sido prima de Julius Rosenberg, ejecutado con su esposa Ethel en 1951 bajo la acusación de espionaje en beneficio de la URSS. Julius, un estudioso marxista, parece haber sido un asesor importante en la formación ideológica de Mrs. Jagan. Y cuando se roza el tema de la ejecución de los Rosenberg, Janet endurece sus facciones y habla más acremente de los Estados Unidos.

Cuando golpeé a la puerta de Mrs. Jagan, en el hotel Bel Air, me atendió ella misma. Estaba hablando por teléfono y volvió a la conversación, indicándome una silla. Aproveché para enterarme de algunas debilidades de los estadistas de sexo femenino: un bolso aparecía a medio llenar de exquisita lencería negra, la media docena de libros sobre una cómoda se componía de novelas policiales; la que permanecía abierta con una página señalada era una de las fantásticas aventuras del agente secreto británico James Bond, actual furor editorial en los Estados Unidos.

Las valijas ya estaban cerradas y Mrs. Jagan, antes de atenderme, desalentó en el teléfono a un insistente interlocutor que procuraba cenar con ella o lo que fuera: «No, lo siento. Lo siento mucho. Mi avión sale a las ocho. No, tampoco un *drink*. Tengo reuniones hasta la noche. Adiós *darling*. Espero verlo con el doctor Jagan, cuando vaya a BG».

Después, espantando las palomas neoyorquinas que se arrullaban en el antepecho de su ventana del sexto piso, escuchó dos o tres preguntas preliminares y me dijo: «Le haré un breve resumen de lo que pensamos y de lo que nos niegan. Ganamos elecciones en 1953, 1957 y 1961. Aborrecemos la violencia. Procuramos la democracia parlamentaria. Gran Bretaña nos ha prometido la independencia, pero dilata indefinidamente la fecha de las elecciones decisivas. Ya sé que se nos acusa de extremistas, pero advierta: en junio de 1963 pedimos un Comité de Buenos Oficios de la ONU, para que gestionara con Gran Bretaña la fijación de fecha; en octubre de ese año solicitamos a la ONU el envío de un grupo

de expertos en derecho constitucional, para que trazaran un plan de institucionalización de la independencia. Los ingleses se negaron a ambas gestiones. El 22 de ese mismo mes se reunió en Londres la Conferencia de la Independencia. Ya en 1960 habíamos reunido la Conferencia Constitucional, también en Londres, donde se coincidió en la concesión de la independencia, a examinarse definitivamente en 1961 por ambas partes, porque «el principio había sido aceptado». La Constitución que redactamos de común acuerdo con los ingleses, en 1960, no era temporaria sino —con pequeños cambios destinados a contemplar situaciones futuras— la definitiva. Bajo la misma se llevaría a cabo la transferencia de poderes.

—¿Cuáles son las razones británicas para diferir la aplicación de esos acuerdos?

—Vengo de Londres, donde he hablado con Duncan Sandys, el ministro de Colonias. Le pregunté lo mismo. Los pretextos, no las razones, son típicamente ingleses. Mr. Sandys afirma que los tres partidos políticos de la Guayana no han podido ponerse de acuerdo en aceptar la Constitución vigente; que existen disturbios políticos y raciales que no garantizan un futuro pacífico. Mr. Sandys ha traicionado el mandato que, por decisión de los tres partidos, le confirió el Parlamento de la Guayana en 1963: fijar la fecha de la independencia. Ahora, Gran Bretaña dice que la situación obliga a llamar a nuevas elecciones: es decir, procura que nuestro partido abandone el gobierno legítimamente ganado, y pone a las elecciones como condición previa para fijar la fecha de la independencia. Además, los ingleses sostienen la modificación del sistema electoral: representación proporcional de todos los partidos en vez del actual sistema de mayorías. Por éste, que está copiado del de Rhodesia del Sur, tenemos un Parlamento bicameral compuesto de mayoría y minoría mayor. Mr. Sandys quiere un Parlamento unicameral con representación proporcional de todos los grupos. Además, propugna cambios en el sistema de inscripción preeleccinaria, con formalismos imposibles de cumplir en un país que tiene un índice elevado de analfabetismo. Lo curioso es que en Rhodesia del Sur Mr. Sandys apoya el sistema que aquí critica; quizás, porque allá el gobierno actual es adicto a Gran Bretaña.

—Su relato —dije a Mrs. Jagan— indica que ustedes deberán prepararse a esperar largo tiempo, ya que aborrecen la violencia. Y dicho sea de paso: ¿el programa independentista del partido contempla entrar a la OEA, como nación sudamericana?

Mrs. Jagan, rectificando la graciosa posición ornitológica de su cabeza rubia, se quitó los lentes y se inclinó hacia adelante, mientras su tono adoptaba lo que puede llamarse, en el lenguaje de un gobernante en país extranjero, una educada indignación:

—Déjeme contestarle por el principio. Gran Bretaña difiere nuestra independencia pura y exclusivamente por la presión que el Departamento de Estado norteamericano está ejerciendo en el Foreign Office. Las decisiones de las Naciones Unidas sobre la Guayana han sido anuladas por acuerdos secretos entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. El Departamento de Estado no quiere una Guayana Británica independiente en la zona del Caribe y ha usado todos los medios para impedirlo. Está documentado que el presidente

Kennedy actuó personalmente, en ese sentido,¹⁵ y también otras autoridades norteamericanas lo han evidenciado en público.

—¿Por ejemplo?

—Un representante del Departamento de Estado, William Tyler, declaró ante el Subcomité de Apropiaciones del Congreso que «el gobierno norteamericano contempla sin simpatía al gobierno de la Guayana Británica» y que desearía vernos fuera del poder. En Gran Bretaña, durante una conferencia de prensa, Pierre Salinger, secretario de prensa de Kennedy, afirmó igual cosa.

Mrs. Jagan, con recortes y papeles que saca de una carpeta, señala después que también cabía responsabilidad en los disturbios internos de la Guayana a los sindicatos norteamericanos.

—El columnista neoyorquino Víctor Riesel —indicó— ha escrito un revelador artículo, que describe el respaldo financiero de las centrales norteamericanas a los sindicatos de la Guayana. Figuras claves del movimiento sindical de mi país han recibido entrenamiento en los Estados Unidos, según Riesel, para tareas de subversión. El entrenamiento, dice el periodista, fue realizado en Washington, en el denominado American Institute of Free Labour Development. Y la representante en los Comunes, Jennie Lee, ha informado en un debate: «Tengo buenos amigos en los sindicatos norteamericanos, y cuando operan fuera de su país lo hacen en estrecha relación con el Departamento de Estado. Lo hicieron en Europa después de la guerra. Llegan a un país proporcionando dinero, personal e influencia a cualquier sindicato o partido que consideren anticomunista».

Un llamado telefónico que interrumpió la conversación procedía de mi antiguo vecino tomador de notas. Mr. Cummings, desde el quinto piso del hotel (donde está situada su oficina) advertía a Mrs. Jagan que la hora había pasado. La relativa exaltación de Mrs. Jagan fue sustituida por una compostura enigmática, convenientemente ocultada por los anteojos otra vez en su sitio. Efectué entonces algunas preguntas que redondeaban el tema:

15. En su columna de marzo 22 de este año, escribió el periodista Drew Pearson: «En la Guayana Británica el presidente Kennedy (...) procedió con más cuidado. Pese a que nunca ha sido publicada, esa fue la secreta razón por la cual Kennedy viajó a Inglaterra en el verano de 1963. Había prometido al *premier* Fanfani y al canciller Adenauer ir sólo a Roma y Bonn, pero el itinerario fue aumentado debido a la obsesiva preocupación de Kennedy por el hecho de que la Guayana Británica obtendría su independencia en julio de 1963 y establecería otro gobierno comunista bajo la égida de Fidel Castro. Si esto ocurriera antes de las elecciones presidenciales de 1964 y, en esa época, una Guayana comunista se apoderara de la compañía de aluminio Reynolds Metals y otras propiedades norteamericanas, el efecto político podría ser desastroso. (...) Ellos (MacMillan y Kennedy) declararon principalmente que los ingleses rehusaron garantizar la independencia de la Guayana debido a la huelga general contra el procomunista Primer Ministro Cheddi Jagan. La huelga fue secretamente inspirada por una combinación del dinero de la CIA y el Intelligence Service. Proporcionó a Londres la excusa que buscaba. La Guayana Británica no ha recibido aún su independencia y otro gobierno comunista en la costa del (en otro tiempo) lago norteamericano, fue temporariamente impedido».

—Se acusa al doctor Jagan de ejercer una política racista, destinada a la supremacía de los ciudadanos de origen hindú contra los negros, población mayoritaria. ¿Eso es cierto?

—Los disturbios supuestamente raciales han sido estimulados por Gran Bretaña y por la CIA. En 1961, los candidatos de nuestro partido fueron 29. De ellos, 12 eran negros, 13 de origen hindú, 3 portugueses y uno mestizo. De las 20 bancas que obtuvimos, 7 están ocupadas por negros, 11 por candidatos de origen hindú, una por un candidato de origen portugués y una por un mestizo. El Comité Ejecutivo de nuestro partido se compone de 6 negros, 5 hindúes y una persona blanca, que soy yo. Nuestro partido tiene, claramente, un carácter multirracial y unificador. El Gabinete se integra con 4 hindúes, 4 negros, 1 mestizo y una norteamericana de raza blanca: yo. Más aun: en este gobierno la Policía emplea un 95% de negros; la educación ocupa sólo un 10% de maestros hindúes y la administración civil un 75% de negros. Los disturbios raciales, vuelvo a decirle, han sido estimulados por Gran Bretaña. En febrero de este año, cuando se estudiaba la fecha de las elecciones, aparecieron dos nuevos grupos religioso-raciales totalmente superfluos: el Partido Musulmán de la Guayana y la Liga Hindú de la Guayana, además de volverse a poner en funcionamiento al Consejo Hindú de la Guayana Británica.

Pregunté finalmente a Mrs. Jagan sobre sus contactos y opinión con respecto a la experiencia revolucionaria de Cuba, y sobre el programa de gobierno independiente del PPP. En el primer punto, Mrs. Jagan se mostró comprensiblemente discreta y evitó incluso calificar la obra de Fidel Castro.

—Cuba —dijo— es considerada por nosotros como una buena vecina.

—Aprovecho para recordarle mi pregunta anterior: ¿ingresarían a la OEA?

—No vemos la necesidad. Por formación e intereses, pertenecemos al sistema comercial y político de Gran Bretaña. Actualmente, Gran Bretaña actúa presionada por los Estados Unidos, pero eso puede pasar.

—¿Encuentran similitud entre el programa socialista de su partido y las realizaciones de Cuba?

—En ciertas vías.

—¿Establecerían relaciones económicas con Cuba?

—Producimos lo mismo que ellos: azúcar.

—¿Consideran que, como país sudamericano, tienen un destino común con el continente?

—Antes que nada, queremos llegar a nuestra mayoría de edad. Después, obtener el intercambio económico con todos los países. Ya hemos enviado misiones a varios países vecinos.

—¿La Guayana independiente podría formar un bloque socialista latinoamericano con Cuba y algún otro país?

—Actualmente, no hay bloques. Prefiero hablar del presente. Nuestra tarea se compone hoy de dos puntos: primero, obtener la independencia; segundo, concentrarnos en la producción agrícola y en una reforma agraria.

El teléfono empezó a sonar otra vez, y me representé al irascible Mr. Cummings. «Otros detalles —me dijo Janet Jagan, al tiempo que se levantaba tendiéndome la mano— puede pedírselos a Mr. Cummings en la oficina del quinto piso.» Pero yo preferí no arros-trar el carácter del delegado independentista.

Cuando esperaba el ascensor en el pasillo, dos minutos después, Mrs. Jagan salió de su cuarto y se dirigió a la escalera. Al pasar, advirtió que yo la observaba y sonrió débilmente: «Nunca uso ascensores —dijo—. Es una vieja costumbre de conspiradora».

EL APLAZAMIENTO

Semanario *Marcha*, 25-VI-1965

Incluyo esta descripción no muy importante de un fracaso porque, releýéndola años después, encontré en sus entrelíneas algunas de las cosas que yo andaba buscando en el reportaje fallido a Jean-Paul Sartre y que éste, sin que yo lo advirtiera en ese momento, me comunicó por omisión: ciertos rasgos básicos de su carácter, la forma en que un intelectual europeo encara su relación con latinoamericanos. Todo el asunto, además, constituyó una espléndida admonición para un tipo de periodismo que a veces pierde de vista (cegado por la impertinencia profesional) sus límites de operación. La lección fue buena y las cosas quedaron en su lugar.

En París llovía casi incansablemente lluvia de primavera, como si Verlaine se hubiera puesto de acuerdo, en el Parnaso, con César Vallejo. En Santo Domingo, a pleno sol, el coronel Imbert se dedicaba a fusilar constitucionalistas en los Potreros de Trujillo. Johnson había desenmascarado de una vez por todas al panamericanismo, ciscándose sobre los augustos doctrinarios de la OEA. Los marines edificaban la democracia a bazucazo limpio, reventando contra las paredes a vendedores de diarios y estudiantes que vivaban a Ca-amaño con las manos vacías.

Jean-Paul Sartre estaba en París y la dulce geometría del Faubourg Saint-Honoré, mojada por la lluvia, inspiraba deducciones cartesianas. La América Latina lejana, la cercanía del hombre que había escrito *Huracán sobre el azúcar*, los cables amarillos de las teletipos de *Le Monde* donde Marcel Niedergang relataba todos los días la gran canallada norteamericana, convidaban a ejercer el silogismo: Sartre fue a Cuba, comprendió el drama de un continente avasallado, escribió y difundió nuestra causa como antes se había jugado por Argelia y por África; Santo Domingo representa más que la Bahía de Cochinos, porque allí ha quedado en cueros todo el dispositivo del imperialismo, desde la brutalidad

militarista hasta la hipocresía de los siervos que la sufren y la disculpan; conclusión: Sartre no tendrá inconvenientes en hablar sobre Santo Domingo.

Consultado, Claude Julien me dijo que el planteo era razonable. *Marcha*, añadió, era el vehículo apropiado —por su difusión continental— para la palabra de Sartre. Opuse un impedimento: la insignificancia del entrevistador, su anonimato *parisien*, su ignorancia de los caminos que conducen al santuario donde el hombrecito bizco viene desmontando analíticamente, desde hace veinte años, la conducta de nuestra época. Julien coincidió, pero dio a entender bondadosamente que lo importante en el abordaje era el pabellón; *Marcha* tiene muchos amigos en París.

Durante quince días, en consecuencia, se puso en funcionamiento una operación que participó del asedio, la imploración y la irrupción táctica y sorpresiva. Primero hubo que estudiar el terreno habitual y la conducta del objetivo. Amigos de amigos, enemigos que siguen día a día sus actividades y despechados periodistas que nunca fueron recibidos, me revelaron los usos y costumbres de Jean–Paul Sartre. «Sería más fácil que pidiera una audiencia a De Gaulle», me dijo un poeta cuya esposa actuó en *Kean*.

Porque la cosa era más o menos así: la vida de Sartre tiene dos finalidades principales (precisamente, las que titulan las dos partes de *Les mots*): leer y escribir. Su existencia está supeditada a esos dos actos vitales, los dos tiempos de la respiración sartreana que mantiene vivo al maestro. Su actividad, la de Simone de Beauvoir, la de los escasos siete seres humanos que conviven con el casal ilustre, han sido condicionadas a ese voto de castidad perpetuo, donde el comercio con el mundo exterior haría perder la virginidad necesaria a la tarea. Sartre y *madame* De Beauvoir poseen cada uno su casa, que comparten indiferenciadamente. De lunes a viernes, la monótona agenda del filósofo se repite: a las 8.30, traslado a la casa de Simone, donde tiene sus materiales y manuscritos; allí, ambos escriben o leen hasta el mediodía; después, almuerzo íntimo, sin nadie; de tarde, vuelta a escribir hasta las 7 o las 8; luego, alguna cena cuyos comensales no sean más de cuatro; una o dos veces por semana una función de teatro y, casi siempre, fin de velada en casa de Sartre, donde los dos escritores intercambian impresiones e ideas. Sartre y *madame* De Beauvoir tienen sólo dos amigos íntimos, una mujer y un hombre. Con ellos comen una vez por mes, previa cita. La intimidad está demostrada porque los amigos son depositarios de dos sagrados misterios: los números telefónicos de ambas casas, que no están en ninguna guía. Las entrevistas periodísticas, como norma general, no son concedidas nunca. De todas maneras, deben pedirse con anticipación de seis a siete meses, sujetas teóricamente a que la pareja salga de viaje y todo deba recomenzar.

Marcha (no yo, en este caso, porque la identificación sería contraproducente) disponía de sólo dos semanas. Vencido de antemano, abrumado por la formidable estructura que protegía el recinto sacro, seguí hasta el final mi camino de Damasco, porque pensé (parado en una esquina de la avenida Wagram, a la salida de un nuevo y fracasado intento de aproximación y mientras la lluvia de junio me empapaba, solidaria con Sartre) que en un fracaso también hay una pequeña historia a contar.

Diplomáticos, artistas, periodistas y hasta mozos de café (de esos que pueden dar un dato de horarios por tres francos), fueron movilizados. Juan David, el diplomático cubano inolvidable para los uruguayos y ahora delegado en la UNESCO y consejero cultural en París, sacrificó sus siestas para colaborar; Juan Alcocha, que vive hace años en París y ha visto premiada su familiaridad con la ciudad cruel llegando a comer alguna vez con Sartre; Natty Revueltas, cuya voz ya puede ser identificada telefónicamente por *madame* De Beauvoir, Julien, Jean Daniel, Alphonse (el *maître* del café Bonaparte), *monsieur* Puy, que hace las veces de secretario de Sartre; todos fueron molestados, invadidos, comprometidos.

A los diez días, yo sólo podía ostentar como trofeos consoladores algunos de los secretos delfícos: ODE 2828, teléfono de Sartre (casa propia); ODE 8653, teléfono del secretario; 11, *rue* Schölder, dirección de Simone de Beauvoir.

Una mañana, la carcoma del orgullo profesional llevó a romper las normas del juego de las citas telefónicas, las consultas para el viernes próximo, las postergaciones y las negativas. Cuando se golpea en la puerta de 11, *rue* Schölder, la puerta delgada se abre y no aparece una mucama, ni un mayordomo. Esos ojos pequeños, esa nariz imperiosa y ese rodete de cabellos rojizos son de Simone de Beauvoir, que espía a la visita inesperada desde el zaguán a medio abrir. No, es imposible pasar; *monsieur* Sartre trabaja. La mejor sonrisa y la más dulce inflexión para pedir disculpas porque no se franquee el paso; ella misma está trabajando. Pero usted puede llamar a ODE 8653. O mejor, a ella misma; eso sí, el jueves.

El jueves, la misma voz, que deja adivinar el rodete y la impasibilidad, arrastrando inverosímilmente las guturales francesas, aduce un largo prólogo de obstáculos: Sartre está nervioso, ha postergado un viaje. Santo Domingo es un problema aun no bien estudiado. Aplacemos la decisión de una entrevista hasta la semana siguiente, ¿sí?

Una semana, y media docena de llamados telefónicos después, el circuito ha sido recorrido en su totalidad y la experiencia está completa. Tomo el tren para Francfort y dejo la lluvia de París. En la Gare de l'Est compro un *Playboy* y, por fin, *Les mots*.

A la hora de almorzar, cuando el tren corre bajo la lluvia de Lorena, leo en el *Playboy* una larga, larguísima entrevista a Sartre, donde el filósofo de la existencia y el exégeta de Fidel se embarca con un anónimo preguntador yanqui en preguntas y respuestas sobre si las mujeres le gustan desnudas o vestidas. Y cuando llega el café, encuentro en la página 54 de *Les mots* la historia de la carta que el niño Sartre, a instancias de su abuelo Charles Schweitzer, envía a Courteline para que se la conteste. Courteline, como Sartre, ignora a la gente. Y en 1963, el hombre Sartre añade esta apostilla a la historia: «En esa época juzgamos severamente su silencio. Admito, dijo Charles, que tenga mucho trabajo, pero aunque fuera infernal, a un niño se le responde».

En Francfort, antes de que el vuelo 500 de la Lufthansa me devuelva a Montevideo, a Santo Domingo, a América Latina, copio estas líneas en una tarjeta postal y las envío a 11, *rue* Schölder, París.

LA REVOLUCIÓN ARMADA DE PACIENCIA

Semanario *Marcha*, 9-VII-1965

Me costó muchos días lograr que los revolucionarios africanos exiliados me toleraran en sus oficinas o en sus modestos cuartos de hotel. Tuve que ir pasando lentamente, de mano en mano, a través de una cadena de recomendaciones o avales que comenzó — quizás por facilidades de idioma— con el movimiento de liberación angoleño y terminó en los hoscos y recelosos simbas congoleños que eran mi objetivo.

Ahora que la revolución del Congo es un movimiento estancado (o por lo menos desdeñado por las informaciones internacionales) la atención latinoamericana ha perdido un poco de vista esa lucha. Puedo decir, sin embargo, como introducción a este extraño reportaje, que pocas veces sentí tanta intraducible emoción y tanto respeto por un movimiento revolucionario como el que motivaron aquellos jóvenes que, sin admitirme a su confianza, hablaron conmigo en un apartamento vacío de El Cairo. Aquella gente — abandonada por casi todos, algo patética— tenía la verdad en sus manos.

El Cairo

El edificio quedaba en el número 17 de la calle El-Massur Mohammed, en Zamalek, el barrio diplomático de El Cairo, y era un lujoso inmueble con portero uniformado y ascensores veloces. Cuando golpeé a la puerta del apartamento 25, una joven africana con una radio a transistores pegada al oído me condujo, sin perder el ritmo del cha-cha-chá, a una sala desguarnecida. El único mobiliario consistía en cuatro sillones baratos, una mesa quemada por cigarrillos y un enorme retrato de Patrice Lumumba, sin colgar y adosado a la pared. Por la ventana del séptimo piso se divisaba el atardecer sobre el Nilo y más allá, las torres de las mezquitas. Tomé asiento y pasaron varios minutos antes de que experimentara la incómoda sensación de ser observado. Me di vuelta: en un rincón de la sala penumbrosa había tres niños negros de rostros extrañadamente contraídos, que me miraban en silencio. Vestían pantalones vaqueros, zapatos de lona y camisa de colores vivos; uno llevaba una flamante chaqueta de cuero. A no ser por aquella mirada rara, pudorosamente trágica, parecían muchachos comunes de su edad; quizás los hijos de algunos exiliados, que recién llegaban de la escuela. Les pedí que se acercaran y les hablé como se habla a los niños. ¿Cómo se llamaban? ¿En qué grado estaban? ¿Eran hermanos? Sentí que los tres, de algún modo, estaban juzgándome un preguntador de necedades. Los dos más pequeños miraron al de la chaqueta. Éste hizo un gesto casi imperceptible y los tres se adelantaron, colocándose frente a mí en posición militar. Después habló el de la chaqueta: «Dower Tokoko, trece años; Dieudonné Lufungulo, catorce años; y yo, Joseph Ikitete, quince años». Dieudonné Lufungulo, luego de consultar con la mirada a su superior, añadió: «No podemos ir a la escuela todavía porque somos *simbas*». Joseph Ikitete pasó con

ternura una mano por la cabeza rizada de Dower Tokoko: «Estamos aquí con licencia porque nos enfermamos. Este vino hace dos días del Kivu. Ya mató un mercenario». Dower Tokoko sonrió con una sonrisa blanquísima y señaló con admiración una pequeña estrella dorada que había en el hombro de Joseph Ikitete: «Él mató cinco. Mire la estrella». Hubo un clic de interruptor y el comandante Albert Kisonga, que acababa de entrar a la sala y encender la luz, me habló desde la puerta: «¿Ya conoce a nuestros guerrilleros? Aproveche a conversar con ellos, porque el domingo vuelven al Kasai, a seguir combatiendo».

Me había costado una semana ser recibido en el cuartel general del Gobierno Revolucionario Congoleño, en El Cairo. La capital de la RAU es sede de una docena de frentes, coaliciones, consejos y grupos de liberación africanos. Nasser acoge con fraternidad revolucionaria que muchas veces no discrimina importancias, a todos los que se alzan en África contra el colonialismo y contra algunos flamantes gobiernos demasiado prooccidentales. Los subsidios, las armas y los reconocimientos fluyen generosamente hacia estos hombres de mirada febril, que llevan en el rostro el sello impreso por las hecatombes y los genocidios del hombre blanco.

Las organizaciones se multiplican en El Cairo: el Secretariado Afro-Asiático Permanente, el Consejo Superior de la Revolución Congoleña, el Frente de Liberación Nacional de Angola, el UDENAMO (que representa la insurrección en Mozambique), las oficinas de los rebeldes de Rhodesia del Sur o de los terroristas de la Unión Sudafricana. Y circulando entre estas organizaciones mayores, las pequeñas células, los visionarios y los profetas que alquilan un cuartucho a la calle, izan en el balcón la extraña bandera de sus facciones y ayunan quince días para imprimir volantes escualidos que nadie lee, donde se da cuenta de otra masacre de los portugueses o de la policía de Sir Roy Welensky.

En el aprendizaje de las autonomías, las nuevas naciones africanas o los movimientos de liberación crecen y se afirman a costa de hondos desgarramientos; a veces, mediante luchas que enfrentan a los hermanos con mayor ferocidad que al colonialismo. La unidad interna es el gran problema vigente de la liberación africana; su proceso se advierte con nitidez en capitales que, como El Cairo, Argel o Accra, han alcanzado la independencia y la estabilidad que les permite albergar otros intentos. Para el observador extranjero, la diferenciación entre los movimientos eficientes y las chamonadas idealistas de insurrecciones que consisten sólo en un sello de goma y en un cuarto de hotel, no es difícil: los últimos están ansiosos de hablar y ser fotografiados; los primeros son casi inencontrables. Están muy ocupados en pelear la guerra de guerrillas local y sostener, desde sus cuarteles en el exilio, la compleja lucha diplomática de los reconocimientos y los abastecimientos. Los rebeldes congoleños (los «antropófagos comunistas», como acostumbra a llamarlos *Time*) pertenecen a esta categoría. Tienen dentro de su país a Mobutu y a Chombé, financiados por los capitales belgobritánicos, tolerados por el laborista Wilson y por De Gaulle, estimulados por la Central Intelligence Agency; su líder Lumumba fue asesinado; soportan una infamante campaña mundial de prensa y su revolución está cortada de las fuentes de riqueza del país. Y sin embargo, dominan la mitad del territorio nacional, levantan en combate casi doscientos mil guerrilleros y han conseguido unificar su movimiento.

Acertadamente, entonces, los dirigentes congoleños de El Cairo consideran que la resonancia periodística de su tarea es algo postergable. Por eso, cuando a través de una cadena de intermediarios e identificaciones, pedí para hablar con Gastón Soumialot, con Pierre Mulele, con Laurent Kabyla o con Christophe Gbenye, las respuestas fueron elusivas. Sólo Soumialot estaba en la RAU; Mulele y Gbenye iban y venían secretamente entre El Cairo y el Congo. Además, Soumialot tampoco estaría esa semana en la ciudad.

Finalmente, con mi pasaporte examinado a fondo, con entrevistas previas que se demoraron horas en charlas exploratorias y a veces terminaron en brusquedades y suspicacias típicamente africanas, obtuve el consentimiento: Gastón Soumialot, como presidente del Consejo Superior de la Revolución, había delegado al comandante Kisonga —que defendió a Stanleyville contra la invasión de los mercenarios— para la entrevista. (Después me enteraría que el mismo Soumialot había sido uno de los hombres que, sin intervenir directamente, asistieron a la conversación sentados en un ángulo de la sala.)

El astuto Mobutu (y Chombé, que espera detrás de bambalinas la oportunidad de su reaparición) han conseguido casi todo lo que se proponían. Pero sus enemigos, los continuadores de Lumumba, ya no son las tribus analfabetas y desunidas de 1961, ni los sargentos disfrazados con uniformes europeos que sumieron al Congo en la anarquía. Estos negros actuales de francés impecable, que usan ropa de combate verde olivo y mantienen escrupulosamente expeditas las vías clandestinas por donde las ametralladoras Oerlikön compradas en Suiza llegan con regularidad al sur de su país, se proyectan ominosamente en el futuro de Mobutu. Ya no son sargentos ascendidos a mariscales, como éste, ni brujos de tribu convertidos en ministros. Entre ellos hay agrónomos, profesores de Letras graduados en la Sorbona, arquitectos. Han estudiado Economía Política y técnicas subversivas; saben que el método histórico predice su triunfo final y pueden esperar. Lumumba, su idealismo, sus poemas y su odiosa muerte son el estandarte de la nueva rebelión, pero otras tácticas han suplantado a la insurgencia sin plan de los primeros años.

Cuando hablé con Kisonga, hacía poco tiempo que la conferencia llevada a cabo en El Cairo había establecido con firmeza el esquema de la rebelión congoleña, distribuyendo los cargos y las responsabilidades. Mobutu enfrenta ahora una revolución nacional que posee una estructura de base y órganos ejecutivos. Las zonas de operaciones están administradas por comandos militares. Las guerrillas, aunque controlan principalmente la parte sureste del país, actúan en casi todo el territorio interior. Y lo más importante: ahora, la rebelión está unificada política y militarmente.

El órgano supremo es el Consejo Superior de la Revolución, compuesto de veinte miembros —cinco por cada una de las tres zonas operacionales y cinco por el resto del país— y dirigido por un *bureau* donde Soumialot es el presidente, Mulele y Kabila los vicepresidentes y Gabriel Yumbu el secretario. La rama deliberativa de la revolución es la Conferencia Nacional del Consejo Nacional de Liberación, que se reúne una vez por año integrada por delegados de las bases. El brazo político del Consejo Superior es el Gobierno Revolucionario, presidido por Christophe Gbenye. Los antiguos recelos tribales han sido eliminados por medio de un gabinete de seis ministros, uno por cada provincia:

Tumba–Mwassipu, de Finanzas y Asuntos Económicos, por Leopoldville; Casimir Mbaiguira, de Relaciones Exteriores, por el Kivu; François Sabiti, de Comunicaciones, por la provincia Oriental; Camille Nkumu, de Educación Nacional, por la provincia del Ecuador. Y otros dos ministros por el Kasai y por Katanga, a designar apenas haya terminado la consulta a las bases, todavía dificultada por la guerra.

Las zonas de operaciones, rama militar del Consejo Superior, están confiadas a comandantes que actúan bajo directivas unificadas: Pierre Mulele en Leopoldville y el Kasai; Laurent Kabila en el Kivu y Katanga; Nicolás Olonga en la provincia Oriental y en la del Ecuador.

El comandante Albert Kisonga, como los otros oficiales que estaban en la sala, es un joven menor de treinta años. Casi todos llevan barba e invariables lentes para sol, que les ocultan la mirada y les hacen hablar como oráculos, mirando hacia adelante. La mística de una rebelión socialista se mantiene en algunos rasgos de sus exposiciones precisas y de palabras cuidadosamente elegidas: tutean a las primeras palabras y usan profusamente el término «camarada». Las crónicas de *Life* y *París Match* han descrito a los *simbas* como salvajes exhibicionistas, y las fotografías de algunos soldados excéntricos en atuendo pintoresco y actitudes ridículas han sido distribuidas con abundancia. Pero estos jóvenes que conversan gravemente fumando cigarrillos americanos, evitan caer en las anécdotas personales y en las descripciones heroicas.

Kisonga defendió a Stanleyville y fue su comandante militar hasta la retirada. Cuando procuré llevarlo al relato de una batalla que durante diez días mantuvo al mundo en suspenso, se limitó a las respuestas básicas, sin justificarse ni exagerar la crueldad del adversario. Los rehenes europeos, la muerte del misionero norteamericano Carlson, la entrada de los mercenarios borrachos (como aparecieron fotografiados en *L'Express*) que fusilaban en masa a los aterrorizados transeúntes negros, las intervenciones de aviones norteamericanos piloteados por cubanos anticastristas, todas las escenas dramáticas evocadas por mis preguntas fueron mencionadas en el mesurado lenguaje de ideólogos que están más allá de la anécdota. Los «salvajes» hablaban como historiadores y querían que yo, ya que les hacía perder su tiempo, me enterara de lo que realmente importaba y no de la crónica policial. Naturalmente que se fusiló a Carlson —dijeron—, pero no fue un asesinato sino una ejecución: tenía el grado de mayor de US Army, informaba a la CIA, se le detuvo y juzgó por espionaje. Los rehenes europeos murieron después de la entrada de los mercenarios en Stanleyville, cuando los bombardeos con *napalm* a los suburbios y las masacres de mujeres y niños negros enfurecieron a los civiles, mientras los guerrilleros en retirada ya no podían protegerlos. «Por cada blanco —observó uno de los presentes— murieron ese día más de doscientos cincuenta congoleños.» Y otros 15.000 más fueron ultimados a tiros, a palos, mientras estaban maniatados, acuchillados en las prisiones adonde los conducían las redadas callejeras, en las semanas siguientes.

Más importante, para Kisonga y sus compañeros, es desvirtuar las acusaciones de comunismo, de enfeudamiento al partido ruso o al chino, de convivencia con tal o cual tendencia africana, sea el grupo de Casablanca o el grupo de Brazzaville. Resumen así su

ubicación: «Esta guerra es de liberación, y su principal objetivo es recuperar la soberanía del país. Mobutu y Chombé sólo representan la intervención extranjera. Su permanencia en el poder mantiene al Congo como colonia. Por ahora sólo queremos ganar la guerra, dejando para después el establecimiento de programas e ideologías. Las reformas de estructura ni siquiera se han planteado en nuestro movimiento, y las modificaciones locales a que hemos llegado en algunas zonas obedecen sólo a soluciones para anular las disensiones tribales. Y más aún: consideramos como finalidad de la guerra una victoria militar, pero tampoco creemos que ella llegue con la captura de Leopoldville, por ejemplo. Mientras haya extranjeros en el Congo, habrá guerra. Nuestra consigna es: no luchar en las ciudades y mantener la guerrilla en el interior. Liberamos a Stanleyville, por ejemplo, pero no insistimos en guardarla. Por supuesto, hemos estudiado el ejemplo de otras guerras de liberación. No poseemos, como pasó en Cuba, una guerrilla que esté apoyada en las ciudades por movimientos de resistencia civil. Y como no tenemos organizaciones civiles paramilitares, nuestro modelo es, en cierto modo, el chino: la guerrilla móvil. Las zonas de operaciones están proyectadas con arreglo a las necesidades de mantenimiento de la guerrilla. Hacemos cualquier sacrificio de hombres y de material con tal de conservar nuestro control actual de las fronteras con Katanga, del área al sur de Bakuvu y de Buta, en el Norte, porque por allí llegan nuestros abastecimientos. No haríamos ese sacrificio por retener una sola ciudad».

Cuando se plantea a los congoleños la pregunta concreta sobre el fundamento ideológico de su revolución, sobre la opción entre el marxismo-leninismo y otras vías socialistas, sobre el acercamiento a Moscú o a Pekín, los silencios se hacen pesados. El apoyo chino a la rebelión de Soumialot, en 1964, fue un hecho evidente. También lo es el mutismo que la URSS y, en general los partidos comunistas de la línea soviética, han guardado sobre los acontecimientos revolucionarios posteriores a las masacres de Stanleyville. En El Cairo, los observadores juzgan a la rebelión como auspiciada inicialmente por Pekín, con apoyo de dinero y armas, pero dicen al mismo tiempo que la Conferencia logró una difícil unidad: la de los «chinos», los socialistas moderados, los «rusos» y los nacionalistas turbulentos como Gbenye o los rebeldes de Leopoldville, representados en el gobierno por Tumba-Mwassipu. En todo caso el comandante Kisonga —ayudado por alguna recomendación en dialecto que surgía de los hoscos compañeros sentados más lejos— no quiso tratar a fondo ese punto. «Eso lo discutiremos cuando termine la guerra», dijo.

La rebelión congoleña, que desde la época de Lumumba hasta el año pasado era una red de brotes esporádicos, gobiernos de caudillos locales y disensiones políticas, parece haber trasladado de manos su poder. Soumialot, Gbenye, Kabila siguen siendo las cabezas visibles. Pero el poder político reside quizás en formas más colectivas de organización. En su conversación, Kisonga aludió repetidas veces: «Quiero destacar el rol decisivo jugado por los camaradas llegados directamente de los frentes de combate».

Los jóvenes que están a la cabeza de la lucha armada parecen haber desplazado a los políticos y a los caudillos. Han impuesto la unidad, han reorganizado la guerra en forma más tecnificada y han incorporado a las guerrillas y al gobierno en el exilio un elemento

significativo, en el que Lumumba ni había soñado: los comisarios políticos. (Durante la entrevista con Kisonga estuvo presente también un comisario político, que prefirió no decir su nombre pero intervino discretamente a lo largo de la conversación.)

Estas modificaciones han impuesto a la rebelión una firmeza de mando, un ascetismo de conducta y una eficiencia sostenida por la mística revolucionaria, que no puede menos que evocar el sistema chino. La lucha contra el tribalismo y los caudillos locales ha sido exitosa. Cyrille Adoula, un separatista a su manera, fue desplazado y anulado pese a proclamarse el discípulo preferido de Lumumba. Christophe Gbenye, que creó el denominado gobierno de Stanleyville, se sometió a las decisiones de «los camaradas del frente». «El gobierno de Stanleyville —dijo uno de los presentes en la entrevista— no representaba a nadie, pero hacía creer que estaba sincronizando la actividad de los frentes de guerra. Y en esa época no había las estructuras de base que hoy permiten armonizar la conducción de los frentes.» También han sido drásticas las medidas contra el tribalismo. Las divisiones administrativas creadas por el gobierno Adoula (más de quince provincias artificiales, que contemplaban rencos locales) se eliminaron: «Sólo reconocemos seis provincias en el Congo: las de la antigua división política. Cada provincia tendrá un ministro en el gobierno».

«Después de Stanleyville —señaló el comandante Kisonga— sacamos algunas conclusiones que forman ahora nuestra cartilla de combate. Pueden describirse así: 1) estratégicamente, es ineficaz ocupar centros urbanos. Nuestra presencia provoca bombardeos aéreos que no nos afectan, pero masacran a las poblaciones civiles; 2) es fundamental para recibir abastecimientos y adquirir prestigio entre la población campesina, consolidar nuestras bases de operaciones en el interior y dominar, incluso administrativamente, vastas zonas bien delimitadas; 3) los grandes centros urbanos no deben ser ocupados sino cercados tácticamente, en un radio que, según la importancia de la ciudad, varía de 100 a 150 kilómetros. El caso de Stanleyville es una excepción: la tenemos cercada a sólo 7 kilómetros, obligando al gobierno central a abastecerla por vía aérea.»

El apoyo popular que toda guerrilla requiere fue definido con palabras más ortodoxas, casi de manual, por Placide Kitunga, que presidió la Conferencia unitaria de El Cairo: «Esta es una guerra de liberación y no de conquista. Sabemos con quién tenemos que enfrentarnos, conocemos las posibilidades y la fuerza de nuestros enemigos, pero hay un hecho. En nuestro combate, tenemos a nuestro lado al pueblo congoleño. No se puede construir un país sin su pueblo, cualquiera sea la ayuda que una potencia extranjera otorgue, aún cuando esa potencia resulte ser la más fuerte del mundo».

Surge con evidencia, en entrevistas de este tipo, otro hecho: la rebelión congoleña se declara consagrada exclusivamente a una tarea militar: el sostenimiento de la guerrilla, su extensión progresiva hasta el debilitamiento del gobierno central. Y, complementariamente, la intención del Consejo Superior de no pactar ninguna solución que signifique un acuerdo con Mobutu o Chombé. Para los guerrilleros, Chombé, sobre todo, es el títere manejado desde afuera, la representación del enemigo verdadero que es el colonialismo.

Fue mencionado casi sin odio, como una despreciativa verificación. «¿Reconciliarnos con quién? —ha dicho Mbaguira, ministro de Relaciones Exteriores—. Se excluye que lo hagamos con gente como Chombé, Kasabuvu, Mobutu o Nendaka.» Igualmente, el CS ha rechazado la aparición de una personalidad neutral que pudiera ser la base de una fórmula transaccional de paz, o de un gobierno de unidad nacional.

«Nuestra arma principal —dice Kisonga— es la paciencia. Somos 200.000 hombres armados, controlamos territorios habitados por más de 7 millones de congoleños. Ya aprendimos, con Patrice Lumumba, lo que significa confiar en las transacciones. Podemos esperar y no dejaremos de combatir.»

BOLIVIA BAJO EL PENTÁGONO

Semanario *Marcha*, 20-VIII, 17-IX-1965

En julio de 1965, el señor Guy Anaya Ferrer (un amable y cosmopolita consejero de la embajada boliviana) me hizo saber que su gobierno se complacía en invitarme para asistir en La Paz a los festejos del 6 de agosto, la efemérides nacional. De paso, podría verificar las realizaciones y el pensamiento de los generales Barrientos y Ovando, que en noviembre de 1964 habían volteado a Víctor Paz Estenssoro y gobernaban mediante una Junta Militar. René Zavaleta Mercado, Ñuflo Chávez y otros amigos exiliados me aconsejaron el viaje. Puse como condición una absoluta libertad de movimientos y de contactos, y el señor Anaya Ferrer dijo que sí.

Las facilidades de entrevistas y desplazamientos corrieron por cuenta de la Junta, que cumplió la palabra de Anaya Ferrer; las conclusiones, exclusivamente por la mía. Fue una buena oportunidad de apreciar, en vivo, tres aspectos del proceso político latinoamericano (y en un país donde los hechos se han producido singularmente descarnados): el deterioro de un movimiento revolucionario en el poder, la sistematización del golpismo militar auspiciado por los Estados Unidos (con su concomitante de una burguesía nacional incapaz de oponerse o presentar fórmulas de salida) y, finalmente, la intuición admirable con que el pueblo, sordamente, estructura la resistencia y organiza las soluciones revolucionarias. En las situaciones de 1965 que describo en estos reportajes se puede hallar el germen de la eclosión guerrillera en 1967.

Los fascistas simpáticos

El sol invernal caía a plomo sobre la plaza Murillo, y veinte mil estudiantes de enseñanza media desfilaban a paso de ganso ante el Palacio Quemado. Las bandas militares atrona-

ban el aire y dos soldaditos, con uniforme de tipo norteamericano, se cuadraban junto al monumento nacional de la Revolución: el farol pintado de gris donde fue colgado el cuerpo agonizante del presidente Villarroel. En el balcón del Palacio los miembros de la Junta Militar presenciaban el desfile. Con el rostro despellejado por el sol y el frío de sus giras altioplánicas casi cotidianas, René Barrientos Ortuño hacía la venia a las muchachas que volvían la cara hacia el balcón, al pasar; a veces, agitaba subrepticamente la mano, agradeciendo la sonrisa sugestiva de alguna abanderada. A su lado, el general Alfredo Ovando Candia se apartó de la baranda y entró en el Salón Rojo, donde los ayudantes habían preparado una mesa con café. Ofreció una taza a un periodista uruguayo, y mientras le servía cortésmente el azúcar, preguntó: «¿Qué le está pareciendo la demostración de la juventud boliviana?» Afuera se oyeron gritos fuera de programa, que las bandas se apresuraron a cubrir, tocando más fuerte. La multitud onduló confusamente y por un costado de la plaza aparecieron grupos de jóvenes del Partido Obrero Revolucionario, llevando carteles con leyendas contrarias a la Junta. Sobre la cabeza del público volaron puñados de octavillas a mimeógrafo. Unos decían: *Los generales fascistas son los autores del alevoso asesinato de César Lora*. Otros: *Mueran los generales asesinos*. Hubo corridas enérgicas de la policía militar, mientras el desfile proseguía, interminablemente. Después la multitud se calmó y los volantes quedaron en el suelo, sin que nadie los recogiera. El general Barrientos abandonó el balcón y se reunió con los tomadores de café, secándose la frente. Ovando extrajo un paquete de cigarrillos Lark y el coronel Juan Lechín Suárez, presidente de la Corporación Minera, le dio fuego con un encendedor que tenía el emblema de la Gulf Petroleum Company.

Ahora desfilaban los *boy-scouts* y los rostros crispados de los muchachitos enrojecían en el esfuerzo del paso de ganso, pero los generales no volvieron al balcón. Con Barrientos y Ovando al frente de los periodistas, el grupo subió las escalinatas interiores del Palacio Quemado —donde los espléndidos murales revolucionarios de Pantoja están cubiertos por una capa de lechada amarilla dispuesta por la Junta— y se dirigió a la conferencia de prensa que los presidentes otorgarían a periodistas venidos de Venezuela, Perú, Estados Unidos y Uruguay.

El pretexto para invitar a los periodistas extranjeros estaba contenido en un nutrido folleto con las efigies de Bolívar y Sucre (en un paralelo subliminal con las de Ovando y Barrientos, más explícitamente difundido en las calles con afiches donde se veían las imágenes de los cuatro): la conmemoración de la Independencia Nacional, el 6 de agosto. El programa de festejos, sin embargo, se extendía hasta el 31 y comprendía cosas tan heterogéneas como la consagración del Año del Mariscal Santa Cruz, la creación del Día del Indio, exhibiciones de paracaidismo femenino a cargo de señoritas del ejército boliviano, la melancólica revisión de la guerra del Chaco en un partido de fútbol Paraguay-Bolivia, la confirmación de los títulos de propiedad de la tierra otorgados por el MNR a los campesinos, un *ballet* boliviano-español cuya directora se denomina «La Niña de Fuego», una corrida de toros, desfiles militares, la colocación de una bandera patria en el escarpado pico de la Muela del Diablo y la inauguración de innúmeras obras de ámbito municipal.

Desde concentraciones campesinas hasta «diabladas» en el estadio, desde visitas al suntuoso Club 21 hasta los *cocktails* informales que organiza con sabiduría el secretario de la Junta, Marcelo Galindo (una especie de *playboy* democristiano, si el género existe), los militares gobernantes trazaron una atareada agenda folclórico–mundana a los periodistas visitantes. La concepción era ingeniosa pero ingenua; olía demasiado a *public relations*, transpiraba muy visiblemente la mecanicidad de una imagen nacional prefabricada. «Esta visita —dijo uno de los periodistas— se parece a una convención de vendedores de automóviles. Sólo falta el pastel con la chica adentro.» No estaba muy errado: la Junta Militar importa de Washington no sólo sus uniformes de campaña y sus *bazookas*; también pide a los norteamericanos sus métodos para ganar amigos. Un señor rubicundo y amable, llamado Mr. Frederick P. Drew, dirige las relaciones públicas del gobierno en nombre de su firma, la Hamilton Wright Organization Inc., con sede en Nueva York. Como ya lo hizo con Puerto Rico y con Perú, la Hamilton Wright Organization ha firmado un contrato con la Junta, para asesorarla en relaciones públicas. Es decir, para promocionar el sueño de los militares que ahora mandan: un país institucionalizado y pacífico, con clases dirigentes modernas, sofisticadas y comprensivas; con un pueblo que respeta a sus gobernantes, porque lo salvaron de la anarquía; con una iniciativa privada satisfecha, próspera y generosa; con una presencia norteamericana que financia, arma y aconseja, sin pedir absolutamente nada; con el unánime repudio social a un puñado de agitadores de izquierda sin masa; con campesinos agradecidos, mineros despolitizados y clase media leal. Y ese sueño militar que postula las antinomias de un sindicalismo sin conciencia de clase, un latifundismo satisfecho de perder su tierra, un embajador norteamericano encantado con la nacionalización de las minas, un proletariado feliz con sus rebajas salariales del 50% y un inversionismo privado pronto a financiar las administraciones estatales, sería para la Junta nada menos que la continuación de la Revolución Nacional que inició Busch, profundizó Villarroel, se interrumpió con los doce años del MNR y es ahora retomada por Barrientos y Ovando.

Esta imagen boliviana, sintéticamente, es la que la Junta y el señor Frederick P. Drew han concebido para uso exterior. Los periodistas, sin embargo, rompieron el esquema y usaron la incondicionalidad de la invitación para otros usos: la recorrida de distritos mineros, el viaje a los campos de confinamiento en el Amazonas, las entrevistas inesperadas con dirigentes prófugos, con trabajadores despedidos y con políticos de la izquierda que resiste. Ello restableció para los visitantes el rostro verdadero de un país bronco, desgarrado y sufriente, al que los militares pretenden otorgar una frivolidad que no le calza y convertir en una especie de Disneylandia del gorilismo continental.

Esa incompreensión, ese distanciamiento neurótico de la realidad, esa alienación de las verdades de país colonial o subdesarrollado, son el sello de este militarismo adiestrado en Panamá y en el Pentágono, uniformado y subsidiado por el panamericanismo. Lo que ilustra penosamente la Junta Militar es el peligro que corren las nuevas generaciones militares de estos países: perder pie en las nociones de patria y de continente. Por debajo de la proclamada adhesión revolucionaria, de los abrazos con los campesinos y del uso del *ilu-*

chu, en Barrientos y Ovando se advierte la condición insoslayable de un militarismo que Washington entrena para el policiamiento de las insurrecciones americanas.

Castillo Armas fue un sietemesino desagradable; Pérez Jiménez era un hedonista grasoso y rapaz; Castelo Branco supera muy pocas veces la ridiculez y la ineptia para la representación pública; Stroessner posee una eficiencia germánica para la crueldad, que repele. Pero la personalidad del binomio boliviano, como la de un cantor de *twist*, ha sido creada y diseñada cuidadosamente por sus promotores. Si hubiera que definir la primera impresión que causa este nuevo militarismo boliviano cuando se entra en contacto con sus jefes, no podría dejarse de mencionar la simpatía. «Ser simpáticos» parece la consigna de la Junta. Ella se transmite a los tenientes, a los funcionarios civiles del Palacio, a los incondicionales que fingen como asesores o expertos de tal o cual ministerio, y que pasaron intactos, sin que se les moviera un pelo, del MNR al MPC, o Movimiento Popular Cristiano, el nuevo partido de Barrientos. («Ese es un *mepasé*», dice el humorismo popular en La Paz, de estos tráfugas bien rentados.)

Barrientos, en general joven que cultiva el tipo deportivo y se corta el pelo en *crew cut*, es el extremo opuesto del militarote latinoamericano. Reviste el sobrio azul pizarra de la Fuerza Aérea (aunque no desdeña los entorchados del uniforme N° 7, gala, a la menor provocación mundana) y su expresión juvenil —curiosamente similar a la de Palito Ortega— nunca está plenamente distendida. Barrientos, callado o disertando, tiene siempre su rostro melancólicamente nublado, como si el fardo del poder o el sufrimiento de la responsabilidad nacional hubiera marcado definitivamente su vida. (Sus enemigos, en los pasillos del Palacio Quemado, susurran que esa expresión se debe a una otitis crónica.) No hay duda de que esta imagen del militar viril, responsable y preocupado por la patria pese a su juventud, fue atractiva en su momento para el hombre de la calle. Esta simpatía de Barrientos no surge de la sonrisa fácil o del gracejo malicioso que adorna al hombre boliviano. Es una especie de *ersatz*, y no es difícil entender que el interlocutor desprevenido llegue a simpatizar con Barrientos por la vía de la compasión, sensibilizado ante la modestia compungida del personaje. Es posible visualizar un paralelo, antes de noviembre de 1964, entre este joven general que discursaba en quechua ante los campesinos, revestido de cierta aureola de valor personal, y el profesor Paz Estenssoro, el Mono (según sus enemigos), el Viejo (según sus discípulos), con su palidez intelectual y sus anteojos, gobernando desde un escritorio. Un paralelo que la Hamilton Wright Organization ha creído explotar con éxito.

En otro estilo, el general Ovando también es simpático. Agrega a la juventud del otro, a su vago desvalimiento, el respaldo de una madurez física (aunque son casi de la misma edad) y de una apariencia ascética. (En el balcón del desfile le mostré una revista satírica, donde aparecía caricaturizado con las patillas y el uniforme de Bolívar, aprovechando sus rasgos semejantes. Se rió silenciosamente y llamó a otros ministros para que la vieran. Mientras la revista pasaba de mano en mano, él fumaba observando con atención las reacciones de los demás, con cierta expresión de orgullo.) Combatiente del Chaco, goza de gran prestigio en el ejército. «Obsérvalo bien —me dijo el director de un diario que

está en buenas relaciones con la Junta— porque es el hombre de pensamiento del gobierno.» Y Guillermo Lora, el dirigente del POR, había comentado antes: «Es el más peligroso de los dos. Piensa. Sabe lo que quiere». Ovando engañó a Paz sobre su lealtad al gobierno hasta el último momento. En Lima, el expresidente lo confirmó: «Me di cuenta de que era un traidor —dijo ante mi pregunta— cuando el avión despegaba de El Alto». (Otros me dijeron que eso pasó mucho después, y que Paz Estenssoro, inclusive, envió una carta a Ovando desde el Perú, agradeciéndole su intervención en la huida y cómo veló sobre su seguridad.) Una anécdota cuenta de una reunión conspirativa de militares, en octubre del año pasado. Se entera el Control Político del MNR y su siniestro jefe San Román llama al presidente. Paz Estenssoro despierta a Ovando, por teléfono: «Vaya a tal dirección. Están Fulano y Mengano en reunión subversiva». El general se viste, llega a la reunión... y se queda. Después del 4 de noviembre, comenta a los periodistas del Palacio: «Lo que el Viejo no sabía era que mi presencia estaba prevista en la reunión, pero tenía que llegar de esa manera, para que no sospecharan: mandado por él mismo».

Barrientos es el mecenas de su Fuerza Aérea; le consigue aviones flamantes y hermosos uniformes; dispuso para su capital político de los fondos de Acción Cívica (un programa de acercamiento de las Fuerzas Armadas al pueblo, mediante edificación de escuelas, construcción de caminos, etc.) con dólares que proporcionaba el Pentágono; posa como amigo de los campesinos. Pero la fuerza la tiene Ovando, el hombre que habla poco pero piensa mucho. Sus declaraciones siempre contienen alguna afirmación básica, confusa pero inquietante: «Cuando una revolución nacional se frustra, el ejército se hace *nasserista*»; «Los partidos políticos pueden corromperse, pero en las Fuerzas Armadas siempre hay una mística que las salva». Y no vacila en decir algo importante sin circunloquios, si cree que ha llegado el momento. Durante la entrevista de prensa lanzó una inesperada bomba, que dejó estupefactos a los periodistas bolivianos y ocasionó más de un cable diplomático al exterior. Con cierta impertinencia yo le había preguntado, ante su afirmación de que la Junta Militar era absolutamente imparcial frente a los partidos: «¿No considera que la existencia del MPC, formado por amigos del general Barrientos, significa una ventaja previa para una posible candidatura presidencial del General? ¿Eso no representa, por parte del general Barrientos, un aprovechamiento de su situación frente a ustedes, que no hacen política preelectoral?». Sentado junto a Barrientos y mirándolo, Ovando repuso: «No lo creo así. Cuando llegue el momento, cualquiera de nosotros podrá ser candidato presidencial». Era la primera vez que afirmaba públicamente la posibilidad de su candidatura, y se oyeron algunos murmullos.

Los pronósticos políticos son una forma de la ingenuidad, pero ningún observador de la realidad boliviana puede desechar la idea que surge después de adentrarse un poco en la personalidad de los dos presidentes y en la relación de fuerzas donde reposa la Junta Militar: si el proceso boliviano continúa dentro de las coordinadas actuales, el general Alfredo Ovando desplazará a su inseguro copresidente, porque el ejercicio del gobierno exige cualidades más sustanciosas que el atractivo físico, o los métodos de simpatía prescriptos por los señores Drew que circulan en América Latina.

Los periodistas extranjeros pudimos encontrarnos varias veces con Barrientos y Ovando. El protocolo gubernamental boliviano no es la tramoya oligárquica de la Casa Rosada, ni el ceremonial brasileño que rememora el Imperio. Hay una especie de provincianismo cálido y cordial, que no es de este régimen ni de ninguno en especial, sino del ambiente paceño mismo, impregnando los actos oficiales y las recepciones mundanas. El pisco popular se sirve entre los fracs y los uniformes de gala, y no hay edecanes ni intermediarios entre los deseos de conversar con uno de los generales y la posibilidad de hacerlo, si se coincide en una misma reunión. (En el teatro, una noche, los diplomáticos de los palcos contiguos y los uruguayos que nos refugiábamos, de pie, en la penumbra, pudimos observar al fatigado Barrientos durmiendo rígidamente, con la cabeza erguida, mientras en el escenario culminaba un *ballet*. Ni su esposa ni los ayudantes intentaron despertar al general, que había tenido un día agitadísimo, hasta que se encendieron las luces.)

La conferencia de prensa en el Palacio Quemado fue típica de este tranquilo sistema boliviano. La mesa de reunión era la de la Junta, y la carpeta de cuero de cocodrilo frente a mí decía «Vicepresidente de la República», trayéndome recuerdos de Juan Lechín Oquendo; enfrente, dos grandes retratos de Busch y Villarroel entronizaban a los dos héroes nacionales. Los muebles eran suntuosos y la silla presidencial de Ovando de fabricación reciente, aunque gemela de la más antigua, ocupada por Barrientos. Ambos se sentaban a la cabecera, Barrientos frente al retrato de Busch, Ovando, frente al de Villarroel. Pero estas connotaciones históricas de la escenografía no tentaban a los generales para apartarse de la llaneza bien libretada por sus asesores.

Antes de que su compañero iniciara la conversación, Ovando sacó sus cigarrillos Lark y convidó a los periodistas más cercanos. Le di fuego, y no resistí a la tentación de decirle: «Discúlpeme, pero no tengo encendedor de la Gulf», lo cual le sonó, evidentemente, a frase dadaísta.

En muchos de nosotros se sucedían silenciosamente las preguntas posibles. Las predominantes, sin duda, se referían a la filosofía de la Junta Militar. Estábamos sentados frente a los generales que habían triunfado en el sexto golpe militar de los que la CIA y el Pentágono han previsto cuidadosamente para América Latina en la década del 60. Un nexo secreto unía a estos dos hombres con el gorilismo de Brasilia, con los azules y rojos de Campo de Mayo, con la Junta de Ecuador. Y la teoría boliviana que postula la simpatía como método de gobierno, nos daba más posibilidades de enterarnos de lo que pasa tras la frente de los militares en el poder.

Barrientos habló el primero, sin leer. Pero era curioso ver de qué manera, con fría discreción, el general Ovando deslizaba de vez en cuando a su lado una sugerencia, un término más exacto o una advertencia. Por mi ubicación a su lado, pude ver además cómo Ovando iba tomando apuntes de la exposición de Barrientos, poniendo asteriscos en algunos puntos especiales.

Barrientos fue el vicepresidente de Paz Estenssoro. Desde Lima, Paz lo ha llamado «felón» y «traidor». ¿Cómo explica Barrientos la aceptación de su candidatura para un gobierno que después derribaría? En sus propios términos, el segundo gobierno de Paz,

donde él integraba la célula militar del MNR y fue ministro, era «la dictadura más secante que ustedes se pueden imaginar». Pero consintió en ser vicepresidente. «Después de discutir este problema con el general Ovando y con algunos otros jefes militares, aceptamos la candidatura vicepresidencial.» «Al señor Paz no fue difícil echarlo a un lado; nuestro coraje no consiste en haber echado al señor Paz, sino en haber recibido esta tremenda herencia y tratar de salvar este país con medidas que son, indudablemente, antipopulares.»

Pero cuando terminó el capítulo de exculpaciones y absoluciones, se pudieron hacer algunas preguntas más cercanas a aquellas especulaciones silenciosas del principio. Era el cuarto día de la visita y estábamos llenos de datos y estadísticas; la agenda prometía, además, entrevistas con ministros y técnicos. Algunos preferimos no descender la conferencia de prensa al nivel de los datos que pueden ser encontrados en las oficinas públicas, y encaminamos la charla hacia las preguntas políticas. Casi siempre, en este terreno, contestó el general Ovando.

—¿Quién les financió la revolución? —pregunté, por ejemplo.

—La nuestra —dijo Ovando con un epigrama involuntario— es la subversión más honesta que haya tenido Bolivia. No fue financiada ni por Patiño ni por el Departamento de Estado. Debo decirles un dato histórico que no se conoce. El 2 de noviembre llegó a La Paz un enviado diplomático norteamericano, para hablar con el general Barrientos tratando de disuadirlo.

—La disuasión —insinuó— puede haber venido del Departamento de Estado, donde el doctor Paz contaba con buenos amigos. Pero se dice que en los Estados Unidos hay más de una política exterior.

—¿Qué otra política? —preguntó Barrientos.

—Por ejemplo, la del Pentágono, que ha apoyado su Acción Cívica, o la de la CIA.

Ovando adoptó un aire severo:

—Eso es una intriga de Paz. En nuestra calidad de militares, muchas veces fuimos invitados a los Estados Unidos y a conferencias, pero nunca se nos insinuó nada. Mire: este paso (la revolución) estaba programado para antes de las elecciones. Pero lo supo un amigo norteamericano del doctor Paz y fue a contárselo.

Un periodista peruano tuvo entonces su oportunidad de ser también impertinente y aludir al embajador estadounidense que fue íntimo respaldo de Paz, y sigue en su cargo:

—¿Eso quiere decir que el señor Henderson es mal visto por la Junta?

—El señor Henderson —dijo Ovando— cumple su función honestamente y no me refería a él.

A esta altura, la conversación respiraba ya el aire de irrealidad que contagia todos los procedimientos de los militares bolivianos. Ciertas actitudes fueron dificultosamente justificadas por Barrientos. Las elecciones para el tercer período de Paz habían sido fraudulentas, pero él aceptó la vicepresidencia así obtenida. Su futura candidatura pre-

sidencial requeriría (Ovando lo confirmó) la renuncia a la Junta. ¿Cómo, sin embargo, su anterior candidatura inmediata al golpe fue sostenida sin renuncia? ¿Se debió a ello la creciente imposición de Ovando en el gobierno? ¿Ovando lo controla? Desarmado de su calma y apelando únicamente a su expresión indefensa y juvenil, el general Barrientos ignoró varias de esas preguntas.

—General —pregunté finalmente a Ovando—: ustedes integran un grupo de gobiernos militares que han venido instalándose en el continente, por lo menos sin oposición de los Estados Unidos. En Brasil, en la Argentina, en Ecuador, los militares sostienen que ellos son la fuerza moral del país, frente a los civiles y políticos corrompidos. ¿Ese criterio también es el de la Junta? ¿La Junta, o usted personalmente, tienen criterio general formado sobre ese punto? ¿Se reconocen junto a las Fuerzas Armadas de otros países con dictaduras militares, como participantes de una filosofía de acción que les es común?

La respuesta fue más cautelosa que lo previsto en Ovando. El ideólogo se convirtió en diplomático:

—No quisiéramos opinar. Aquí, con nuestro problema local, tuvimos que levantarnos en armas. Lo deploramos. Yo, como Barrientos, soy civilista. Pero hay situaciones que impulsan a tomar medidas. No sé en otros países, pero aquí, en Bolivia, las Fuerzas Armadas son la seguridad de la nación.

Barrientos había recobrado su apostura y se me ocurrió la última pregunta:

—General: de aquí viajaré a Lima, para ver al doctor Paz Estenssoro. ¿Qué le mandaría decir, por mi intermedio?

Ovando intervino, con cierta furia:

—¡Que sea patriota!

Sonriendo, Barrientos vio la oportunidad de los lugares comunes prestigiosos:

—Si el doctor Paz estuviera sereno, no seguiría en política. Pensaría: ¿qué está haciendo la Junta? Dígaselo: estamos haciendo la Reforma Agraria con más fuerza que nunca; estamos haciendo aquello que él siempre dijo que quería hacer. No tenemos camarilla; no nos hemos entregado a la Rosca. ¿Entonces, contra quién lucha? Que no se entierre en vida. En este país, ya no tiene nada que hacer.

Al día siguiente, los periodistas dejaríamos a los fascistas simpáticos en su Palacio Quemado, viajaríamos a las minas, hablaríamos con los dirigentes clandestinos. Fuera del cordial provincianismo de La Paz y de los dos generales convencidos del astuto esquema en que sus amigos norteamericanos les han ordenado la existencia, otra Bolivia mostraría su rostro: la que hizo la experiencia de una revolución mediatizada por el MNR y, ahora, la de una dictadura que no es sino la secuela de ese proceso desintegrador, donde las culpas

de Paz Estenssoro son evidentes. Además de los libretos que elabora el señor Drew y las proclamas y folletos de los exiliados, Bolivia tiene otra voz y pudimos escucharla.

Las voces de la oposición

En el comedor artesonado de su residencia, el ingeniero administrador de la mina Siglo xx levantó su copa (con el clarete recogido en sus viñedos particulares del sur) y brindó por los periodistas visitantes y por Bolivia. Ya habíamos admirado el mobiliario eduardiano, los palos de golf del administrador y el jardín inglés, con sus álamos moribundos y sus canteros secos en el suelo pedregoso de Catavi. A un kilómetro de allí, en Llallagua, los indios ebrios de chicha conmemoraban la fecha nacional del Seis de Agosto. Al sol, revestidos de sus mantas violentamente coloridas, hombres y mujeres se apiñaban en la plaza pasándose de mano en mano las botellas, vigilados por los carabineros. En las casas de adobe y piedra, en los socavones abandonados donde se guarecen ahora las familias de los despedidos, los mineros de salarios rebajados a la mitad esperaban a que terminara el feriado, sin sumarse a los desfiles patrióticos y a las ceremonias que ocupaban toda la jornada.

Cuando llegó el café, pedí permiso para ir hasta el pueblo en la camioneta de la empresa. «Tengo que ver a un obrero», dije al dueño de casa. El administrador extremó su cortesía: «No tiene que molestarse —me dijo—. Dispondré que él venga. ¿Cómo se llama y dónde vive?». Debí rechazar la oferta. El obrero no podía venir hasta la casa del administrador; ni siquiera tenía una dirección permanente en Llallagua, porque además estaba despedido. Se llamaba Isaac Camacho Torrijo, era dirigente del Comité Sindical Clandestino formado en Catavi después del decapitamiento sindical dispuesto por la Junta y miembro del Partido Obrero Revolucionario. El 29 de julio —el mismo día que los periodistas uruguayos éramos invitados a visitar Bolivia para constatar su normalidad— pistoleros oficialistas habían querido matarlo a tiros. Consiguieron asesinar a otro dirigente minero del POR, César Lora, que iba con él. Camacho había escapado y, a través de su partido en La Paz, acababa de publicar una carta abierta en los diarios, narrando las circunstancias del asesinato. Ahora estaba fugitivo, escondido en alguna parte de Llallagua o en los cerros, dentro de alguno de los ocho mil socavones de Catavi. En La Paz me habían indicado el medio de comunicarme con él.

Dorbal Paolillo, de *El Día*, vino conmigo en la camioneta. En Llallagua vencimos la excesiva cordialidad del chofer y de otro colega, insistentes en acompañarnos hasta el final. La camioneta de la COMIBOL quedó frente a la plaza donde hormigueaban los indios, que se acercaban a examinarla con rostros impenetrables. Yo remonté la cuesta de la calle Arze, donde se estiran dos hileras de casas de adobe y piedra. Allí viven los mineros con sus familias, desde las épocas de Patiño. A los gobiernos oligárquicos y al «súper-Estado» de la Rosca sucedieron una revolución social y doce años de gobierno del MNR, pero los mineros bolivianos mantienen las mismas condiciones de vivienda: largas filas de casas

bajas, confundidas con el ocre pedregoso y sin una brizna de hierba que forma el paisaje. Las viviendas tipo constan de un solo ambiente, con una puerta y una ventana. No hay tabiques, no hay instalaciones de cocina, no hay servicios higiénicos. Tampoco hay jardines o terrenos contiguos donde puedan instalarse gabinetes o pozos negros. Una o dos canillas de agua corriente y una derivación de la red eléctrica del pueblo es toda la concesión del sistema al confort y a las necesidades sanitarias. En esa pieza, se amontona comúnmente una familia; a veces dos, con sus proles. La promiscuidad, la morbilidad infantil, el hacinamiento, son condiciones de la vida minera que Simón Patiño legó a Paz Estenssoro y que han sido transmitidas intactas a Barrientos.

En la dirección indicada, una muchacha de rostro ajado abrió la puerta y me hizo entrar. Desapareció con las líneas de presentación que le había entregado, y yo examiné la pieza. Era igual a las otras casas, con la misma humildad de mobiliario. Había dos diferencias, sin embargo: la casa estaba silenciosa, sin ruido de niños; además, en un ángulo se veía una biblioteca colmada de libros y folletos. Después apareció un hombre joven, que me dijo: «Pilar va a llevarlo, compañero». Pilar era la muchacha, la esposa de Isaac Camacho. En el medio ambiente de indios y cholos, su tez blanca y sus ojos claros eran una singularidad, pero la cara y la actitud estaban marcadas fatalmente por las privaciones, el acosamiento y la desesperanza, como en todos los trabajadores de las minas. Caminaba copiando el trote rítmico y apurado de los indios andinos y me costaba trabajo seguirla, bajo el sol ardiente, mientras subíamos y bajábamos por los suburbios escarpados de Llalagua. Las casas del pueblo no siguen calles o líneas rectas, sino que se desperdigán por las laderas y los cortes de cerros. Pilar ahorra camino deslizándose por la ladera de un río seco, orillando edificios administrativos. Agitándome un paso más atrás, la seguí haciéndole preguntas. ¿Cómo vivía ahora? Bueno; vivía como la mujer de un dirigente despedido; de lo que podían ayudarla los compañeros, de algún trabajo ocasional. La habían echado con sus dos hijas pequeñas de la vivienda, en mayo. Isaac se había ido a encontrar con César y ella había quedado con un pariente. Cuando le pregunté por las niñas, Pilar atenuó un poco el paso:

—Dos tenía, señor, pero ahora me queda unita...

Para mantenerse ella y las dos niñas, Pilar lavaba ropa en casa de los empleados de la empresa, o hacía alguna limpieza. Pero debía dejar a las hijas en casa de las vecinas.

—Aquí el agua es mala, y hay que cuidar que las guagüitas no la beban. A la mía, no podían cuidarla mucho y tomó. Se me murió en una semana, señor. Tenía tres años y le dieron vómitos.

Cuando entré a Llalagua desde Uncía, esa mañana, me habían mostrado el hospital de la empresa. ¿No habían atendido a la niña de Pilar en ese hospital?

—Un médico me dio pastillas, pero no me la dejaron quedar. La llevé para casa y le di las pastillas, pero se me murió igual, señor.

Pilar hablaba sin que yo le viera el rostro. Mientras contaba el hecho simple y terrible, bordeábamos sin detenernos el alto alambrado de una cancha de tenis. Dentro, unos jóvenes vestidos con *shorts* blancos distraían la tarde con sus raquetas, que valen el salario mensual de un minero. Eran los técnicos y altos empleados de la COMIBOL, para los que no había habido rebajas de salarios. Dentro del cuidado rectángulo de polvo de ladrillo, el alambrado los separaba de los cerros pedregosos. Y sin embargo, tenían los mismos rasgos duros y salientes de los mineros, porque también eran bolivianos.

Pilar se detuvo frente a un grupo de flamantes casas modulares de madera, que parecían *bungalows* de California. Esa mañana me habían dicho que eran las nuevas viviendas mineras construidas por la Junta.

—¿Es ahí?

—No, esas son las casas para el ejército. Todavía queda un poco de marcha.

En un recodo del camino, Pilar me dejó con un muchacho y se despidió. El muchacho me llevó hasta otra vivienda, que tenía algo más de comodidad que la usual. («Esta es de un soltero», explicó.) Cerró la puerta con llave y esperamos, en la penumbra. Media hora después, tres hombres entraban a la casa. Uno se quitó el sombrero, los lentes de sol y el sobretodo. Estaba barbudo y transpiraba, quizás por alguna marcha forzada desde un sitio lejano. Era Isaac Camacho, el sobreviviente del atentado donde habían matado a César Lora.

Los cuadros oficialistas del MNR, el Partido Comunista, el POR trotskista y el PRIN de Lechín Oquendo, fueron los sectores que han aspirado tradicionalmente a la hegemonía en las minas. Desde la ruptura de Lechín con Paz Estenssoro —cuando éste postergó el acuerdo de que la cuarta presidencia constitucional del MNR correspondiera al líder minero— la predominancia de Lechín en el movimiento obrero privó al gobierno del respaldo que significaban los 28.000 mineros sindicados dentro de la COMIBOL, y los 22.000 pertenecientes a la minería privada. Dentro del sindicalismo de las minas, el POR, el PRIN y el Partido Comunista siguieron disputándose la dirigencia, pero tácitamente todos coincidieron en la oposición a un gobierno que, según ellos, había desvirtuado la revolución y se encontraba ya en el campo del imperialismo. Durante dos horas, Isaac Camacho me proporcionó una versión de la situación minera boliviana que era la de un militante del POR (un partido pequeño, minoritario en la dirigencia sindical de épocas normales, pero cuyo fanatismo y mística revolucionaria lo convierten en fuerza de choque importante y decisiva en situaciones de hecho como la boliviana), y también la de un dirigente minero y la de un opositor político que se ha decidido por la violencia. Esa versión comienza por señalar errores pasados en Lechín, y hasta en el mismo POR («a veces no trabajamos lo suficiente por la unidad, e hicimos mucha política»). Pero ni Camacho ni el Secretario del POR en La Paz, Guillermo Lora, llegaron a aceptar el otro error común a toda la izquierda sindical (el que Siles Zuazo procura borrar inútilmente, el que Ñuflo Chávez disimula ahora con interpretaciones correctas pero tardías, en folletos del exilio); por repudiar a Paz Estens-

soro y a la mediatización de su régimen, sus enemigos dentro de la revolución facilitaron la llegada de Barrientos al poder. Cuando se alude a ese hecho, Camacho contesta:

—Víctor Paz fue el primero en meter el ejército en las minas, cuando lo mandó a la mina San José, en Oruro. El gobierno ya era enemigo de los mineros en octubre.

La parte final de la nota de presentación que me dieron en La Paz para los dirigentes mineros, decía: «Deben relatar todo lo que piensan los obreros». Al preguntarle si esos acuerdos son entre la dirigencia del interior y el exilio, Camacho responde: «Todavía no, pero sí en las bases. Lo que piensan los obreros es que la unidad se debe concretar en hechos. Por ejemplo, aceptaron la consigna de trabajo a desgano emitida por el Comité Sindical Clandestino. Hasta mayo, la mina Siglo xx producía 300 toneladas mensuales de fino (y aún, 480); en julio, esa producción bajó deliberadamente a 190 toneladas».

«Hemos intentado las soluciones pacíficas», afirmó Camacho. A fines de junio, cuando Barrientos visitaba la mina Siglo xx, una delegación sindical le entrega una nota que pide el mantenimiento de salarios, libertades sindicales y retiro de las tropas. Añade una sensata solución técnica, como fórmula sustitutiva de rebajas y despidos, para enjugar el déficit de COMIBOL. Los seis obreros firmantes son despedidos al día siguiente y dos de ellos, René Daza y Andrés Ferrufino, encarcelados como agitadores.

—Los mineros —dijo Camacho— creemos ahora que sólo existe un camino: el de la insurrección armada. Es un camino largo y doloroso, inclusive para ponerlo en práctica, pero no vemos otro. La huelga general es el primer paso, y en setiembre la unidad de las bases se plasmará en otras medidas.

Cuando César Lora fue muerto a tiros en julio por milicias civiles del partido oficialista MPC, Isaac Camacho y él estaban en una tarea inicial de esos propósitos: el contacto con dirigentes campesinos para el establecimiento de guerrillas. Aparentemente, esos propósitos son compartidos por el partido Comunista y el PRIN, en entendimientos que, en agosto, se encontraban a estudio.

En un barrio aristocrático de La Paz, el doctor Walter Guevara Arze recibió a los periodistas en un salón con pinturas de Bernard Buffet. Lo rodeaban prohombres y dirigentes femeninas de su partido disidente del MNR; el Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico. Canciller, vicepresidente, ministro, Guevara Arze fue uno de los fundadores del MNR y, según lo afirman muchos (él, en primer término) uno de sus ideólogos. En 1955 siendo canciller, redactó el Plan Inmediato de Política Económica, un memorándum destinado a Washington. Ese documento básico del régimen es también una de las primeras evidencias de las derivaciones que, a escasos tres años de su toma del poder, iba sufriendo la revolución boliviana. En el prólogo, se dice que «gracias a la primera ayuda financiera y técnica recibida del Gobierno americano, se ha conseguido evitar, en parte, el sufrimiento del pueblo de Bolivia». Y se afirma que «los bolivianos... desean desarrollar, de una vez por todas, una economía estable, contando con su esfuerzo propio y la ayuda financiera y técnica de los Estados Unidos».

Sus ambiciones presidenciales, su brillante personalidad limitada por la presencia inflexible de Paz Estenssoro, llevaron a Guevara Arze a la ruptura con el jefe del MNR. Su MNRA se situó a la derecha del partido gobernante, y al fin rompió con el régimen. En la oposición, en el exilio, Guevara Arze sufrió, curiosamente, la misma involución de Rómulo Bentancourt, aproximándose a Estados Unidos. Reintegrado por la Junta a Bolivia, con sus propiedades y su residencia pacaña devueltas, el exideólogo del MNR es ahora una figura de lujo, que acepta decorar con una elegante oposición de tipo intelectual la atmósfera de institucionalidad procurada por la Junta.

En un folleto de 1946, aspirando a la diputación por Ayopaya, Guevara Arze decía cosas como éstas: «Lo que crea conflictos y lo que ha deformado nuestra economía es el capitalismo imperialista»; «Las contradicciones interiores del capitalismo han encontrado un remedio, así sea temporal, en la expansión colonial o semicolonial»; «En las semicolonias —Bolivia es un país de economía semicolonial— el proceso es menos simple... Son necesarios los servicios de abogados, periodistas y políticos que garanticen la estabilidad y el régimen legal y económico de la explotación imperialista... En tales condiciones, la independencia política del país es muy relativa. Las aspiraciones populares por el bienestar económico, el progreso de las instituciones políticas y la difusión de la cultura, no dejan de ser un mito».

En 1965, sentado bajo su costoso *buffet*, el doctor Guevara Arze, dice cosas más moderadas:

—El MNR cometió tres errores: primero, creer que aquí podía hacer una revolución social; segundo, no tener en cuenta la inaccesibilidad geográfica de Bolivia; tercero, eternizarse en el poder para cometer negociados.

Después explica: en Bolivia podía hacerse sí, una revolución nacional, pero no una social. La primera se ejecuta por el método democrático, sin lesionar intereses internacionales. La segunda los lesiona, y entonces el país requiere ayuda exterior, como Cuba de la URSS. La inaccesibilidad del país impide la llegada de esa ayuda y la revolución sucumbe. (Mientras Guevara Arze hablaba, me parecía estar escuchando a Rómulo Bentancourt, en una entrevista que le hice en enero de 1958, en su exilio de Nueva York: «Tengo una convicción formada: en el Caribe se puede obtener la democracia política; procurar la democracia social es, parafraseando a Casona, como suicidarse en primavera».)

El MNRA —el partido de lujo de la institucionalidad boliviana, la prueba de la oposición organizada y libre para hablar— piensa más cosas. «La nacionalización de las minas es irreversible —dice Guevara— pero creo que ahora puede hacerse concesiones a la explotación privada.» «No creo que la Junta Militar haya sido una criatura del Pentágono, aunque puede pensarse que era la carta sustitutiva de los Estados Unidos, si Paz perdía apoyo. Y Paz había perdido toda popularidad. Lo echaron por teléfono.» «El MNRA aceptará ir a las elecciones que convoque la Junta, aunque uno de los generales sea candidato. Tiene a estudio la posibilidad de integrar un frente electoral, y no se ha pronunciado. Rechaza todo intento de acercamiento con los dirigentes del MNR en el exilio.»

El doctor Mario Alarcón, del elenco político que responde en La Paz al doctor Hernán Siles Zuazo, sigue el pensamiento de su jefe, en cuanto a la consigna de vaguedad para el pasado, unidad para el futuro.

—El MNR —dice— pasó a la oposición en mayo. La atomización del partido, debido al caudillismo, fue un error que causó la caída del gobierno. Se está trabajando en la reunificación.

—¿Con Paz?

—Los sectores en contacto son la izquierda del PRIN, el *pazestensorismo*, el sector asociado de Aníbal Aguilar, los militantes antiguos y por supuesto, los amigos del doctor Siles Zuazo, que es la expresión clásica del nacionalismo revolucionario. El MNR que quedó en Bolivia ha formado un Comando Colectivo.

La compulsión de versiones señala que el Comando Colectivo, presidido por Fernando Álvarez Plata, responde a la tendencia de Siles y Ñuflo Chávez. Alarcón afirma que el Comando «se integra con la tendencia pazestensorista que dirigen el doctor Guillermo Jáuregui, Guillermo Alborta y Juan Valdivia», pero el mismo doctor Jáuregui me dijo que las discrepancias todavía son hondas y que el Comando puede entenderse simplemente como la expresión del *silismo*, comprometido en el golpe de noviembre y ahora en busca de una salida opositora.

Cuando le pregunto la opinión del Comando sobre el pacto de unidad insurreccional que se menciona en Montevideo entre Lechín, Paz, Siles y Chávez, Alarcón se asombra: «Usted me da la noticia». Dice que el programa del Comando es «reunificar, convocar a la Convención y diseñar una política. Los que se fueron, no tienen derecho a opinar». Le indico que Siles y Chávez también se fueron. «Se les obligó a abandonar el país. En cambio, Paz y sus ministros se fueron por su cuenta en noviembre y ha habido un relevo de sus cargos dentro del partido». Naturalmente, termina Alarcón, el MNR del interior participará en las elecciones que convoque la Junta.

El sector pazestensorista que tiene como portavoz al doctor Jáuregui da la impresión de sufrir aún un hondo trauma político. Sus portavoces me entregaron un memorándum, que traza la interpretación dada por el sector a la situación presente. Puede resumirse así:

—La Rosca preparó el golpe militar, movilizó a sus partidos políticos (PURS, Falange, PL) y «tuvo la habilidad de poner contra la Revolución a los llamados partidos de izquierda... y finalmente al sector del MNR encabezado por Siles Zuazo».

—Si Siles y Lechín «no hubiesen aportado sus masas, no se hubiese producido el triunfo militar». «Los partidos de la llamada izquierda traicionaron al pueblo, al que habían levantado en armas, al no tomar el poder y al entregarlo en bandeja de oro a los militares.»

—«La revolución boliviana es una revolución democrática popular, a lo más. No es socialista. Pero, si se prolonga el actual estado de cosas, en el futuro la revolución boliviana se radicalizará y se convertirá en revolución socialista, con moldes castristas.»

Muchos de estos conceptos, como se verá más adelante, coinciden con los que me expresó en Lima Víctor Paz Estenssoro. Otros, demuestran la timorata mentalidad del MNR

interno, que procura nada menos que ofrecerse como garantía de la paz social y del *status*. De todas maneras, su comparación con las declaraciones de Guevara Arze, es ilustrativa. También llama a la reflexión el reconocimiento de «un pueblo en armas» contra el gobierno, en noviembre.

Desde nuestra llegada, los periodistas uruguayos insistimos ante el capitán Víctor Aguilar, Director de Informaciones de la Presidencia, para que se nos permitiera visitar el campo de confinamiento político de Puerto Rico, en la zona amazónica de Bolivia. La cortesía y la cordialidad del capitán Aguilar pudieron diferir algunos días nuestro deseo. El lunes 9 de agosto, los diarios de La Paz anunciaron la detención de Mario Díez de Medina (h), que había sido diplomático en Montevideo. Junto con otros ciudadanos (según el ministro del Interior) estaban siendo encaminados «a un campo de confinamiento en el Norte». Yo había obtenido, antes, la promesa personal de Barrientos en el sentido de permitirnos la visita. Hicimos valer con más vigor nuestro pedido, y el 10 de agosto Dorbal Paolillo y yo (los demás colegas habían renunciado a la excursión) transpirábamos en un destartado avión militar, durante un trayecto de cuatro horas que mezcló las cumbres nevadas del Illimani y del Huayna Potosí con el monótono sobrevolar de la selva virgen.

Casualidad o deliberación, el programa del viaje impuso llegar a las 17 a Puerto Rico (un mero claro en la vegetación amazónica, adonde sólo se arriba por avión), disponer allí de media hora debido a la inmediata puesta de sol y a los vientos de la zona y pernoctar en Riberalta, una población situada a orillas del Beni, más al norte.

Cuando nuestro avión aterrizaba en la estrecha franja del desmonte selvático, otro bimotor carreteaba hacia un grupo de oficiales que esperaba a un costado. Allí venían los tres nuevos confinados: Mario Díez de Medina, Eduardo Valda Ballivian y Germán Helgueras. Paolillo y yo coincidimos con los tres, que eran conducidos por soldados a un rancho distante. Sin tener en cuenta las objeciones de los militares, nos unimos al grupo y entablamos conversación con los presos. Tomados así, de improviso, Díez de Medina, Valda e Higueras hicieron declaraciones breves pero significativas; Díez de Medina dijo que había sido detenido en el ministerio de Gobierno y torturado con picana eléctrica por un civil extranjero llamado Mario Malenberg (después nos enteraríamos que Malenberg desempeñaba oficio similar en el Control Político del gobierno anterior); Valda, que había sido preso a su llegada de Lima; Higueras que lo había sido en plena calle de La Paz. Coincidieron en que se les acusaba de transportar cartas de Paz Estenssoro y lo negaron. Cuando pregunté a Higueras si había sido torturado, también, dijo: «Prefiero no contestar. Piense lo que quiera». La conversación estaba siendo grabada por periodistas paceños y era presenciada por las autoridades del campo, que no interfirieron en la charla. Cuando nos dispusimos a visitar al resto de los confinados, dije a los tres: «Mañana volvemos a La Paz. Escriban las cartas que deseen que las llevaremos a sus familiares». Higueras pidió una lapicera a Paolillo y se puso a escribir. Yo entregué a Díez de Medina cartas que me había dado su hermano en La Paz, mientras Higueras me daba la dirección de su familia.

En La Paz, dirigentes de la oposición de izquierda me habían proporcionado una lista de confinados, para cotejarla con los existentes. Constaban en ella 28 detenidos. Con

Aguilar y el comandante del campo, nos dirigimos a los alojamientos de los confinados. Puerto Rico es un caserío sin trazado de calles (simples recintos con vallas de madera, en algún caso), con una docena de casillas desparramadas en un claro de la selva, y otros edificios de madera donde residen los oficiales. Los presos viven en unas barracas con techo vegetal, en aparente libertad de movimiento, constreñida, por supuesto, al perímetro del desmonte. Duermen en camas o cuchetas, hacinados en poco espacio y en condiciones de higiene terribles. En otro rancho cocinan su propia comida, con medios rudimentarios. El clima es abrumador; a esa hora del crepúsculo el calor húmedo pasaba los 40 grados y los mosquitos y el *marihuí* (una especie de diabólica mosca) se prendían en enjambres sobre la piel. La única distracción de los soldados y de los presos es una cancha de fútbol, pero entre el pasto de la zona amazónica acecha el *japutamo*, un anélido microscópico que se mete en la piel y produce infecciones. La cancha es, así, algo simbólica. Los presos, prácticamente, no salen del recinto de 200 metros cuadrados donde tienen sus viviendas.

Cuando nos acercamos al grupo de confinados, hubo una sorpresa. Uno de ellos, alto, rubio, con una espesa barba, se abrazó con el capitán Aguilar, y cambiaron palabras de afecto. Después el rubio reasumió su expresión y se unió al grupo, que también nos miraba con hosquedad. Con Paolillo, explicamos nuestra presencia y nuestros fines. Vicente Daza Flores, que parecía ejercer cierta autoridad en el grupo, habló nerviosamente: «No queremos hacer ninguna declaración, ni contestar ninguna pregunta. No tenemos garantías». Le dije que procurábamos, precisamente, establecer las condiciones de trato. «Aquí no tenemos garantías», repitió. Después, concertadamente, todos se retiraron a una barraca. Antes, les dije: «Su actitud nos lleva a pensar, entonces, que están sujetos a maltrato». «Saquen las conclusiones que quieran», contestó Daza.

Cotejé mi lista con la que pedí a la comandancia. De los 28 confinados, quedaban 14 en Puerto Rico. Los demás, se nos dijo, habían sido liberados. (No pudimos corroborar el dato, obviamente.) Tres más, volverían con nosotros a La Paz, en el mismo avión.

En el último cuarto de hora, hablamos con el médico militar de la guarnición. Con interrupciones algo coléricas del comandante y de los oficiales, y también de un civil presentado como el alcalde de Puerto Rico, el médico (un anciano de acento extranjero y de una tozudez excéntrica) insistió en que carecía de medicamentos y alimentación como para mantener a los confinados en buena salud. «Hay, por lo menos, dos casos de enfermedad que requieren el traslado», añadió.

Nos faltaba aún la impresión final del ambiente que impera en el campo de confinamiento. Cuando dejamos al médico, se nos exigió volver al avión, que estaba ya con los motores encendidos. Desatendiendo la orden, corrí hacia la barraca de Díez de Medina, a unos 100 metros, para retirar las cartas. Un soldado armado me alcanzó y se puso a correr a mi lado. Pero los tres detenidos habían cambiado de parecer. Un oficial los acompañaba. Díez de Medina, hablando en nombre de los tres, me dijo: «Pensamos que será mejor que nuestras cartas sean entregadas primero a la comandancia. Las que usted me trajo, también voy a entregarlas, para que las lean. Queremos ajustarnos a los reglamentos del campo». Higuera me dijo: «No hace falta que vaya a ver a mi familia. Yo les escribiré».

Cuando me di vuelta, antes de subir al avión listo para despegar en la pista, la selva amazónica ya estaba en sombras y los confinados, en un borroso grupo, miraban desde las ventanas de sus barracas.

LOS MESES POR VENIR

«Cuando lo vea en Lima, dígame que aquí ya no tiene nada que hacer», me indicó el general Barrientos. «Lo echaron por teléfono», dice su excorreligionario Walter Guevara Arze. «Mal salvaje», lo denomina un escritor de Falange en su libro. «Se aisló de la masa», sugiere un exiliado boliviano en Montevideo. «Estaba entregado a los americanos», dictamina Alberto Bayley, director del diario católico *Presencia*. «Aquí, en los últimos tiempos, el régimen policial no dejaba respirar», recuerda un agrónomo uruguayo (de izquierda) que trabajaba en Bolivia para la FAO. «Permitió que el ejército ocupara las minas», denuncia Víctor Sosa, un dirigente de Catavi. «Sí, se cometieron errores que deben obligarnos a reflexionar», confiesa su partidario Guillermo Jáuregui. Dicterios, acusaciones y reparos se acumulan sobre la figura ausente de Víctor Paz Estenssoro, ideólogo del MNR y último presidente constitucional de Bolivia. El resentimiento de sus partidarios derrotados, el odio inextinguible de una oligarquía que el MNR desalojó del poder, el revanchismo de la oposición política que estaba condenada a no tener posibilidades de gobierno mientras existiera el partido de la Revolución, coinciden ahora en execrar a Paz Estenssoro.

El presidente derrocado, dentro de Bolivia y para muchos de los exiliados, es el gran responsable de la situación actual. A sus trágicas equivocaciones y a sus culpas reales, se añaden además las de todos los otros. En las élites políticas de La Paz, en la dirigencia sindical y en los medios universitarios, no encontré a nadie que defendiera abiertamente al hombre que Bolivia aclamaba hasta hace pocos años como su segundo libertador. Tuve que ir al campo, a la comunidad indígena de Lipari, para oír una voz solidaria. Allí en Lipari, donde nuestro Encargado de Negocios Mario Real de Azúa había hecho levantar una escuela en nombre del Uruguay, Santos Mamani —el jefe de la comunidad— se quedó mirando borrosamente hacia las montañas cuando le hablé de Víctor Paz Estenssoro: «Él nos dio todo esto, señor». Mario Real de Azúa me cuenta que en la noche del golpe militar oyó frenar un camión ante su casa. Eran Santos Mamani y sus muchachos, llorando. «¿Qué ha pasado, don Mario? —preguntaba Santos Mamani—. ¿Qué haremos ahora que han matado al doctor Paz?» La falsa noticia, llegada confusamente a la comunidad, había abrumado a los indios más que todos los vuelcos de régimen.

En ese campesinado indio que cargaba sobre sus lomos, hasta 1953, la herencia colonial del *pongaje*, vendido con la tierra y los aperos de labranza como ganado en pie, permanece intacta la veneración del jefe del MNR; una actitud irracional, casi telúrica, que confunde el inmemorial arraigo del indio a la tierra con la figura del presidente, con la mano que firmó las leyes redentoras. Santos Mamani, sus hijos y sus nietos —que antes debían trabajar cinco días a la semana, sin paga, para el patrón— viven ahora en la misma finca solariega que ocupaban los Bedregal, dueños de la tierra. En Ucureña, durante la concentración campesina convocada por la Junta para ratificar los títulos y publicitar el agrarismo de Barrientos, el general vio desfilar ante el estrado carteles increíbles: «Viva Víctor Paz», «Gracias, Paz Estenssoro». Sobre la existencia inmutable del indio boliviano han resbalado las contingencias políticas; estos campesinos propietarios y con fusiles ocultos, quizás no salgan a pelear por las consignas del antimperialismo, de la justicia social o de otras entelequias; quizás lo hagan, sí, por la concreta figura del «doctor Paz», que les devolvió la tierra.

Pero los indios —potencialmente, una fuerza social; en la realidad, una mayoría ciudadana no politizada, fácil presa de la demagogia de la Junta, huraña falange que desconfía por igual de obreros y patronos, si son ciudadanos— no servirán a Paz Estenssoro como la base insurreccional para el regreso que trama desde Lima. Más que el difuso apoyo popular, el presidente necesita de cuadros aguerridos y eficaces, sean sindicales o políticos. Y esos cuadros, atareados en la unidad o en la división, están actuando ya sin Paz Estenssoro.

¿Advierte Paz Estenssoro esta derivación de los hechos? Al regresar de Bolivia me detuve un día en Lima para hablar con el presidente derrocado. Una charla de casi dos horas, hasta la madrugada, me dio la impresión de que Paz Estenssoro —con su metódica organización de profesor liceal— está construyendo recién una interpretación real de los factores bolivianos, adquiriendo una tardía conciencia de la mediatización que el MNR y su propio y poderoso influjo personal hicieron sufrir a la Revolución de 1952. Sin embargo, todavía no parece haberse dado cuenta de las nuevas condiciones bolivianas; de la fluidez social del país, de la ruptura de los viejos cuadros y de los moldes políticos, de la vertiginosa rapidez con que el instinto popular y las bases sacrificadas por los dirigentes han creado nuevas salidas a la situación contrarrevolucionaria. El exilio, naturalmente, obliga a noticias de segunda mano y a comunicaciones defectuosas. Pero aun lógicamente mal informado de la atmósfera política que se respira en Bolivia, el presidente parece seguir pensando en términos de partido, atendiendo a las ya clásicas divisiones del MNR; a lo que no podrá hacer Lechín, o a lo que decidirá a los exiliados de Montevideo para firmar un pacto unitario; a la forma en que la opinión del interior reaccionará al enterarse de tal o cual posición suya o de Siles Zuazo. Quienes dedicamos muchos días a auscultar esa opinión del interior, coincidimos en un punto: poco pesarán, en los acontecimientos previsibles para los meses venideros —esos acontecimientos que en esta tercera semana de setiembre ya han comenzado a conmocionar Bolivia— los hombres que están fuera del país, aunque se trate de los de primera fila. La historia de las revoluciones y de los regre-

sos, en estos países, enseña que la opresión hace formar nuevos cuadros y nuevas mentalidades en quienes la experimentan. Los que se fueron, pueden volver a encabezar los movimientos cuando no se han ido como se fue Paz; cuando no han parteado al fascismo como hicieron Lechín, Siles o Chávez, al apoyar el levantamiento de noviembre. Hablar con Paz Estenssoro sobre el futuro de Bolivia, sobre posibilidades insurreccionales o sobre su futuro personal, es ingresar a cierta irrealidad que el presidente no parece advertir. Su perspectiva histórica se ha afinado, hacia atrás, como para racionalizar los elementos de su fracaso. No funciona, sin embargo, hacia los acontecimientos venideros.

En su exilio, Paz Estenssoro ejerce una copiosa actividad de publicista. Decenas de cartas salen todas las semanas hacia el interior de Bolivia y hacia media docena de capitales, donde sus exministros y sus correligionarios esperan la palabra del Jefe. Dos folletos —sin pie de imprenta, lo que ha motivado reclamaciones diplomáticas de la Junta— han sido editados en el Perú con su firma: «La obra maestra de los militares restauradores» y «Contra la restauración, por la Revolución Nacional». En ellos, el presidente ha trazado una justificación de su gobierno, a través de la descripción de la obra revolucionaria, y ha adelantado también una caracterización del régimen militar y ciertas líneas de acción futura.

En esos folletos, el lenguaje de Paz Estenssoro ha retomado un acento perdido hacía mucho tiempo: el de un conspirador, el de un insurrecto. «El pueblo, bajo el cruel terror militar, no puede alzar su voz pero sabe lo que tiene que hacer. La opresión empuja inexorablemente a la rebeldía», dice en uno de ellos. «El cacareo anticomunista —añade— en busca del apoyo extranjero, a la larga, no será suficiente para sostenerlos.» En el segundo folleto, redactado con menos pasión, pueden rastrearse las recientes transformaciones de su pensamiento político y algunas coordenadas de tareas prácticas (subrayo algunas frases por mi cuenta): «El MNR está básicamente intacto y tiene vitalidad suficiente para seguir con una actuación trascendental. Si mantiene la posición correcta, en leal representación de las clases que lo componen, combatiendo a la reacción ahora con modalidad militar, podrá continuar siendo el primer actor en la gran aventura de la liberación nacional boliviana. Porque su posición obedece a razones doctrinales y, a la vez, tiene que considerar con realismo las circunstancias actuales, *no requiere ser excluyente en su acción. Al contrario, debe coordinarla con otras fuerzas políticas y sociales afines o que se encuentren en la misma posición de lucha*, para dar mayor efectividad al gigantesco esfuerzo que es necesario realizar. La experiencia de su paso por el gobierno tiene que servirle, *a través de un análisis exhaustivo y desapasionado*, para la formulación de objetivos de lucha de mayor vuelo, de acuerdo a la tendencia de los tiempos. Asimismo, para la adopción de nuevas tácticas que tomen en consideración las transformaciones operadas y las características del momento que vive el país. (...) *La posición de intransigencia revolucionaria, en cambio, permitirá al partido conservar y aún acrecentar su parte más dinámica y con mayor espíritu: los obreros*. Es de primerísima importancia, *que llegue sangre joven a los altos puestos de dirección*, llevando más fuerza vital, a fin de hacer nuevos y más audaces planteamientos para la lucha del pueblo boliviano. (...) *No siendo sólo un acoplado a un régimen política y socialmente antiético, sino el titular del poder*, la realizará (a la obra crea-

dora) conforme a la doctrina en que cree y con soluciones de valor colectivo, al servicio de las clases a que debe responder la acción del partido».

Para quienes recuerdan la progresiva apertura de puertas a la ayuda norteamericana, la incorporación de Bolivia a la ayuda norteamericana, la incorporación de Bolivia a la estrategia del Pentágono, el decreto de agosto de 1964 que permitía una verdadera ocupación del comercio boliviano por las exportaciones de manufacturas estadounidenses, la ruptura con Cuba, el continuismo presidencial, la politización sindical en el sentido negativo del caciquismo y la corrupción administrativa y otras desvirtuaciones del proceso revolucionario, surge con evidencia la forma en que Paz Estenssoro ha repensado su actuación de los últimos años. Esa enumeración es, al mismo tiempo, una inmejorable requisitoria contra los graves errores que condujeron a la liquidación del régimen estenssorista y estimularon el éxito de los militares.

No se equivoca el presidente en las sugerencias que dicta a sus correligionarios, ni en la amplitud unitaria que reconoce como necesidad inicial, ni en la depuración del espíritu revolucionario del MNR. Como dice más o menos Borges en un cuento, «sólo estaban alterados a la fecha, el motivo y alguna circunstancia». Estos propósitos correctos de Víctor Paz Estenssoro llegan tarde; son actitudes que debía haber asumido en el poder y no consejos a proporcionar desde el exilio. Sus correligionarios, sus enemigos y los obreros, ya lo saben. Pese a su lucidez retroactiva, él todavía no lo ha entendido.

Paz Estenssoro vive en una casa acomodada de Miraflores, el suburbio residencial de Lima. Sus ventanas dan al Malecón, donde rompen las olas del Pacífico. Un patrullero policial, con varios agentes, monta guardia las veinticuatro horas del día frente a su puerta. Dentro, los espaciosos ambientes están amoblados con elegancia y en las paredes cuelgan óleos de pintores bolivianos. El presidente me recibió cerca de medianoche, cuando ya la familia se había retirado al piso alto. Ha encanecido mucho, desde la última vez que estuve en Montevideo, pero su mirada sigue aguda detrás de los gruesos lentes y la voz calmosa continúa analizando los problemas con el desapasionamiento destinado a un teorema. Este hombre que encabezó una nación revolucionaria durante doce años y ha conocido las más altas dignidades, conversa sin embargo con la misma informalidad y llaneza con que lo hacía en el Sorocabana, durante su exilio de 1945. Para él, el examen de la política parece reducirse a un ajedrez sin fervor, a una rememoración algo melancólica. ¿Es éste —me preguntaba, escuchándolo— el mismo hombre que hizo pedazos la unidad de su partido y tentó al militarismo, para conservarse en el poder?

En las primeras frases, se interesa por los bolivianos de Montevideo. ¿Qué hace René Zavaleta? Me habla de las dificultades que encuentra en comunicarse con ellos, de los problemas documentarios para que los exiliados puedan moverse por América. Le digo que en Bolivia me han contado de la presión ejercida por la Junta para que el gobierno peruano lo expulse.

—Estoy enterado —responde—. No sólo ha habido presiones. Barrientos ha ofrecido un precio: que Bolivia abandone oficialmente su tesis tradicional de revisión de los tratados (una doctrina que nos ha permitido siempre mantener abierto el cuestionamiento de los límites con Perú y Chile) con tal de que Belaúnde disponga mi salida del país.

Añade que en ese caso, que podría producirse hacia octubre, estudiaría la posibilidad de radicarse en Montevideo.

Le planteo las preguntas que sus amigos uruguayos le guardamos desde hace años, las que sólo él puede contestar a fondo:

—¿Cuando aceptó la financiación del presupuesto por los Estados Unidos, con los compromisos consiguientes, advirtió que podía frenar la Revolución? ¿Considera compatible la marcha de un proceso revolucionario con el ingreso al esquema desarrollista norteamericano? ¿De un modo general, no fue constatando la mediatización del régimen, a medida que iban cumpliéndose las exigencias económicas o estratégicas de Washington?

Paz Estenssoro no profundiza mucho en las respuestas (¿o no tiene respuestas más profundas, en estos temas?):

—Estábamos en una disyuntiva: parábamos la ayuda y entrábamos en el caos económico, o seguíamos adelante, procurando estabilizar el país, para pensar después en los objetivos finales de la Revolución.

—¿No existían posibilidades de recurrir al financiamiento europeo, o al del bloque socialista?

—Recurrimos a él. Luego de la visita de Tito, comenzamos a estudiar trueques con Yugoslavia.

—La ayuda norteamericana comienza a fines de 1953. Los contactos con Yugoslavia son muy posteriores. ¿Y antes?

Se dice en La Paz (me lo han confirmado algunos exiliados), que la Unión Soviética intentó un arreglo con el presidente para alejarlo de la influencia norteamericana. Un informante bien situado me aseguró, inclusive, que Frol Kozlov viajó personalmente a Bolivia, y se entrevistó con Paz Estenssoro para asegurarle el sostén económico ruso. Ahora, Paz no responde específicamente a esas cuestiones, pero dice algo sorprendente, con la precisión de siempre:

—Reconozco que estábamos demasiado atareados en la estabilización económica y no calculamos el efecto político del acercamiento a los Estados Unidos.

Después, hace un largo silencio cuando le reitero la pregunta sobre las trampas del desarrollismo. En su estilo, la vaguedad o el silencio equivalen a la negativa. Paz Estenssoro, debo concluir, no está convencido de errores en esa materia. Acumula, además, razones que evocan los argumentos de Guevara Arze, días atrás.

—Estábamos seguros de nuestro programa. La minería nacionalizada era la base de nuestra economía, pero el ingreso de divisas resultaba inferior a 20 millones de dólares, menos de la tercera parte del presupuesto nacional. La tarea vital era reorganizarla, rescatar las riquezas, estructurar el comercio y las exportaciones. No transigimos con exigencias norteamericanas que significaran pasos atrás en la Revolución.

Le enumero algunas transigencias conocidas y las aparta con un gesto.

—Desde afuera, esas cosas se juzgaban erróneamente. El plan de desarrollo estaba concebido por nosotros hasta su última línea. Los norteamericanos no impusieron ninguna modificación. Aunque le parezca raro, simplemente aportaron las financiaciones. Mire: lo que les importaba era que no hubiera comunismo. Pero nunca nos tuvieron confianza; nunca nos consideraron sus amigos. Henry Holland, que era un hombre duro, como Mann, tuvo fricciones conmigo. Me sugirió que reforzara el ejército y me negué. Es cierto que cometimos errores. Esos errores nos debilitaron, y cuando nos debilitamos, los Estados Unidos retiraron su apoyo al gobierno.

—¿El golpe, entonces, fue inspirado por los norteamericanos, a su entender?

—Totalmente.

—No se hizo en veinticuatro horas. ¿Sus servicios de Inteligencia no le advirtieron sobre la connivencia de Barrientos con el Pentágono? Después de todo, Barrientos fue su ministro y su vicepresidente.

—Algo sabíamos. Pero la forma de controlar a Barrientos era teniéndolo adentro. Ahora pienso que en algunas cosas nos equivocamos.

Estos *racconti*, con un hombre como Paz Estenssoro, son inútiles. El cortés reconocimiento de algunas equivocaciones no parece variar las actitudes que las originaron. Es conocida su profunda divergencia con la interpretación revolucionaria del imperialismo practicada por otros dirigentes; Castro, por ejemplo. El estilo político de Paz es el de un líder civil, el de un político de cuello y corbata, al que se añadiera la prudencia y la morosidad de un profesor. João Goulart más Juan Pivel Devoto. Es más útil ir hacia adelante.

—¿Qué va a pasar ahora, en Bolivia?

Primero, me define su opinión de la Junta Militar y sus cabezas:

—Barrientos tiene los días contados. Ovando es el hombre fuerte, el que dará el puntapié a los demás. Hay que mirar hacia él, vigilándolo. Después tener en cuenta que la Junta no es un fenómeno aislado, sino un síntoma de un militarismo continental que va ocupando el poder. Detrás del golpe, estaba la complicidad de los gorilas. Los agregados militares de Argentina y Brasil colaboraron directamente en el levantamiento.

—¿Y el norteamericano?

—Lógicamente, debe haber participado.

—¿Considera posible esperar a una normalización por medio de elecciones?

—El terror que ha desatado la Junta, las masacres de obreros, hacen imposible creer en esa salida. El repudio popular a los militares es unánime. La violencia engendra la violencia.

—¿Qué papel cree que corresponde a ustedes los exiliados, en los futuros acontecimientos?

—Ante todo, trabajar de firme por la unidad. Hay que superar las divergencias pasadas, olvidar los resentimientos personales y presentar al pueblo boliviano un programa práctico, atractivo, que esté de acuerdo con las necesidades actuales. Dígalo a los bolivianos de Montevideo.

—¿Un programa insurreccional?

—Digamos, un programa que dé respuesta viable a lo que exigen en este momento las bases obreras y campesinas.

—¿No considera que los errores del MNR pueden dificultar la unidad interna para una acción opositora?

—El MNR ha recibido una gran lección, y se ha depurado de sus elementos negativos. Los dirigentes hemos advertido también lo necesario de un cambio de mentalidad.

Cuando se introduce el tema, Paz no se niega a hablar de Lechín, de Siles Suazo o de Chávez. Narra sus enfrentamientos y la actitud de los tres durante la crisis de noviembre. Pero define todo eso como «historia superada»; «Ahora, hay que llegar al pacto».

A la una de la mañana, mientras la llovizna cae sobre Miraflores, Paz Estenssoro telefona para que un taxi venga a buscarme, y conversamos todavía unos minutos esperando el coche. Me dice algunas cosas, «que no son para que las publique». En su sinceridad, ellas corroboran mi impresión general: Paz Estenssoro sigue pensando en que Bolivia espera todo del exilio, y ese error será corregido muy pronto, cuando los acontecimientos internos estallen sin tener en cuenta las dilaciones, ni las difíciles conjunciones de los que se fueron.

A lo largo de esta crónica —a veces con excesiva minuciosidad, a veces simplificando datos, prefiriendo en lo posible la descripción periodística a las pretensiones del análisis político— he tratado de transmitir, sobre todo, lo que asalta de inmediato al visitante de Bolivia: el clima de provisorio ineficiente y tozudo en que vive el gobierno, la oculta pero inconfundible presencia norteamericana en los resortes de la vida nacional, la atmósfera de desorientación que reina en los partidos políticos desarticulados y expectantes, la sorda rebeldía y la violencia que se incuban en las masas proletarias abrumadas económicamente por las medidas de reajuste. (No sería completa esa relación, si no le añadiera, en un plano de estricto reconocimiento de hechos, una constancia: la forma correcta en que el gobierno militar cumplió la promesa hecha previamente sobre libertad y facilidades de desplazamiento y de entrevistas, dentro del territorio boliviano.).

Cablegramas de los últimos días han informado sobre el comienzo de una situación que se preveía perfectamente en la época de nuestra visita (agosto). La Junta Militar ha debido dictar una Ley de Seguridad del Estado, que no sólo restablece la suspensión de garantías constitucionales, sino que insta en forma cruda y descarada la represión militar y policial sobre todo tipo de oposición política. El Ministro de Gobierno, Quiroga Terán (célebre por sus *gaffes*) ha hablado ayer de que esa represión incluirá las matanzas que hagan falta. El rostro afable de René Barrientos, el fascista simpático, ha dejado lugar al ceño lúgubre de Quiroga Terán, el fusilador de El Alto. Los asesores en relaciones públicas que el Departamento de Estado colocó para dirigir a los generales despavoridos, son suplantados ahora por los uniformados sargentos (con reconocimiento del grado de coronel, ante los bolivianos) que el Pentágono exporta para combatir guerrillas y levantamientos populares.

Como en el Brasil, como en Ecuador o en la Argentina, los esquemas norteamericanos para enchalecar los procesos revolucionarios de estos países empiezan a reventar sus costuras; los buenos modales, las promesas electoralistas y de «normalización institucional» desaparecen. Frente a esas situaciones comunes —que tienen de positivo, por lo menos, la eliminación de la hipocresía y la clara división de los campos— la oposición política boliviana ha contraído una grave responsabilidad.

El MNR está descabezado en sus líderes, disperso en sus cuadros sindicales, raleado en sus bases por las deserciones y el terror gubernamental; sin embargo, sigue constituyendo la estructura política más importante del país, el instrumento de toda actitud opositora. Sin él, ningún partido podrá hacer nada; ni siquiera la izquierda sindical que ahora dirigen decididamente el POR y el partido Comunista. Al mismo tiempo, no parece posible que el MNR adopte decididamente la línea insurreccional —única salida que la Junta ha dejado a la oposición— con sus actuales dirigentes: tanto la vieja generación del exilio, viciada por errores y culpas, como los segundones cuyo único mérito es haber permanecido dentro, pero que no se muestran capaces de la amplitud de miras y de la audacia de posición que reclaman las bases. Falta de autoridad moral para indicar caminos, en el exilio; indecisión y divisiones timoratas de pequeño-burgueses en el interior; tal la impresión que proporcionan los cuadros oficiales del MNR.

Al establecerse públicamente la represión como ha ocurrido esta semana, las combinaciones electorales, los frentes y la redistribución de cargos que constituyen desde mayo el tema de la oposición política, han quedado sin significación, desconectados con la realidad de un clima insurreccional que brota vigorosamente desde el pueblo. No veo de qué otro modo que aceptando con humildad ese mandato, yendo a la unidad en las bases, despojándose de ambiciones personales y constituyéndose en intérpretes de esa voluntad (que, además, impone reanudar sin trampas el proceso de la Revolución interrumpida y afirmar previamente un claro antimperialismo), pueden las nuevas generaciones del MNR (y sólo ellas) cumplir con la tarea que la hora les impone.

CHINA ANTE LA GUERRA

Semanario *Marcha*, 20-V, 17-VI-1966

Una vez escribí, al contemplar la publicación de la serie que estas notas integran: «Supongo que todo el que intente reducir a la escritura la inasible experiencia de una visita a China, llegará a la misma insatisfacción y al mismo desasosiego. Quizás el asunto impone al propósito la misma vastedad y desmesura del experimento humano que China alcanza a su atónito recién llegado. No es fácil asistir —aunque sea con fugacidad, en un débil atisbo de testimonio— al alumbramiento de una sociedad nueva, quizás de un mundo nuevo a escala del planeta».

Con el estado de espíritu que reflejan esas frases recorrí a principios de 1966, durante muchas semanas, el campo y las ciudades de China Popular. En lo que conversé, en lo que fotografié y en lo que fijé en la memoria traté de soslayar estadísticas, datos prefabricados o versiones oficiales. Fui con la idea —y esa resultó una de mis pocas decisiones y opiniones previas sobre China que sobrevivieron al enfrentamiento de su realidad— de observar al individuo común y estudiar su reacción ante un mundo occidental que lo ha alienado y, por ahora en teoría, decreta la necesidad de su aniquilamiento. En las notas que siguen, quise reflejar dos caras de esa reacción —en el pueblo y a nivel de gobierno— ante un mismo hecho.

El trauma chino

A la semana de vivir en Pekín, hace un año y medio, Juley Roy escribía en *L'Express* palabras de desencanto: «Durante algunos días creía que tenía fiebre. Sufría sin saber de qué. No veía más que millones de hombres tirando de carros de mano. No oía más que el aullido de las locomotoras y las bocinas obsesionantes de los coches. Empujaba las ventanas enrejadas de mi cuarto, para convocar el aire que me faltaba. Sin atreverme a confesarlo, me ahogaba. ¿De qué? De vivir fuera del mundo» .

Posiblemente sin recordarla, Roy confirmaba en cierto modo la vieja observación de Simone de Beauvoir: «Cuando la burguesía grita que se acaba el mundo, es que se acaba el mundo de la burguesía». Jules Roy estaba fuera de su mundo, que en esa lejanía cobraba el carácter de único valedero. Los hábitos cotidianos, la sensación confortable de pertenecer a una clase que protege nuestras prerrogativas de intelectual, hombre de negocios o artista, estaban sofocados en China, imposibles de ejercer debido a la simple inexistencia de las condiciones occidentales de vida. Pekín traumatizaba al periodista y le hacía postergar su objetividad y hasta sus simpatías de liberal ante una revolución socialista. Las quejas del occidental Roy atrapado en el otoño neblinoso de Pekín, pueden bordear la puerilidad: «En Pekín, capital de China, no se sabe nada de lo que pasa en China. La radio y la

televisión no difunden más que música y visitas de laboratorios, de casas-cuna y de museos. Aquí no está en venta ningún diario occidental... En Pekín me descubro con terror a años-luz de lo que constituye en mi país el amor de los hombres y de la vida». Es decir: Roy, el intelectual europeo, descubre con pavor (porque lo vive por primera vez) el drama de la alienación, esa condena que el capitalismo ha arrojado sobre los millones de hombres que constituyen sus estratos desposeídos. La sociedad occidental —por lo menos en sus mecanismos intrínsecos— está hecha para las minorías que Roy integra; el resto de sus miembros permanece ajeno porque las finalidades del proceso no los contemplan, a no ser como objeto de lo que Herbert Hoover llamaba —cuando era ingeniero de minas en China— «la gran ciencia de extraer el mayor dinero posible de otro ser humano». La sociedad socialista —más, aun, a la escala gigantesca de China, a la medida de su inhumanidad transicional— está hecha para esas mayorías omitidas y rechaza con dureza a quienes no son sus destinatarios. Aceptar esta noción puede ser una de las claves para entender en algo, desde una posición occidental, el fenómeno de un país que, con 700 millones de habitantes, arranca hace sólo diecisiete años desde el feudalismo agrario, la esclavitud industrial y un cuerpo social descuartizado por el colonialismo y llega a ser la nación soberana, unificada y orgullosa de hoy, donde todos comen, se visten y se educan a la medida de sus necesidades.

Lo que llamo «el trauma chino» está compuesto de los hechos que Roy enumeraba verazmente. Yo también, al segundo día de vivir en el Hotel de las Nacionalidades en Pekín, desarmaba frenéticamente con un destornillador los marcos de tela metálica que en las ventanas parecían retener el aire y el paisaje; por la noche, procuraba con avidez que nunca sospeché escuchar las transmisiones en inglés de Radio Tokio o de La Voz de América desde Okinawa, porque en medio de la acostumbrada propaganda podía rescatar las inflexiones de un idioma conocido o alguna noticia de la América Latina lejana. Habiendo pasado por el trauma chino, reconozco que el observador de mentalidad occidental (digamos, un periodista) debe añadir a la objetividad, a la receptividad y a la equidad de juicio que usaría para otros países, un esfuerzo adicional en el caso de China; el que significa despojarse temporalmente de toda una modalidad de existencia y entrar voluntariamente en otra. Estos ritos de iniciación no incluyen solamente los rubros que preocupan a Jules Roy. Podremos acostumbrarnos a no leer todas las mañanas diarios que informen sobre nuestro mundo, aceptaremos finalmente como manjar delicado las fetas de huevos cuya putrefacción se provoca enterrándolos en cal y barro durante un año, o descubriremos que andar en mangas de camisa, sin corbata o con zapatillas de fieltro, puede ser la vestimenta adecuada para toda ocasión, inclusive la entrevista con ministros.

Pero esos acondicionamientos deben ser complementados con otros menos superficiales. Por ejemplo, hay un *tempo* chino para todas las cosas, donde las gestiones, las resoluciones y los plazos de decisión se cumplen a un ritmo que no es el nuestro. Quienes intenten incluir en su jornada china la diversidad y multiplicidad de asuntos que acostumbran en Occidente, sólo obtendrán una frustración deprimente y la desorientación de los funcionarios y los amigos que debieron asistirlo.

El extranjero choca irremisiblemente contra esa barrera invisible, verdadero campo de fuerza donde gira un universo de valores distintos. Y sin embargo, si acepta ese ritmo que no es el suyo —desde las entrevistas a las visitas de museos, desde la lectura de un poema hasta la ceremonia de una cena— encontrará que en esta sociedad aparentemente inhumana («sin el amor de los hombres y de la vida», como decía Roy) hay una lenta y entrañable fruición de los logros, de la fraternidad, del arte o de la política.

En las terrazas agrícolas de Yenán (esculpidas en la piedra rojiza que forma las montañas de Shensi, colmadas penosamente viaje a viaje con la tierra fértil del llano que está mil metros más abajo) un atardecer encontré a un viejo arrodillado entre las espigas verdes del trigo. Era en la cumbre y comenzaba a soplar el viento frío del noreste; el sol se ponía detrás de la milenaria Pagoda del Tesoro y los campesinos habían regresado a sus cuevas labradas en la roca viva. El viejo se confundía casi con la sombra de la montaña y cuando me acerqué más, descubrí su tarea: con un cuenco de barro sacaba agua de un odre que había transportado a la espalda y regaba solícitamente los tallos de trigo, uno a uno. Miré a lo largo de las dilatadas terrazas que rodeaban la montaña y que se prolongaban infinitamente en el paisaje. El viejo sonrió, entendiéndome mi perplejidad. Después dijo: «Las mías son éstas, solamente». Y señaló cinco hileras de espigas, unas cien plantas. Ya todos los comuneros estaban en sus hogares y la jornada («ocho horas para la labor; dos para la discusión política», como recomienda el Partido) había terminado. Pero aquel viejo, sin que nadie lo obligara, había vuelto a subir a la montaña para regar las filas de plantas de que era responsable y se demoraba en la tarde, complacido. En las interminables terrazas organizadas como jardines, decenas de miles de otros comuneros se encargarían de otras plantas. Este viejo había reducido la desmesura del tiempo y del espacio a un acto de creación individual; en su sonrisa descubrí a la vez el orgullo de ese acto y también la seguridad de integrar un esfuerzo colectivo cuyo sentido le había sido revelado.

Los chinos parecen haber descubierto un nuevo metabolismo del cuerpo social, otra velocidad de circulación de sus fluidos, otros procesos de asimilación y producción de energía. Cuando se llega a entender esa noción diferente, el tiempo deja de ser un obstáculo y se convierte en un instrumento. Engranaje de una imponente maquinaria, el hombre chino es, a la vez, el conductor del mecanismo. Ha renunciado a las evidencias superficiales del individualismo, como se entiende en la sociedad capitalista: el *status* otorgado por las posesiones materiales, la vestimenta, aun determinados rasgos del espíritu. A cambio, la organización socialista del trabajo y la capacitación política le han otorgado una confirmación más profunda de su condición de individuo: el conocimiento exacto de que su acción determina realmente el proceso revolucionario; la seguridad sobre medios y fines que da el manejo de una ideología.

Quizás el chino no sea libre en el sentido que occidente otorga al término; quizás lo sea en otro plano, al haber descifrado finalmente su función dentro de la sociedad, al haber adquirido la certeza de que integra un proceso de liberación colectiva que es irreversible; al sentirse, como ha dicho alguien, protagonista de la Historia y no su objeto. En China, la combinación de ese *tempo*, que otorga al flujo y reflujos social una sabiduría milenaria,

con el método crítico proporcionado por la dialéctica marxista-leninista, ha convertido al hombre en un tranquilo dominador de todos los procesos en que interviene, y nadie se plantea dudas al respecto. ¿Podemos decir lo mismo en Occidente?

Ninguna crónica de China puede alcanzar una eficacia demostrativa si no entrega a sus lectores una clave de interpretación. Los relatos pueden ser demasiado fabulosos, las cifras exorbitantes, la psicología de los protagonistas irritante o incomprensible, las políticas oficiales fácilmente siniestras o paranoicas, si no se ha establecido esa advertencia.

La situación china es atípica en relación a cualquier nación de la actualidad. Esa atipicidad debe sumarse a las condiciones de carácter que he citado, para completar las claves. Salvo China, ningún país ha decidido aceptar como un hecho necesario y positivo la guerra nuclear; ningún país existe en los planes de las demás potencias como el inevitable enemigo a destruir; ningún país afronta una indecible tarea de desarrollo económico-social sin contar en absoluto con ninguna clase de ayuda y financiamiento exterior; ningún país debe combinar un aislamiento geográfico y político tan abrupto con un ecumenismo tan ortodoxo a propósito de la revolución mundial y del combate antimperialista.

Y aun teniendo en cuenta todos esos factores, faltarán todavía al observador ciertos datos que acostumbra a obtener en otros países: una estadística al día, el conocimiento de la estructura del gobierno y de sus órganos delegados, el proceso que siguen las decisiones dentro de los grupos de poder, la composición y jerarquía de esos grupos. Así, el único elemento de juicio que el visitante extranjero puede manejar integralmente es el propio pueblo chino.

Amable, ingenuo, susceptible, politizado hasta el sectarismo, xenófobo en algunos niveles y fraternalmente internacionalista en otros, odiando visceralmente al norteamericano, sensitivo a la amistad, ciegamente confiado en la sabiduría de sus dirigentes, el pueblo chino ofrece un fascinante experimento de convivencia.

Las cuatro o cinco semanas de mi estadía y las dificultades de integración al medio hicieron que procurara examinar a los chinos sólo en relación a una actitud básica, la que el país adopta ante el hecho que China considera inevitable y cercano: la guerra con los Estados Unidos, a escala atómica y total. Porque la guerra es el obsesivo punto de referencia de la vida china. Ha condicionado no sólo las políticas que el gobierno proyecta en el exterior; influye también en el funcionamiento interno del país; determina la modificación de los programas educacionales y del cultivo de la seda; obliga a crear nuevas técnicas artesanales y a diseñar tipos distintos de maquinaria pesada; encamina y sustituye íntegramente escuelas literarias y artísticas, transforma la estética teatral y las tradiciones de la danza; obliga a un país en subdesarrollo agrícola a fabricar aviones supersónicos que igualan a los aparatos similares de los Estados Unidos y a construir microscopios electrónicos, prensas hidráulicas de 12.000 toneladas o computadores, con métodos que, al no poder basarse en las normas técnicas occidentales o soviéticas, se originan en la intuición de obreros semiletrados; hace que en menos de dos décadas el armamento del ejército pase de las alabardas de la Gran Marcha a la bomba atómica.

Preferí descubrir esa honda transformación no en las estadísticas atrasadas o en los textos oficiales, sino en la mentalidad de la gente común. Al fin de cuentas las guerras — por lo menos las victoriosas— tienen que contar con el consentimiento de la gente común.

Tuve que liberarme, por supuesto, del trauma chino. Como en el proceso de una gripe, debía pasar por el período de incubación y el de crisis. Y en el caso de China, las primeras impresiones no son las determinantes.

Cuando se cruza desde Miami, México o Londres a La Habana, la grisura del paisaje urbano de una sociedad socialista (faltan los estímulos visuales de los anuncios luminosos, de los escaparates, del tránsito motorizado y moderno, de las mujeres lujosas) puede deprimir al observador desprevenido o frívolo. En Berlín, cuando el extranjero sale de la Kurfürstendamm occidental constelada de luces, debe atravesar la horrible zona de casas muertas, campos minados y alambradas que enmarca el Muro y anticipa una tétrica imagen del socialismo. Pero en Asia, cuando el viajero, después de una hora de tren, camina desde el pequeño puesto fronterizo de Lo Wu, en el territorio británico de Hong Kong, a la estación blanca y reluciente de Shengcheng donde flamean banderas rojas y un tren de alegres vagones verdes espera en el andén, China aparece ante el visitante (sobre todo, si hay sol) como una comarca encantadora y cordial.

Se viene de la escualidez de Hong Kong, de los miles de desocupados viviendo a bordo de *sampanes* en los malolientes pantanos del Aberdeen, de los soldados borrachos de las Special Forces de Vietnam, que están pasando su licencia en el hotel President, de la fabulosa prostitución nocturna, del trato levemente brusco de los policías británicos, que en Lo Wu despiden con inocultable desprecio a los *fellow travellers* decididos a entrar al Infierno Rojo sin tener, evidentemente, ni siquiera la plausible razón de ser hombres de negocios británicos.

Me atrevería a decir que cambia hasta el paisaje. No es tan absurdo: los métodos de cultivo, la arquitectura rural, los *posters* de las carreteras, obedecen de un lado a la rutina capitalista y del otro a la planificación del socialismo. En Lo Wu, las jóvenes campesinas descalzas, con sus sombreros de paja circundados de un velo negro, se encorvan bajo pilas de diarios viejos que venden a los viajeros de tercera para suavizar los bancos del tren; en Shengcheng, cada metro cuadrado de tierra muestra sus hileras de trigo o arroz y, en medio de ellas, los cultivos complementarios de lechugas o soja. A lo lejos, además, las mágicas montañas azules de Nailing encuadran un río de tarjeta postal y el espejo cuadriculado en verde de los arrozales.

El tren hasta Cantón era cómodo y el jarro de té verde con flores de jazmín que la muchacha guarda—tren depositó en mi mesa estaba construido de porcelana azul con bellos dibujos de fénix y dragones. Cantón fue sólo un fugaz vistazo a través de las ventanillas del automóvil polaco, con calles hormigueantes y edificios relucientes bajo la lluvia, en el camino al aeropuerto. El flamante *Britannia* a turbohélice que me llevó a Pekín en cinco horas tenía asientos de brocato; la azafata, de infaltables pantalones anchos y trenzas, obsequiaba con abanicos de sándalo y canastillas de mimbre rebosantes de *li chi*, esa fruta

extraña y deliciosa que parece provenir de otro planeta y es el orgullo de la provincia de Kwantung.

En Pekín, el encanto persistió esa noche. Desde el aeropuerto, el automóvil rodaba por una excelente autopista bordeada de espesos álamos y al desembocar en la anchura inconcebible de la avenida Chang Han, las tribunas doradas y rojas de la plaza Tien An Men, las columnatas del Palacio del Pueblo y los tejados verdes y poblados de dragones que coronan el blanco rascacielos del Museo de las Nacionalidades, junto a mi hotel, fueron un tableteo de imágenes hermosas o sorprendentes.

El proceso infeccioso del trauma chino comenzó recién a la mañana siguiente y siguió su evolución lógica.

La primavera pekinesa amanece a las 5. Desde antes, los altavoces de las fábricas y las escuelas comienzan a emitir consignas, himnos o editoriales del *Renmin Ribao*, o Diario del Pueblo. Desde las ventanas clausuradas por las telas metálicas yo divisaba en las veredas del hotel a los obreros madrugadores, que cumplían lentos ejercicios gimnásticos bajo los álamos nuevos. Sin llamar, con la acostumbrada familiaridad que mozos y camareros chinos usan con sus parroquianos (en un restaurante es normal que un mozo intervenga en la conversación de un banquete o interpele a un orador que hace un brindis; aun, como me pasó en Sian, que tome una copa y se una al homenaje), un camarero de brillante sonrisa entró con el gran termo de agua caliente y tazas limpias para el té amargo de la madrugada. Más tarde, en el *hall* del hotel, no encontré diarios extranjeros; el café del comedor era agua tibia y levemente ocre; en ninguna tienda de Wang Fu Chin, la gran arteria comercial, existía film de 8 mm para mi cámara. El régimen que oprimió a Jules Roy continuó haciendo su efecto durante los próximos días. Desde el aeropuerto (y hasta que, cinco semanas después, rehice el trayecto de Shengcheng a Lo Wu y me paré en el andén británico a mirar las dos figuritas de azul que agitaban sus manos detrás de la frontera), Wang Chen, el intérprete, y Shui Chi-shen, miembro de la Asociación de Amistad Chino-Latinoamericana, fueron mis inseparables compañeros. En esos primeros días, todavía no había encontrado las claves de la convivencia. Wang y Shui eran sólo unos cortesés e indespegables jóvenes que aparecían en mi cuarto a cualquier hora —preferentemente, cuando estaba bañándome— se enfrascaban en interminables explicaciones muy parecidas al adoctrinamiento más ingenuo y nunca obtenían las entrevistas que yo necesitaba.

Supongo que a Roy, como a cualquier extranjero que caiga en manos de la hospitalidad burocrática china, le pasó lo mismo. Una visita a un museo estaba integrada, invariablemente, por un complicado ceremonial donde yo tenía que ser recibido en la vereda por un vicedirector como mínimo, espaciar la recorrida de las salas con varios períodos «de descanso» —que consiste en retirarse a un gabinete espléndidamente alhajado a tomar té amargo y cambiar lánguidas cortesías—, y una despedida igualmente bombástica en la vereda, previo obsequio de insignias. En un mes visité doce museos; nunca pude obtener la pequeña gracia de que me dejaran visitar alguno solo, de incógnito, sin recepciones ni té amargo; de todos tengo insignias y un vago recuerdo de rostros cortesés e idénticos, repitiendo las mismas fórmulas.

En esos primeros días de Pekín, el complejo de incomunicación humana llegó a ser obsesionante. Todo se desarrollaba según fórmulas y había demasiados obstáculos entre mi plan de contactos y la gente: el automóvil con chofer, el desconocimiento del idioma, Wang y Shui, una agenda de visitas que se me iba comunicando parcialmente pero sin dejarme conocer el programa total. Yo había hecho requerimientos específicos de entrevistas, había pedido confirmaciones o negativas. Nada de eso ocurría, y esa primera semana la fricción de mi *tempo* occidental con la idiosincrasia china me llevó, muy fácilmente, a perder la ecuanimidad. En China no pasaba nada; el sistema, evidentemente, practicaba el alejamiento con los extranjeros; todo era una experiencia ridícula y sin valor. No sabía que, como cuando uno sube al altiplano paceño, estaba sufriendo las consecuencias del apunamiento; que debía acostumbrar mis pulmones a respirar la atmósfera sutil de China.

Sé exactamente cuándo me curé y aprendí a respirar como los chinos, a acompañar mi metabolismo con el de ellos. Fue en la noche del 9 de mayo, y ese motivo no es fácilmente olvidable.

Esa noche, después de la cena a las 6 de la tarde, al estilo chino, subí a la terraza del hotel. El sol se puso detrás del Museo de las Nacionalidades y en la inmensa masa gris de la edificación pekinesa comenzaron a aparecer los puntos rojizos del alumbrado público. Hacia el sur, el bulto colosal de una pagoda blanca aparecía entre un parque. La brisa nocturna levantaba un polvillo impalpable de la tierra amarilla y yerma de la planicie, que envolvía a Pekín en una niebla dorada. En la avenida Chang Han se encendieron las luces de mercurio y los enjambres de niños de las casas-cuna, en fila y tomados de sus blusas, ya desfilaban hacia sus hogares guiados por las maestras y entonando canciones infantiles. Decidí no ir a la ópera esa noche y telefoneé a Wang para avisarle: me quedaría en mi cuarto, escribiendo. Pero cuando se hizo de noche bajé a la calle y caminé por Chang Han hacia la plaza Tien An Men, donde se levanta la puerta ritual que es a Pekín como la torre Eiffel a París.

La vida nocturna de la capital termina prácticamente a las 9. La inmensa avenida de seis pistas, con su iluminación espectral, sólo estaba habitada por los agentes de tránsito en sus grandes plataformas circulares a rayas rojas y blancas y por algunos grupos de ciclistas que volvían de las fábricas. Caminé despacio, por primera vez convertido en un simple peatón, y aspiraba el olor de la primavera en los álamos y sentía la soledad de la avenida. Entre la ciudad apacible y yo no había letreros luminosos, ni bocinas, ni ruido de gente. Crucé por los viejos palacios y me detuve a mirar la triple puerta del Kuou Yuen, el Consejo de Estado, con sus centinelas.

La caminata duró horas. A medianoche estaba parado en medio de la inmensa plaza de casi un kilómetro de lado, pavimentada con piedras de talla minuciosa. Después atravesé los centenarios puentes de mármol que llevan hacia el Palacio Imperial de la Ciudad Prohibida y miré la luna llena que se reflejaba en las aguas negras de un canal. (Se dice que allí la emperatriz Tseu Hi, de la última dinastía, hizo ahogar al emperador niño, su sobrino.) Los leones de mármol que vigilan los puentes estaban gastados por el roce respetuoso de los campesinos que vienen a visitar Pekín. El único ruido en esa hora de Tien An Men era

el trino de los murciélagos revoloteando en torno a las grandes columnas del alumbrado, que tienen catorce globos de cristal y fastuosas guirnaldas de bronce. Consideré con un vistazo circular la Puerta de la Armonía Suprema, que recuerda una tradición milenaria, y la nueva arquitectura socialista: el Palacio del Pueblo y el Museo de la Revolución, que flanquean la gran plaza, el imponente monumento a los mártires de la Revolución, con su centinela adormilado sobre el fusil. Pensé que cuando la dinastía manchú, a fines del siglo XVIII, recibía en estos palacios de la Ciudad Prohibida a los traficantes ingleses, ya los murciélagos giraban sobre el canal de aguas negras. Pensé, equivocadamente: «Están aislados del mundo y no lo entienden. Tampoco quieren que los entiendan».

Ya me volvía y estaba a unos centenares de metros de la plaza, cuando un rumor de automóviles invadió Chang Han. Desde el Este venía una caravana de esas anticuadas limusinas negras que los soviéticos impusieron como sello de pompa gubernamental. Eran casi una docena y viajaban a toda velocidad, con las cortinas de seda bajas y las luces interiores encendidas. Cuando el cortejo dobló para entrar bajo las puertas del Kuou Yuen, los cromados brillaron a las luces de mercurio y los centinelas se cuadraron. El Consejo de Estado se reunía esa madrugada con la presencia de los grandes dirigentes. Me fui a dormir.

A las tres de la mañana, me despertó el llamado telefónico de un amigo: por la tarde, China había hecho estallar su tercera bomba atómica —esta vez con elementos termónucleares— y la noticia estaba circulando desde la medianoche en las redacciones de los periódicos. La bomba de hidrógeno ya estaba, prácticamente, en manos de los chinos.

Cuando me vestí y salí a la calle para presenciar el júbilo y las manifestaciones por el acontecimiento, fuimos con otros latinoamericanos hasta la redacción del *Renmin Ribao*. En la vereda, grupos de estudiantes y obreros escuchaban ávidamente los boletines radiales atronando el cielo, que ya clareaba. Los rostros de los chinos sonreían con orgullo y un mecánico me extendió la edición especial del diario, con la tinta roja de sus títulos aún fresca.

En esa madrugada de Pekín, mientras volvía al hotel con la hoja de caracteres incomprensibles, supe donde estaba, finalmente; en un país que podía ser objeto de la aniquilación atómica ese mismo día, si alguien juzgaba en Washington que había llegado el momento del ataque preventivo; en medio de un pueblo aparentemente condenado a ese horror y que, sin embargo, encontraba valeroso y sereno, unido en su noción nacional y en su fe revolucionaria. Los chinos, con sus palacios detenidos en el siglo XVIII, eran sin embargo mis contemporáneos, porque estaban sometidos a la misma amenaza y la bomba era su común denominador con el resto de la humanidad.

Después, súbitamente, creí descubrir que los chinos tenían razón, y que no comprenderlos era, simplemente, una carencia de observador. ¿Me había abandonado a la onda de irrealidad que proporciona un país donde el plano político está regido por una escolástica que sólo admite valores absolutos, juzga todo con implacable perspectiva histórica y rechaza cualquier juego de matices y reservas como síndrome burgués? Instalado ahora fuera de China, todavía no puedo saberlo claramente. Y sin embargo, mientras miraba

salir el sol sobre la bruma dorada de Chang Han y los jubilados realizaban su lenta gimnasia filosófica en las veredas pobladas de álamos, llegué a imaginar otra variante del gran dilema: intuí una posible verdad dialéctica: que de la contradicción contenida en el apocalipsis de una guerra nuclear puede ocasionarse, además del exterminio de una civilización (civilización de la que los chinos se niegan a considerarse tributarios; exterminio que quizá no sea el de la humanidad toda, sino el de un sistema occidental de vida), una síntesis que restablezca nuevas formas sociales y otro sentido de la existencia.

Creo que esa mañana me curé del trauma y llegué a rozar las razones finales de la conducta china, pero tampoco de eso estoy seguro.

El tigre agazapado

PEKÍN

El Kuou Yuen levanta sus muros pintados con la pintura ritual a pocos metros de la Puerta de la Armonía Eterna. En una de las salas que se abren a los pequeños patios de bancos verdes y pinos retorcidos por los siglos, hay un gran biombo de papel donde un pintor del siglo XVII trazó los contornos brumosos de una montaña sagrada. Frente al biombo, existe un globo terráqueo de dimensiones gigantescas, movido electrónicamente. Sentado entre esos dos extremos de una síntesis de morosa cultura y de impaciente tecnología que China encarna como ningún otro país, escuché hablar durante cuatro horas a Chen Yi, vicepresidente, ministro de Relaciones Exteriores, y uno de los diecinueve miembros todopoderosos del Buró político, explicando la inevitabilidad de la guerra con los Estados Unidos.

Chen es ahora un anciano socarrón, que fuma sin pausa y estalla en irritaciones fugaces y calculadas para subrayar alguna vituperación de los rusos. Sus manos sorprendentemente pequeñas y delicadas siempre sostienen algo: el jarro de té, una confitura o una mandarina que va mondando con aire pensativo, mientras escucha la traducción de una pregunta. Pero detrás de la máscara bondadosa y de la cordialidad se presiente otra imagen más dura: la del *kuai-tsu-shou*, el joven lugarteniente de Mao, que cruzó el Yangtzé con el Cuarto Ejército, derrotó muchas veces al invasor japonés y conquistó el Este de China, aniquilando a las divisiones de Chiang y convirtiéndose en mariscal. Esa imagen del guerrero veterano, que ahora languidece entre la diplomacia y los jardines cuidados del Kuou Yuen, es el que corresponde al verdadero Chen Yi. El año pasado dijo a unos periodistas de Hong Kong: «Durante dieciséis años hemos estado esperando que los imperialistas vengan a atacarnos. Mis cabellos se han tornado grises durante la espera. Quizás yo no tenga la suerte de ver la invasión de los imperialistas yanquis a China, pero mis hijos podrán verla y la combatirán». Y esta semana, cuando le pregunté sobre la guerra atómica, sus ojos chispearon entre los párpados protuberantes y semicerrados: «Cuanto más pronto vengan, mejor».

La China de 1966 (que se dispone a entrar en su tercer plan quinquenal, calcula completar su industrialización en 50 años y tendrá para entonces casi 900 millones de habitantes) cree que enfrenta ahora dos amenazas: la guerra —seguramente a escala atómica, posiblemente contra una coalición occidental que incluiría de alguna manera a la Unión Soviética— y la desviación ideológica. En lo que puede deducirse de la observación directa, no teme a la primera y se prepara con modestia y serenidad para recibirla. En cambio, el riesgo de la desviación ideológica está conmocionando verticalmente la sociedad china. Sus teóricos la llaman «degeneración capitalista del socialismo» y radican el comienzo histórico del problema en Yugoslavia, pero atribuyen la responsabilidad de la epidemia a la URSS y a lo que caracterizan como «la gran tragedia del revisionismo soviético». No es una simple discrepancia de exégesis, una interpretación distinta. Se trata de una verdadera enfermedad social, que puede provocar la involución del proceso hacia el comunismo. «Hemos edificado el socialismo —me dijo Chen— durante 17 años. Ustedes los latinoamericanos, no, porque todavía no han obtenido el poder. Construir el socialismo no es un problema real para ustedes. No pueden darse cuenta de la degeneración del socialismo y de lo que eso representa.»

En cierto modo, el riesgo desviacionista aumenta en la proporción en que una sociedad socialista enfrente la posibilidad de una guerra. El revisionismo, dicen los chinos, debilitará el frente interno. Así, su ansiedad inocultable por investigar las causas de la desviación y adoptar las medidas preventivas, está relacionada con la presencia norteamericana a las puertas de China.

Tuve oportunidad de escuchar largamente la opinión del viceprimer ministro sobre estas cuestiones. Después de una reunión en Kuou Yuen con un grupo de latinoamericanos venidos para el 1° de mayo, Chen aceptó un diálogo en privado que se prolongó hasta la madrugada, frente al globo electrónico y entre las caras adormiladas de los intérpretes. Habló solo casi toda la noche. Es un conversador a la manera de Fidel Castro y únicamente la cortesía china disimula su impaciencia cuando las preguntas o las aclaraciones cortan su monólogo. El primer tema fue la guerra, el aislamiento de China.

China, explica el viceprimer ministro, es consciente del cerco imperialista: Corea, Taiwán, Okinawa, Vietnam, Tailandia. «Harold Wilson —añade— dijo hace poco que China es el único país que crea disturbios constantemente. Es correcto. Cometemos disturbios constantemente, pero contra el capitalismo. La presión capitalista provoca golpes militares en países que son nuestros amigos, hace romper relaciones y nos acosa. Posiblemente, más países aun rompan relaciones con China. Pero no cambiaremos nuestra política aunque la tierra estalle.»

Inflamado, se sienta en el borde del sillón y agita su índice ante mi cara: «No tenemos por qué incorporarnos a los grandes que se reparten el mundo. Hay una mesa tendida y el imperialismo sirve los platos. Nos ofrece un plato y piensan que China se quedará tranquila, como los rusos, con el reparto de zonas de influencia. Pero si cambiáramos nuestra política, el pueblo nos echaría. Quieren convertir a Kuou Yuen en otro Kremlin. Que

aquí surja otro Jruschov, para eliminar la dictadura del proletariado y sustituirla por una burocracia revisionista. Si hiciéramos eso, tendríamos abiertas las puertas de la ONU, nos incorporaríamos al clan de las grandes potencias. Pero, no. Puedo equivocarme en muchas cosas, pero de esto estoy seguro: si abandonamos el antimperialismo, abandonamos el socialismo».

Después se ríe y enciende otro cigarrillo: «Yo podría lucirme en Nueva York, ser recibido en las Naciones Unidas con grandes agasajos. Pero así, China traicionaría a la revolución y al marxismo-leninismo». Apaga el fósforo con un chorrito de té y prosigue: «Yugoslavia fue el primer país revisionista, la URSS el segundo y Cuba el tercero. Podríamos ser el cuarto. Pero jamás ingresaremos al grupo de la coexistencia pacífica, de la agresión y del imperialismo. Queremos mantener el honroso título de perturbadores».

Hago una pregunta: ¿China ha calculado las consecuencias finales de esa postura intransigente? Chen Yi empieza a hablar y de pronto la conversación crea un gran silencio que abarca hasta el susurro de los pinos en el jardín, porque el anciano ha cerrado los ojos y dice cosas terribles. Sus palabras transmiten a la vez la verosimilitud que cobra, aquí en China, el tema casi académico de la guerra nuclear, y la dolorosa conciencia que estos hombres tienen del juego que han elegido: «A China la odian, a la vez, los reaccionarios y los revisionistas. Tenemos que correr el riesgo. Un día, quizás, destruirán a Pekín con su bomba. Norteamericanos y japoneses desembarcarán en China, para borrarlos. No puedo dejar de pensar en esto. Los generales del Pentágono ya lo han dicho abiertamente: quieren atacar las instalaciones atómicas chinas. La última etapa del escalonamiento es China. La dirigencia de China ha examinado este problema. Y los resultados fueron que tenemos que correr ese peligro. Probablemente las ciudades de la costa quedarán destruidas. Calculamos el sacrificio en centenares de millones de seres. Lucharemos treinta años más». Hace una pausa, y agrega una frase meditativa, como si yo no estuviera presente: «Los proyectiles rusos pueden volar un día de Moscú a Pekín. Pekín ya es un blanco atómico...». ¿Qué pregunta agregar a la conversación donde el canciller de una potencia mundial afirma estas cosas y advierte que el holocausto nuclear entra en sus previsiones? Chen completa su declaración: «Tenemos la valentía de Stalin, que dejó llegar a los alemanes a las puertas de Moscú. Ya no podemos retroceder. Retroceder es capitulación. No se trata de propaganda. Es posible que pronto hierva la tierra y que todo se atrase muchos años».

Desde fuera de China, es posible creer en la inanidad de la polémica sobre revisionismo. Los documentos conocidos sólo nos han alcanzado los planteos teóricos, y en ese plano, todo se reduce para el observador externo a una querrela que puede mantenerse a un costado de la pugna política real. Leer que los chinos sostienen que la tesis jruschoviana en el xx Congreso sobre la transición pacífica y la vía parlamentaria al socialismo desvirtúa la doctrina de Lenin, o que Deng Siao-ping no defendió, en realidad (como afirman los soviéticos) la lucha contra el culto de la personalidad, no revela la profundidad de la brecha real que separa en estos momentos a China de la URSS.

Las afirmaciones de Chen, en cambio, establecen otra medida. Chen habla de la URSS como del enemigo; se ha completado la ruptura, aunque los embajadores sigan en sus puestos. Colocada en su papel de blanco atómico, China ha definido ya a sus amigos y a sus enemigos, posiblemente con el maniqueísmo que da el peligro de muerte, pero también con una frialdad convencida. Hace tres años, miles de asesores soviéticos vivían aquí, en fraternización con los chinos. Las huellas permanecen: la mayoría de los vehículos son rusos; en todas las librerías, hay secciones enteras de textos en ruso, aunque ya no quedan los lectores a cuya intención se crearon. De ese país, tan próximo a los chinos a lo largo de medio siglo, Chen habla ahora como del enemigo nuclear. Ninguna prueba mejor de la alienación definitiva que las palabras impetuosas del viceprimer ministro.

Y sin embargo, la condenación de la URSS no excluye que los chinos se inclinen sobre su supuesta herejía, tratando de disecar el mecanismo. Hay en esa actitud un sentido de autodefensa: «Antes —dijo Chen— la URSS era un ejemplo para China. Ahora también. Es, usando la frase del camarada Mao, un maestro con signo negativo».

Porque el virus de la epidemia —China lo ha localizado— está en los intelectuales. Cuando pedí a Chen que explicara más en detalle la tesis, contó una anécdota: «Una vez le dije a Jruschov: “Usted tiene muchas bombas y yo no tengo nada. Pero yo no les tengo miedo y usted sí. ¿Por qué?”. Jruschov me contestó: “Porque las conozco”. Creo que los rusos han incurrido en la degeneración capitalista, en parte por miedo a la bomba. Pero hay otras razones. En el xx Congreso, Jruschov dijo que Stalin había matado mucha gente. Eso no es importante. Que estimulaba el culto de la personalidad. Eso no es importante. Que era un tirano. Es cosa secundaria. Es posible que Stalin cometiera esos errores. Pero hubo otro más grave. Al estimular la industria y la tecnología (es decir, al trabajo urbano y a los intelectuales), sin resolver el problema de la agricultura, contribuyó al proceso de la degeneración. No adoptó medidas para eliminar los resabios capitalistas de la intelectualidad. Estaba impaciente por declarar que ya no había en Rusia lucha de clases. Stalin no advirtió la posibilidad del cambio hacia el capitalismo. El pueblo soviético, debido a esa política omisa, no estaba preparado para enfrentar el revisionismo. Molotov, Melenkov, Kamenev no supieron oponerse, y los revisionistas llegaron a la crueldad de quemar el cadáver de Stalin. Después Jruschov utilizó a los intelectuales para restaurar el capitalismo. Y el imperialismo lo apoyó».

Agrega otra frase sorprendente: «Procuramos eliminar la clase intelectual». Hace una semana, el gran poeta nacional Kuo Mo—jo escribía en su autocrítica: «Aunque tengo ya más de 70 años, quiero revolcarme en el lodo y quiero recibir en el cuerpo los estigmas del aceite y de la sangre. Juzgada conforme al criterio actual, mi obra carece de todo valor y debe reducirse a cenizas». La retractación de Kuo, que leí en Montevideo, pareció en ese momento un absurdo. Considerada en el contexto del proceso interno impuesto en China por la dirección colectiva, tiene el sentido de una vanguardia. A lo largo del país, está en marcha lo que se denomina «la revolución cultural» o «la remodelación de la cultura». China no puede caer en el revisionismo, porque arriesga su esencia revolucionaria y una

estructura que es la garantía de su enfrentamiento exitoso con la agresión. Entonces debe ir a la destrucción preventiva de los virus de la «degeneración capitalista». Los intelectuales han aceptado su caracterización negativa pero, además, han aceptado su dispersión como grupo social, su reabsorción en la masa. La actitud de Kuo se señala como ejemplo y todo el aparato del Estado se dispone a la tarea que Chen Yi me definió en nuestra conversación: «Para prevenirnos del desviacionismo, estamos procurando eliminar las tres diferencias: entre trabajo manual e intelectual; entre la ciudad y el campo; entre campesinos y obreros».

«Los intelectuales —dice Chen— deben trabajar en el campo y en las fábricas para forjarse políticamente. Porque los intelectuales son la nueva clase, son el peligro. Marx y Engels no previeron esta posibilidad de la degeneración capitalista del socialismo».

Cuando China, a partir de 1949, inició el Gran Salto, sus poetas hablaron del «salto del tigre». Ahora, con el enemigo cercándolo, el tigre está agazapado y expectante. Preparar al país y al pueblo para la posibilidad aterradora de una guerra atómica, reorganizar su superestructura en consonancia con la amenaza y, a la vez, encarar la enorme tarea teórica de crear las defensas ideológicas contra un revisionismo que considera letal para la revolución, es el objetivo que China se ha impuesto.

CHE GUEVARA

1970¹

ERNESTO GUEVARA DE LA SERNA¹

1928

Nace el 14 de junio en Rosario (Argentina), adonde sus padres, Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna, se han trasladado para que Celia reciba mejor asistencia. Los Guevara componen una familia de ascendencia burguesa con alguna rama antecesora de aristócratas y militares de la Independencia. Guevara Lynch explota en esa época un yerbatal en Caraguatí, Misiones, en un predio de propiedad de su esposa, y se jacta de hacerlo con métodos modernos y equitativos.

1928–1950

A los dos años se le descubre una afección asmática. Por recomendación médica la familia se instala en Alta Gracia, Córdoba, donde Ernesto (a quien llamarán siempre Teté) pasará su infancia y su primera adolescencia. Es un niño enérgico y vital, que busca sobreponer-

1. *Nota del editor:* Esta publicación (*Che Guevara*, colección «Los hombres de la historia. La historia universal a través de sus protagonistas», n° 130, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970) procede de una investigación del autor para una obra mucho más extensa, inconclusa e inédita, sobre esa figura.

se a su asma practicando deportes rudos (rugby, en el club Estudiantes) y vida al aire libre. Sus amigos de esa época lo recuerdan individualista, descuidado en el vestir, sobrio en las necesidades y profundamente atraído por la naturaleza. En su adolescencia participa de la vida algo frívola de alta burguesía de provincia, aunque sigue manteniendo una actitud desprejuiciada ante las convenciones sociales. No adopta todavía definiciones políticas o ideológicas, pero influye en su formación en ese plano el pensamiento de los padres (y especialmente, de Celia), que son liberales de izquierda, simpatizantes de la República Española y, más tarde, antiperonistas (Guevara Lynch, en 1955, integrará los comandos civiles que ayudaron a derrocar a Perón, y hasta se proclamará «gorila» ante algún periodista). En 1944 inicia una breve e insatisfactoria experiencia como empleado municipal en la Dirección de Vialidad de Santa María, en Córdoba. Al año siguiente los Guevara se instalan en Buenos Aires. Ernesto ha sido declarado no apto para el servicio militar y, habiendo terminado su bachillerato, se matricula en la Facultad de Medicina. (Su hermano Roberto seguirá estudios de Derecho; sus hermanas Celia y Ana María, de arquitectura; el menor, Juan Martín, completa la familia.) Ernesto juega al rugby (medio–scrum) en el club San Isidro y en esos años universitarios se preocupa algo más de la política, aunque sin militancia activa. En 1950 el matrimonio Guevara se separa y los hijos quedan con Celia en la vieja casa propia de la calle Aráoz 2180, con lo cual la influencia de la madre aumenta sobre Ernesto. Las principales preocupaciones del adolescente, en esa época, parecen ser, por su orden, conocer América latina, interiorizarse en la Arqueología, y contribuir con alguna especialización de su carrera a la asistencia de las enfermedades de tipo social. A los 19 años adapta un motorcito a una bicicleta y utiliza unas vacaciones en recorrer casi toda la Argentina. La pequeña hazaña merece una gratificación de la firma vendedora, que le cambia el motor por uno nuevo y publica un aviso de prensa con la foto del joven expedicionario y una mención de la aventura.

Por esa época, aunque la posición económica de los Guevara es precaria (Ernesto, mientras estudia, trabaja en una repartición de la Municipalidad de Buenos Aires), los dos hermanos varones mayores alternan con otros jóvenes de la alta clase media en Córdoba, Buenos Aires y Mar del Plata. Ernesto es huraño en materia de episodios sentimentales —baila mal, no sabe dialogar cortésmente— pero mantiene un noviazgo (el único estable que se le conoce, en ese período) con María del Carmen Chinchina Ferreyra, hija de un rico hacendado cordobés. Se le recuerdan rasgos que revelan una fuerte personalidad naciente: redactar un diccionario de filosofía «para uso personal», organizar un laboratorio en el garaje para investigaciones que conduzcan a un medicamento destinado a la afección de la abuela Lynch, montar una pequeña (y remuneradora) industria casera productora de un insecticida, editar una revista deportiva especializada en rugby, donde firma con el seudónimo de Chan–chow (como continúa vistiéndose con desaliño, en el San Isidro le dicen el Chanchito). En esos años, además, hace algunos viajes en vacaciones, como enfermero o marinero en petroleros de la Flota del Estado, pero la experiencia lo decepciona, porque esos barcos solo permanecen pocas horas en los puertos de llegada.

1951–1952

Su vocación trashumante cristaliza en un proyecto más serio. En diciembre de 1951, con el médico Alberto Granados, hermano de un amigo de la infancia en Alta Gracia, sale en motocicleta para recorrer América Latina. Cruzan la Argentina hasta el sur y luego suben por Chile hasta Santiago. Allí la máquina queda inutilizada, pero continúan al Perú y cruzan a pie el altiplano. En Perú viajan hasta la zona amazónica, después de conocer Macchu–Pichu, y se establecen un tiempo en la localidad de San Pablo, donde existe un leprosario. Entre los dos trabajan en un laboratorio y ejercen la psicoterapia de los leprosos: conviven con ellos, les organizan partidos de fútbol y modestas diversiones. En junio de 1952, cuando anuncian que los dejarán para navegar por el Amazonas hasta Leticia, en Colombia, los agradecidos enfermos les construyen una balsa y los despiden con una fiesta emocionante. Para subsistir, organizan y entrenan en Leticia un equipo de fútbol, hasta que consiguen pasajes para viajar a Bogotá y Caracas. Granados obtiene trabajo en Venezuela como leprólogo; recomienda a Ernesto que regrese a Buenos Aires para graduarse, como había prometido a Celia. Ernesto obtiene sitio en un avión carguero que transporta caballos de carrera en el trayecto Caracas–Miami–Buenos Aires, y tiene oportunidad de conocer los Estados Unidos. En Miami una demora del viaje aéreo lo hace permanecer un mes. Como desocupado, toma contacto con un nivel de la vida norteamericana que le añade una buena experiencia social. A fines de agosto llega a Buenos Aires y comienza a preparar las once asignaturas que le restan y que aprobará en menos de un año.

1953

Se gradúa en marzo, especializándose en alergia, sobre lo cual versa su tesis. (Ya venía haciendo prácticas en la clínica del especialista Salvador Pisani.) El doctor Pisani le ofrece un puesto a su lado, pero no lo acepta. Con escasos fondos, inicia el viaje a Venezuela para reunirse con Granados, pero decide hacer una escala en Bolivia para conocer la situación política de la revolución del MNR de Paz Estenssoro. En agosto, en La Paz, le presentan en casa del exiliado antiperonista Isaías Nougués al joven abogado argentino Ricardo Rojo. Este, escapado de una cárcel peronista, proyecta viajar a los Estados Unidos. Salen juntos hacia el Norte, en *autostop*, camiones de carga y a pie; cruzan Perú y Ecuador. En Guayaquil quedan varados al terminarse sus fondos; con otros tres argentinos allí encontrados —Oscar Valdovinos, Gualo García y Andro Herrero— sobreviven dificultosamente y deben vender hasta sus ropas. Las historias sobre la revolución guatemalteca los entusiasman, sin embargo, y los deciden a intentar el viaje a Guatemala. Por una vinculación que había olvidado, Rojo obtiene pasajes para cuatro (Herrero los abandona) en barcos de la United Fruit Co. que van a Panamá. Rojo viaja primero con Valdovinos y en Panamá esperan infructuosamente a Guevara y García, hasta que salen a pie hacia Guatemala. Allí se encuentran con otros dos argentinos, Walter y Domingo Beveraggi Allende, que vienen hacia el sur desde los Estados Unidos, en automóvil. Rojo se une a ellos. En Nicaragua,

bajo una feroz tormenta, divisan en la carretera a dos caminantes desarrapados: son Ernesto y García, a pie hacia Guatemala. Los cinco viajan entonces a San José de Costa Rica.

1954

En la capital de Costa Rica permanecen dos semanas. Ernesto tiene por primera vez contacto con líderes políticos de importancia, e ingresa en la enervante atmósfera de las conspiraciones centroamericanas. Es presidente José Figueres y la novelesca Legión del Caribe —la organización revolucionaria y antimperialista a la que Figueres pertenece— posee su sede en San José. Guevara discute de política con Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Juan Bosch, exiliados en Costa Rica. (Simpatiza con Bosch, pero la condescendencia de los venezolanos hacia Norteamérica le choca y lo retrae en sus relaciones con los dirigentes de Acción Democrática.) Allí conoce además a otros militantes menos famosos: algunos cubanos del Movimiento 26 de Julio, sobrevivientes del ataque al cuartel Moncada y opositores al régimen de Fulgencio Batista. Pero en esa época el episodio no tiene mucha importancia internacional y muy pocos saben quién es Fidel Castro; Ernesto no se siente demasiado atraído por los sangrientos relatos que los cubanos repiten en los cafés de San José. A mediados de enero viaja con Rojo a Guatemala. Está más interesado en política y ya ha leído a autores marxistas. Su visión de conjunto de los problemas latinoamericanos se ha enriquecido, pero continúa sin definirse; sus objetivos principales siguen siendo la medicina social y la arqueología. (En Guatemala proyecta establecerse en el Petén, para estudiar la arquitectura maya.) Unos amigos guatemaltecos presentan los dos argentinos a la exiliada peruana Hilda Gadea, una estudiante de economía que ha sido militante del APRA «rebelde» de Luis de la Puente Uceda. Hilda tiene un cargo en el Departamento de Asuntos Económicos del gobierno y sale de garantía a Ernesto en la pensión Cervantes, donde conoce a otros cubanos del 26 de Julio: Níco López, Armando Arancibia, Mario y Darío Dalman. Rojo parte hacia los Estados Unidos y las amistades de Guevara quedan reducidas a Hilda, en cuya casa se reúnen todos los días guatemaltecos y exiliados, y los cubanos de la pensión. Al poco tiempo inicia una relación sentimental con Hilda. Trabaja en el Centro Médico de Maestros como asistente, porque no puede revalidar el título. No tiene militancia política todavía, pero sus amistades guatemaltecas no están en el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), sino en el círculo del liberal Manuel Galich. En la biblioteca de Hilda, sin embargo, continúa profundizando su cultura marxista y lee a Lenin. El 17 de junio Castillo Armas invade Guatemala. Ernesto procura de inmediato pasar a la acción, contra los invasores. Se le niega permiso para ir al frente; entonces, vinculado a la Alianza de la Juventud Democrática, actúa en la defensa civil contra los bombardeos, organiza grupos y transporta armas. Queda sindicado como peligroso comunista y cuando Arbenz cae, su nombre está en la lista de condenados a muerte que los castillistas fusilan cotidianamente. El embajador argentino Sánchez Toranzo lo asila en su sede diplomática. Dos meses después obtiene salvoconducto para trasladarse a México. En el

tren a Tapachula conoce a Julio Roberto Cáceres, el Patojo, un militante comunista guatemalteco que se convertirá en uno de sus pocos amigos íntimos y con quien compartirá los primeros meses de miseria en México, como fotógrafo ambulante. Hilda llega en octubre desde Guatemala y, nuevamente, es un apoyo para Ernesto. Este se vincula otra vez a los cubanos del 26 de Julio y conoce a Raúl Castro, con quien estrecha una duradera amistad. Hilda trabaja en la Organización Mundial de la Salud y la pareja se va a vivir en un apartamento céntrico. Ernesto es asiduo concurrente a las reuniones del 26 de Julio en casa de María Antonia González, una cubana casada con un mexicano de izquierda, que los ayuda.

1955

En mayo se casa con Hilda; postergaban el casamiento desde enero y finalmente lo realizan, por lo civil solamente, ante el juez de Teposotlan, un pueblecito cercano a Ciudad México. En julio, Fidel Castro (liberado del penal de Isla de Pinos) llega a México. Raúl lo presenta a Guevara y esa misma noche Fidel designa al argentino médico de la hipotética expedición armada con que el puñado de cubanos exiliados proyecta invadir Cuba. De allí en adelante comienza para los conspiradores un largo y riguroso período de entrenamiento, a cargo principalmente del militar republicano español Alberto Bayo, un estudioso de la táctica de guerrillas. Esporádicamente, la policía mexicana (presionada por el FBI y los servicios de inteligencia de Batista) descubre los preparativos, les confisca armas e incluso los encarcela por largos períodos. Los expedicionarios se entrenan en la hacienda Chalco, que alquilan, experimentando táctica de guerrillas y manejo de armas. También practican el ascenso de montañas. Ernesto pasa muchas semanas fuera de su hogar.

1956

En febrero Hilda da a luz una niña, Hildita, pero la paternidad no influye en las decisiones militantes de Ernesto. La fecha de la invasión a Cuba ha sido fijada para marzo; una delación, sin embargo, hace fracasar los planes. Ernesto es detenido con otro expedicionario, Calixto García, durante 57 días. Los planes vuelven a organizarse y el 25 de noviembre la expedición sale del puerto de Tuzpan con 82 hombres a bordo del yate *Granma*. La invasión ha sido fijada para el 30 de noviembre, coordinándola con una insurrección civil que Frank Pais —responsable del 26 de Julio en la provincia de Oriente— desatará en Santiago de Cuba el mismo día, pero la inexperiencia marinera del grupo demora la navegación. El 30, Frank Pais —ignorante del retraso— desata la insurrección, que es aplastada. Recién el 2 de diciembre el *Granma* llega a tierra cubana; los 82 desembarcan —con el agua al pecho, perdiendo víveres y armas— en una zona pantanosa denominada Belic y deben internarse entre ciénagas. Descubiertos por un barco del gobierno, son atacados a las pocas horas por la aviación y deben huir, dispersos, sin hacer contacto con los resistentes ci-

viles. Batista anuncia que la invasión ha sido liquidada y que Fidel Castro ha muerto. El 5, en Alegría de Pío, el grueso de los expedicionarios es sorprendido por el ejército mientras descansan en un cañaveral y se alimentan masticando caña de azúcar; sufren una terrible derrota, que es al mismo tiempo su bautismo de fuego. Ernesto recibe una herida de bala en el cuello y otra en el pecho, pero no le impiden caminar. Dos pequeños grupos sobrevivientes (uno, comandado por Juan Almeida, donde está Guevara; otro, por Fidel Castro) vagan por la Sierra Maestra hambrientos, diezmados y enfermos, hasta que el 18 se encuentran. Son en total doce hombres y comienzan entonces la guerra de guerrillas contra la dictadura, que cuenta con 12.000 soldados profesionales, una oficialidad entrenada en la guerra de Corea, una aviación moderna que utiliza *napalm* y el apoyo logístico y diplomático de los Estados Unidos.

1957

El 17 de enero la exigua tropa rebelde obtiene su primera victoria: la toma de un puesto militar en La Plata. La opinión cubana e internacional, sin embargo, considera exterminada a la guerrilla. Entonces, en la primera semana de febrero, el famoso periodista del *New York Times*, Herbert Matthews, se filtra entre las líneas del ejército y entrevista a Fidel Castro en la Sierra Maestra. El reportaje de Matthews, publicado el 23 de febrero, revela la verdad y estimula la resistencia civil en el llano. El 28 de mayo la victoria del Uvero fortalece a la guerrilla y le proporciona armamentos. Ya los campesinos de la Sierra colaboran con los guerrilleros, formando su red de abastecimientos e información. En abril el periodista norteamericano Bob Taber consigue subir al pico Turquino, en plena Sierra, un equipo de filmación. Obtiene una película de la guerrilla, con una entrevista con Castro, que se exhibe a través de todos los Estados Unidos por la cadena CBS y otorga dimensión internacional a la guerra cubana. El valor y la capacidad organizativa de Guevara hacen que Castro lo ascienda a comandante, en julio. Al frente de su Columna n.º 4, Ernesto libra y gana los dos combates más encarnizados de la guerra: El Hombrito y Altos de Conrado. En este último, al rescatar a un combatiente ametrallado, recibe un balazo en el pie izquierdo. Además de su coraje y su intuición táctica, posee una especial condición de organizador: en El Hombrito y después en el campamento de La Mesa, estructura verdaderas bases de la guerrilla, con plantíos, ganado, hospitales de sangre, planta emisora de radio, fábrica de cigarros, de zapatos y de armas. Funda y dirige en sus primeros números, también, *El cubano libre*, primer periódico de la guerrilla.

1958

En febrero, la guerrilla ha perfeccionado tanto sus líneas de abastecimiento que Guevara puede instalar en su cuartel general de La Mesa una estación de radio, que desde entonces transmite a toda Cuba los partes de guerra y la propaganda revolucionaria. La gue-

rra se propaga: Raúl Castro abre en marzo el Segundo Frente Oriental, en la sierra Cristal. Juan Almeida baja hacia Santiago de Cuba con la Columna n.º 3, para ponerle cerco. Otros grupos rebeldes han aparecido, o aparecerán hacia agosto en las sierras del Escambray, a lo ancho de la parte central de Cuba: el Segundo Frente del Escambray, que dirige Eloy Gutiérrez Menoyo; el Directorio Estudiantil Revolucionario, comandado por Faure Chomón y Rolando Cubelas; una guerrilla del Partido Socialista Popular (comunista) operada por el campesino Félix Torres, y otra de la Organización Auténtica, que responde al expresidente Carlos Prío Socarrás. Fidel Castro decide enviar otras dos columnas invasoras hacia el Oeste de la Isla, repitiendo la ruta del general Antonio Maceo en la guerra de la independencia; las mandarán Camilo Cienfuegos y Guevara. Cienfuegos sale primero. El 31 de agosto, Ernesto baja al llano y comienza su marcha al frente de la Columna Invasora n.º 8 «Ciro Redondo» (denominada así por uno de los expedicionarios del *Granma* muerto en combate). Sus cometidos son unificar bajo su mando táctico a los grupos del Escambray y —como ya lo está haciendo Cienfuegos más al norte— cortar las líneas del ejército entre La Habana y Santiago de Cuba, aislando en Oriente al grueso de las tropas gubernamentales.

En una hazaña asombrosa de valor y resistencia física, los contingentes de Guevara y Cienfuegos (algunos centenares de hombres desnutridos, enfermos, sin calzado) atraviesan Cuba combatiendo sin cesar con el ejército, a campo descubierto y bombardeados continuamente desde el aire. El 16 de octubre Guevara llega al Escambray y, alternando la diplomacia con la severidad, unifica a las otras guerrillas (de heterogénea composición y programas ambiguos, cuando no de vocación revolucionaria tardía, a las que Guevara llama «los comevacas», por sus depredaciones en la propiedad de los campesinos) bajo sus órdenes. El 29 de diciembre ataca y cerca la vital ciudad de Santa Clara, capital de Las Villas, que se rinde el 30. La toma de Santa Clara precipita el desastre del gobierno. En Oriente, el general Cantilo había iniciado, desde semanas atrás, tratativas directas de rendición ante Fidel Castro. A medianoche del 31 de diciembre, Fidel Castro se instala en Santa Clara, con un brazo fracturado por una caída en el combate, y desde allí decreta la reforma agraria en la provincia. La increíble guerra de dos años llega a su fin.

1959

Entra victorioso en La Habana, el 4 de enero, al frente de la Columna n.º 8. Por orden de Fidel Castro, que aguarda en Palma Soriano (Oriente) la rendición definitiva de los militares, frustra junto a Camilo Cienfuegos (cuya columna también ha entrado) la intentona del coronel Ramón Barquín, que ha formado una junta militar y designado presidente civil al magistrado Carlos Piedra. Barquín es neutralizado y los comandantes guerrilleros desinvisten a Piedra —mientras el Movimiento 26 de Julio y el PSP declaran la huelga general en las ciudades— y proclaman que el Movimiento 26 de Julio ejerce el poder. El magistrado Manuel Urrutia Lleó, candidato revolucionario, es designado presidente de la

República, el 5 de enero. Cienfuegos desde la guarnición de Campo Columbia y Guevara desde la de La Cabaña, son los gobernadores militares de la provincia. El 9, Ernesto recibe en el aeropuerto a sus padres llegados directamente de Buenos Aires y que no lo veían desde 1953. El Colegio Médico Nacional lo declara «médico cubano honorario» y el 9 de febrero el Consejo de Ministros lo hace «ciudadano cubano por nacimiento», en mérito a los servicios prestados a Cuba. Hilda Gadea viene a La Habana con Hildita, desde Lima, y acuerda con Ernesto la disolución de su matrimonio. El 9 de junio Guevara se casa con Aleida March, una resistente del 26 de Julio que conoció en Santa Clara. El 12 sale en gira a la República Árabe Unida y otros países. Nasser lo recibe personalmente en El Cairo y en Gaza lo proclaman «gran libertador de los oprimidos». El 1.º de julio se entrevista con Jawaharlal Nehru en la India; el 30 con Ahmed Sukarno en Jakarta, y el 22 de agosto con el presidente Tito en Belgrado. La prensa norteamericana lo considera el extremista del equipo revolucionario y comunista desde sus épocas de Guatemala. En realidad, no ha estado afiliado a ningún partido comunista; sostiene, sí, la intransigencia frente a los Estados Unidos, en momentos en que el gabinete está formado por elementos de la burguesía reacios a que la revolución se radicalice. En una conferencia de prensa, al regresar a Cuba, sugiere que se revisen las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, y agrega: «América está necesitada de unos cuantos barbudos». El 28 de noviembre es designado presidente del Banco Central.

1960

En febrero, encabeza el grupo de trabajo que en La Habana discute con el viceprimer ministro soviético Anastas Mikoyan el futuro convenio comercial entre Cuba y la Unión Soviética. Presidiendo una misión económica cubana parte hacia Europa en octubre. El 7 de noviembre aparece en la tribuna oficial de la Plaza Roja junto a los dirigentes soviéticos y es aclamado por la multitud. Negocia en Moscú el tratado comercial y de asistencia con la URSS. El 17 sale hacia China: en Pekín lo reciben multitudes y se entrevista con Mao Tse-tung, firmando un tratado de cooperación económica con China Popular. Visita Corea del Norte en diciembre, delibera con Kim-Il-Sung y firma otro convenio similar. De regreso, suscribe acuerdos económicos en Alemania Oriental y Hungría. El 19, ya en Moscú, firma con Nikita Jruschov un comunicado conjunto sobre la amistad ruso-cubana; el 20, concluye el tratado comercial y de asistencia con la URSS, que otorga un poderoso respaldo a la creciente independencia de la política exterior cubana: si los Estados Unidos no compran el azúcar cubano en 1961, la URSS adquirirá 2.700.000 toneladas de crudo. El 23, en La Habana, anuncia los resultados del viaje, que marcan la nueva línea económica de Cuba: diversificación de los mercados azucareros con venta a los países socialistas; convenios de trueque por más de 200 millones de dólares con esa área; 100 nuevas fábricas montadas por la Unión Soviética y Alemania Oriental.

1961

El proceso de nacionalizaciones dispuestas por el gobierno cubano (expropiación de refineras, tierras, bancos y comercios de propiedad norteamericana) presagia la agresión. El 8 de enero Washington anuncia el rompimiento de relaciones con el gobierno revolucionario, mientras la CIA entrena en Guatemala y Nicaragua a exiliados que compondrán la fuerza de invasión. En febrero, Cuba crea tres ministerios encargados de la nueva línea económica, entre ellos el de Industrias, para el que designa a Guevara. Este anuncia un plan cuatrienal de industrialización. El 17 de abril se produce la invasión por Bahía de Cochinos, que es derrotada el 19. Ernesto va en agosto a Punta del Este, presidiendo la delegación cubana al Consejo Económico y Social de la OEA. Pronuncia allí dos famosos discursos, denominados después «la profecía del Che», presagiando el fracaso de la Alianza para el Progreso. Al día siguiente de clausurada la conferencia, Guevara se entrevista reservadamente en Montevideo con Richard Goodwin, enviado personal del presidente Kennedy, en un contacto organizado por iniciativa brasileña que procura infructuosamente un acercamiento entre Cuba y los Estados Unidos. El 18, viaja en secreto a Buenos Aires y mantiene una reunión con el presidente Arturo Frondizi, también por iniciativa de este. El 19, en Brasilia, el presidente Janio Quadros lo condecora con la Gran Orden del Cruzeiro do Sul.

1962

Pasa a formar parte de la Comisión Económica de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), primera etapa en el proceso de unificación política de las fuerzas revolucionarias, que conducirá sucesivamente al Partido Unificado de la Revolución Socialista Cubana (PURSC) y luego al Partido Comunista de Cuba (PCC). En marzo se crea la Dirección Nacional de las ORI, que también integra, y un cuerpo ejecutivo, el Secretariado: Fidel y Raúl Castro, Ernesto Guevara, Osvaldo Dorticós, Blas Roca, Emilio Aragón. Es el momento más alto de su importancia como gobernante de Cuba y se lo considera el tercer hombre de la Revolución, después de Fidel y Raúl. Sin que trascienda, integra con Raúl Castro, Almeida y Osmany Cienfuegos una comisión investigadora que examina la conducta de Aníbal Escalante y su grupo fraccionalista. (Escalante, miembro de la Dirección Nacional de las ORI, es un veterano dirigente del PSP y poderoso integrante de la Vieja Guardia comunista; ha montado subrepticamente un vasto aparato de copamiento administrativo, que funciona sobre todo en las relaciones exteriores, la seguridad y la educación y está supeditado a sus concepciones de Cuba como una pieza en la estrategia global de la URSS.) El 26 de marzo se resuelve la separación de Escalante en base a las pruebas aportadas por los investigadores. El 25 de mayo Guevara se dirige, en un mensaje, a los argentinos residentes en Cuba: «Aprestémosnos a celebrar otro 25 de mayo, no ya en esta tierra generosa, sino en tierra propia y bajo símbolos nuevos, bajo el símbolo de la

victoria, bajo el símbolo de la construcción del socialismo». El 22 de octubre los Estados Unidos denuncian la existencia de cohetes soviéticos con ojiva nuclear en territorio cubano y disponen el bloqueo naval de la Isla. El 28, Jruschov anuncia unilateralmente el retiro de los cohetes, sin consultar al gobierno cubano. El prestigio de la URSS en Cuba sufre un deterioro. Ello coincide con los primeros indicios de una modificación de la línea industrializadora según el modelo soviético.

1963

Revisa ciertos conceptos propios acerca de la línea industrializadora y los coordina con la nueva tendencia de regreso a la agropecuaria. Desde 1959 viene estudiando profundamente marxismo y cuestiones económicas, y la experiencia revolucionaria le sirve para elaborar una brillante interpretación sobre la ley del valor dentro de las sociedades socialistas. En julio va a Argelia, para asistir a un seminario sobre planificación y se entrevista con el presidente Ben Bella. En octubre, de vuelta a Cuba, comienza su polémica con los partidarios, dentro del gobierno, de la autogestión y del cálculo económico (tendencia soviética, mantenida por los antiguos integrantes del PSP, como Carlos Rafael Rodríguez, en el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, que ocupan cargos en la economía cubana), sosteniendo las tesis del financiamiento presupuestario unificado y de los estímulos morales en la producción.

1964

En marzo preside en Ginebra la delegación cubana a la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Pasa por Argelia, de regreso a Cuba. En noviembre viaja a Moscú, representando al gobierno en los festejos del XLVII aniversario de la Revolución de Octubre. En diciembre encabeza la delegación de Cuba a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York. Se le hace un reportaje por televisión que la cadena CBS transmite a todos los Estados Unidos. El 17 sale para Argelia, iniciando una importante y última gira oficial por los países africanos liberados. Después de entrevistarse con Ben Bella en Argel, se reúne el 28 con el *premier* Modibo Keita en Malí.

1965

El 4 de enero delibera en el Congo (Brazzaville) con el presidente Alphonse Massamba-Deba; el 8 llega a Guinea, donde permanece cinco días; el 14 se entrevista con Kwame Nkrumah en Ghana; el 21 visita el Dahomey. Después, otra vez a Argel y, finalmente, a París. Allí, su antiguo condiscípulo argentino Gustavo Roca le comunica que están confirmadas las muertes de Jorge Masetti —el periodista argentino, director de Prensa Latina,

que en 1964 intentó en Salta un experimento de guerrilla rural auspiciado por Ernesto— y de su segundo, el cubano Hermes Peña. El 12 de febrero está otra vez en África y efectúa declaraciones a la prensa de Dar-es-Salaam, en Tanzania: «Estoy convencido de que es posible crear un frente común de lucha contra el colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo». Una semana más tarde visita a Nasser, en El Cairo y se entrevista allí con Gastón Soumialot, líder junto a Pierre Mulele y Laurent Kabila de la rebelión congoleesa. Vuelve a Argel, para participar el 24 en el II Seminario de la Solidaridad Afroasiática. La experiencia de la liberación africana (y de sus errores) lo ha impresionado profundamente. En esa época elabora su tesis sobre la integralidad de la lucha antimperialista y madura sus concepciones acerca del papel del Tercer Mundo en relación con el campo socialista. Su discurso en el Seminario de Argel resume ese pensamiento, producto de una década de militancia revolucionaria. Su carta al director de *Marcha*, Carlos Quijano («El socialismo y el hombre nuevo en Cuba»; marzo, 1965) y el «Mensaje a la Tricontinental» (abril, 1967) complementan con el discurso de Argel la esencia del pensamiento político y de la interpretación de la teoría marxista-leninista a que llegó Guevara, al cabo de su breve y fulgurante carrera.² Antes de regresar a La Habana vuelve a El Cairo, se entrevista otra vez con Soumialot y, presumiblemente, ajusta con él una participación en las guerrillas congoleesas, donde ya hay combatientes cubanos. El 14 de marzo llega a La Habana; lo esperan en el aeropuerto Fidel Castro, el presidente Dorticós y casi todos los ministros. Durante dos días delibera a puertas cerradas con Fidel, informándolo de su viaje y exponiendo sus tesis sobre una estrategia antimperialista global. El 16 entrega a Gustavo Roca —que está en Cuba desde varias semanas antes— una carta para Celia de la Serna, donde avisa a su madre que se retira al campo a cortar caña y que abandona los puestos de gobierno para pasar cinco años dirigiendo una empresa estatal. Durante la primera quincena de abril asiste al ministerio de Industria, pero su círculo íntimo advierte algunos rasgos inusitados de su conducta; incrementa su correspondencia, regala libros y objetos personales y, sobre todo, su *hobbie* de la fotografía parece volver a ocuparlo; fotografía copiosamente a familiares y amigos y se hace fotografiar con ellos. En la Semana de Girón, a mediados de abril, deja de ir al ministerio; cuando un amigo lo llama por teléfono, se le contesta que el ministro ha ido al campo a cortar caña. A partir de ese momento, desaparece. Aleida March y sus cuatro hijos —Aliusha, Camilo, Celia y Ernestito, que tiene pocos meses— siguen viviendo en la misma casa, pero sin el Che. (Hildita vive con su madre también en La Habana y la señora Gadea ocupa un cargo en Prensa Latina.) El 20 de abril, interrogado por periodistas, Fidel Castro declara: «Lo único que puedo decirles del comandante Guevara es

2. Los datos que se proporcionan en esta reseña a partir de aquí hasta la entrevista del Che con Mario Monje el 31 de diciembre de 1967 se basan en fuentes no seguras, en deducciones y en declaraciones unilaterales no cotejadas aún con otras versiones. Es un período no totalmente aclarado en la biografía de Guevara y debe ser considerado como una etapa todavía pendiente de verificación por métodos rigurosos y satisfactorios.

que siempre estará donde sea más útil a la Revolución y que las relaciones entre él y yo son óptimas». En junio, Castro expresa en un discurso: «¿Cuándo sabrá el pueblo del comandante Guevara? Cuando el comandante Guevara quiera. ¿Sabrá? ¡Sí, sabrá! ¿Qué sabemos nosotros? ¡Nada! ¿Qué pensamos nosotros? Sí, pensamos que el comandante Guevara siempre ha hecho y siempre hará cosas revolucionarias». A fines de julio, Guevara aparece en el Congo, con un grupo de sus oficiales de la Columna Invasora n.º 8, combatiendo con los *simbas* contra los mercenarios blancos de Chombé. El 1.º de octubre, en un espectacular mitin en el teatro Chaplin de La Habana, Fidel anuncia la constitución del Partido Comunista de Cuba y lee tres cartas de despedida del Che, entregadas por este a Castro el 1.º de abril: una a Fidel, otra a sus padres y otra a los cinco hijos. «Otras tierras del mundo reclaman mis modestos esfuerzos —dice a Fidel—. Yo puedo hacer lo que te está vedado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.»

1966

El 15 de febrero envía una carta a Hildita, desde Brazzaville, con motivo del décimo cumpleaños de la niña. En ese mes el capitán Emilio Aragonés viaja al Congo, para transmitirle la sugerencia de Castro de que regrese. En marzo, Guevara sale de Brazzaville con su grupo de oficiales. Se supone que entre ese mes y agosto estuvo en París y Praga y, posiblemente, se entrevistó en Checoslovaquia con Roberto Coco Peredo y otros jóvenes del PC boliviano partidarios de la lucha armada. Se afirma, sin pruebas, que estuvo también en la Argentina y el Uruguay. En agosto entra a Bolivia con un pasaporte uruguayo a nombre de Adolfo Mena y obtiene del gobierno de Barrientos una credencial que certifica su condición de observador de la OEA, con la cual puede circular sin obstáculos. Se ha desfigurado hábilmente: afeitado, una calva que solo deja a los lados de la cabeza cabellos entrecanos y unos anteojos, le añaden diez años a sus treinta y ocho. Entre agosto y diciembre (mientras los hermanos Roberto y Guido Inti Peredo organizan en Ñancahuazú, un escondido valle de Santa Cruz, la base guerrillera) recorre el país hablando con los diversos grupos de izquierda y de la oposición, para convencerlos de apoyar la insurrección armada. Desde febrero están llegando al país, por grupos, cubanos de las tropas selectas del Che; entre ellos, alrededor de quince comandantes y capitanes que han combatido con Guevara en la Sierra Maestra y en el Congo. En diciembre, la guerrilla (denominada Ejército de Liberación Nacional) está instalada en Santa Cruz. Pero la dirección nacional del PC boliviano no se ha decidido a apoyarla; simplemente, ha dejado en relativa libertad a sus miembros para incorporarse a título personal. El secretario general del PC, Mario Monje, viaja a La Habana y presenta a Fidel Castro las objeciones del partido a la guerrilla tal como la ha organizado Guevara. El 31, se entrevista con Guevara en la base guerrillera y le dice que renunciará a la Secretaría General y entrará en la guerrilla, si Guevara le entrega la dirección político-militar del movimiento. Guevara se niega y Monje vuelve a La Paz.

1967

En febrero, Jorge Kolle y Simón Reyes, otros dos dirigentes del PC boliviano, van a La Habana y reiteran a Fidel las objeciones de Monje, sin resultado. A partir de ese momento el partido aísla a la guerrilla, suspende sus enlaces y no se preocupa por abastecerla. El 16 de marzo el ejército, merced a una delación, localiza un depósito y detecta la presencia de los guerrilleros; el 23 ocurre la primera escaramuza, donde el ejército es derrotado. Comienza una formidable persecución contra Guevara, que ha dividido a sus sesenta hombres en dos columnas. Mientras la guerrilla huye constantemente, sin alimentos ni ropas y sin contacto con las ciudades, el PC lanza el 31 de marzo un sorprendente comunicado público, donde dice apoyar a la insurrección armada. En varios países americanos los PC destacan que Coco Peredo es miembro de la dirección del partido. El 10 de abril hay un encuentro en Iripity, con los soldados. El teórico francés Régis Debray (que estaba con Guevara desde principios de marzo) sale del campamento hacia Camiri, junto al argentino Ciro Bustos y al periodista anglochileno Georges Andrew Roth (también visitantes de la guerrilla), y el 20 los tres son detenidos por el ejército, que somete a los dos primeros a un juicio de resonancia internacional. Se suceden escaramuzas y combates, que van diezmando a los enfermos y desnutridos guerrilleros; en Vado del Yeso los *rangers* bolivianos, entrenados por expertos norteamericanos de la Special Forces, destruyen la segunda columna y matan a todos (entre ellos al comandante *Joaquín*, el cubano Juan Vitalio Acuña, y a la guerrillera argentina *Tania*, Laura Gutiérrez Bauer). El 22 de setiembre, por primera vez se afirma internacionalmente la presencia de Guevara en las guerrillas bolivianas y se soluciona oficialmente el misterio de su desaparición en 1965, cuando el embajador boliviano en la OEA presenta en sesión especial fotos y documentos que certifican la actividad del Che en Santa Cruz. El 28, cercados por 2.000 hombres, los guerrilleros presentan combate y muere Coco Peredo. Solo queda el grupo de Guevara, con 17 hombres. El 8 de octubre, dos unidades de *rangers* que suman 184 soldados rodean, merced a una delación, la Quebrada del Yuro, en cuyo fondo han quedado acorralados el Che y su tropa. Se producen varios tiroteos entre los enemigos emboscados, hasta que a la 1.30 de la tarde comienza el combate. A las 3.30 Guevara es herido en una pierna y un brazo y su fusil queda inutilizado por otro tiro. El guerrillero boliviano *Willy*, Simón Cuba, intenta transportarlo fuera del cerco y, al no lograrlo, se queda junto a él; los demás, al mando de Inti Peredo, consiguen romper las líneas del ejército y huir. Guevara es trasladado a una escuela en el pueblecito de La Higuera. Allí, al día siguiente y por orden del general Alfredo Ovando, es asesinado mediante una ráfaga de ametralladora por el suboficial Mario Terán. Willy y otro guerrillero herido son muertos del mismo modo. Su cadáver (y los de los otros dos guerrilleros también asesinados) es transportado a Vallegrande en helicóptero. Es expuesto a los periodistas por algunas horas, en el hospital. Luego se le corta una mano, entregada con fines identificatorios a la policía de Buenos Aires, y se hace desaparecer el cadáver, cuyo destino aún se ignora.

LOS ELEMENTOS DEL MITO

La brevedad de la carrera política de Ernesto Guevara (solo doce años, desde que en México Fidel Castro lo convida a invadir Cuba hasta que en Bolivia un suboficial, emborrachado para darse ánimo, lo asesina con una ráfaga de fusil) comparada con los altos cargos y la vasta fama internacional que obtuvo en ese período es uno de los elementos deslumbrantes y casi mágicos en la biografía del Che. Ese rasgo de un ciclo exiguo y fantástico sigue seduciendo a los comentaristas. Salvo ciertos análisis más sobrios (que provienen casi siempre de la izquierda y analizan a Guevara exclusivamente como teórico marxista), en general libros y artículos eligen la faz espectacular del personaje. El guerrillero romántico, el ideólogo secreto de la revolución cubana, el profeta de un nuevo fanatismo armado (algunas de las interpretaciones que circulan) son aspectos en los que Guevara ha sido compartimentado por esas referencias, y existen muy pocos intentos de establecer una explicación integral de su figura; sobre todo, de ubicarlo como producto de condiciones específicas que se dan en el continente. Enemigos y panegiristas han elegido con preferencia la retórica, para aludir al Che; sea la lúgubre *boutade* del doctor Galo Plaza, secretario general de la OEA, al pedirle opinión sobre el *Diario de Bolivia*: «la confesión de un delincuente con mala letra»; sea la epidérmica ola de poesías y canciones conmemorativas suscitadas por su muerte; sean las demostraciones sociológicas con que la derecha extrae de su fracaso táctico de Ñancahuazú la prueba del fracaso general de la revolución latinoamericana, o los estudios necrológicos con que los partidarios de métodos de liberación más morosos e incruentos elogian su sacrificio pero verifican en su derrota la sinrazón de la vía armada. Como pasa frecuentemente con los mitos —que son generalizaciones en torno a una situación o a un personaje lo suficientemente vastas e indeterminadas como para servir a intereses diversos, tácitamente conjugados—, Guevara no ha sido realmente objeto de una interpretación sino de un uso: indagar demasiado en las razones de su eclosión como revolucionario, dirigente o teórico sería quizás corroborar tesis que alterarían desagradablemente las conclusiones con que tanto panegiristas como enemigos desean contentarse. El mérito histórico de Guevara —que es, de algún modo, el mérito del castrismo como sistema de interpretación de una realidad latinoamericana, en la medida en que el Che contribuyó a formar ese sistema— es haber demostrado a la vez que la revolución es posible y que el instrumento ideológico viable es una recreación funcional del viejo molde marxista-leninista; tanto los detentadores del status quo latinoamericano como quienes se les oponen pero sin trascender esos moldes anquilosados, han coincidido en propagar que toda la saga guevarista consistió simplemente en un error magnífico y heroico.

Aparte de evitar ese reconocimiento que conmoviera los cimientos de una posición antigua y más cómoda, ahondar en el pensamiento y en la acción de Guevara significaría ir al encuentro de lo que quizás fue su método favorito de plantarse ante el mundo y que, en las viejas estructuras de estas sociedades, conforma un escándalo: la discrepancia que

conduce a elaboraciones más fecundas, el reexamen permanente de los grandes temas, el coraje de enfrentarse a las prestigiosas estructuras consagradas y descubrir su oxidación, fueran las que correspondían al orden burgués en que nació o las que sostienen el universo de una construcción socialista que eligió como ámbito de tarea. Un caballero anglosajón definió cierta vez ante un interlocutor: «Señor, un comunista es cualquier persona que nos choca». Repitiendo la anécdota, Guevara decía en una conferencia de 1960: «Yo estoy seguro de que todos nosotros chocamos bastante a la otra gente. Parece que tengo el honor junto con Raúl (Castro) de ser de los más chocantes...». Quizás pueda decirse que Guevara comenzó a ser comunista bastante después del triunfo de la revolución cubana, pero está comprobado que siempre fue chocante, en el sentido que para los partidarios del orden recibido posee la actitud de desmontar los lugares comunes y establecer a partir de ellos síntesis más fructuosas y originales. Hacia 1950 está almorzando con los padres de su novia, en la atmósfera algo intimidante de un hogar de hacendado rico con precisas ideas conservadoras, y se habla de Winston Churchill, ídolo del dueño de casa, quien le dedica una inapelable alabanza. «Siempre fue un reaccionario y ahora es, además, un viejo gagá», dictamina el joven Guevara; el futuro suegro abandona la mesa, fríamente escandalizado. En 1958 un periodista uruguayo que visita la guerrilla de la Sierra Maestra es informado de que el Che lo invita a mudar su hamaca al propio bohío de la comandancia. Cuando va a agradecerle la deferencia, Guevara lo detiene con un gesto: «No es por vos; es que no me gusta tomar mate solo». Ante la augusta audiencia del Consejo Económico y Social de la OEA, donde se sienta la flor y nata de los economistas de América Latina y donde han desfilado ya solemnes tesis, el Che pronuncia en 1961 un discurso que aniquila los fundamentos de la Alianza para el Progreso y define con una frase acre la significativa tendencia de los planes para el desarrollo a minimizarse en realizaciones sanitarias sin abordar las grandes líneas: «para los señores técnicos, planificar es planificar la letrina». En 1962, en plena crisis de los cohetes, cuando los Estados Unidos han establecido el bloqueo naval de Cuba y la URSS parece ser el único respaldo que resta a la amenazada revolución, escribe un artículo donde censura sin reticencias la línea electoralista de los partidos comunistas latinoamericanos: «Para ganar estas posiciones (las bancas parlamentarias) hay que intervenir en el juego político del estado burgués y para lograr el permiso para actuar en este peligroso juego, hay que demostrar que se es bueno, que no se es peligroso, que no se le ocurrirá a nadie asaltar cuarteles, ni destruir puentes, ni ajusticiar esbirros ni torturadores, ni alzarse en las montañas, ni levantar con puño definitivo y fuerte la única y violenta afirmación de América: la lucha final por su redención». Después de haber ocupado el rostrum de la más alta asamblea mundial, en 1964, cuando el delegado nicaragüense alude a «un delegado cubano con acento argentino», vuelve a la tribuna y usa términos personalizados para un compromiso que las Naciones Unidas nunca habían escuchado en esa sala destinada al pomposo lenguaje de la diplomacia: «Efectivamente, puede ser que en el acento que utilizara al hablar se escapara algo de la Argentina. He nacido en la Argentina; no es un secreto para nadie. Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica como

el que más y, en el momento en que fuera necesario, estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie».

Cientos de libros y miles de artículos se han escrito sobre el Che a partir de su muerte pero, curiosamente, la casi totalidad de esa literatura ha sido compuesta por gente adversaria o meramente despreocupada de sus ideas. Ello condujo a la solidificación del mito, que se ha ido construyendo con lo accesorio (la fulgurante rapidez de su ascensión, el valor en el combate, la escondida veta de ternura que corría bajo el exterior introvertido o cínico) y con lo exterior (la boina estrellada, el asma, la cabellera, el eterno cigarro en la mano). Este Guevara falso o incompleto ejerce, sin embargo, una comprensible fascinación sobre todos y es el más difundido. Imagen de la violencia, sirve como arquetipo universal; no solo a los pueblos insurrectos, donde la violencia es un método tal vez cuestionable puesto al servicio de incuestionables fines de progreso, sino aun en las sociedades guías de Occidente, donde ciertas etapas de sofisticación decadente también inducen a la violencia, pero usada entonces como un valor absoluto, sustitutivo de otros que esa sociedad rechaza como agotados o rutinarios y no como instrumento de un cambio. Esto explica el extenso aparato de masificación comercial de los símbolos de la violencia que se ha creado en esas sociedades. A su muerte, el Che ingresó a ese circuito industrializante y su imagen en carteles, postales, pañuelos, vestidos y hasta objetos inesperados (en el Greenwich Village de Nueva York se pueden adquirir sonajeros para bebés con la cabeza del guerrillero) lo ha convertido en un ícono reverenciado por esnobs e inadaptados sociales.

Será conveniente no dejarse atrapar por esa glorificación adjetiva —única forma de popularización que puede ejercer una sociedad de mercado— y buscar al Guevara real detrás de esas imágenes destinadas al consumo. No es tan difícil, si se renuncia a los falsos puntos de partida; es decir, si no se lo piensa como el individualista aislado que rompe con su ámbito natal, como el aventurero que se afilia a una empresa descabellada pero casualmente exitosa, o como el fanático que se inmola en aras de un sueño imperfecto. La trayectoria del Che, de un modo verificable, posee una unidad que parece misteriosa hasta que no se aplica una clave de interpretación correcta. Esa clave es simple: se trata de que Guevara es un hombre latinoamericano y, en la medida en que su forja individual lo va aliviando de los falsos valores impuestos por una clase, por una cultura que —como la civilización portuaria de los países platenses— se contenta con la europeización y el desarraigo, y por la ceguera balcanizante que el proceso imperialista impone a la comunidad continental, redescubre posibilidades intrínsecas en su condición. No corresponde aquí la tentadora digresión de aplicar a Guevara ciertas polémicas de la sociología sobre si el medio condiciona o no al individuo. Quizás pueda decirse que existe en el joven de Córdoba solo preocupado por los deportes y la vida al aire libre la actitud inconformista que, inicialmente, lo libera de los moldes sociales a que estaba destinado. Esa actitud individual es el factor desencadenante de todo el proceso, sin duda; pero recién a partir del momento en que Guevara se zafa de su círculo y de su clase —cuyo código de valores ha ido cuestionando e infringiendo paulatinamente— es que está en condiciones de comen-

zar a transformarse en el Che. La gran presencia aleccionante en su vida, a partir de 1953, no comienza por ser Marx, o el ejemplo revolucionario de otros (va a Bolivia, pero se aleja con indiferencia; asiste en Guatemala al experimento de Arévalo y Arbenz, pero solo lo enciende la grosera tropelía de la invasión de Castillo Armas y no el imperfecto proceso social en cuyo medio vive), sino América Latina. Ha elegido para sus vagabundeos latinoamericanos el único medio a su alcance: viajar a pie, compartir la vida de los campesinos y los indios, conocer los itinerarios no desde el avión sino atravesando los grandes desiertos y la selva, navegando por los ríos legendarios. Esos años de aparente bohemia sin finalidad van incorporando morosamente al joven burgués argentino la comprensión casi osmótica de una América que respira sordamente, como un gigante maniatado, bajo la fórmula pequeña y obtusa de las castas locales, del militarismo, de los agentes del extranjero; mediatizada por la descomunal distorsión que en su destino unitario ha operado el colonialismo político, procedente de un pasado mágico compuesto de civilizaciones admirables y potencialmente capaz de un futuro asombroso. El joven Guevara va deteniéndose en los rastros de ese pasado: el Cuzco, Macchu-Pichu, el Petén, el Titicaca, las huellas de los bisabuelos exterminados y las pruebas de una América primigenia y arcádica que el invasor dividió y confundió en la sangre y en el polvo de las masacres cristianizadoras. Después, al convivir con los leprosos peruanos de San Pablo, al pasar hambre en los tugurios portuarios de Guayaquil y conocer en El Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Guatemala los contrastes entre la miseria rural y la estructura feudal de la agricultura, anota los grandes problemas del presente, que podrá analizar más tarde, mediante las interpretaciones teóricas de los libros, pero que antes se le han hecho reales en los hechos de la vida. Desde 1951 a 1955, esa experiencia latinoamericana va ubicando sus factores en la yuxtaposición real ante los ojos del adolescente de Córdoba; los niveles de miseria, de explotación, de despotismo, de injerencia foránea van estableciéndose correctamente en su visión global del continente. Guevara aprende —aunque todavía ese conocimiento no posea sobre él un poder de definición política— los verdaderos factores del proceso latinoamericano, las causas del atraso y una correcta distribución de culpabilidades. Ha sido criado en un hogar progresista: Celia y Ernesto, los padres, pueden probar su liberalismo: el trato racional y equitativo a sus peones de un yerbatal en Misiones, el apoyo entusiasta a la causa de la República Española, la posición antinazi. Pero aquí se manejan otras realidades, más impresionantes que las retóricas progresistas de la clase media argentina. En 1945 y en 1950, otra forma de liberalismo de los Guevara (que Ernesto llegó a compartir en alguna escaramuza estudiantil) es la lucha antiperonista; la burguesía argentina rechaza esa súbita irrupción de la masa en la vida política, cuyas difusas reivindicaciones se confunden con el bonapartismo de Perón y con la humillante arrogancia que su equipo de *parvenus* usa para invadir y alterar todos los estratos de una estructura nacional tradicionalmente confiada a una clase. En Córdoba, en Mar del Plata y en Buenos Aires, Guevara había recibido la versión de su propio grupo social sobre la transformación que el peronismo estaba operando en el país; se componía principalmente de la opresión policial, de los escándalos cortesanos y las anécdotas innumerables e indignantes de una mujer de vida incier-

ta elevada de pronto a las más altas posibilidades del poder. Ahora, fuera de ese círculo encantado, el joven Ernesto se encuentra, en su experiencia latinoamericana, mirando el enfrentamiento entre masas y oligarquías desde el otro campo. Advierte que, más hondo que en la apariencia de un régimen empañado por los mil errores y deformaciones con que el providencialismo peronista ha manejado la materia viva y rebelde del cambio social, está el hecho cierto de una necesidad igual a la que encuentra, más agudamente visible, en las republiquetas centroamericanas o en las vastas y empobrecidas naciones que solo conservan restos miserables de los antiguos virreinos. Un mismo signo identifica los dramas de los cañeros de Tucumán, de los mineros de Bolivia y Chile, de los pastores del Perú, los caficultores de Costa Rica y los peones fruteros de Guatemala y Nicaragua; las causas de su miseria y los agentes de su opresión son casi los mismos; también las soluciones pueden ser comunes. Cuando descubre todo esto, Guevara no posee aún las herramientas interpretativas de una ideología, ni sabe manejar un arma. En 1954, al entrar en Guatemala, la masa compleja de impresiones, datos y comprobaciones que ha recogido en su peregrinaje le bulle en la cabeza y va haciendo madurar en él una nueva actitud, pero sus objetivos siguen siendo los mismos que se prometió con su amigo Alberto Granados cuando lo dejó en Caracas para ir a graduarse en Buenos Aires y regresar lo más pronto posible: aplicar su especialización a la medicina social y profundizar sus conocimientos de arqueología, una disciplina que lo atrae seriamente. Ello no obsta para que haya comprendido el papel de la política pura en el mejoramiento de la situación latinoamericana. No solo el período del peronismo que vivió en la Argentina hasta su graduación lo puso en contacto con los aspectos públicos de una militancia, y ha obtenido también oportunidad de cotejar posiciones a través de sus parientes comunistas y radicales; en La Paz ha tratado a algunos dirigentes del MNR y ha observado sin comprometerse la marcha de la revolución de Paz Estenssoro hacia la mediatización y la parálisis; en Costa Rica ha dialogado con Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Juan Bosch; en Guatemala es amigo de Manuel Galich y, apenas llegado, la peruana exiliada Hilda Gadea le abrirá, al mismo tiempo que su relación sentimental, las puertas de su biblioteca marxista y las peñas de políticos guatemaltecos y de refugiados cubanos que se reúnen en su casa.

Pero el factor principal de su politización —entendiendo el término como una toma de conciencia frente al problema político global que es el caso de América Latina— ha sido, como queda dicho, el propio continente. En esa etapa que podría llamarse larvaria en la maduración de su personalidad pública, Guevara lleva a término la primera de las tres conclusiones que su vida y su muerte proponen a la eterna polémica sobre metodología de la liberación: la mera visión de las condiciones sociales latinoamericanas (y con efecto incrementado, si además se las comparte desde adentro de su pueblo) puede ejercer una atracción carismática, proyectar sobre un temperamento receptivo el poder de convicción y de definición que en otras situaciones solo poseen la propaganda política deliberada o las demostraciones teóricas de una ideología. Es decir: para adoptar la causa latinoamericana, tal es la evidencia de su problemática y tan diáfanas aparecen las solu-

ciones convocadas por sus males, solo es menester acercarse a examinarla despojado de los prejuicios o las deformaciones que imponen sus grupos de poder; no es una necesidad inicial, tampoco el instrumento de una ideología. Cuando Guevara se queda en Guatemala ya es un revolucionario, aunque no lo sepa; ha acumulado las reservas de indignación moral aludidas mucho antes por José Martí en una frase favorita del Che: «todo hombre verdadero debe sentir en su mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre»; ha descubierto, además, la artificialidad de las fronteras que dividen a la comunidad latinoamericana en naciones a veces absurdamente enfrentadas; se siente ya —como diría diez años después en las Naciones Unidas— «patriota de Latinoamérica» más que simplemente argentino. Solo le faltan, para completar esa nueva personalidad de revolucionario que el contacto con América ha ido construyendo dentro del muchacho generoso y trashumante, el programa y la oportunidad de la acción práctica. Cuando los tenga podrá proporcionar las otras dos conclusiones de su legado político: que hay un camino revolucionario específicamente latinoamericano; que hay, como lo reconocería Alain Joxe en su estudio sobre la polémica sinosoviética, antes de la OLAS, «una vía marxista específicamente latinoamericana».

Nace el revolucionario

La condición ascética no es imprescindible en un revolucionario, pero en la incipiente militancia que Guevara empieza a formalizar en Guatemala el desinterés material que evidenciaba en su época estudiantil no ha hecho más que exacerbarse. Pocos dirían que ese muchachón de cuello sólido y rostro algo tosco que todavía no ha adquirido los rasgos finos de su ascendencia patricia, con un pueril mechón siempre volcado sobre la frente, que nunca usa corbata y casi nunca chaqueta y cuyos zapatos están siempre rotos, es un médico graduado en la Universidad de Buenos Aires. Hilda Gadea contó a principios de 1968, en una entrevista en La Habana con el autor: «Era modesto para vestir, y el asma lo hacía retraído». Mario Dalman, un revolucionario cubano que fue su compañero de pensión, relató, en una evocación posterior a la muerte de Guevara: «La primera vez que vi al Che en Guatemala, iba con los zapatos rotos; casi siempre usaba la misma camisa —una parte afuera y otra por dentro. Cuando estaba con nosotros pasaba una situación muy difícil. Era cuando tenía una sola muda de ropa y tranquilamente preguntaba a un compañero: «¿Vos tenés una camisa o un pantalón que me prestes?». A veces el pantalón le quedaba ancho, pero así mismo salía. Esas cosas de forma eran de valor secundario para él. En México él tenía un solo traje, color café. Y ese estaba tan gastado que decidió comprarse otro... del mismo color».

Este es un verdadero período incubatorio; del bohemio Guevara saldrá el Che, el revolucionario, y el joven argentino parece continuamente volcado hacia dentro, elaborando pausadamente su decisión definitiva. Su ascesis no lo aísla, sin embargo; aunque lee copiosamente, no es un ratón de biblioteca; aunque, como contó Hilda, «no le gustaba ir

a fiestas, bailaba muy poco y le daba vergüenza», no se aísla. A veces, inclusive, su indumentaria descuidada pone en aprietos a los amigos en cuyos saraos se aparece. Usa normalmente las posibilidades de su juventud, y no rehúye las costumbres comunes de todo veinteañero; solo que la importancia de las cosas está en vivirlas sinceramente, no en la apariencia que las esconde. Se enamora, por supuesto, pero no de las guatemaltecas pizpíretas que asedian al «Che argentino», sino de Hilda Gadea, que es poco atractiva y mayor que él. Porque ya en esa época una de sus características posteriores como revolucionario y gobernante, una permanente actitud de sinceridad y franqueza, es también su cualidad; su mirada va al fondo de las cosas y de las personas y allí las avala. Hilda ha sido desde el primer momento su amiga más fiel; en ella deposita su cariño vacante, porque la joven peruana no es demasiado elegante ni sofisticada pero tiene la condición que él presente necesaria en su vida; es una revolucionaria, será una compañera militante. A los tres meses, le ofrece casamiento; ella se niega, pero él insistirá y se casarán en México, en mayo de 1955. (Al año siguiente, en febrero, les nacerá la hija, Hildita.)

Años después, Jules Dubois denunciará a Guevara como el agente comunista dentro de la joven revolución cubana, y Adlai Stevenson lo señalará en las Naciones Unidas como antiguo miembro del partido comunista argentino y del partido comunista guatemalteco. Él dirá al periodista argentino Jorge Masetti, que lo entrevista en la Sierra a mediados de 1958: «No hubo periodista yanqui que llegase a la Sierra que no comenzase preguntándome cuál fue mi actuación en el partido comunista de Guatemala —dando ya por sentado que actué en el partido comunista de ese país— solo porque fui y soy un decidido admirador del gobierno del coronel Arbenz. No, nunca ocupé cargos en ese gobierno. Pero cuando se produjo la invasión norteamericana, traté de formar un grupo de hombres jóvenes como yo, para hacer frente a los aventureros de la United Fruit». Esa fue, realmente, toda su participación en la revolución guatemalteca. Desde mediados de enero de 1954, hasta el 17 de junio, cuando Castillo Armas desde fuera y el embajador norteamericano John Peurifoy desde dentro inician el ataque al gobierno constitucional de Arbenz, Guevara ha sido solo un observador de la política, con ocasionales viajes a las ruinas mayas del Petén y largas conversaciones con los cubanos exiliados del Movimiento 26 de Julio. Trabajaba como asistente (no había podido revalidar el título) en el Centro Médico de Maestros. Hilda Gadea dice: «Nunca se vio con Fortuny ni con Gutiérrez (dos dirigentes principales del comunista Partido Guatemalteco del Trabajo); en marzo había pedido afiliación a la Alianza de la Juventud Democrática, pero se trataba más bien de usar la biblioteca de la organización y ampliar el círculo de sus relaciones locales». (No había dejado, sin embargo, de leer marxismo; descubrió las obras sustanciales de Lenin en las estanterías de Hilda y ella misma lo guió en la interpretación de muchos temas.)

La invasión de Castillo Armas es simbólicamente el golpe en la mejilla de otro hombre a que se refería Martí. Guevara ha ido sintiéndose progresivamente escéptico acerca de los políticos. Paz Estenssoro había sido su primera desilusión concreta; cuando vio en Bolivia la hilera de indios que esperaban para recibir su título de la Reforma Agraria

pero antes debían someterse a la manguera de un funcionario que los rociaba con insecticida en polvo, reflexionó ante su compañero Ricardo Rojo: «El MNR hace la revolución del DDT». En Guatemala, al llegar, y valido de una carta de presentación del canciller Osegueda, había ido a ofrecerse como médico al ministro de Salud Pública, pero en esa revolución también funcionaba el sectarismo que después Guevara combatirá en la cubana: antes de designarlo, el ministro comete la pifia de pedirle el carnet de afiliado al Partido Guatemalteco del Trabajo, y el Che no lo tiene. «Vea, compañero —le dice al ministro, que se excusa de no poder emplearlo—. El día que yo resuelva afiliarme lo voy a hacer por convicción, y no por imposición, ¿comprende?» Pero la invasión es otra cosa. «En Guatemala —dirá después a Masetti— era necesario pelear y casi nadie peleó. Era necesario resistir y casi nadie quiso hacerlo.» Una vez, en Córdoba, había rechazado salir a la calle en una manifestación estudiantil, y dijo entonces a Alberto Granados una frase definitoria: «¿Salir a la calle para que la policía te corra a bastonazos? Eso sí que no. Yo salgo únicamente si me dan un bufoso». Ahora, él, que nunca había manejado un arma de fuego, salió a la calle «a pedir un bufoso». Primero solicitó ir al frente y se lo negaron; entonces empezó a organizar grupos de resistencia y a dirigirlos en la recolección y transporte de armas. Solitario, traicionado por sus colegas militares, Arbenz cede a los pocos días y los castillistas entran en la capital, donde los recibe Peurifoy con una pistola al cinto. El presidente obtiene un salvoconducto para ir a Europa, pero antes los aduaneros lo hacen desvestir para revisarlo y los periodistas lo fotografían en calzoncillos delante de soldados que se ríen a carcajadas. Esa humillación calculada da la medida moral del nuevo régimen, que comienza de inmediato los fusilamientos. Guevara está en esas listas fatídicas; su actuación ha sido demasiado evidente. Entonces el embajador argentino Sánchez Toranzo lo asila y dos meses después le consigue un salvoconducto. Simbólicamente, también, Guevara no elige Buenos Aires, como los otros asilados argentinos; no se trata de cerrar un ciclo y regresar, sino de continuar uno recién comenzado, y elige México, porque allí estará Hilda pero también los cubanos del 26 de Julio.

Castillo Armas es, para Guevara, lo que la sabiduría metafórica de Mao llama «el maestro negativo». El joven trotamundos ya ha sido fecundado por la imponente visión global de la situación latinoamericana. La Guatemala de Arbenz le proporcionó un atisbo de las soluciones y también de los errores que la voluntad de cambio puede incluir. En Guatemala ha visto, además, desplegarse todo el aparato de la penetración imperialista, en su triple aspecto de la dominación económica, la injerencia política y la agresión militar. El aplastamiento del régimen que se atrevió a implantar una reforma agraria contra la United Fruit Co. pasó por todas las etapas de un procedimiento que es clásico en el sistema panamericano, pero que recién entonces Guevara ha visto funcionar en vivo: desde los preparativos diplomáticos iniciados meses antes en la conferencia de la OEA en Caracas hasta el bombardeo por aviones norteamericanos —cuyas insignias han sido borradas con pintura blanca— de la población civil capitalina. Cuando entra en México, Ernesto Guevara es ya un revolucionario; no solo está convencido de la necesidad de subvertir el

orden que somete el continente a tales injusticias; no solo posee ahora una base teórica sobre la cual fundamentar un programa, que ya tiene esbozado en su esquema fundamental; además, ha visto frente a frente la cara del enemigo común. Combatir a los Estados Unidos, destruir su sistema, será de allí en adelante la misión de ese muchacho de 26 años sin un centavo en el bolsillo.

En San José de Costa Rica ya había encontrado a los cubanos del Movimiento 26 de Julio, pero no quedó demasiado impresionado por sus relatos del infructuoso asalto a un cuartel militar, en julio del año anterior. En Centroamérica los cubanos son, en cierto modo, como los argentinos en el Cono Sur; más sofisticados, más «civilizados», pero al mismo tiempo esa condición les otorga un aire, deliberado o no, de superioridad, que hace reticente al interlocutor. Los exiliados del 26 de Julio no eran muy populares en Costa Rica, y sus historias demasiado sangrientas para ser creídas íntegramente. ¿Qué era eso de tirarse contra una guarnición militar en una caravana de automóviles de segunda mano y armados casi únicamente con rifles calibre 22? Aventureros así, también así fracasados, podían encontrarse por docenas en las capitales de América Central; los partidos comunistas, además —empezando por el de Cuba— habían criticado duramente la acción contra el cuartel de Moncada, calificando a Fidel Castro y a sus compañeros de *putschistas* burgueses. Era cierto, también, que Castro y los principales dirigentes procedían, aunque separados en una rama disidente, del partido Auténtico, cuyo líder, Carlos Prío Socarrás, había sido derrocado por Fulgencio Batista precisamente a causa de la corrupción de su régimen. Para el incipiente marxista Guevara, en Costa Rica aquello no pasó de un episodio caribe. Fue en Guatemala donde su frecuentación de los cubanos le hizo advertir otros aspectos del Movimiento que acaudillaba Fidel Castro, porque había otra situación, además. El veloz aprendizaje revolucionario de Guevara iba determinando en él, con la misma prisa, un despojamiento de los prejuicios y de las falsas superioridades que arrastraba con su condición rioplatense. A medida que maduraba su integración al clima enervante pero pleno de estímulos donde se movían las conspiraciones de exiliados, se desarrollaban también su comprensión y su humildad. La Costa Rica de Figueres y la Guatemala de Arbenz eran islas de libertad en el sombrío panorama del Caribe; nicaragüenses, cubanos, portorriqueños, salvadoreños y venezolanos componían un muestrario de la lucha contra los despotismos y, en diverso grado, contra el imperialismo. El argentino había empezado a entender, por añadidura, que detrás de las charlas de café y de los relatos grandilocuentes estaban los muertos, las prisiones, los torturadores y la miseria de pueblos que aquellos conspiradores colocaban como el objetivo de liberación. Ya en México, conoció a Raúl Castro, que debe ser uno de los escasos cubanos parcos al hablar, y sobrio en sus relatos. Raúl era marxista, además; hacía unos años había estado en Checoslovaquia y se movía con comodidad en el manejo de las tesis socialistas. Y lo más importante: ya había combatido, traduciendo en el ofrecimiento de su vida las convicciones políticas. Para el pragmático Guevara, Raúl Castro hizo definitivamente respetable el borroso episodio del Moncada. Y aquellos cubanos no pensaban seguir mucho tiempo en los cafés del Zó-

calo, execrando verbalmente al dictador. Se trataba de invadir Cuba y llevar la revolución hasta las puertas del régimen. Cuando Fidel Castro llegara a México el plan insurreccional comenzaría a funcionar. Durante casi un año, Guevara trata a diario a quienes serán después sus compañeros y, más tarde, sus compatriotas. Hilda ha conseguido un puesto bien remunerado y, prácticamente, mantiene el hogar; ella ha decidido que Ernesto tiene una tarea política que cumplir: «Yo lo consideraba un muchacho que podía dar mucho a la sociedad», dijo al autor en la entrevista de La Habana. «Yo discutía mucho con Ernesto. La idea central que yo sostenía era que debía irse con los cubanos. «El proceso social no es un laboratorio —le decía yo—. Hay que trabajar con gente de carne y hueso.» Yo había conocido ya la ineficacia de los teóricos, cuando fracasó en el Perú la primera rebelión de Lucho de la Puente.» Esporádicamente, Guevara desempeña modestos oficios: fotógrafo ambulante, fabricante de zuecos de madera junto a Universo Sánchez (que después será uno de los héroes de la Sierra Maestra). Pero la mayor parte de su tiempo está dedicada a asimilar los planes cubanos. Estudia a fondo el alegato de Castro, *La historia me absolverá*, y su *Tesis económica*, que circulan mimeografiados. Finalmente, en julio Fidel llega a México y, en casa de la cubana María Antonia González, Raúl le presenta a Guevara.

El encuentro de aquellos dos hombres en apariencia tan diferentes crea un misterioso pero instantáneo vínculo entre ambos, que ni la muerte podrá romper. Tan fuerte es aquella impresión, que diez años después el Che encabezará su carta de despedida de Cuba, en 1965, con la evocación de esa noche: «Fidel; me acuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos». «Lo conocí —escribió en 1959, reseñando la revolución cubana para una revista brasileña— en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de esa misma noche yo era uno de los futuros expedicionarios.» El carisma de Fidel Castro había vencido la frialdad del rioplatense. Guevara se enrolará en la expedición en un impulso que omite, incluso, el análisis racional de la empresa. No tiene en cuenta, por otra parte, la posibilidad del éxito, y lo dirá después en el citado artículo: «Mi impresión casi instantánea al escuchar las primeras clases (de táctica militar, que dictaba el general español Alberto Rayo, en forma secreta, a los expedicionarios) fue la posibilidad del triunfo, que veía muy dudosa al enrolarme con el comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro». (No solo se enrola; su entusiasmo lo hace pergeñar un Canto a Fidel —la única poesía que se le conoce— donde exhorta, en versos más generosos que hábiles:

*Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar el verde caimán que tanto amas.)*

Cuando en 1960 aparezca su famoso libro *La guerra de guerrillas*, los especialistas colocarán a Guevara junto a Mao Tse-tung, como segundo teórico de esa forma especial de combate. Su artículo de 1963, *Guerra de guerrillas, un método*, precisa la aplicación de esa táctica a las condiciones específicas de América latina. Esos dos trabajos lo hacen (hasta en opinión de sus enemigos) el experto guerrillero más peligroso, y el ejército norteamericano convierte al libro en manual de entrenamiento para sus *Special Forces* destinadas a la contrainsurgencia. La formación militar de Guevara, como la de Castro, deriva sin embargo casi exclusivamente de la praxis revolucionaria, de su experiencia directa del combate antes que de un entrenamiento o una preparación teórica. La campaña de la Sierra Maestra (ejecutada orgánicamente en el período que va, aproximadamente, desde el combate del Uvero en mayo de 1957 hasta la toma de Santa Clara en diciembre de 1958) es estudiada por los estados mayores latinoamericanos como un modelo de guerra de guerrillas rural, combinada con un apoyo logístico urbano. Consta de un período de afinamiento, que crea el foco guerrillero y provoca el cerco del ejército; en ese período se ejerce el desgaste constante de las tropas enemigas, mediante el sistema de golpear y huir, presentando combate solo en base a cuidadosos planes que aseguren el objetivo (casi siempre, abastecimiento de armas). Dividida en columnas, la guerrilla posee un territorio de afinamiento, pero mantiene una movilidad continua, usando sus bases secretas solo para reabastecerse o dejar sus heridos. Ello obliga a que el ejército deba prolongar indefinidamente sus líneas de abastecimiento, sin que a esa enervante situación corresponda un progreso real en la destrucción de un adversario inencontrable. Poco a poco, se produce el segundo período, de la iniciativa. Fortalecida por el incremento de sus efectivos, mejor armada, la guerrilla asesta golpes siempre cuidadosamente planificados, pero retiene las áreas conquistadas y de cierta manera, va haciendo retroceder el cerco hasta obtener una sólida situación militar. En ese período recrudece la acción de la resistencia civil, convertida en una verdadera guerrilla urbana, complementaria del frente rural. Minado en su moral y abocado a una situación implacable y sin salida pacífica, el gobierno incrementa la represión, pero solo consigue endurecer el frente urbano. En el momento culminante de ese período, el régimen debe multiplicar su respuesta a la ofensiva guerrillera y atender simultáneamente los frentes, rural y urbano, más otros incipientes focos guerrilleros. La guerrilla abre o amplía otros frentes y sus condiciones de dominio territorial y respaldo popular son tales que puede bajar al llano a presentar batalla. Así, en marzo de 1958, Raúl Castro abre el Segundo Frente Oriental y, en agosto, Guevara y Cienfuegos están atravesando Cuba hacia el Escambray, para unificar a los grupos guerrilleros que actúan en esa zona montañosa. Llega entonces el tercer período; desbordada en el llano, acrecida con numerosas incorporaciones y fuertemente armada, la guerrilla pasa a la guerra clásica de infantería. Privada de su protección natural que es la selva o la montaña, compensa esa situación con el aumento de su poder de fuego y su elevado número de tropas; se ha convertido, simplemente, en un ejército terrestre. Como tal, despliega sus efectivos a la luz del día, entabla combates formales y se dedica a cumplir el objetivo final: la toma de las

ciudades que dominan los puntos vitales de comunicación y abastecimiento del enemigo. En diciembre, Raúl rinde a Santiago de Cuba, Cienfuegos toma a Camagüey, Guevara se apodera de Santa Clara. Veinticuatro horas después de la victoria de Guevara, Fulgencio Batista huye a Santo Domingo.

Sierra Maestra

Cuando los ochenta y dos hombres que se disponen a invadir Cuba salen del puerto mexicano de Tuxpan el 28 de noviembre de 1955 en un yate de segunda mano con capacidad para 12 tripulantes, ninguno lleva en la cabeza los planes de esa brillante campaña. Son todos civiles y más de la mitad, como Guevara, no han disparado un arma de fuego hasta que empezaron a entrenarse. Y cuando el 2 de diciembre, mareados, hambrientos y perdidos, abordan una playa cenagosa que no es la fijada en su combinación con la resistencia civil en Oriente, no piensan en tácticas —que no sabrían idear— sino en la mera y desesperada supervivencia. Masacrados por la aviación y el ejército en Alegría de Pío, reducidos a doce hombres enfermos de disentería y circulando entre una población campesina todavía hostil, el puñado de naufragos se sobrepone y extrae de su propia experiencia la estrategia victoriosa. Ni Castro ni Guevara han leído a Mao en esa época y conocen imperfectamente la experiencia de Vo Nguyen Giap en la guerra de liberación vietnamita. Pero enfrentados a las mismas situaciones, crean las mismas soluciones. El médico agobiado por el asma queda desmoralizado en el primer combate: «Sentí un fuerte golpe en el pecho —escribiría después, aludiendo a Alegría de Pío— y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Quedé tendido... Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido... Por un momento quedé solo, tendido allí esperando la muerte. Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir; a pesar de los dolores lo hice y entramos en el cañaveral». Pero ese mismo bisoño paralizado en su bautismo de fuego será a las pocas semanas el organizador insustituible en la guerrilla, al mismo tiempo que un combatiente audaz y exitoso. En julio es equipado a Castro con el grado de comandante; sus concepciones tácticas le permiten dirigir y ganar dos de los más encarnizados combates del período de afincamiento, al mismo tiempo que administra bases clandestinas donde fabrica desde armas hasta zapatos y cigarros, y cría ganado.

En el lapso entre diciembre de 1957 y el combate del Uvero, Guevara descubre las reglas nunca leídas de ese juego mortal que es la guerrilla. Algunas ya son consustanciales con su personalidad, como la que exige que el combatiente sea, a la vez, lo que él llama «un reformador social» y adopte ante el pueblo la conducta correspondiente. («El guerrillero —dice en su manual— como elemento consciente de la vanguardia popular debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero sacerdote de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por las difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz,

en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo. El soldado guerrillero debe ser un asceta.»)

El dirigente del llano Enrique Oltuski, que lo conoció en setiembre de 1958, dejó una impresionante descripción del legendario y endurecido guerrillero³ en que se ha convertido el juvenil intelectual de México: «Llegamos al Pedrero de noche. Había una luz muy tenue en una de las casas y entramos. Era de mampostería y tejas, muy vasta. Recogidos a un lado estaban los pupitres. Tras de la mesa del maestro estaba sentado un joven rebelde: el teniente Olo Pantoja. El Che había salido y volvería pronto. Sobre la mesa una yagua

3. Carta de Guevara, en noviembre de 1958 al coordinador provincial del 26 de Julio en Las Villas (el Movimiento se ha negado a asaltar un banco para obtener fondos destinados a la guerra y ha ofrecido en cambio al Che, 50.000 pesos): «Acabo de recibir tu carta con profunda sorpresa, pues me doy cuenta que no es lo mismo lo que se discute aquí y aquí se aprueba, y el tamiz del llano. Me pones en la posdata que Diego está de acuerdo contigo y aquí estaba de acuerdo conmigo. Será que Diego no tiene palabra, o simplemente, no tiene opinión sobre problemas fundamentales de la Revolución.

«Dices que ni el mismo Fidel Castro hizo eso cuando no tenía qué comer. Es verdad; pero cuando no tenía qué comer, tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza. Cuando pedimos ayuda a las clases que podrían sufrir en sus intereses por el asalto, nos respondieron con evasivas para, finalmente, traicionarnos; como ocurrió con los arroceros en la reciente ofensiva.

«Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con que lo hagan. Más aún, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado a una medida tan beneficiosa para los intereses de la Revolución como esa.

«Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor. Por los timoratos no se pudo realizar el ataque a Fomento, como lo habíamos planeado. A la hora de los tiros, había un número ridículo de cócteles; no había un miliciano para realizar las tareas a ellos encomendadas y salieron con que no era la hora indicada. Renuncie o no renuncie, yo barraré, con la autoridad de que estoy investido con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la Sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta de que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra «llano» y los jefes divorciados de la masa del pueblo, opinan sobre las reacciones de este. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja, y sí los terratenientes? Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la sierra y en el llano, y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

«Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiara a los combatientes de la sierra, o que estos logran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50.000 pesos que anuncias, pues te comunico que por resolución de Fidel, en carta que te mostraré cuando subas, la tesorería del frente del Escambray debe estar aquí.

«Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros. Soy absolutamente responsable de mis actos y mi palabra vale más que todas las firmas del mundo. Si exijo firmas a alguien, es porque no estoy convencido de su honestidad. No se me hubiera ocurrido pedirte-la a ti sobre nada, aunque le exigiría cien a Gutiérrez Menoyo.

«Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego. — Che»

con una carne verdosa. «Es chilindrón de carnero», dijo Olo. «Sírvanse» Cogimos cada uno un bocado. Cuando sentí el sabor se me revolvió el estómago: estaba pasado. Con disimulo me acerqué a la puerta y boté mi pedazo. El Che llegó hacia la medianoche. Nosotros yacíamos sobre el piso de la escuela, adormilados. Saludos y después el Che dijo: «Hemos tenido las primeras escaramuzas. Sin lugar a dudas se aprestan a hacer un intento de penetración por esta zona». Mientras hablaba, cogía los trozos de carne con los dedos sucios. Por el gusto con que comía, aquello le sabía a gloria. Terminó de comer y salimos afuera. Nos sentamos a un lado del camino: Marcelo, El Che y yo. El Che partió tabacos. Eran burdos, seguramente hechos en la zona por algún guajiro. Aspiré el humo fuerte y amargo; sentí un calor en el cuerpo y un ligero mareo. A mi lado el Che fumaba y tosía, con una tos húmeda, como si lo tuviera todo mojado por dentro. Olía mal. Olía a sudor descompuesto. Era un olor penetrante y yo lo combatía con el humo del tabaco». Hace poco más de un año, era un novato herido y espantado, que esperaba la muerte en un cañaveral porque una bala le había rozado el cuello; ahora, por mero acto de presencia, provoca en Oltuski estas confidencias a su compañero. «A pesar de todo, uno no puede dejar de admirarlo. Sabe lo que quiere mejor que nosotros. Vive solo para eso. ¿Sabes? Yo creía que era un revolucionario completo, hasta que conocí al Che. Comparado con él, soy un aprendiz. ¡Cuántas cosas me atan, de las que él ya se ha liberado!» Tres meses después el Che cumplía la hazaña militar de la toma de Santa Clara. Había probado la segunda de sus enseñanzas: que la revolución popular puede triunfar en América latina.

«... el socialismo a la cubana»

Instalado en el poder, Guevara trasladará su capacidad de acción desde lo militar a lo administrativo. El derrumbe del gobierno, la huida de los responsables, los métodos de moralización del sector público y las imprescindibles purgas de los elementos batistianos han desguarnecido a Cuba de sus cuadros intermedios y también de sus equipos de administración. Una veintena de jóvenes que no llegan a los treinta y cinco años deben hacerse cargo del país en falencia (Batista ha huido con 400 millones de dólares) sin ninguna experiencia previa de gobierno. Están exhaustos y enfermos; han soportado dos años de guerrilla en las más terribles condiciones, pero ahora tienen que asumir la responsabilidad del poder. Además de comandar la guarnición militar de La Cabaña, Guevara está a cargo del Departamento de Industrias del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, desde junio. En noviembre, acepta una tarea más pesada: la presidencia del Banco Nacional de Cuba. Su acercamiento a la economía se ha reducido, hasta ese momento, a la frecuentación de algunos manuales y de las tesis marxistas; ahora debe trabajar con realidades. Ese puesto es el comienzo de una especialización que lo llevará, a partir de sus rudimentarios comienzos en el Banco Central, a dirigir prácticamente la economía desde el ministerio de Industrias (febrero, 1961) y a polemizar sobre teoría económica con Charles Bettelheim. En ese período de gobierno que va desde noviembre de 1958 hasta su alejamiento de Cuba

en 1965, la praxis combinada de su actividad militar y sus experiencias como estadista le permite sostener dos tesis que, en cierto modo, están en las bases de lo que ha dado en llamarse «el socialismo a la cubana»; además, ambas intentan contrarrestar los modelos clásicos que proponen las correspondientes líneas soviéticas. La primera se refiere a la posibilidad de la revolución sin que se hayan cumplido las denominadas «condiciones objetivas» (existencia de un proletariado con fuerte conciencia de clase, que se convierte en vanguardia revolucionaria; agudización de las contradicciones principales entre clases y de las secundarias dentro de las clases explotadoras —el modelo soviético alude en ese caso a la contradicción entre latifundio y burguesía industrial—; movilización de masas a cargo de la vanguardia proletaria). Guevara sostuvo en su tesis que la revolución cubana era una prueba del «excepcionalismo» que el caso latinoamericano podía significar en la regla clásica de las «condiciones objetivas». Carente de un proletariado industrial significativo, Cuba había apoyado su revolución en el campesinado; la movilización de masas no existía previamente, sino que había sido inducida por el creciente prestigio del foco guerrillero. Si bien, en ese sentido, la revolución cubana constituía una excepción, Guevara sostuvo a continuación (en los artículos *Cuba: ¿excepción histórica o primera avanzada colonialista?* y *Guerra de guerrillas, un método*) que ello no impedía que se convirtiera en modelo continental. En Cuba, la ausencia de «condiciones objetivas» había estado compensada por lo que el Che denominaba «características peculiares» del caso: la presencia de un líder de fuerte personalidad; la incapacidad del imperialismo para evaluar desde el comienzo la verdadera índole del movimiento; el apoyo de gran parte de la burguesía cubana. Esos caracteres posiblemente no volverían a repetirse en otros casos latinoamericanos, pero en cambio la falta de «condiciones objetivas» se compensaría en ellos con la aparición de las «condiciones subjetivas», entendiéndolo por ello «la conciencia de la necesidad de un cambio y la certeza de que este cambio es posible». El triunfo de la revolución cubana, explicaba Guevara, proporcionaba esa certeza, al demostrar que era posible derrotar al ejército y que una insurrección armada podía mantenerse sin la existencia de una vanguardia proletaria urbana. No es este lugar de extenderse en una explicación minuciosa de la forma en que esa tesis primigenia fue posteriormente acentuando y enriqueciendo su fundamentación. Cuando en 1967 Régis Debray edita en Cuba su folleto *¿Revolución en la revolución?*, está resumiendo bajo su firma aspectos fundamentales del pensamiento del Che: la vía armada como vía principal del cambio social; el foco guerrillero como origen del partido revolucionario y sede de su dirección política; la preponderancia de la guerrilla rural como táctica revolucionaria. En otros aspectos más concretos, la tesis del Che tiene contactos con la teoría del «cerco rural» sostenida por Mao Tse-tung en 1940 y que, en 1965, practicaron los guerrilleros congoleños de Soumialot y Mulele; es decir, las guerrillas dirigiéndose desde el campo a la toma de las ciudades, como se hizo en la propia campaña de la Sierra Maestra. En los últimos trabajos —especialmente, en *Guerra de guerrillas, un método*— Guevara sostiene la necesaria simultaneidad de la toma de conciencia revolucionaria y la unidad que la lucha de liberación posee en todo

el continente, al extremo de que todo foco de combate debe considerarse como parte de una estrategia global.

En 1963, el Che produce en otro campo una de las polémicas decisivas en el proceso de la revolución cubana y en la puesta a punto de su interpretación de los esquemas marxista-leninistas. Sergio de Santis, un estudioso italiano de las cuestiones cubanas, ha dividido el desarrollo de la economía revolucionaria de Cuba en tres etapas principales:

1) fase redistributiva en 1959: igualitarismo en la redistribución del ingreso, acento del esfuerzo productivo en los bienes de consumo, reforma agraria;

2) fase de transición en 1960: reforzamiento del sector público, comercio multilateral, declaración de la guerra económica a los Estados Unidos, que decide al gobierno cubano a la ola de nacionalizaciones producida entre 1960 y 1961, pero que apareja también los primeros indicios del rígido bloqueo norteamericano a la isla; se inicia la reconversión del comercio hacia el campo socialista; se estructura un esquema de capitalismo de Estado;

3) fase marxista-leninista en 1961: transformación estructural; reorganización del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, creando las Granjas del Pueblo y aumentando un contralor sobre la operación de las parcelas privadas merced a la creación de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños; comienzo de la política de industrialización.

En esta tercera fase, diversos factores de acercamiento político a la URSS y de progresivo aislamiento continental de Cuba hicieron que la influencia del modelo soviético de desarrollo fuera trasplantado a Cuba casi sin modificaciones. La creciente influencia de la Vieja Guardia del PSP estimuló además esa línea, que los hechos demostrarían más adelante como errónea y perjudicial para la economía cubana. La implantación de una política industrializadora significó simultáneamente la postergación de la agricultura. En su citado artículo para una revista brasileña, Guevara defendió inicialmente esa posición, que desdeñaba el cultivo tradicional de Cuba, la caña de azúcar. «¿Cuál es el problema fundamental de Cuba —se preguntaba entonces el Che— sino el mismo de toda América? La monoproducción.» Y trazaba una síntesis del nuevo programa: «Tenemos que diversificar nuestra producción agrícola, estimular la industria y garantizar que nuestros productos agrícolas y mineros y —en un futuro inmediato— nuestra producción industrial vaya a los mercados que nos convengan por intermedio de nuestra propia línea de transporte». Ese año, en un presupuesto nacional de 1.854 millones de dólares, 703 estaban dedicados a inversiones para el desarrollo; en esa suma, por primera vez la industria sobrepasaba a la agricultura en las correspondientes inversiones: 203 millones contra 112. Guevara abandona el Banco Central, en ese mismo año, y se hace cargo del recién creado ministerio de Industrias. Desde allí anuncia un ambicioso plan cuatrienal que comprende el desarrollo de los sectores siderúrgico, mecánico y químico, el desarrollo de nuevas fuentes de energía y de la minería. El aumento anual de la producción en ese período, informa Guevara, oscilará entre el 19 y el 26%. Se inicia además un control estatal sobre comercio exterior e interior y se encuadra toda la economía dentro de un plan socialista administrado por la Junta Central Planificadora (JUCEPLAN). El plan cuatrienal se pondrá en práctica en 1962;

para 1965 se espera haber superado el atraso en los índices de crecimiento y poder acomparar los planes cubanos de producción a las economías del bloque socialista que constituirán su principal mercado.

Aceptar sin examen previo de las realidades nacionales el modelo soviético de desarrollo fue un error; formó parte del aprendizaje que el equipo gobernante debió ir efectuando a partir de la inexperiencia inicial. La complementación con el bloque socialista además, como lo señalaron, entre otros, René Dumont y Ernst Mandel, era artificial. Se trataba más de una ayuda política que de una real y duradera complementación. En ese año la URSS había resuelto sus abastecimientos de azúcar de remolacha nacional y no necesitaba el producto; el transporte entre ambos países era dificultoso y la capacidad de reposición del área socialista para el utilaje cubano —en su mayoría norteamericano, todavía— era escasa. Los convenios comerciales, además, eran en su mayoría de trueque y generaban pocas divisas fuertes.

A principios de 1963 se advierte que la política industrializadora no está dando los resultados prometidos por los asesores soviéticos y por la parte de los cuadros dirigentes afiliados a esa línea. Los cultivos de caña, deliberadamente disminuidos, hacen bajar la zafra a 6,5 millones de toneladas en 1961 y a 4,8 millones en 1962. (La de 1963 será la más baja en la historia moderna de Cuba: 3,8 millones.) En el otoño de 1963, se efectúa una amplia revisión de la política económica. El presupuesto de ese año invierte la relación de los montos para industria y agricultura: 247 millones para la primera, 261 para la segunda. En el presupuesto de 1964 la agricultura recibirá 343 millones y la industria 199. En un artículo publicado en febrero de 1963 (*Contra el burocratismo*), Guevara señala algunas deficiencias de la Junta Central de Planificación, y en otros textos va indicando la necesidad de un cambio de orientación. Pero es en la citada polémica, a fines de aquel año, donde el Che fija definitivamente las tesis que primarán después en la línea económica cubana.

En su órbita del ministerio de Industrias, que comprende una serie de empresas consolidadas (agrupamiento administrativo de una misma rama de producción) Guevara opera con el llamado financiamiento presupuestario unificado. En otros organismos, como el INRA que dirige Carlos Rafael Rodríguez, se practica la autogestión, y la administración por el cálculo económico, según el modelo soviético. Por este último sistema, las empresas se manejan —al igual que en la economía de mercado— por el principio de la rentabilidad. Tienen autonomía contable y se financian mediante el crédito bancario. Su personal, además, es destajista y cobra según la producción. Entre las empresas de un mismo sector, el intercambio de la producción funciona por un sistema de compraventa, con ganancia en cada caso. Opuestamente, Guevara hace trabajar a las empresas de su jurisdicción como meras partes de un sistema. La Banca financia solo lo previsto en el plan y en el recorrido de un producto por las diversas empresas no hay ganancia de cada planta, sino que ella se establece solo cuando el producto sale al mercado. El principio de funcionamiento del sistema no es la rentabilidad sino la consecución de metas; las contabilidades de cada empresa se unifican en el consolidado del sector. Y finalmente, no exis-

te trabajo organizado a destajo, sino estímulos morales al obrero (títulos, diplomas, calificaciones). En la esencia de la fricción entre los dos sistemas está la concepción sobre la ley del valor. Guevara considera que ella no debe funcionar, o debe irse atenuando, en un sistema socialista; la línea soviética, que después defenderá Charles Bettelheim, sostiene que hasta que no se llegue al funcionamiento comunista, la ley del valor rige y que las categorías mercantiles sobreviven, de cierto modo, aun en el sector socialista. La posición de Guevara tiene un sentido más vasto que la mera polémica dentro de la administración cubana. Su posición sobre la ley del valor va a ser aplicada más allá del ámbito de la producción industrial cubana; al negar su validez dentro del sistema productivo, la niega también en la relación entre los países socialistas y la niega, además, en la relación entre países socialistas y el Tercer Mundo. En su artículo de diciembre de 1964, Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual desarrolla esa importante tesis, que comporta de hecho el establecimiento de una solidaridad no afectada por los intereses materiales entre los países industrializados socialistas y las naciones en vía de desarrollo y, además, establece una obligación moral para esos países hacia el proceso de consolidación de los países más jóvenes. Es en el II Seminario de Solidaridad Afroasiática, celebrado en Argel en febrero de 1965, donde el Che dará entidad internacional a la tesis que ha ido elaborando desde 1963. Sus conceptos introducen audazmente la idea, por primera vez, como imperativo ideológico, en el ámbito de la discusión revolucionaria. Existía ya el precedente del precio especial que el mismo Guevara había obtenido para el azúcar cubano por parte de la URSS, y que se basaba, según el texto expreso del convenio, en la solidaridad socialista mundial, pero ello se había encarado como una concesión fraternal de la Unión Soviética. Ahora, en Argel, Guevara establecía la noción como un principio ineludible. «El desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación —dijo— debe costar a los países socialistas... Creemos que con este espíritu debe afrontarse la responsabilidad de ayudar a los países dependientes y que no debe hablarse más de desarrollar un comercio de beneficio mutuo basado en los precios que la ley del valor y las relaciones internacionales del intercambio desigual, producto de la ley del valor, oponen a los países atrasados.» «La tarea real —añadió— consiste en fijar los precios que permitan el desarrollo. Un gran cambio de concepción consistirá en cambiar el orden de las relaciones internacionales; no debe ser el comercio exterior el que fije la política sino, por el contrario, aquel debe estar subordinado a una política fraternal hacia los pueblos.» Este lenguaje no se había oído nunca en una conferencia económica; el estadista conservaba las mismas características del estudiante cordobés y del joven expatriado en Bolivia o Guatemala, y decía lo que pensaba, aunque destrozara con ello ciertas convenciones generales. Más adelante, efectuó la sorprendente proposición que deriva inevitablemente de su tesis: si los países socialistas realizan inversiones en su propio territorio, y las plantas manufactureras así financiadas reintegran esas inversiones solo con los productos obtenidos al fin del proceso, ¿por qué no hacer lo mismo con los países subdesarrollados, considerándolos a los efectos del reintegro como si las inversiones fueran en territorio propio;

es decir, aceptando el pago en productos, sin intereses ni rentabilidad de especie alguna? En ese mismo seminario, negó a la industria armamentista el carácter de redituable. «Las armas no pueden ser mercancía en nuestros mundos —expresó—. Deben entregarse sin costo alguno y en las cantidades necesarias y posibles a los pueblos que las demanden para disparar contra el enemigo común...»

En otro trabajo muy poco anterior a su desaparición oficial (*El socialismo y el hombre en Cuba*, que remitió en marzo desde Argel al semanario *Marcha*, de Montevideo) completó sus tesis sobre la nueva vía socialista que iba plasmándose dentro de la revolución en cuyo triunfo colaboró. Es quizá su texto más sincero, que aparece impregnado a veces de una levísima melancolía, y alude con frecuencia al destino del cuadro revolucionario: la soledad, la inmolación, pero también la magnificencia de su tarea. Allí emplea por primera vez la expresión que después ha sido adoptada en todo el mundo: «el hombre nuevo». El socialismo deberá producir a ese hombre nuevo, para que a su vez él conduzca la revolución hacia la integralidad del comunismo. Ese artículo complementa, aclara y amplía el concepto inmediatista que es otro de los rasgos peculiares en la interpretación cubana del marxismo-leninismo: puede haber una simultaneidad entre la construcción socialista y la instauración de ciertos logros que hasta ahora se piensan como pertenecientes a la futura sociedad comunista; para edificarla no sería necesario sacrificar a una o dos generaciones que legaran a las venideras las conquistas del cambio. El «hombre nuevo» puede existir desde ya, en la medida en que se sepa operar su transformación moral y proporcionarle los ejemplos e incentivos correctos.

El artículo enviado a *Marcha* tiene quizás el sentido oculto de una despedida. Porque el guerrillero que ha llegado al poder no acepta convertirse definitivamente en estadista o ideólogo, esas dos formas que considera paralizantes de su programa de lucha, el cual (dice a Fidel) debe ser en cierto modo adoptado por la revolución cubana: edificar el socialismo dentro, pero ayudar a la liberación de los demás, fuera. Constante en su pensamiento político, regresará al principio de su aventura inusitada, comenzará otra vez desde cero; ese será (y Fidel Castro también lo cree) el modo de preservar lo construido: propagar el fuego que debe encender el mundo, para recrearlo: «crear dos, tres, muchos Vietnam». Su noción (abrevada en Bolívar y en Martí, pero también en los caudillos federalistas del Río de la Plata) de la lucha revolucionaria como una política unificadora de América latina, rebasa ahora los límites continentales, porque la política del enemigo común también es mundial y unificada. La tarea, piensa ahora y va a sostenerlo con sus actos, debe abarcar todos los frentes donde los pueblos se enfrentan con ese imperialismo norteamericano que, al salir derrotado de Guatemala, eligió como adversario imperdonable.

«Combatir en otras tierras, por otras revoluciones»

En febrero de 1965 declara en Tanzania: «Estoy convencido de que es posible crear un frente común de lucha contra el colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo». (En

esa frase está definida inmejorablemente la idea de la conferencia tricontinental que al año siguiente sesionará en La Habana, pero también otros apotegmas revolucionarios: los principios estratégicos de la OLAS y la solidaridad con Cuba.) Su ruta en África, en esos meses, se cruza y entrecruza: menudea sus estadías en Argelia; se entrevista en el Congo de Brazzaville con Alphonse Massemba-Debat; dos veces va a El Cairo a hablar con Gastón Soumialot y Pierre Mulele, los líderes de la rebelión contra Moisés Chombé. Se sostiene, incluso, que en la semana anterior a su regreso a Cuba (el 14 de marzo) voló secretamente a Pekín y vio a Mao, proponiéndole el apoyo a un gran frente mundial de insurrecciones, sin éxito. Cuando vuelve a La Habana, comienza otro período. En los últimos meses su imagen ha abrumado las telefotos de las agencias occidentales, y se lo ha visto y escuchado no solo en las capitales del Tercer Mundo, sino en algunas de Europa; ahora, su figura va a ir esfumándose con graduación imperceptible, en un misterio que cuando se advierte ya lo ha escamoteado. El mismo día de su llegada —después que el gobierno en pleno lo recibe fraternalmente en el aeropuerto de Rancho Boyeros— viaja con Fidel al interior y durante dos días lo pone al tanto de su viaje y de sus concepciones. El 16, reaparece en el ministerio de Industrias; ese día llama a Gustavo Roca (que ha regresado antes a Cuba) y le entrega una carta para que lleve a Celia, su madre; en esos dos pliegos redactados con el típico estilo de la familia (una objetividad donde la ternura de la relación escapa a cada línea, pese al autor) dice a la lejana y enferma mujer —que morirá de cáncer el 19 de mayo, sin saber realmente dónde está su hijo— la aparente decisión: va a abandonar los cargos de gobierno y se retirará a dirigir una empresa agrícola durante cinco años.⁴ De allí en adelante, los escasos datos que lo ubican en Cuba están organizados con sabia imprecisión, como si el Che hubiera ido desvaneciéndose de a poco, deslizándose entre las manos de sus amigos y de sus seres queridos. Es casi seguro que había ajustado con Soumialot, en El Cairo, la forma de su participación en la guerrilla congoleña. Si sus allegados hubieran sabido de sus reiterados viajes a la República Árabe Unida, y de las visitas a Argel (donde ha estado concentrando desde hace meses a los capitanes que lo acompañarán en el Congo) quizás hubieran relacionado esa asiduidad con un hecho que desde hace meses intriga a unos pocos habaneros: los más fieles oficiales del Che (Orlando Pantoja Tamayo, Juan Vitalio Acuña, Harry Villegas, Leonardo Tamayo, Rolando Kindelán y otros) están yéndose de Cuba a intervalos casi regulares, con destino secreto. Un rumor deliberado que forma parte del procedimiento de desaparición de Guevara es esparcido por el Departamento de Seguridad del Estado: se sugiere a los demasiado curiosos (o a las esposas desoladas) que Vietnam es el destino de los viajeros. Resulta una buena forma de excitar la

4. Ricardo Rojo, en su libro *Mi amigo el Che*, ha difundido una curiosa historia: el Che, en ruptura con Fidel, se habría retirado en una especie de «autoprisión» al interior, para hacer su autocrítica. La prueba, para Rojo, es que durante los días en que Celia agonizaba, en mayo, él y la familia cablegrafiaron la situación a Cuba y trataron de que el Che respondiera, sin resultados. La explicación es más simple y fue verificada por el autor en La Habana, en enero de 1968: el Che salió de Cuba a mediados de abril y no se enteró a tiempo de la trágica noticia.

discreción, porque todos los cubanos saben que desde hace años Cuba tiene allí misiones médicas en el Sur, pero también que ese es un secreto de estado y todos deben guardarlo.

Alrededor del 20 de marzo, el poeta Roberto Fernández Retamar va a verlo al ministerio de Industrias, para rescatar cierto libro de versos que le prestó. Manresa, el secretario, le dice que el Che le ha pedido esa mañana que le copie un poema antes de devolver el volumen. Llega el Che, entrega el libro a su dueño y acompaña a este hasta la puerta del despacho. Retamar bromea: «Veo que se ha pelado. Yo sigo peludo y cesante». El Che sonríe y dice algo inesperado: «Bueno, yo también estoy de más en el ministerio». Al salir a la calle, Retamar reflexiona sobre el poema elegido por el Che: es el *Farewell* de Pablo Neruda, pero el título todavía no puede sugerirle nada.

Pepe Aguilar, otro viejo amigo desde los años de la infancia cordobesa, que trabaja en el ente estatal del cine cubano, recibe en abril una llamada telefónica de Guevara. El Che le pide que vaya a verlo: quiere devolverle *El principito* de Saint-Exupéry, que tiene en préstamo hace meses, y además darle una fotografía. Aguilar está muy ocupado y se excusa: ese día no podrá ir. Pero cuando llama al ministerio 48 horas después, un martes, se le responde que el ministro no está; que se fue a cortar caña. (Es la Semana de Girón, conmemorativa de la victoria sobre los invasores y todo el gobierno está «en la caña».) Pepe Aguilar no verá más al Che; va a la casa y le pregunta a Aleida por él, pero la esposa contesta simplemente que está en el campo, que no se sabe cuándo regresará. En Cuba, tampoco ninguno de sus amigos (a no ser los miembros del buró político del Partido) volverá a ver a Ernesto Guevara, que ha dejado La Habana el miércoles de la Semana de Girón.

Durante cinco meses las autoridades cubanas guardan absoluto silencio sobre el paradero del Che. Una sola vez, el 16 de junio, Castro lo alude oficialmente: en un discurso afirma que el pueblo sabrá dónde se encuentra el Che cuando el propio Guevara decida informarlo. El misterio cobra entidad mundial y las hipótesis se multiplican. La más corriente, propagada sin fatiga desde Miami por los exiliados, es la de que ha muerto a manos de Fidel, en una discusión; sucesivamente, la responsabilidad se desplaza a Raúl Castro, a Dorticós, a un capitán sancionado y furioso. En junio ha corrido la voz de que estaba en Santo Domingo, colaborando en resistencia del coronel Caamaño a los marines invasores, y que su cadáver es uno de los exhumados por la comisión de la OEA en los Potreros de Trujillo, escena de fusilamientos en masa ordenados por Imbert Barreras. A su vez, y evaluando datos pero sin emitir hipótesis, la CIA lo rastrea pacientemente por todo el mundo. El 1.º de octubre Fidel Castro rompe por fin el silencio. En el gigantesco mitin organizado en el teatro Chaplin de La Habana para anunciar la constitución del Partido Comunista de Cuba, lee tres cartas del Che. Le fueron entregadas personalmente por Guevara, informa, el 1.º de abril anterior, para que las diera a conocer cuando lo creyera conveniente. Están dirigidas a Fidel, a los padres y a los hijos; en la primera el Che se despide, renuncia a sus grados, a sus puestos en el gobierno y hasta a la ciudadanía cubana, encomienda su familia al Estado y deja entrever la misión elegida: combatir en otras tierras, por otras revoluciones. «Yo puedo hacer lo que a ti te está negado», escribe a Castro. En el estrado, Aleida

March permanece sentada rígidamente y las lágrimas ruedan por su semblante regular e impassible. (Tiene un vestido azul oscuro; cuando los noticieros cinematográficos del acto se difundan internacionalmente, se dirá que estaba de luto y que lloraba como viuda.) Fidel cierra su informe sobre el Che con una frase típica de su estilo político: «Que los enemigos se preocupen».

De nuevo en el combate

Mientras Fidel habla en el Chaplin, Guevara está donde pocos saben: en las guerrillas del Congo, combatiendo con su destacamento de cubanos y asesorando a los simbas de Mulele. Se ha afeitado la barba y cortado el pelo al rape; ha engrosado unos kilos. (En las fotos que en abril de 1967 ilustraron el suplemento de la revista *Tricontinental* donde se publicó el *Mensaje del Che*, la que lo muestra casi de cuerpo entero, lampiño, de gorra y con unos prismáticos colgando del cuello, fue tomada en el Kivu, donde estaba peleando contra los mercenarios blancos.)

El ciclo se ha completado; el revolucionario ha vuelto a quedarse solo con su combate. En 1958 Oltuski se admiraba: «¡Cuántas cosas me atan, de las que él se ha liberado!». En 1956, el joven Guevara había dejado atrás muchas, para ir con Fidel Castro al rescate de Cuba: la familia, la hija, la carrera, su idiosincrasia individualista que desconfiaba de los políticos; y sobre todo, algo que a los veintiocho años es importante: la mera seguridad de seguir viviendo, que el gesto casi suicida de la invasión convertía en una delgada posibilidad. Pero en 1963, quizás Oltuski debió asombrarse más, porque el acto de renunciamiento es total. El hombre Guevara da entonces la espalda a hechos de más vasto significado que los afectos o la realización personal. (Estos, en la categorización racional que el revolucionario ha efectuado, están ubicados definitivamente en el nivel de lo periférico a su lucha: Celia ha muerto, la medicina es solo un rasgo de su leyenda personal, la Revolución cuidará y educará a sus hijos, la compañera ha aceptado la soledad. Cuando se va de Cuba, este hombre poderoso que llegó a integrar el triunvirato de la primera revolución social latinoamericana, el interlocutor y ejemplo de muchos grandes del Tercer Mundo, solo deja a su familia tres viejos uniformes colgados en un armario —que en rigor, son del Ejército Rebelde— y un viejo automóvil norteamericano modelo 1956, que compró de segunda mano ahorrando sobre su sueldo de 300 pesos como ministro, para que Aleida no usara las flamantes limusinas del gobierno en llevar los niños a la escuela.) El Che se «libera» —como diría Oltuski— de otras cosas de equivalente valor al hecho de encender más revoluciones: la edificación del socialismo cubano, la orientación de la economía, la preservación de las vías que, a partir de sus polémicas con Charles Bettelheim o con los partidarios del cálculo económico, la dirección cubana ha elegido. Con su notable capacidad para utilizar correctamente la praxis, él —que en 1961, y en las primeras exploraciones de la línea a seguir por la revolución había defendido y aplicado una exagerada y perjudicial política de industrialización en detrimento de la agricultura— también había sabido extraer

la lección de ese fracaso, con la honestidad y la eficacia consustanciales a su actuación gubernamental. En 1963, durante el seminario sobre planificación en Argel, enumera los errores principales de aquella política: prevalencia apresurada de lo social sobre lo económico, modelo abstracto de desarrollo copiado de la experiencia en el bloque soviético, degeneración burocrática de la administración. Ya en 1962, en un artículo de una edición internacional de la *Revista Económica*, reflexionaba sobre la necesidad del cambio; sus primeras intuiciones, en pleno período de sectarismo «escalantista» y cuando oponerse a la forma entusiasta en que los equipos de Aníbal Escalante estaban aplicando el modelo soviético era arriesgarse a divisiones dentro del gobierno, surgieron durante los días de la invasión de 1961. «Con los proyectiles atómicos y nuestra cercanía de los Estados Unidos —confió un día a su colaborador, el economista chileno Carlos Romeo— un plan de desarrollo industrial de cinco años puede anularse con cinco minutos de bombardeo.» A partir de 1963, Castro y él (utilizando algunos análisis de René Dumont, Ernst Mandel y otros economistas que fueron a estudiar la experiencia cubana) impulsan una línea que es la resultante de las dos orientaciones opuestas anteriormente: habrá prioridad para la agricultura, se reorganizará el sector agrozootécnico (nacionalizando, mediante la «Segunda Reforma Agraria», las propiedades agrarias medianas que en 1959 habían quedado aún en manos de particulares), se iniciará una vigorosa campaña contra el burocratismo —decapitado en sus cabezas con la anterior defenestración de Escalante y Joaquín Ordoqui, los veteranos dirigentes del PSP— y la industria liviana virará desde la producción de lo superfluo (bicicletas, tenedores, vajilla) a la de maquinaria y repuestos destinados a la expansión agropecuaria. Cuando el Che se va de Cuba, la polémica donde el Che sostuvo la concepción de los estímulos morales y el financiamiento presupuestario unificado frente a la línea «soviética» de remuneración a destajo y rentabilidad de las empresas mediante la autonomía contable, parece ganada. «Guevara —dice Sergio de Santis—⁵ tendía no solamente a una reorganización de carácter técnico y administrativo, sino que expresaba la fe en la posibilidad de perseguir al mismo tiempo —o más bien, en forma dialécticamente independiente— el progreso hacia formas productivas socialistas en el marco del nuevo humanismo». Ese concepto ya es inamovible en 1965: «Hubo —dice el mismo De Santis— una aceptación oficial de las tesis de Guevara, en cuanto elementos dialécticos y estimulantes en la elaboración de una línea gubernamental de desarrollo global. Pocos días después de irse el Che hacia la guerrilla congoleña, su orientación es adoptada oficialmente, al publicar el boletín *Panorama Económico Latinoamericano*, de Prensa Latina, cuatro artículos que, con algunas variantes metodológicas, confirman en lo fundamental esa orientación (números 142 a 145, primavera de 1965). Y el presidente Dorticós, en otro discurso posterior al alejamiento de Guevara, hace suyas en un discurso de resumen las

5. De Santis, un marxista italiano que ha seguido de cerca la revolución cubana, estudia especialmente las orientaciones económicas del Che en su artículo «Debate sobre la gestión socialista en Cuba» (*Crítica marxista*, 5-6, Roma, 1965), de donde se han extraído estas citas.

ideas principales del ausente: «Estamos plenamente satisfechos de que el factor moral sea el que estimule más los esfuerzos del ministerio de Industrias. Sabíamos que esta doctrina había sido adoptada. Nuestro presente y nuestro porvenir se apoyan fundamentalmente en nuestra ideología y en nuestra moral revolucionaria. Esto no contradice los principios fundamentales que deben regular la retribución del trabajo en la sociedad socialista, vale decir, la retribución a cada uno según su trabajo. Según nosotros, este principio es perfectamente compatible y consecuente con el que tiende a señalar la importancia de los incentivos morales, que debe ser uno de los objetivos de nuestro trabajo económico. Ya hemos dicho más de una vez: construir la sociedad socialista, y en el futuro la sociedad comunista consiste primero de todo en construir y formar al hombre comunista».

No hay, pues, ruptura de Guevara con la revolución cubana, ni desinteligencia con Castro o la dirigencia; Guevara se va después de haber consolidado la línea por donde la revolución se moverá de allí en adelante. Ha sumado así, junto a la figura excepcional de Castro, que no ha dejado de considerar históricamente admisible (desde los ingenuos versos previos a la invasión hasta la carta de despedida en 1965) la lucha armada revolucionaria al ejercicio ejemplar del poder y a la puesta a punto de tesis instrumentales que consolidarán la nueva sociedad cubana. Se aleja, pues, en la época de su victoria y no — como se ha interpretado erróneamente— de su fracaso. Atrás quedan la fascinación de proseguir elaborando la teoría, el poder político y las posibilidades del gobierno; nuevamente hay que ir a la vida miserable de la guerrilla, retomar las armas para forjar nuevas revoluciones.

¿Por qué lo hace? Las astucias de algunos comentaristas sobre recelos o rivalidades de mando y concepción con otros dirigentes cubanos —que se procura abonar con minucia de indicios— son tan artificiales como las explicaciones sobre derrota de su línea económica, y no entienden el nivel moral del personaje. Más vale decir que Guevara se aleja por dos razones: primero, porque cree llegado el momento táctico de abrir ese frente global antimperialista que forma parte sustancial de la estrategia general de la liberación del Tercer Mundo, tal como él la concibe; pero también —y quizás se hubiera ido igual, a esperar la ocasión táctica en otra parte— porque cree que el hombre revolucionario debe superarse y renovarse constantemente, para estar cada vez más a la altura del ideal revolucionario, tal es la perfección e importancia de este y las exigencias que plantea. Guerrero victorioso, gobernante lúcido y teórico innovador, Guevara cree que solamente nuevas ocasiones de prueba pueden mantener y perfeccionar su condición de revolucionario; y con un criterio que tiene sus raíces en el viejo pero no adormecido individualismo de su adolescencia argentina, piensa que la forja no está en el poder o en la meditación del gabinete, sino en el combate con las armas en la mano. Esto explica en cierto modo la curiosa elección del Congo como campo de su regreso a la lucha armada. La turbulenta guerrilla congoleña y sus desgarradas facciones no son precisamente un modelo de coherencia ideológica ni de claridad política en sus dirigentes (Soumialot anulará sin miramientos a algunos de sus compañeros y rivales de mando; Mulele pactará en 1968 con Mobutu, sin

prever que será traicionado por este y luego pasado por las armas), pero es el ámbito adecuado a esa transición que procura Guevara; el campo de batalla del Congo es quizás el más cruel entre la docena de los abiertos hoy en el mundo. Ricardo Rojo afirma que el Che cumplió un enclaustramiento voluntario; ello es cierto, pero se equivoca al decir que fue en Cuba, y destinado a una autocrítica. Guevara se «enclaustró» en el Congo, como período preparatorio al verdadero plan: el de la guerrilla latinoamericana. Necesitaba, después de tanto tiempo, probar que sus 38 años no pesaban para las nuevas batallas; que las tareas ministeriales y las reflexiones teóricas no habían embotado al guerrillero de Santa Clara. Desde el poder, ha temido, como decía a Carlos Quijano en *El socialismo y el hombre en Cuba*, «congelar las relaciones con la masa en medio de la gran tarea. Gobernar puede convertirse, además, en perder de vista al hombre como semejante; es decir, perder el amor al individuo». Para Guevara, eso es impensable. «Déjeme decirle —añade a Quijano— a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor... Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.» «El revolucionario —dice, definiéndose—, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial.» En ese velar continuo de armas que el Che concibe como la actitud revolucionaria hasta la liberación total de la humanidad, la guerrilla del Congo es una especie de cámara de descompresión; a través de ella Guevara pasará desde la atmósfera ordenada del poder y la teoría al aire enrarecido y peligroso de su verdadero objetivo: la guerrilla de América latina, que deberá comenzar en Bolivia.

La cronología de la guerrilla boliviana, en sus prolegómenos, es exigua y no muy precisa. En marzo de 1966, Guevara deja Brazzaville y va posiblemente a Praga y/o París, donde mantiene contactos con los hermanos Roberto y Guido Peredo, que ya habían estado en Cuba. Disidentes de la posición frentista del PC boliviano, contagiados del ejemplo cubano y escépticos del electoralismo o el pacto con los partidos burgueses, los Peredo están dispuestos a la guerrilla. La estrategia original del Che contempla a la Argentina como el segundo país a liberar en América latina, a partir de un foco guerrillero; para ello, envió en 1964 a Jorge Ricardo Masetti para abrir el frente de Salta, aniquilado por la gendarmería. El foco boliviano puede funcionar como sustituto, evidentemente. Los Peredo vuelven a La Paz para organizar los primeros grupos e intentar el apoyo del PC; Guevara comienza a reunir otra vez a sus oficiales, destinados a la nueva misión. (Una versión dice que, al salir del Congo en marzo de 1966, a pedido de Fidel Castro, estuvo de nuevo en La Habana, pero nadie en Cuba puede confirmar ese dato.) Entre marzo y agosto los jóvenes y el veterano trabajan paralelamente.

El comienzo tiene, simbólicamente, un aspecto que presagia los objetivos de la empresa; en su ingreso a Bolivia, en agosto de 1966, Guevara reúne en sus procedimientos la esencial identidad de lo latinoamericano que es una de sus tesis: el pasaporte falso, a nom-

bre de Adolfo Mena, será uruguayo. La entrada a Bolivia se hace por Corumbá; del Perú vendrán más guerrilleros a engrosar el contingente; Bolivia será liberada, para que sirva a la liberación de la Argentina, inicialmente. En todos esos países, organizaciones revolucionarias, grupos clandestinos, obreros, universitarios, gente de pueblo, va colaborando en la trayectoria del jefe guerrillero para que este pueda llegar finalmente al punto secreto de Santa Cruz donde comenzará la insurrección.

El episodio boliviano de Ernesto Guevara no cabe en los límites de esta reseña, por las profundas implicancias que posee en el cuadro general del funcionamiento de una izquierda latinoamericana; su inmediatez, además, impide que se puedan documentar algunos juicios o extraer interpretaciones definitivas. Pero a partir de ese agosto, comienza en torno al Che una serie de hechos que obsesionan al observador objetivo. Quizás de ellos —sin poderse, todavía, fundamentarla en forma totalmente convincente— deba extraerse, sí, una conclusión que, al mismo tiempo de cerrar este trabajo, clausura con un admirable rasgo de devoción revolucionaria la mágica existencia de Ernesto Guevara: su consciente sacrificio.

Uno tras otro, los grupos de la izquierda boliviana y el MNR rehúsan ingresar como tales al foco guerrillero, en una serie de entrevistas que Guevara —caracterizado como Mena, funcionario de la OEA— va teniendo con los dirigentes en La Paz y otros puntos de Bolivia. Esos grupos dejarán en libertad a sus afiliados, como lo hace el PC, o simplemente, los desvincularán si entran a la guerrilla, como advierte el MNR por boca de Paz Estenssoro. En diciembre, cuando se establece con los Peredo y sus sesenta hombres en Ñancahuazú, Guevara sabe que el apoyo urbano no vendrá, pero sigue adelante. En la noche de Año Nuevo es el propio Mario Monje, secretario general del partido Comunista, quien le confirma ese desamparo; al no aceptar el Che las condiciones de Monje (dirección política y militar en manos del secretario general), el partido no puede respaldar la guerrilla.

Juan Lechín y su PRIN minero no han aceptado la proposición guerrillera; el MNR, por boca de sus dirigentes clandestinos en La Paz, tampoco; los trotskistas de Guillermo Lora están divididos, pero no anuncian apoyo oficial; ahora, el PC —empeñado en una estrategia frentista de unidad con los sectores burgueses opositores— también se rehúsa, al fracasar su tentativa de contralor absoluto. (Guevara la ha rechazado, porque tiene la triste experiencia de la explotación política que el PC venezolano ha hecho de la guerrilla, utilizándola en el flujo y reflujo de sus maniobras políticas.) Solo están, para empezar la increíble tarea, los Peredo, algunos jóvenes disidentes de la Juventud Comunista, algunos mineros de los sectores trotskistas y prochinos que dirige Moisés Guevara, y los cuadros cubanos venidos con el Che. Esa noche de Año Nuevo, cuando Monje se retira del campamento de Ñancahuazú, todavía hay tiempo de suspender los planes, revisar la situación y examinar las alianzas. Pero Guevara, simplemente, anota la conversación en su *Diario* y sigue adelante, aunque no puede escapar a su perspicacia que la tragedia va armándose sobre su cabeza. Solos, los guerrilleros inician su marcha, en una etapa de exploración y establecimiento de bases donde está proscrito presentar batalla a los soldados. Todavía

hay mochilas con latas de conserva, botas en buen estado, medicamentos, salud física. Existen escasos o nulos contactos con las ciudades y tenues líneas de abastecimiento, porque la guerrilla —¿imprevisión o imposibilidad?— se ha lanzado a la selva, a diferencia del Movimiento 26 de Julio, sin el complemento de un aparato urbano de resistencia y ayuda. Pero las dos columnas avanzan hacia el noreste, procurando relevar los ríos y los sistemas montañosos que mejor les sirvan para sus combates y campamentos.

En febrero, sin embargo, la terrible naturaleza cruceña ha desgastado la guerrilla. En medio de la selva, sin mapas inteligibles, con las radios parcialmente inservibles por la humedad, los hombres se trasladan penosamente; su única comida, cuando pueden cazar, son los monos y las aves tropicales. En el terrible documento que es el *Diario del Che* puede asistirse cotidianamente a esa agonía, que el comandante acepta como consustancial a su guerra y anota escrupulosamente en su libreta alemana, pero que desmoraliza a sus guerrilleros y los inferioriza en querellas por la comida. Guevara sabe que la idea por la que ha iniciado esta larga empresa es inexpugnable; en la perspectiva histórica, la revolución es un hecho. Al mismo tiempo, sabe que el método elegido es el correcto: solo por la vía armada se llegará a la toma del poder. Esas seguridades, que son consignadas por el hombre destrozado por el asma y la diarrea hasta el día antes de su muerte, constituyen la esencia positiva del *Diario*, su mensaje perdurable. En las peores condiciones de lucha imaginables, viene a decir el Che, la victoria puede ser una certidumbre, si la ideología y la moral revolucionaria han sido incorporadas profundamente en la acción.

Pero junto a esa inmovible profesión de fe, el *Diario* contiene la frialdad clínica con que el médico va anotando los síntomas y componiendo la diagnosis. Al fin de esa desdicha interminable solo aguarda la muerte; en cierto punto de la lectura del *Diario*, el lector levanta la cabeza sobrecogido, porque la ha descubierto. Faltan muchos meses para octubre, todavía, pero esos hombres están ya sellados por la muerte, aunque todavía caminen, combatan, tracen planes o se trencen en desdorasas peleas por un puñado de comida. Y si ese lector vuelve atrás en el *Diario*, y comienza otra vez, hará otro descubrimiento: Guevara también lo sabe; quizá, lo ha sabido desde el principio.

Nadie puede concebir al Che —a los 39 años, en la plenitud de sus facultades y de su experiencia política y militar— inadvertido de lo que significaba, en diciembre, el abandono de los grupos políticos bolivianos. Había venido a Bolivia porque ese apoyo negado era una pieza maestra en el plan insurreccional y no dudaba de conseguirlo. (Hubo otro factor: los informes de la Inteligencia cubana; un punto que aún no se ha elucidado con justeza definitiva.) Pero una vez dentro y movilizados los que querían combatir, tenía un doble compromiso que no podía deshonorar: en parte, con los jóvenes insurrectos que le habían pedido jefatura; pero sobre todo, con la coyuntura de la lucha antimperialista: en abril había exhortado a crear muchos Vietnam, para acosar múltiplemente al imperialismo. Encender el primero en América latina, más allá del fracaso circunstancial, era el primer paso de la nueva estrategia. Él la había diseñado y él debía comenzar a aplicarla. El remoto estallido en Bolivia solo merecerá unas líneas si se trata del sacrificio de unos gue-

rrilleros desconocidos, pero repercutirá en el mundo y despertará ecos insospechados y crecientes, si el Che Guevara está allí, abriendo en América latina el frente antimperialista que los congolese mantienen en África, los vietnamitas en Asia y el Poder Negro en los Estados Unidos. Guevara ha advertido todo desde el principio: la traición, la indiferencia, el aislamiento, la falta de respuesta del medio. Y sin embargo continúa, porque parece haber comprendido, como en una intuición que no nace de la ideología ni se basa en ninguna racionalización de hechos, que tal vez la única fuerza catalizadora de esos partidos anquilosados y de esa izquierda desunida es la de la muerte: la de su muerte.

Carta del Che a sus hijos

«Queridos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto: Si alguna vez tienen que leer esta carta, será porque yo no esté entre Ustedes. Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos no recordarán nada. Su padre ha sido un hambre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.

»Crecan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada. Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario. Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un gran abrazo de PAPA.»

Muerte y proyección

La vida de Ernesto Guevara de la Serna, rosarino, médico, revolucionario, economista, teórico, ha sido hasta ahora un encadenamiento crecientemente racional de circunstancias y de actos; él ha procurado ejemplificar en su trayectoria, siempre, el efecto de un determinismo consustanciado con su propia ideología. Pero este marxista riguroso, este frío examinador de las realidades (que ha hecho de su existencia una demostración de los factores que condicionan al habitante del mundo subdesarrollado y pueden elevarlo dialécticamente hasta la pureza y universalidad que el Che alcanzó como ser humano), transgrede dos veces ese proceso dialéctico, en dos actos voluntaristas que, paradójicamente, fueron imprescindibles para que el arquetipo llamado Che existiera. Uno, cuando en la adolescencia, su individualismo lo lleva, en un impulso que no obedece a ninguna fuerza extrínseca, a salirse de su clase social, a desclasarse para ingresar en la mitad desposeída de la humanidad. El otro, cuando (convencido de su soledad y falta de probabilidades) decide iniciar la guerrilla boliviana y sellarla con su segura inmolación. Si esta hipótesis es cierta, la certeza de su pérdida añade a la peripecia de Guevara en Bolivia un valor político que iluminará sin pausa a los revolucionarios latinoamericanos en todas las

luchas a venir. El 8 de octubre de 1967, a las tres de la tarde, Ernesto Guevara se sienta detrás de un árbol, en la Quebrada del Yuro, a combatir concienzudamente hasta que su fusil sea inutilizado por un balazo; el 9, esperará amarrado en el salón de clase de la escolita de La Higuera, a que el suboficial Mario Terán —borracho para darse valor— entre con su carabina de ráfaga para terminar con una leyenda que duró doce años. El Che —que comienza a vivir para siempre a partir de ese instante de su asesinato— se sabía condenado desde que entró en la selva, por lo cual, paradójicamente, Terán, Prado, Ovando, Barrientos y los agentes de la CIA que embalsamaron su cadáver fueron solo instrumentos de los designios que el mismo Guevara había trazado. Solitario y, al mismo tiempo, consciente de estar integrado como nunca en la gran corriente de la humanidad «que ha echado a andar», se quedó a morir en Bolivia, porque esa era la parte final y quizá decisiva para entenderla, de una grandiosa empresa que soñó como todo joven pero que, entre los pocos elegidos de la Historia, pudo llevarla a cabo como hombre.

Bibliografía principal

Una selección bibliográfica de los trabajos de Ernesto Guevara requiere algunas anotaciones previas. En primer término, se debe decir que la copiosa⁶ obra política y teórica del Che se plasmó fundamentalmente en artículos y discursos. Guevara solo compuso dos libros, si se considera tales las obras emprendidas con un plan unitario de desarrollo y redacción. (Un tercer libro, publicado en Cuba entre 1959 y 1960, denominado *Diario de campaña* en alguna de sus varias ediciones, parece ser apócrifo y redactado por entusiastas pero algo desaprensivos periodistas cubanos en base a apuntes y partes de guerra originales del Che.) Otros volúmenes —póstumos o no— que llevan su firma son meras antologías de artículos o discursos. Estas han aparecido (y continúan apareciendo en casi todos los países del mundo) manejando casi siempre los mismos trabajos, según la decisión unilateral de editores o antólogos. Ello impide, como es lógico, su inclusión en esta lista.

Si bien no puede considerarse libro —porque no consta la voluntad de Guevara de editarlo, y su redacción tenía por supuesto otras finalidades más importantes y distintas—, el *Diario* llevado por el Che en Bolivia debe añadirse a su bibliografía. La decisión del gobierno cubano de darlo a publicidad, editado en Cuba y autorizado en varias ediciones internacionales, convirtió al *Diario* en un *best-seller* mundial. Esas dramáticas páginas escritas hasta horas antes de su muerte configuran una obra de Guevara imprescindible para su biografía y para la literatura revolucionaria mundial.

6. En la Biblioteca Nacional de La Habana se conserva una edición de las *Obras Completas de Guevara*, que está formada de siete gruesos volúmenes y contiene absolutamente todo lo redactado por el Che, incluyendo su correspondencia privada. Fue editada por el gobierno cubano poco después de la muerte de Guevara, en un tiraje destinado solamente a la dirigencia cubana. Se requiere autorización especial para consultarla.

Conviene aclarar, finalmente, que los textos aquí enumerados se identifican según la fuente consultada por el autor, lo cual no significa que ella sea la primera publicación efectuada, o la única. Razones de espacio, además, han hecho que la enumeración no sea total, sino representativa de lo más característico del pensamiento político y de las posiciones teóricas de Guevara.

La guerra de guerrillas, edición del Ministerio de las Fuerzas Armadas de Cuba, La Habana, 1961.

Pasajes de la guerra revolucionaria, Ediciones Unión, La Habana, 1963.

El diario del Che en Bolivia, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

«Una revolución que comienza», serie de tres artículos escritos especialmente para la revista *O Cruzeiro* en español, ediciones de junio 16, julio 1 y julio 16, 1959.

«Guerra y población campesina», diario *Revolución*, julio 26, 1959.

«Qué es un guerrillero» (1959), revista *Hora Cero*, 2–3, México, noviembre 1967.

Ernesto Che Guevara, Obra revolucionaria, Ediciones Era, México, 1967. Esta antología, aunque omite algunos trabajos importantes, es la más completa realizada hasta ahora. La selección fue cumplida desde Cuba por el escritor Roberto Fernández Retamar, quien escribió también el excelente estudio de Guevara que la prologa. Incluye los siguientes trabajos:

«Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana» (1959).

«Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?» (1960).

«Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana» (1962), revista *Cristianismo y Revolución*, 11, Buenos Aires, noviembre 1968.⁷

«El cuadro, columna vertebral de la revolución», 1962.

«El partido marxista-leninista», 1962.

«Contra el burocratismo», 1963.

«Guerra de guerrillas: un método», 1963.

«Sobre la concepción del valor», 1963.

«Sobre el sistema presupuestario de financiamiento», 1964.

«La planificación socialista, su significado», 1964.

«Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo», 1964.

«El socialismo y el hombre de Cuba»; semanario *Marcha*, 1246, Montevideo, marzo 1965.

«Mensaje a la Tricontinental», suplemento de la revista *Tricontinental*, La Habana, abril 1967.

«Proyecciones sociales del Ejército Rebelde», revista *Humanismo*, 53–54, La Habana, abril 1959.

«Soberanía política, independencia económica», 1962.

«Mensaje a los argentinos» (1962), Cuaderno 2 de *Cristianismo y Revolución*, Buenos Aires, 1968.

7. Este artículo, escrito durante la crisis de los cohetes, permaneció inédito hasta octubre de 1968, cuando lo publicó *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas cubanas.

- «Primer discurso en la Conferencia del Consejo Económico y Social de la OEA», Punta del Este, Uruguay, 1961.
- «Segundo discurso en la Conferencia del Consejo Económico y Social de la OEA; Punta del Este», Uruguay, 1961.
- «Qué debe ser un joven comunista», 1962.
- «Sobre la construcción del partido», 1963.
- «Una actitud nueva frente al trabajo», 1964.
- «Discurso y contrarréplica en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas», Nueva York, 1964.
- «Intervención en el Seminario Económico Afroasiático; Argel, 1965», revista *Tricontinental*, 2, La Habana, setiembre 1967.
- «Discurso en la I Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo», Ginebra, 1964.

REPORTAJE A PERÓN. DIÁLOGO SOBRE LA ARGENTINA OCUPADA

1974

*Hubo gente que nunca entendió semejante juego.
Que nunca adivinó por qué, hiciera lo que hiciese,
Perón no perdía nunca.*

RODOLFO H. TERRAGNO¹

EL INTERLOCUTOR DE MADRID

En 1969 pasé por España y pedí a Juan Domingo Perón una entrevista periodística. Por esa época —según diría el general— «el horno no estaba para bollos». «Que vuelva el año que viene», dijo a Jorge Antonio.

Recogiendo mansamente el posible sarcasmo alimenté con él mi propósito durante los meses siguientes, volví a presentarme en 1970 y anuncié por teléfono a Jorge Antonio, desde el mismo aeropuerto de Barajas, y más bien en forma de chiste sin esperanzas y levemente vengativo, que venía a una cita con Perón.

Como en todo, Perón encontró la manera de mejorar los tantos del contrario y cantar-le un envido. «Que venga el muchacho», indicó a Jorge Antonio (y me imaginé la risita carrasposa de criollo viejo), sabiendo que el gambito de ese consentimiento inauditamente fácil no sólo era una broma mejor que cruzar el Océano Atlántico por una frase casi perdida, sino también un sobresalto que descolocaría al importuno.

De ese modo, el 5 de febrero de 1970, a la hora de la sobremesa nocturna, toqué el timbre de una reja (¿o había un portero eléctrico?), en la quinta escondida entre lobregueces invernales y álamos madrileños. Después fui identificado por agentes de la Dirección de

1. Revista *Cuestionario*, n° 15, 1974.

Seguridad (del lado de afuera), y por un señor brusco pero con acento cordobés (del lado de adentro). Perros cargosos, de husmeo lento y tamaño no identificable, apenas presentidos en la noche, me flanquearon hasta la casa. Allí otro señor afabilísimo, y llamado José López Rega, se asomó en mangas de camisa al frío, me introdujo en un vestíbulo que olía espléndidamente a alguna parrillada en trámite y me depositó en un despacho lleno de libros: «El general está cenando. Le pido que nos disculpe; tendrá que esperar».

Dijo, y con la última palabra entró Perón, imprevisible desmentidor de todo el mundo, saco deportivo a cuadros, corbata impecable, sonrisa y palmadas en el hombro, repertorio dicharachero pero en dosis justa. Entonces se arrellanó en su butaca, detrás de un escritorio que no era escenografía de estadista y estaba abrumado de manuscritos reales, de carpetas verdaderamente manoseadas, y de libros realmente erizados de marcas con papelitos. A mí, micrófono en mano y buscando sillón: «Siéntese aquí, enfrente mío, y arregle esos chirimbolos». Al secretario: «Lopécito, mandanos unos cafés».

Durante el último trimestre de 1969 yo había vivido en Buenos Aires intentando descifrar el desarrollo de la política peronista: un haz de líneas paralelas y de proceso simultáneo, que a veces se cortaban, a veces se perdían en sinuosidades sin clave y a veces entraban en colisión o se apartaban hasta el infinito.

Después aprendí, como en un cuento de Borges, que la diversidad era el signo irrefutable de una sola identidad: la de Juan Domingo Perón.

Vandor muerto y Alonso vivo, Ongaro preso por Onganía y Rucci cenando con Onganía en Olivos, los dinamiteros de Córdoba y el distinguido neurocirujano Raúl Mattereda, Jorge Antonio en su *pent-house* del Paseo de la Castellana y el Bebe Cooke muriendo en un escuálido apartamentito montevideano con deudas de imprenta impagas, el obrero desocupado y la actriz de moda que se juntaban a manifestar por los presos políticos; todos, caras de una misma realidad política, cuyo factor de ensamble seguía siendo el viejo general lejano.

En 1970, al filo de sus setenta y cinco años, Juan Domingo Perón preparaba esa noche de febrero su discurso, y revolvía el pocillo de café. En el anciano jovial, súbitamente puteador, tierno, implacable, imponente, modesto, risueño, sombrío, fascinante, absurdo, coincidían todos los decididos a rescatar el país ocupado por el imperialismo, paralizado por el vacío de poder, que era la Argentina de Onganía.

Desde que en un gesto incomprensible para muchos (que esa noche él explicaría), porque el pueblo le pedía armas para defenderlo y casi la mitad del Ejército insistía en la resistencia aun a costa de la guerra civil, abandonó el poder en manos de los mediocres golpistas de 1955 y la Argentina entró en su segunda «década infame», no había dejado de gravitar un solo día en la política de su país.

Nadie soñaba en febrero de 1970 (salvo Perón, es claro) que el General viviría para regresar en triunfo a Buenos Aires; ningún analista político (excepto Perón) podía encarar la hipótesis de que el regreso incluiría la reelección presidencial. En esa época, esfumado por el exilio, el caudillo era sólo una imagen confundida con otras imágenes de juventud,

para sus votantes de 1950; sólo un mito movilizador, definitivamente fuera de alcance, para los adolescentes de las guerrillas peronistas.

La CGT se había partido en dos; «Las 62 Organizaciones», rama sindical del movimiento, estaban divididas y vueltas a dividir; las decisiones del General dependían de informes, proporcionados por hombres nuevos que llegaban a Madrid con datos contradictorios, y partían hacia Buenos Aires con casetes y mensajes autógrafos cuyo uso real le era imposible controlar.

Y sin embargo no estaba —y nunca llegaría a estarlo— erosionado por el exilio y la distancia, esas enfermedades mortales de los grandes caudillos políticos. La reforma social peronista de la Argentina oligárquica y vacuna, aunque de parciales y diferentes calados, había sido demasiado honda para que se borrara su autor. Pero al mismo tiempo el propio Perón, con su vitalidad humana y política, era el mejor guardián de su mito.

En su casa de la Puerta de Hierro, esos quince años habían sido de una infatigable acción política. Obsesivamente apremiado por el tiempo útil que reconocía su longevidad, no era sólo «el conductor», como gustaba llamarse desechando la denominación de «político». Permanentemente al día, consumidor de toda la literatura política europea, observador minucioso de cada movimiento político latinoamericano, había aprovechado el exilio para una transformación que enriqueció su prestigio en vez de desgastarlo; había pasado de caudillo a ideólogo. Y al tiempo que continuaba siendo «el Pocho» para los veteranos «cabecitas negras» de bombo y alambre de enfardar que lo esperaban en sus guaridas de las «villas miseria», escribía «La Comunidad Organizada», o alternaba en los cónclaves sociológicos de París con los grandes exiliados del antimperialismo y la descolonización.

En ese año, al prologar un resumen de la entrevista que aquí se publica íntegra por primera vez, escribí en el semanario *Marcha*:

No es, está claro, el líder que se pondrá al frente de la Revolución argentina. Quizás él mismo sepa que no puede serlo; en las entrelíneas de la conversación que sigue aparece ese melancólico convencimiento, aunque posiblemente nunca lo dirá a nadie. Perón, por ser Perón —un fenómeno específico del proceso nacional— arrastra consigo todas las ambigüedades y las estrategias del político de transición que fue. No creo que quiera renunciar a ello; su irrefrenable vocación política hace, inclusive, que se embriague con ese juego fascinante de la conducción táctica que pretende mover a los hombres y a las masas como piezas en un tablero. A veces contradictorio, pasando bruscamente de la extroversión (y hasta las queridas palabrotas porteñas) a la reticencia criolla, una charla con Juan Domingo Perón no es la lección intangible del dirigente revolucionario, sino más bien la clave para entender el fenómeno dispar pero decisivo del peronismo popular argentino. Lo que será ese movimiento es una respuesta que reside sólo en las barricadas de Córdoba y en los comandos armados de Buenos Aires, pero lo que fue y lo que es ahora, puede entenderse únicamente después de haber hablado con Perón.

Hoy Perón está muerto, pero creo que nada hubo que quitar de esas líneas en los tres años siguientes, ni durante los trece meses de su apoteosis final: retorno, asunción del poder, encausamiento y recreación de un país, que sólo pueden remitirse a los casos de Bonaparte y de Bolívar, y que superan a uno en la muerte asumida desde la plenitud del triunfo, y a otro en el inmenso duelo popular que ha reconocido en Perón, a la vez, al liberador y al organizador, cualesquiera sean los juicios que merecerá su calibre en ambos aspectos.

El tiempo, seguramente, reacondicionará con mayor racionalidad que los arrebatos del dolor popular o el funcionamiento de los dispositivos cortesanos, el verdadero papel de Juan Domingo Perón en lo que él denominó «la segunda independencia argentina»; o sea, la liberación socioeconómica del esquema imperialista continental, todavía no cumplida.

La acción del caudillo, sobre todo en su tercer período presidencial, fue una apuesta contra el futuro, que no procedía tanto del movilizador de masas grato a la iconografía de 1950, como del veterano estadista que entendía la inevitable globalidad de toda estrategia de liberación y desarrollo. Por eso y con certero lenguaje, un analista argentino dijo hace poco que, a imagen del «gaullismo», el peronismo era, más que una ideología, una política exterior.

Pero en ese balance y rescate final del Perón histórico, cuando todo haya sido sopesado, desechado o recogido, creo que se descubrirá algo que los enemigos del viejo caudillo niegan siempre con obstinación: la secreta coherencia de su pensamiento esencial.

He vuelto a oír esta conversación de 1970 a la luz de lo ocurrido (o diseñado a grandes líneas) entre mayo de 1973 y el lluvioso 1° de julio en que los argentinos se quedaron sin Perón, y he encontrado allí —rudimentarios, disfrazados por el coloquialismo o los esquemas fáciles, pero indudables— los adelantos de lo que pasó (y de lo que pasará) en la Argentina post-Lanusse y en el continente latinoamericano. (No, posiblemente, las soluciones.)

En febrero de 1970, quizás por última vez, en el lenguaje de Perón resonaban los ecos del enardecimiento antimperialista, del odio creativo a los explotadores de pueblos, y vale la pena escuchar esos acentos, luego sofocados bajo las razones políticas y las maniobras del equilibrio en suspensión que ahora creyó imprescindibles para el experimento social.

Contra el procedimiento acostumbrado de corregir la versión escrita de una entrevista grabada, para restablecer reglas sintácticas y «mejorar» la imagen del reportado, he preferido, en este caso, transcribir íntegramente —sin pausas, sin cortes, sin reacomodación de trozos por afinidad de temas— el largo, pausado y heterogéneo diálogo de esa noche de 1970.

Perón empezó a hablar donde empieza este libro, y terminó de hacerlo donde termina; sólo he interrumpido su discurso para titular los capítulos.

Se advertirá así, de paso, cómo la legendaria simpatía del personaje va seduciendo al entrevistador; no en el sentido de que renuncie al cuestionamiento, sino en el resultado —más impertinente— de introducir en la charla sus propias opiniones. Ese pecado perio-

dístico sin duda debe imputarse a Perón, que podía hacer olvidar a su interlocutor la diferencia de niveles.

La transcripción literal, las repeticiones, la típica forma del criollismo que es la elipsis, plagan los párrafos del general en esta versión, inédita hasta ahora. Pero la decisión de mantenerlas busca transmitir la voz humana, no sólo las ideas que ella iba comunicando.

Pienso que si el lector —aunque nunca haya oído hablar a Juan Domingo Perón— llega a apresar ese sonido, ahora callado para siempre, ello importará más que algunos pasajes menores, o algunas sorpresas (como el capítulo sobre el Che), donde Perón proporciona otras pruebas de su ancha dimensión humana: que podía equivocarse, divagar, estar mal informado y reinventar hechos, como cualquier argentino de la calle.

Buenos Aires, julio de 1974

1. «ÉSA REVOLUCIÓN MUNDIAL, QUE VA HACIA FORMAS SOCIALISTAS...»

Gutiérrez.— General: como hablábamos hace un rato, en una especie de conversación introductoria, lo que interesaría en principio (pero está sujeto, naturalmente, a su disposición y a sus necesidades de expresarse) es referirse un poco, en general, a ciertas líneas que en la revolución de liberación de América Latina son comunes a estos países.

En la Argentina hay un proceso iniciado en 1943, que está ahora llegando a un término de verdadero radicalismo, y se han producido otros fenómenos iguales en países contiguos.

Yo vengo de Buenos Aires y parecería (según la opinión de la izquierda peronista y de la gente que es la vanguardia del Movimiento, y lo reconoce a usted como líder y como ideólogo) que en la Argentina ha llegado el momento de producir, por medio de la acción popular, de las bases, un cambio estructural, un cambio verdadero. Es decir, continuar lo que se interrumpió en 1955.

Me gustaría preguntarle en principio, dada la cierta heterogeneidad de grupos peronistas (sobre todo en el aspecto sindical) que hay en Buenos Aires, ¿cuál sería para usted el programa de una fuerza revolucionaria peronista —programa práctico, a aplicar en este momento— que podría producir realmente los primeros cambios revolucionarios en la Argentina, destinados a un proceso que llevara a la toma del poder?

Perón.— Bueno... Para poder, más o menos, enfocar el problema argentino, creo que es necesario extenderse un poquito más a la contemplación del actual problema mundial.

Es decir: en el mundo, actualmente, se está luchando por una Revolución. En mayo de 1968 en Francia, para mí comenzó la Segunda Revolución Mundial. La primera fue la de 1789.

Indudablemente que esa Revolución está tratando una serie de inquietudes que trae la evolución, desde la Segunda Guerra Mundial. Las guerras, normalmente paralizan la evolución por el tiempo que duran. Pero, como pasa con los diques, el agua sube y sube, y después —terminada la guerra— saca usted la pantalla del dique y el torrente es el que invade. Por eso esta evolución es tremendamente acelerada y marcha con el ritmo de la época; es decir, andamos en *jet*, ya no andamos en carreta.

En consecuencia, esa Revolución mundial que va hacia formas socialistas es, en gran parte, influenciada desde la Primera Guerra Mundial, y se viene manifestando a través de un sinnúmero de evoluciones parciales que, sumadas, van dando este panorama actual del mundo.

Yo veo aquí en Europa, por ejemplo: desde el 68, en que se produce el levantamiento en Francia —es decir, las famosas barricadas— las monarquías socialistas nórdicas adquieren un gran prestigio en Europa. Todo el mundo ya habla de las maravillas de Suecia, Noruega, Dinamarca; son monarquías con gobiernos socialistas. Lo mismo pasa con los Países Bajos, también monarquía con gobierno socialista.

Wilson, en Inglaterra, en el 68, está por caer, está débil; ese movimiento lo fortaleció y está otra vez fuerte. Porque los ingleses, en ese sentido, han sido siempre muy sabios. Después de la Primera Guerra, cuando las papas quemaban, pusieron a Ramsay McDonald, un laborista; cuando terminó la Segunda Guerra, en las mismas condiciones, pusieron a Bevan.² Y ahora que las papas quemar tremendamente, porque la situación económica de Inglaterra ha sido muy mala, ellos también ponen un gobierno laborista. Si Inglaterra estuviera bien los *tories* estarían en el gobierno, no estarían los laboristas (que, en el fondo, son un gobierno socialista).

Bueno, mire para Italia: en Italia están haciendo la revolución a la italiana: con gritos, con huelgas, como hacen los italianos esas cosas. ¿En Alemania? En Alemania lo mismo. Son racionalistas, se han unido, se han juntado y han puesto un gobierno socialista, sin decir más. Es decir, de lo que se está viendo acá...

Ahora, ¿qué se está viendo, de esto que se produce acá, en nuestro continente? Una cosa muy simple: lo curioso es que el pueblo argentino, un año después de las barricadas en las grandes ciudades francesas, produce las barricadas en las grandes ciudades argentinas. Probablemente nosotros tenemos mucho de culpa en eso, porque hemos preparado al pueblo para eso. Es, quizás, el pueblo más preparado en Sudamérica para la revolución.

En otras partes, como en Brasil, se está en plena guerra revolucionaria; al estilo brasileño, que la hacen a su manera, con sus... Aprovechando las condiciones originales que allí están imperando. Pero en el mundo entero este problema va. Tome el África; empe-

2. Conservo el lapsus de Perón, que se refiere evidentemente al gobierno del primer ministro Clement Attlee, de quien Ernest Bevan era ministro de Relaciones Exteriores.

zando por el Oriente Medio, son todos gobiernos socialistas: el Asia, o la China —que es un marxismo *sui generis*, un marxismo nacional—. La India va abiertamente hacia el socialismo; también un socialismo nacional.

Entonces, yo miro al mundo y digo: ¿dónde no imperan estas cosas? Y solamente en los grandes centros imperialistas: capitalista, o marxista como Rusia.³

¿Qué ha pasado con esos señores? Es que los imperialismos están pensando en ellos; no están pensando en los pueblos o en el mundo, como es lógico. No es un secreto para nadie que, después de la Segunda Guerra Mundial, tanto el imperialismo soviético como el imperialismo yanqui se pusieron totalmente de acuerdo. De eso yo no tengo ninguna duda. La prueba está que se reúnen en Yalta, conversan, en Potsdam hacen los tratados, dividen al mundo en dos partes y se lanzan al colonialismo (al neocolonialismo) a través, diremos, de sus conquistas de distinto tipo.

Los rusos, a la usanza rusa, ocupan militarmente los países satélites —que es como se llama actualmente al neocolonialismo— y los yanquis, a la usanza anglosajona, los penetran y los dominan económicamente.

¿Que ellos están enfrentados? Tal vez ideológicamente, pero políticamente, están totalmente de acuerdo. Los yanquis invaden Santo Domingo con veinte mil marines con el *ok* ruso. Las fuerzas de Varsovia invaden Checoslovaquia con el *ok* yanqui. Sí; esos señores están enfrentados en el mundo, tal vez, en algunas cuestiones internacionales. Pero no; para mí, ellos están de acuerdo.

Conozco, porque yo trabajo en algún instituto tecnológico del Tercer Mundo. Y eso me ha dado posibilidades de saber qué piensan, y cuál es el consejo de los institutos tecnológicos de los yanquis y de los institutos tecnológicos de los rusos.

Los institutos tecnológicos, como es natural, trabajan sobre cuestiones simples, concretas y objetivas. Dicen los institutos tecnológicos yanquis (han llegado a este acuerdo): en el mundo actual, con tres mil quinientos millones de habitantes, la mitad está hambrienta. ¿Qué sucederá, se preguntan ellos, en el año 2000, cuando la Tierra tenga siete mil millones de habitantes? Ese es el pensamiento, porque ellos ya están pensando en el año 2000, como es lógico.

El instituto tecnológico no puede pensar en lo que pasó, ni en lo que está pasando, sino en...

Gutiérrez.— Proyecta para el futuro.

Perón.— Exacto. Entonces naturalmente ellos llegan a una reflexión muy lógica — muy simplista, pero muy lógica— que dice: cuando en la Tierra ha habido superpoblación (porque ya se ha producido en la Tierra, en algunas regiones, superpoblación, que no depende del número de habitantes sino de la relación que existe entre el número de habitantes y la disponibilidad de medios de subsistencia; eso da «el impacto demográfico», como se llama ahora a la superpoblación)... cuando eso se ha producido, los remedios han sido

3. Perón llama Rusia, casi invariablemente, a la Unión Soviética.

siempre dos: uno, la supresión biológica, de lo que se encarga la guerra, el hambre y sus consecuencias. El otro remedio es el ordenamiento geopolítico, para una mayor producción y una mejor distribución de los medios de subsistencia.

En un mundo futuro, dice el instituto, donde el problema va a ser de superpoblación y de superindustrialización, la crisis se estará radicando sobre la comida y las materias primas. Entonces el año 2000 lo que necesita es acopio de comida y de materias primas, para que el imperialismo pueda ser el salvador y mantenerse, porque ellos se dan cuenta de que el imperialismo es como el hombre, representa una parábola en su desarrollo: el hombre nace, crece, domina, envejece y muere por determinismo biológico. Y el imperialismo, por determinismo histórico, sigue lo mismo: crece, domina, después decae, envejece y muere.

Así vemos, desde los fenicios hasta nuestros días, cómo han ido desapareciendo, y ya hubo algunos que ni recuerdos quedan de ellos.

Bien. Los imperialismos piensan en eso y su solución está, en ese momento crítico para la humanidad, en poder ser los salvadores, que es lo único que los puede conservar, que los puede mantener.

Todos los imperialismos han tenido la ciencia, la técnica, la riqueza y el poder. Pero ni aun eso los ha salvado, y ellos lo saben. ¿Por qué? Porque a los imperialismos nadie los tumba por fuera; se pudren por dentro. Y ellos ya se dan cuenta de que ese fenómeno lo tienen metido adentro. Entonces, lógicamente, los centros tecnológicos están aconsejando eso.

Llega McNamara a Buenos Aires,⁴ y dice: «La Argentina no debe ser sino un país de pastores y agricultores». Es decir, él corta allí el proceso natural del desarrollo y la evolución de los pueblos, que van de pastores a agricultores, y de agricultores a industriales. ¡Ah, nosotros no! Nosotros tenemos que conformarnos con seguir siendo países de pastores y agricultores. Y después dice: «¡Hay que tomar la píldora!».

Claro; ellos están defendiendo la comida y la materia prima para el futuro. La comida mediante la detención de la población; y la materia prima, por el acopio de todos los bienes, diremos, que en materias primas existen todavía en un continente virgen como es el nuestro.

Entonces, lógicamente, cuando uno ve que estos centros tecnológicos aconsejan (porque el gobierno de los Estados Unidos y Nixon ya han dicho, varias veces, las propias palabras que yo he leído en los informes de los institutos tecnológicos)... Entonces, naturalmente, ese impulso es el que nosotros debemos contemplar.

4. El ex-Secretario de Estado Robert McNamara —designado, luego de su renuncia, presidente del Banco Mundial— había estado en Buenos Aires en setiembre de 1968. Allí anunció que el BM sólo daría créditos a países que aplicaran sistemas de control de la natalidad. Poco después explicó que no se había referido a la Argentina.

Por eso existen ya también institutos del Tercer Mundo, que están estudiando la forma en que no va a entregarse a los imperialismos; integrando un Tercer Mundo que se defienda contra ese ataque; es decir, contra la ocupación.

Y esto no es una cosa nueva; esto es una cosa que parte de Potsdam. Allí ellos acordaron perfectamente bien actuar mancomunados en las Naciones Unidas; que las colonias, que estaban en manos de los países europeos, se liberaran para ir y ocuparlas ellos.

Todos los países satélites de Rusia están en esas condiciones, muchos de ellos; pero mucho más, están los del imperialismo yanqui.

¿Por qué se lucha en el Congo? Por la materia prima. Se lucha en Biafra ahora, ¿eh? (que eso es la infamia más tremenda que se pueda haber cometido, lo de Nigeria), también por el petróleo y la materia prima que tienen estos señores allí. Aparte de lo que, en sí, les resulta como reserva para el futuro un país africano todavía infraplado.

Se pelea en Oriente Medio por dos razones: porque el Nilo puede ser el resurgimiento del mundo antiguo, con sus grandes reservas de todo orden.

Gutiérrez.— La represa.

Perón.— Exacto. Porque, además de eso, el Oriente Medio es el puente que une a Asia y África. Todo este conflicto está radicado alrededor de eso; por razones económicas en lo que a reservas se refiere (imáginese el petróleo que existe en toda esa zona) y, además de eso, por razones estratégicas; porque en unas operaciones futuras el Medio Oriente será indispensable, como ya lo fue en la Segunda Guerra Mundial.

Todo ese proceso es el que va rodeando, diremos así, esta situación del mundo, con todas sus acciones. Cuando uno conoce esto, y penetra esto, ya no hay problema en ninguna parte del mundo que pueda escapar a la observación más o menos eficaz de uno, que conoce.

Conociendo los antecedentes, va a las causas y a las consecuencias. Por eso, la penetración intensa (que nunca había sido tan intensa como ahora, después de la Segunda Guerra Mundial) de nuestro Continente, de todos los países de nuestro Continente; por las buenas o por las malas.

Cuando no se entregan y no se los puede penetrar, les dan un golpe de Estado y ponen un gobierno que les sea obediente a ellos.

La gran virtud que yo veo a la Revolución cubana y a la acción de Fidel es precisamente eso: que les ha puesto allí un dique que no han podido pasar. ¿Que eso ha sido a costa de asociarse con...? No importa; con el diablo, con tal de que no caigan en esto. Porque el diablo, ¿sabe?, es un poco etéreo; en cambio, éstos son reales.

2. «YO HUBIERA SIDO EL PRIMER FIDEL CASTRO...»

Gutiérrez.— Eso me lleva a interrumpirlo unos segundos, para hacerle una pregunta aclaratoria. Es muy interesante la referencia a Cuba, porque usted hablaba recién de una especie de reparto del mundo entre las dos grandes superpotencias...

Perón.— Es claro.

Gutiérrez.— Y sin embargo, Fidel se ha apoyado en una de las grandes superpotencias para combatir a la otra...

Perón.— Sí.

Gutiérrez.— ...para ponerle un dique. ¿Usted cree que, en otros movimientos de liberación latinoamericanos, respaldarse en una potencia que tiene intereses contrarios a la explotadora es un recurso lícito, en otros casos?

Perón.— Completamente. Y si en 1955 los rusos hubieran estado en condiciones de apoyarnos a nosotros, quizás yo hubiera sido el primer Fidel Castro del Continente.

Porque es lógico: ahí siempre (Cuba), tiene el seguro de su posición geográfica contra cualquiera de los dos imperialismos. Porque el imperialismo ruso puede ser eficaz allí donde puede dominar directamente, como es en sus países satélites, pero no tiene la misma eficacia para actuar allá. En cambio, es una forma de obtener un reaseguro, porque el día que Estados Unidos no tuviera temor de hacer una cuestión en Cuba, le pone una pata encima el día siguiente.

Gutiérrez.— ¿Y usted, en la Argentina de 1955, donde estaba produciendo un proceso de reforma de estructuras, de cambio estructural...

Perón.— ¡Seguro!

Gutiérrez.— ...tenía posibilidades políticas de haberse apoyado en el Tercer Mundo, o en el bloque socialista, para salir adelante?

Perón.— Bueno; en esa época no estaba ninguno en condiciones. Ni el Tercer Mundo (porque en ese momento el Tercer Mundo no existía)... El Tercer Mundo... Hace veinticinco años nosotros lanzamos desde la Argentina la Tercera Posición. Claro que cayó, aparentemente, en el vacío. Es decir, no estaba el horno para bollos, como decimos nosotros. En consecuencia... es claro que no pudimos hacer nada.

Porque a nosotros no nos volteó el pueblo argentino. A nosotros nos voltearon los yanquis. Y quién sabe, que si nosotros hubiéramos tomado otras medidas, no hubiésemos tenido otra invasión como la de Santo Domingo... No hubiera sido nada extraño que hubiese pasado una cosa así.

Gutiérrez.— ¿Cree, entonces, que el principal enemigo del régimen en 1955 fueron los yanquis, y no el imperialismo inglés?

Perón.— Los dos, los dos.

Gutiérrez.— ¿Aliados?

Perón.— Los dos, aliados. Si, éstos trabajan siempre juntos. Los dos; eran las mismas fuerzas que actuaban contra nosotros. Nosotros le habíamos retirado a la Marina la muni-

ción, y se la dieron los ingleses con fuerzas de las Malvinas. Pero todo eso fue orquestado por los Estados Unidos. Yo no tengo la menor duda; es una cosa que, por otra parte, la conoce todo el mundo.

Gutiérrez.— Sí, ya es historia.

Perón.— Además de eso, hemos visto después a todos los gobiernos militares que han surgido en el continente, cuyo origen está (yo lo explico muy bien en ese librito),⁵ cuyo origen está en la reunión de Panamá. Allí se reunieron los presidentes para esto; para llevar gobiernos militares allí donde ellos no podían dominar de otra manera.

Gutiérrez.— Para poner en la guillotina la cabeza de los presidentes civiles.

Perón.— Y la de los gobiernos que, en cierta medida, obedecían a sus pueblos. Eso no puede ser, porque ningún pueblo puede entregarse.

Si hay algo en que el pueblo está claro, es en que no puede entregarse al imperialismo. ¿Por qué? Porque ellos lo viven sufriendo desde hace un siglo y medio por el estómago, o por el bolsillo, que también es una víscera suficientemente sensible.

De manera que una liberación del país como la que ha hecho Fidel, bueno, ésa es la solución. Y como pienso que la están por hacer Perú y Bolivia; no sé en qué condiciones, pero están también intentándolo.

Nosotros, durante diez años fuimos libres y fuimos soberanos. Nadie metió las narices allí sin que llevara su merecido. Pero, claro, la sinarquía internacional compuesta por el imperialismo yanqui, el imperialismo soviético, la masonería..., el sionismo, la Iglesia Católica (que está aliada con esas fuerzas cuando la pagan), todo eso gravitó sobre nosotros y, claro, nos aplastaron. Estábamos rodeados de países que no seguían nuestro movimiento, que no comprendían. Que hoy lo están comprendiendo, recién; pero ha pasado un cuarto de siglo para que lo comprendieran.

Gutiérrez.— Usted, su movimiento, hasta el 55 hicieron la experiencia de controlar o aliarse con todas las fuerzas del sistema capitalista, que siguen vigentes ahora en la Argentina.

Es decir, las tradiciones: el Ejército, la Iglesia, las fuerzas económicas de la libre empresa... Todas funcionaron en cierto modo dentro del régimen justicialista, de alguna manera coadyuvante, en la medida en que usted podía controlar el proceso.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Hasta que llegó el momento en que se desbordó, y esas fuerzas son las que producen ahora la anti-Argentina.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— El peronismo ha hecho, inclusive, la experiencia de entrar en el sistema por la vía electoral, y evidentemente ha fracasado o lo han expulsado del sistema. No le han reconocido personería para las elecciones, le han desconocido triunfos, y todo lo demás.

5. *La fuerza es el derecho de las bestias*

De ahora en adelante, General, ¿usted cree que el peronismo como movimiento revolucionario —que lo es en estos momentos en la Argentina— puede contentarse con un programa (vamos a decir) «nacional–democrático», en el sentido de volver a un régimen de elecciones libres porque tiene masa; y en el caso de tomar el poder, volver a funcionar dentro de cierto sistema de libre empresa, o de neocapitalismo en conexión mundial? ¿O cree que un régimen, en este momento en la Argentina, tendría que tomar las decisiones radicales que tomaron por ejemplo Cuba, u otros países en América Latina?

Perón.— Bueno...

Gutiérrez.— Ahí le concreto la pregunta inicial que era sobre el programa de cambios que usted cree necesario.

Perón.— Bueno; lo que ocurrió en nuestro país es diferente a todo. Claro, porque en esto cada país tiene sus condiciones originales que, en cierta medida, el que maneja o conduce una revolución tiene que contemplar.

Las revoluciones son de dos tipos: cruentas e incruentas. Las incruentas son por evolución, y las cruentas son por revolución, por imposición directa.

Nosotros, que en 1943 hicimos un movimiento revolucionario y pusimos un gobierno transitorio, para darnos tiempo suficiente para preparar la Revolución... La Revolución no se puede hacer entre gallos y medianoche; la Revolución necesita su preparación.

Durante seis u ocho meses yo, personalmente, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión creada por mí, hice la preparación humana. Es decir, que la Revolución la hacen los hombres para los hombres; luego, el elemento fundamental es el humano.

Así preparé yo la Revolución desde el punto de vista humano. Se continuó durante dos años y medio, pero ya por otras personas que yo había dejado allí.

Una Revolución la hace un realizador y cien mil predicadores. Yo creé los cien mil predicadores, los repartí por el país, y después lo demás fue un ejercicio continuado de esa predicación permanente.

Los puntos básicos que tomamos eran los más —diremos—, los más «groseros», los más elementales, como la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. Esas fueron nuestras tres banderas.

Tres banderas que aún hoy sostenemos, y que representan el trípode de toda solución para la República Argentina, en el presente y en el futuro. Los que no han cumplido esas tres condiciones han fracasado, pobres, y seguirán fracasando.

Ahora: fijamos nosotros eso desde un punto de vista humano, y preparamos la Revolución, pero, simultáneamente, funcionó un Consejo Nacional de Posguerra que se encargó de la preparación técnica de la Revolución.

Allí se estudió desde —diremos— formar un plan de concepción, para dar una ideología revolucionaria a nuestro movimiento... Esa ideología revolucionaria se fijó en un librito que yo publiqué después, que se llama *La Comunidad Organizada*. Allí están veinte grandes principios ideológicos, que nosotros hemos fijado dentro de las condiciones más aceptables para el pueblo argentino.

Sobre eso hicimos toda la planificación revolucionaria. Es decir, hicimos un plan: tomamos estadísticas, e inmediatamente aislamos los grandes objetivos lejanos en el orden político, en el orden social y en el orden económico. Una vez que se armó todo eso, hicimos un plan.

Cuando tuvimos el plan, pensamos que la obra de arte no es concebir un plan, sino realizarlo. Y entonces formamos tantos equipos como eran los objetivos del plan. Equipos de ejecución, con hombres jóvenes, honestos e idealistas.

Y tuvimos ya listo todo. Cuando estuvo ya listo, yo les dije a los muchachos que habían hecho la Revolución: «Hay que llamar a elecciones». Se llamó a elecciones, ganamos, llegamos al gobierno. ¿Para realizar qué? Ese programa que nosotros habíamos estudiado, diremos, en el Consejo Nacional de Posguerra que fue el instituto técnico de la Revolución. Allí junté a los mejores hombres que encontré en el país, los más capacitados y los más idóneos en cada una de las cosas.

Cuando llegué al gobierno, trasladé eso al gobierno: puse de ministros a los jefes de equipo, y se incorporaron a los ministerios cada uno de ellos con su equipo de ejecución. Y se puso en marcha la Revolución.

Hecho así, nosotros no podíamos dejar de contemplar... Íbamos haciendo las cosas por evolución, lentamente. ¿Por qué? Porque un gobierno dictatorial, como el existente hoy, no puede consolidar ninguna reforma. Porque es como ese que escribe en el aire, y se va borrando a medida que escribe.

Para consolidar una reforma es necesario hacerlo dentro de una Constitución, modificando toda la legislación preexistente, y todo eso realizado por la vía institucional. Si no, hay que echarlo abajo todo.

3. «LA REVOLUCIÓN TENDRÁ QUE SER VIOLENTA»

Gutiérrez.— Aparentemente todas las revoluciones —y usted lo sabe mejor que nadie— las que han triunfado, destruyeron el aparato anterior totalmente; todas las instituciones, inclusive. Y el cambio no ha sido institucional, sino revolucionario.

Perón.— Lógico.

Gutiérrez.— En aquel momento, en la Argentina —con un enorme aparato imperialista alrededor—, posiblemente el camino era ese. Pero me refiero a la Argentina de 1970, donde todos esos organismos han demostrado su inanidad; que no sirven para el cambio y han sido usados, además, por el imperialismo y por la burguesía. ¿Usted cree que ese

programa evolutivo sigue teniendo vigencia, o que el peronismo tiene que entrar a la destrucción de esas estructuras?

Perón.— Bueno; cuando nosotros llegamos al gobierno, llegamos por la vía normal e institucional, y teníamos que proceder dentro de ese orden establecido. Cuando se llega por un golpe de Estado, es otra cosa. Los golpes de Estado, en su violencia, y en —diremos— el estado cruento en que se realizan, están en razón directa al período de gestación: más largo es el período de gestación, más violenta es después la Revolución para cambiar el estado de cosas.

Si nosotros llegáramos al gobierno por un golpe de Estado, entonces no quedaría más remedio que echar abajo todo y volver a construir.

Gutiérrez.— Usted daba hace un rato una imagen de las guerras, que era muy ilustrativa, muy eficaz: la guerra es un dique que contiene la marea popular; cuando se rompe el dique, la marea arrasa con todo. En la Argentina, por ejemplo, la dictadura ¿no es un dique similar al de una guerra?

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— ¿No se está preparando una inundación de ese tipo?

Perón.— Exacto. Pero el agua está creciendo. Y los pueblos, por ser una fuerza de la naturaleza igual que el agua, siguen la misma táctica: el agua siempre pasa. Ella toma la línea de máxima pendiente, cae a ésa. Si usted la para con un dique, ella crece para pasar por arriba; si no pasa por arriba trata de rodear, y si no, de infiltrarse; y si nada de eso puede, golpea, golpea, golpea, y al final rompe el dique y pasa.

Los pueblos proceden de la misma manera. Se ha tratado de pasar por arriba, de rodear, y no se ha podido. Y se ha empezado a golpear, ahora. Ahora se está golpeando; el día que rompa el dique... Y bueno, el día que rompa el dique, se lanza el torrente y lo destruye todo, porque esa es la fuerza normal.

Gutiérrez.— ¿Se podría decir que usted, en este momento, en cuanto a concepción de los cambios (que evidentemente era evolutiva en 1950), ha llegado a la conclusión, con su experiencia actual, de que la única forma de llegar a la Revolución argentina es con el cambio violento?

Perón.— No hay más remedio. ¿Por qué? Porque la violencia es la que está entronizada, y la violencia sólo puede destruirse por otra violencia mayor. Y entonces, una vez que se ha empezado en este terreno, ya no se puede dar un paso atrás. La Revolución tendrá que ser violenta.

Gutiérrez.— Su política, a la distancia (por su permanencia acá en Europa), para el observador extranjero —vamos a decir: la gente despojada de pasiones de sector— ha dado la impresión, sobre todo en el aspecto ejecutivo, de un intento de mantener una unidad del Movimiento peronista a través de diversas categorías y niveles: sindical, político, y todo lo demás. Con lo cual, ciertas aparentes transigencias de la dirección del Movimiento con aspectos que quizás fueran contrarrevolucionarios, estaban explicadas o disculpadas por eso.

Pero en el momento en que esos elementos reformistas o pasivos han demostrado su complicidad con el gobierno (vale decir, con el imperialismo) o su incapacidad revolucionaria, usted, como jefe del Movimiento ¿piensa que únicamente del lado de la violencia (vamos a decir) positiva, creadora, está la salida? ¿O que se tiene que mantener equilibrio entre sectores tan contradictorios?

Perón.— Claro, para esto hay que darse cuenta de lo siguiente: todo este proceso requiere una conducción. Ahora: la conducción política impone la necesidad de un dispositivo. Un dispositivo que tiene que ser articulado; que no puede ser rígido, porque si no, usted no puede maniobrar en el campo político.

Como estamos enfrentando una tarea política (además de una tarea revolucionaria, estamos enfrentando una tarea política), hasta que el hecho revolucionario llegue a producirse es necesario conducir de la mejor manera a las fuerzas; bien articuladas, es decir, con un dispositivo.

Ese dispositivo impone tener un sector que sea capaz de dialogar; otro, que sea ofensivo, que se lance al ataque en la dirección que sea; otro sector, que es el activista —diremos así—, formado por grupos de activistas que tiene misiones determinadas... Por eso nuestro Movimiento actúa con articulación. Articulación que está en los dos sentidos: una rama política, una rama sindical, una rama de la juventud, y las formaciones especiales que son los grupos de activistas.

Ese es, diremos, el dispositivo orgánico. Ahora el dispositivo de lucha es utilizar a todos estos elementos —diremos— de la orgánica funcional del Movimiento; utilizarlos para dar una articulación al dispositivo que permita atacar en el momento en que sea necesario atacar y mantenerse en el momento en que sea necesario mantenerse.

De manera que todas esas fuerzas que juegan dentro del peronismo, son fuerzas que han sido articuladas para la conducción.

Los militares articulan su dispositivo, ¿cómo?: una división con cuatro regimientos, cada uno de cuatro batallones... Bueno, eso se puede hacer en la milicia, pero acá no se puede hacer. Acá es necesario utilizar a los hombres que van saliendo aptos para cada una de esas funciones, y eso es lo que articula el movimiento. Aquí no se puede crear a dedo; es necesario que se vaya creando... Porque los conductores para esta lucha, en fin, no se hacen: esos nacen ya. Y hay que usarlos de acuerdo a eso. De manera que, a medida que ellos han ido apareciendo, yo los he ido utilizando.

Pero en este momento el Movimiento Peronista está en ese amplio dispositivo, y articulado para poder luchar. Cuando el gobierno amenaza, por ejemplo al sector sindical, nosotros aparecemos con Las 62 Organizaciones. ¿Él quiere hacer una CGT «auténtica» sometida al gobierno? Nosotros decimos: «No, señor. No hay». Tenemos la fuerza suficiente como para que no se haga eso, y eso no se va a hacer.

Gutiérrez.— Es muy interesante su precisión, porque en este momento la gente —afuera— está un poco desorientada ante el proceso argentino; la gente no argentina, naturalmente.

¿Quiere decir, entonces, que usted explica el hecho de esa aparente heterogeneidad, diciendo que toda la gente titulada peronista en la Argentina...

Perón.— ¡Es peronista!

Gutiérrez.— ...aún la participacionista, ...

Perón.— ¡Sí, sí, sí!

Gutiérrez.— ... está dentro de un dispositivo previsto?

Perón.— Natural que está toda dentro de un dispositivo previsto. El asesinato de Vandor, por ejemplo: Vandor era un hombre que trabajó siempre dirigido. Llegó un momento en que él se desprestigiaba y caía en el concepto de la masa, porque estaba en una tarea que allí no se ve con buenos ojos.

Gutiérrez.— ¿Eso era deliberado?

Perón.— Era deliberado. Él se reunió conmigo y le dije: «Bueno hijo, deje eso, porque si no, usted se va a la ruina como dirigente». Y él largó. Cuando él largó, las otras fuerzas con las que él estaba conectado, ¡páfate!, lo mataron.⁶

Es decir, son cosas de la lucha, son cosas de... Pero todo ese proceso es un proceso que funciona de acuerdo a directivas. A directivas de la conducción táctica. Porque aquí hay una conducción táctica.

Gutiérrez.— Parecería, General (y perdone la insistencia, pero este es el gran fenómeno todavía no explicado de la Revolución peronista en el momento actual), parecería que un dispositivo táctico —en la forma que usted lo plantea— tendría que tener cierta contradicción aparente, pero en cierta manera también una especie de orientación común...

Perón.— Una congruencia general.

Gutiérrez.— Una congruencia.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Y sin embargo, en ese sentido, lo que se observa (y yo vengo de allá), es una absoluta animadversión por ejemplo de los sectores de acción directa de provincia con respecto, pongamos, a Las 62 Organizaciones; con denuncias que llegan a la acusación de traición y a la destrucción física.

Perón.— Bueno, porque eso también existe. Porque eso también existe y existe en todos los dispositivos. Siempre hay hombres que defecionan.

Gutiérrez.— ¿Y eso no es contradictorio, o perjudicial, para los objetivos del Movimiento?

Perón.— Bueno, no. Porque cuando uno ve que eso se está por producir, toma las medidas para evitarlo, para neutralizarlo, que es lo que hacemos nosotros.

6. Augusto Timoteo Vandor, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, había sido muerto a tiros por un comando, en su despacho de ese sindicato, el 30 de junio de 1969. Las palabras de Perón aluden con ambigüedad a los responsables, pero se supo hace unos meses que Vandor fue ejecutado por un grupo peronista de izquierda según reveló en abril de 1974 la revista *El Descamisado*.

En este momento hay cinco colaboracionistas. Esos cinco colaboracionistas se han puesto a las órdenes del gobierno para constituir una comisión (eso en el orden gremial, que para nosotros no es todo, porque nosotros tenemos también la rama política que lucha por su lado) para hacer una CGT obediente. Muy bien; nosotros vemos: esos cinco han defecionado, indudablemente. Por error, o no sé por qué, pero han defecionado. Y eso pasa en todas las acciones políticas.

Gutiérrez.— ¿Y han sido denunciados?

Perón.— Es claro. Inmediatamente, inmediatamente. No los denunció yo ni los denuncia el Comando Táctico; los denuncia la organización, que son Las 62 Organizaciones. Ella no sólo los denuncia, sino que los separa fuera de Las 62. Los separa de Las 62, ¿por qué? Porque han defecionado.

Gutiérrez.— Pero si bien en el proceso anterior, hasta llegar a cierta especie de puesta a punto del dispositivo revolucionario en un movimiento como el suyo, se podía admitir y explicar una serie de procedimientos que no son revolucionarios desde el punto de vista ortodoxo sino reformista, en este momento, la actitud de conversar con el gobierno, de asistir a las audiencias con Onganía, de hacer gestiones con los militares y los ministros, frente a la posición absolutamente contraria de las bases provinciales, como Córdoba y Santa Fe, ¿no lleva ya a una contradicción demasiado grande para que se trate de un dispositivo coordinado? Es decir, ¿usted no piensa que hay una contradicción insanable en esas dos posiciones?

Perón.— No, mire: lo que está ocurriendo es una cosa bien simple. Como le digo, estos que han actuado en esas condiciones están en contra nuestro. De ellos, hay cinco que eran peronistas; han sido expulsados. Los demás no son peronistas.

Gutiérrez.— Me refiero a otra posición: a quienes, aunque no se pliegan a la posición del gobierno, actualmente conversan con el gobierno, crean un clima de conversación...

Perón.— Bueno, pero esos no representan nada en el Movimiento peronista. La rama sindical del Movimiento está representada por Las 62 Organizaciones. Y Las 62 Organizaciones han tomado medidas con los hombres de su organización que han procedido mal.⁷ Los otros no son peronistas. Los otros son de sindicatos independientes, o no alineados; gente que hace cualquier cosa. Pero esa es una minoría.

7. Cinco meses después, en julio de 1970, el aceitado mecanismo sindical descrito aquí por Perón ofrecía una imagen distinta, que el diario bonaerense *La Razón* (al que hay que descontar, por supuesto, su parte de mala fe antiperonista) establecía así: «Se cree que el congreso cegetista desbarató un plan de Perón para conseguir mayoría a su favor. El nuevo secretario José Rucci pertenece al sector ortodoxo liderado por el metalúrgico Lorenzo Miguel. A esa línea «dura» pertenecen, incluido Rucci, cuatro dirigentes entre los 21 que integran la dirección de la Central obrera». «La fachada es peronista ortodoxa, pero en caso de una votación las cosas serían distintas. Para esa eventualidad, los duros tendrían como aliados a cuatro «dialoguistas» (*N. del A.*: en diálogo con Onganía), pero eso no les daría mayoría. Quedan cuatro participacionistas (están en el oficialismo), cuatro no alineados y cinco independientes, que derrumbarían cualquier táctica elaborada desde Madrid». Los «generadores de anticuerpos», como llamaba Perón a sus disidentes (cf. apartado 4) se habían consolidado. (*La Razón*, 6 julio 1970.)

4. EL ARTE DE LA CONDUCCIÓN

Gutiérrez.— Pasaría a la segunda pregunta, porque quizás explique más lo que quiero desentrañar en la posición peronista.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Hasta ahora, el Movimiento peronista sindical ha empleado ciertos métodos que pertenecen al sistema total de la sociedad argentina. Sistema que llamaríamos, si fuéramos marxistas, burgués, sistema capitalista. Es decir: la discusión por los sindicatos, el economismo por medio de leyes de mejor remuneración o ventajas laborales (como, por ejemplo, ese porcentaje agregado al aumento de los salarios para fondos sindicales); es decir, conquistas conseguidas por medio del sistema y no contra el sistema; concesiones del sistema.

La otra gente —la gente que está en la extrema izquierda, la gente que hace acción directa, la gente de Córdoba— piensa que no tiene que haber ningún tipo de contacto con el sistema, en ese aspecto...

Perón.— Eso es lo que pensamos nosotros también.

Gutiérrez.— Naturalmente. Eso puede estar en el fondo de su pensamiento desde siempre, porque usted conoce la Revolución. Pero la pregunta es ésta, ¿usted cree que ha llegado el momento en que se puede seguir empleando ese tipo de métodos (vamos a decir: «dentro del sistema») o que hay que romper ya, totalmente, con el sistema, y entrar sólo al otro tipo de enfrentamiento?

Perón.— En las últimas directivas... Yo he mandado una grabación allá, a Buenos Aires, a Las 62 Organizaciones, donde establezco perfectamente bien que este gobierno, esta dictadura, no es revolucionaria sino contrarrevolucionaria. Y les digo por qué es contrarrevolucionaria.

Es decir, ellos han modificado los salarios y congelado los salarios, han suprimido los convenios colectivos de trabajo, han destruido todo el sistema previsional, están empeñados en destruir la ley de asociaciones profesionales, para volver el sindicalismo al año 1945, cuando un sindicato era una «asociación ilícita», de acuerdo a los fallos de la Suprema Corte.

Ese era el empeño de éstos. Entonces yo les digo: «¿Vamos a dialogar con esta gente?» ¿Cómo vamos a dialogar con los contrarrevolucionarios? Es decir, aflojarles a ellos. No, nosotros tenemos que ir al enfrentamiento total con esta gente, hasta destruirlos. Porque si no, el triunfo de ellos es que la clase trabajadora vuelva al año 1945.

Esa es la última grabación que he mandado.

Gutiérrez.— ¿Para usted ha llegado el momento, entonces, de romper con ese tipo de concesiones al sistema?

Perón.— Es que nosotros siempre hemos estado en esa posición.

Gutiérrez.— Tácticamente podían haberlo aceptado...

Perón.— Tácticamente hemos variado las formas de ejecución, pero el principio ha sido siempre inamovible. Nosotros, desde que llegaron éstos, nos dimos cuenta de que eran una continuación de los gobiernos gorilas.

Gutiérrez.— Y además de tenerlo como principio inmanente del Movimiento, además, tácticamente..., ¿usted cree llegado el momento...?

Perón.— Natural. Ya está lanzado el momento. Y ya van a un plan de lucha Las 62, y los sectores nuestros... Y todo el interior está preparado. El interior tampoco trabaja aisladamente, porque Las 62 Organizaciones tienen 42 delegaciones interiores, que son las que coordinan en las provincias. Las provincias (tanto Córdoba, como Tucumán, como Rosario, en fin, los grandes centros) trabajan totalmente de acuerdo con Las 62; no están en contra de Las 62.

Gutiérrez.— Refiriéndonos al actual gobierno, ¿usted cree, General, en algunas fuerzas rescatables (inclusive dentro de las Fuerzas Armadas), que en un momento de cambio o de situación revolucionaria, pudieran ser utilizadas en forma asociada con las bases populares? ¿O el gobierno actual —quiere decir, el sistema social actual argentino— no ofrece ninguna posibilidad de asociación con él?

Perón.— Bueno, en ese sentido, yo le voy a decir a usted... La conducción... Yo soy político aficionado, nada más; mi oficio es el de conductor. Eso lo he estudiado desde niño, a lo largo de toda mi vida.

La conducción es un arte: en consecuencia tiene su teoría y tiene su técnica, que forman la parte inerte del arte; la parte vital es el artista, el hombre. Como en la pintura, en la escultura, donde usted tiene... Si el tipo cumple bien la teoría de la pintura y emplea bien una técnica pictórica, hace un cuadro, y hace un cuadro bueno. Claro, si quiere un cuadro como la «Cena», de Leonardo, lo necesita a Leonardo. Porque con la parte inerte del arte no se hace el arte. El arte se hace más bien con la parte vital, que es el artista.

Yo me ciono exclusivamente a eso: dentro del Movimiento peronista, tengo una misión; esa es la misión que cumplo. Mi misión es la de conducir el conjunto, es la de conducirlos a todos. Porque en política, el que quiere conducir solamente a los buenos, se mune de un sectarismo que, al final, lo deja rodeado de muy pocos. Y en política, con muy pocos no se hace mucho.

Es decir, que en esto hay que conjugar perfectamente bien todos los principios del arte de la conducción política. Yo tengo que llevarlos a todos: buenos y malos. Porque si quiero llevar solamente a los buenos, llego con muy poquitos. Y con muy poquitos, en política no se hace mucho.

Entonces, es un arte difícil, ¿no? Es todo de ejecución, por otra parte. Además yo no puedo conducir, diremos, discrecionalmente; ni por pasión, ni por deseo, ni porque me guste. No, no; yo tengo que cumplir una misión; yo tengo mi misión y la cumplo fríamente, como debe cumplirse una misión.

Entonces, cuando llegan esos problemas, yo no me enojo. ¿Que un tipo defecciona y traiciona? Yo tampoco me enojo por eso. ¿Por qué? Porque los traidores también son úti-

les dentro de los movimientos del tipo que yo manejo: son como los microbios en la naturaleza.

Gutiérrez.— Como dice Mao: el «maestro negativo».

Perón.— Exacto. Además de ser el maestro negativo, son los que crean las autodefensas. Si el hombre no tuviera sus autodefensas, hace miles de años que habría desaparecido de la Tierra. No vive por los médicos ni por los antibióticos, no; vive por sus autodefensas. ¿Qué produce las autodefensas? El propio microbio, que entra al organismo, que genera sus anticuerpos; él mismo crea las autodefensas.

En las organizaciones institucionales, como en las fisiológicas, ocurre lo mismo. Si usted maneja todo y está allí, y todo eso, hace un movimiento sin autodefensas. Para defenderse, ¿me necesitan a mí? No, eso no debe ser. La autodefensa debe estar dentro del organismo, funcionando; él debe tener sus autodefensas.

Por eso cuando aparece un traidor, yo no lo echo ni nada. Les digo siempre: «¡Shh! ¡Cuidenlo! Este es útil: está generando anticuerpos». Por eso nuestra masa, nuestras bases, cuando aparece uno de éstos, reaccionan en seguida; se levanta la masa entera y termina con él.

Es que pretender una Confederación General del Trabajo con dirigentes comprados, eso solamente lo puede intentar uno que no sepa lo que es el sindicalismo. En el sindicalismo, vea, los hombres no actúan nunca solos; van siempre acompañados. Eso lo he aprendido yo de los trabajadores. El hombre es bueno, pero si se lo vigila suele ser mejor, ¿sabe?

Esas son las autodefensas que tiene creadas nuestra organización. Cuando un dirigente defeciona, bueno, se ha destruido; ese no dura mucho. Lo más que se puede hacer, si hay que destruir cuatro o cinco dirigentes —que no son siempre muy firmes, y que son inclinados...—, pues se los destruye. Con lo que se purifica a nuestras organizaciones.

Gutiérrez.— Naturalmente.

Perón.— Se purifica a nuestras organizaciones. Entonces, se deja actuar a esos. Pero mi función es llevarlos a todos... Para mí, esa es la misión fundamental.

Gutiérrez.— Entiendo perfectamente. La labor del conductor es la labor del pastor, en cierto modo; a la grey hay que llevarla, no puede haber excepciones. Pero me refiero —y creo que usted tiene que estar de acuerdo, evidentemente, porque sabe mucho más que yo de esto—:...

Perón.— ¡No, por favor!

Gutiérrez.— Una revolución necesita cierto programa, cierta ideología. O, vamos a decir, cierta metodología...

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— La metodología no puede ser heterogénea, sino que debe tener ciertas bases inmutables...

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Y si bien es cierto que se puede llegar al poder con toda la masa sin excluir a nadie —hasta con los traidores—, también es cierto que el peronismo daría la impresión (y vuelvo siempre a lo empírico)...

Perón.— ¿Sí?

Gutiérrez.— ...de que la ideología del peronismo surge de lo que uno interpreta de los diversos sectores, viéndolos en vivo, pero no del pensamiento del conductor, que no lo emite, todavía...

Perón.— Bueno, pero eso...

Gutiérrez.— ...y yo le pregunto si no ha llegado el momento de emitir una especie de «cartilla ideológica», donde se sepa exactamente qué ha elegido el conductor para la Revolución.

Perón.— ...pero es que para eso ya están dadas las bases. *La Comunidad Organizada*: ahí están las bases ideológicas. *La Doctrina Peronista*, donde están las formas de ejecución de esa ideología. Y además de eso, *La Conducción Política*, que es otro libro que yo he publicado, donde está cómo deben manejarse y trabajar los dirigentes dentro del arte de la conducción.

Gutiérrez.— Entonces, podemos remitirnos a esos textos para hablar de una ideología peronista.

Perón.— Naturalmente. De allí usted toma... En *La Comunidad Organizada* toma la ideología; en *La Doctrina Peronista* toma la forma de ejecución de esa ideología; y la forma de conducción de ambas cosas las toma en *La Conducción Política*. Son los tres libros fundamentales del peronismo.

De eso, no tengo yo nada que modificar. ¿Por qué? Porque la situación actual de la República Argentina va siendo cada vez más la misma que recibimos en 1945.

5. LA ARGENTINA OCUPADA

Perón.— Onganía ha dicho hace poco que si el peronismo se ganó al pueblo, por qué no lo puede ganar él. No lo puede ganar él, porque no ha resuelto el problema económico. Y no ha resuelto el problema económico ¿por qué? Porque no ha liberado el país. Mientras no libere al país, no resolverá el problema económico. ¿Por qué? Porque los yanquis le roban todo. Y si no resuelve el problema económico, ¿cómo va a resolver el problema social? Nadie puede dar lo que no tiene.

Todo eso nosotros lo resolvimos en el año 1946. El problema económico lo resolvimos; tan es así que en 1948 lanzamos 76.000 obras, que se realizaron sistemática y cronométricamente, diremos. La economía popular se vio, inmediatamente... Es decir, cuando se lanzó ese... Vino inmediat...

Teníamos casi un millón de desocupados, y en seis meses tuvimos plena ocupación. Cuando hubo plena ocupación, los salarios subieron porque hubo escasez de mano de obra. Que yo tuve que llevar un millón de italianos, después, para frenar un poco, porque si no los salarios se iban a las nubes.

Cuando subieron los salarios, la economía popular tomó un poder adquisitivo extraordinario; lo que llevó al aumento del consumo; el consumo tonificó el comercio; el comercio demandó a la industria y comenzó la industrialización. Y atrás de eso, la materia prima hubo que buscarla en la producción, y también aumentó. Todo el ciclo económico se tonificó, y pasamos de la economía de miseria que recibimos a una economía de abundancia, en la que vivimos los diez años de gobierno justicialista.

Esas soluciones sólo se pueden alcanzar con buena administración, con trabajo, y cumpliendo las cosas.

Bueno, la legislación peronista en el orden social fue extraordinaria. ¿Por qué se pudo hacer? Y... teníamos con qué; teníamos cómo hacerlo, y cómo darlo. Pero primero hay que hacerlo, para después repartirlo. Y nosotros lo hicimos.

Cuando yo caí en 1955, después de diez años de abundancia en el pueblo argentino —que a nadie le faltaban cien pesos en el bolsillo, y en esa época cien pesos valían mucho...—, cuando yo caí, ¿cuál era el estado financiero del país?

Yo lo había recibido en 1946 con 3.500 millones de dólares de déficit; es decir de deuda externa; con 1.200 millones de dólares de servicios financieros anuales, para pagar los servicios públicos, la deuda, el transporte de nuestra producción; sin un centavo de reservas financieras; y con balanzas de pago todas desfavorables a nosotros, porque como no se controlaba la importación entraba todo lo que se quería.

Muy bien; en 1955 cuando yo caí, había repatriado totalmente la deuda; es decir, no debíamos un solo centavo en el exterior. Los 1.200 millones de envíos financieros anuales que teníamos que pagar bajaban de 90, menos de 90 millones. La reserva financiera era de 1.500 millones de dólares, en oro y en divisas. Las balanzas de pagos, todas niveladas. ¿Por qué? Porque, como controlábamos la importación, a los artículos de lujo —que son los que gravan especialmente eso— los limitábamos.

Gutiérrez.— Y habían incrementado la colocación de exportaciones, además.

Perón.— Sí, sí. Y la producción la habíamos aumentado. Y estábamos exportando manufacturas a toda Sudamérica.

Bueno, muy bien; ¿qué pasó entonces? Llegaron estos señores, destruyeron todo lo que nosotros habíamos hecho; todo el sistema nuestro lo destruyeron. Cuando destruyeron eso, imagínese... Toda esa evasión contenida por nuestra ley bancaria... Cuando salió la ley bancaria ¡fffft!, se fue en seguida todo lo que había de plata; se la llevaron los yanquis.

Cuando suprimieron el IAPI,⁸ los exportadores, que robaban la mitad de la divisa al país, porque vendían allá a sus mismas compañías y simulaban precios para la mitad de lo que habían... y se robaban las divisas de la otra mitad...

Cuando se creó la ley de cambios ya no pudieron robar, pero después hacían contrabando de exportaciones. Entonces creamos el IAPI: comercializó el Estado, y ya no pudieron robar ahí. Muy bien: cuando vimos la situación... Fíjese usted cómo nos robarían, que de lo que teníamos que pagar en 1947 de servicios financieros pagamos la mitad de la deuda externa con un crédito que teníamos en dos países... Mandamos construir una marina mercante, para no pagar flete al exterior. Y en seguida compramos todos los servicios públicos que estaban en manos de empresas extranjeras, y eran los que producían los 1.200 millones de envíos financieros al año.

Cuando suprimimos todo eso, que era un colador al que tapamos los agujeros, se empezó a juntar plata. En 1947, al final, no sabíamos qué hacer con la plata; ya estábamos llenos de plata. Que fue cuando lanzamos las 76.000 obras públicas.

Es decir, el país, antes, estaba parado; estaba detenido el país. Pero había que romper la inercia. Para eso se necesitaba una masa de crédito fuerte; para mandar en masa y ¡brrruum! romper la inercia. En eso pasa como en la máquina de ferrocarril que para romper... Cuando está parada necesita 20 atmósferas para ponerse en marcha, pero después que va corriendo, con 5 atmósferas aumenta la velocidad. Nosotros juntamos eso, lanzamos en masa el crédito y dimos el gran impulso. Y ya no se paró más el país hasta 1955. Estos lo pararon.

Gutiérrez.— Y lo echaron, para atrás.

Perón.— Y claro, ahora cada vez va más para atrás. Aramburu solamente, en un país sin deuda externa, en dos años le hizo 2.000 millones de dólares de deuda externa. Y los servicios financieros, que los recibieron en 90, ya llegaron a 350 millones en los dos años de Aramburu. Frondizi aumentó la deuda externa en 2.000 millones más: a 4.000 millones. Illía, que no pagó afuera, aumentó otros 500 millones. Más el Club de París que dejó Frondizi, 5.000 millones en 1966.

Y éstos... ¡éstos entregaron el país en masa! Ya le pusieron bandera de remate a todo; ya la marina mercante casi no existe, en fin... Le pusieron bandera de remate al país, y lo remataron. Los yanquis estaban esperando.

¿Qué es el gobierno de Onganía? El gobierno de Onganía, dicen, es una Revolución. ¡Qué va a ser una Revolución! Él llegó allí como peludo de regalo.

A mí me costó tres años —día y noche— preparar, desde el punto de vista humano y desde el punto de vista técnico, la Revolución Justicialista. Sé que después que llegué al gobierno —con todos los planes que traía— todavía se me presentaban situaciones don-

8. IAPI: Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio. Organismo dirigido por Miguel Miranda, donde se manejaba el comercio exterior nacionalizado y la regulación del crédito bancario.

de tenía que hamacarme para resolverlas. ¿Este, que llega como peludo de regalo, allí va a hacer una revolución?... ¡Hágame el favor, cómo no va a fracasar este hombre!

En primer lugar, forma su Gabinete. ¿Quiénes forman su Gabinete? Unos señores que hacían ejercicios espirituales con él en una Manresa; los del Ateneo de la República, que son esos macaneadores, que los conozco, vienen macaneando desde hace treinta años en el país; un sector agroexportador, que está contra el país y a favor de los monopolios; y los gorilas, que están en contra de todo lo que sea hacer bien al país, como lo han demostrado. Esos cuatro grupos colocados detrás de él, en vez de gobernar se ponen a pelear entre ellos, a ver quién va a quedarse con el poder detrás del trono.

Pero pasan dos años, y el país se ha ido al bombo. Entonces Onganía, desesperado, dice: «Voy a cambiar el Gabinete». Y cambia el Gabinete. ¿Pero qué es lo que había ocurrido? ¿Y por qué estaban así? Porque mientras estos imbéciles se peleaban detrás de Onganía, el Fondo Monetario Internacional... Que se hicieron socios, estos cretinos... A mí, durante diez años me visitó el Presidente del Fondo Monetario Internacional. Cuando venía a verme... yo lo conversaba y hacía siempre así, como en el cuento del vasco... Porque dejar entrar al Fondo Monetario, es dejarse robar literalmente.

Bueno, estos imbéciles, lo primero que hicieron fue hacerse socios del Fondo Monetario. ¿El Fondo Monetario qué hizo?

Le había cerrado todos los créditos a Aramburu. Sus ministros salían de mendicantes por el mundo, a ver si obtenían dos o tres millones de dólares en un banco privado. Fíjese qué cosa espantosa. Echaron el prestigio del país por el suelo. (Claro, cuando echaron el prestigio por el suelo, menos créditos tenían.)

Entonces, el Fondo Monetario se presenta a Onganía, y le dice: «Señor, nosotros le vamos a dar la solución económica abriéndole los créditos» (que ellos mismos le habían cerrado, a propósito). Entonces él les dice: «Muy bien, encantado». «Claro, que nosotros necesitamos una garantía.» «¿Cuál es la garantía?» «El ministro de Economía; lo nominamos nosotros.» Entonces lo traen a Krieger Vassena, que es un empleado de las compañías de ellos; lo traen y lo ponen de ministro.

La primera medida que toma este señor para estabilizar el peso: lo baja de 120 que estaba, a 350 por dólar. ¿Cómo va a estabilizar la moneda tirándola al suelo del todo? Fíjese usted que esas cosas... No, lo hacen por mandato del Fondo Monetario. Ellos quieren comprar el país. ¡Entonces echan abajo la moneda y lo compran por chiroalitas!⁹

Gutiérrez.— La Banca privada, la tierra, todo...

Perón.— Todo, todo se están comprando. Se compraron 25 bancos en un mes. Más de 100 empresas industriales, de las grandes, ya han pasado a poder del capital norteamericano. Mientras en la Cordillera, en la zona cuprífera y de uranio, etcétera, se han comprado enormes extensiones. ¡Es claro, si las compran por moneditas!

9. La reforma cambiaría impuesta por Krieger Vassena en marzo de 1967, al devaluar en la forma indicada por Perón, fue calificada por el economista Julián Delgado (defensor de las inversiones extranjeras), como «subsidio para la compra de empresas locales ya instaladas y en funcionamiento».

Entonces ¿cómo quieren que el país no esté como está? Mientras no echen a los yanquis de allí, el país estará cada día peor porque cada día le sacarán más. ¿Qué cree usted, que la guerra de Vietnam la pagan los yanquis? La pagamos los boludos que estamos en eso, dejándonos robar.

Por eso le digo: de esto surge bien el programa. El programa, simplemente, es liberar el país como lo hice yo en 1946. Liberado el país, trincar todas las fuentes de evasión del dinero. Y después ponerse a trabajar. Y verá usted cómo el país, en dos o tres años, está en las nubes. ¡Si es un país riquísimo!

6. «BUNGE & BORN: LOS DEJÉ VENDIENDO SÁBANAS»

Gutiérrez.— Ahora eso está perfectamente claro. Y pasaría entonces a otra pregunta, ya que usted ha sido muy lógico en la exposición. De ese programa que usted aplicó en 1955 han pasado quince años, y el imperialismo ha aprendido una cantidad de cosas...

Perón.— Nosotros también.

Gutiérrez.— Claro, por supuesto. Pero existen cosas que antes no existían. O sea, que una revolución en el poder como la que usted inició en 1955 y retomaría ahora el peronismo, afrontaría nuevos riesgos. Usted ha descartado, o ha dudado un poco, del respaldo del bloque socialista en el momento actual, dado que hay una especie de... retranca...

Perón.— Es que hay entente.

Gutiérrez.— Muchos gobiernos lo ven así, en este sentido: lo ve Velasco Alvarado, lo ve Ovando con su equipo, en este momento, en el sentido de que el apoyo debe ser continental...

Perón.— Pero ellos deben recordar una cosa: en el tomar no hay engaño. Cuando ellos ofrecen, hay que tomar. ¿Por qué? Porque a lo más que se arriesgan es a una lucha entre los capitales soviéticos y los capitales americanos. Porque los soviéticos también están intentando el sistema anglosajón, ahora. Déjelos que entren; después los echa a los dos.

Gutiérrez.— ¿Usted es partidario, o no, de una política inmediata de nacionalizaciones, por ejemplo?

Perón.— Sí, sí. Si yo lo hice. Y sigo siendo cada día más partidario. ¿Por qué? Porque yo sé los resultados que me dio. A un país sumido en la miseria, yo lo levanté en dos años. ¿Cómo lo levanté? Nacionalizando.

Gutiérrez.— Pero en el caso actual... Siempre estamos en la hipótesis (que parece una perspectiva muy cierta, históricamente) de una Argentina con la masa peronista en el po-

der; esto parece ineluctable; demorará más o menos, pero vendrá... En esos momentos, una Argentina revolucionaria estaría sujeta al cerco imperialista...

Perón.— Sí.

Gutiérrez.— Estamos dentro de un Continente manejado como una colonia.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Y el gobierno estaría necesitado de crear ciertas bases de apoyo exteriores para su política, para fortalecerla. En ese momento, los planteos que se están haciendo en América Latina (por ahora rudimentarios) de irse de la OEA, de irse de la Junta Interamericana de Defensa, de escapar del dispositivo imperialista para hacer una política autónoma, ¿cómo los ve, General? Me gustaría que opinara un poco sobre todo eso.

Perón.— Yo le dije antes que la liberación tiene sus problemas. Liberarse en el orden interno —es decir, dentro de las fronteras del país— es posible y es fácil: lo he demostrado yo cuando estuve en el gobierno. Porque nuestro país fue, durante diez años, libre, soberano, y nadie metió sus narices allí. Lo que es difícil es con-so-li-dar esa liberación, porque la sinarquía se arma y se le echa encima. Como se nos echó a nosotros y como se le echó a Cuba.

A Cuba también se le echó encima esa sinarquía internacional. Diga que Fidel tuvo la suerte de que estaba Khrushchev, que agarró el asunto ese.

Gutiérrez.— ¿Usted considera que Cuba se mantuvo (y que el peronismo no se mantuvo en la Argentina) simplemente por el apoyo soviético, o cree ahora, también, que hubo una especie de razón en el hecho de que Cuba radicalizó mucho más la experiencia revolucionaria que el régimen peronista? Es decir: usted conservaba ciertos elementos del sistema, que Castro destruyó de entrada.

Perón.— Exacto. También, también tiene importancia eso, y gravita eso. Pero yo, lo que no destruí inmediatamente lo destruí de otra manera, después. Los grandes monopolios fueron destruidos en el país. Vea usted a Bunge & Born: los dejé fabricando sábanas. Es decir que hubo muchas maneras, que hay muchas maneras de hacer las cosas.

Gutiérrez.— ¿Y las Fuerzas Armadas, por ejemplo, General?

Perón.— Bueno. Las Fuerzas Armadas a mí no me defecionaron; me defecionó un pequeño sector. Porque si en ese entonces yo hubiera resuelto... no tenía problema. Claro, que había que fusilar una cantidad de gente; había que matar medio millón de argentinos, y destruir en gran parte muchas cosas en el país. A eso fue lo que yo no me quise poner. Pensé que los argentinos no iban a ser tan hijos de puta de hacer lo que han hecho; tan antipatriotas. Eso no lo podía pensar nadie. Yo creí que era un problema conmigo, y dije: «Bueno, yo me voy. Que sigan otros». Por otra parte, el pueblo estaba bien firme.

De manera que... En fin, quizás si hoy tuviera que... Lo pensaría de distinta manera.

Gutiérrez.— Esa era mi pregunta. ¿Habría cambiado?

Perón.— ¡Ah, ah! Si yo hubiera sabido lo que iba a pasar, si lo hubiera podido prever... Entonces sí, hubiera muerto el medio millón; o el millón, si era necesario. Que, ahora, quizás llegue la oportunidad de que eso se produzca. Sí, porque frente a la contumacia de esta gente va a venir un movimiento revolucionario, o una guerra civil. Y entonces va a morir

el millón, como murió acá, como ha muerto en México, como en todas partes donde se ha provocado la revolución violenta.

Gutiérrez.— ¿Y además de la guerra civil, General (que sería trágica), el hecho, como experiencia histórica (vuelvo otra vez al caso cubano) de destruir ciertas estructuras que son contrarrevolucionarias, y que si se mantienen dentro van creando la contrarrevolución..., usted también estaría de acuerdo en eso?

Perón.— Completamente.

Gutiérrez.— Digamos: ¿fuerzas armadas, sistema de libre empresa, partidos liberales?

Perón.— Exacto, exacto, exacto. Completamente de acuerdo. Hoy tengo la experiencia.

Gutiérrez.— Claro.

Perón.— Hoy ya no lo haría por opinión sino por experiencia, que es la parte más efectiva de la sabiduría.

Gutiérrez.— Volvamos entonces a lo que usted decía de la liberación.

Perón.— Exacto. Entonces, tengo la experiencia: yo liberé al país, dentro del país. Pero la sinarquía se me echó encima. ¿Qué fue lo que ocurrió? Que todo el resto de América estaba en manos cipayas, que acompañaron a la sinarquía internacional para aplastarnos.

Entonces, eso nos está indicando que es necesario hacer... No es que yo no lo haya pensado; en 1948 hice el Tratado de Complementación Económica que era la Comunidad Económica Latinoamericana en la que entraron la mayor parte de los países.

Porque en esta acción revolucionaria, nosotros estábamos de acuerdo con unos cuantos gobiernos; en el norte de la República y en el sur de la República. Que nos echaron a todos, después; pero todos pensábamos de la misma manera: buscar la integración continental. Que ahora está saliendo sola, he visto ahí en Valparaíso. Ya se han reunido y ya comienzan a plantear el asunto: no contesta un país si no contestan todos.

Es decir; yo quise hacer lo mismo que haría Europa en el Tratado de Roma diez años después, en 1958: crear una comunidad económica, con fines y orientación dirigidos hacia una confederación de naciones. Es decir, formar los Estados Unidos de Latinoamérica.

Gutiérrez.— Le añadiría: hay gente dentro de su línea que dice inclusive esto (y aquí su opinión sería muy importante, General): que regímenes como los nacionalistas militares surgidos últimamente (por ejemplo, el de Velasco Alvarado) estimulan la creación de una burguesía nacional. Y en ese sentido son antimperialistas, porque en la contradicción burguesía nacional-imperialismo, toman partido por la burguesía nacional y echan al imperialismo. Pero eso significa simplemente —dicen los marxistas que están en esta posición— que la plusvalía, en lugar de ser recogida por el imperialismo, es recogida por la burguesía...

Perón.— Por la burguesía, sí.

Gutiérrez.— ...pero el pueblo sigue igual, si no se rompen ciertas estructuras y se va más allá. La gente que se mueve ahora protestando —como dice usted— en las reuniones internacionales de tipo económico, son gente que representa a las burguesías nacionales ansiosas de autonomía, pero quizás no lo que usted representa con su Movimiento, que es la aspiración popular de tomar el poder y de mejorar.

O sea, ¿usted cree que además habría que ir —en el caso de la toma del poder— a la destrucción de ese tipo de estructuras burguesas; digamos, de la libre empresa, para emplear el término corriente? ¿Ir más allá de lo que se fue entre 1950 y 1955?

Perón.— Nosotros lo estábamos haciendo, pero lo estábamos haciendo a través de un sistema. Que ya había empresas... Las cervecerías del país estaban todas en manos de una cooperativa del sindicato de cervecedores. Yo pensaba hacer lo mismo con los ferrocarriles, en cuanto suprimiera los déficit; entregarlos al sindicato de los ferrocarriles. Y había fábricas, como... De la Lanera del Sur... la... no me acuerdo cómo se llama, que ya estaban sobre ese sistema.

La concepción es esta: un promotor de empresa emplea cien millones para promover una empresa. Hasta que él ha retirado esos cien millones, más su interés, esa empresa debe ser exclusivamente de él. Pero cuando ha retirado su capital, más un interés razonable, esa empresa ya no es de él; es de todos los que la trabajan. Esa es la concepción capitalista (*sic*)¹⁰ de la empresa. Por ese sistema, usted va llevando todo hacia cooperativas; cooperativas donde trabajan patronos, obreros y todos, pero que trabajan en la producción.

Ahora, si eso no se hace en todas las empresas, el Estado, al final tendrá que hacerse cargo de aquellas en donde no se ha realizado.

Todo hay que irlo haciendo despacio, porque la economía es una cosa muy fuerte pero muy frágil; es muy sensible. Hay que tener cuidado de no destruirla, de no destruir lo que después no se puede reemplazar.

Gutiérrez.— Usted, por ejemplo ¿no tocó, hasta 1955, el sistema privado de tenencia de la tierra por esa razón?

Perón.— Es claro, es claro. La repartición de la tierra se hizo en nuestro momento. Porque nosotros hicimos la reforma agraria. La reforma agraria nuestra entregó, en el primer plan quinquenal, medio millón de hectáreas. Y debía entregar, en el segundo, un millón de hectáreas. Lo que sí, que hay que hacerlo racionalmente.

Todas las reformas, diremos, de la tierra, reformas agrarias, han costado mucha sangre. Porque la gente que tiene la tierra no la entrega sin pelear. El primero que la entregó fue Licurgo, y le costó un ojo. Cuando hacía la propaganda le encajaron un bastonazo y le saltaron un ojo. De manera que ya ve; al primero le costó un ojo. Los koljosos fueron fijados a ametralladora, ya ve.

Yo no quería eso. Yo decía: «Vamos a dar gran poder adquisitivo al hombre de la tierra». Así, llevamos del trigo del año 1945, de 6 pesos el quintal, lo llevamos en el año 1948 a 60 pesos el quintal. Hubo chacareros que compraron el campo con una sola cosecha.

Pusimos después una ley de arrendamientos y aparcerías (que convenía más ser inquilino que propietario), para obligar a que vendieran los terratenientes, que querían la tierra como bien de venta y no de trabajo.

10. Conservo la palabra empleada por Perón, pero es evidente que quiso decir «cooperativista», y no «capitalista».

Bueno, mediante eso se fue forzando todo y se hizo una Reforma Agraria. Pero se hizo dando poder adquisitivo a la gente que no tenía tierra, que la trabajaba y que quería comprarla. Y así lo hicimos: entregando la tierra pública, que era el latifundio más grave que había en el país.

Gutiérrez.— ¿Y usted cree que en esta época, con los nuevos cambios sociales y la nueva mentalidad que hay en la Argentina, mantener el sistema de propiedad privada —es decir, de reparto por propiedad— sería una cuestión razonable, o quedaría atrás de ciertas exigencias del país?

Perón.— Hay que crear los bienes en función social. Si se cumple esa finalidad, no interesan después la propiedad de la tierra ni la propiedad de los bienes.

Hay que poner el capital al servicio de la economía, y la economía al servicio del bienestar social. Si eso se cumple, no interesa la propiedad privada. El Estado es el que debe encargarse de hacerlo cumplir. Durante los diez años que yo estuve en el gobierno, se cumplió eso.

Antes se tiraba la producción de naranjas para no bajar el precio, ¿eh? Se destruía la papa, para que no bajara de precio. Y yo tomé todos los mercados de concentración, y vendimos nosotros la papa a mitad de precio.

Es decir, que el Estado debe intervenir. Ir cambiando hasta... Esa es, diremos, la etapa de transición de la economía, hasta llegar a una economía equilibrada. Economía que no debe ser dirigida. Lo que el Estado debe controlar es el ciclo económico: la producción, la transformación, la distribución y el consumo. Cuando esos cuatro factores están equilibrados, la economía va subiendo imperceptiblemente.

Gutiérrez.— ¿Y ese gran factor de distorsión que todos señalan, todos los teóricos y todos los expertos: la producción no planificada? ¿El plan que una economía de propiedad agraria individual lesiona?

Perón.— Bueno, eso lo hemos planificado nosotros en el gobierno anterior y resultó perfectamente. Se puede, dentro de un sistema sin forceps, planificar perfectamente la economía.

Gutiérrez.— La experiencia boliviana o la cubana (que tuvo que modificar, inclusive, su planteo inicial de propiedad privada en parcelas, y llegar a una especie de concentración en manos del Estado para poder realmente planificar la producción)...

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— ...¿a usted no le llaman la atención? ¿No cree que son hechos a tener en cuenta?

Perón.— No. Nosotros planificamos igual, sin hacer eso. Todo es cuestión de la forma en que se produce.

La República Argentina estaba produciendo normalmente unos ocho millones o diez millones de toneladas de trigo. Cuando nosotros llegamos al gobierno aumentamos esa producción, hasta que se produjo una crisis en el mercado triguero del mundo, porque se habían quedado los americanos sin reservas durante la guerra y hubo una sequía.

Entonces nosotros, que teníamos en silos subterráneos guardadas dos o tres cosechas, impusimos el precio. Lo llevamos, en el mercado del mundo, a 60 pesos el quintal.

Gutiérrez.— Y pudieron, además, regalar trigo a todo el mundo.

Perón.— Es claro, es claro, si nos sobraba. Cuando volvió atrás el trigo, es decir, cuando los costos de producción llegaron a un nivel que estaba casi a la par de los precios de cotización, nosotros tuvimos que reducir trigo.

No es negocio vender trigo en un mercado mundial donde se regala; los yanquis regalaban el trigo, cuando volvieron a hacer sus reservas.

Gutiérrez.— ¿Y ustedes tenían los medios de graduar la producción?

Perón.— Sí, es claro. Porque todo eso se hace a través de los créditos del Banco de la Nación. Nosotros reducíamos los créditos y la producción. Es decir, fijábamos la política desde el Banco, porque todos los chacareros siembran con créditos del Banco de la Nación. Por ahí nosotros regulábamos, a través del Banco.

Gutiérrez.— Se mencionan dos sistemas, que usted conoce perfectamente: el indirecto, de modificar la producción por medio del crédito, restringiéndolo o aumentándolo, dirigiéndolo al sector; y el otro, directo, de la planificación socialista centralizada.

Perón.— Bueno: nosotros, en algunas cosas hacíamos la planificación directamente. Cuando yo llegué al gobierno, por ejemplo, éramos los mayores productores de lino del mundo. Se vendía el lino a 13 pesos el quintal. Los chacareros que hacían las cosechas de lino, bueno... A trece pesos el quintal, era ruinoso para ellos; apenas ganaban unas chiro-litas por quintal.

Entonces nosotros, ¿qué hicimos? Les dijimos: «Muy bien, planten ustedes, planten. Nosotros, el Estado, les compra a ustedes». Porque está el IAPI, que ese es el que fija toda la producción agraria. La fija el IAPI, ¿eh?

Gutiérrez.— Usted había nacionalizado el comercio exterior.

Perón.— Natural. Entonces, nosotros le decíamos al chacarero: «Plante. A fin de año nosotros le pagamos 60 por el trigo, 30 por el maíz y 25 por el lino». Él plantaba sin responsabilidad, porque al llegar a fin de año se lo entregaba al gobierno, y el gobierno le liquidaba por los precios que había establecido.

Ahora: nos dimos cuenta después de que estábamos tirando la semilla de lino a la calle. Entonces yo dije a todos los productores: «Los juntamos en una cooperativa. Ustedes hacen la cooperativa, nosotros les entregamos la maquinaria, y ya no van a vender lino ustedes; van a vender aceite de lino».

El quintal que vendían a 13, una vez que fue convertido en aceite y tortas de *speller*, sabía más o menos a 200 pesos el quintal de lino. Todo para ellos.

Pero cuando nos dimos cuenta de que todavía era poco, llevamos las fábricas de pigmentos; entonces vendían pintura, y daba 400 pesos por quintal.

Bueno, ésa es una planificación hecha exclusivamente por el Estado. E iba directamente a los productores. Es decir...

Gutiérrez.— Entendido, sí. Hay una posibilidad.

Perón.— Hay una cantidad de sistemas. Cada cosa de esas debe tener un sistema.

En el trigo, no; en el trigo pagábamos directamente el precio establecido, y nosotros lo colocábamos. Tuvimos que reducir la producción. ¿Por qué? Si en el mundo se estaba regalando el trigo, cómo va a ser negocio vender trigo en un mundo que regala trigo. Los yanquis vendían el trigo para jodernos a nosotros, especialmente. Lo vendían a menor precio, o igual. Bueno, entonces se dio la orden: menos trigo. En vez de eso, se plantaba maíz, se plantaba oleaginosos, se plantaba otras cosas, cebada. Y vendíamos otras cosas.

Gutiérrez.— Resumiendo: ¿usted cree que en un futuro esa misma política podría aplicarse con alguna posibilidad de éxito?

Perón.— Sí. Ahora lo que hay que hacer es suprimir a los intermediarios. Porque ese es el que se alza con el santo y la limosna.

Gutiérrez.— Cosa que ustedes eliminaron con el IAPI.

Perón.— Natural. Porque mientras funcione Bunge & Born le pagarán precios de hambre, le robarán la divisa al país y... bueno, ahí perderán todos. El único que ganará será Bunge & Born.

7. «PREVIAMENTE, LA INTEGRACIÓN CONTINENTAL»

Gutiérrez.— Le haría la última pregunta, General.

Perón.— Sí, cómo no.

Gutiérrez.— Un poco como resumen de esta exposición (realmente, un programa) que usted ha hecho.

Perón.— Eso está todo ahí, en ese librito.

Gutiérrez.— Claro. Pero esto que viene quizás no esté, porque es nuevo.

Perón.— Sí.

Gutiérrez.— Hablábamos de los nuevos gobiernos. Hablábamos de que hay un «neomilitarismo» —se dice por ahí, se ha acuñado el término— que está haciendo una especie de antimperialismo. Por ejemplo, en una entrevista que tuve con Ovando en diciembre, Ovando habla de irse de la OEA, irse de la Junta Interamericana...

Perón.— ¡Gran idea!

Gutiérrez.— ...irse de los organismos del imperialismo.

Perón.— ¡Gran idea! Lo va a ver ahí, eso.

Gutiérrez.— ¿Usted piensa que ello es factible (además de que, como principio, sea necesario), que es factible en el estado actual de las cosas? ¿Que cada país lo haga por separado? ¿O tiene que haber una especie de...

Perón.— De entendimiento.

Gutiérrez.— ...de entendimiento continental, para ese tipo de medidas?

Perón.— Natural.

Gutiérrez.— ¿Tomar ciertos aspectos comunes de esa ideología, para ponerse de acuerdo en lo que llaman los bolivianos «confederación ideológica», o llaman los peruanos «defensa de la soberanía continental?» ¿Cómo lo ve, General?

Perón.— Vea; usted va a poder encontrar eso muy bien explicado, allí.

Gutiérrez.— Perdón. Como teoría, sí. Pero usted ha visto que hay condiciones actuales, factores, el gobierno Nixon, una serie de cosas...

Perón.— Sí, sí, sí.

Gutiérrez.— ...que crean una amenaza de cerco. Nuevas formas de colonizar.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Sobre esos principios, ¿cómo ve la situación actual?

Perón.— Tanto las Naciones Unidas, como la Organización de Estados Americanos, son dos trampas armadas por los imperialismos contra nosotros. Porque tanto la Organización de los Estados Americanos como todas las colaterales de bancos, etc., todas están dirigidas al dominio.

Sería anacrónico que nos liberáramos en nuestros países, y mantuviéramos ese cordón umbilical a través del cual nos están intoxicando.

Los países liberados lo primero que tienen que hacer es romper esas organizaciones. Sin abrirse de esas organizaciones. Para lo cual será necesario, previamente, la integración continental para que nadie defeccione. O hacer una Organización de los Estados Latinoamericanos. Eso sí puede valer, porque nos defenderemos todos contra los peligros de afuera.

Gutiérrez.— Como objetivo a largo plazo, está en todos los programas. Pero en medidas concretas, habiendo tal diferencia de gobiernos y de regímenes, tal balcanización producida por el imperialismo...

Perón.— Natural.

Gutiérrez.— Si hay dos o tres gobiernos ya liberados, o en vías de liberación... Vamos a suponer, por ejemplo, a Perú, Bolivia y Cuba, tres países que están en el frente antimperialista...

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Si la Argentina llegara a colocarse en esa situación, ¿usted cree factible una especie de anfictionía de esos cuatro países, o de tres de esos países?

Perón.— ¡Sí, señor! Sería bastante para destruir la Organización de Estados Americanos, con que esos cuatro países dijeran: «Nosotros no formamos parte del sistema interamericano».

Gutiérrez.— Una revolución peronista en el poder en la Argentina, de futuro bastante previsible...

Perón.— Lo mismo que la Organización Internacional del Trabajo, otra quinta rueda y otro organismo del dominio.

Gutiérrez.— O sea, en otras palabras: sus principios son salir de esa especie de dogal, de todo ese dispositivo imperialista...

Perón.— ¡Natural, natural!

Gutiérrez.— En cuanto al hecho que sería un poco el denominador común, casi un pretexto político para la unión: por un lado, factor común o denominador común, el antimperialismo y romper el cerco contra los países liberados; por otro lado, Cuba como posible motivo... Es decir solidaridad con Cuba, reingresarla al continente latinoamericano...

Perón.— ¡Todo, todo! ¡A Cuba hay que arreglarle el asunto! ¡Es un país que se ha liberado!

Gutiérrez.— ¿Cómo lo ve, eso?

Perón.— Es un país que se ha liberado. Cuba tendría que ingresar inmediatamente en el orden de los países liberados. No en el orden de los países que se opusieron a la liberación, naturalmente.

Gutiérrez.— ¿Una medida efectiva sería, por ejemplo —como dicen los bolivianos— restablecer cierto tipo de relaciones económicas con Cuba? ¿Usted lo ve posible, lo ve necesario?

Perón.— ¡Pero toda clase de relaciones con Cuba! ¡Lo creo indispensable! ¿Por qué vamos a seguir manteniendo como a un país sarnoso a uno que ha obtenido la liberación? ¡Nosotros, somos sarnosos nosotros, entonces, no ellos!

Yo creo que con Cuba, la primera medida que debe tomar un país que sea libre es establecer inmediatamente todas las relaciones económicas y las que sean. Es como veo yo el problema.

Porque en esto no se puede andar con medias tintas y con cabildeos. ¡No, no, no! Esto es blanco o es negro; no puede ser gris, esto. ¡No, no, no! ¡Es blanco, o es negro! Si estamos por la liberación, ¿cómo vamos a seguir manteniendo aislado a un país que se ha liberado? Porque, indudablemente, Cuba se ha liberado.

Gutiérrez.— Como última precisión, general: en este febrero de 1970 estamos viendo una cantidad de procesos en América Latina: el hecho peruano, el hecho boliviano, el hecho argentino (fundamentalmente), ¿le dan la sensación de que estamos en un período de recuperación de lo perdido en años anteriores? Hubo un reflujo de la liberación hace dos o tres años. ¿Hay ahora un flujo, nuevamente? ¿Tenemos perspectivas para ser optimistas?

Perón.— No tanto, no tanto. Porque si bien hay tres países que están en tren de liberación, todos los demás han sido profundamente penetrados y dominados por el imperialismo. Verbigracia: la Argentina.

8. «YA NO ME PARA NADIE, CUANDO YO ME QUIERA IR»

Gutiérrez.— Usted ve desde Madrid, todo el asunto en base a una gran experiencia política de los últimos veinticinco años donde usted ha sido protagonista, y en base a la elaboración teórica que ha hecho de todo el problema. Pero además de ser el conductor, como usted decía al principio, es al mismo tiempo un militante; usted no ha dejado de militar...

Perón.— ¡Natural!

Gutiérrez.— ...desde su posición. Y hay una forma de militar, que es la de estar en el sitio de la lucha. Todo el mundo se pregunta si Perón volverá a la Argentina, o si intentará volver otra vez. La impresión mayoritaria, también, es que Perón ha estudiado las posibilidades de volver o no, pero tácticamente. Sin dudar, por supuesto, de su propósito de volver cuando llegue el momento táctico...

Perón.— No, yo estoy decidido a llegar en el momento que pueda.

Gutiérrez.— ¿Cuándo cree usted que llegará el momento táctico de su regreso? ¿O ha llegado ya?

Perón.— Bueno. Este es un asunto que yo tengo que explicarlo, y me agrada que me lo haya preguntado.

En 1964 me llegaron noticias de que era muy probable que se produjera un movimiento militar en la Argentina. Yo pensaba que en esas circunstancias —como generalmente en todas y conociendo ya, más o menos, la médula de los gobiernos militares— era lo peor que le podía pasar al país. Era lo peor que le podía pasar al país, porque no se iba a llegar a ninguna de las soluciones que buscaban a través de eso. Porque estas cosas no se pueden improvisar; estas cosas se realizan o no se realizan, pero improvisadamente, es difícil que nada de esto se pueda realizar.

Entonces, por interpósita persona, yo hice llegar el conocimiento que tenía, de una preparación del movimiento militar, pensando que se podía arreglar este asunto.

Y yo estaba decidido a trasladarme a la Argentina. Yo allá tengo un movimiento con el que podía apoyar al gobierno. ¿Por qué? Porque era un gobierno pseudoconstitucional, pero ese era mejor que una dictadura.

Gutiérrez.— ¿Y pudo comunicarlo al gobierno?

Perón.— Exacto. Lo lancé; no sé cómo habrá llegado al gobierno, pero debe haber llegado por las consecuencias. Muy bien; yo hice los empeños para hacerlo llegar con el doctor Remorino,¹¹ que era un hombre muy vinculado y muy capaz.

Bueno; cuando yo mandé decir eso, en 1964, a los pocos días salió una declaración del presidente de la República el doctor Illía, quien dijo que los exiliados que estaban fuera del país podían regresar, con la garantía de las leyes y del gobierno de la Nación. Yo dije: «Esta es la contestación».

A renglón seguido, pocos días después el ministro de Relaciones Exteriores, el doctor Zavala Ortiz, dijo lo mismo: «No hay exiliados». Que el gobierno era un gobierno

11. Jerónimo Remorino, que fue canciller bajo la presidencia de Perón.

constitucional y no tenía exiliados políticos; que los que estaban afuera podían volver en cualquier momento. Pero una semana después más claramente ya, el ministro del Interior doctor Palmero, dijo las mismas palabras y agregó: «Si el General Perón está en España, es porque quiere estar en España». «¿Ah, sí?», dije yo. Saqué el boleto por la línea aérea, y me largué para allá. Y me pararon en Brasil y me volvieron a España.

Gutiérrez.— En Carrasco —permítame que le diga porque yo estaba allí en ese momento—, lo esperaba un comando antiperonista venido especialmente —había aterrizado sin permiso en Carrasco—, para un atentado.

Perón.— Pero nosotros teníamos un comando peronista, que no lo iba a dejar actuar. Y después, yo estaba más o menos conectado con algunos amigos uruguayos, también, que iban a hacer lo posible para que eso no sucediera. Muy bien. Aunque sí; si va uno para allá, va con riesgo; el riesgo es consustancial con esta clase de aventuras.

Pero llegué a Brasil, y de Brasil me volvieron. Indudablemente que yo dije en Brasil: «Bueno, pero si nosotros habíamos hecho consultar este asunto». Pero allí había llegado una orden que... Y caemos en lo de siempre: caemos en el dominio foráneo de los países que son los que mandan. Entonces, ellos me volvieron atrás.

Si no, yo hubiera llegado. Y hubiera llegado no para hacerle una revolución a Illía, sino para apoyar al gobierno constitucional contra cualquier aventura militar o de cualquier otro orden.

¿Por qué? Porque yo creo así. Yo creo que con eso se podía ir ya a una sistematización, y llegar a una solución incruenta del problema argentino.

Claro que después ya se perdieron todas las esperanzas. Yo estoy listo. El día en que esto sea una cosa posible, yo me voy. Yo ya sé cómo voy a llegar, sin que me interfieran más. Ya no me para nadie, cuando yo me quiera ir.

Gutiérrez.— Se supone que no comprará boleto oficialmente, ni pasará por la aduana...

Perón.— ¡Natural! Yo tengo mi manera de llegar allá, perfectamente bien. Ahora que, indudablemente, yo no me quiero largar ahí para caer en una situación como... ¿Para qué? ¿Para ir a perder el tiempo? Esto tiene que estar preparado, y tiene que haber allí algo que posibilite mi llegada y que haga útil mi presencia. Porque si no, ¿para qué?

Gutiérrez.— ¿Y no cree usted —como dicen algunas personas en la Argentina— que justamente, el modo de impulsar hacia formas más concretas estos movimientos, consiste en su presencia? ¿Como una causa, y no como un efecto de la consolidación del movimiento?

Perón.— Sí, yo también comparto esa opinión. Yo puedo hacer mucho. Pero para eso tengo que tener posibilidades. Y las posibilidades... Un margen suficiente de posibilidades.

Pero llegar allí para no tener ninguna posibilidad, como sería en este momento... Porque en este momento, recién se está activando un movimiento ya verdaderamente de trascendencia en el país.

Ahora, para caer en manos de un general, o de un coronel, de otro coronel nuevo... No es solución.

9. LA GUERRILLA, EL CHE Y OTRAS DESINFORMACIONES

Gutiérrez.— Un poco en el terreno de las hipótesis (pero usted es un militar, y esto es táctica): ¿cree posible, en un país como la Argentina —tan enorme, tan vasto en territorios, y con una red de comunicaciones tan débiles— que este tipo de movimiento llegue en algún momento a aislar una parte del país, del Poder central? Es decir: convertir en territorio liberado a una parte del país.

Perón.— Yo lo creo. Creo en la posibilidad de que la Revolución se haga, diremos, desde la periferia al centro. Y le voy a explicar por qué. Esto entra dentro del arte de la conducción.

Uno de los principios fundamentales de la teoría de la conducción se llama «el principio de la economía de fuerzas», que dice: para ganar en una operación cualquiera de esta naturaleza, no es necesario ser más fuerte en todas partes. Es suficiente con ser más fuerte en el momento y en el lugar donde se produce la decisión.

Las decisiones de todos los movimientos revolucionarios argentinos se han producido siempre en la Capital Federal. Pero la de 1955 se produjo en Córdoba. Y esto es una cosa muy natural.

Porque dentro de la economía de fuerzas, hay una teoría que se llama «de los centros de gravedad». Es decir que cuando se hace una operación, uno coloca el centro de gravedad del esfuerzo que va a realizar —ya sea político, ya sea de fuerza, ya sea como sea— en ese lugar donde ha de producirse la decisión, para estar en el momento en que la decisión surge, gravitando con toda la fuerza.

Pero cuando ese centro de gravedad no progresa por distintas circunstancias, y en cambio en otra parte del dispositivo hay progreso, no hay que titubear en cambiar el centro de gravedad, y pasarlo allí donde progresa. Es decir; no darse contra la pared, sino buscarle la vuelta.

Creo que ése es el caso actual. Buenos Aires está demasiado fuerte, demasiado deprimido, demasiado corrompido, como para llevar el centro de gravedad allí.

Por eso yo he dado ya la directiva: la Revolución nuestra debe venir desde la periferia al centro. Y el centro de gravedad habrá que colocarlo en Rosario, o en Córdoba; donde se vea que el asunto progresa.

Y puede llegar un momento en que allí se venza; eso hará caer otros tres o cuatro centros del interior, que después pueden marchar sobre Buenos Aires. Es decir, marchar o accionar sobre Buenos Aires. Usted se da cuenta... Puede ser eso; puede ser, eso.

Gutiérrez.— Y esa es, prácticamente, la táctica que se está empleando.

Perón.— Exacto. Y es la que se debe emplear, es la que se debe emplear. Y nosotros acompañamos ese movimiento. Yo he retirado un poco la acción de Buenos Aires.

Poco en Buenos Aires. ¿Por qué? Porque no está el horno para bollos allí. No sé por qué, pero no está. En cambio está en Córdoba, está en Tucumán, está en Rosario, está en Mendoza... Bueno, allí vamos.

Gutiérrez.— Habría que partir entonces, general, de una provincia liberada, o...

Perón.— Puede ser, puede ser, puede ser... Pero lo más probable es que cuando caiga un gran centro de esos, los otros se caen también... Claro, de esto no conviene divulgar mucho, porque es darle a conocer a nuestros enemigos... (Ríe.)

Gutiérrez.— Esto, que lo escuche alguien pero no que se escriba ni se lea.

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Para completar la pregunta: ¿contemplaría su viaje, su regreso al país, en el caso de esa etapa superior de la lucha?

Perón.— Exacto.

Gutiérrez.— Cuando hubiera allá un foco realmente fuerte.

Perón.— Natural. Es decir, donde hubiera un punto de apoyo para poder trabajar. Cuando yo fui en el año 1964, tenía dos variantes: llegar directamente a Buenos Aires, si el gobierno no se oponía; pero si se oponía el gobierno, era suficiente con llegar a Montevideo. De Montevideo, yo me iba a desplazar inmediatamente en un avión especial (que estaba esperando). Y me iba a ir a una guarnición; iba a ir a Tucumán. Iba a ir a una guarnición donde ya estaba todo preparado. Por las dudas.

Si yo hubiera podido llegar a Buenos Aires, iba a Buenos Aires. Ahora, si no podía...

Gutiérrez.— Y en Montevideo, ¿el gobierno permitía el acceso suyo a...? Había una predisposición favorable de Haedo...¹²

Perón.— Claro, estaba Haedo. Haedo es amigo.

Gutiérrez.— En este tren, que parece un poco de hipótesis, un poco de ficción, pero que no lo es, porque sirve para comparar su pensamiento con el de otros teóricos... Me refiero al caso del Che. Guevara contemplaba también una entrada a la Argentina desde la periferia, con un sentido de liberación, aunque con otra táctica...

Perón.— Sí, por Santa Cruz de la Sierra. Y estaba conectado, y tenía fuerzas ahí adentro. Yo conocía todo esto perfectamente bien.

Gutiérrez.— ¿Usted cree factible, en el estado actual de la Argentina, de su situación...?

Perón.— Bueno, ¡no, no! Como guerrilla, no. Con un tipo de guerrilla de esas, no. La guerrilla... Algunos creen que es una cosa nueva. La guerrilla es vieja como la guerra. La primera guerra que se hizo fue de guerrillas. Toda la táctica de los escitas, es guerra de guerrillas. Darío II hace toda la guerra con guerrillas. En fin, es vieja como la historia de la guerra.

La guerrilla necesita una circunstancia para poderse desarrollar bien. Tener un punto de partida que sea invulnerable. Porque como actúa con poca fuerza, porque es guerra de desgaste... La guerra de guerrillas se emplea cuando uno no tiene... Si tiene fuerzas suficientes, va a la batalla decisiva y ahí aniquila al enemigo e impone su voluntad. Cuando no puede hacer eso porque el enemigo es demasiado fuerte, recurre a la guerra de desgaste, que es la guerra de guerrillas. Esa guerrilla se hace sobre la movilidad y no sobre la potencia.

12. El fallecido Eduardo Víctor Haedo, que fue miembro del Consejo Nacional de Gobierno y Ejecutivo Colegiado del Uruguay. La hija de Haedo, Beatriz, está casada con el actual ministro del Interior argentino Benito Llambí.

Las fuerzas que luchan, tienen dos factores: movilidad y potencia. Cuando tienen mucha potencia, tienen poca movilidad porque llevan materiales pesados, etcétera. Y cuando tienen mucha movilidad, no pueden tener mucha potencia. La guerra de guerrillas es la lucha de la movilidad contra la potencia. Golpea allí donde puede; es decir, cuando duele y donde duele; ahí golpea la guerrilla. Pero después se retira, se va. Pero si no tiene un lugar donde guarecerse, como es débil, si los otros mantienen fuerza, la aplastan.

Que eso es lo que le pasó al pobre Che, que cayó allí, el pobrecito...¹³ También, cómo fue... Usted sabe que él venía... Se había ido al Congo; del Congo lo echaron. Lo echaron los comunistas del Congo. Volvió a Cuba, y él se fue allá con una situación que no estaba muy preparada, confiando en los comunistas bolivianos (que también le fallaron), y confiando en cuatro o cinco muchachos amigos que estaban por jugarse y en algunas conexiones que tenía con sectores del lado argentino, ahí frente a Pocitos y Yacuiba...

Pero él no tenía dónde guarecerse. Cuando lo empezaron a perseguir en fuerza... ¿Y adónde iba? Después, no estaba preparado; eso hay que prepararlo, todo eso. Él no tenía movilidad, andaban de a pie. Tenían un caballo que se lo terminaron por comer, pobrecitos...

Claro, Guevara tenía un gran entusiasmo, pero conocimientos de la guerra no, no tenía. En Cuba fue posible porque ellos lo hicieron todo detrás de la Sierra Maestra. La Sierra Maestra tiene un desfiladero; cerrando el desfiladero, los de atrás están completamente protegidos. Y era otra cosa.

Por otra parte había una descomposición ya grande en el bando contrario, que no es lo que sucede en nuestro país. Por otra parte, eran espacios muy limitados; es una isla, y una isla chica. Ahora imagínese lo que es eso allá, en casi tres millones de kilómetros cuadrados...¹⁴

Gutiérrez.— En el caso de Bolivia, y también en el de la Argentina que era el objetivo final, Guevara (en esos años que pasó fuera de Cuba, del 65 en adelante) ¿hizo algún contacto con usted, o con su Movimiento...

Perón.— Bueno, él...

Gutiérrez.— ...como para coordinar alguna acción?

Perón.— Vea: Guevara... Yo tengo muchos contactos con Guevara, porque Guevara era infractor a la ley de enrolamiento. Si lo hubieran detenido, lo hubieran metido dos años al Ejército o cuatro años en la Marina. Cuando a él estuvieron a punto de detenerlo, yo tuve conocimiento en Buenos Aires. Entonces se le hizo llegar a él... Que fue cuando compró la motocicleta y se largó para Chile, y de ahí fue a parar al Perú.

13. Numerosos trabajos de investigación histórica seria y metódica contradicen todo lo expuesto de aquí en adelante por el general Perón, tanto sobre la guerrilla boliviana del Che, como sobre aspectos de la lucha revolucionaria cubana que dirigió Fidel Castro. Naturalmente, el texto se publica en forma fiel a lo expresado por Perón.

14. En Bolivia.

Bueno; la segunda vez que lo salvamos a Guevara fue en Guatemala, cuando la revolución de Arbenz.¹⁵ Él se refugia en la embajada argentina. Inmediatamente, el encargado de negocios le comunicó a Remorino que estaba Guevara ahí. Entonces yo le dije a Remorino: «Vea, vea, vea. Háblele a Del Castillo (que era el embajador de México), que arregle; vamos a pasarlo a la embajada de México; que se vaya a México y no venga acá, porque si viene acá, no hay más remedio. Al fin lo va a agarrar la policía y no lo vamos a poder salvar».

Gutiérrez.— ¿Usted lo tenía localizado como individuo, lo tenía reconocido a través de alguna relación común?

Perón.— ¡Sí! Teníamos toda la información de él. Si él nunca fue antiperonista. La que era antiperonista era la mamá, que lo metió en el lío, al pobre. Él era un hombre... diremos... Era un marxista-idealista. Que después en Cuba, me acuerdo que me mandó el librito —que todavía lo tengo en la biblioteca— el librito de las guerrillas... Y me mandó: «De uno de sus exadversarios, ya muy evolucionado»... ¡Pobrecito!

Es claro: era un muchacho idealista..., bueno... y de cojones, ¿no? Capaz; no era tonto, era un tipo... En Cuba no creo que hubiera muchos, en la guerra cubana, de las características de él.

Gutiérrez.— En los años que ha pasado en Madrid, ¿nunca tuvo algún contacto personal con Guevara?

Perón.— Porque no lo dejaban entrar. Yo lo mandé a Jorge,¹⁶ para que... Jorge habló con él.

Gutiérrez.— Sí, él me dijo eso.

Perón.— Muy bien. Yo lo mandé, a ver si lo dejaban entrar. Y no lo dejaron entrar, para hablar, cuando él pasó por aquí. No; aquí los gallegos...

Gutiérrez.— Y él, ¿tenía intención de verlo?

Perón.— Sí, es claro, es claro. Lo estábamos esperando.

Gutiérrez.— ¿Y usted no tuvo, General, ningún tipo de correspondencia (con Guevara) donde, más o menos, cambiaran ideas sobre la situación?

Perón.— No. Con Fidel. Yo le escribía a Fidel. A él no quería, porque eso podía crear allí alguna fricción entre ellos, y todas esas cosas. No; yo, la correspondencia que he tenido, siempre ha sido con Fidel. Y creo que Fidel es un gran hombre.

Gutiérrez.— ¿Ha mantenido intercambio con Fidel sobre temas argentinos?

Perón.— No, no. De eso, no. Pero he recibido cartas invitándome para ir a Cuba. Y acá yo estoy en relaciones con la Embajada (cubana) siempre... Cuando vino Aragonés,¹⁷ que fue a Rusia, pasó por acá de vuelta... Yo hablo siempre con los muchachos de él. Vale

15. Se refiere a la revolución de Castillo Armas contra Arbenz.

16. Jorge Antonio.

17. Capitán Emilio Aragonés, veterano de la Revolución cubana y actual embajador de su país en la Argentina.

mucho, Fidel es un hombre que vale mucho para este movimiento latinoamericano. Es un hombre que vale; es un hombre que vale muchísimo, y que va a valer mucho más en el futuro.

Gutiérrez.— ¿Cómo cree usted que tendría que proceder Fidel —usted tiene más años y experiencia política que Fidel, cronológicamente— ante la nueva situación, ésta, en América Latina, con la aparición de gobiernos militares que, curiosamente, son antimperialistas y nacionalizadores? Él está en una posición bastante irreductible,¹⁸ pero quizás de afuera, la cosa se vea con otra óptica. ¿Cómo la ve usted?

Perón.— Eso es lo que le iba a decir. Yo creo que él debe colaborar en todo lo que sea con estos movimientos, en la forma que pueda. Ahora que, naturalmente, para poder juzgar desde aquí, es muy difícil; habría que juzgar desde Cuba. Porque claro, hay condiciones intrínsecas que hay que tener en cuenta para cualquiera de estas cosas.

Con que él realice lo suyo, allí, ya tiene el pobre para preocuparse. Ya tiene allí para cumplir. Y que los otros se arremanguen.

Por otra parte, yo creo que poco es lo que se puede hacer en nuestros países que no lo hagan los propios naturales. Por eso es que hay que abrirle los ojos a todo el mundo. Ir diciendo la verdad, porque ésta es una verdad que está oculta por todos.

No hay que olvidarse de que toda la publicidad, en todo nuestro continente, está dirigida por los invasores. Todo está en manos de los invasores. Los libertadores no tienen nada, más que lo que pueden hacer llegar allí. Y asimismo, viera usted... Por ejemplo, yo quise publicar ese libro acá, en España,¹⁹ y no me lo permitieron.

Gutiérrez.— Como le pasó a Jorge Antonio con sus libros.

Perón.— Tampoco se los han querido publicar. Aquí, todo lo que sea en contra de ellos, ¡no! Y bueno, qué vamos a hacer...

Gutiérrez.— Una respuesta suya final, completaría todo esto con exceso. Volviendo al tema del retorno al país. Usted habla muy bien de las condiciones para determinar el retorno. Pero quizás una etapa intermedia, como sería la radicación en un país cercano —cosa imposible hasta hace poco— ahora fuera factible. Por ejemplo, Perú o Bolivia. En el caso de haber un entendimiento con esos gobiernos, ¿usted aceptaría volver a América Latina?

Perón.— Bueno, siempre que ellos me llamaran. Porque claro, es muy difícil esto de provocarlo uno. El otro día ha habido una declaración muy interesante: el jefe de Estado Mayor del Ejército del Perú, en un discurso dijo: «Si es necesario, invitaremos al General Perón para que nos asesore». Eso no salió en ninguna parte; ninguna publicación lo sacó, eso. Y fue en un discurso público. Es decir, es la conspiración del silencio.

Ahora, si la invitación se produce, naturalmente ¿cómo no voy a ir?

18. En ese año, las manifestaciones del doctor Castro sobre los regímenes militares nacionalistas del continente (con excepción del peruano) eran notoriamente parcas o inexistentes.

19. Ob. cit. *La fuerza es el derecho de las bestias*

Gutiérrez.— Aun cuando las condiciones no estuvieran dadas para entrar a la Argentina, ¿usted se radicaría cerca, lo más cerca posible de la Argentina?

Perón.— ¡Cómo no, cómo no! Pero para eso también tiene que mediar una cosa de éstas: que haya una necesidad. Yo no puedo ir a jorobar a los pobres peruanos, que tienen sus problemas, o a los pobres bolivianos, que tienen los suyos. Porque al fin y al cabo, yo aquí estoy casi a la misma distancia de Perú; quizás menos, porque las comunicaciones de acá hacia allá son más rápidas.

Gutiérrez.— Pero si la posibilidad existiera, ¿usted preferiría estar en esos países y no en España?

Perón.— Naturalmente; me gustaría.

MEMORIA DE LOS DOS

Semanario *Brecha*, 15-V-1987¹

Entró a la agencia Prensa Latina de Buenos Aires con el aire reconcentrado e intenso de siempre, el ceño fruncido y el mechón indócil de siempre, la corbata de gran nudo flojo de siempre («la huella del anarquista» decía él en nostálgica humorada), con la inveterada sonrisa, la ternura involuntaria y el enérgico apretón de brazo que subrayaba cualquier tema. «Te viniste, al fin», me dijo, y en aquella sala llena de ruido de teletipos a la que yo había llegado de La Habana hacía apenas 24 horas, la mirada celeste de Zelmar recreó el Montevideo perdido y ciertos recuerdos comunes: las asambleas de la FEUU en el caserón helado de la Asociación de Estudiantes de Medicina; el diario *Acción* con sus ventanales sobre la rambla llena de sol, donde Luis Batlle se paraba silenciosamente a nuestras espaldas para leer lo que estábamos escribiendo, el negro Justino bronqueaba con los visitantes que querían entrar sin permiso y un muchachito llamado Julio María Sanguinetti venía con su padre y andaba curioseando entre las máquinas de escribir, esperándolo; el confinamiento solitario en Treinta y Tres, donde resonaba en la oscuridad del calabozo el nombre del senador que guapeaba en el Parlamento por los presos políticos, porque la muchachada detenida en el cuartel había inventado una murga que se reunía en los recreos frente a las celdas de castigo y me transmitía noticias mediante el ensayo susurran-

1. *Nota del editor*: La nota integra una sección del semanario *Brecha* dedicada a las circunstancias de los asesinatos —no encausados judicialmente por el estado uruguayo— de Rosario del Carmen Barredo, Héctor Gutiérrez Ruiz, Zelmar Michelini y William Whitelaw —en mayo de 1976, cuando permanecían exiliados en Buenos Aires— en oportunidad del aniversario del hecho tras la sanción de la ley 15.848 de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado.

te de los cuplés: *La Roballo ya lo sabe / y Zelmar ya te pidió / ya tu caso se conoce / y Pacheco se jodió*.

En diciembre de 1973, cuando me trasladaron de la central de Prensa Latina en La Habana a la corresponsalía en la Argentina, encontré allí a más uruguayos: Ángel Ruocco y Niko Schwartz componían la redacción, pero había otros en la nómina de colaboradores: entre ellos, Enrique Rodríguez Fabregat (que apuraba sus últimos años en la pobreza digna) y el propio Zelmar, que escribía sus notas semanales con el fervor y la documentación irrefutable de la interpelación a un ministro.

Al morir Perón y empezar la farsa trágica donde José López Rega movía los hilos de María Estela Martínez, se inició también el proceso inevitable hacia el golpe militar que todos sabíamos cercano. Una vez a la semana, por lo menos, Zelmar venía por Prensa Latina a analizar lo que estaba pasando, en medio de una rueda silenciosa y atenta; a veces desaparecía por uno o dos días y presentíamos (o lo confirmábamos después) que había ido a algún encuentro reservado, en otro punto de la provincia. A veces alguien contaba que lo había visto en un café del Bajo o de Flores, enfrascado en la pesadumbre de un interlocutor; esos cafés eran su humilde oficina ambulante, donde solucionaba las angustias diversas de los exiliados más desasistidos o intentaba salvar la suerte de alguien al que no dejaban salir del país, o que estaba predestinado a la cárcel, o acechado por la Triple A. Cada día, sin cambiar nunca su domicilio conocido del hotel Liberty, sin suspender sus visitas a Prensa Latina o al diario *La Opinión* —donde también escribía— iba acumulando los riesgos que desembocaban sin duda —y él siempre lo supo— en su condena a muerte.

A fines de 1975, por consenso casi unánime, era en cierto modo una de las dos cabezas visibles de la oposición en el exilio, compartiendo esa condición —que los convertía a ambos en blanco de los asesinos— con Wilson Ferreira Aldunate.

En los meses transcurridos hasta marzo de 1976, hubo quizás tantos uruguayos asesinados por la represión como argentinos.

Después que el intento de aproximación a Zelmar por Alejandro Vegh Villegas con una fórmula de «pacificación» fracasó («Me negué hasta a darle la mano», dijo al citarme el episodio, sin detalles) y también cayeron en el lógico vacío otros mensajes indirectos que el general Gregorio Álvarez le había hecho llegar cuando iba a Buenos Aires a visitar a una amiga, la decisión final pasó al ámbito de los Gavazzo y los Cordero.

El golpe de marzo dejó finalmente las manos libres a los asesinos. En abril, traída por un viajero desde Montevideo, vino a mis manos la copia de una nota cursada por el nuevo régimen al gobierno uruguayo, donde se le pedía informes (¿o instrucciones?) sobre una lista de 30 o 40 uruguayos, que encabezaban Michellini, Ferreira Aldunate, Gutiérrez Ruiz y Erro. Fui al Liberty para mostrarla a Zelmar, pero ya la tenía. «No sé bien lo que significa “pedir informes”», comentó, sonriendo. En esos días dejó en *La Opinión* la carta, para abrir en caso necesario, donde indicaba que si aparecía preso en Montevideo, habría sido llevado contra su voluntad. Incluso él, tan lúcido y convencido del combate que libraba, no podía imaginarse la monstruosidad de un asesinato político directo; solo un secuestro.

En la noche de su velatorio miles de personas desfilaron hasta el alba frente al catafalco, desafiando a los fotógrafos policiales. La vereda hervía de inconfundibles policías de civil.

El embajador uruguayo en Buenos Aires (cuyo canciller Juan Carlos Blanco autorizó la documentación diplomática de algunos de los asesinos) tuvo la impavidez de presentarse en la funeraria.

A la noche siguiente, media docena de amigos y familiares fuimos hasta un galpón de la Aduana, desde donde Zelmur viajaría a Montevideo, en un retorno que la dictadura argentina quiso sigiloso y nocturno. En aquellos barracones desiertos, pensé que volvía triunfador pese a todo, convertido en símbolo indestructible.

A Zelmur lo mataron quienes querían «pacificar» el país. Estos políticos que ahora se niegan a investigar el crimen, aducen también que quieren pacificarlo. Es una segunda forma de matar, pero igualmente inútil. La mirada celeste sigue acusando y también marca las metas.

En el casi inocente Uruguay de los años cincuenta llegué una tarde a la redacción de *La Mañana* —donde me habían inventado la categoría de «editor», en búsqueda de una supuesta modernización del viejo vocero del riverismo— y Miguelito Versayi (que era el hombre-orquesta del diario y circulaba siempre con el sombrero puesto) me dijo: «Ahí en la sala de espera tenés un flaco que quiere verte». Fui. El flaco era alto, con un cabello fino que le caía sobre la frente y una especie de descuidada negligencia británica en la vestimenta. La voz abaritonada no tenía que ver con su aire a la vez adolescente y como fatigado de muchas cosas. «Soy Gutiérrez», le dije. «Yo también soy Gutiérrez», me dijo, inaugurando un chiste privado que iba a acompañarnos de allí en adelante. «Vengo a verlo —añadió— porque quiero hacer periodismo». Entonces sonrió y la pretensión pareció lógica; ya se había ganado el puesto.

Dijo que había abandonado por un tiempo sus estudios de Derecho y exploraba otros caminos. «Mire que aquí va a empezar por abajo», le previne. «Claro —me dijo—. ¿Y de qué otro modo?» Se incorporó a la redacción la noche siguiente y desde entonces se aplicó a aprender todos los trucos del oficio, aunque ya desde el primer día ejerció las virtudes más infrecuentes en un principiante (que serían además los rasgos más personales de su vida política); la modestia, la perspicacia, la seguridad bien informada en todo lo que hacía.

Llegaba y se sentaba a leer los diarios, siempre con el pucho del cigarrillo negro en los labios. Al principio le tocaron las tareas de «cocina», claro, pero nunca les puso mala cara. Cuando las terminaba, no se iba: hasta el cierre en la madrugada, se quedaba mirando, escuchando, participando en la discusión de las páginas, bajando al taller para ver cómo iba el ritual nocturno de la edición. Después se ganó a pulso el cargo de notero y sus textos

aparecían con frecuencia en las dos primeras columnas de la primera página, que en *La Mañana* de entonces eran el sitio de honor de las informaciones.

Una tarde, tan lacónico y modesto como había caído la primera vez, me llevó aparte, frente a dos cafés: «Voy a dejar el diario», me dijo. Yo, que algo sabía ya, le pregunté, medio en broma: «¿Se va a meter en política?». (Nunca nos habíamos tuteado; era más joven que yo y éramos colegas, pero comunicaba una tranquila autoridad esencial, como si uno presintiera que con gente así no se juega.) «Voy a seguir estudiando —dijo—. Y pienso casarme». Se fue como había venido: seguro de quién era, seguro de lo que quería.

En los años uruguayos que iban enturbiándose, hasta desembocar en la opresión y el asco del pachecato, seguí de cerca su carrera; a veces nos hallábamos para un diálogo sobre Cuba o un aparte de tragos en una reunión teatral. Se había convertido ya en la nueva clase de dirigente que redimía la vieja imagen del sistema político nacional.

En 1973 el tiempo había cerrado su círculo y los dos estábamos en el exilio de Buenos Aires. Nos veíamos menos, pero una tarde nos encontramos en la calle Corrientes. Ya Videla había dado su golpe y la Triple A, reciclada en comandos paramilitares y en la OCOA de Gavazzo, salía de caza todas las noches.

Al despedirnos en la vereda de La Fragata, revivimos la vieja broma que tenía más de veinte años: «Cuídese, Gutiérrez», le dije. «Y usted, Gutiérrez», me dijo. Faltaban tres días para el 18 de mayo. La última vez que hablé con él, aunque en silencio, estaba en su casa de la calle Posadas, dentro de un ataúd cubierto con la bandera uruguaya; a su cabecera, velaban Matilde y Wilson Ferreira Aldunate.

«LA PATRULLA EQUIVOCADA DE LA REVOLUCIÓN»

Semanario *Brecha*, 3-11-1989

Hay poca gente en Buenos Aires que pueda responder con certeza a las preguntas que todos estamos haciéndonos desde el 23 de enero. Por ahora, el rompecabezas de La Tablada solo puede armarse en forma provisoria, caminando con precaución entre los jóvenes inmolados.

Pasé cuatro días en esta ciudad martirizada por los apagones y los cortes de agua, sin hallar en sus casas o en sus oficinas a casi nadie. Ciertos periodistas, políticos, sindicalistas o militantes por los derechos humanos se han borrado de la circulación pública. Llamo a teléfonos que no contestan o que contestan solo electrónicamente. En las redacciones hay asientos importantes que están desocupados; en ciertos bufetes de abogado, secretarías amables pero herméticas y fieles sonríen y ponen cara de póker cuando pregunto por el doctor; en algunos sindicatos y partidos políticos, los compañeros han olvidado repentinamente los números telefónicos de otros compañeros o recuerdan imperfectamente las direcciones. «Está de vacaciones», «se fue por una semana», «van días que no lo veo». Desde hace dos meses la desdicha energética había impulsado a mucha gente fuera de Buenos Aires, pero a partir del lunes 23 hay un nuevo motivo para irse: el miedo.

LAS PREGUNTAS DEL ESCEPTICISMO

El presidente Alfonsín ha puesto los trámites judiciales del trágico episodio de La Tablada, que investiga un magistrado de Morón, bajo el control directo del Procurador General de la Nación, Andrés D'Alessio; el Procurador ha dispuesto que solo la policía federal —y no las fuerzas armadas, por ahora— participe en las investigaciones; que todos los allanamientos (más de 150, al miércoles 1) sean efectuados antes de caer el sol; que se custodie a los detenidos en sedes policiales y no sufran malos tratos; en fin, que él, personalmente, canalizará las informaciones oficiales sobre muertos, desaparecidos, presos o fugados.

Pero la gente sigue teniendo miedo. D'Alessio, que entró en funciones recién el martes 24, debe manejarse, en materia de las personas involucradas en el copamiento del Regimiento 3, según los datos que le proporciona el Ejército, con el que la policía federal hizo desde el primer día causa común, como institución agredida, y comparte las bajas causadas por la guerrilla con igual y vengativo espíritu de cuerpo. Las preguntas del escepticismo y el temor no cesan, pese a las aparentes garantías gubernamentales: ¿Cuántos cadáveres quedaron en realidad bajo los escombros del cuartel arrasado por los tanques, cuando todo acabó? ¿Cuántas personas que no estaban realmente allí durante la operación fueron cazadas y luego, entre el lunes y el martes, ejecutadas y colocadas entre las ruinas? ¿Quién garantiza que, por su cuenta, los militares no sigan ejerciendo una oculta represión, combinando sus tareas con las de la policía federal? ¿Por qué D'Alessio es tan impreciso sobre los muertos y dice el domingo en conferencia de prensa que todavía faltan por identificar «entre seis y diez cuerpos»?

La lista macabra aumenta cada día y el Procurador General no puede hacer otra cosa que retransmitir la información pasada por los militares, quienes siguen hurgando sin testigos entre los escombros humeantes: dice, como le han dicho, que el domingo se identificó a cinco muertos más; añade, el lunes, que hay un nuevo cadáver no contado antes, encontrado bajo las ruinas. Ninguno, hasta ahora, es el del presunto jefe de la operación, Enrique Gorriarán Merlo, pero nadie puede afirmar que no esté entre los cadáveres calcinados y aún sin identidad. El periodista Carlos Alberto Burgos, cuyo hijo, miembro del comando, pereció en el cuartel, está desaparecido; puede haberse ocultado, pero también haber sido de la partida, si es cierto lo que afirma el ejército: que, en curiosa comunión, facilitadora de la tarea represiva posterior, participaron en la acción familiares consanguíneos en varios casos. Julio Lareu recibe el lunes, del secretario del juzgado de Morón, la noticia de que su hija Claudia y su yerno Francisco Provenzano están entre los sobrevivientes detenidos, pero al otro día D'Alessio, manejando informaciones militares, incluye a la muchacha en la lista de muertos y a Provenzano en la de desaparecidos, sin especificar si este último estuvo en la operación. En la misma tarde del lunes 23 varios guerrilleros rendidos son obligados por los soldados que los conducen a caminar varios

metros delante de ellos; desde la línea de fuego otros soldados y policías piden a gritos que se mate a los prisioneros y disparan contra ellos; una foto de la revista *Somos* muestra cómo van cayendo, bajo esas balas disparadas cuando todo había terminado.

LA CULPA QUE NADA PUEDE SALDAR

Salvo una o dos voces aisladas en la izquierda, salvo alguna de firma demasiado prestigiosa para intentar asociarla con la acción armada, como Ernesto Sábato, casi nadie habla mucho en los medios de comunicación de la epidemia del miedo o de la posibilidad de que la fachada civil de la investigación pueda disimular, a pesar de ella, excesos represivos. Los detenidos en La Tablada, en manos de una policía a la que su antiguo jefe, el genocida Ramón Camps, cubrió esta semana de elogios por heroicidad, han estado bajo interrogatorio durante seis días, antes de ser pasados a que ratificaran declaraciones ante el juez; en ese período han ido surgiendo pistas verdaderas y falsas, decenas de nuevas detenciones («personas simplemente demoradas», las llama el Procurador General) y hasta la finca donde probablemente se concentraron los guerrilleros antes del asalto, con una simbólica granada olvidada en un armario. Como si no alcanzara de sobra con la presencia en vivo (y en muerto) de los copadores y el sangriento combate de 12 horas, la rutina de los servicios de Inteligencia agrega como evidencias las imbecilidades que enseña la CIA: cigarrillos cubanos en los bolsillos de los muertos, explosivos soviéticos, de envoltura intacta, en el baúl de un automóvil aplastado por los tanques. Los servicios pueden parecer tontos, pero su tontería es coherente y persiste. La descabellada acción de la guerrilla les ha servido en bandeja esa sonada oportunidad de ir extendiendo a toda la izquierda y a todo organismo progresista las culpas de esta minoría que se inventó como justificación una realidad política inexistente, todavía impensable en la Argentina. La doctrina de la seguridad nacional, excluida específicamente por la ley de Defensa de la Democracia que promovió el gobierno radical, vuelve casi sin objeciones; será aplicada por el flamante Consejo Nacional de Seguridad, creado por Alfonsín luego de La Tablada, que inmiscuye a las tres Armas en los problemas de la seguridad interna e infringe entonces la propia ley de Defensa de la Democracia, donde esas cuestiones están reservadas a los cuerpos policiales. Las concepciones de la última Conferencia de Inteligencia de los Ejércitos Americanos, glosadas con burla y desdén hasta el año pasado, rebrotan en los editoriales y en los noticieros televisados: la subversión no se encarna ya solo en las guerrillas, sino en el periodismo, los organismos pro-derechos humanos, los curas de la Teología de la Libe-

ración y las universidades. Todos se ven venir esa situación y, en la medida de lo posible, quieren exhortar a la razón, pero inútilmente. La mancha de aceite de las tergiversaciones de una derecha que puede argüir: «ya lo habíamos dicho» y pide una ley de Seguridad Interna (el liberal Álvaro Alsogaray, candidato a la presidencia) o cuerpos especiales para la represión (el asesor de Defensa del gobernador Antonio Cafiero, Hernán Patiño Mayer), seguirá extendiéndose. Mientras tanto, el instinto defensivo de la izquierda, su rechazo de la soberbia ideológica de quienes lanzaron una lucha armada condenada al exterminio, la repliega hacia formas donde la indignación legítima ante una insensatez catastrófica coincide lamentablemente con las maquinaciones de los servicios militares y las alharacas de la derecha. Para todos, los guerrilleros han pasado a ser ahora «los terroristas». Casi unánimemente, los abogados notorios en la lucha por los derechos humanos han decidido no defender a los sobrevivientes del comando.

Repliegue de la izquierda que contribuye a bloquear el desarrollo de la democracia hacia el futuro; restauración del poder militar sobre el Estado con nuevas inserciones en su estructura; debilitamiento de un gobierno civil ya endeble que era la última valla institucional ante el golpismo castrense, confusión en el pueblo, pérdida del poder de convocatoria de las fuerzas partidarias del avance democrático y del cambio social. He ahí la terrible culpa del grupúsculo de La Tablada, que no puede ser saldada siquiera con la intención revolucionaria y con el sacrificio de sus vidas. En esa «patrulla equivocada de la revolución» —como la ha llamado lapidariamente José María Pasquini— hubo jóvenes que fueron simplemente a morir, hombres hechos que arrastraban del pasado los traumas de la derrota y el fracaso ideológico, pero también, posiblemente, jefes que podían haber aquílato con justeza los desastrosos efectos de la aventura. A esta altura, se trata de reconstruir los móviles de la operación y trazar un cuadro de sus efectos, reacción en cadena que sin duda trascenderá los límites argentinos e incidirá en todo el continente, creando divisiones y recomposiciones políticas (ya empezó a hacerlo en el Uruguay).

Para esa tarea, no bastan ni la descomulgada consternación traumática de una izquierda traicionada ni la admisible solidaridad ante la vida ofrendada en aras de una idea. Ninguna de ambas es suficiente para guiar el análisis necesario.

Ese análisis carece aún de fundamentos incontrovertibles. La verdad definitiva está todavía enmascarada por multitud de hipótesis que se entrecruzan. De todas ellas puedo extraer, después de haberlas escuchado, una síntesis (que deberá ser también una hipótesis) donde se arriesga la explicación de lo que pasó y su proyección sobre el futuro inmediato. La Tablada contiene muchos elementos objetivos y subjetivos en juego pero nada se podrá entender si el análisis enfoca solo el heroísmo del presente y no su empecinada obstinación en no aprender la lección del pasado y su fenomenal incompreensión del futuro.

UNA LECTURA FATAL DE LA HISTORIA

Nadie puede explicar todavía, irrefutablemente, por qué fue asaltado el Regimiento; casi todos, sin embargo, adelantan su versión, a derecha y a izquierda. Ambos campos, también, añaden las trampas del horror: al segundo jefe de la unidad, antes de fusilarlo, le cortaron la lengua (en realidad, murió de un escopetazo insurrecto, cuando entró a un salón lleno de cuerpos, pensando que estaban todos muertos); el abogado Jorge Baños no habría participado en el asalto, sino que, secuestrado, su cadáver fue agregado después (en realidad, integró el comando desde el primer momento).

Durante tres días escuché en Buenos Aires todas las hipótesis circulantes: las de periodistas avezados, por ahora más circunspectos en lo que escriben que hablando sobre una mesa de café; las de militantes o sindicalistas que esperan en una esquina y relatan mientras caminan por las calles de San Telmo o de la Dársena la síntesis de las historias del periodista Manuel Gaggero, el exsacerdote Ruben Dri o el excesivamente locuaz estudiante Pablo Díaz, integrantes iniciales pero disidentes luego del Movimiento Todos por la Patria. Rodolfo Terragno, ahora ministro de Obras Públicas pero fiel a su antigua vocación de fino analista político, vino a desayunar el martes; Pasquini, en *Página 12*, postergó los trabajos de la edición para explicarme las huellas secretas del viejo Ejército Revolucionario del Pueblo en Todos por la Patria, convertido al final en fachada de una decisión minoritaria y arrogante, que usó al resto de los dirigentes desprevenidos. Pero todas las versiones, desde las justificatorias hasta las que contienen las acusaciones ilevantables, conducen a una misma persona: Enrique Gorriarán Merlo, segundo jefe del ERP en los años setenta, teórico trotsquista de la lucha armada en reelaboración personal, al estilo del Camarada Gonzalo que preparó la eclosión de Sendero Luminoso en Perú, combatiente junto a Edén Pastora en el Frente Sur de la guerra sandinista de liberación, jefe del comando que, en una hazaña inverosímil de precisión, eficacia y valor, ejecutó a Anastasio Somoza en las barbas de la dictadura paraguaya.

La versión incluida en esta nota añade quizás el sedimento de otras experiencias intrasferibles: vivir en Buenos Aires desde 1973 y hasta el asesinato de Michelini y Gutiérrez Ruiz, cubriendo los hechos de un proceso político que incluía a la guerrilla y a la Triple A, haber conocido y tratado a Gorriarán en Nicaragua, entre 1981 y 1982, escuchándole los proyectos de reinsertarse políticamente en su país.

Se pueden relevar con relativa certeza los rastros que conducen desde la fundación de una revista plural a la acción de La Tablada. Esa cronología permite ver la coherencia de un plan para retornar a la lucha y la inteligencia para ir desarrollándolo entre las frágiles estructuras de la democracia tutelada; también, localizar el punto de inflexión donde se pierde contacto con la realidad y todo empieza a caminar hacia la tragedia, en base a una lectura terriblemente equivocada de la Historia.

LA VANGUARDIA QUE DECIDE POR EL PUEBLO

En 1983, poco después de asumir Raúl Alfonsín, apareció el decreto 157, que promovía el procesamiento de Mario Firmenich y cuatro de sus compañeros, por haber dirigido acciones de Montoneros, y de Gorriarán por su responsabilidad en el ERP. En 1984, Carlos Alberto Burgos edita *Entre Todos*, una revista plural, donde colaboran peronistas, radicales y cristianos. Ese mismo año aparece un libro de Gorriarán —quien reside en el exterior— abjurando de la lucha armada. En 1986, a partir del núcleo de la revista, se funda el Movimiento Todos por la Patria, también plural, con gente que proviene de tres vertientes principales: el Partido Intransigente, de izquierda, curas de la Teología de la Liberación y viejos militantes vinculados a Gorriarán. Están los exsacerdotes Rubén Dri y José Serra, Burgos, el periodista Manuel Gaggero, fray Antonio Puigjané; también el abogado Jorge Baños, que trabaja en cuestiones de derechos humanos. En 1987, la posición de directivos procedentes del ERP, favorables al apresuramiento de las tesis sobre lucha armada, provoca la salida de Gaggero y otros. El MTP queda, de hecho, dirigido por los más próximos a las viejas ideas de Gorriarán: Baños, Francisco Provenzano, José Liñeiro, Puigjané y Roberto Felicetti. En diciembre del mismo año, Baños anuncia que se ha hecho cargo de la defensa penal de Gorriarán y que este quiere volver. Un comunicado del MTP respalda esa posibilidad y la decisión de Baños. En febrero de 1988 Baños pide que le sea levantado a Gorriarán el pedido de prisión preventiva, para que pueda regresar a la Argentina (algunos aseguran que ya ha entrado, y que se encuentra en la clandestinidad).

El hito donde todo empieza, dice la hipótesis, es el alzamiento del teniente coronel Aldo Rico, en la Semana Santa de 1987. Espontáneamente, las masas llenan la Plaza de Mayo, sin distinción de partidos, en contra del golpismo, y acuden a Campo de Mayo para denostar a los *carapintadas* allí atrincherados. Alfonsín proclama desde la Casa Rosada que «la democracia no es negociable» y es ovacionado por el pueblo. Después Caridi negocia con Rico y el Presidente se humilla avalándolo con una visita al campamento rebelde y todo se arregla. Entre la multitud, el MTP echa cálculos e identifica correctamente los datos de la realidad: los militares avanzan sobre el poder civil para reeditar su bárbaro predominio; la clase política transige; solo el pueblo resiste a unos y descrece de los otros. Un eslogan pintado en Morón a fines de 1988 condensa ese análisis: «Gobierno popular del pueblo, sin militares asesinos ni políticos corruptos». Los datos son ciertos en ese momento: lo equivocado serán las conclusiones.

Aquí empiezan a funcionar en el MTP dos anacronismos: el viejo método «entrista» — que las nuevas corrientes del trotsquismo ya han superado en casi toda América Latina— y el carácter de Gorriarán, un cuadro formado en el verticalismo de la guerra, que solo puede pensar los problemas desde una óptica militarista y basar toda solución en una teoría conspirativa de la Historia, impulsada siempre por minorías ejemplares.

El «entrismo» (que quiere disimular las intenciones) y la vanguardia (que decidirá en nombre del pueblo) se unen en las siguientes acciones de Gorriarán y el MTP. En mayo de

1988, el jefe hace que Baños publique nuevas declaraciones suyas: «Como ya lo expresara públicamente en 1985 y 1987, no estoy de acuerdo en impulsar acciones violentas mientras exista un gobierno elegido democráticamente». Hay una reserva, que recién cobrará su real significado después del 23 de enero, y que en el contexto del momento parece obvia: «Esta postura solo cambiaría si el actual gobierno constitucional fuera destituido total o parcialmente por sectores autoritarios. Solo en tal caso estaría dispuesto a sumarme a la resistencia del pueblo, a través de las formas de lucha que este implemente, incluida la armada, si fuera necesario». En agosto, en un reportaje que le publica *Página 12*, las intenciones se van esbozando con más claridad; la izquierda política fue tomada de sorpresa el 23 de enero, pero quizás ningún analista de Inteligencia pueda aducir lo mismo, si leyó despacio entonces: «Yo no hice (hace cuatro años) ninguna autocrítica de la lucha armada en general (...). Lo que hice en aquella entrevista fue una autocrítica de la actitud del PRT-ERP frente al gobierno peronista instalado en 1973 (...). Marqué la necesidad de defender y profundizar la democracia (...). Lo que puede determinar otra vía es el intento de la derecha de evitar por la fuerza que la democracia sobreviva. En este caso, la respuesta del pueblo puede ser enérgica y quizás sea violenta».

La sublevación de Seineldín en diciembre agrega elementos de convicción a esta fórmula: el pueblo no se ha reunido multitudinariamente en la Plaza de Mayo, pero grupos de muchachos acudieron a Villa Martelli a apedrear a los *carapintadas* y también fueron abatidos en algunos casos por los disparos policiales. Aquí empieza la confusión de las realidades reales con las inventadas. Los apedreadores de Villa Martelli son jóvenes militantes enviados por el MTP, pero lo que el mismo MTP ve desde afuera es el espontaneísmo antigolpista (aunque sea en ínfimo porcentaje) y lo equipara al medio millón de personas de la Semana Santa frente a la Casa Rosada; de ahí a creer que el pueblo mantiene intacta su combatividad y puede ser convocado solo queda un paso. El MTP da ese paso.

Se ha franqueado, en ese momento, el límite sin retroceso. Todo indica que los elementos válidos del análisis se distorsionan para el MTP en una fabricación insensata de falsedades; ilusión y realidad se retroalimentan en el vacío.

El MTP pervierte su propio raciocinio con un falso silogismo: el pueblo se lanzará a la calle si hay un golpe militar; el gobierno es ya incapaz de detener ese golpe y, menos aún, de oponerse a la pueblada que aplastará al golpe; corolario: si hay un golpe, el pueblo tomará el poder. Los textos rituales dicen además que todo pueblo en revolución requiere de una vanguardia, y para eso está el MTP. En el esquema solo falta el golpe y eso es lo más difícil de obtener, porque las reivindicaciones militares van siendo satisfechas lentamente y Seineldín casi está de acuerdo con Alfonsín o, por lo menos, el generalato se ha impuesto sobre el coronel mesiánico. Entonces el MTP da el segundo paso hacia la zona fronteriza, ya casi desasido de toda realidad: ¿quiénes pueden dar ese golpe tan necesario y dialéctico? Solo los *carapintadas*. Tomemos un cuartel cuyo jefe es un socio de Seineldín, disfrazados de *carapintadas* y con uniforme identificatorio, más volantes y proclamas *seineldinistas*: hagamos ver, en un acto de desdoblamiento (unos miembros del comando irán con ropa militar, pero otros con ropa deportiva, porque serán los «recuperadores»)

que hemos sofocado el golpe y convoquemos al pueblo, que rodeará el Regimiento. Desde allí, la columna victoriosa —vanguardia armada, pueblo multitudinario, hasta algunos militares patriotas— se dirigirá a la Casa Rosada y tomará el poder.

Esta hipótesis, aunque increíble para atribuirle a toda conciencia política medianamente sensata, parece ser la explicación más aproximada a la concepción que el MTP elaboró y trató de llevar a la práctica el 23 de enero. «El comando podía haberse retirado a la media hora de haber ocupado el cuartel —me dijo un veterano peronista de la izquierda—, cuando el Ejército todavía no había llegado, y todo se hubiera reducido a una acción exitosa de propaganda armada. Pero en realidad, había entrado para quedarse, porque iba a ser rescatado por el pueblo, que acudiría en proporciones decisivas, ya que aquí se trataba del tercer golpe militar, pese a que Rico y Seineldín estaban presos. El MTP había explicado al pueblo cómo movilizarse y para qué. La vanguardia solo había decidido, en nombre del pueblo, la cuestión de la vía. Había que resistir entonces, aun a costa de las vidas que fueran necesarias, hasta que el pueblo llegara y se lo guiara hacia la sede del poder.» Pero en La Tablada no hubo siquiera brigadas de apedreadores. La única reacción popular, en la mañana, fue la de un vecino del cuartel, que observó desde su ventana el copamiento y llamó por teléfono a la Policía Federal, para que viniese. A las seis de la tarde los techos del Regimiento destruido a cañonazos ardían y se derrumbaban sobre los atacantes; una muchacha del comando llamó por teléfono a la agencia noticiosa DYN, completamente desorientada: «Entramos para abortar un golpe militar y ahora están masacrándonos. Por favor, convoquen al pueblo para que venga a rescatarnos». Después se cortó la comunicación. Empezaba la masacre de la ilusión generosa y del heroísmo descolocado; la hecatombe del error político irredimible.

EL INSTRUMENTO DE LO QUE VENDRÁ

¿Y ahora? Sin prisa, los militares se sientan a la mesa del Consejo de Seguridad Nacional; están dejando enfriar un poco al nuevo instrumento, antes de empezar a usarlo. El ministro de Economía, Sourrouille, que no aflojó partidas para la reposición de las fuentes generadoras cuyo desgaste provocó la actual crisis energética, ha botado de un saque a las fuerzas armadas cuatro mil millones de australes (222 millones de dólares) para la reposición de equipos de seguridad. Los militares «liberales» (como se los distingue de los *carapintadas* «nacionales») no quieren ningún golpe militar, realmente porque ya casi no

les hace falta. Saben en cambio muy bien lo que quieren: el reintegro pleno a la sociedad argentina, la justificación definitiva de la Guerra Sucia, la consolidación de sus privilegios económicos y de su participación, mediante la readmisión de la doctrina de la seguridad nacional, en su gobierno. La Sociedad Rural y los dueños de la patria financiera también saben lo que quieren, si ya no hace falta el golpe militar: que las estructuras tradicionales encuadren al movimiento popular y aplasten los desbordes del sindicalismo. Todos, además, preferirían en mayo próximo el triunfo del domesticado radical Eduardo Angeloz antes que el de Carlos Menem, peligroso improvisador de un neoperonismo que mezcla a los *cabecitas negras* de las villas—miserias con los expistoleros policiales dedicados ahora a secuestrar empresarios, a los peones agrícolas sindicalizados con los nuevos ricos de la industria mediana, a los viejos metalúrgicos clasistas con la pesada de Saúl Ubaldini. Aunque la oligarquía que abomina de Menem debería empezar a oírlo con más atención: desde el equipo del candidato han surgido algunos de los pedidos más duros de represión y de mayor solidaridad con los militares.

El que no sabe qué hacer todavía con la situación es el propio gobierno. El presidente Alfonsín parece a cargo de la situación, porque D'Alessio está cumpliendo sus directivas y garantiza ciertos derechos humanos de los guerrilleros que aparezcan vivos, y porque encabeza el Consejo de Seguridad (lugar donde, en realidad, se hará lo que dispongan los militares, expresamente encargados también, ahora, de la seguridad interna). Prospera en la Casa Rosada una idea de Facundo Suárez, secretario de Informaciones del Estado, a la vez útil y tranquilizadora: detrás del MTP está la mano nicaragüense. Acosado por la intervención militar norteamericana, el sandinismo buscaría crear áreas de solidaridad, instalando en gobiernos clave a sus amigos. Varios ministros están de acuerdo, aunque el del Interior, Enrique Nosiglia —incluso miembro del Conase—frunce la nariz ante tal simplificación y hace notar que Gorriarán, pese a ser hombre de Tomás Borge, había sido expulsado de Nicaragua por Daniel Ortega; que Managua ya tiene un gobierno amigo en Buenos Aires: el de Alfonsín, que integra el Grupo de los Ocho. Pero la tesis de la intervención sandinista puede ser grata a la nueva administración Bush y, por descontado, al generalato liberal. También la apoya el candidato Angeloz y el ala derecha de la Unión Cívica Radical; es posible que en las próximas semanas prospere y se convierta en un factor de la nueva esperada ofensiva diplomática de Washington contra Nicaragua. El MTP, allanado en seis provincias, con la mitad de sus miembros —que no estaban enterados en absoluto de lo que iba a ocurrir en La Tablada— escondidos, presos o huidos al exterior, ha sido aplastado. De Gorriarán, hasta el miércoles por lo menos, no se sabía nada, y se supone que las células sueltas de los herederos del ERP tardarán mucho tiempo en asomar la cabeza, mientras la izquierda lame sus heridas y trata de establecer la extensión de sus daños incalculables. El proceso argentino ha retrocedido diez años en cuanto a situación del poder militar y a confusión de la sociedad civil. En muchos aspectos, habrá que empezar de nuevo; otros ya son irreparables. La «patrulla equivocada de la revolución» ha entrado, sin duda, en la Historia.

SONETO

Fechado el 8-III-1990, publicado póstumamente
en semanario *Brecha*, 8-x-1991

*Como el agua penetra en los corales
y los inunda de su paz salada
así entrará la muerte inesperada
a anegar los recónditos umbrales,*

*a irrumpir entre tiernos animales
que habitan ciegos la secreta nada
que crecen mudos en la hondura helada
fauna perdida entre los minerales.*

*Y también como el agua sucedida
la muerte lavará los corredores
innumerables de la terca vida,*

*las falsas ramas y fingidas flores
donde duran el ansia sumergida
la arena del amor y los dolores.*

